

VIDA, Y HECHOS
DEL INGENIOSO CAVALLERO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

COMPUESTA
POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA:

PARTE II.

NUEVA EDICION, CORREGIDA,
ilustrada con treinta y cinco Laminas muy donofas, y apropiadas
à la materia.



CON LICENCIA. EN MADRID, Acosta de Francisco
Laso, Mercader de Libros. Año de 1714.

VIDA Y HECHOS

DEL INGENERO CAVALIERO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA

CON ESTE
POR LIBRO DE GERVAANTES SAABEDRA

DE LA MANCHA

EN MADRID EN LA IMPRENTA DE DON ANTON DE SOTO

1780



CAPITULO PRIMERO.

DE LO QUE EL CURA, Y EL BARBERO passaron con Don Quixote, cerca de su enfermedad.



Barbero se
Part. II.

UENTA Cide Hamete Benengeli, en la segunda parte de esta historia, y tercera salida de Don Quixote; el Cura, y el

estuvieron casi vn mes sin verle, por no renovarle, y traerle à la memoria las cosas passadas; pero no por esto dexaron de visitar à su sobrina, y à su ama, encargãdolas tuviesen cuenta con regalarle, dandole à comer cosas confortativas, y apropiadas

SEGUNDA PARTE DE DON

para el coraçon, y el cerebro, de donde procedia (segun buen discurso) toda su mala ventura. Las quales dixeron, que assi lo hazian, y lo harian con la voluntad, y cuydado posible, porq̄ echavan de ver, que su señor, por momentos iba dando muestras de estar en su entero juyzio; de lo qual recibieron los dos gran contento, por parecerles, que avian acertado en averle traído encantado en el carro de los bueyes (como se contò en la primera parte desta tan grande, como puntual hiltoria, en su vltimo capitulo) y assi se determinaron de visitarle, y hazer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible, que la tuviesse; y acordaron de no tocarle en ningun punto de la audante Cavalleria, por no ponerse à peligro de descofer los de la herida, que tan tiernos estaban. Visitaronle, en fin, y hallaronle sentado en la cama, vestida vna almilla de vayeta verde, con vn bonete colorado Toledano: y estava tan seco, y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fueron de èl muy bien recibidos; preguntaronle por su salud, y èl diò cuenta de si, y de ella con mucho juyzio, y con muy elegantes palabras. Y en el discurso de su plática vinieron à tratar en esto que llaman razon de Estado, y modos de gobierno, enmendando este abaso, y condenando aquel; reformando vna costumbre, y desterrando otra, haziendose cada vno de los tres vn nuevo legislador, vn Licurgo moderno, ò vn Solòn flamante; y de tal manera renovaron la Republica, que no pareció, sino que la avian puesto en vna fragua, y sacado otra de la que pusieron: y habló

Don Quixote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los examinadores creyeron indubitablemente, que estava de todo bueno, y en su entero juyzio. Hallaronse presentes à la plática la sobrina, y ama, y no se hartavan de dar gracias à Dios de ver à su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el proposito primero, que era de no tocarle en cosa de Cavallerias, quiso hazer de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ò verdadera; y assi de lance en lance vino à contar algunas nuevas que avian venido de la Corte: y entre otras dixo, que se tenia por cierto, que el Turco baxava con vna poderosa armada, y que no se sabia su designio, ni adòde avia de descargarse tan gran nublado, y con este temor, có que casi cada año nos toca arma, estava puesta en ella toda la Cristiandad, y su Magestad avia hecho proveer las Costas de Napoles, y Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondió Don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentissimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle despercibido el enemigo; pero si se tomàra mi consejo, aconsejarale yo, que usara de vna prevencion, de la qual su Magestad la hora de agora debe estar muy ageno de pensar en ella. Apenas oyò esto el Cura, quando dixo entre si: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece, que te despeñas de la alta cumbre de tu locura, hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero (que ya avia dado en el mesmo pensamiento que el Cura) preguntò à Don Qui-

zote, qual era la advertencia de la prevencion, que dezia era bien se hiziesse, quizá podria ser tal, que se pudiesse en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar à los Principes? El mismo señor rapanador (dixoxo Don Quixote) no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto (replicò el Barbero) sino porque tiene mostrado la experiencia, que todos los mas arbitrios, que se dan à su Magestad, ò son imposibles, ò disparatados, ò engaños del Rey, ò del Reyno. Pues el mio (respondiò Don Quixote) ni es imposible, ni disparatado, sino el mas facil, el mas justo, y el mas mañero, y breve que puede caber en pensamiento de arbitrate alguno. Yà tarda en dezirle vuestra merced, señor Don Quixote (dixoxo el Cura) No querria (dixoxo Don Quixote) que le diese yo aqui aora, y amaneciesse mañana en los oidos de los señores Consejeros, y se llevasse otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mi (dixoxo el Barbero) doy la palabra, para aqui, y para delante de Dios, de no dezir lo que V. m. dixere à Rey, ni à Roque, ni à hombre terrenal; juramento q̄ aprendi del romance del Cura, que en el prefacio avisò al Rey del ladrò que le avia robado las cien doblas, y la su mula la andariega. No sè historia (dixoxo Don Quixote) pero sè q̄ es bueno esse juramento, en fee de que sè q̄ es hombre de biè el señor Barbero. Quando no lo fuera (dixoxo el Cura) yo le abono, y salgo por èl, q̄ en este caso no hablarà mas que vn mudo, so pena de pagar lo juzgado, y sentenciado. Y à V. m. quien le fia, señor Cura. (dixoxo Don Quixote.) Mi profesiò (ref-

pondiò el Cura) que es de guardar secreto. Cuerpo de tal (dixoxo à esta fazon Don Quixote) ay mas si no mandar fu Magestad por publico pregon, que se junten en la Corte para vn dia señalado todos los Cavalleros andantes q̄ vagan por España, que aunque no viaiesse sino media dozena, tal podria venir entre ellos, que solo bastasse à destruir toda la potestad del Turco? Estème vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. Por vètura es cosa nueva deshazer vn solo Cavallero andante vn exercito de dozientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran vna sola garganta, ò fueran hechos de alfeñique? Sino diganme, quantas historias estàn llenas destas maravillas? Avia en hora mala para mi, q̄ no quiero dezir para otro, de vivir oy el famoso Don Belianis, ò alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula, que si alguno destos oy viviera, y cò el Turco se afrontara, afee que no le arrendàra la ganancia; pero Dios mirarà por su Pueblo, y depararà alguno, que sino tã bravo como los passados andantes Cavalleros, alomenos no les será inferior en el animo; y Dios me entiende, y no digo mas. Ay (dixoxo à este punto la sobrina) que me maten, sino quierete mi señor volver à ser Cavallero andante. A lo q̄ dixoxo D. Quixote: Cavallero andante he de morir, y baxe, ò suba el Turco, quando èl quisiere, y quan poderosamente pudiere, q̄ otra vez digo, que Dios me entiende. A esta fazon dixoxo el Barbero: Suplico à vuestras mercedes, q̄ se me de licencia para contar vn cuento breve, q̄ sucediò en Sevilla, q̄ por venir aqui como de molde, me dà gana de contarle.

Dió la licencia Don Quixote, y el Cura, y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera.

En la casa de los locos de Sevilla estava vn hombre, à quien sus parientes avian puesto allí por falto de juicio: era graduado en Canones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca (segun opinion de muchos) no dexara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió à entender que estava cuerdo, y en su entero juicio; y con esta imaginacion escrivió al Arçobispo, suplicandole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandasse sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios avia yá cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y à pesar de la verdad querian que fuesse loco hasta la muerte. El Arçobispo, persuadido de muchos villetes concertados, y discretos, mandò à vn Capellan suyo se informasse del Retor de la casa, si era verdad lo que aquel Licenciado le escrivia, y que afsimismo hablasse con el loco, y que si le pareciesse que tenia juicio, le sacasse, y pusiesse en libertad. Hizolo así el Capellan, y el Retor le dió, que aquel hombre aun se estava loco, que puesto que hablava muchas vezes como persona de grande entendimiento, al cabo disparava con tantas necedades, que en muchas, y en grandes igualavan à sus primeras discreciones, como se podia hazer la experiencia hablandole. Quiso hazerla el Capellan, y poniendole con el loco, habló con él vna hora, y mas, y en to-

do aquel tiempo: jamas el loco dixo razon torcida, ni disparatada; antes habló tan atentadamente, que el Capellan fue forçado à creer, que el loco estava cuerdo. Y entre otras cosas que el loco le dixo, fue, que el Retor le tenia ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hazian, porque dixesse, que aun estava loco, y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia, era su mucha hacienda, pues por gozar de ella sus enemigos, ponian dolo, y dudavan de la merced que nuestro Señor le avia hecho, en bolverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciosos, y desalmados à sus parientes, y à él tan discreto, que el Capellan se determinò à llevarsele consigo à que el Arçobispo le viesse, y tocasse con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fee, el buen Capellan pidió al Retor mandasse dár los vestidos con que allí avia entrado el Licenciado. Bolvió à dezir el Retor, que mirasse lo que hazia, porque sin duda alguna el Licenciado aun se estava loco. No sirvieron de nada para con el Capellan las prevenciones, y advertimientos del Retor, para que dexasse de llevarle: obedeciò el Retor viendo ser orden del Arçobispo; pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos, y decentes; y como él se viò vestido de cuerdo, y desnudo de loco, suplicò al Capellan que por caridad le diesse licencia para ir à despedirse de sus compañeros los locos; el Capellan dixo, que él le queria acompañar, y ver los locos que en la casa avia: subieron enefeto, y con ellos

ellos algunos que se hallaron presentes, y llegado el Licenciado à vna jaula adonde estava vn loco furioso, aunque entonces fofgado, y quieto, le dixo: Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy à mi casa, que yà Dios ha sido servido, por su infinita bondad, y misericordia, sin yo merecerlo, de bolverme mi juicio, yà estoy sano, y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible, tenga grande esperança, y confiança en èl, que pues à mi me ha buuelto à mi primer estado, tambien le bolverà à èl, si en èl confia: yo tendrè cuidado de embiarle algunos regalos que coma, y comalos en todo caso, que le hago saber, que imagino, como quien ha passado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estomagos vazios, y los celebròs llenos de ayre; esfuerçese, esfuerçese, que el descaecimiento en los infortunios, apoca la salud, y acarrea la muerte. Todas estas razones de el Licenciado escuchò otro loco, que estava en otra jaula, frontero de la del furioso; y levantandose de vna estera vieja donde estava echado, y desnudo en cueros, preguntò à grandes voces, quien era el que se iba sano, y cuerdo? El Licenciado respondió: Yo soy, hermano, el que me voy, que yà no tengo necesidad de estar mas aqui, por lo que doy infinitas gracias à los Cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que dezis Licenciado, no os engañe el diablo (replicò el loco) fofgad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la buelta. Yo sè que estoy bue-

no (replicò el Licenciado,) y no avrà para que tornar à andar estaciones. Vos bueno? (dixo el loco:) aora bien, ello dira, andad con Dios; pero yo os voto à Jupiter, cuya Magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que oy comete Sevilla en sacaros de esta casa, y en teneros por cuerdo, tengo de hazer vn tal castigo en ella, que quede memoria del por todos los siglos de los siglos, Amen. No sabes tu, Licenciadillo menguado, que lo podrè hazer, pues como digo, soy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abraçadores, con que puedo, y suelo amenazar, y destruir el mundo? Pero con sola vna cosa quiero castigar à este ignorante Pueblo, y es, con no llover en èl, ni en todo su distrito, y contorno por tres enteros años, que se han de còtar desde el dia, y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. Tu libre? Tu sano? Tu cuerdo? y yo loco? y yo enfermo? y yo atado? Así pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces, y à las razones del loco estuvieron los circunstantes muy atentos; pero nuestro Licenciado, bolviendose à nuestro Capellan, y atiendole de las manos, le dixo: No tenga vuestra merced pena, señor mio, ni haga caso del loco, que este lo ha dicho, que si èl es Jupiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre, y el Dios de las aguas, lloverè todas las vezes que se me antojare, y fuere menester, porque està en mi mano. A lo que respondió el Capellan: Con todo esto, señor Neptuno, serà bien enojar al señor Jupiter, vuestra merced se queda en casa,

que otro dia , quando aya mas comodidad, y mas espacio, bolveremos por vuestra merced. Rióse el Retor , y los presentes , por cuya risa se medio corrió el Capellan : desnudaron al Licenciado , quedóse en casa , y acabóse el cuento. Pues este es el cuento , señor Barbero (dixo Don Quixote) que por venir aquí como de molde , no podia dexar de contarle. A señor Rapista, señor Rapista, y quan ciego es aquel que no vé por tela de cedazo: y es posible que vuestra merced no sabe , que las comparaciones que se hazen de ingenio à ingenio, de valor à valor, de hermosura à hermosura , y de linage à linage, son siempre odiosas, y mal recibidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el Dios de las aguas , ni procuro q̄ nadie me téga por discreto, no lo siendo, solo me fatigo, por dár à entender al mundo en el error en que está, en no renovar en sí el felicísimo tiempo, donde campeava la orden de la andante Cavallería ; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien , como el que gozaron las edades, donde los andantes Cavalleros tomaron à su cargo , y echaron sobre sus espaldas la defensa de los Reynos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos, y pupilos, el castigo de los sobervios, y el premio de los humildes. Los mas de los Cavalleros q̄ aora se vsan, antes les cruxen los damascos, los brocados , y otras ricas telas de q̄ se visten, que la malla có que se arman: yà no ay Cavallero que duerma en los campos, fugeto al rigor del Cielo , armado de todas armas, desde los pies à la cabeça: yà no ay quien sin

facar los pies de los estrivos, arrimado à su lança, solo procure descabezar (como dizen) el sueño, como lo hazian los Cavalleros andantes. Yà no ay ninguno, que saliendo deste bolque, entre en aquella mótaña, y de allí pise vna esteril, y desierta playa del mar, las mas vezes proceloso, y alterado; y halládo en ella, y en su orilla vn pequeño baxel, sin remos, vela, mastil, ni xarcía alguna, con intrepido coraçon se arroje en él , entregandose à las implacables olas del mar profundo, que yà le suben al Cielo, y yà le baxan al abísimo, y el puesto el pecho à la incontrastable borrasca, quãdo menos se cata, se halla tres mil, y mas leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota, y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces. Mas agora yà triunfa la pereza de la diligencia , la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud , la arrogancia de la valentia , y la teorica de la practica de las armas, que solo vinieron, y resplandecieron en las edades del oro , y en los andantes Cavalleros. Si no, diganme, quien mas honesto, y mas valiente, q̄ el famoso Amadis de Gaula? Quien mas discreto, que Palmerin de Inglaterra? Quien mas acomodado, y manual , que Tirante el Blanco? Quien mas galán, que Lisuarte de Grecia? Quien mas acuchillado, ni acuchillador, q̄ Don Belianis? Quien mas intrepido, que Perion de Gaula? O quien mas acometedor de peligros, que Felix Marte de Ircania? O quien mas sincero , que Esplandian? Quien mas arrojado , que Don Geriongilio de Tracia? Quien mas bravo, que Roda-

dámonte? Quien mas prudente , que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido, que Reynaldos? Quien mas invencible, que Roldan? Y quien mas gallardo , y mas cortès, que Rugero? de quien descien- den oy los Duques de Ferrara (segun Turpin en su Cosmografia.) Todos estos Cavalleros, y otros muchos que pu- diera dezir, señor Cura , fueron Cava- lleros andantes, luz, y gloria de la Ca- valleria. De estos, ò tales como estos, quisiera yo q̄ fueran los de mi arbitrio, que à ferlo, su Magestad se hallara bien servido, y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las bar- bas ; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el Capellã de ella: y si Jupiter (como ha dicho el Bar- bero) no lloviere, aqui estoy yo, que llo- verè quando se me antojare. Digo es- to , porque sepa el señor bazia , que le entiendo. En verdad , señor Don Qui- xote (dixo el Barbero) que no lo dixè por tanto; y así me ayude Dios como fue buena mi intencion, y que no debe vuestra merced sentirse. Si puedo sen- tirme, ò no (respondiò D. Quixote) yo me lo sè. A esto dixo el Cura: Aun bien que yo casi no he hablado palabra has- ta aora, y no quisiera quedar cõ vn es- crupulo, que me roe , y escarva la con- ciencia, nacido de lo q̄ aqui el señor D. Quixote ha dicho. Para otras cosas mas (respondiò Don Quixote) tiene licencia el señor Cura; y así puede dezir su es- crupulo , porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues cõ esse beneplacito (respondiò el Cura) digo, que mi escrupulo es , que no me puedo persuadir en ninguna manera, à que toda la caterva de Cavalleros an-

dantes, que vuestra merced señor Don Quixote ha referido, ayan sido real, y verdaderamente personas de carne , y hueso en el mundo, antes imagino, que todo es ficcion, fabula, y mentira, y fue- rios contados por hombres despiertos, ò por mejor dezir , medio dormidos. Esse es otro error (respondiò Don Qui- xote) en que han caído muchos que no creen que aya avido tales Cavalle- ros en el mundo, y yo muchas vezes cõ diversas gentes, y ocasiones he procura- do sacar à luz de la verdad este casi comun engaño ; pero algunas vezes no he salido con mi intento, y otras si, sus- tentãdola sobre los ombros de la ver- dad; la qual verdad es tan cierta, q̄ es- toy por dezir, que cõ mis propios ojos vi à Amadis de Gaula , que era vn hõ- bre alto de cuerpo , blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda, y rigurosa, corto de razones, tardo en ayrarse , y presto en deponer la ira, y del modo que he deli- neado à Amadis, pudiera à mi parecer, pintar, y descubrir todos quantos Ca- valleros andantes andan en las Histo- rias del Orbe, que por la aprehension q̄ tengo de que fueron como sus historias cuentan , y por las hazañas que hizie- ron, y condiciones q̄ tuvieron, se pue- den sacar por buena filosofia sus fac- ciones, sus colores, y estaturas. Què tan grande le parece à vuestra merced, mi señor Don Quixote (preguntò el Bar- bero) debia de ser el Gigante Morgan- te? En esto de Gigantes (respondiò Don Quixote) ay diferentes opinionces , si los ha avido , ò no en el mundo ; pe- ro la Santa Escritura , que no pue- de saltar vn atomo en la verdad,

nos muestra que los hubo contando- nos la historia de aquel Filisteazo de Golias, que tenia siete codos y medio de altura, que es vna desmesurada grã- deza. Tambien en la Isla de Sicilia se han hallado canillas, y espaldas tan grandes, que su grandeza manifesta, que fueron Gigantes sus dueños, y tan grandes, como grandes torres, que la Geometria saca esta verdad en duda. Pero con todo esto no fabrè dezir con certidumbre, que tamaño tuviesse Morgante, aunque imagino que no debiò de ser muy alto: y mueveme à ser de este parecer, hallar en la historia donde se haze mencion particular de sus hazañas, que muchas vezes dormia debaxo de techado, y pues hallava casa donde cupiesse, claro està, que no era desmesurada su grandeza. Así es (dixo el Cura) el qual gustando de oírle dezir tan grandes disparates, le preguntò, que què sentia acerca de los rostros de Reynaldos de Moltalvàn, y de Don Roldàn, y de los demás doze Pares de Francia, pues todos avian sido Cavalleros andantes? De Reynaldos (respondiò Don Quixote) me atrevo à dezir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bayladores, y algo saltados, puntoso, y colerico en demasia, amigo de ladrones, y de gente perdida. De Roldàn, ò Rotolando, ò Orlando, que con todos estos nom-

bres le nombran las historias, foy de parecer, y me afirmo, que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y barbiza- heño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones; pero muy comedido, y bien criado. Si no fue Roldàn mas gentilhomme, que vuestra merced ha dicho (replicò el Cura) no fue maravilla, que la señora Angelica la bella le desdenasse, y dexasse por la gala, brio, y donayre que debia tener el Morillo barbiponiente, à quien ella se entregò, y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldàn. Esta Angelica (respondiò Don Quixote) señor Cura, fue vna doncella distraida, andariega, y algo antojadiza, y tan lleno dexò el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura; despreciò mil señores, mil valientes, y mil discretos, y contentòse con vn pajecillo barbilucio, sin otra hazienda, ni nombre, que el que le pudo dàr de agradecido la amistad que guardò à su amigo el gran Cantor de su belleza el famoso Atiosto, por no atreverse, ò por no querer cantar lo que à esta señora le sucediò despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dexò, donde dixo:

*Y como del Catai recibì el Cetro,
Quizà otro tantarà con mejor plectro.*

Y sin duda, que esto fue como pro-
fia, que los Poetas tambien se lla-
... res, que quiere dezir: **Adivi-**

nos. Vese esta verdad clara, porque
despues acà vn famoso Poeta Andaluz
llorò, y cantò sus lagrimas: y otro fa-
mo-

moso, y vnico Poeta Castellano cantò su hermosura.

Digame, señor Don Quixote (dixo à esta fazon el Barbero) no ha auido algun Poëta, que aya hecho alguna fatira à essa señora Angelica, entre tantos como la han alabado? Bien creo yo (respondiò Don Quixote) que si Sacripante, ò Roldan fueran Poetas, que yà la huvieran jabonado à la dócella; porque es propio, y natural de los Poetas desdenados, y no admitidos de sus damas fingidas, ò fingidas efecto de aquellos à quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con Satiras, y libelos; vengãça por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado à mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angelica, que traxo rebuelto el mundo. Milagro (dixo el Cura.) Y en esto oyeron, que el ama, y la sobrina, que yà avian dexado la conversacion, davan grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido

C A P. II. Que trata de la notable prudencia que Sancho Pança tuvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros successos graciosos.

Cuenta la historia, que las voces que oyeron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la sobrina, y ama, que las davan, diziendo à Sancho Pança, que pugnava por entrar à ver à Don Quixote, y ellas le defendiã la puerta: Què quiere este mostrenco en esta casa? Idos à la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae, y sonfaca à mi señor, y le lleva por

ellos andurriales. A lo que Sancho respondiò: Ama de Satanàs, el soufocado, y el distraido, y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo, èl me llevò por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio; èl me sacò de mi casa con engañifas, prometindome vna Insula, que hasta aora la espero. Malas Insulas te ahoguen (respondiò la sobrina) Sancho maldito, y què son Insulas? Es alguna cosa de comer, golosazo, comilòn, que tu eres? No es de comer (replicò Sancho) sino de gobernar, y regir mejor, que quatro Ciudades, y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo esto (dixo el ama) no entrareis acá, fago de maldades, y costal de malicias, id à gobernar vuestra casa, y à labrar vuestros pegujares, y dexaos de pretender Insulas, ni insulos. Grande gusto recibian el Cura, y el Barbero de oir el coloquio de los tres, pero Don Quixote, temeroso que Sancho se descofieste, y desbuchasse algun monton de maliciosas necedades, y tocasse en puntos, que no le estarian bien à tu credito, le llamò, y hizo à las dos que callassen, y le dexassen entrar; entrò Sancho, y el Cura, y el Barbero se despidieron de Don Quixote, de cuya salud desesperaron, viendo quan puefsto estava en sus variados pensamientos, y quan embebido en la simplicidad de sus mal andantes cavallerias; y afsi dixo el Cura al Barbero: Vos vereis, compadre, como quando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez à boiar la ribera. No pongo yo duda en esto (respondiò el Barbero); pero no me maravillo tanto de la locura de

Cavallero, como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la Infula, que creo, que no se lo sacaràn del casco quantos defengaños pueden imaginarse. Dios los remedie (dixo el Cura) y estemos à la mira, verèmos en lo que para esta maquina de disparates de tal Cavallero, y de tal escudero, que parece, que forjaron à los dos en vna misma turquesa, y que las locuras del señor, sin las necedades del criado, no valian vn ardite. Afsi es (dixo el Barbero) y holgàra mucho saber que trataràn aora los dos. Yo aseguro (respondiò el Cura) que la sobrina, ò el ama nos lo còtaràn despues, q̄ no son de condicion q̄ dexaràn de escucharlo. En tanto, Don Quixote se encerrò con Sancho en su aposento; y estando solos, le dixo: Mucho me pesa, Sancho, que ayas dicho, y digas, que yo fuy el que te saquè de tus casillas, sabiendo, que yo no me quedè en mis casas: juntos salimos, juntos fuymos, y juntos peregrinamos: vna misma fortuna, y otra misma suerte ha corrido por los dos. Si à ti te mantearon vna vez, à mi me han molido ciento, y esso es lo que te llevo de ventaja. Esso estava puesto en razon, respondiò Sancho, (segun vuestra merced dize) mas anexas son à los Cavalleros andantes las desgracias, que à sus escuderos. Engañaſte Sancho, dixo Don Quixote, (segun aquello, quando caput dolet, &c.) No entiendo otra lengua que la mia, respondiò Sancho. Quiero dezir, dixo Don Quixote, que quando la cabeça duele, todos los miembros duelen; y afsi siendo yo tu amo, y señor, soy tu cabeça, tu mi parte, pues eres mi cria-

do; y por esta razon, el mal que à mi me toca, ò tocara, à ti te ha de doler, y à mi el tuyo: Afsi avia de fer (dixo Sancho;) pero quando à mi me mantearan, como à miembro, se estava mi cabeça detrás de las bardas, mirandome bolar por los ayres, sin sentir dolor alguno: y pues los miembros està obligados à dolerse del mal de la cabeça, avia de estar obligada eila à dolerse de ellos. Querràs tu dezir aora, Sancho, (respondiò Don Quixote) que no me dolia yo quando à ti te mantearan? Y si lo dizes, no lo digas, ni lo pienes, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espiritu, que tu en tu cuerpo; pero dexemos esto à parte por aora, que tiempo avrà donde lo ponderèmos, y pongamos en su punto. Y dime, Sancho amigo, què es lo que dizen de mi por esse lugar? En què opinion me tiene el vulgo? en què los Hidalgos? en què los Cavalleros? Què dizen de mi valentia? Què de mis hazañas? Y què de mi cortesia? Què se platica del assunto que he tomado de refacitar, y bolver al mundo la yà olvidada Orden Cavalleresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado à tus oïdos: y esto me has de dezir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna, que de los vassallos leales es dezir la verdad à sus señores en su fer, y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ò otro vano respeto la disminuya. Y quiero que sepas, Sancho, que si à los oïdos de los Principes llegasse la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra,

que

que entiendo, que de las que zora se vñan, es la dorada. Sirvate este advertimiento, Sancho, para que discreta, y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Esto harè yo de muy buena gana, señor mio, (respondiò Sancho) con condicion, que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dixere, pues quiere que lo diga en cueros sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron à mi noticia. En ninguna manera me enojarè (respondiò Don Quixote) bien puedes, Sancho, hablar libremente, y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dixo, es, que el vulgo tiene à vuestra merced por grandissimo loco, y à mi por no menos mentecato. Los Hidalgos dizea, que no conteniendose vuestra merced en los limites de la hidalguia se ha puesto Don, y se ha arremetido à Cavallero con quatro cepas, y dos yugadas de tierra, y con vn trapo atrás, y otro adelante. Dizen los Cavalleros, que no querrian, que los Hidalgos se pusessen à ellos, especialmente aquellos Hidalgos escuderialles, que dan humo à los zapatos, y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Effeno (dixo Don Quixote) no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamás remendado: roto bien podrá ser, y el roto mas de las armas, que de el tiempo. En lo que toca (prosiguiò Sancho) à la valentia, cortesia, hazañas, y assumpto de vuestra merced, ay diferentes opiniones: vnos dizen, loco; pero gracioso: otros, valiente; pero desgraciado: otros, cortès: pero im-

pertinente: y por aqui van discurrendo en tantas cosas, que ni à vuestra merced, ni à mi, nos dexan huefso sano. Mira, Sancho (dixo Don Quixote) donde quiera que està la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos, ò ninguno de los famosos varones que passaron, dexò de ser calumniado de la malicia. Julio Cesar, animosissimo, prudentissimo, y valentissimo Capitán, fue notado de ambicioso, y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alexandro, à quien sus hazañas le alcançaron el renombre de Magno, dizen de el, que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hercules, el de los muchos trabajos, se cuenta, que fue lascivo, y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura, que fue mas que demasadamente rixoso: y de su hermano, que fue lloròn. Así que, ò Sancho, entre tantas calumnias de buenos, bien pueden passar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ai està el toque, cuerpo de mi padre (replicò Sancho.) Pues ay mas (preguntò Don Quixote?) Aun la cola falta por defollar (dixo Sancho) lo de hasta aqui son tortas, y pan pintado: mas si vuestra merced quiere saber todo lo que ay, acerca de las calumnias que le ponen, yo le traerè aqui luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte vna mija, q̄ anoche llegò el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachiller, y yendole yo à dar la bien venida, me dixo, que andava yà en libros la historia de vuestra merced, con nombre del Inge-

nioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha; y dize, q̄ me mientan à mi en ella con mi mismo nombre de Sancho Pança, y à la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que passamos nosotros à solas, que me hize cruces de espantado, como las pudo saber el Historiador que las escribió. Yo te asseguro, Sancho, (dixo Don Quixote) que debe de ser algun sabio encantador el Autor de nuestra historia, que à los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y como, dixo Sancho, si era sabio, y encantador, pues (segun dize el Bachiller Sanson Carrasco, que assi se llamava el qual dicho tengo) que el Autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Este nombre es de Moro, respondió Don Quixote. Assi será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido dezir, q̄ los Moros son amigos de berengenas. Tu debes, Sancho, (dixo Don Quixote) errarte en el sobrenombre de este Cide, que en Arabigo quiere dezir señor. Bien podria ser, replicò Sancho, mas si vuestra merced gusta que yo le haga venir aqui, irè por èl en bolàdas. Haràme mucho placer, amigo (dixo Don Quixote) que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comerè bocado que bien me sepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por èl (respondiò Sancho) y dexando à su señor, se fue à buscar al Bachiller, con el qual bolviò de alli à poco espacio, y entre los tres passaron va gracioso loquiuo.

CAP. III. *Del ridiculo razonamiento que passò entre Don Quixote, Sancho Pança, y el Bachiller Sanson Carrasco.*

Pensativo ademàs quedò Don Quixote, esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de si mismo, puestas en el libro como avia dicho Sancho, y no podia persuadirse à que tal historia huviesse, pues aun no estava enjuta la cuchillada de su espada en la sangre de los enemigos que avia muerto, y yà querian que anduviesen en estampa sus altas Cavallerias; con todo esto imaginò, q̄ algun sabio, ò yà amigo, ò enemigo, por arte de encantamento, las avrà dado à la estampa: si amigo, para engrandecerlas, y levantarlas sobre las mas señaladas de Cavallero andante: si enemigo, para aniquilarlas, y ponerlas debaxò de las viles, que de algun vil escudero se huviesen escrito, puesto (dezia entre si) que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y quando fuesse verdad que la tal historia huviesse, siendo de Cavallero andante, por fuerça avia de ser grandiloqua, alta, insigne, magnifica, y verdadera. Con esto se consolò algun tanto; pero desconsolòle pensar que su Autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y de los Moros no se podia esperar verdad alguna; porque todos son embelecadores, saltarios, y quimeristas. Temiase no huviesse tratado sus amores con alguna indecencia, que redundasse en menoscabo, y perjuizio de la honestidad de su se-

ñora Dulcinea del Toboso; deseava que huviesse declarado su fidelidad, y el decoro que siempre la avia guardado, menospreciando Reynas, Emperatrices, y doncellas de todas calidades, teniendo à raya los impetus de los naturales movimientos: y así embuelto, y rebuelto en estas, y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho, y Carrasco, à quien Don Quixote recibì con mucha cortesía. Era el Bachiller, aunque se llamava Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran focarrón, de color macilento; pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y quatro años, cariredondo, de nariz chata, y de boca grande; señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donayres, y de burlas, como lo mostrò en viendo à Don Quixote, poniendose delante dèl de rodillas, diciendole: Deme vuestra grandeza las manos, señor Don Quixote de la Mancha, que por el habito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras Ordenes que las quatro primeras, que es vuestra merced vno de los mas famosos Cavalleros andantes que ha avido, ni avrà en toda la redondez de la tierra. Bien aya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dexò escritas; y rebien aya el curioso que tuvo cuydado de hazerlas traducir de Arabigo en nuestro vulgar Castellano, para universal entretenimiento de las gentes. Hizole levantar Don Quixote, y dixo: De essa manera, verdad es, que ay historia mia, y que fue Moro, y sabio el que la compuso. Es tan verdad,

señor, (dixo Sansón) que tengo para mi, que el dia de oy estàn impresos mas de doze mil libros de la tal historia, sino digalo Portugal, Barcelona, y Valencia, donde se han impresso, y aun ay fama q̄ se està imprimiendo en Amberes, y à mi se me trasluze, que no ha de aver Nacion, ni lengua donde no se traduzga. Vna de las cosas (dixo à esta sazón Don Quixote) que mas debe de dár contento a vn hombre virtuoso, y eminente, es verse viviendo andar con buen nombre por las lenguas de las gentes impresso, y en estampa: Dixe con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara. Si por buena fama, y si por buen nombre và (dixo el Bachiller) solo vuestra merced lleva la palma à todos los Cavalleros andantes: porque el Moro en su lengua, y el Christiano en la suya, tuvieron cuydado de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuestra merced, el animo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias, como en las heridas: la honestidad, y continencia en los amores tan platonicos de vuestera merced, y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca (dixo à este punto Sancho Pança) he oido llamar con Don à mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y yá en esto anda errada la historia. No es objeccion de importancia essa (respondiò Carrasco.) No por cierto (respondiò Don Quixote;) pero digame vuestra merced, señor Bachiller, que hazañas mias son las que mas

se pondra en esta historia? En esto (respondió el Bachiller) ay diferentes opiniones(como ay diferentes gustos) vnos se atienen à la aventura de los molinos de viento, que à vuestra merced le parecieron Briarcos, y Gigantes: otros à la de los batanes: este à la descripcion de los dos exercitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros: aquel encarece la del muerto, que llebavan à enterrar à Segovia; vno dize, que à todos se aventura la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala à la de los dos Gigantes Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcayno. Digame, señor Bachiller(dixo à esta fazon Sancho) entra à la aventura de los Yangueses? quando à nuestro buen roziante se le antojò pedir cotufas en el golfo? No se le quedò nada(respondió Sancho) al fabio en el tintero, todo lo dize, y todo lo apunta, hasta lo de las cabriòlas, que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hize yo cabriòlas(respondió Sancho) en el ayre si, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino(dixo Don Quixote) no ay historia humana en el mundo, que no tenga sus atibaxos, especialmente las que tratan de Cavallerias, las quales nunca pueden estar llenas de prosperos sucesos. Con todo esto (respondió el Bachiller) dizen algunos, que han leído la historia, que se holgàran se les huviera olvidado à los Autores de ella algunos de los infinitos palos, que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quixote. Ài entra la verdad de la historia(dixo Sancho.) Tambien pudieran callarlos

por equidad(dixo Don Quixote) pues las acciones, que ni mudan, ni alteran la verdad de la historia, no ay para que escribirlas, si han de redundar en menoscupio del señor de la historia. Afee, que no fue tan piadoso Eneas, como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises, como le describe Homero. Así es(replicò Sancho;) pero vno es escribir como Poeta, y otro como Historiador: el Poeta puede cortar, ò contar las cosas, no como fueron, sino como debian ser, y el Historiador las ha de escribir, no como debian ser, sino como fueron, sin añadir, ni quitar à la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda à dezir verdades esse señor Moro(dixo Sancho) à buen seguro, que entre los palos de mi señor se hallen los mios; porque nunca à su merced le tomaron la medida de sus espaldas, q̄ no me la tomassen à mi de todo el cuerpo; pero no ay de q̄ maravillarme, pues como dize el mismo señor mio, del dolor de la cabeça han de participar los miembros. Socarron sois, Sancho, (respondió Don Quixote) à fee que no os falta memoria, quando vos quereis tenerla. Quando yo quisièse olvidarme de los garrotazos que me han dado (dixo Sancho) no lo consentirian los cardenales, q̄ aun se estàn frescos en las costillas. Callad, Sancho, (dixo Don Quixote) y no interrumpais al señor Bachiller, à quien suplico passe adelante en dezirme lo que se dize de mi en la referida historia: y de mi (dixo Sancho) que tãbien dizen que soy vno de los principales personajes de ella. Personage, que no personajes (dixo Sancho.) Otro reprochador de vo-
qui-

quibles tenemos (dixo Sancho) pues audente à esso, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dè Dios, Sancho, (respondiò el Bachiller) sino fois vos la segunda persona de la historia, y que ay tal, que precia mas oiros hablar à vos, que al mas pintado de toda ella: puesto que tambien ay quien diga, que anduvistes demasadamente de credulo en creer, que podia ser verdad el gobierno de aquella Infula, ofrecida por el señor Don Quixote, que està presente. Aun ay Sol en las bardas, dixo Don Quixote, y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dãn los años, estàrà mas idoneo, y mas habil para ser Governador, que no estàrà aora. Por Dios, señor, (dixo Sancho) la Isla que yo no governaste con los años, que tengo, no la governarè con los años de Matuialen; el daño està, en que la dicha Infula se entretiene no sè donde, y en no faltarme à mi el caletre para governarla. Encomedadlo à Dios, Sancho, (dixo Don Quixote) que todo se harà bien, y quiza mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el arbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad (dixo Sancho) que si Dios quiere, no le faltarán à Sancho mil Islas que governar, quanto mas vna. Governadores he visto por ai (dixo Sancho) que à mi parecer no llegan à la suela de mi zapato, y con todo esso los llaman Señoria, y se firven con plata. Esos no son Governadores de Infulas (replicò Sancho) sino de otros Gobiernos mas manuales, que los que gobiernan Infulas, que por lo

menos han de saber Gramatica. Con la Grama bien me avendria yo (dixo Sancho); pero con la tica, ni se tino, ni pago, porque no la entiendo; pero dexando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche à las partes donde mas de mi se sirva; digo señor Bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, y alegría, que el Autor de la historia aya hablado de mi de manera, que no enfadan las cosas que de mi se cuentan, que à fee de buen escudero, que si huviera dicho de mi cosas que no fuerà muy de Christiano viejo, como soy, que nos avian de oir los sordos. Esso no fuera hazer milagros (respondiò Sanson.) Milagros, ò no milagros (dixo Sancho) cada vno mire como habla, ò como escribe de las personas, y no ponga à troche moche lo primero que le vienen al magin. Vna de las tachas que ponen à la tal historia (dixo el Bachiller) es, que su Autor puso en ella vna novela, intitulada: El Curioso impertinente, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced el señor Don Quixote. Yo apostarè (replicò Sancho) que ha mezclado el hi de perro berças con capachos. Aora digo (dixo Don Quixote) que no ha sido sabio el Autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que à tiento, y sin algun discurso se puso à escribirla, salga, lo que saliere, como hazia Orbaneja, el Pintor de Vbeda, al qual preguntandole, què pintava? Respondiò: Lo que saliere: tal vez pintava vn Gallo de tal suerte, y tan mal parecido, que era

menester que con letras Goticas escri-
viessé junto à él, este es Gallo: y así de-
be de ser de mi historia, que tendrá ne-
cessidad de comento para entenderla.
Eso no (respondió Sansón) porque
es tan clara, que no ay cosa que difi-
cultar en ella, los niños la manosean,
los moços la leen, los hombres la en-
tienden, y los viejos la celebran: y fi-
nalmente es tan trillada, y tan leída, y
tan sabida de todo genero de gentes,
que apenas han visto algun rozin flaco,
quando dizen, allí vá Rozinante: y
los que mas se han dado à su lectura,
só los pages. No ay antecámara de se-
ñor, donde no se halle vn Don Quixo-
te, vnos le toman, si otros le dexan: es-
tos le embisten, y aquellos le piden. Fi-
nalmente, la tal historia es del mas gus-
toso, y menos perjudicial entretenimien-
to, que hasta agora se aya visto;
porque en toda ella no se descubre, ni
por semejas, vna palabra deshonestá,
ni vn pensamiento menos que Cato-
lico. A escribir de otra suerte (dixo
Don Quixote) no fuera escribir ver-
dades, sino mentiras; y los Historia-
dores, que de mentiras se valen, avian
de ser quemados, como los que ha-
zen moneda falsa: y no sé yo que le
moverá al Autor à valerse de novelas,
y cuentos agenos, aviendo tanto que
escribir en los míos; sin duda se de-
bió de atener al refrán de paja, y de
Aeno, &c. Pues en verdad, que en
dolo manifestar mis pensamientos,
mis suspiros, mis lagrimas, mis bu-
enos deseos, y mis acometimientos,
pudiera hazer vn volumen mayor, ó
tan grande, que el que pueden hazer
todas las obras del Tostado. Enefe-

to, lo que yo alcanço, señor Bachiller;
es, que para componer historias, y li-
bros de qualquier fuerte que sean, es
menester vn gran juicio, y vn maduro
entendimiento: dezir gracias, y escri-
vir donayres, es de grandes ingenios.
La mas discreta figura de la comedia,
es la del bobo, porque no lo ha de ser
el que quiere dar à entender, que es
simple. La historia es como cosa sagra-
da, porque ha de ser verdadera, y don-
de está la verdad, está Dios en quanto
à verdad; pero no obstante esto ay al-
gunos, que así componen, y arrojan
libros de sí, como si fuesen buñuelos.
No ay libro tã malo (dixo el Bachiller)
que no tenga algo bueno. No ay duda
en esso (replicó D. Quixote) pero mu-
chas vezes acontece, que los que teniã
meritamente grangeada, y alcançada
gran fama por sus escritos, en dando-
los à la estampa, la perdieron del to-
do, ó la menoscabaron en algo. La
causa de esso, es, (dixo Sansón) que co-
mo las obras impressas se miran de es-
pacio, fácilmente se ven sus faltas, y
tanto más se escrudiñan, quanto es
mayor, la fama del que las compuso.
Los hombres famosos por sus inge-
nios, los grandes Poetas, los ilustres
Historiadores siempre, ó las mas vezes
son embidiados de aquellos que tienen
por gusto, y por particular entretenimien-
to, juzgar los escritos agenos, sin
aver dado algunos propios à la luz
del mudo. Eso no es de maravillá (di-
xo Don Quixote) porq̃ muchos Theo-
logos ay, que no son buenos para el
pulpito, y son boníssimos para cono-
cer las faltas, ó sobras de los que pre-
dicán. Todo esto es así señor Don
Qui-

Quixote (dixo Carrasco) pero quisiera yo, que los tales censuradores fueran mas misericordiosos, y menos escrupulosos, sin atenerse à los atomos del Sol clarissimo de la obra de que murmuran, que si aliquando bonus dormitat Homerus, consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiesse; y quizá podria ser, que lo que à ellos les parece mal, tuessen lunares, q̄ à las vezes acrecientan la hermosura del rostro que los tiene: y así digo, q̄ es grandissimo el riesgo à que se pone el que imprime vn libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga, y contente à todos los que le leyeren. El que de mí trata (dixo Don Quixote) à pocos avrá contentado. Antes es al revés, que como de stultorum infinitus est numerus, infinitos son los que han gustado de tal historia, y algunos han puesto falta, y dolo en la memoria del Autor, pues se le olvida de contar quien fue el ladron que hurtò el ruzio à Sancho, que allí no se declara: y solo se infiere de lo escrito, que se le hurtaron; y de allí à poco le vemos à cavallo sobre el mesmo jumento, sin aver parecido. Tambien dicen, que se le olvidò poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos, que hallò en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y ay muchos, que desean saber, que hizo de ellos, ò en que los gastò, que es vno de los puntos sustanciales, que faltan en la obra. Sancho respondió: Yo, señor Sanfon, no estoy aora para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomado vn desmayo de

Part. II.

estomago, que fino le reparo con dos tragos de lo añexo, me pondrà en la espina de Santa Luzia; en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer darè la buelta, y satisfatè à vuestra merced, y à todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la perdida del jumento, como del gasto de los cien escudos: y sin esperar respuesta, ni dezir otra palabra, se fue à su casa. Don Quixote pidió, y rogò al Bachiller, se quedasse à hazer penitencia con èl. Tuvo el Bachiller el combite, quedòse, añadiòse al ordinario vn par de pichones; tratòse en la mesa de Cavallerias; siguiòle el humor Carrasco: acabòse el banquete, durmieron la siesta, bolviò Sancho, y renovòse la platica pasada.

CAP. IV. *Donde Sancho Pança satisface al Bachiller Sanfon Carrasco de sus dudas, y preguntas; con otros sucessos dignos de saberse, y de contarse.*

BOtviò Sancho à casa de D. Quixote, y bolviendo al passado razonamiento, respondió à lo que el señor Sanfon dixo, que se deseava saber, quien, ò como, ò quando se me hurtò el jumento; respondiendole, digo, que la noche misma, que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los Galeotes, y la del difunto, que llevavan à Segovia, mi señor, y yo, nos metimos entre vna espesura, adonde mi señor, arimado à su lança, y yo sobre mi ruzio, molidos, y cansados de las passadas refriegas.

B 2

nos pusimos à dormir , como si fuera sobre quatro colchones de pluma , especialmente yo dormi con tan pesado sueño , que quien quiera que fue, tuvo lugar de llegar , y suspenderme sobre quatro estacas que puso à los quatro lados de la albarda; de manera, que me dexò à cavallo sobre ellas , y me sacò debaxo de mi al ruzio , sin que yo lo sintiesse. Eſto es cosa facil , y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucediò à Sacripante, quando estando en èl cerca de Albraca , con èssa misma invencion le sacò el cavallo de entre las piernas aquel famoso ladron , llamado Brunelo. Amaneciò (prosiguiò Sancho) y apenas huve estremecido, quando saltando las estacas, di conmigo en el suelo vna gran caida ; mirè por el jumento, y no le vi ; acudieronme las lagrimas à los ojos , y hize vna lamentacion, que sino la supo el Autor de nuestra historia, puede hazer cuenta, que no puso cosa buena. Al cabo de no sè quantos dias , viniendo con la señora Princesa Micomicona , conoci mi à ſno, y que venia sobre èl en habito de Gitano aquel Ginès de Passamonte, aquel embustero , y grandissimo maleador , que quitamos mi señor, y yo de la cadena. No està en esto el yerro, (replicò Sancho) sino en que antes de aver parecido el jumento, dize el Autor , que iba à cavallo Sancho en el mesmo ruzio. A esto (dixo Sancho) no sè que responder, sino que el Historiador se engañò , ò yà seria descuydo del Impresor. Aſsi es sin duda (dixo Sancho.) Pero que se hizieron los cien escudos? deshizieronse? Respondiò Sancho : Yo los gastè en pro de mi perso-

na , y de la de mi muger , y de mis hijos , y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos, y carreras que he andado sirviendo à mi señor Don Quixote , que si al cabo de tanto tiempo bolviera sin blanca, y sin el jumento à mi casa , negra ventura me esperava : y si ay mas que saber de mi, aqui estoy , q̄ responderè al mismo Rey en persona, y nadie tiene para que meterse en si traxe, ò no traxe, si gastè , ò no gastè, que si los palos que me dieron en estos viages se huvieran de pagar à dinero , aunque no se rasiaran mas que à quatro maravedis cada vno , en otros cien escudos no avia para pagarme la mitad; y cada vno meta la mano en su pecho , y no se ponga à juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco , que cada vno es como Dios le hizo , y aun peor muchas vezes. Yo tendrè cuydado (dixo Carrasco) de acusar al Autor de la historia , que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho , que serà realzarla vn buen coto mas de lo que ella se està. Ay otra cosa que enmendar en esta leyenda, señor Bachiller? (preguntò Don Quixote.) Si debe de aver (respondiò el;) pero ninguna debe de ser de la importancia de las yà referidas. Y por ventura (dixo Don Quixote) promete el Autor segunda parte? Si promete (respondiò Sancho;) pero dize, q̄ no ha hallado , ni sabe quien la tiene; y aſsi estamos en duda , si saldrà , ò no; y aſsi por esto, como porque algunos dizen, nunca segundas partes fueron buenas; y otros, de las cosas de D. Quixote , bastan las escritas ; se duda, que

que no ha de aver segunda parte, aunque algunos, que son mas Jovians, que Saturnios, dicen: Vengan mas Quixotadas, embista Don Quixote, y hable Sancho Pança, y sea lo que fuere, que con esto nos contentamos. Y à que atiende el Autor? A que (respondiò Sancho:) En hallando que halle la historia, que èl và buscando con extraordinarias diligencias, la darà luego à la estampa, llevada mas del interès, que de darla, se le figure, que de otra alabança alguna. A lo que dixo Sancho: Al dinero, y al interès mira el autor? Maravilla serà que acierte, porque no harà sino harbar, harbar, como fahre en visperas de Pasqua, y las obras que se hazen apriessa, nunca se acaban con la perfeccion, que requieren. Atienda esse señor Moro à lo que es, à mirar lo que haze, que yo, y mi señor le daremos tanto ripio à la mano, en materia de aventuras, y de suceßos diferentes, que pueda componer, no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aqui en las pajas; pues tenganos el pie al herrar, y verà del que cosqueamos: Lò que yo sè dezir, es, que si mi señor tomasse mi consejo, yà aviamos de estar en essas campañas deshaziendo agravios, y endereçando tuertos, como es vfo, y costumbre de los buenos andantes Cavalleros. No avia bien acabado de dezir estas razones Sancho, quando llegaron à sus oidos relinchos de rozinante, los quales relinchos tomò Don Quixote por felicissimo aguero, y determinò de hazer de alli à tres, ò quatro dias otra salida; y declarando su intento al

Part. II.

Bachiller, le pidiò consejo, por que parte començaria su jornada? el qual le respondiò, que era su parecer, que fuesse al Reyno de Aragón, y à la Ciudad de Zaragoza, adonde de alli à pocos dias se avian de hazer vnas solemnissimas justas por la fiesta de San Jorge, en las quales podria ganar fama sobre todos los Cavalleros Aragonçes, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabòle ser honradissima, y valentissima su deteminacion; y advirtiòle, que anduviesse mas atentado en acometer los peligros, à causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le avian menester para que los amparasse, y socorriessè en sus desventuras. De esto es lo que yo reniego, señor Sancho, (dixo à este punto Sancho) que assi acomete mi señor à ciè hombres armados, como vn muchacho goloso à media dozena de badeas. Cuerpo del mundo, señor Bachiller, si que tiempos ay de acometer, y tiempos de retirar, sino ha de ser todo Santiago, y cierra España; y mas que yo he oido dezir, y creo, que à mi señor mismo; si mal no me acuerdo, que en los estremos de cobarde, y de temerario, està el medio de la valentia; y si esto es assi, no quiero que huya, sin tener para que, ni que acometa, quando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo, aviso à mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion, que èl se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado à otra cosa, que à mirar por su persona, en lo que tocare à su limpieza, y à su regalo, que en esto yo le baylarè el agua delante; pero pensar, que

B 3

ten-

tengo de poner mano à la espada, aunque sea cõtra villanos malandrines de hacha, y capilla, es pensar en lo escudado. Yo, señor Sancho, no pienso gran gear fama de valiente, sino de el mejor, y mas leal escudero, que jamás friviò à Cavallero Andante; y si mi señor D. Quixote, obligado de mis muchos, y buenos servicios, quisiera darme alguna Insula de las muchas que su merced dize que se ha de topar por ài, recibirè mucha merced en ello; y quando no me la diere, nacido soy, y no hã de vivir el hõbre en auto de otro, sino de Dios, y mas que tambiẽ, y aun quizà mejor me sabrà el pan desgobernado, que siendo Governador; y sè yo por ventura, si en estos gobiernos me tiene aparejado el diablo alguna zancadilla, donde tropicze, y cayga, y me deshaga las muelas? Sancho naci, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas à buenas, sin mucha sollicitud, y sin mucho riesgo me deparasse el Cielo alguna Insula, ò otra cosa semejante, no soy tan necio, que la deshechasse, q̃ tambien se dize: quando te dieren la baquilla, corre con la foguilla; y quando viene el bien, metelo en tu casa. Vos, hermano Sancho (dixo Carrasco) aveis hablado como vn Cathedratico; pero con todo esto confiad en Dios, y en el señor Don Quixote, que os ha de dár vn Reyno, no que vna Insula. Tanto es lo de mas, como lo de menos (respondiò Sancho) aunque sè dezir al señor Carrasco, que no echara mi señor el Reyno que me diera en faco roto, que yo he tomado el pulso à mi mismo, y me hallo con salud para regir Reynos, y gobernar Insulas: y es-

to yã kras vezes lo he dicho à mi señor. Mirad, Sancho (dixo Sancho) que los ficios mudã las costumbres, y podrã ser, que viendoo Governador, no enocieffedes, à la madre que os pariò. Esto allã se ha de entender (respondiò Sancho) con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de envidia de Christianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos à mi condicion, que sabrà vsar de desagrado de cada uno. Dios lo haga (dixo Don Quixote) y ello dirà quando el gobierno venga, que yã me parece que le traygo entre los ojos. Dicho esto, rogò al Bachiller, que si era Poeta, le hiziesse merced de componerle vnos versos, que trassessen de la despedida que pensava hazer de la señora Dulcinea del Toboso; y que advirtiesse, q̃ en el principio de cada verso avia de poner vna letra de su nombre: de manera, que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyessè Dulcinea del Toboso. El Bachiller respondiò, que puesto que el no era de los famosos Poetas que avia en España, que dezian, q̃ no eran sino tres y medio, que no dexaria de componer los tales metros, aunque hallava vna dificultad grande en su composition, à causa, que las letras que contenian el nombre eran diez y siete, y que si hazia quatro Castellanas de à quatro versos, se brava vna letra, y si de à cinco, à quien llaman dezimas, ò rondillas, faltavan tres letras; pero con todo esto procuraria embeber vna letra lo mejor que pudiesse; de manera, que en las quatro Castellanas se incluyessè el nombre de Dulcinea del Toboso.

bofo. Ha de ser así en todo caso (dixo Don Quixote) que si allí no vâ el nombre patente, y de manifesto, no ay muger que crea, que para ella se hizieron los metros. Quedaron en esto, y en que la partida seria de allí à ocho dias: encargò Don Quixote al Bachiller, la tuviese secreta, especialmente al Cura, y al Macfle Nicolás, y à su sobrina, y al ama, porque no estorvassen su honrada, y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco. Con esto se despidió, encargando à Don Quixote, que de todos sus bucnos, ò malos sucesos, le avisasse, aviendo comodidad; y así se despidió, y Sancho fue à poner en orden lo necesario para su jornada.

CAP. V. *De la discreta, y graciosa platica, que passò entre Sancho Pança, y su muger Teresa Pança, y otros sucesos dignos de felice recordacion.*

Legando à escribir el traductor de esta Hitoria este quinto Capitulo, dize, que le tiene por apocrifo, porque en èl habla Sancho Pança con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dize cosas tan fútiles, que no tien: por posible, que èl las supiesse; pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo que à su oficio debia; y así profugió diziendo.

Llegò Sancho à su casa tan regocijado, y alegre, que su muger conociò su alegria à tiro de ballesta, tanto, que la obligò à preguntarle: que traeis, Sancho, amigo, que tan alegre venis? A lo que èl respondió: Muger mia y si
Part. II.

Dios quisiera, bien me holgàra yo de no estar tan contento como nuestro. No os entiendo marido (replicò ella) y no sè que quereis dezir en esto, de que os holgarades, si Dios quisiera, de no estar contento, que muger tonta, no sè yo quien recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, (respondió Sancho) yo estoy alegre, porque tengo determinado de bolver à servir à mi amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera salir à buscar las aventuras, y yo buelvo à salir con èl, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperança q me alegra de pensar si podrè hallar otros cien escudos, con los yà gastados, puesto que me entristece el averme de apartar de ti, y demàs hijos: y si Dios quisiera dar me de comer à pie enjuto, y en mi casa, sin traer me por vericuetos, y encrucixadas, pues lo podia hazer à poca coita, y no mas de quererlo, claro està, que mi alegria fuera mas firme, y valedera, pues que la que tengo vâ mezclada con la tristeza de dexarte, así que dixè bien, que holgàra, si Dios quisiera, de no estar tan contento. Mirad, Sancho, (replicò Teresa) despues que os hizisteis miembro de Cavallero Andante, hablais de tan rodeada manera, que no ay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, muger, (respondió Sancho) que èl es el entèdador de todas las cosas, y quedese esto aqui; y advertid, hermana, q os conviene tener cuenta estos tres dias con el ruzio, de manera, que estè para armas tomar, dobladle los pñefos, requerid la albarda, y las demàs xarcias, porque no vamos à bodas, sino à rodear el mundo, y à tener dares, y

tomares con Gigantes, con Endriagos, y cõ Vestiglos, y à oir silvos, rugidos, bramidos, y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantuefo, fino tu vieramos que entender con Yanguefes, y con Moros encantados. Bien creo yo, marido, (replicò Teresa) que los Escuderos andantes no comen el pan de valdes, y afsi quedarè rogando à Nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo muger (respondiò Sancho) que si no pensasse antes de mucho tiempo verme Governador de vna Insula, aqui me caeria muerto. Eflo no, marido mio (dixo Teresa) viva la gallina, aunque sea con su pepita: vivid vos, y llevefe el diablo quantos Gobiernos ay en el mundo: sin Gobierno salites de el vientre de vuestra madre, sin Gobierno aveis vivido hasta aora, y sin Gobierno os ireis, ò os llevaran à la sepultura, quando Dios fuere servido. Como estos ay en el mundo, que viven sin gobierno, y no por esto dexan de vivir, y de ser contados en el numero de las gentes. La mejor falsa del mundo, es la hambre; y como esta no falta à los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os vieredes con algun Gobierno, no os olvideis de mi, y de vuestros hijos. Advertid, que Sanchico tiene yà quinze años cabales, y es razon que vaya à la escuela, si es que tu tio el Abad le ha de dexar hecho de la Iglesia. Mirad tambien, que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirà, si la casamos, que me va dando barruntos, que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con Gobierno. Y en fin, en

fin, mejor parece la hija mal casada, que bien abarraganada. A buena fee, (respondiò Sancho) que si Dios me llega à tener algo de Gobierno, que la tengo de casar, muger mia, à Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen, sino con llamarla señoria. Eflo no, Sancho (respondiò Teresa) casadla con su igual, que es lo mas acertado; que si de los zuecos la sacais à chapines, y de saya parda de catorzeno, à verdugado, y saboyanas de seda, y de vna Marica, y de vn tũ, à vna Doña tal, y Señoria, no se ha de hallar la muchacha, y à cada passo ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta, y grosera. Calla boba (dixo Sancho) que todo ferà vsarlo dos, ò tres años, que despues le vendrà el señorio, y la gravedad como de molde; y quando no, què importa? Seafe ella señoria, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado (respondiò Teresa) no os querais alçar à mayores; y advertid al refràn, que dize: Al hijo de tu vezino, limpiele las narizes, y metele en tu casa. Por cierto, que seria gentil cosa casar à nuestra Maria con vn Condazo, ò con vn Cavallerote, que quando se le antojasse la pudiesse como nuevas; llamandola de villana, hija del estripa terrones, y de la pela ruecas: no en mis dias, marido, para esto por cierto he criado yo à mi hija: traed vos dineros Sancho, y el casarla, dexadlo à mi cargo, que aiestà Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, moço rollizo, y sano, y que le conocemos, y sè que no mira de mal ojo à la muchacha; y con este, que es nuestro igual, estara bien casada, y le tendrè.

drèmos siempre à nuestros ojos , y ferèmos todos vnos , padres , y hijos , nietos , y yernos ; andarà la paz , y la bendicion de Dios entre todos nosotros : y no cafarmela vos aora en estas Cortes , y en estos Palacios grandes , à donde , ni à ella la entiendan , ni ella se entienda. Ven acà , bestia , y muger de Barrabàs (replicò Sancho) por què quieres tu aora , sin què , ni para què , estorvarme que no case à mi hija con quien me de nietos , que se llamen Señoria ? Mira , Teresa , siempre he oido dezir à mis mayores , que el que no sabe gozar de la ventura , quando le viene , que no se debe quejar si le passa. Y no seria bien , que à otra que està llamando à nuestra puerta se la cerrèmos : dexèmonos llevar de este viento favorable , que nos sopla. (Por este modo de hablar , y por lo que mas abaxo dize Sancho , dixo el Traductor de esta historia , que tenia por apocrifo este Capitulo.) No te parece , animalia , (prosiguiò Sancho) que serà bien dár con mi cuerpo en algun gobierno provechoso , que nos saque el pie del lodo , y caffasse à Mari-Sancha con quien yo quisiere , y veràs como te llaman à ti Doña Teresa Pança , y te sientas en la Iglesia sobre alcatifa , almohadas , y arambales , à pesar , y despecho de hidalgos del Pueblo. No sino estaos siempre en vn sèr , sin crecer , ni menguar como figura de paramento : y en esto no hablèmos mas , que Sanchica ha de ser Condesa , aunque tu mas me digas. Veis quanto dezis , marido (respondiò Teresa) pues con todo esto temo , que este Condado de mi hija ha de ser su perdi-

ciò ; vos hazed lo que quisiereades , aora la hagais Duquesa , ò Princesa ; pero seos dezir , que no serà ello con voluntad , ni consentimiento mio. Siempre , hermano , fui amiga de la igualdad , y no puede aver entonos sin fundamento. Teresa me pusieron en el Bautismo , nombre mondo , y escueto , sin añadiduras , ni cortapisas , ni arriquives de dones , ni donas. Cascajo se llamò mi padre , y à mi , por ser vuestra muger , me llaman Teresa Pança , que à buena razon me avian de llamar Teresa Cascajo ; pero allà van leyes , do quieren Reyes , y con este nombre me contento , sin que me le pongan vn Don encima , que pese tanto , que no le pueda llevar ; y no quiero dar que dezir à los que me vieren andar vestida à lo Condesil , ò à lo de Governadora , que luego diràn : Mirad que entonada vè la puzpuerca , ayer no se harrava de estirar de vn poco de estopa , y iba à Missa cubierta la cabeça con la falda de la saya , en lugar de manto , y yà oy vè con verdugado , con broches , y con entono , como si no la conociessemos. Si Dios me guarda mis siete , ò mis cinco sentidos , ò los que tengo , no pienso dár ocasion de verme en tal aprieto : Vos , hermano , idos à ser gobierno , ò insulo , y entonaos à vuestro gusto , que mi hija , y yo , por el siglo de mi padre , que no nos hemos de mudar vn passo de nuestra Aldea : La muger honrada , la pierna quebrada , y en casa ; y la donçella honesta , el hazer algo en su fiesta. Idos con vuestro Don Quixote à vuestras aventuras , y dexadnos à nosotros cõ nuestras malas venturas , que Dios nos las mejorará , como seamos
buc.

buenas; y yo no sè por cierto, quien le puso à el Don, que no tuvieron las padres, ni sus abuelos. Aora digo (replicò Sancho) que tienes algun familiar en esse cuerpo. Valgate Dios la muger, y que de cosas has enfartado vnas en otras, sin tener pies, ni cabeça! Que tiene que ver el calcajo, los broches, los refranes, y el tono, con lo que yo digo? Ven acà, mentecata, è ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vàs huyendo de la dicha) si yo dixera que mi hija se arrojàra de vna torre abaxo, ò que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la Infanta Doña Vrraca, teniàs razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de vn abrir, y cerrar de ojos, te la chanto vn Don, y vna señoria acuestas, y te la saco de los rastros, y te la pongo en toldo, y en peana, y en vn estrado de mas almohadas de vellado, que tuvieron Moros en su linage las almohadas de Marruecos; porquè no has de consentir, y querer lo que yo quiero? Sabéis porquè marido? (respondiò Teresa) por el refràn que dize: Quien te cubre, te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fue vn tiempo pobre, allí es el murmurar, y el maldezir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los ay por estas calles a montones, co no toxambres de abejas. Mira, Teresa (respondiò Sancho) y escucha lo que aora quiero dezirte, quizá no lo avràs oido en todos los dias de tu vida; y yo aora no hablo de mio, que todo lo que piento dezir, son sentencias del Padre Predica-

dor; que la Quaresma passada predicò en este Pueblo; el qual, si mal no me acuerdo, dixo, que todas las cosas presentes, que los ojos estan mirando, se presentan, estan, y asilten en nuestra memoria mucho mejor, y con mas vehemencia, que las cosas passadas. (Todas estas razones, que aqui va diciendo Sancho, son las segundas, por quien dize el Traductor, que tiene por apocrifo este Capitulo, que exceden à la capacidad de Sancho, el qual prosiguiò, diciendo.) De donde nace, que quando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece, que por fuerça nos mueve, y combida à que la tengamos respeto, puesto, que la memoria en aquel instante nos presente alguna baxeza en que vimos à la tal persona, la qual ignominia, aora sea de pobreza, ù de linage, como yà passò, no es, y solo es lo que vemos presente. Y si este, à quien la fortuna sacò del borrador de su baxeza, que por estas mismas razones la dexò el padre à la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal, y cortès con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos, que por su antigüedad son nobles; tèn por cierto, Teresa, que no avrà quien se acuerde de lo que fue, sino que reverenciè lo que es, sino fueren los embidiosos, de quien ninguna prospera fortuna està segura. Yo no os entiendo, marido, (replicò Teresa) hazed lo que quisieredes, y no me quebreis mas la cabeça con vuestras arengas, y retoricas; y si estais rebuelto en hazer lo que dezis. Resuelto has de dezir, muger (dixo Sancho) y no rebuel-

to. No os pongais à disputar marido, conmigo (respondiò Teresa) yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibaxos: y digo, que si estais porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos à vuestro hijo Sancho, para que desde aora le enseñeis à tener gobierno, que bien es q̄ los hijos hereden, y aprendan los officios de sus padres. En teniendo gobierno (dixo Sancho) embiarè por èl por la posta, y te embiarè dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste à los Governadores, quando no los tienen; y vistele de modo, que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Embiad vos dineros (dixo Teresa) que yo os lo vestirè como vn palmito. Encfeto quedamos de acòrdo (dixo Sancho) de que ha de ser Condessa nuestra hija. El dia q̄ yo la viere Condessa (respondiò Teresa) esse harè cuenta que la entierro; pero otra vez os digo, que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres, de estàr obedientes à sus maridos, aunque sean vnos perros; y en esto començò à llorar tan de veras, como si yà viera muerta, y enterrada à Sanchica. Sancho la consolò, diziendola, que yà que la huviesse de hazer Condessa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiesse. Con esto se acabò su platica, y Sancho bolviò à ver à Don Quixote, para dàr orden de su partida.

CAP. VI. *De lo que passò à Don Quixote con su sobrina, y con su ama; y es vno de los mas importantes Capítulos de toda la historia.*

EN tanto que Sancho Pança, y su muger Teresa Cascajo passaron la impertinente referida platica, no estavan ociosas la sobrina, y el ama de Don Quixote, que por mil señales iban coligiendo, que su tio, y señor queria desgarrarse la vez tercera, y bolver al exercicio de su (para ellas) mal andante cavalleria, procuravan por todas las vias posibles apartarle de tan mal pesfamiento; pero todo era predicar en desierto, y majar en hierro frio. Con todo esto, entre otras muchas razones que con èl passaron, le dixo el ama: En verdad, señor mio, que si vuestra merced no afirma el pie llano, y se està quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes, y per los valles, como anima en pena, buscando estas que dizen que se llaman aventuras, à quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz, y en grita à Dios, y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondiò Don Quixote: Ama, lo que Dios responderà a tus quejas, yo no lo sè, ni lo que ha de responder su Magestad tampoco; y solo sè, que si yo fuera Rey, me escusara de responder à tanta infinitad de memoriales impertinentes, como cada dia le dan, que vno de los mayores trabajos que los Reyes tienen, entre otros muchos, es el estàr obligados à escuchar à todos, y à responder à todos; y asì no querria yo, que cosas mias le diesen petadumbre.

* * * * *

* * * * *

* * *

bre. A lo que dixo el ama: Diganos, señor, en la Corte de su Magestad no ay Cavalleros? Si, (respondió Don Quixote) y muchos, y es razon que los aya para adorno de la Grandeza de los Principes, y para ostentacion de la Magestad Real. Pues no seria vuestra merced (replicó ella) vno de los que à pie quedo sirviessen à su Rey, y señor, estando en la Corte? Mira, amiga. (respondió Don Quixote) no todos los Cavalleros pueden ser Cortesanos, ni todos los Cortesanos pueden; ni deben ser Cavalleros andantes, de todos ha de aver en el mundo: y aunque todos seamos Cavalleros, y à mucha diferencia de los vnos à los otros; porque los Cortesanos, sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo, mirando un Mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre, ni sed. Pero nosotros los Cavalleros andantes verdaderos, al Sol, al frio, al ayre, à las inclemencias del Cielo, de noche, y de dia, à pie, y à cavallo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies. Y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser: y en todo trance, y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafios, si lleva, ò no lleva mas corta lança, ò la espada; si trae sobre sí reliquias, ò algùn engaño encubierro; si se ha de partir, y hazer tajadas el Sol, ò no, cõ otras ceremonias de este jaez, que se vsan en los desafios particulares de persona à persona, que tu no sabes, y yo sí. Y has de saber mas, que el bué Cavallero andante, aunque vea diez Gigantes, que con

las cabeças, no solo tocan, sino pasan las nubes, y que à cada vno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los braços semejan arboles de gruesos, y poderosos navios, y cada ojo como vna gran rueda de molino, y mas ardiendo, que vn horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente, y con intrepido coraçon los ha de acometer, y embestir: y si fuere posible vencerlos, y desbaratarlos en vn pequeño instante, aunque viniessen armados de vnas conchas de vn cierto pescado, que dicen, que son mas duras, que si fuessen de diamantes, y en lugar de espadas traxessen cuchillos tajantes de Damasco azero, ò porras ferradas con puntas asimismo de azero, como yo las he visto mas de doze vezes. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que ay de vnos Cavalleros à otros, y seria razon, que no huviesse Principe, que no estimasse en mas esta segunda, ò por mejor dezir, primera especie de Cavalleros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha avido entre ellos, que ha sido la salud, no solo de vn Reyno, sino de muchos. Ha señor mio (dixo à esta fazon la sobrina) advierta vuestra merced, que todo esto que dize de los Cavalleros andantes, es fabula, y mentira, y sus historias, y à que no las quemassen, merecian que à cada vna se le echasse vn sambenito, ò alguna señal, en que fuese conocida por infame, y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta (dixo Don Quixote) que si no fueras mi sobrina de recheckamente, como hija de mi misma

hermana, que avia de hazer vn tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. Como que, es posible, que vna rapaza, que apenas sabe menear doze palillos de randas, se atreva à poner lengua, y à censurar las historias de los Cavalleros andantes? Qué dixera el señor Amadis, si lo tal oyera? Pero à bué seguro, que èl te perdonara, porque fue el mas humilde, y cortès Cavallero de su tiempo, y el mas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera aver oïdo, que no te fuera bien de ello, que no todos son corteses, ni bien mirados: algunos ay follones, y descomedidos. Ni todos los que se llaman Cavalleros lo son de todo en todo, que vnos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen Cavalleros; pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres baxos ay, que rebientan por parecer Cavalleros; y Cavalleros altos ay, que parece que aposta mueren por parecer hombres baxos: aquellos se levantan, ò con la ambicion, ò con la virtud; estos se abaxan, ò con la floxedad, ò con el vicio, y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de Cavalleros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. Valgame Dios! (dixo la sobrina) que sepa vuestra merced tanto, señor tio, que si fuesse menester en vna necesidad podria subir en vn pulpito, è irse à predicar por essas calles, y que con todo esso dè en vna ceguera tan grande, y en vna sandez tan conocida, que se dè à entender que es valiente, siendo viejo, que tiene

fuerças, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado; y sobre todo, que es Cavallero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobrers? Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dizes (respondiò Don Quixote) y cosas te pudiera yo dezir cerca de los linages, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas, à quatro fuertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que ay en el mundo, que son estos. Vnos que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo, y dilatando, hasta llegar à vna suma grandeza. Otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan, y mantienen en el ser que començaron. Otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta, como piramide, aviendo diminuido, y anquilado su principio, hasta parar en nonada, como lo es la punta de la piramide, que respecto de su bassa, ò asiento, no es nada. Otros ay (y estos son los mas) que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio; y assi tendran el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde, y subieron à la grandeza que aora conservan, te sirva de exemplo la casa Otomana, que de vn humilde, y baxo pastor que le diò principio, està en la cumbre que la vemos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, ser àn exemplo muchos Principes,

que por herencia lo son, y se conservan en ella, sin aumentar, ni disminuirla, conteniendose en los limites de sus Estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes, y acabaron en punta, ay millares de exemplos. Porque todos los Faraones, y Tolomeos de Egipto, los Cesares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar esse nòbre) de infinitos Príncipes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas Griegos, y Barbaros, todos estos linages, y Señorios han acabado en punta, y en no nada; asì ellos, como los que les dieron principio, pues no será posible hallar aora ninguno de sus descendientes: y si le hallásemos, sería en baxo, y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que dezir, sino que sirve solo de acrecentar el numero de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infrais, bobas mias, que es grande la confusion que ay entre los linages, y que solos aquellos parecen grandes, y illustres, que lo muestran en la virtud, y en la riqueza, y liberalidad de sus dueños. Dize virtudes, riquezas, y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal, será vn avaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le haze dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bién gastar. Al Cavallero pobre no le queda otro camino para mostrar que es Cavallero, sino el de la virtud, siendo asafable, bien criado, cortès, comedido, y officioso, no sobervio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo, carita-

rivo, que con dos maravedis que con animo alegre dà al pobre, se mostrarà tan liberal, como el que à campana herida dà limosna, y no avrà quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca dexede juzgarle, y tenerle por de buena casta; y el no serlo, sería milagro, y siempre la alabança fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dexar de ser alabados. Dos caminos ay, hijas, por donde pueden ir los hombres à llegar à ser ricos, y honrados; el vno es el de las letras; otro el de las armas. Yo tégomas armas q̄ letras, y naci segun me inclino à las armas, debaxo de la influència del Planeta Marte, asì q̄ casi me es forzoso seguir por su camino, y por el tengo de ir à pesar de todo el mundo, y será en valde cansaros en persuadirme à que no quiera yo lo que los Cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad defea; pues con saber, como sè, los innumerables trabajos, que son anexos à la andante Cavalleria, sè tambien los infinitos bienes que se alcançan con ella: y sè, que la senda de virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho, y espacioso: y sè, que sus fines, y paraderos son diferentes; porque el del vicio dilatado, y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto, y trabajoso, y acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin: y sè, como dize el gran Poeta Castellano nuestro,

que:

*Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.*

Ay desdichada de mi! (dixo la sobrina) que tambien mi señor es Porta, todo lo sabe, todo lo alcanza; yo apostarè, que si quisiera ser Albañil, que supiera fabricar vna casa, como vna jaula. Yo te prometo, sobrina (respondiò D. Quixote) que si estos pensamientos Cavallerescos no me llevassen tras si todos los sentidos, que no avria cosa que yo no hiziesse, ni curiosidad que no saliesse de mis manos, especialmente jaulas, y palillos de dientes. A este tiempo llamaron à la puerta, y preguntando quien llamava? Respondiò Sancho Pança, que èl era; y apenas le hubo conocido el ama, quando corrió à esconderse, por no verle; tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió à recibirle con los braços abiertos su señor Don Quixote, y encerraronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le haze ventaja el pasado.

CAP. VI. *De lo que pasó Don Quixote con su Escudero; con otros sucesos famosísimos.*

A Penas viò el ama, que Sancho Pança se encerrava con su señor, quando diò en la cuenta de sus tratos, y imaginando, que de aquella consulta avia de salir la resolucion de su tercera salida; y tomando su manto, toda llena de congoja, y pesadumbre, se fue à buscar al Bachiller Sanfon

Carrasco, pareciendole, que por ser bien hablado, y amigo fresco de su señor, le podria persuadir à que dexasse tan desvariado proposito. Hallòle paseandose por el patio de su casa, y viéndole, se dexò caer ante sus pies, tratándole, y congojosa. Quando la viò Sanfon Carrasco con muestras tan doloridas, y sobresaltadas, la dixo: Què es esto, señora ama? Què le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanfon mio, sino que mi amo se sale, salese sin duda. Y por dondè se sale, señora, preguntò Sanfon? Hafele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, (respondiò ella) sino por la puerta de su locura; quiero dezir, señor Bachiller de mi anima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, à buscar por esse mundo lo que èl llama venturas, que yo no puedo entender como les dà este nombre. La vez primera nos le bolvieron atravesado sobre vn jumento, molido à palos. La segunda vino en vn carro de bueyes, metido, y encerrado en vna jaula, adonde èl se dava à entender, q̄ estava encantado; y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le pariò, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los vltimos caramanchones del cerebro, que para averle de bolver algun tanto en si, gastè mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios, y todo el mundo, y mis gallinas, que po me dexaràn mécir.

Esto

39
 Esto creo yo muy bien (respondió el Bachiller) que ellas son tan buenas, tan gordas, y tan bien criadas, que no dirán vna cosa por otra, si rebentassen. Enefeto, señora ama, no ay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán alguno, sino el que se teme que quiere hazer el señor Don Quixote? No señor (respondió ella.) Pues no tenga pena (respondió el Bachiller) sino vayase en hora buena à su casa, y tengame aderezado de almorçar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo irè luego allà, y verà maravillas. Cuyrada de mi (replicò el ama) la oracion de Santa Apolonia dize vuestra merced que reze? esso fuera si mi amo lo huviera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascos. Yo sè lo que digo, señora ama, vayase, y no se ponga à disputar conmigo, pues sabe que soy Bachiller por Salamanca, que no ay mas que Bachillear (respondió Carrasco.) Y con esto se fue el ama; y el Bachiller fue luego à buscar al Cura, à comunicar con èl lo que se dirà à su tiempo.

En el q̄ estuvieron encerrados Don Quixote, y Sancho, passaron las razones, que con mucha puntualidad, y verdadera relacion cuenta la historia. Dixo Sàcho à su amo: señor, ya yo tengo relucida à mi muger à q̄ me dexen ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de dezir, Sancho (dixo Don Quixote) que no relucida. Vna, ù dos vezes (respondió Sancho) si mal no me acuerdo, he suplicado à vuestra merced, que no me enmiende los vocablos, si es que entiende

lo que quiero dezir en ellos; y què quando no los entienda, diga: Sancho, ò diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan foci. No te entiendo, Sancho, (dixo luego Don Quixote) pues no sè que quiere dezir soy tan foci. Tan foci quiere dezir (respondió Sancho) soy tan así. Menos te entiendo aora (replicò Don Quixote,) Pues si no me puede entender (respondió Sancho) no sè como lo diga, no sè mas, y Dios sea conmigo. Ya, yà caygo (respondió Don Quixote) en ello. Tu quieres dezir, que eres tan docil, blando, y mañero, que tomaràs lo que yo te dixere, y passaràs por lo que te enseñare. Apostaré yo (dixo Sancho) que desde el emprincipio me calò, y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme dezir otras dozientas patochadas. Podrà ser (replicò Don Quixote;) y enefeto, que dize Teresa? Teresa dize (dixo Sancho) que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas, y callen barbas, porque quien destaja, no baraja, pues mas vale vn toma, que dos te darè; y yo digo, que el consejo de la muger es poco, y el que no le toma es lo co. Y yo lo digo tambien (respondió Don Quixote.) Dezid, Sancho amigo, passa adelante, que hablais oy de perlas. Es el caso (replicò Sancho) que como vuestra merced mejor sabe, todos estamos sujetos à la muerte, y que oy somos, y mañana no, y que tan presto se vè el cordero, como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle: por q̄ la muerte es sorda, y quando llega à

llamar à las puertas de nuestra vida, siempre và de priessa, y no la haràn detener, ni ruegos, ni fuerças, ni Cetros, ni Mitras, segun es publica voz, y fama, y segun nos lo dizen por estos pulpitos. Todo esso es verdad, dixo Don Quixote; pero no sè donde vàs à parar. Voy à parar, dixo Sancho, en que vuestra merced me señale salario conocido de lo que me ha de dár cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hazienda, que no quiero estar à mercedes, q̄ llegan tarde, ò mal, ò nunca, cõ lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco, ò mucho que sea, que sobre vn huevo, pone la gallina, y muchos pocos, hazen vn mucho, y mientras se gana algo, no se pierde nada. Verdad sea, q̄ si sucedieffe (lo qual, ni lo creo, ni lo espero) que vuestra merced me diese la Infula, que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querrè que se aprecie lo que montare la renta de la tal Infula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho, amigo, respondió Don Quixote, à las vezes tan buena suele ser vna gata, como vna rata. Y à entiendo, dixo Sancho. Yo apostarè, que avia de dezir rata, y no gata; pero no importa nada, pues vuestra merced me ha entèdido. Y tan entendido, respondió Don Quixote, que he penetrado lo vltimo de tus pensamientos, y sè al blanco que tiras con las innumerables factas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario, si huviera hallado en alguna de las Historias de los Cavalleros Andantes, exemplo

Part. II.

que me descubrieste, y mostrasse por algun pequeño resquicio, què es lo que solian ganar cada mes, ò cada año; pero yo he leído todas, ò las mas de sus Historias, y no me acuerdo aver leído, que ningun Cavallero andante aya señalado conocido salario à su escudero. Solo sè, que todos servian à merced, y que quando menos se lo pensavan; si à sus señores les avia corrido bien la suerte, se hallavan premiados con vna Infula, ò con otra cosa equivalente, y por lo menos quedavan con Título, y Señoría. Si con estas esperanças, y aditamentos, vos Sancho, gustais de bolver à servirme, sea en buen hora; que pensar, que yo he de sacar de sus terminos, y quicios la antigua vfança de la Cavalleria andante, es pensar en lo escufado. Así que, Sancho mio, bolveos à vuestra casa, y declarad à vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustare, y vos gustaredes de estar à merced conmigo, benè quidem: y fino, tan amigos como de antes, que si al Palomar no le falta cebo, no le faltaràn palomas. Y advertid, hijo, que vale mas buena esperança, que ruin possesion; y buena queixa, que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros à entender, que tambien sè yo arrojar refranes, como llovidos. Y finalmente quiero dezir, y os digo, que si no quereis venir à merced conmigo, y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede cõ vos, y os haga va santo, q̄ à mi no me faltaràn escuderos mas obedientes, mas sollicitos, y no tan empachados, ni tan habladores, como vos. Quando Sancho oyò la firme resolucion de su amo,

C

se

te le nublò el Cielo, y se le cayeron las alas del coraçon, porque tenia creído, que su señor no se iria sin èl, por todos los averes del mundo, y así estando suspenso, y pensativo, entrò Sanson Carrasco, y la sobrina, deseosos de oír, con què razones persuadia à su señor, que no tornasse à buscar las aventuras. Llegò Sanson, socarron famoso, y abraçandole, como la vez primera, y con voz levantada, le dixo: O flor de la andante Cavalleria! O luz resplandeciente de las armas! O honor, y espejo de la Nacion Española! Plegue à Dios todo poderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona, ò personas, que pusieren impedimento, y estorvaren tu tercera salida, q̄ no la hallassen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearan. Y bolviendose al ama, le dixo: Bien puede la señora ama no rezar mas la Oracion de Santa Apolonia, que yo sè, que es determinacion precisa de las Esferas, que el señor Don Quixote vuelva à executar sus altos, y nuevos pensamientos, y yo encargaria mucho mi conciencia, sino intimasse, y persuadiesse à este Cavallero, que no tenga mas tiempo encogida, y detenida la fuerça de su valeroso brazo, y la bondad de su animo valentísimo, porque defrauda con su tardança el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas, y el arrimo de las casadas, y otras cosas de este jaéz, que tocan, atañen, dependen, y son anexas à la Orden de la Cavalleria andante. Ea, señor Don Quixote nño, hermoso, y brayo, antes oy, q̄ ma-

ñana se ponga vuestra merced, y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en execuciò, aqui estoy yo para suplirla con mi persona, y hacienda; y si faere necesidad servir à tu magnificencia de escudero, lo tendré à felicissima ventura. A esta sazón, dixo Don Quixote, bolviendose à Sancho: No te dixe yo, Sancho, que me avian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece à serlo, sino el inaudito Bachiller Sanson Carrasco, perpetuo Traffulo, y regocijador de los patios de las Escuelas Salamanticenses, sano de persona, agil de sus miembros, callado, sufridor, así del calor, como de el frio, así de la hambre, como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de vn Cavallero Andante; pero no permita el Cielo, que por seguir mi gusto, desbarate, y quiebre la columna de las letras, y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas, y liberales Artes. Quedese el nuevo Sanson en su patria, y honrandola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con qualquier escudero estarè contento, yà que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho, enternecido, y llenos de lagrimas los ojos, y prosiguiò: No se dirà por mi, señor mio, el pan comido, y la compañía deshecha, si, que no vengo yo de alguna calurnia desagradecida, que yà sabe todo el mundo, y especialmente mi Pueblo, quien fueron los Panças, de quien yo desciendo; y mas que tengo conocido, y calado, por muchas buenas obras, y por

mas

mas buenas palabras el deseo, que vuestra merced tiene de hazerme merced: y si me he puesto en cuétras de tanto mas quanto acerca de mi salario, ha sido por complacer à mi muger, la qual, quando toma la mano à persuadir vaa cosa, no ay mazo, que tanto apriete los aros de vna cuba, como ella aprieta à que se haga lo que quiere: pero enefeto, el hombre ha de ser hombre, y la muger muger; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese à quien pesare: y asì no ay mas que hazer, sino que vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo, que no se pueda rebolcar; y pògamonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanfon, que dize, que su conciencia le lira, que persuada à vuestra merced à salir vez tercera por esse mundo, y yo de nuevo me ofrezco à servir à vuestra merced fiel, y legalmente, tan bié, y mejor, que quantos escuderos han servido à Cavalleros andantes en los passados, y presentes tiempos. Admirado quedó el Bachiller de oír el termino, y modo de hablar de Sancho Pança, que puesto que avia leído la primera historia de su señor, nunca creyò, que era tan gracioso, como alli le pintan; pero oyendole dezir aora testamento, y codicilo, que no se pueda rebolcar, en lugar de testamento, y codicilo, que no se pueda revocar, creyò todo lo que del avia leído, y confirmòlo por vno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dixo entre si, que tales dos locos, como amo, y moço, no se avrian visto en el mundo. Finalmente.

Part.II.

te Don Quixote, y Sancho se abrazaron, y quedaron amigos, y con parecer, y beneplacito del gran Carrasco, (que por entonces era su oraculo) se ordenò, que de alli à tres dias fuesse su partida, en los quales avria lugar de aderezar lo necessario para el viaje, y de buscar vna celada de encaixe, que en todas maneras, dixo Don Quixote, que la avia de llevar. Ofreciòsela Sanfon, porque sabia no se la negaria vn amigo suyo, que la tenia, puesto que estava mas escura, por el erin, y el moño, que clara, y limpia por el terço azero. Las maldiciones que las dos, ama, y sobrina, echaron al Bachiller, no tuvieron cuento, mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas, que se vsavan, lamentavan la partida, como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanfon para persuadirse à que otra vez saliesse, fue hazer lo que adelante cuenta la Historia, todo por consejo del Cura, y Barbero, con quien él antes lo avia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias Don Quixote, y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles; y aviendo aplacado Sancho à su muger, y Don Quixote à su sobrina, y à su ama, al anochecer, sin que nadie los viesse, sino el Bachiller, que quiso acompañales media legua del Lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quixote sobre su buen Rozinante, y Sancho sobre su antiguo ruzio, proveidas las alforjas de cosas tocantes à la bocabica, y la bolsa de dineros, que le diò Don Quixote, para lo que se ofreciesse. Abrazòle Sanfon, y su-

C 2

pli.

plicòle le avifasse de su buena, ò mala suerte, para alegrarse con esta, ò entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian; prometiòselo Don Quixote; diò Sanfon la buelta à su Lugar, y los dos tomaron la de la gran Ciudad del Toboso.

CAP.VIII. *Donde se cuenta lo que le sucediò à Don Quixote, yendo à ver à su señora Dulcinea del Toboso.*

Bendito sea el poderoso Alà, dize Hamete Benengeli, al comienço de este octavo Capitulo; bendito sea Alà, repite tres vezes; y dize, q̄ dà estas bendiciones, por ver, que tiene yà en campaña à Don Quixote, y à Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hazer cuenta, que desde este punto comiençan las hazañas, y donayres de Don Quixote, y de su escudero: persuadeles, que se les olviden las passadas Cavallerias del ingenioso Hidalgo, y pongan los ojos en las que estàn por venir, que desde aora en el camino del Toboso comiençan, como las otras començaron en los campos de Montiel: y no es mucho lo que pide, para tanto como èl promete; y así prosigue, diziendo:

Solos quedaron Don Quixote, y Sancho; y apenas se huvo apartado Sanfon, quando començò à relinchar Rozinante, y à suspirar el ruzio, que de entrambos, Cavallero, y Escudero, fue tenido à buena señal, y por felicissimo aguero; aunque si se ha de contar la verdad, mas fueron los suspiros, y rebuznos del ruzio, q̄ los relinchos del rozin; de donde coligiò Sancho, que

su ventura avia de sobrepujar, y ponerse encima de la de su señor, fundandose, no se si en Astrologia judiciaria, que èl se sabia, puesto, que la historia no lo declarasolo le oyeron dezir, que quando tropezava, ò caia, se hoigara no aver salido de casa, porque del tropezar, ò caer, no se sacava otra cosa, fino el zapato roto, ò las costillas quebradas: y aunque tonto, no andava en esto muy fuera de camino. Dixole Don Quixote: Sancho, amigo, la noche se nos va entrando à mas andar, y có mas escuridad de la que aviamos menester, para alcançar à ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir, antes que en otra aventura me ponga: alli tomarè la bendicion, y buena licencia de la sin par Dulcinea: con la qual licencia, pienso, y tengo por cierto, de acabar, y dar felice cima à toda peligrosa aventura; porque ninguna cosa de esta vida haze mas valientes à los Cavalleros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondiò Sancho; pero tengo por dificultoso, que vuestra merced pueda abliàdar, ni verse con ella, en parte alomenos, q̄ pueda recibir su bendicion, si yà no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera, quando le llevè la carta, donde iban las nuevas de las sandezas, y locuras, que vuestra merced quedava haziendo en el coraçon de Sierra-Morena. Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dixo Don Quixote, adonde, ò por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gencileza, y hermosura? No debian de ser sino galerias, ò

córredores , ò lonjas , ò como las llama-
man, de ricos, y Reales Palacios. Todo
pudo ser (respondió Sancho;) pero à mi
bardas me parecieron , fino es que soy
salto de memoria. Con todo esto va-
mos allà , Sancho, (replicò Don Qui-
xote) que como yo la vea , esso se me
dà, que tea por bardas, que por venta-
nas , ò por resquicios, ò verjas de jardí-
nes, que qualquiera rayo que del sol de
su belleza llegue à mis ojos, alumbrará
mi entendimientto , y fortalecerá mi
coraçon de modo , que quede vnico,
y sin igual en su discrecion, y en la va-
lencia. Pues en verdad, señor, (respon-
diò Sancho) que quando yo vi esse sol
de la señora Dulcinea del Tobosò, que
no estava tan claro, que pudiesse echar
de sí rayos algunos, y debìò de ser, que
como su merced estava ahechando
aqueel trigo que dixè , el mucho polvo
que sacava, se le puso como nube ante
el rostro, y se le escureciò. Que todavia
dàs, Sancho, (dixo Don Quixote) en de-
zir, en pensar, en creer, y en portiar, que
mi señora Dulcinea ahechava trigo,
siendo esse vn menester, y exercicio
que và desviado de todo lo que ha-
zen , y deben hazer las personas prin-
cipales, que estàn constituidas, y guar-
dadas para otros exercicios, y entre-
tenimientos , que muestran à tiro de
ballesta su principalidad? Mal se te
acuerdan à ti, Sancho , aquellos ver-
sos de nuestro Poeta , donde nos pinta
las labores que hazian allà en sus mo-
radas de cristal aquellas quatro Nin-
fas , q̄ del Tajo amado sacaron las ca-
beças , y se sentaron à labar en el pra-
do verde aquellas ricas telas, que alli el
ingenioso Poeta nos describe, que to-

Part. II,

das eraa de oro, sirgo , y perlas , con
trenças texidas. Y de esta manera de-
bia de ser el de mi señora , quando tu
la viste, fino que la embidia, que algun
mal encantador debe de tener à mis
cosas , todas las que me han de dár
gusto , trueca , y buelve en diferentes
figuras , que ellas tienen ; y así temo,
que en aquella historia , que dizen que
anda impressa de mis hazañas , si por
ventura ha sido su Autor algun sabio
mi enemigo , avrá puesto vnas cosas
por otras , mezclando con vna verdad
mil mentiras , divirtiendose à contar
otras acciones fuera de lo que requie-
re la continuacion de vna verdade-
ra historia. O embidia , raiz de infi-
nitos males , y carcoma de las vir-
tudes ! Todos los vicios, Sancho, traen
vn no sè què de deleyte consigo ; pe-
ro el de la embidia no trae sino dis-
gustos , rencores , y rabias. Esso es lo
que yo digo tambien (respondiò San-
cho) y pienso , que en esta leyenda, ò
historia , que nos dixo el Bachiller Ca-
rrasco , que de nosotros avia visto, de-
be de andar mi honra à coche acà cin-
chado , y como dizen , al estricote
aqui, y alli, barriendo las calles. Pues
à fee d: bueno , que no he dicho yo
mal de ningun encantador , ni tengo
tantos bienes, que pueda ser embidia-
do ; bien es verdad, que soy algo mali-
cioso, y que tengo mis ciertos assonos
de vellaco ; pero todo lo cubre, y tapa
la gran capa de la limpieza mia, siem-
pre natural , y nunca artificiosa : y
quando otra cosa no tuviesse , sino el
creer , como siempre creo, firme, y ver-
daderamente en Dios, y en todo aque-
llo q̄ tiene, y cree la Santa Madre Igle-
sia

fia Católica Romana, y el ter enemigo mortal, como lo foy, de los Judios, debian los Historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por este mundo de mano en mano, no se me dà vn higo que digan de mitodo lo que quisieren. Esto me parece, Sancho, (dixo Don Quixote) à lo que sucedió à vn famoso Poeta de estos tiempos, el qual aviendo hecho vna maliciosa satira contra todas las damas cortesanas, no puso, ni nombrò en ella à vna dama, que se podia dudar, si lo era, ò no, la qual viendo que no estava en la lista de las damas, se quexò al Poeta, diciendole, que què avia visto en ella para no ponerla en el numero de las otras, y que alargasse la satira, y la pusiesse en el enfanche, si no, que mirasse para lo que avia nacido: hizolo así el Poeta, y pusola qual no digan dueñas, y ella quedò satisfecha, por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuenta de aquel Pastor, que puso fuego, y abrasò el Templo famoso de Diana, contado por vna de las siete maravillas del mundo, solo porque quedasse vivo su nombre en los siglos venideros, aunque se mandò que nadie nombrasse, ni hiziesse por palabra, ò por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiessè el fin de su deseo, todavia se supo, que se llamava Erostrato. Tambien alude à esto lo que sucedió al grande Emperador Carlos Quinto con vn Cavallero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel

famoso Tèplo de la Rotonda, que en la antiguedad se llamó el Tèplo de todos los Dioses, y aora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alçò la gentilidad en Roma: y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad, y magnificencia de sus fundadores; èl es de hechura de vna media naranja, grandissimo en estremo, y està muy claro, sin entrarle otra luz, que la que le concede vna ventana, ò por mejor dezir claraboya redonda, que està en su cima, desde la qual mirando el Emperador el edificio, estava con èl, y à su lado vn Cavallero Romano, declarandole los primores, y fatilezas de aquella gran maquina, y memorable arquitectura; y aviendose quitado de la claraboya, dixo al Emperador: Mil vezes, Sacra Magestad, me vino deseo de abraçarme con vuestra Magestad, y arrojar me de aquella claraboya abaxo, por dexar de mi fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondiò el Emperador, el no aver puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aqui adelante no os pondrè yo en ocasion, que bolvais à hazer prueba de vuestra lealtad; y así os mando, que jamás me habeis, ni esteis donde yo estuviere, y tras estas palabras le hizo vna gran merced. Quiero dezir, Sancho, que el deseo de alcançar fama es activo en gran manera: quien piensas tu que arrojò à Horacio del Puente abaxo, armado de todas armas, en la profundidad del Tiber? Quien abrasò el brazo, y la mano à Mucio? Quien impeliò à Curcio à enlaçarte en la profunda sima ardiente,

re, que apareció en la mitad de Roma? Quien contra todos los agüeros que en contra se le avian mostrado, hizo passar al Rubicon à Cesar? Y con exemplos mas modernos: quien barreñò los Navios, y dexò en seco, y aislados los valerosos Españoles, guiados por el cortesísimo Cortès en el Nuevo Mundo? Todas estas, y otras grandes, y diferentes hazañas, son, fueron, y seràn obras de la fama, que los mortales desean, como premios, y parte de la inmortalidad, que sus famosos hechos merecen; puesto que los Christianos Catolicos, y andantes Cavalleros, mas avemos de atender à la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las Regiones eternas, y celestes, que à la vanidad de la fama, que en este presente, y acabable siglo se alcançan; la qual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene fin señalado: así, ò Sancho, que nuestras obras no han de salir del limite que nos tiene puesto la Religion Christiana que professamos. Hemos de matar en los Gigantes à la Sobervia: à la Embidia, en la generosidad, y buen pecho: à la Ira en el reposado continente, y quietud del animo: à la Gula, y al Sueño, en el poco comer que comemos, y en mucho velar q̄ velamos: à la Luxuria, y Lascivia, en la lealtad que guardamos à las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos: à la Pereza, con andar por todas las partes de el mundo buscando las ocasiones que nos puedan hazer, y hagan sobre Christianos, famosos Cavalleros. Vès aqui, Sancho, los medios por donde se alcançan los

Part. II.

estremos de alabangas, que consigo trae la buena fama. Todo lo que vuestra merced hasta aqui me ha dicho (dixo Sancho) lo he entendido muy bien; pero con todo esso querria, q̄ vuestra merced me sorbiesse vna duda, que aora en este punto me ha venido à la memoria. Assolviesse quieres dezir, Sancho (dixo D. Quixote) di en buen hora, que yo responderè lo que supiere. Digame, señor, prosiguiò Sancho, estos Julios, ò Agostos, y todos estos Cavalleros hazañosos que ha dicho, q̄ yà son muertos, donde estàn aora? Los Gentiles (respondiò Don Quixote) sin duda estàn en el infierno; los Christianos, si fueron buenos Christianos, ò estàn en el Purgatorio, ò en el Cielo. Està bien (dixo Sancho;) pero sepamos aora: Estàs sepulturas donde estàn los cuerpos deffos señorazos, tienen delante de sí lamparas de plata, ò estàn adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabbelleras, de piernas, y de ojos de cera: y si de esto no, de què estàn adornadas? A lo que respondiò Don Quixote: Los sepulcros de los Gentiles fueron por la mayor parte sumptuosos Templos; las cenizas del cuerpo de Julio Cesar se pusieron sobre vna piramide de piedra de desmesurada grandeza, à quien oy llaman en Roma la aguja de San Pedro. Al Emperador Adriano le sirvió de sepultura vn castillo tan grande como vna buena Aldea, à quien llamaron Moles Adriani, que aora es el Castillo de Santangel en Roma. La Reyna Artemisa sepultò à su marido Mausoleo en vn sepulcro, que se tuvo por vna de las siete maravillas del mundo; pero

C 4

nin-

ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los Gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas, y señales que mostrassen ser santos los que en ellas estavan sepultados. A esto voy (replicò Sancho;) y digame aora, qual es mas, resucitar à vn muerto, ò matar à vn Gigante? La respuesta està en la mano (respondiò Don Quixote) mas es resucitar à vn muerto. Cogido le tengo (dixo Sancho) luego la fama del que resucita muertos, dà vista à los ciegos, endereza los coxos, y dà salud à los enfermos, y delante sus sepulturas arden lamparas, y estàn llenas sus capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama ferà para este, y para el otro figlo, q̄ la que dexaron, y dexaren quantos Emperadores Gentiles, y Cavalleros andantes ha avido en el mundo? Tambien confieſſo esta verdad (respondiò Don Quixote.) Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman à estos (respondiò Sancho) tienen los cuerpos, y las reliquias de los Santos, que con aprobacion, y licencia de nuestra Santa Madre Iglesia, tienen lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelle-
ras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen su Christiana fama? Los cuerpos de los Santos, ò sus reliquias llevan los Reyes sobre sus ombros, besan los pedazos de sus haessos, adornan, y enriquecen con ellos sus Oratorios, y sus mas precia-
dos Altares. Què quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho?(dixo Don Quixote.) Quiero dezir (dixo Sancho) que nos demos a ser santos,

y alcançaremòs mas brevemente la buena fama que pretendemos. Advierta, señor, que ayer, ò antes de ayer, que segun ha poco, se puede dezir de esta manera, canonizaron, ò beatificaron dos Fraylecitos Descalços, cuyas cadenas de hierro con que ceñian, y atormentavan sus cuerpos, se tiene aora à gran ventura besarlas, y tocarlas; y estàn en mas veneracion, que està, segun dixè, la espada de Roldàn en la Armeria del Rey nuestro señor, que Dios guarde: así que, señor mio, mas vale ser humilde Fraylecito de qualquier Orden que sea, que valiente, y andante Cavallero: mas alcançan con Dios dos dozenas de diciplinas, que dos mil lançadas, ora las den à Gigantes, ora à Vestigios, ò Endrigos. Todo esto es así (respondiò Don Quixote;) pero no todos podemos ser Frayles, y muchos son los caminos por donde lleva Dios à los suyos al Cielo; Religion es la Cavalleria, Cavalleros santos ay en la Gloria. Si (respondiò Sancho;) pero yo he cido dezir, que ay mas Frayles en el Cielo, que Cavalleros andantes. Eſſo es (respondiò Don Quixote) porque es mayor el numero de los Religiosos, que el de los Cavalleros. Muchos son los andantes (dixo Sancho.) Muchos (respondiò Don Quixote,) pero pocos los que merecen nombre de Cavalleros. En estas, y otras semejantes platicas se les pasó aquella noche, y el dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuesse, de que no poco le pesò à Don Quixote. En fin otro dia al anochecer descubrieron la gran Ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus

à Don Quixote, y se le entristecieron à Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la avia visto, como no la avia viito su señor; de modo, que el vno por verla, y el otro por no averla visto, estavan alborotados, y no imaginava Sancho, què avia de hazer, quando su dueño le embiassè al Toboso. Finalmente, ordenò Don Quixote entrar en la Ciudad entrada la noche; y en tanto que la hora se llegava, se quedaron entre vnas encinas, que cerca del Toboso estavan, y llegando el determinado punto, entraron en la Ciudad, donde les sucediò cosas, que à cosas llegan.

CAP. IX. *Donde se cuenta lo que en èl se verá.*

MEdia noche era por filo, poco mas, ò menos, quando Don Quixote, y Sancho dexaron el monte, y entraron en el Toboso: estava el Pueblo en vn sosegado silencio, porque todos sus vezinos dormian, y reposavan à pierna tendida, como suele dezirse. Era la noche entre clara, puesto que quisiera Sancho, que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su fandez. No se oia en todo el Lugar, sino ladridos de perros, q̄ atronavan los oidos de Don Quixote, y turbavan el coracon de Sancho: de quando en quando rebuznava vn jumento, gruñian puercos, mayavan gatos, cuyas voces de diferentes fonidos se aumentavan con el silencio de la noche. Todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero à mal aguero; pero con todo esto dixo à Sancho: Sancho, hijo,

guia al Palacio de Dulcinea, quizà podrá fer, que la hal èmos despierta. A què Palacio tengo de guiar, cuerpo del Sol, respondiò Sancho, que en el que yo vi à su grandeza, no era sino casa muy pequeña? Debia de estar retirada entonces, respondiò Don Quixote, en algun pequeño apartamento de su Alcazar, solazandose à solas con sus donzellas, co no es uso, y costumbre de las altas señoras, y Princesas. Señor, dixo Sancho, yà que vuestra merced quiere, à pesar mio, que sea Alcazar la casa de mi señora Dulcinea, es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? Y sera bien, que demos aldabazos, para que nos oygan, y nos abran, metiendo en alboroto, y rumor toda la gente. Vamos por dicha à llamar à la casa de nuestras mancebas, como hazen los abarraganados, q̄ illegã, y llamã, y entran à qualquiera hora, por tarde que sea? Hallèmos primero, vna por vna, el Alcazar, replicò Don Quixote, que entonces, yo dirè, Sancho, lo q̄ será biè que hagamos: y advierte, Sancho, que yo veo poco, que aquel bulto grande, y sombra, q̄ desde aqui se descubre, la debe de hazer el Palacio de Dulcinea. Pues guie vuestra merced, respondiò Sancho, quizà será así, aunq̄ yo lo verè con los ojos, y lo tocarè con las manos, y así lo creere yo, como creer, que es aora de dia. Guiò Don Quixote, y aviendo andado como dozientos pasos, diò con el bulto que hazia la sombra, y viò vna gran torre, y luego conociò, q̄ el tal edificio no era Alcazar, sino la Iglesia principal del Pueblo, y dixo: Con la Iglesia hemos dado Sancho. Ya lo veo,

veo, respondió Sancho, y plegue á Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cementerios á tales horas: y mas aviendo yo dicho á vuestra merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en vna callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dixo Don Quixote, adonde has tu hallado, que los Alcazares, y Palacios Reales estén edificadas en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso, quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los Palacios, y edificios grandes; y así suplico á vuestra merced me dexé buscar por estas calles, ó callejuelas que se me ofrecen, podría ser, q̄ en algun rincón topasse con esse Alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos, y asfendercados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; pero con qué paciencia podré llevar, que quiera vuestra merced, que de sola vna vez que vi la casa de nuestra ama, la aya de saber siempre, y hallarla á media noche, no hallándola vuestra merced, que la debe de aver visto millares de vezes? Tu me harás desesperar, Sancho, dixo Don Quixote: ven acá herege, no te he dicho mil vezes, que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su Palacio, y que solo estoy enamorado de oidas, y de la gran fama que tiene de hermosa, y discreta? Ahora lo oygo, respondió Sancho, y

digo, que pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco. Esto no puede ser, replicó Don Quixote, que por lo menos yá me has dicho tu, que la viste ahechando trigo, quando me traxiste la respuesta de la carta, que la embiè contigo. No se atenga á esto, señor, respondió Sancho; porque le hago saber, que tambien fue de oidas la vista, y la respuesta que le traxe; porque así sé yo quien es la señora Dulcinea, como dár vn puño en el Cielo. Sancho, Sancho, respondió Don Quixote, tiempos ay de burlas, y tiempos donde caen, y parecen mal las burlas. No porque no diga, que ni he visto, ni hablado á la señora de mi alma, has tu de dezir tambien, q̄ ni la has hablado, ni visto, siendo tan al revés, como sabes. Estando los dos en estas platicas, vieró que venia á passar por donde ellos estaban vno con dos mulas, que por el raydo que hazia el arado, que arrastrava por el suelo, juzgaron, que debia de ser labrador, que avria madrugado antes del dia á ir á su labrança; y así fue la verdad. Venia el labrador cantando aquel Romance, que dizen: Mala la huvisteis Franceses en esta de Roncesvalles. Que me maten, Sancho, dixo en oyendole Don Quixote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. No oyes lo que viene cantando esse villano? Si oygo, respondió Sancho; pero qué haze á nuestro proposito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el Romance de Calaynos, que todo fuera vno, para sucedernos bien, ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien Don Quixote preguntó: Sabreisme dezir, buen amigo, que
bue.

buena ventura os dè Dios, donde son por aqui los Palacios de la tin par Princesa Dulcinea del Toboso? Señor, respondió el moço, yo soy forastero, y ha pocos días que estoy en este Pueblo sirviendo à vn labrador rico en la labrança del campo: en esta casa frontera viven el Cura, y el Sacristan de el Lugar, entrambos, ò qualquier de ellos sabra dár à vuestra merced razon de essa señora Princesa, porque tienen la lista de todos los vezinos del Toboso, aunque para mi tengo, que en todo èl no vi Princesa alguna, muchas señoras si principales, que cada vna en su casa puede ser Princesa. Pues entre essas, dixo Don Quixote, debe de estàr, amigo, por quien te pregunto. Podria ser, respondió el moço, y à Dios, que yà viene el Alva; y dando à sus mulas, no atendió à mas preguntas. Sancho, que viò suspenso à su señor, y assaz mal contento, le dixo: Señor, yà se viene à mas andar el día, y no será acertado dexar que nos halle el Sol en la calle; mejor será, que nos salgamos fuera de la Ciudad, y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aqui cercana, y yo bolverè de día, y no dexaré ostugo en todo este Lugar, donde no busque la casa, Alcazar, ò Palacio de mi señora, y assaz feria de desdichado, siuo le hallasse, y hallandole, hablarè cõ su merced, y le dirè donde, y como queda vuestra merced esperando, que le dè orden, y traça para verla, sin menoscabo de su honra, y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el circulo de breves palabras: el consejo que agora me has dado, le apetezco, y recibo de

bonissima gana: ven hij, y vamos à buscar donde me embolque, que tu bolveràs, como dizes, à buscar, à ver, y hablar à mi señora, de cuya discrecion, y cortesia espero mas que milagrosos favores. Rabiava Sancho por sacar à su amo del Pueblo, porque no averiguasse la mentira de la respuesta, que de parte de Dulcinea le avia llevado à Sierra Morena; y assi diò priessa à la salida, que fue luego; y à dos millas del Lugar hallaron vna floresta, ò bosque, donde Don Quixote se emboscò en tanto, que Sancho bolvio à la Ciudad à hablar à Dulcinea, en cuya embaxada le sucedieron cosas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.

CAP. X. *Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinea; y de otros sucessos tan ridiculos, como verdaderos.*

Legando el Autor de esta grande Historia à contar lo que en este Capitulo cuenta, dize, que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no avia de ser creido; porque las locuras de Don Quixote llegaron aqui al termino, y raya de los mayores, que pueden imaginarse, y aun passaron dos tiros de ballesta mas allà de las mayores. Finalmente, aunque con este medio, y rezelo, las escrivio de la misma manera, que èl las hizo, sin añadir, ni quitar à la historia vn atomo de la verdad, sin darle nada por las objecciones, que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, siempre anda sobre la

la mentira, como el azeite sobre el agua; y así prosiguiendo su historia, dize, que así como Don Quixote se emboscó en la floresta, encinar, ó selva junto al gran Toboso, mandó à Sancho bolver à la Ciudad, y que no boviesse à su presencia, sin aver primero hablado de su parte à su señora, pidiendola fuesse servida de dexarse ver de su cautivo Cavallero, y se dignasse de echarle su bendicion, para que pudiesse esperar por ella felicissimos sucesos de todos sus acontecimientos, y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hazerlo así, como se lo mandava, y de traerle tan buena respuesta, como le traxo la vez primera. Anda, hijo, replicó Don Quixote, y no te turbes quando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas à buscar. Dichoso tu sobre todos los cicuderos del mundo; tèn memoria, y no te se passe della, como te recibe, si muda las colores al tiempo que la estuvieres dando mi embaxada, si se desassosiega, y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si està en piè: mirala si se pone aora sobre el vno, aora sobre el otro piè, si te repite la respuesta que te diere dos, ó tres vezes, si la muda de blanda en aspera, de azeda en amorosa, si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no està desordenado. Finalmente, hijo, mira todas sus acciones, y movimientos; porque si tu me los relates como ellos fueren, sacarè yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su coraçon, acerca de lo que al fecho de mis amores toca, que has de

saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes, las acciones, y movimientos exteriores que muestran, quando de sus amores se tratan, son certissimos correos, que traen las nuevas de lo que allà en lo interior del alma passa. Vè, amigo, y guiete otra mejor ventura que la mia, y buelvate otro mejor suceso de el que yo quedo temiendo, y esperando en esta amarga soledad en que me dexas. Yo irè, y bolverè presto, dixo Sancho, y entanche vuestra merced, señor mio, esse coraçoncillo, que le debe de tener aora no mayor, que vna avellana, y considere, que se fuele dezir, que buen coraçon quebranta mala aventura, y que donde no ay tocinos, no ay estacas; y tambien se dize, donde no piansa falta la liebre. Digolo, porque si esta noche no hallamos los Palacios, ó Alcazares de mi señora, aora que es de dia los pienso hallar, quando menos los pienso; y hallados, dexenme à mi con ella. Por cierto Sancho, dixo Don Quixote, que siempre traes tus refranes tan a pelo de lo que tratamos, quanto me dà Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, bolvió Sancho las espaldas, y vareò su ruzio, y Don Quixote se quedò à cavallo, descansando sobre los estrivos, y sobre el arrimo de su lança, lleno de tristes, y confusas imaginaciones, donde le dexarèmos, yendonos con Sancho Pança, que no menos confuso, y pensativo se apartò de su señor, que èl quedava; y tanto, que apenas huvo salido de el bosque, quando bolviendo la cabeça, y viendo que Don Quixote no parecia, se apeò del jumento, y sentandose al pie de un

arbol , començo à hablar consigo mismo , y à dezirle : Sepamos aora , Sancho , hermano , adonde va vuesa merced ? Va à buscar algun jumento que se le aya perdido ? No por cierto . Pues que va à buscar ? Voy à buscar , como quien no dize nada , à vna Princesa , y en ella al sol de la hermosura , y à todo el Cielo junto . Y adonde pensais hallar esso que dezis , Sancho ? Adonde ? En la gran Ciudad del Toboso . Y bien . Y de parte de quien la vais à buscar ? De parte del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha , que desahaze los tuertos , y dà de comer al que ha sed , y de beber al que ha hambre . Todo esso està muy bien . Y sabeis su casa , Sancho ? Mi amo dize , que han de ser vnos Reales Palacios , ò vnos sobervios Alcaçares . Y aveisla visto algun dia por ventura ? Ni yo , ni mi amo la avemos visto jamàs . Y pareceos , que fuera acertado , y bien hecho , que si los del Toboso supiesen que estais vos aqui con intencion de ir à sonfacarles sus Princesas , y à desalfossegarles sus damas , viniesen , y os moliesseu las costillas à puros palos , y no os dexassen hueffo sano ? En verdad que tendrian mucha razon , quando no considerassen que soy mandado , y que mensagero sois amigo , no mereceis culpa non . No os ficis en esso , Sancho ; porque la gente Manchega es tan colerica , como honrada , y no confiente cosquillas de nadie . Vive Dios , que si os huelen , que os mando mala ventura . Oste puto , allà daràs rayo , no si no andeme yo buscando tres pies al gato , por el gusto ageno : y mas que assí serà buscar à Dulcinea por

el Toboso , como à Marica por Rabena , ò al Bachiller en Salamanca . El diablo , el diablo me ha metido à mi en esto , que otro no . Este foliloquio passò consigo Sancho , y lo que sacò del fue , que bolvió à dezirle : Aora bien , todas las cosas tienen remedio , sino es la muerte , debaxo de cuyo yugo hemòs de passar todos mal que nos pese al acabar de la vida . Este mi amo , por mil señales he visto , que es vn loco de atar , y aun tambien yo no le quedo en zaga , pues soy mas mentecato que èl , pues le sigo , y le sirvo , si es verdadero el refràn , que dize : Dime con quien andas , dezirtehe quien eres . Y el otro : De no con quien naces , sino con quien pazes . Siendo , pues loco , como lo es , y de locura , que las mas vezes toma vnas cosas por otras , y juzga lo blanco por negro , y lo negro por blanco , como se pareció quando dixo , que los molinos de viento eran Gigantes , y las mulas de los Religiosos dromedarios , y las manadas de carneros exercitos de enemigos , y otras muchas cosas à este tono , no serà muy difícil hazerle creer , que vna labradora , la primera que me topàre por aqui , es la señora Dulcinea ; y quando èl no lo crea , jurarè yo , y si èl jurare , tornarè yo à jurar ; y si porfiare , porfiarè yo mas , y de manera , que tengo de tener la mia siempre sobre el hito , venga lo que viniere , quizá con esta porfia acabarè con èl , que no me embie otra vez à semejantes mensagerias , viendo quan mal recadó le traigo de ellas , ò quizá pensará , como yo imagino , que algun mal encantador de estos que èl dize , que le quieren

mal,

mal, la avrá mudado la figura por hazerle mal, y daño. Con esto que pensò Sancho Pança, quedò sossegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y deteniendose allí hasta la tarde, por dár lugar à que Don Quixote pensasse, que le avia teaido para ir, y bolver del Toboso, y sucediòle todo tan bien, que quando se levantò para subir en el ruzio, viò, que del Toboso àzia donde èl estava, venian tres labradoras sobre tres pollinos, ò pollinas, que el Autor no lo declara, aunque mas se puede creer, que eran borricas, por ser ordinaria cavalleria de las Aldeanas; pero como no vâ mucho en esto, no ay para què detenernos en averiguarlo. En resolucion, assi como Sancho viò à las Labradoras, à passo eirado bolviò à buscar à su señor Don Quixote, y hallòle fufpirando, y diziendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le viò, le dixo: Què ay, Sancho, amigo? Podrè señalar este dia con piedra blanca, ò con negra? Mejor ferà, respondiò Sancho, que vuestra merced le señale cò almagre, como rotulos de Catedras, porque le echen bien de vèr los que le vieren. De esse modo, replicò Don Quixote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondiò Sancho, que no tiene mas que hazer vuestra merced, si no picar à Rozinante, y salir à lo raso à vèr à la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene à vèr à vuestra merced. Santo Dios! què es lo que dizes, Sancho, amigo? dixo Don Quixote. Mira, no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas historias. Què

facaria yo de engañar à vuestra merced, respondiò Sancho, y estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verà venir à la Princesa nuestra ama, vestida, y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas, y ella, todas son vna asqua de oro, todas mayorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubies, todas telas de brocados de mas de diez altos. Los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del Sol, que andan jugando con el viento: y sobre todo, vienen à cavallo sobre tres cananeas remendadas, que no ay mas que vèr. Hacaneas querràs dezir, Sancho. Poca diferencia ay, respondiò Sancho, de Cananeas à Hacaneas; pero vengan sobre lo que vinierè, ellas vienen las mas galanas señoras, que se pùede desear, especialmente la Princesa Dulcinea, mi señora, que pafina los sentidos. Vamos, Sancho, hijo, respondiò Don Quixote; y en albricias de estas no esperadas, como buenas nuevas, te mando el mejor despojo, que ganare en la primera aventura, que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías, que tu sabes, que quedan para parir en el Prado Concejil de nuestro Pueblo. A las crias me atengo, respondiò Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura, no està muy cierto. Yà en esto salieron de la selva, y descubrieron cerca à las tres Aldeanas. Tendiò Don Quixote los ojos por todo el campo del Toboso, y como no viò sino à las tres Labradoras, turbòse todo, y preguntò à Sancho si

si las avia dexado fuera de la Ciudad; Como fuera de la Ciudad (respondió) por ventura tiene vuestra merced los ojos en el colodillo, que no vé que son estas las que aqui vienen, resplandecientes como el mismo Sol à medio dia? Yo no veo, Sancho, (dixo Don Quixote) sino es à tres labradoras sobre tres borricos. Aora me libre Dios del diablo (respondió Sancho) y es posible, que tres hacaneas, ò como se llaman, blancas como el ampõ de la nieve, le parezcan à vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo (dixo Don Quixote) que es tan verdad que son borricos, ò borricas, como yo soy D. Quixote, y tu Sancho Pança, alomenos à mi tales me parecen. Calle, señor, (dixo Sancho) no diga la tal palabra, sino despavile esos ojos, y venga à hazer reverencia à la señora de sus pensamientos, que yà llega cerca; y diziendo esto se adelantò à recibir à las tres Aldeanas; y apeandose del ruzio tuvo del cabestro al jumento de vna de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dixo: Reyna, Princesa, y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez, y grandeza sea servida de recibir, en su gracia, y buen talante al cautivo Cavallero vuestro, que alli està hecho piedra marmol, todo turbado, y sin pulso de verse ante vuestra magnifica presencia. Yo soy Sancho Pança su escudero, y èl es el assendereado Cavallero Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la triste Figura. A esta fazon yà se avia puesto Don Quixote de hino-

jos junto à Sancho, y mirava con ojos defencaxados, y vista turbada à la que Sancho llamava Reyna, y señora; y como no descubria en ella, sino vna moça Aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cari redonda, y chata; estava suspenso, y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estavan assimísimo atonitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dexavan pasar adelante à su compañera. Pero rõpiendo el silencio la detenida, toda desgraciada, y mohina, dixo: Apartese hora en tal del camino, y dexemos passar, que vamos de priesta. A lo que respondió Sancho: O Princesa, y señora universal del Toboso, como vuestro magnifico coraçon no se enterneca viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia à la coluna, y sustento de la andante Cavalleria? Oyendo lo qual otra de las dos, dixo: Mas jo, que te estrego burra de mi suegto; mirad con que se vienen los señoritos aora à hazer burla de las Aldeanas, como si aqui no supiessemos echar pullas como ellos; vayan su camino, y dexemos hazer el nuefo, y srles ha sano. Levantate, Sancho, (dixo à este punto Don Quixote) que yà veo que la fortuna de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento à esta anima mezquina, que tengo en las carnes. Y tu, ò estremo del valor, que puede desearse, termino de la humana gentileza, vnico remedio de este affligido coraçon que te adora, yà que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes, y cataratas en mis ojos, y para

folo ellos, y no para otros, ha mudado y transformado tu sin igual hermosura, y rostro en el de vna labradora pobre; si yà tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hazerle aborrecible à tus ojos: no dexes de mirarme blanda, y amorosamente, echando de ver en esta sumision, y arrodillamiento, que à tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi aguelo (respondiò la Aldeana:) Amiguita soy yo de oir resquebraxos. Apartense, y dexemos ir, y agradecerfelo hemos. Apartòse Sancho, y dexòla ir, contentisimo de aver salido bien de su enredo. Apenas se viò libre la Aldeana, que avia hecho la figura de Dulcinea, quando picando à su hacanea con vn aguijòn que en vn palo traia, diò à correr por el prado adelante. Y como la borrica sentia la punta del aguijòn que le fatigava mas de lo ordinario, començò à dar corcobos, de manera, que diò có la señora Dulcinea en tierra; lo qual visto por Don Quixote, acudiò à levantarla, y Sancho à componer, y cinchar la albarda, que tambien vino à la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quixote levantar à su encantada señora en los braços sobre la jumenta, la señora levantandose del suelo, le quitò de aquel trabajo, porque haziendose algun tanto arràs, tomò vna corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, diò con su cuerpo mas ligero que vn halcon sobre la albarda, y quedò ahorcajada, como si fuera hombre; y entonces dixo Sancho: Vive Roque, que es

la señora nuestra ama mas ligerã que vn alcotàn, y que puede enseñar à subir à la gineta almas diestro Cordovès, ò Mexicano. El arçon trafero de la filla pasò de vn salto, y sin espuelas haze correr la hacanea, como vna cabra, y no le vãn en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento: y afsi era la verdad, porque en viendose à cavallo Dulcinea, todas picaron tras ella, y dispararon à correr, sin bolver la cabeça arràs por espacio de mas de media legua. Siguiòlas Don Quixote con la vista, y quando viò que no parecian, bolviendose à Sancho, le dixo: Sancho, què te parece quan mal quisto soy de encantadores, y mira hasta donde se estiende tu malicia, y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser à mi señora Dulcinea? Enefeto, yo naci para exemplo de desdichados, y para ser blanco, y terrero donde tomen la mira, y afeesten las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traydores de aver buelto, y transformado à mi Dulcinea, sino que la transformaron, y bolvieron en vna figura tan baxa, y tan fea, como la de aquella Aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan fuyo de las principales señorias, que es el buen olor, por andar siempre entre ambares, y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que quando lleguè à subir à Dulcinea sobre su hacanea (segun tu dizes, que à mi pareciò borrica) me diò vn olor de ajos crudos, que me encalabrinò, y atofigò el alma. O canalla (gritò à esta fazon) ò encatadores

aziagos, y mal intencionados, y quien os viera a todos entartados por las agallas, como sardinas en leche! Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas hazeis. Bastaros debiera, vellacos, aver mudado las perlas de los ojos de mi señora Dulcinea en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purissimo en cerdas de cola de muy bermeyo: y finalmente, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocades en el olor, que por èl si quiera sacaramos lo que estava encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para dezir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, à la qual subia de punto, y quilates vn lunar que tenia sobre el labio derecho, à manera de vigote, cò siete, ò ocho cabellos rubios, como hebras de oro, y largos de mas de vn palmo. A esse lunar (dixo Don Quixote) segun la correspondencia que tienen entre si los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares, son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sè dezir à vuestra merced, respondió Sancho, que le parecian alli como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicò Don Quixote, porque ninguna cosa

puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuesse perfecta, y bien acabada; y assi, si tuviera cien lunares como el que dizes, en ella no fueran lunares, sino lunas, y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que à mí me pareció albarda, que tu aderezaste, èta filla rasa, ò fillon? No era (respondió Sancho) sino filla à la gineta, con vna cubierta de campo, que vale la mitad de vn Reyno, segun es de rica. Y què no viesse yo todo esto, Sancho (dixo Don Quixote;) aora torno a dezir, y dirè mil vezes, que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hazer el focarron de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandezes de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones, que entre los dos passaron, bolvieron à subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensavan llegar à tiempo, que pudiesen hallarse en vnas solemnes fiestas, que en aquella insigne Ciudad cada año suelen hazerse. Pero antes que allà llegassen, les sucedieron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas,

mercen ser escritas, y leidas,

como se verá adelante.



CAP. XI. *De la estraña aventura que le sucediò al valeroso Don Quixote con el carro, ò carreta de las cortes de la muerte.*



Pensativo además iba Don Quixote por su camino adelante, considerando la mala burla que le avian hecho los encantadores, bolviendole à su señora Dulcinea en la mala figura de la Aldeana, y no imaginava, que remedio tendria para bolverla à su ser primero; y estos pensamientos le llevavan tan fuera de si, que sin sentirlo soltó las riendas à Rozinante, el qual finitiendo la libertad que se le dava, à cada passo se detenia à pazer la verde yerva, de que aquellos campos abundavan. De su embelesamiento le bol-

viò Sancho Pança, diziendole: Señor, las tristezas no se hizieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se buelven bestias. V. m. se reporte, y buelva en si, y coja las riendas à Rozinante, y avive, y despierte, y muestre aquella gallardia, que conviene que tengan los Cavalleros andantes. Què diablo es esto? Què descaecimiento es este? Estamos aqui, ò en Francia? Mas que se lleve Satanàs à quantas Dulcineas ay en el mundo, pues vale mas la salud de yn solo Cavallero an-

dante, que todos los encantos, y transformaciones de la tierra. Calla, Sancho, (respondió Don Quixote) con voz no muy desmayada, calla digo, y no me digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia, y desventura yo solo tengo la culpa: de la embidia q̄ me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo (respondió Sancho:) quien la vió, y la ve agora, qual es el corazón que no llora? Esto puedes tu dezir bien, Sancho, (replicó Don Quixote) pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se entendió à turbarte la vista, ni a encubrirte su belleza: contra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas con todo esto he caído, amigo Sancho, en vna cosa, y es, que me pintaste mal su hermosura; porque si mal no me acuerdo, dixiste, que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, antes son de bescugo, que de dama, y à lo que yo creo, los de Dulcinea deben de ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos, que les sirven de cejas. Y estas perlas, quitálas de los ojos, y pásalas à los dientes, que sin duda te trocáste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser (respondió Sancho) porque tambien me turbó à mí su hermosura, como à vuestra merced su fealdad; pero encomendémoslo todo à Dios que él es el sabidor de todas las cosas que han de suceder en este valle de lagrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad,

embuste, y vellaqueria. De vna cosa me pesa, señor mio, mas que de otras, que es pensar, que medio se ha de tener quando vuestra merced vença à algun Gigante, ò otro Cavallero, y le mande, que se vaya à presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea, adonde la ha de hallar este pobre Gigante, ò este pobre, y misero Cavallero vencido? Pareceme que los veo andar por el Toboso hechos vnos bausanes, buscando à mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que à mi padre. Quizá, Sancho, (respondió Don Quixote) no se entenderà el encantamiento à quitar en conocimiento de Dulcinea à los vencidos, y presentados Gigantes, y Cavalleros; y en vno, ò dos de los primeros que yo vença, y le embie, haremos la experiencia si la ven, ò no, mandandoles, que buelvan à darme relacion de lo que acerca desto les huviere sucedido. Digo, señor, (replicó Sancho) que me ha parecido bien lo que vuestra merced ha dicho, y q̄ con esse artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella à solo vuestra merced se encubre, la desgracia mas será de vuestra merced, que fuya; pero como la señora Dulcinea tenga salud, y contento, nosotros por acá nos avendremos, y lo pasaremos lo mejor q̄ pudieremos, buscando nuestras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las fuyas, que él es el mejor medico destas, y de otras mayores enfermedades. Responder quería Don Quixote à Sancho Páça; pero estorvóselo vna carreta que salió al través del camino, cargada de los mas di-

verfos , y estraños personages , y figuras , que pudieron imaginarte. El que guiava las mulas , y servia de carretero , era vn feo demonio. Venia la carreta descubierta al Cielo abierto , sin toldo , ni çarço. La primera figura que se ofreció à los ojos de Don Quixote , fue la de la misma muerte , con rostro humano : junto à ella venia vn Angel , con vnas grandes , y pintadas alas. Al vn lado estava vn Emperador con vna Corona , al parecer de oro , en la cabeça. A los pies de la muerte estava el Dios , que llaman Cupido sin venda en los ojos ; pero con su arco , carçax , y saetas. Venia tambien vn Cavallero armado de punta en blanco , excepto que no traía morrion , ni celada , sino vn sombrero lleno de plumas de diversas colores ; con estas venian otras personas de diferentes trages , y rostros. Todo lo qual visto de improviso , en alguna manera alborotó à Don Quixote , y puso miedo en el coraçon de Sancho , mas luego se alegró Don Quixote , creyendo que se le ofrecia alguna nueva , y peligrosa aventura , y con este pensamiento , y con animo dispuesto de acometer qualquier peligro , se puso delante de la carrera , y con voz alta , y amenazadora , dixo : Carretero , cochero , ò diablo , ò lo que eres , no tardes en dezirme quien eres , à do vas , y quié es la gente que llevas en tu coche , que mas parece la barca de Acaron , que carreta de las que se vsan. A lo qual mansamente , deteniendo el diablo la carreta , respondió : Señor , nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el malo , hemos hecho en vn lugar , que esta detrás de aque-

lla loma esta mañana , que es la Octava del Corpus , el Autor de las Cortes de la Muerte , y hemosle de hazer esta tarde en aquel lugar que desde aqui parece ; y por estar tan cerca , y escusar el trabajo de desnudarnos , y boivernos à vestir , nos vamos vestidos con los mesmos vestidos que representamos. Aquel mancebo vâ de Muerte , el otro de Angel. Aquella muger , que es la del Autor , vâ de Reyna , el otro de Soldado , aquel de Emperador , y yo de demonio , y soy vna de las principales figuras del Autor , porque hago en esta Compañia los primeros papeles. Si otra cosa vuestra merced desea saber de nosotros , preguntemelo , que yo le fabrè responder con toda puntualidad , que como soy demonio , todo se me alcança. Por la fee de Cavallero andante (respondió Don Quixote) que afsi como vi este carro , imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia , y aora digo , que es menester tocar las apariencias con la mano , para dâr lugar al defengaño. Andad con Dios buena gente , y hazed vuestra fiesta , y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho , que lo harè con buen animo , y buen talante , porque desde muchacho fuy aficionado à la caratula , y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farandula. Estando en estas platicas , quiso la suerte , que llegasse vno de la Compañia , que venia vestido de mogiganga , con muchos calcabeles , y en la pûta de vn palo traía tres vexigas de vaca hinchadas , el qual moarracho llegando se à Don Quixote , començò à esgrimir el palo , y à sacudir el suelo con las vexigas , y à dar gran

Andes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó à Rozinante, que sin ser poderoso à detenerle Don Quixote, tomando el freno entre los dientes, dió à correr por el campo con mas ligereza, que jamás prometierò los huesos de su notomia: Sancho, que considerò el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltò del ruzio, y à toda priessa fue à valerle: pero quando à èl llegò, yà estava en tierra, y junto à èl Rozinante, que con su amo vino al suelo. Ordinario fin, y paradero de las lozanas de Rozinante, y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dexado su cavalleria Sancho por acudir à Don Quixote, quando el demonio baylador de las bexigas saltò sobre el ruzio, y sacudiendole con ellas, el miedo, y ruido, mas que el dolor de los golpes, le hizo bolar por la campaña àzia el lugar donde ibã à hazer la fiesta. Mirava Sancho la carrera de su ruzio, y la caída de su amo, y no sabia à qual de las dos necesidades acudiria primero. Pero enefeto como buen escudero, y como buen criado, pudo mas con èl el amor de su dueño, que el cariño de su jumento. Puesto q̄ cada vez que veia levantar las bexigas en el ayre, y caer sobre las ancas de su ruzio, eran para èl tartagos, sustos de muerte, y antes quisiera, que aquellos golpes se los dieran à èl en las niñas de los ojos, que en el mas minimo pelo de la cola de su asno. Con esta perplexa tribulació llegò donde estava Don Quixote harto mas maltratado de lo que èl quisiera, y ayudandole à subir sobre Rozinante, le dixo: Señor, el diablo se ha llevado al ruzio.

Que diablo, preguntò Don Quixote? El de las bexigas, (respondiò Sancho) Pero yo le cobrarè (replicò Don Quixote,) si bien se encerrasse con èl en los mas hondos, y escuros calabozos del infierno. Sigüeme, Sancho, que la carreta vã de espacio, con las mulas della satisfarè la perdida de el ruzio. No ay para que hazer essa diligencia, señor, (respondiò Sancho) vuestra merced temple su colera, que segun me parece yã el diablo ha dexado el ruzio, y buelve à la querencia; y así era la verdad, porque aviendo caído el diablo con el ruzio, por imitar à Don Quixote, y à Rozinante, el diablo se fue à pie al pueblo, y el jumento se bolvió à su amo. Con todo esto (dixo Don Quixote) será bien castigar el descomedimento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo Emperador. Quitesele à vuestra merced esto de la imaginacion, (replicò Sancho) y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida. Recitante he visto yo estàr preso por dos muertes, y salir libre, y sin costas. Sepa vuestra merced, que como son gentes alegres, y de plazer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías Reales, y de titulo, que todos, ò los mas en sus trages, y compostura parecen vnos Principes. Pues con todo (respondiò Don Quixote) no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el genero humano. Diciendo esto, bolvió à la carreta, que yã estava bien cerca de el pueblo, iba dando voces, diciendo: De-

teneos , esperad , turba alegre , y regocijada , que os quiero dar à entender como se han de tratar los jumentos , y alimañas , que sirven de cavalleria à los escuderos de los Cavalleros andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quixote , que los oyeron , y entendieron los de la carreta , juzgando por las palabras la intencion del que las dezia ; en vn instante faltò la muerte de la carreta , y tras ella el Emperador , el diablo carretero , y el Angel , sin quedarle la Reyna , ni el Dios Cupido , y todos se cargaron de piedras , y se pusieron en ala , esperando recibir à Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote que los viò puestos en tan gallardo esquadron , los brazos levantados , con ademàn de despedir poderosamente las piedras , detuvo las riendas à Rozinante , y puso se à pensar de què modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo , llegò Sancho , y viendole en talle de acometer al bien formado esquadron , le dixo : Assaz de locura seria intentar tal empreffa. Considere vuestra merced , señor mio , que para fopa de arroyo , y tente bonete , no ay arma defensiva en el mundo , sino es embutirse , y encerrarse en vna campana de bronce : y tambien se ha de considerar , que es mas temeridad , que valentia acometer vn hombre solo à vn exercito donde està la muerte , y pelean en persona Emperadores , y à quien ayudan los buenos , y los malos Angeles ; y si esta consideracion no le mueve à estar se quedo , muevale saber de cierto , que entre todos los que allí están , aunque parecen Reyes , Princi-

pes , y Emperadores , no ay ningun Cavallero andante. Aora si (dixo Don Quixote) has dado , Sancho , en el punto que puede , y debe mudarme de mi yà determinado intento. Yo no puedo , ni debo sacar la espada , como otras vezes muchas te he dicho , contra quien no fuere armado Cavallero. A ti , Sancho , toca , si quieres tomar la vengança del agravio que à tu ruzio se le ha hecho , que yo desde aqui te ayudare con voces , y advertimientos saludables. No ay para que , señor , (respondiò Sancho) tomar vengança de nadie , pues no es de buenos Christianos tomarla de los agravios , quanto mas que yo acabarè con mi asno , que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad , la qual es de vivir pacificamente los dias que los Cielos me dieren de vida. Pues essa es tu determinacion (replicò Don Quixote) Sancho bueno , Sancho discreto , Sancho Christiano , y Sancho sincero , dexemos estas fantasmas , y bolvamos à buscar mejores , y mas calificadas aventuras , que yo veo esta tierra de talle , que no han de faltar en ella muchas , y muy milagrosas. Bolviò las riendas luego , Sancho fue à tomar su ruzio ; la muerte , con todo su esquadron bolante , bolvieron à su carrera , y prosiguieron su viage. Y este felice fin tuvo la tenebrosa aventura de la carreta de la muerte : gracias sean dadas al saludable consejo , que Sancho Pança diò à su amo , al qual el dia siguiente le sucediò otra con vn enamorado , y andante Cavallero , de no menos suspension que la passada.

CAP. XII. *De la estraña aventura, que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Cavallero de los Espejos.*

LA noche que siguió al día de el reencuentro de la muerte, la pasaron Don Quixote, y su escudero de baxo de vnos altos, y sombrosos arboles, aviendo, à persuasión de Sancho, comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del ruzio, y entre la cena dixo Sancho à su señor: Señor, que tonto huviera andado yo, si huviera escogido en albricias los despojos de la primera aventura, que vuestra merced acabara, antes que las crias de la tres yeguas. Enefeto, enefeto, mas vale pajaro en mano, que Buytre volando. Todavía (respondió Don Quixote) si tu Sancho me dexaras acometer, como yo queria, te huvieran cabido en despojos por lo menos la Corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redopelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los Cetros, y Coronas de los Enperadores farfantes (respondió Sancho Pança) fueron de oro puro, sino de oropèl, ò hoja de lata. Así es verdad (replicó Don Quixote) porque no fuera acertado, que los atavios de la comedia fueran finos, sino fingidos, y aparentes, como lo es la mesma comedia; con la qual quiero, Sancho, que estès bien, teniendo la en tu gracia, y por el mesmo coniguiente à los que las representan, y à los que las componen; porque todos son instrumentos de hazer vn gran

Part. II.

bien à la Republica, poniendonos vn espejo à cada passo delante, donde se ven ai vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparacion ay, que mas al vivo nos represente lo que somos, y lo que avemos de ser, como la comedia, y los Comediantes. Sino dime, no has visto tu representar alguna comedia, adonde se introducen Reyes, Emperadores, y Pontifices, Cavalleros; Damas, y otros diversos personajes? Vno haze el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado; otro el simple discreto, otro el enamorado simple. Y acabada la comedia, y desnudandose de los vestidos de ella, quedan todos los recitantes iguales? Si he visto (respondió Sancho.) Pues lo mismo (dixo Don Quixote) acontece en la comedia, y trato de este mundo, donde vnos hazen los Emperadores, otros los Pontifices; y finalmente, todas quantas figuras se pueden introducir en vna comedia; pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, à todos les quita la muerte las ropas, que los diferenciavan, y quedan iguales en la sepultura. Brava comparacion, dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la aya oído muchas, y diversas vezes, como aquella del juego del axedrèz, que mientras dura el juego, cada pieça tiene su particular officio, y en acabandose el juego, todas se mezclan, juntan, y barajan, y dan con ellas en vna bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada día, Sancho (dixo Don Quixote) te vas haziendo menos simple, y mas discreto. Si, que algo se me ha de

D 4

pe-

pegar de la discrecion de vuestra merced (respondió Sancho) que las tierras que de fuyo son esteriles, y secas, estercolandolas, y cultivandolas, vienen à dar buenos frutos: quiero dezir, que la conversacion de vuestra merced ha sido el estiercol, que sobre la esteril tierra de mi seco ingenio ha caído, la cultivacion el tiempo que ha que le sirvo, y comunico, y con esto espero de dar frutos de mí, que sean de bendicion, tales, que no desdigan, ni deslizen de los senderos de la buena criança, que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo q̄ dezia de su enmienda, porque de quando en quando hablava de manera, que le admirava, puesto que todas, ò las mas vezes que Sancho queria hablar de oposicion, y à lo cortefano, acabava su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostrava mas elegante, y memorioso, era en traer refranes, viniessen, ò no viniessen à pelo de lo que tratava, como se avrá visto, y se avrá notado en el discurso desta historia. En estas, y en otras plasticas se les pasó gran parte de la noche, y à Sancho le vino en voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos, como él dezia, quando queria dormir, y desaliñando el ruzio, le dió pasto abundoso, y libre. No quitò la silla à Rozinante, por ser expreso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviesen en campaña, ò no durmiesen debaxo de techado, no desaliñasse à Rozinante, antigua vñança, esta-

blecida, y guardada de los andantes Cavalleros, quitar el freno, y colgarle del arçon de la silla; pero quitar la silla al cavallo, guarda; y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al ruzio, cuya amistad del, y de Rozinante fue tan vnica, y tan travada, que ay fama por tradicion de padres à hijos, que el Autor desta verdadera historia hizo particulares capitulos de ella; mas que por guardar la decencia, y decoro que à tan heroyca historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas vezes se descuida de este su presupuesto, y escribe, q̄ así como las dos bestias se juntavan, acudian à rascarse el vno al otro, y que despues de cansados, y satisfechos, cruzava Rozinante el pescuezo sobre el cuello del ruzio (que sobrava de la otra parte mas de media vara) y mirando los dos atentemente al suelo, se solía estar de aquella manera tres dias, alomenos todo el tiempo que les dexava, ò no les cõpelia la hambre à buscar sustento. Digo, que dicen, que dexò el Autor escrito, que los avia comparado en la amistad, à la que tuvieron Niso, y Eurialo, y Pilades, y Orestes; y si esto es así, se podia echar de ver (para universal admiracion) quan firme debió de ser la amistad de estos dos pacifcos animales, y para confusion de los hombres, que tan mal saben guardar-se amistad los vnos à los otros. Por esto se dixo: No ay amigo para amigo, las cañas se buelven lanças; y el otro, que cantò de amigo amigo la chinche, &c. Y no le parezca à alguno, que anduvo el Autor algo fuera de camino en aver comparado à la amistad de estos

animales à la de los hombres, que de las bestias hã recibido muchos advertimiètos los hõmbres, y aprèdido muchas cosas de importancia, como son de las cigueñas el cristal, de los perros el vomito, y el agradecimiento; de las grullas la vigilãcia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del cavallo. Finalmente, Sancho se quedò dormido al pie de vn alcornoque, y Don Quixote dormitando al de vna encina. Pero poco espacio de tièpo avia passado, quando le despertò vn ruido, que sintiò à sus espaldas, y levãtandose con sobresalto, se puso à mirar, y à escuchar de donde el ruydo procedia, y viò, q̄ eran dos hombres à cavallo, y que el vno dexandose derribar de la silla, dixo al otro: Apeate, amigo, y quita los frenos à los cavallos, que à mi parecer este sitio abunda de yervas para ellos, y del silencio, y soledad, que han menester mis amorosos pensamientos. El dezir esto, y el tenderse en el suelo, todo fue à vn mesmo tiempo, y al arrojar se hizieron ruydo las armas de q̄ venia armado, manifesta seña por donde conociò Don Quixote, que debia de ser Cavallero andante; y llegandose à Sancho, que dormia, le travò del braço, y con no pequeño trabajo le bolviò en su acuerdo, y con voz baxa le dixo: Hermano Sancho, aventura tenemos.

Dios nos la dè buena (respondiò Sancho); y adonde està, señor mio, su merced de essa señora aventura? Adonde, Sancho, replicò Don Quixote? buelve los ojos, y mira, y veràs alli tendido vn andante Cavallero, q̄ à lo que à mi se me trasluzè, no debe de estàr demasiadamente alegre, porque yo le vi arrojar del cavallo, y tenderse en el suelo, con algunas muestras de despecho, y al caer le cruxieron las armas. Pues en què halla vuestra merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo dezir, respondiò Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio de ella, que por aqui comiençan las aventuras. Pero escucha, que à lo que parece, templando està vn laud, ò vihuela; y segun escupe, y se desembaraça el pecho, debe de prepararse para cantar algo. A buena fee, que es así, respondiò Sancho, y que debe de ser Cavallero enamorado. No ay ninguno de los andantes, q̄ no lo sea, dixo Don Quixote; y escuchemosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del coraçon, habla la lengua. Replicar queria Sancho à su amo; pero la voz del Cavallero del bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo estorvò; y estando los dos atonitos, oyeron lo que cantò; que fue este

S O N E T O.

Dadme, señora, vn termino que siga,
 Conforme à vuestra voluntad cortando,
 Que serà de la mia así eslimando,
 Que por jamàs vn punto del desdiga.

SEGUNDA PARTE DE DON

Si gustais, que callando mi fatiga

Muera, contadme yà por acabado;

Si quereis que os la cuente en desnudado

Modo, harè que el mismo amor lo diga.

A prueba de contrarios estoy hecho

De blanda cera, y de diamante duro,

Y à las leyes de amor el alma ajusto.

Blande, qual es, ò fuerte, ofrezco el pecho,

Entallado, imprimid lo que os dè gusto,

Que de guardarlo enteramente juro.

Con vn ay, arrancado al parecer de lo íntimo de su coraçon, diò fin à su canto el Cavallero del bosque, y de alli à vn poco, con voz doliente, y lastimada, dixo: O la mas hermosa, y la mas ingrata muger de el Orbe, como que será posible; serenissima Casildea de Vandalia, que has de consentir, que se consuma, y acabe en continuas peregrinaciones, y en asperos, y duros trabajos, este tu cautivo Cavallero? No basta yà, que he hecho que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los Cavalleros de Navarra, todos los Leones, todos los Tartesios, todos los Castellanos; y finalmente, todos los Cavalleros de la Mancha? Esto no (dixo à esta fazon Don Quixote) que yo soy de la mancha, y nunca tal he confesado, ni podia, ni debia confesar vna cosa tan perjudicial à la belleza de mi señora: y este Cavallero, yà vès tu, Sancho, que desvaria; pero escuchèmos, quizá se declarará mas. Si harà, replicò Sancho, que termino lleva de quejarse vn mes arreo. Pero no fue así, porque aviendo entreoído el Cavallero del bosque, que hablaban cerca del, sin passar adelante en su lamentacion, se puso en piè, y dixo con

voz sonora, y comedida: Quien vá allà? què gente? Es por ventura de la del numero de los contentos, ò de la de los afligidos? De los afligidos, respondió Don Quixote. Pues lleguese à mi, respondió el de el bosque, y harà cuenta, que se llega à la misma tristeza, y à la afliccion misma. Don Quixote, que se viò responder tan tierna, y comedidamente, se llegó à el, y Sancho ni mas, ni menos. El Cavallero lamentador asió à Don Quixote del brazo, diziendo: Sentaos aqui, señor Cavallero, que para entender que lo fois, y de los que professan la Andante Cavalleria, bastame el averos hallado en este lugar, donde la soledad, y el sereno os hazen compania, naturales lechos, y propias estancias de los Cavalleros Andantes. A lo que respondió Don Quixote: Cavallero soy de la profesion que dezis, y aunque en mi alma tienen su proprio asiento las tristezas, las desgracias, y las desventuras, no por esto se ha ahuyentado della la còpasion que tengo de las agenas desdichas: de lo que contaste poco ha, colegi, que las vuestras son enamoradas; quiero dezir, de el amor que teneis à aquella hermosa ingrata, que en vuestras

tras lamentaciones nombraſtes. Yà quando eſto paſſava, eſtavan ſentados juntos ſobre la dura tierra en buena paz, y compañía, como ſi al romper del día no ſe huvieran de romper las cabeças. Por ventura, ſeñor Cavallero, (preguntò el del bosque à Don Quixote) ſois enamorado? Por deſventura lo ſoy (reſpondiò Don Quixote) aunque los daños que nacen de los bien colocados penſamientos, antes ſe debben tener por gracias, que por deſdichas. Aſi es la verdad (replicò el del bosque) ſi no noſ turbaffe la razon, y el entendimiento los deſdenes, que ſiendo muchos, parecen venganças. Nunca ſuy deſdeñado de mi ſeñora (reſpondiò Don Quixote.) No por cierto, dixo Sancho, (que alli junto eſtava) porque es mi ſeñora como vna borrega manſa, es mas blanda que vna manteca. Es vuestro eſcudero eſte (preguntò el del bosque?) Si es (reſpondiò Don Quixote.) Nunca he viſto yo eſcudero (replicò el del bosque) que ſe atreva à hablar donde habla ſu ſeñor; alomenos à eſtà eſſe mio, que es tan grande como ſu padre, y no ſe probarà, que aya deſplegado el labio donde yo hablo. Pues à ſee (dixo Sancho) que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun; quedeſe aqui, que es peor menearlo. El eſcudero del bosque aſiò por el braço à Sancho, diziendole: Vamonos los dos donde podamos hablar eſcuderialmente todo quanto quiſieremos, y dexemos à eſtos ſeñores amos nueſtros, que ſe den de las haſtas, contandose las historias de ſus amores, que à buen ſeguro, que leſ ha de coger el día en

ellas, y no las han de aver acabado. Sea en buen hora (dixo Sancho) y yo le dirè à vueſtra merced quientoy, para que vea ſi puedo entrar en dozeña con los mas hablantes eſcuderos. Con eſto ſe apartarò los dos eſcuderos, entre los quales paſò vn tan gracioſo coloquio, como fue grave el que paſò entre ſus ſeñores.

CAP. XIII. *Donde ſe profigue la aventura del Cavallero del bosque, con el discreto, nuevo, y ſua-ve coloquio, que paſò entre los dos eſcuderos.*

DIvididos eſtavan Cavalleros, y eſcuderos, eſtos contandose ſus vidas, y aquellos ſus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los moços, y luego profigue el de los amos; y aſi dize, que apartandose vn poco de ellos, el del bosque dixo à Sancho: Trabajosa vida es la que paſſamos, y vivimos, ſeñor mio, eſtos que ſomos eſcuderos de Cavalleros andantes, en verdad que comemos el pan en el ſudor de nueſtros roſtros, que es vna de las maldiciones que echò Dios à nueſtros primeros padres. Tambien ſe puede dezir (añadiò Sancho) que lo comemos en el ye-
lo de nueſtros cuerpos; porque quien mas calor, y mas frio, que los miſerables eſcuderos de la andante Cavalleria? y aun menos mal ſi comieramos, pues los dueños con pan ſon buenos; pero tal vez ay, que ſe nos paſſa vn día, ù dos ſin deſayunarnos, ſino es del viento que ſopla. Todo eſſo ſe puede llevar, y con llevar (dixo el del
boſ-

bosque) con la esperança que tenemos del premio ; porque si demasiadamente no es desgraciado el Cavallero andante, à quien vn escudero sirve , por lo menos à pocos lances se verá premiado con vn hermoso gobierno de qual que Infula , ò Condado de buen parecer. Yo (replicò Sancho) yà he dicho à mi amo, que me contento con el gobierno de alguna Infula ; y èl es tan noble, y tan liberal , que me le ha prometido muchas , y diversas vezes. Yo (dixo el del bosque) con vn Canonico quedarè fatistecho de mis servicios , y yà me le tiene mandado mi amo. Y què tal debe de ser (dixo Sancho) su amo de vuestra merced Cavallero à lo Eclesiastico , y podrá hazer essas mercedes à sus buenos escuderos ; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo, quãdo le querian aconsejar personas discretas, aunque à mi parecer mal intencionadas, que procurasse ser Arçobispo ; pero èl no quiso, sino ser Emperador; y yo estava entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia , por no hallar me suficiente de tener Beneficios por ella: porque le hago saber à vuestra merced, que aunque parezco hombre, soy vna bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad que lo yerra vuestra merced (dixo el del bosque) à causa de que los gobiernos insulanos no son todos de buena data, algunos ay torcidos, algunos pobres, algunos melancolicos : y finalmente , el mas erguido , y bien dispuesto trae consigo vna pesada carga de pensamientos , y de incomodidades, que pone sobre sus ombros el desdichado que le cupo en

suerte. Harto mejor seria , que los que professamos esta maldita servidumbre, nos retirassemos à nuestras casas , y allí nos entretuvièssimos en exercicios mas suaves, como si dixèssimos, caçando, ò pescando , que què escudero ay tan pobre en el mundo, à quien le falte vn rozin, y vn par de galgos, y vna caña de pescar , con que entretenerse en su Aldea? A mi no me falta nada de esto (respondiò Sancho ;) verdad es, que no tengo rozin, pero tengo vn asno , que vale dos vezes mas que el cavallo de mi amo. Mala Pasqua me dè Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por èl, aunque me diessen quatro fanegas de cevada encima. A burla tendrà vuestra merced el valor de mi ruzio , que ruzio es el color de mi jumento. Pues galgos no me avian de faltar, aviendolos sobrados en mi pueblo, y mas que entonces es la caça mas gustosa , quando se haze à costa agena. Real, y verdaderamente (respondiò el del bosque) señor escudero, que tengo propuelto, y determinado de dexar estas borracherias de estos Cavalleros, y retirarme à mi Aldea, y criar mis hijos, que tengo tres , como tres Orientales perlas. Dos tengo yo (dixo Sancho) que se pueden presentar al Papa en persona , especialmente vna muchacha , à quien crio para Condesa, si Dios fuere servido, aunque à pesar de su madre. Y què edad tiene essa señora , que se cria para Condesa? (preguntò el del bosque.) Quinze años, dos mas, ò menos, (respondiò Sancho) pero es tan grande como vna lança, y tan fresca, como vna mañana de Abril, y tiene vna fuerza de vn ganapan. Partes son essas, (ref-

(respondió el del bosque) no solo para ser Condesa, sino para ser Ninfa del verde bosque. O hi de puta, puta, y que rexo debe de tener la bellaca. A lo que respondió Sancho (algo mohino) ni ella es puta , ni lo fue su madre , ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere. Y hablése mas comedidamente, que para averse criado vuestra merced entre Cavalleros andantes, que son la misma corteſia, no me parecen muy concertadas estas palabras. O que mal se le entiende à vuestra merced (replicò el de el bosque) de achaque de alabança, señor escudero! Como, y no sabe, que quando algun Cavallero dà vna buena lançada al toro en la plaça, ò quando alguna persona haze alguna cosa biẽ hecha, suele dezir el vulgo, ò hi de puta, puto, y que bien q̃ lo ha hecho, y aquello que parece vituperio en aquel termino, es alabança notable : y renegad vos, señor, de los hijos, ò hijas, que no hazen obras, que merezcan se les den à sus padres loores semejantes. Si reniego (respondió Sancho) y deste modo, y por esta misma razon podia echar v.m. à mis hijos, y à mi muger toda vna puteria encima , porque todo quanto hazen, y dizen son estremos , dignos de semejantes alabanças; y para boiverlos à ver, ruego yo à Dios me saque de pecado mortal , que lo mismo será si me saca de este peligroso oficio de escudero , en el qual he incurrido segunda vez, cebado, y engañado de vna bolla con cien ducados, que me hallè vn dia en el coraçon de Sierra-Morena , y el diablo me pone ante los ojos, aqui, alli, acá no, sino acullà, vn talego lie-

no de doblones, que me parece, que à cada passo le toco con la mano, y me abraço con èl, y lo llevo à mi casa, y hecho cenſos, y fundo rétas, y vivo como va Principe ; y el rato que en esto pienſo , se me hazen faciles , y llevaderos quantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo , de quien se, que tiene mas de loco, que de Cavallero. Por esto (respondió el del bosque) dizen, que la codicia rompe el saco, y si va à tratar dellos, no ay otro mayor en el mundo , que mi amo , porque es de aquellos que dizen: Cuydados agenos matan al afno; pues porque cobre otro Cavallero el juicio que ha perdido , se haze èl loco , y anda buscando lo q̃ no se si despues de hallado le ha de salir à los hozicos. Y es enamorado por dicha? Si, dixo el del bosque , de vna tal Casildea de Vandalia , la mas cruda , y la mas alada señora, que en todo el Orbe pudo hallarte ; pero coxa del piè de la crudeza , que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirà antes de muchas horas. No ay camino tan llano, replicò Sancho, que no tenga algun tropezon, è barranco; en otras casas cuezen habas, y en la mia à calderadas: mas acompañados, y paniaguados debe de tener la locura, que la discrecion. Mas si es verdad lo que comunmente se dize , que el tener compañeros en los trabajos, suele servir de alivio en ellos, con v.m. podrè consolarme , pues sirve à otro amo tan tonto como el mio. Tonto; pero valiente , respondió el del bosque , y mas vellaco que tonto, y que valiente. Eſto no es el mio , respondió Sancho, digo, que no tiene nada de vellaco; antes

res tiene vn alma como vn cantaro: no sabe hazer mal à nadie, sino bien à todos, ni tiene malicia alguna, vn niño le hará entender, que es de noche en la mitad de el dia; y por essa sencillez le quiero como à las telas de mi coraçon, y no me amaño à dexasle, por mas disparates que haga. Con todo esso, hermano, y señor (dixo el del bosque) si el ciego guía al ciego, ambos van à peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos cõ buen compàs de pies, y bolvernõs à vuestras querencias, que los que buscan aventuras, no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho à menudo, al parecer vn cierto genero de saliva pegajosa, y algo seca; lo qual visto, y notado por el caritativo boqueril escudero, dixo: Pareceme, que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traygo vn despegador pendiente del arçon de mi cavallo, que es tal como bueno; y levantandose, bolviõ desde alli à vn poco con vna gran bota de vino, y vna empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de vn conejo albar, tan grande, que Sancho al tocarla, entendiõ fer de algun cabron, no que de cabrito, lo qual visto por Sancho, dixo: Y esto trae vuestra merced consigo, señor? Pues què se pensava, respondiõ el otro, soy yo por ventura algun escudero de agua, y lana? Mejor repuesto traygo yo en las ancas de mi cavallo, que lleva consigo quando và de camino vn General. Comiõ Sancho, sin hazerse de rogar, y tragava à escuras bocados de nudos de suelta, dixo: Vuestra merced si, que es escudero fiel, y legal, moliente, y corriente,

magnifico, y grande, como lo muestra este banquete, q̄ si no ha venido aqui por arte de encantamento, parecelo à lo menos, y no como yo mezquino, y malaventurado, que solo traygo en mis aforjas vn poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello à vn Gigante, à quien hazen compañía quatro dozenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas, y nuezes; mercedes à la estrechez de mi dueño, y à la opinion que tiene, y orden que guarda, de que los Cavalleros andantes no se han de mantener, y sustentar, sino con frutas secas, y con las yervas del campo. Por mi fee, hermano (replicò el del bosque) que yo no tengo hecho el estomago a tagarninas, ni à piruetanos, ni à rayzes de los montes, allà se lo ayan con sus opiniones, y leyes Cavallerescas nuestros amos, y coma lo que ellos mandaren, fiambreras traygo, y esta vota colgando del arçon de la silla, por si, ò por no; es tan devotamia, y quierola tanto, que pocos ratos se passan sin que le dè mil besos, y mil abraços: y diziendo esto, se la puso en las manos à Sancho, el qual empuñandola, puesta à la boca, estubo mirando las Estrellas vn quarto de hora; y en acabando de beber, dexò caer la cabeça à vn lado, y dando vn gran suspiro, dixo: O hideputa vellaco, y como es Catolico. Veis ai (dixo el del bosque en oyendo el hideputa de Sancho) como aveis alabado este vino, llamandole hideputa? Digo (respondiõ Sancho) que confieso, que conozco, que no es deshonra llamar hijo de puta à nadie, quando cae debaxo del entendimiento de alarbe. Pero digame, señor,

ñor, por el siglo de lo que mas quiere, este vino es de Ciudad-Real? Brabomojon (respondió el de el bosque) en verdad, que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mi con esso (dixo Sancho) no tomeis menos, fino que se me fuera à mi por alto dàr alcance à su conocimiento. No ferà bueno, señor escudero, que tenga yo vn iastinto tan grande, y tan natural en esto de conocer vinos, que en dandome à oler qualquiera, acierto la patria, el linage, el sabor, y la dura, y las bueltas que ha de dàr, con todas las circunstancias al vino atañederas. Pero no ay de que maravillarse, si tuve en mi linage, por parte de mi padre, los dos mas excelètes mojoneros, que en luegkos años conociò la Mancha; para prueba de lo qual les sucediò lo que aora dirè: Dieronles à los dos à probar el vino de vna cuba, diziendoles su parecer de el estado, calidad, bondad, ò malicia de el vino; el vno lo probò con la punta de la lengua; el otro no hizo mas de llegarlo à las narizes. El primero dixo, que aquel vino sabia à hierro. El segundo dixo, que mas sabia à cordovàn. El dueño dixo, que la cuba estava limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde huviesse tomado sabor de hierro, ni de cordovàn. Con todo esto los famosos mojoneros se afirmaron en lo que aviã dicho. Anduvo el tiempo, vendiòse el vino, y al limpiar de la cuba, hallaron en ella vna llave pequeña, pendiente de vna correa de cordovàn. Porque vea vuestra merced, si quien viene de esta ralea podrá dàr su parecer en semejantes causas. Por esso digo (dixo el del bos-

que) que nos dexemos de andar bufcando avèturas; y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y bolvamosnos à nuestras choças, que alli nos hallarà Dios, si èl quiere. Hasta que mi amo llegue à Zaragoza le servirè, que despues, todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron, y tanto bebieron los dos buenos escuderos; que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas, y templarles la fed, que quitarfela fuera imposible; y assi assidos entrambos de la yà casi vazia bota, con los bocados à medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dexarèmos por aora, por contar lo que el Cavallero del bosque passò con el de la triste Figura.

CAP. XIV. *Donde se prosigue la aventura del Cavallero del bosque.*

Entre muchas razones, que passaron Don Quixote, y el Cavallero de la selva, dice la historia, q̄ el del bosque, dixo à Don Quixote: Finalmente, señor Cavallero, quiero que sepais, que mi destino, ò por mejor decir, mi eleccion, me traxo à enanoradado de la sin par Casildea de Vandalia; llamola sin par, porque no le tiene, assi en la grandeza del cuerpo, como en el estremo del estado, y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagò mis buenos pensamientos, y comedidos deseos, con hazerme ocupar como su Madrina à Hercules en muchos, y diversos peñigos, prometiendome al fin de cada vno, que en el fin del otro llegarìa el de mi esperança; pero assi se han ido eslabonando

mis trabajos, que no tienen cuento: no sé yo qual ha de ser el último, que de principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Vna vez me mandò, que fuesse à desafiàr à aquella famosa Giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente, y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de vn lugar; es mas movable, y boltaria muger del mundo. Lleguè, vila, y vencila, y hizela estàr queda, y à raya, porque en mas de vna semana no la soplaron sino vientos Nortes. Vez tambien huvo, que me mandò fuesse à tomar en pelo las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando, empresa mas para encomendarse à ganapanes, que à Cavalleros. Otra vez me mandò, que me precipitasse, y sumièssè en la sima de Cabra, peligro inaudito, y temeroso, y que le traxièssè particular relacion de lo que en aquella obscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento à la Giralda, pesè los toros de Guisando, despeñème en la sima, y saqué à luz lo escondido de su abisimo, y mis esperanças muertas, que muertas; y sus mandamientos, y desdenes, vivos, que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado, que discurra por todas las Provincias de España, y haga confessar à todos los andantes Cavalleros, que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas oy viven, y que soy el mas valiente, y el mas bien enamorado Cavallero del Orbe, en cuya demanda he andado yà la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos Cavalleros, que se han atrevido à contradizirme. Pero de lo que yo mas me pre-

cio, y vfano, es de aver vencido en singular batalla à aquel tan famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, y hechole confessar, que es mas hermosa mi Casildea, que su Dulcinea; y solo en este vencimiento hago cuenta, que he vencido todos los Cavalleros del mundo, porque el tal Don Quixote, que digo, los ha vencido à todos; y aviendo yo vencido à el, su gloria, su fama, y su honra, se ha transferido, y pasado à mi persona; y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado, assi que yà corrè por mi cuenta, y son mias las innumerables hazañas de el yà referido Don Quixote. Admirado quedò Don Quixote de oír al Cavallero del bosque, y estuvo mil vezes para dezirme que mentia, y yà tuvo el mentis en el pico de la lengua; pero reportòse lo mejor que pudo, por hazerle confessar por su propia boca su mentira: y assi sossegadamente le dixo: De que vuestra merced, señor Cavallero, aya vencido à los mas Cavalleros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que aya vencido à Don Quixote de la Mancha, pongolo en duda, podria ser que fuesse otro que se pareciesse, aunque ay pocos que le parezcan. Como no? (replicò el del bosque) per el Cielo que nos cubre, que peleè con Don Quixote, y le vencí, y rendí; y es vn hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado, y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña, y algo corva, de vigotes grandes, negros, y caídos. Campea debaxo del nombre del Cavallero de la triste Figura, y trae por escudero à vn labrador llamado

Sancho Pança , oprime el lomo , y rige el freno de vn famoso cavallo , llamado Rozinante : y finalmente tiene por señora de su voluntad à vna tal Dulcinea del Toboso , llamada vn tiempo Aldonça Lorenzo , como la mia , que por llamarse Casilda , y ser del Andaluzia , yo la llamo Casildea de Vandalia . Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad , aqui està mi espada , que la harà dar credito à la misma incredulidad . Sossiegaos , señor Cavallero , (dixo Don Quixote) y escuchad lo que dezir os quiero . Aveis de saber que esse Don Quixote que dezis , es el mayor amigo que en este mundo tengo , y tanto , que podrè dezir , que le tengo en lugar de mi misma persona , y que por las señas que del me aveis dado , tan puntuales , y ciertas , no puedo pensar , sino que sea el mismo que aveis vencido : por otra parte veo con los ojos , y toco con las manos no ser posible ser el mismo , si yà no fuesse , que como el tiene muchos enemigos encantadores (especialmente vno que de ordinario le persigue) no aya alguno de ellos tomado su figura para dexarse vencer , por defraudarle de la fama que sus altas Cavallerias le tienen grangeada , y adquirida , por todo lo descubierto de la tierra . Y para confirmacion desto , quiero tambien que sepais , que los tales encantadores sus contrarios , no ha mas de dos dias que transformaron la figura , y persona de la hermosa Dulcinea de el Toboso , en vna Aldeana soez , y baxa , y desta manera ayran transformado à Don Quixote : y si todo esto no basta para enteraros en la verdad q̄ digo , aqui està el mismo Don Quixote , q̄ la sustenta-

rà con sus armas à pie , ò à cavallo , à de qualquier suerte que os agradare : y diziendo esto , se levantò en pie , y se empuñò en la espada , esperando que resolucion tomaria el Cavallero del bosque , el qual con voz asimismo sossegada , respondiò , y dixo : Al buen pagador no le duelen prendas ; el que vna vez , señor Don Quixote , pudo venceros transformado , bien podrà tener esperança de rendiros en vuestro proprio ser . Mas porque no es bien que los Cavalleros hagan sus fechos de armas à oscuras , como los saltadores , y rufianes , esperèmos el dia , para que el Sol vea nuestras obras , y ha de ser condicion de nuestra batalla , que el vencido ha de quedar à la voluntad de el vencedor , para que haga del todo lo que quisiere , con tal , que sea decente à Cavallero lo que se le ordenare . Soy mas que contento de essa condicion , y conveniencia (respondiò Don Quixote ;) y en diziendo esto se fueron donde estavan sus escuderos , y los hallaron roncando , y en la misma forma que estavan quando les faltò el sueño . Despertaronlos , y mandaronlos que tuviesen à punto los cavallos , porque en saliendo el sol avian de hazer los dos vna sangrienta , singular , y desigual batalla , à cuyas nuevas quedò Sancho atonito , y pasmado , temeroso de la salud de su amo , por las valentias que avia oïdo dezir del suyo al escudero del bosque ; pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos à buscar su ganado , que yà todos tres cavallos , y el ruzio se avian olido , y estavan todos juntos . En el camino dixo el del bosque à Sancho : Ha de saber , herma-

no, que tienen por costumbre los peleantes de la Andaluzia, quando son padrinos de alguna pendencia, no estar se ocioso mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen; digolo, porque esté advertido, que mientras nuestros dueños riñen, nosotros tambien hemos de pelear, y hazernos hastillas. Esta costumbre, señor escudero (respondió Sancho) allá puede correr, y passar con los rufianes, y peleantes que dize; pero con los escuderos de los Cavalleros andantes, ni por pienso. Alomenos yo no he oído dezir a mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanças de la andante Cavalleria. Quanto mas, que yo quiero que sea verdad, y ordenança expressa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta à los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro, que no passe de dos libras de cera; y mas quiero pagar las tales libras, que se è que me costarán menos, que las hilas que podrè gastar en curarme la cabeça, que ya me la cuento por partida, y dividida en dos partes; además, que me impossibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para esto se yo vn buen remedio (dixo el del bosque) yo traygo aqui dos talegas de lienço de vn mismo tamaño, tomareis vos la vna, y yo la otra, y reñiremos à talegazos con armas iguales. De esta manera sea en buen hora (respondió Sancho) porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos, que herirnos. No ha de ser así (replicò el otro) porque se han de echar dentro

de las talegas, porque no se las lleve el ayre, media dozena de guijarros lindos, y pelados, que pesen tanto los vnos como los otros; y de esta manera nos podremos atalegar, sin hazernos mal, ni daño. Mirad, cuerpo de mi padre (respondió Sancho) è matas cebollinas, è que copos de algodòn cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascós, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear, peleen nuestros amos, y allá se lo ayan, y bebamos, y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuydado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando appetites, para que se acaben antes de llegar à su fazon, y termino, y que se caygan de maduras. Con todo (replicò el del bosque) hemos de pelear siquiera media hora. Esto no (respondió Sancho) no ferè yo tan descortès, ni tan desagradecido, que con quien he comido, y bebido, trave question alguna, por minima que sea; quanto mas, que estando sin colera, y sin enojo, quien diablos se ha de amañar à reñir à secas? Para esto (dixo el del bosque) yo darè vn suficiente remedio, y es, que antes que comencèmos la pelea, yo me llegarè bonitamente à vuestra merced, y le darè tres, è quatro bofetadas, que dè con èl à mis pies, con las quales le harè despertar la colera, aunque estè con mas sueño, que vn liròn. Contra esse corte se yo otro (respondió Sancho) è no le và en zaga: cogerè yo vn garrote, y antes que vuestra merced llegue à despertarme la colera, harè yo dormir à garrotazos de tal suerte la suya, que

no despierte, sino fuere en el otro mundo, en el qual se sabe, que no soy yo hombre, que me dexo manosear el rostro de nadie, y cada vno mire por el vitore. Aunque lo mas acertado seria dexar dormir su colera à cada vno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana, que buelva trasquilado, y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas; porque si vn gato acosado, encerrado, y apretado, se buelue en leon: yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podrè bolverme; y asì desde aora intimo à vuestra merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal, y daño, q̄ de nuestra pendencia resultare. Està bien (replicò el del bosque) amanecerà Dios, y mediarèmos en esto. Yà començavan à gorgear en los arboles mil fuertes de pintados paxarillos; y en sus diversos, y alegres cantos parecia, q̄ davan la norabuena, y saludavan à la fresca Aurora, que yà por las puertas, y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos vn numero infinito de liquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yervas, parecia asimismo, que ellas brotaván, y llovían blanca, y menuda aljofar; los sauces destilavan manà sabroso, reianse las fuentes, murmuravan los arroyos, alegravanse las selvas, y enriquecianse los prados con su venida. Mas apenas diò lugar la claridad de el dia para ver, y diferenciar las cosas, quando la primera que se ofreciò à los ojos de Sancho Pança, fue la nariz del escudero del bosque, que era tan grande, que casi le hazia sombra à todo el cuerpo.

Part. II.

Cuentase enefeto, que era de demasiada grandeza, corba en la mitad, y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de berengena: baxavale dos dedos mas abaxo de la boca, cuya grandèza, color, berrugas, y encorbamiento, asì le aseavan el rostro, que en viendole Sancho, començò à herir de pie, y de mano, como niño con alfercía, y propuso en su coraçon de dexarse dár dozientas bofetadas, antes que despertar la colera para reñir cõ aquel vestigio. Don Quixote mirò à su contendor, y hallòle yà puesta, y calada la celada, de modo, que no le pudo ver el rostro; pero notò, que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia vna sobrevesta, ò casaca de vna tela, al parecer, de oro finissimo, sembradas por ellas muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hazian en grandissima manera galàn, y vistoso. Volavanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas, y blancas; la lança, que tenia arrimada à vn arbol, era grandissima, y gruesa, y de vn hierro acerado de mas de vn palmo. Todo lo mirò, y todo lo notò Don Quixote; y juzgò de lo visto, y mirado, que el yà dicho Cavallero debia de ser de grandes fuerças; pero no por esso temiò, como Sancho Pança, antes con gentil denuedo, dixo al Cavallero de los espejos: Si la mucha gana de pelear, señor Cavallero, no os gasta la cortesía, por ella os pido, que alceis la visera vn poco, porque yo vea, si la gallardía de vuestro rostro, responde à la de vuestra disposicion. O vencido, ò vencedor que sal-

E 2

gais

gais de este empresa, señor Cavallero, (respondió el de los espejos) os quedará tiempo, y espacio demasado para verme: y si aora no satisfago à vuestro defeo, es por parecerme que hago notable agravio à la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en ponerme la visera, sin hazeros confessar lo que yà sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos à cavallo (dixo Don Quixote) bien podeis dezirme, si soy yo aquel Don Quixote que dixistes aver vencido. A esto vos respondo (dixo el de los espejos) que parecis, como se parece vn huevo à otro, al mismo Cavallero que yo venci; pero segun vos dezis, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar à si sois el contenido, ò no. Effeno me basta à mi (respondió Don Quixote) para que crea vuestro engaño: empero para sacaros del de todo punto, vengan nuestros cavallos, que en menos tiempo que el que tardaredes en alzaros la visera, que si Dios, mi señora, y mi brazo me valen, verè yo vuestro rostro, y vos vereis, que no soy yo el vencido Don Quixote que pensais. Con esto acortando razones subieron à cavallo, y Don Quixote bolvió las riendas à Rozinante, para tomar lo que convenia del campo para volver à encontrar à su contrario, y lo mismo hizo el de los espejos; pero no se avia apartado Don Quixote veinte passos, quando se oyò llamar el de los espejos, y partiendo los dos el camino, el de los espejos le dixo: Advertid, señor Cavallero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra

vez he dicho, ha de quedar à discrecion del vencedor: Y à lo se (respondió Don Quixote) con tal que lo que te le impusiere, y mandare al vencido, han de ser cosas que no salgan de los limites la de Cavalleria. Assi se entiende (respondió el de los espejos.) Ofrecieronle en esto à la vista de Don Quixote las estrañas narizes del escudero, y no se admirò menos de verlas que Sancho, tanto, que juzgò por alguna monstruo, ò por hombre nuevo, y de aquellos que no se vsan en el mundo. Sancho que viò partir à su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo, que con solo vn passagongulo con aquellas narizes en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe, ò del miedo tendido en el suelo, y fuesse tras su amo asido à vna accion de Rozinante; y quando le pareció, que yà era tiempo que bolvièsse, le dixo: Suplico à vuestra merced, señor mio, que antes que vuelva à encontrarle, me ayude à subir sobre aquel alcornoque, de donde podrè ver mas à mi favor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro, que vuestra merced ha de hazer con este Cavallero. Antes creo, Sancho, (dixo Don Quixote) que te quieres encaramar, y subir en andamio, por ver sin peligro los toros. La verdad que diga (respondió Sancho) las desafortadas narizes de aquel escudero, me tienen atonito, y lleno de espanto, y no me atrevo à estar junto à el. Ellas son tales (dixo Don Quixote) que à no ser yo quien soy, tambien me asombràran; y assi ven ayudarme à subir donde dizes

En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los espejos del campo lo que le fue necesario, y creyendo que lo mismo avia hecho Don Quixote, sin esperar son de trompeta, ni otra señal que le avisasse, bolvió las riendas à su cavallo (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rozinante) y à todo su correr (que era vn mediano trote) iba à encontrar à su enemigo; pero viendole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paròse en la mitad de la carrera, de lo que el cavallo quedò agradecidissimo, à causa de que yà no podia moverse; Don Quixote, que le pareció que yà su enemigo venia volando, arriò reciamente las espuelas à las trahijadas hijadas de Rozinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia, que sola vna vez se conociò aver corrido algo, porque todas las demàs siempre fueron trotes declarados; y có esta no vista furia llegó donde el de los espejos estava hincando à su cavallo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiesse mover vn folo dedo del lugar donde avia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón, y coyuntura hallò Don Quixote à su contrario, embaraçado con su cavallo, y ocupado con su lança, que nunca, ò no acertava, ò no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quixote, que no mirava en estos inconvenientes, à salva mano, y sin peligro alguno encontrò al de los espejos con tanta fuerça, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del cavallo, dando tal caída, que sin mover

pie, ni mano, diò señales de que estava muerto. Apenas le viò caído Sancho, quando se deslizò del alcornoque, y à toda priessa vino donde su señor estava, el qual apeandase de Rozinante, fue sobre el de los espejos, y quitandole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el ayre, si acaso estava vivo, y viò: quien podrá dezir lo que viò sin causar admiracion, maravilla, y espanto a los que lo oyeren? Viò, dize la historia, el rostro mesmo, la mesma figura, el mesmo aspecto, la mesma fisonomia, la mesma estigie, la perspectiva mesma del Bachiller Sanson Carrasco; y así como la viò, en altas voces dixo: Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer, aguija, hijo, y advierte lo que puede la Magia, lo que pueden los hechiceros, y los encantadores. Llegò Sancho, y como viò el rostro del Bachiller Carrasco, començò à hazerse mil cruces, y à santiguarse otras tantas. En todo esto no dava muestras de estar vivo el derrivado Cavallero, y Sancho dixo à Don Quixote: Soy de parecer, señor mio, que por si, ò por no, vuestra merced hínque, y meta la espada por la boca à este que parece el Bachiller Sanson Carrasco, quizá matará en él alguno de sus enemigos los encantadores. No dizes mal (dixo Don Quixote) porque de los enemigos los menos, y sacando la espada, para poner en efecto el aviso, y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los espejos, yà sin las narizes, que tan feo le avian hecho, y à grandes voces dixo: Mire vuestra merced lo que haze, señor Don Quixote, que esse

este que tiene à los pies, es el Bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero. Y viendole Sancho sin aquella fealdad primera, le dixo: Y las narizes? A lo que el respondió: Aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano à la derecha, sacò vnas narizes de pasta, y barniz, de máscara, de la manifiatura que quedan delineadas; y mirandole mas, y mas Sancho, con voz admirativa, y grande, dixo: Santa Maria, y valme! este no es Tomè Cecial, mi vezino, y mi compadre? Y como si lo foy (respondió el ya desnarigado escudero,) Tomè Cecial soy, compadre, y amigo Sancho Pança, y luego os dirè los arcaduzes, embustes, y enredos por donde soy aqui venido; y en tanto pedid, y suplicad al señor vuestro amo, que no toque, maltrate, hiera, ni mate al Cavallero de los espejos, que à sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido, y mal aconsejado Bachiller Sanson Carrasco nuestro compatriota. En esto bolvió en sí el de los espejos, lo qual visto por Don Quixote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: Muerto sois, Cavallero, sino confessais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza à vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto aveis de prometer (si de esta contienda, y caída quedaredes con vida) de ir à la Ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere: y si os dexare en la vuestra, asimismo aveis de bolver à buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia, que os trayga donde yo estuviere, y à

dezirme lo que con ella huvieredes passado: condiciones, que conforme à las que pasamos antes de nuestra batalla, no salen de los terminos de la andante Cavalleria. Confieso (dixo el caido Cavallero) que vale mas el zapato descolado, y inicio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peynadas, aunque limpias, de Casildea de Vandalia: y prometo de ir, y bolver de su presencia à la vuestra, y daros entera, y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien aveis de confessar, y creer (añadiò Don Quixote) que aquel Cavallero que vencistes, no fue, ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, sino otro que se le parecia; como yo confieso, y creo, que vos, aunque parecis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aqui me le han puesto mis enemigos, para que detenga, y temple el impetu de mi colera, y para que vse blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo, y siento, como vos lo creeis, juzgais, y sentis (respondió el derrengado Cavallero.) Dexadme levantar os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que assaz mal trecho me tiene. Ayudòle à levantar Don Quixote, y Tome Cecial su escudero, del qual no apartava los ojos Sancho, preguntandole cosas, cuyas respuestas le davan manifiestas señales de que verdaderaméte era el Tomè Cecial que dezia; mas la aprehension, que en Sancho avia hecho lo que su amo dixo, de que los encantadores avian mudado la figura del Cavallero de los espejos en la del Bachiller Carrasco, no le de-

xava dár credito à la verdad , que con los ojos estava mirando. Finalmente se quitaron con este engaño amo, y moço, y el de los espejos , y su escudero mohinos, y mal andantes, se apartaron de Don Quixote, y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde vizmarle, y entablarle las costillas. Don Quixote, y Sancho bolvieron à proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la historia, por dár cuenta de quien era el Cavallero de los espejos, y su narigante escudero.

CAP. XV. Donde se cuenta, y dà noticia de quien era el Cavallero de los espejos, y su escudero.

EN estremo contento, vñano, y vanaglorioso iba Don Quixote, por aver alcanzado vitoria de tan valiente Cavallero, como èl se imaginava, que era el de los espejos, de cuya Cavalleresca palabra esperaba saber si el encantamento de su señora passava adelante, pues era forçoso, que el tal vencido Cavallero bolviesse, so pena de no serlo, à darle razon de lo que con ella le huviesse sucedido; pero vno pensava Don Quixote, y otro el de los espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde vizmarse, como se ha dicho. Dize, pues, la historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó à Don Quixote, que bolviesse à proseguir sus dexadas Cavallerias, fue por aver entrado primero en bureo con el Cura, y el Barbero, sobre què medio se podria tomar para reducir à Don Quixote à que se estuviessè en su casa

Part. II.

quieto, y folegado, sin que le alborotassen sus mal buscadas aventuras, de cuyo conaejo salió por voto comun de todos, y parecer particular de Sanson Carrasco, que dexassen salir à Don Quixote, pues el detenerle, parecia imposible, y que Sanson le faliessè al camino como Cavallero andante, y travassè batalla con èl, pues no faltaria sobre què, y le venciesse, teniendolo por cosa facil, y que fuesse pacto, y concierto, que el vencido quedasse à merced del vencedor; y assi vencido Don Quixote, le avia de mandar el Bachiller Cavallero se bolviesse à su pueblo, y casa, y no faliessè della en dos años, ò hasta tanto, q̄ por èl le faessee mandado otra cosa; lo qual era claro, que Don Quixote vencido, cūpliria indubitablemente, por no contravenir, y faltar à las leyes de la Cavalleria, y podria ser, que en el tiempo de su reclusion, se le olvidassen sus vanidades, ò se diessè lugar de buscar à su locura algun conveniente remedio. Aceptòlo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomè Cecial, compadre, y vezino de Sancho Pança, hombre alegre, y de luzios cascos. Armòse Sanson, como queda referido, y Tomè Cecial acomodòse sobre sus naturales narizes las falsas, y de mascara yà dichas, por que no fuesse conocido de su compadre, quando se viesse; y assi siguieron el mismo viage que llevaba Don Quixote, y llegaron casi à hallarse en la aventura del carro de la muerte. Y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde le sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se dió

E 4

à en-

à entender, que el Bachiller no era el Bachiller, el señor Bachiller quedàra impossibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no aver hallado nidos, donde pensò hallar paxaros. Tomè Cecial que viò quan mal avia logrado sus deseos, y el mal paradero que avia tenido su camino, dixo al Bachiller: Por cierto, señor Sanfon Carrasco, que tenemos nuestro merecido, con facilidad se piensa, y se acomete vna empresa; pero con dificultad las mas vezes se sale de ella: Don Quixote loco, nosotros cuerdos, èl se va fano, y riendo, vuestra merced queda molido, y triste. Sepamos aora, qual es mas loco, el que lo es por no poder menos, ò el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanfon: La diferencia que ay entre effos dos locos, es, que el que lo es por fuerza, lo será siempre; y el que lo es de grado, lo dexará de ser quando quisiere. Pues así es (dixo Tomè Cecial) yo soy por mi voluntad loco, quando quise hazerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dexar de serlo, y bolverse à mi casa. Effenos os cumple (respondió Sanfon;) porq̄ pensar que yo tengo de bolverse à la mia hasta aver molido à palos à Don Quixote, es pensar en lo escusado, y no me llevará aora à buscarle el deseo de que cobre su juyzio, sino el de la vengança, que el dolor grande de mis costillas no me dexa hazer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron à vn pueblo, donde fue ventura hallar vn Algebrista, con quien se curò el Sanfon desgraciado. Tomè Cecial se bolvió, y le dexò, y èl quedò

imaginando su vengança: y la historia buelve à hablar del à su tiempo, por no dexar de regocijarse aora con Don Quixote.

CAP. XVI. *De lo que sucedió à Don Quixote con vn discreto Cavallero de la Mancha.*

CON la alegría, contento, y vanidad, que se ha dicho, seguia Don Quixote su jornada, imaginandose por la passada vitoria, ser el Cavallero andante mas valiente, que tenia en aquella edad el mundo; dava por acabadas, y à felice fin conducidas quantas aventuras pudieffen sucederle de allí adelante: tenia en poco los encantos, y à los encantadores. No se acordava de los innumerables palos, que en el discurso de sus Cavallerias le avian dado, ni de la pedrada, que le derribò la mitad de los dientes, ni del desagrado de los galeotes, ni del atrevimiento, y lluvia de estacas de los Yangueses. Finalmente, dezia entre si, que si èl hallara arte, modo, ò manera como defencantar à su señora Dulcinea, no embidiaria à la mayor ventura que alcançò, ò pudo alcançar el mas venturoso Cavallero andante de los passados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, quando Sancho le dixo: No es bueno, señor, que aun todavia traygo entre los ojos las desafortadas narizes, y mayores de marca de mi compadre Tomè Cecial? Y crees tu, Sancho, por ventura, que el Cavallero de los espejos era el Bachiller Carrasco, y su escudero Tomè Cecial, tu compadre? No

No sè que me diga à esto (respondiò Sancho) solo sè, que las señas que me diò de mi casa, muger, y hijos, no me las podría dàr otro, que el mesmo; y la cara, quitadas las narizes, era la misma de Tomè Cecial, como yo se la he visto muchas vezes en mi pueblo, y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo vno. Estémos à razon, Sancho, (replicò Don Quixote:) Ven acá, en qué consideracion puede caber, que el Bachiller Sanfon Carrasco vinièsse como Cavallero andante, armado de armas ofensivas, y defensivas à pelear conmigo? He sido yo su enemigo por ventura? Hele dado yo jamàs ocasion para tenerme ojeriza? Soy yo su ribal? ò haze èl profesion de las armas, para tener embidia à la fama, que yo por ellas he ganado? Pues qué diremos, señor, (respondiò Sancho) à esto de parecerse tanto aquel Cavallero, sea el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su escudero à Tomè Cecial, mi compadre? Y si ello es encantamiento, como vuestra merced ha dicho, no avia en el mundo otros dos à quien se parecieran? Todo es artificio, y traza (respondiò Don Quixote) de los malignos Magos que me persiguen, los quales anteviendo, que yo avia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el Cavallero vencido mostrasse el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pudiesse entre los filos de mi espada, y el rigor de mi brazo, y templasse la justa ira de mi coraçon, y de esta manera quedasse con vida el que con embele-

cos, y falsias procuravá quitarme la mia. Para prueba de lo qual, yà sabes, ò Sancho, por experiencia, que no te dexarà mentir, ni engañar, quan facil sea à los encantadores mudar vnos rostros en otros, haziendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso, pues no ha dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura, y gallardia de la sin par Dulcinea en toda su entereza, y natural còformidad, y yo la ví en la fealdad, y baxeza de vna zafia labradora, con cataratas en los ojos, y con mal olor en la boca: y mas que el perverso encantador, que se atreviò à hazer vna transformacion tan mala, no es mucho que aya hecho la de Sanfon Carrasco, y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qualquiera figura que aya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo (respondiò Sancho) y como èl sabia la transformacion de Dulcinea, q̄ avia sido traza, y embeleco fuyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar, por no dezir alguna palabra, que descubrièsse su embuste. En estas razones estavan, quando los alcançò vn hombre, que detrás dellos por el mismo camino venia sobre vna muy hermosa yegua tordilla, vestido vn gavàn de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con vna montera del mismo terciopelo: el aderezo de la yegua era de campo, y de la ginera assimismo de morado, y verde. Traia vn alfange Morisco, pendiente de vn angho tahali de verde, y oro, y los borce-

guies eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con vn barniz verde, tan tersas, y bruñidas, que por hazer labor con todo el vestido, parecían mejor, que si fueran de oro puro. Quando llegó à ellos el caminante, los saludò cortésmente, y picando à la yegua, se passava de largo; pero Don Quixote le dixo: Señor galán, si es que vuestra merced lleva el camino, que nosotros, y no importa el darse priessa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos. En verdad (respondió el de la yegua) que no me passara tan de largo, sino fuera por temor, que con la compañía de mi yegua no se alborotara esse cavallo. Bien puede, señor, respondió à esta fazon Sancho, bien puede tener las riendas a tu yegua, porque nuestro cavallo es el mas honesto, y bien mirado del mundo; jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y vna vez que se desmandò à hazerla, le lastimamos mi señor, y yo có las setenas. Digo otra vez, q̄ puede vuestra merced d tenerse, si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, à buen seguro, que el cavallo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante, admirandose de la postura, y rostros de Don Quixote, el qual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arçon delantero de la albarda del ruzio; y si mucho mirava el de lo verde à Don Quixote, mucho mas mirava Don Quixote al de lo verde, pareciendole hombre de chapa: la edad mostrava ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre, y grave: finalmente, en el trage, y postura dava à entender ser

hombre de buenas prendas. Lo que juzgò de Don Quixote de la Mancha el de lo verde, fue, que semejante manera, ni parecer de hombre, no le avia visto jamás. Admiròle la longura de su cavallo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza, y amarillèz de su rostro, sus armas, su ademàn, y compostura, figura, y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notò bien Don Quixote la atencion con que el caminante le mirava, y leyòle en la suspension su defeo; y como era tan cortès, y tan amigo de dàr gusto à todos, antes que le preguntasse nada, le salió al camino, diciendole: Esta figura que vuestra merced en mi ha visto, por ser tan nueva, y tan fuera de las que comunmente se vsan, nõ me maravillaria yo de que le huviesse maravillado; pero dexarà vuestra merced de estarlo, quando le diga, como le digo, que soy Cavallero destos que dizè las gentes, que à sus aventuras van. Salí de mi patria, empenè mi hazienda, dexè mi regalo, y entreguè me en los braços de la fortuna, que me llevasse donde mas fuesse servida. Quise refucitar la muerta andante Cavalleria, y ha muchos dias, que tropezando aqui, cayendo alli, despeñandome acá, y levantandome acullà, he cumplido gran parte de mi defeo, foy corriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huerfanos, y pupilos, proprio, y natural oficio de Cavalleros andantes; y así por mis valerosas, muchas, y Christianas hazañas, he merecido andar yà en estampa en casi todas las mas Naciones del mundo: treinta mil volumenes se han impresso de mi historia,

ria, y lleva camino de imprimirse treinta mil millares , si el Cielo no lo remedia. Finalmente, por dezirlo en breves palabras, ò en vna sola, digo , que soy Don Quixote de la Mancha , por otro nombre llamado el Cavallero de la triste Figura ; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forçoso dezir yo tal vez las mias : y esto se entiende , quando no se halla presente quien las diga. Así que señor gentil-hombre, ni este cavallo, esta lança, ni escudo, ni escudero , ni todas juntas estas armas , ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aqui adelante , aviendo yá sabido quien soy , y la profesion que hago. Callò en diziendo esto Don Quixote; y el de lo verde, segun se tardava en responderle , parecia que no acertava à hazerlo; pero de alli à buen espacio, le dixo: Acertastes, señor Cavallero, à conocer por mi suspension mi deseo ; pero no aveis acertado à quitarme la maravilla , que en mi causa el averos visto, que puesto , que como vos , señor , dezis , que el saber yá quien sois me lo podria quitar , no ha sido así ; antes aora que lo sè , quedo mas suspenso , y maravillado. Como, y es posible que ay oy Cavalleros andantes en el mundo? y que ay historias impressas de verdaderas Cavallerias? No me puedo persuadir que aya oy en la tierra quien favorezca viudas , ampare doncellas , ni honre casadas , ni focorra huerfanos , y no lo creyera , si en vuestra merced no lo huviera visto con mis ojos Bendito sea el Cielo, que con essa historia que vuestra merced dize que esta impressa de sus altas , y

verdaderas Cavallerias, se avrán puesto en olvidos las innumerables de los fingidos Cavalleros andantes , de que estava lleno el mundo , tan en daño de las buenas costumbres , y tan en perjuicio , y descredito de las buenas historias. Ay mucho que dezir (respondiò Don Quixote) en razon de si son fingidas , ò no las historias de los andantes Cavalleros. Pues ay quien dude (respondiò el de lo verde) que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo , (respondiò Don Quixote) y quedese esto aqui, que si nuestra jornada dura , espero en Dios de dàr à entender à v. m. que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto , que no son verdaderas. De sta vltima razon de Don Quixote tomò barruntos el caminante de que Don Quixote debia de ser algun mentecato , y aguardava que con otras lo confirmasse ; pero antes que se divirtiessen en otros razonamientos, Don Quixote le rogò le dixesse quien era , pues èl le avia dado parte de su condicion , y de su vida. A lo que respondiò el de el verde gavan: Yo, señor Cavallero de la triste Figura, soy vn hidalgo, natural de vn lugar donde iremos à comer oy, si Dios fuere servido, soy mas que medianamente rico , y es mi nombre Don Diego de Miranda, passo la vida con mi muger, y con mis hijos , y con mis amigos : mis exercicios son el de la caza , y pesca ; pero no mantengo , ni halcon, ni galgos, sino algun perdigon manso, ò algun huron atrevido : tengo hasta seis dozenas de libros , quales de romance , y quales de latin , de historia algunos , y de devocion otros : los de Cavallerias
aun

aun no han entrado por los umbrales de mis puertas, hojeo mas los que son profanos, que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleyten con el language, y admiren, y suspenfan con la invencion, puesto que de estos ay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vezinos, y amigos, y muchas vezes los combido: son mis combites limpios, y aseados, y no nada escasos: ni gusto de mormurar, ni consiento que delante de mi se murmure: no escudriño las vidas ajenas; ni soy lince de los hechos de los otros: oygo Missa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hazer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi coraçon à la hipocresia, y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del coraçon mas recatado: procuro poner en paz los que se que estàn desavenidos: soy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentissimo estubo Sancho à la relacion de la vida, y entretenimientos del Hidalgo, y pareciendole buena, y santa, y que quien la hazia debia de hazer milagros, se arrojò del ruzio, y con gran priessa le fue à afsir del estrivo derecho, y con devoto coraçon, y casilagrmas, le besò los pies vna, y muchas vezes. Visto lo qual por el Hidalgo, le preguntò: Què hazeis, hermano? Què besos son estos? Dexenme besar (respondiò Sancho) porque me parece vuestra merced el primer santo à la gineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo (respondiò el Hidalgo) sino gran pecador, vos si, hermano

que deveis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Bolviò Sancho à cobrar la albarda, aviendo sacado à plaça la rifa de la profunda melancolia de su amo, y causado nueva admiracion à Don Diego. Preguntòle Don Quixote, què quantos hijos tenia, y dixole, que vna de las cosas en que ponian el fumo bien los Antiguos Filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos, y buenos hijos. Yo, señor Don Quixote, (respondiò el Hidalgo) tengo vn hijo, que à no tenerle, quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque èl sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera; serà de edad de diez y ocho años, los seis ha estado en Salamanca aprendiendo la lenguas Latina, y Griega; y quando quite que passasse à estudiar otras ciencias, hallèle tan embebido en la de la Poesia (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hazerle arrostrar la de las leyes (que yo quisiera que estudiara) ni de la Reyna de todas, la Theologia. Quisiera yo q̄ fuera corona de su linage, pues vivimos en el siglo donde nuestros Reyes premian altamente las virtuosas, y buenas letras; porque lerras sin virtud, son perlas en el maladar. Todo el dia se le passa en averiguar, si dixo bien, ò mal Homero en tal verso de la Iliada; si Marcial anduvo deshonesto, ò no en tal Epigrama: si se han de entender de vna manera, ò otra tales, y tales versos de Virgilio. En fin, todas sus conuersaciones son cõ los libros de los

referidos Poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal, y Tibulo, que de los modernos Romancistas no haze mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener à la poesia de Romance, le tiene aora desvanecidos los pensamientos el hazer vna glosa à quatro versos, que le han enbiado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo qual (respondiò Don Quixotè:) Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres; y así se han de querer, ò buenos, ò malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: à los padres toca el encaminarlos dende pequeños, que los passos de la virtud, de la buena criança, y de las buenas, y Christianas costumbres, para que quando grandes sean vaculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad; y en lo de forçarles que estudien esta, ò aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y quando no se ha de estudiar para pane lucrado, siendo tan venturoso el estudiante, que le diò el Cielo padres que se lo dexassen: y sería yo de parecer, que le dexen seguir aquella ciencia à que mas le vieren inclinado; y aunque la de la poesia es menos útil, que deleytable, no es de aquellas que suelen deshorrar à quien las posee. La poesia, señor Hidalgo, à mi parecer, es como vna donzella tierna, y de poca edad, y en todo estremo hermosa, à quien tienen cuydado de enriquecer, pulir, y adornar otras muchas donzellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con

ella; pero esta tal donzella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plaças, ni por los rincones de los Palacios. Ella es hecha de vna alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar, la bolverà en oro purissimo de inestimable precio; hala de tener el que la tuviere à raya, no dexandola correr en torpes fatiras, ni en desfalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si yà no fuere en poemas heroicas, en lamentables tragedias, ò en comedias alegres, y artificiosas. No se ha de dexar tratar de los truhanes, ni de ignorante vulgo, incapaz de conocer, ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor que yo llamo aquí vulgo sotamente à la gente plebeya, y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor, ò Principe, puede, y debe entrar en numero de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratar, y tuviere à la poesia, será famoso, y estimado su nombre en todas las Naciones politicas del mundo. Y à lo que dezis, señor, que vuestro hijo no estima en mucho la poesia de Romance, doyme à entender, que no anda muy acertado en ello; y la razon es esta. El grande Homero no escrivio en Latin, porque era Griego, ni Virgilio no escrivio en Griego, porque era Latino. En resolucion, todos los Poetas antiguos escrivieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron à buscar las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto así, razon sería se estendiese esta costumbre por todas las

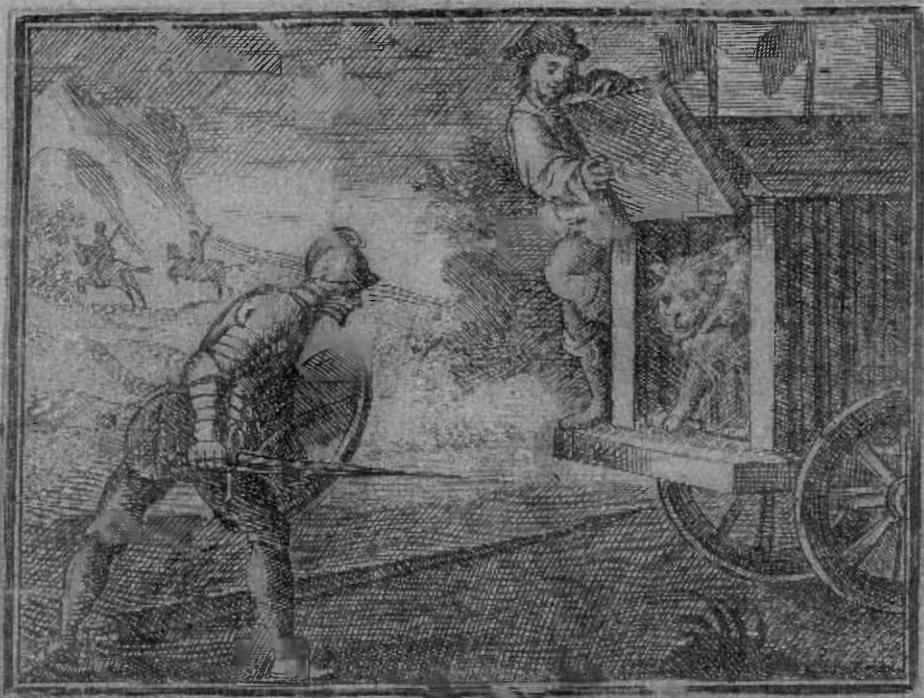
Naciones, y que no se desestimasse el Poeta Alzaman, porque escribe en su lengua, ni el Castellano, ni aun el Vizcaino, que escribe en la suya. Pero vuestro hijo (à lo que yo señor imaginó) no debe de estar mal con la Poesia de Romance, si no con los Poetas, que son meros Romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, y despierten, y ayuden à su natural impulso, y aun en esto puede aver yerro. Porque segun es opinion verdadera, el Poeta nace; quiere dezir, que del vientre de su madre el Poeta natural sale Poeta, y con aquella inclinacion que le dió el Cielo, sin mas estudio, ni artificio compone cosas, que haze verdadero al que dixo: *Est Deus in nobis, &c.* Tambien digo, que el natural Poeta, q̄ se ayudare del arte, será mucho mejor, y se aventajará al Poeta, que solo por saber el arte quisiere serlo: la razon es, porque el arte no se aventaja à la naturaleza, sino perfecciona; así que mezcladas la naturaleza, y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán vn perfectissimo Poeta. Sea, pues, la conclusion de mi platica, señor Hidalgo, que v.m. dexé caminar à su hijo por donde su estrella le llama, que siendo el tan buen estudiante, como debe de ser, y aviendo yá subido felizmente el primer escalon de las essencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mesmo subirá à la cumbre de las letras humanas, las cuales tambien parecen en vn Cavallero de capa, y espada, y así le ordenan, honran, y engrandecen, como las Mitras à los Obispos, ò como las Garnachas à los Peritos Jurisconsultos. Rina vuest-

tra merced à su hijo si hiziere satiras, que perjudiquen las honras ajenas, y castigule, y rompafelas; pero si hiziere sermones, al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente el lo hizo, alabele; porque licito es al Poeta escribir contra la embidia, y dezir en sus versos mal de los embidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero ay Poetas, que à trueco de dezir vna malicia, se pondrán à peligro que los destierren a las Islas de Ponto. Si el Poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos; la pluma es lengua de el alma; quales fueron los conceptos, que en ella se engendraren, tales serán los escritos: y quando los Reyes, y Principes ven la milagrosa ciencia de la Poesia en sujetos prudentes, virtuosos, y graves, los honran, los estiman, y los enriquezen, y aun los coronan con las hojas de el arbol à quien no ofende el rayo, como en señal, que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas, y adornadas sus sienes. Admirado quedò el del verde gavàn de el razonamiento de Don Quixote, y tanto, que fue perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero à la mitad de esta platica, Sancho, por no ser muy de su gusto, se avia desviado de el camino à pedir vn poco de leche à vnos pastores, que allí junto estavan ordeñando vnas ovejas; y en esto yá bolvia à renovar la platica el Hidalgo, satisfecho en estremo de la discrecion, y buen discurso de Don Quixote, quando

alzando Don Quixote la cabeça, viò, que por el camino por donde ellos iban venia vn carro lleno de vanderas Reales; y creyendo que debia de fer alguna nueva aventura, à grandes voces llamò à Sancho, que viniesse à dar-

le la celada. El qual Sancho, oyendose llamar, dexò à los Pastores, y à toda priessa picò al ruzio, y llegó donde su amo estava, à quien sucediò vna espantosa, y defatinada aventura.

CAP. XVII. *De donde se declaró el ultimo punto, y estremo à donde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote con la felizmente acabada aventura de los Leones.*



Cuenta la historia, que quando Don Quixote dava voces à Sancho, que le traxesse el yelmo, estava èl comprando vnos requesones, que los Pastores le vendian, y acosado de la mucha priessa de su amo, no supo que hazer de ellos, ni en que traerlos, y por no perderlos, que yà los tenia paga-

dos, acordò de echarlos en la celada de su señor: y con este buen recado bolviò à ver lo que le queria, el qual en llegando, le dixo: Dame, amigo, essa celada, que yo sè poco de aventuras, ò lo que alli descubro es alguna, que ha de necessitar, y me necessitaré à sacar mis armas. El de el verde

que esto oyò, tendiò la vista por todas partes, y no descubriò otra cosa que vn carro que àzia ellos venia con dos, ò tres vanderas pequeñas, que le dieron à entender, que el tal carro devia de traer moneda de su Magestad, y assi se lo dixo à Don Quixote: pero el no le diò credito, siempre creyendo, y pensando, que todo lo que le sucediesse avian de ser aventuras, y mas aventuras; y assi respondiò al Hidalgo: Hombre apercebido medio combatido, no se pierde nada en que yo me aperciba, que se por experiencia que tengo enemigos visibiles, è invisibiles, y no se quando, ni adonde, ni en que tiempo, ni en que figuras me han de acometer; y bolviendose à Sancho, le pidiò la celada, el qual como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forçoso darla como estava. Tomòla Don Quixote, y sin q̄ echasse de ver lo que dentro venia, con toda priessa se la encaxò en la cabeça: y como los requesones se apretaron, y exprimieron, començò à correr el suero por todo el rostro, y barbas de Don Quixote, de lo que recibì tal susto (que dixo à Sancho:) Què es esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ò se me derriten los sesos, ò que sudo de los pies à la cabeça, y si es que sudo, en verdad que no es de miedo; sin duda creo que es terrible la aventura que aora quiere sucederme. Dame si quieres con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Callò Sancho, y diòle vn paño, y diò con el gracias à Dios de q̄ su señor no huviesse en el caso. Limpiòse Don Quixote la celada, por ver que

cosa era la que à su parecer le enfriava la cabeça, y viendo aquellas gachas blandas dentro de la celada, las llegó à las narizes, y en oliendolas, dixo: Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aqui me has puesto, traydor, vergante, y mal mirado escudero. A lo que con gran flemma, y dissimulacion (respondiò Sancho:) Si son requesones, demelos vuestra merced, que yo me los comerè: pero comalos el diablo, que deviò de ser el que à los puso. Yo avia de tener atrevimiento de enfuciar el yelmo de vuestra merced? hallado le aveis el atrevimiento. A la fee señor, à lo que Dios me dà à entender, tambien devo de tener encantadores que me persiguen, como à hechura, y miembro de vuestra merced, y avrán puesto à esta inmundicia para mover à colera su paciencia, y hazer que me muela como fuele las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que avrà considerado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estomago, que en la celada. Todo puede ser (dixo Don Quixote,) y todo lo mirava el Hidalgo, y de todo se admirava, especialmente quando despues de averse limpiado Don Quixote cabeça, y rostro, y barbas, y celada, se la encaxò, y afirmandose bien en los estrivos, requitendo la espada, y asiendo la lança, dixo: Aora venga lo que viniere, que aqui estoy con animo de tomarme con el mismo Satanàs en persona. Llegò en esto el carro de las vanderas, en el qual

no venia otra gente que el carretero en las mulas , y un hombre sentado en la delantera. Pusose Don Quixote delante , y dixo : Adonde vais hermano? que carro es este? que llevais en el? y que van jeras son aqueſtas? A lo que respondiò el carretero: El carro es mio, lo que va en el son dos bravos leones enjaulados , que el General de Oràia embia à la Corte presentados à ſu Mageſtad : las vanderas ſon del Rey nueſtro ſeñor , en ſeñal que aqui va coſa ſuya. Y ſon grandes los leones? preguntò Don Quixote. Tan grandes (respondiò el hombre que iba a la puerta del carro) que no han paſſado mayores , ni tan grandes de Africa à Eſpaña jamás, y yo ſoy el leonero, y he paſſado otros ; pero como eſtos ninguno : ſon hembra, y macho, el macho va en eſta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y aora van hambrientos, porque no han comido oy , y aſi vueſtra merced ſe deſvie , que es menefter llegar preſto donde los demos de comer. A lo que dixo Don Quixote (ſonriendose un poco) leoncitos à mi , à mi leoncitos? y à tales horas? pues por Dios que han de ver eſſos ſeñores que acà los embian , ſi ſoy yo hombre que ſe eſpanta de leones. Apeaos buen hombre , y pues ſois el leonero , abrid eſſas jaulas , y echadme eſſas beſtias fuera, que en mitad deſta campaña les darè à conocer quien es Don Quixote de la Mancha , à deſpecho, y peſar de los encantadores que à mi los embian. Ta, ta , dixo à eſta ſazon entre ſi el Hidalgo , dado ha ſeñal de quien es nueſtro buen Cavallero ; los requeſones ſin duda le han ablandado los caſcos,

y mudado los ſefos. Llegòſe à eſto à el Sancho , y dixole : Señor, por quien Dios es , que vueſtra merced haga de manera, que mi ſeñor Don Quixote no ſe tome con eſtos leones , que ſi ſe toma , aqui nos han de hazer pedazos à todos. Pues tan loco es vueſtro amo, (respondiò el Hidalgo,) que temeis, y creis , que ſe ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, (respondiò Sancho) ſi no atrevido. Yo harè que no lo ſea (replicò el Hidalgo ;) y llegandoſe à Don Quixote , que eſtava dando prieſſa al leonero , que abrieſſe las jaulas, le dixo: Señor Cavallero, los Cavalleros andantes han de acometer las aventuras que prometen eſperança de ſalir bien de ellas, y no aqueſtas que en todo las quitan : porque la valentia que ſe entra en la juridiçion de la temeridad , mas tiene de locura, que de fortaleza, quanto mas que eſtos leones no vienen contra vueſtra merced , ni lo ſueñan; van presentados à ſu Mageſtad, y no ſerà bien detenerlos, ni impedirles ſu viage. Vayafe vueſtra merced , ſeñor Hidalgo , (respondiò Don Quixote) à entender con ſu perdigon manſo , y con ſu huron atrevido , y dexè à cada uno hazer ſu oficio; eſte es el mio , y yo ſè ſi vienen à mi, ò no eſtos ſeñores leones : y bolviendoſe al leonero , le dixo: Voto à tal don vellaco, que ſi no abris luego luego las jaulas , que con eſta lança os he de coſer con el carro. El carretero que viò la determinacion de aqueſta armada fantafma , le dixo : Señor mio, v. m. ſea ſervido por caridad dexarme deſuncir las mulas, y ponerme en ſalvo con ellas antes que ſe deſembaynen los leones;

nes; porque si me las matan, quedare rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda, sino este carro, y estas mulas. O hombre de poca fee (respondió Don Quixote) apeate, y desunche, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar esta diligencia. Apeóse el carretero, y desunció à gran prisa; y el leonero dixo à grandes voces: Seanme testigos quantos aqui están, como contra mi voluntad, y forçado, abro las jaulas, y suelto ios leones; y de que protesto à este señor, que todo el mal, y daño que estas bestias hizieren, corra, y vaya por su cuenta, con mas mis salarios, y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy, que no me han de hazer daño. Otra vez le persuadió el Hidalgo, que no hiziesse locura semejante, que era tentar à Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quixote, que él sabia lo que hazia. Respondióle el Hidalgo, que lo mirasse bien, que él entendia que se engañava. Aora señor (replicó Don Quixote) si vuestra merced no quiere ser oyente desta que à su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla, y ponga se en salvo. Oido lo qual por Sancho, con lagrimas en los ojos le suplicó desistiesse de tal empresa, en cuya comparacion avian sido tortas, y pan pintado la de los molinos de viento, y la tenebrosa de los batanes: y finalmente, todas las hazañas que avia acometido en todo el discurso de su vida. Mire señor, dezia Sancho, que aqui no ay encanto, ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las verjas, y ref-

quicios de la jaula vna vna de leon verdadero; y faco por ella, que el tal leon, cuya debe de ser la tal vna, es mayor que vna montaña. El miedo alomenos, (respondió Don Quixote) le hará parecer mayor que la mitad de el mundo. Retirate, Sancho, y dexame; y si aqui muriere, yà sabes nuestro antiguo concierto, acudirás à Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadió otras razones, con que quitó las esperanças de que no avia de dexar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del verde gaván oponerle; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con vn loco, que yà se lo avia parecido de todo punto Don Quixote, el qual biviendo à dar prisa al leonero, y à reiterar las amenazas, dió ocasion al Hidalgo à que picasse la yegua, y Sancho al ruzio, y el carretero à sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen, antes que ios leones se desenfatastassen. Llorava Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creia que llegavan las garras de los leones, maldezia su ventura, y llamava menguada la hora en que le vino al pensamiento bolver à servirle; pero no por llorar, y lamentarse dexava de aporrear al ruzio, para que se alexasse del carro. Viendo, pues, el leonero, que yà los que iban huyendo estavan bien desviados, tornó à requerir, y à intimar à Don Quixote lo que yà le avia intimado, è intimado; el qual respondió, que lo oia, y que se curasse de mas intimaciones, y requirimientos, que todo seria de poco fruto, y que se dicsse
pries

priessa. En el espacio que tardò el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quixote, si seria bien hazer la batalla antes à pie, que à cavallo. Y en fin, se determinò de hazerla à pie, temiendo, que Rozinante se espantaria con la vista de los leones; por esto saltò del cavallo, arrojò la lança, y embracò el escudo; y desembaynando la espada, passò ante passò, con maravilloso denuedo, y coraçon valiente, se fue à poner delante del carro, encomendandose à Dios de todo coraçon, y luego à su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando à este passò el Autor de esta verdadera historia, exclama, y dize: O fuerte, y sobre todo encarecimiento, animoso Don Quixote de la Mancha, espejo, donde se pueden mirar todos los valientes de el mundo; segundo, y nuevo Don Mannel de Leon, que fue gloria, y honra de los Españoles Cavalleros. Con què palabras contarè esta tan espantosa hazaña? ò con què razones la harè creible à los siglos venideros? ò què alabanças avrà que no te convengan, y quadren, aunque sean hiperbolès sobre todos los hiperboles? Tu à pie, tu solo, tu intrepido, tu magnanimo, con sola vna espada, y no de las de el perrillo cortadoras, con vn escudo, no de muy luziente, y limpio azero, estàs aguardando, y atendiendo los dos mas fieros leones, que jamas criaron las Africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso Manchego, que yo los dexo aqui en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos. Aqui cesò la referida exclamacion de el Autor, y

Part. II.

passò adelante, anudando el hilo de la historia, diziendo:

Que visto el leonero yà puesto en postura à Don Quixote, y que no podia dexar de soltar al leon macho, so pena de caer en desgracia del indigno, y atrevido Cavallero, abrió de par en par la primera jaula dõde estava, como se ha dicho, el leon, el qual pareciò de grandeza extraordinaria, y de espantable, y fea catadura. Lo primero que hizo, fue rebolverse en la jaula, donde venia echado, y tender la garra, y desperezarse todo; abrió luego la boca, y bostezò muy de espacio, y con casi dos palmos de leagua, que sacò fuera, se despolvoreò los ojos, y se labò el rostro: hecho esto, sacò la cabeza fuera de la jaula, y mirò à todas partes con los ojos hechos bratas, vista, y ademàn, para poner espanto à la misma temeridad. Solo Don Quixote lo mirava atentamente, deseando, que saltasse yà del carro, y viniesse con èl à las manos, entre las quales pensava hazerle pedazos.

Hasta aqui llegò el estremo de su jamàs vista locura; pero el generoso leon, mas comedido, que arrogante, no haziendo caso de niñerías, ni de bravatas, despues de aver mirado à vna, y otra parte, como se ha dicho, bolviò las espaldas, y enseñò sus traseras partes à Don Quixote, y con gran flemma, y remanso, se bolviò à echar en la jaula. Viendo lo qual Don Quixote, mandò al leonero, que le diesse de pãllos, y le irritasse para echarle fuera. Esto no harè yo (respondiò el leonero) porque si yo le instigo, el primero à quien harà pedazos, será à mí.

F 2

mil-

SEGUNDA PARTE DE DON

mismo. Vuestra merced, señor Cavallero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede dezirse en genero de valentia, y no quiera tentar segunda fortuna. El leon tiene abierta la puerta, en su mano està el salir, ò no salir; pero pues no ha salido hasta agora, no saldrà en todo el día. La grandeza del coraçon de vuestra merced, y à està bien declarada; ningun bravo peleante (segun à mi se me alcança) està obligado à mas, que à desafiar à su enemigo, y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en el se queda la infamia, y el esperante gana la cortesia de el vencimiento. Así es verdad (respondiò Don Quixote) cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aqui me has visto hazer. Conviene à saber, como tu abriste al leon, yo le esperè, èl no salió, bolvile à esperar, bolviò à no salir, y bolviòse à acostar. No debo mas, y encantos à fuera, y Dios ayude à la razon, y à la verdad, y à la verdadera Cavalleria; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas à los huidos, y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña. Hizolo así el leonero, y Don Quixote poniendo en la punta de la lança el lienço con que se avia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, començò à llamar à los que no dexavan de huir, ni de bolver la cabeça à cada passo, todos en tropa, y antecogidos de el hidalgo; pero alcançando Sancho à ver la señal de el blanco paño, dixo: Que me maten, si mi señor no ha vencido à las fieras bestias, pues nos llama. Detuvieronse todos, y conocieron, que

el que hazia las señas era Don Quixote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco à poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quixote, que los llamava. Finalmente bolvieron al carro, y en llegando dixo Don Quixote al carretero: Bolved, hermano, à vncir vuestras mulas, y à profeguir vuestro viage; y tu, Sancho, dale dos escudos de oro para èl, y para el leonero, en recompensa de lo que por mi se han detenido. Eños darè yo de muy buena gana, (respondiò Sancho;) pero què se han hecho los leones, son muertos, ò vivos? Entonces el leonero menudamente, y por sus pausas, contò el fin de la contienda, exagerando, como èl mejor pudo, y supo, el valor de Don Quixote: de cuya vista, el leon acobardado, no quiso, ni osò salir de la jaula, puesto que avia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por èl aver dicho à aquel Cavallero, que era tentar a Dios, y irritar al leon, para que por fuerça saliese, como èl queria, que se irritase, mal de su grado, y contra toda su volunrad avia permitido, que la puerta se cerrase. Què te parece de esto, Sancho (dixo Don Quixote) ay encantos, que valgan contra la verdadera valentia? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerço, y el animo, serà imposible. Diò los escudos Sancho, vnciò el carretero, besò las manos el leonero à Don Quixote, por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quando en la Corte se viesse. Pues si acaso su Magestad preguntare, quien la hizo, direisle,

que el Cavallero de los Leones, que aqui adelante quiero que en este se truequen, cambie, vuelva, y mude el que hasta aqui he tenido del Cavallero de la triste Figura, y en esto figo la antigua usança de los andantes Cavalleros, que se mudavan los nombres quando querian, ò quando les venia à cuento. Siguiò su camino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el de el verde gavàn, prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no avia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento à mirar, y à notar los hechos, y palabras de Don Quixote, pareciendole, que era vn cuerdo loco, y vn loco que tirava, à cuerdo. No avia aun llegado à su noticia la primera parte de su historia, que si la huviera leído, cessara la admiracion en que le ponian sus hechos, y sus palabras, pues ya supiera el genero de su locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo, y ya por loco: porque lo que hablava era concertado, elegante, y bien dicho; y lo que hazia, disparatado, temerario, y tonto, y dezia entre si: Què mastocura puede ser, que ponerle la celada llena de requesones, y darse à entender, que le ablandavan los cascotes los encantadores? Y què mayor temeridad, y disparate, que querer pelear por fuerza con leones? Destas imaginaciones, y deste soliloquio le sacò Don Quixote, diziendole: Quien duda, señor Don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinion por vn hombre disparatado, y loco, y no seria mucho que asi fuese, porque mis obras no pueden dár testimonio de otra cosa; pues con todo esto

quiero que vuestra merced advierta, que no soy tan loco, ni tan menguado, como devo de averle parecido. Bien parece vn gallardo Cavallero à los ojos de su Rey, en la mitad de vna gran plaça dár vna lançada con felice suceso à vn bravo toro. Bien parece vn Cavallero armado de resplandecientes armas, passear la tela en alegres justas delante de las damas: y bien parecen todos aquellos Cavalleros que en ejercicios militares (ò que lo parezcan) entretienen, y alegran, y (si se puede dezir) honran las Cortes de sus Principes: pero sobre todos estos, parece mejor vn Cavallero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encruzijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa, y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama, y duradera. Mejor parece, digo, vn Cavallero andante socorriendo à vna viuda en algun despoblado, que vn cortesano Cavallero requiebrando à vna donzella en las Ciudades. Todos los Cavalleros tienen sus particulares ejercicios; sirva à las damas el Cortesano, autorice la Corte de su Rey con libreas, sustente los Cavalleros pobres con el esplendido plato de su mesa; concierte justas, mantenga torneos, y muestrese grande, liberal, y magnifico, y buen Christiano sobre todo; y desta manera cumplirà con sus precisas obligaciones. Pero el andante Cavallero busque los rincones del mundo, entrese en los mas intrincados laberintos, acometa à cada passo lo imposible, resista en los para-

mos despoblados los ardientes rayos de el Sol en mitad del Verano, y en el Invierno la dura inclemencia de los vientos, y de los yelos; no lo asombren leones, ni le espanten vestigios, ni atemorizen endriagos, que buscar estos, de acometer aquellos, y vencerles à todos, son sus principales, y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser vno del numero de la andante Cavalleria, no puedo dexar de acometer todo aquello, que à mi pareciere que cae debaxo de la jurisdiccion de mis ejercicios; y assi el acometer à los leones que aora acometi, derechamente me tocava, puesto que conosci ser temeridad exorbitante, porque bien se lo que es valentia, que es vna virtud, que està puesta entre dos estremos viciosos, como son la cobardia, y la temeridad: pero menos mal serà, que el que es valiente, toque, y suba al punto de temerario, que no q̄ baxe, y toque en el punto de cobarde, que assi como es mas facil venir el prodigo à ser liberal, que el avaro, assi es mas facil dâr el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir à la verdadera valentia: y en esto de acometer aventuras, creame vuestra merced, señor Don Diego, que antes se ha de perder por carta de mas, que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen, el tal Cavallero es temerario, y atrevido, que no, el tal Cavallero es timido, y cobarde. Digo señor Don Quixote (respondiò Don Diego) que todo lo que vuestra merced ha dicho, y hecho, và nivelado con el fiel de la misma razon; y que entiendo, que si las ordenanças,

y leyes de la cavalleria andante se perdiesen, se hallariã en el pecho de vuestra merced, como en su mismo deposito, y archivo: y demonos priessa, que se haze tarde, y lleguemos à mi aldea, y casa, donde descansarà vuestra merced de el pasado trabajo, que si no ha sido de el cuerpo, ha sido del espíritu, que fuele tal vez redundar en cansancio de el cuerpo. Tengo el ofrecimiento à gran fevor, y merced, señor Don Diego (respondiò Don Quixote) y picando mas de lo que hasta entonces, serian como las dos de la tarde quando llegaron à la aldea, y à la casa de Don Diego, à quien Don Quixote, llamava el Cavallero del verde gavan.

CAP. XVIII. *De lo que sucediò à Don Quixote en el castillo, ò casa de el Cavallero del verde gavan, con otras cosas extravagantes.*

H Allò Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda, ancha, como de Aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas à la redonda, que por ser de el Toboso le renovaron las memorias de su encantada, y transformada Dulcinea; y suspirando, y sin mirar lo que dezia, ni delante de quien estava, dixò: O dulces prendas, por mi mal halladas, dulces, y alegres, quando Dios queria! O Tobosescas tinajas, que me aveis traydo à la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyòle dezir esto el estudiante Poeta, hijo de Don Diego, que con su madre avia salido

salido à recibirle, y madre, y hijo que-
daron suspensos de ver la estraña fi-
gura de D. Quixote, el qual apeando-
se de Rezinante, fue con mucha cor-
tesia à pedirle las manos para besarle-
las; y Don Diego dixo: Recibid, se-
ñora, con vuestro solito agrado al
señor Don Quixote de la Mancha, que
es el que teneis delante, andante Ca-
vallero, y el mas valiente, y el mas
discreto, que tiene el mundo. La se-
ñora, que Doña Christiana se llamava,
le recibì con muestras de mucho
amor, y de mucha cortesia, y Don
Quixote se le ofreciò con assaz de dis-
cretas, y comedidas razones, casi los
mismos comedimientos passò con el
estudiante, que en oyendole hablar
Don Quixote, le tuvo por discreto,
y agudo. Aqui pinta el Autor todas
las circunstancias de la casa de Don
Diego, pintandonos en ellas lo que
contiene vna casa de vn Cavallero la-
brador, y rico; pero al Traductor
de esta historia le pareciò passar estas,
y otras semejantes menudencias en si-
lencio, porque no venian bien con
el proposito principal de la historia,
en la qual mas tiene su fuerça la ver-
dad, que en las frias digressiones. En-
traron à Don Quixote en vna sala;
desarmòle Sancho, quedò en valo-
nes, y en jubon de camuça, todo vi-
sunto con la mugre de las armas; el
cuello era valona à lo estudiantil, sin
almidòn, y sin randas: los borce-
guies eran datilados, y encerados los
zapatos. Quitòse su buena espada, que
pendia de vn tahali de lobos mari-
nos, que es opinion, que muchos
años fue enfermo de los riñones: cu-

brìdse vn herreruelo de buesi paño
pardo; pero antes de todo, con cinco
calderos, ò seis de agua, que en la can-
tidad de los calderos ay alguna dife-
rencia, se labò la cabeça, y el rostro, y
todavia se quedò el agua de color de
fuero: merced à la golosina de Sancho,
y à la compra de sus negros requeso-
nes, que tan blanco pusieron à su amo.
Con los referidos atavios, y con gentil
donayre, y gallardia saliò Don Quixo-
te à otra sala, donde el estudiante le
estava esperando, para entretenerle en
tanto, que las mesas se ponian, que
por la venida de tan noble huesped,
queria la señora Doña Christiana mos-
trar, que sabìa, y podia regalar à los
que à su casa llegassen. En tanto que
Don Quixote se estuvo desarmando,
tuvo lugar Don Lorenço, que assi se
llamava el hijo de Don Diego, de de-
zir à su padre: Quien dirèmos, señor,
que es este Cavallero, que vuestra mer-
ced nos ha traído à casa? ¿q̃ el nombre,
la figura, y el dezir, que es Cavallero
andante, à mi, y à mi madre nos tiene
suspensos. No sè lo que te diga, hijo,
(respondiò Don Diego) solo te sabrè
dezir, que le he visto hazer cosas del
mayor loco del mundo, y dezir razo-
nes tan discretas, que borran, y desha-
zea sus hechos; hablale tu, y toma el
pulso à lo que sabe, y pues eres discre-
to, juzga de su discrecion, ò tonteria lo
que mas puesto en razò estuviere, aun-
que para dezir verdad, antes le tengo
por loco, q̃ por cuerdo. Con esto se fue
Don Lorenço à entretener à D. Qui-
xote, como queda dicho; y entre otras
platicas, que los dos passaron, dixo D.
Quixote à Don Lorenço: El señor

Don Diégó de Miranda , padre de vuestra merced, me ha dado noticia de la rara hâbilidad, y sutil ingenio que v.m. tiene; y sobre todo, que es v.m. vn gran Poeta. Poeta, bien podrá ser (respondiò Don Lorenço;) pero grande, ni por pensamiento. Verdad es, que yo soy algun tanto aficionado à la poesia, y à leer los buenos Poetas; pero no de manera, que se pueda dâr el nombre de grande, que mi padre dize. No me parece mal esta humildad (respondiò Don Quixote) porque no ay Poeta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor Poeta del mundo. No ay regla sin excepcion (respondiò Don Lorenço) y alguno avrà que lo sea, y no lo piense. Pocos (respondiò Don Quixote;) pero digame vuestra merced, què versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre, que le traen algo inquieto, y pensativo? y si es alguna glosa, à mi se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos, y si es que son de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor, ò la gran calidad de la persona; el segundo se lleva la mera justicia, y el tercero viene à ser segundo, y el primero à esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dàn en las Vniversidades; pero con todo esto, gran personaje es el hombre de primero. Hasta agora (dixo entre sí Don Lorenço) no os podrè yo juzgar por loco: vamos adelante, y dixole: Pareceme que vuestra merced ha cursado las Escuelas, què ciencias ha oïdo? La de la Cavalleria andante (respondiò

Don Quixote) que es tan buena como la de la Poesia, y aun dos deditos mas. No sè que ciencia sea essa (replicò Don Lorenço) que hasta agora no ha llegado à mi noticia. Es vna ciencia (replicò Don Quixote) que encierra en sí todas, ò las mas ciencias del mundo, à causa que el que la professa ha de ser Jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva, y comutativa, para dâr à cada vno lo que es suyo, y lo que le conviene. Ha de ser Theologo, para saber dâr razon de la Christiana ley que professa clara, y distintamente adonde quiera que le fuere pedido. Ha de ser Medico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados, y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el Cavallero andante à cada trinquete buscando quien se las cure. Ha de ser Astrologo, para conocer por las Estrellas quantas horas son passadas de la noche, en què parte, y en què clima del mundo se halla. Ha de saber las Matematicas, porque à cada passo se le ofrecerà tener necesidad de ellas: y dexando à parte que ha de estàr adornado de todas las virtudes Theologales, y Cardinales descendiendo à otras menudencias: digo que ha de saber nadar, como dizen, que nadava el pege Nicolàs, ò Nicolao. Ha de saber herrar vn cavallo, y aderezar la silla, y el freno: y bolviendo à lo de arriba, ha de guardar la Fè à Dios, y à su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos; y final-

mente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes, y mínimas partes se compone vn buen Cavallero andante, porque vea vuestra merced, señor Don Lorenço, si es ciencia mocosa lo que aprende el Cavallero que la estudia, y la professa, y si se puede igualar à las mas estiradas que en los gignafios, y escuelas se enseñan. Si esto es así (replicò Don Lorenço) yo digo, que se aventaja esta ciencia à todas. Como si es así? (respondiò Don Quixote.) Lo que yo quiero dezir (dixò Don Lorenço) es que dudo que aya avido, ni que los aya aora Cavalleros andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas vezes he dicho lo que buelvo à dezir aora (respondiò Don Quixote) que la mayor parte de la gente del mundo està de parecer de que no ha avido Cavalleros andantes, y por parecerme à mi, que si el Cielo milagrosamente no les dà à entender la verdad de que los huvo, y de que los ay, qualquier trabajo que se tome ha de ser en vano (como muchas vezes me lo ha mostrado la experiencia) no quiero detenerme agora en sacar à vuestra merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hazer es, el rogar al Cielo le saque del, y le dè à entender quan provechosos, y quan necessarios fueron al mundo los Cavalleros andantes en los passados siglos, y quan vtiles fueran en el presente, si se vsaran; pero triunfan aora por pecados de las gentes la percaza, la ociosidad, la gula, y el regalo. Escapados enosha nuestro huesped (dixò à esta fazon entre si Don Lorenço;) pero con

todo esto èl es loco bizarro, y yo feriamentecato floxo, si así no lo creyese. Aquí dieron fin à su platica, porque los llamaron à comer. Preguntò Don Diego à su hijo, que avia sacado en limpio del ingenio del huesped? A lo que èl respondiò: No le sacarán del borrador de su locura quantos Medicos, y buenos Escrivanos tiene el mundo; èl es vn entreverado loco, lleno de luzidos intervalos. Fueronse à comer, y la comida fue tal, como Don Diego avia dicho en el camino, que la solia dàr à sus combidados, limpia, abundante, y sabrosa; pero de lo que mas se contentò Don Quixote, fue del maravilloso silencio que en toda la casa avia, que semejava vn Monasterio de Cartuxos. Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias à Dios, y agua à las manos, Don Quixote pidiò ahincadamente à Don Lorenço dixesse los versos de la justa literaria. A lo que èl respondiò, que por no parecer de aquellos Poetas, que quando les ruegan digan sus versos, y los niegan, y quando no se los piden los vomitan: yo dirè ni glosa, de la qual no espero premio alguno, que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Vn amigo, y discreto (respondiò Don Quixote) era de parecer, que no se avia de cansar nadie en glosar versos; y la raçon, dezia èl, era, que jamás la glosa podia llegar al texto, y que muchas, ò las mas vezes iba la glosa fuera de la intencion, y proposito de lo que pedia lo que se glosava, y mas que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni dixo, ni dirè, ni hazer nombres de verbos, ni mudar

el sentido, con otras ataduras, y estrechezas con que và atados los que glossan, como v.m. debe de saber. Verdaderamente, señor Don Quixote (dixo Don Lorenço) que deleo coger à vuestra merced en vn mal latin continuado, y no puedo; porque se me desliza de entre las maas como anguila. No entiendo (respondiò Don Quixote) lo que vuestra merced dize, ni quiere dezir en esso del deslizarme. Yo me darè à entender (respondiò Don Lorenço) y por aora estè vuestra merced atento à los versos glossados, y à la glossa, que dizen de esta manera,

Si mi fue tornasse à es,
Sin esperar mas serà,
O viniessè el tiempo yà
De lo que serà despues.

G L O S S A.

AL fin como todo passa,
se passò el bien que me diò
fortuna vn tiempo escasa,
y nunca me la bolviò,
ni abundante, ni por tassa.
Siglos ha yà que me ves,
fortuna, puesto à tus pies,
buelvenae à ser venturoto,
que serà mi ser dichoto,
Si mi fue tornasse à es.

No quiero otro gusto, ò gloria,
otra palma, ò vencimiento,
otro triunfo, otra vitoria,
fino bolver al contento,
que es pensar en mi memoria.
Si tu me buelues allà,
fortuna, templado està

todo el rigor de mi fuego;
y mas si este bien es luego,
Sin esperar mas serà.

Cosas impossibles pido;
pues bolver el tiempo à ser,
despues que vna vez ha sido
ni ay en la tierra poder,
que à tanto se aya estendido:
Corre el tiempo, buela, y và
ligero, y no bolverà;
y erraria el que pidieffe,
ò que el tiempo yà se fuesse;
O viniessè el tiempo yà.

Vivir en perplexa vida,
yà esperando, y à temiendo;
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.
A mi me fuera interès
acabar; mas no lo es,
pues con discurso mejor
me dà la vida el temor
De lo que serà despues.

En acabando de dezir su glossa Don Lorenço, se levantò en pie Don Quixote, y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de Don Lorenço, dixo: Viven los Cielos, donde mas altos estàn, mancebo generoso, que sois el mejor Poeta del Orbe, y que mereceis estàr laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo vn Poeta, que Dios perdone, sino por las Academias de Atenas, si oy vieran, y por las que oy viven de Paris, Bolonia, y Salamanca: plegue al Cielo, que los Juezes que os quitaren el premio primero, Febo los aslectee, y
las

las Musas jamás atravicsien los ymbrales de sus casas. Dezidme, señor, si fois fervido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso à vuestro admirable ingenio. No es bueno que dizen, que se helgò Don Lorenço de verte alabado de Don Quixote, aunque le tenia por loco? O

fuerça de la adulacion! à quanto te es-tiendes, y quan dilatados limites son los de tu jurisdicción agradable! Esta verdad acreditò Don Lorenço, pues concediò con la demanda, y deseo de Don Quixote, diziendole este Sone-to à la fabula, ò historia de Piramo, y Tisbe.

S O N E T O.

EL muro rompe la donzella hermosa,
 Que de Piramo abrió el gallardo pecho,
 Parte el amor de Chipre, y va derecho
 A ver la quiebra estrecha, y prodigiosa.
 Habla el silencio allí, porque no ossa
 La voz entrar por tan estrecho trecho,
 Las almas sí, que amor fuele de hecho
 Facilitarla mas dificultosa.
 Saliò el deseo de compàs, y el passo
 De la imprudente virgen, solícita
 Por su gusto su muerte, ved que historia,
 Que à entrambos en vn punto (ò extraño caso!)
 Los mata, los encubre, y refucita,
 Una espada, va sepulcro, vna memoria.

Bendito sea Dios (dixo Don Quixote, aviendo oido el Soneto à Don Lorenço) que entre los infinitos Poetas consumidos que ay, he visto vn consumado Poeta, como lo es vuestra merced, señor mio, que assi me lo dá à entender el artificio de este Soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote regaladissimo en la casa de Don Diego, al cabo de los quales le pidió licencia para irse, diziendole, que le agradecia la merced, y buen tratamiento, que en su casa avia recibido; pero que por no parecer bien, que los Cavalleros andantes se den muchas horas al ozio, y

al regalo, se queria ir à cumplir con su officio, buscando las aventuras de quie-tenia noticia, que aquella tierra abundava, donde esperaba entretener el tiempo, hasta que llegasse el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota, y que primero avia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas, y tan admirables cosas en aquellos contornos se contavan, sabièdo, è inquiriendo assimismo el nacimiento, y verdaderos manantiales de las siete lagunas, llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego, y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y

le dixeron, que tomasse de su casa, y de su hacienda todo lo que en grado le viniesse, de que servirian con la voluntad possible, que à ello les obligava el valor de su persona, y la honrosa profesion suya. Llegòse, enfin, el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote, como triste, y aziago para Sancho Pança, que se hallava muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusava de bolver à la hambre, que se vsa en las florestas, despoblados, y à la estrechez de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenò, y colmò de lo mas necessario, que le pareciò. Y al despedirse, dixo Don Quixote à Don Lorenço: No sè si he dicho à vuestra merced otra vez, y si lo he dicho, lo buelvo à dezir, q̄ quando vuestra merced quisiere ahorrar caminos, y trabajos para llegar a la inaccesible cumbre de el templo de la fama, no riene que hazer otra cosa, sino dexar à vna parte la tenda de la poesia algo estrecha, y tomar la estrechissima de la andante Cavalleria, bastante para hazerle Emperador en daca las pajas. Con estas razones acabò Don Quixote de cerrar el processo de su locura, y mas con las que añadió, dicièndo: Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor Don Lorenço, para enseñarle como se han de perdonar los sugetos, y supeditar, y acozear los sobervios; virtudes anexas à la profesion que yo professo; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querran consentir sus loables exercicios, solo me contento con advertirle à vuestra merced, que siendo Poeta podrá ser famoso, si se guia mas por el parecer

ageno, que por el proprio, porque no ay padre, ni madre à quien sus hijos le parezcan feos: y en los que lo son del entendimiento, corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre, y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, yà discretas, y yà disparatadas, y del tema, y teson que llevaba de acudir de todo en todo à la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin, y blanco de sus deseos; reiteraronse los ofrecimientos, y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del Castillo, Don Quixote, y Sancho sobre Rozinante, y el ruzio se partieron.

CAP. XIX. *Donde se cuenta la aventura de el Pastor enamorado, con otros, en verdad graciosos sucesos.*

Poco trecho se avia alongado Don Quixote del Lugar de Don Diego, quando encontrò con dos como Clerigos, ò como Estudiantes, y con dos labradores, que sobre quatro bestias asnales venian cavalleros; el vno de los estudiantes traia como en portamanteo en vn lienço de bocaci verde, embuelto, al parecer, en vn poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellate: el otro no traia otra cosa, que dos espadas negras de esgrima, nuevas, y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas, que davan indicio, y señal, que venian de alguna Villa grande, donde las avian comprado, y las llevavan à su Aldea: y asì estudiantes, como labradores cayeron en la misma admiracion en que caian

todos aquellos, que la vez primera veían à Don Quixote, y morian por saber què hombre fuesse aquel tan fuera del vfo de los otros hombres. Saludòles Don Quixote, y despues de sober el camino que llevavan, que era el mismo que èl hazia, les ofreciò su compañía, y les pidiò detuviesen el passo, porque caminavan mas sus pollinas, que su cavallo; y para obligarlos, en breves razones les dixo quien era, y su oficio, y profefsion, que era de Cavallero andante, que iba à buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dixoles, que se llamava de nombre proprio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo, el Cavallero de los Leones. Todo esto para los labradores era hablarles en Griego, ò en gerigonça; pero no para los estudiantès, que luego entendieron la flaquexa del cerebro de Don Quixote; pero con todo esto le miravan con admiracion, y con respecto; y vno dellos le dixo: Si vuestra merced, señor Cavallero, no lleva camino determinado, como no lo suelen llevar los que buscan las aventuras, vuestra merced se venga con nosotros, verà vna de las mejores bodas, y mas ricas, que hasta el dia de oy se avrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas à la redonda. Preguntòle Don Quixote, si eran de algun Principe, que asì las ponderava? No son, (respondiò el estudiante) si no de vn labrador, y vna labradora: èl el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa, que han visto los hombres. El aparato con que se han de hazer, es extraordinario, y nuevo; porque se han de celebrar

en vn prado, que està junto al pueblo de la novia, à quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa; y el desposado se llama Camacho el rico: ella de edad de diez y ocho años, y èl de veinte y dos, ambos para en vno, aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linages de todo el mundo, quieren dezir, que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero yà no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. Encfeto, el tal Camacho es liberal, y hasele antojado de enramar, y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que el Sol se ha de ver en trabajo, si quiere entrar à visitar las yervas verdes, de que està cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas danças, asì de espadas, como de cabel menudo, que ay en su pueblo quien los repique, y sacuda por estremo: de zapateadores no digo nada, que es vn juyzio los que tiene muni-dos. Pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas, que he dexado de referir, ha de hazer mas memorables estas bodas, sino las que imagino, que harà en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio vn Zagal vezino de el mismo Lugar de Quiteria, el qual tenia su casa pared y medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomò ocasion el amor de renovar al mundo los yà olvidados amores de Piramo, y Tifbe, porque Basiliò se enamorò de Quiteria desde sus tiernos, y primeros años, y ella fue correspondiendo à su deseo con nil honestos favores, tanto, que se contavan por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos

niños, Basilio, y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordò el padre de Quiteria de estorvar à Basilio la ordinaria entrada, que en su casa tenia; y por quitarse de andar rezeloso, y lleno de sospechas, ordenò de casar à su hija con el rico Camacho, no pareciendole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna, como de naturaleza; pues si va à dezir las verdades, sin envidia, èl es el mas agil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador estremado, y gran jugador de pelota; corre como vn gamo, salta mas que vna cabra, y biria à los bolos como por encantamento; canta como vna calandria, y toca vna guitarra, que la haze hablar; y sobre todo, juega vna espada como el mas pintado. Por esta sola gracia (dixo à esta sazón Don Quixote) merecia esse mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma Reyna Ginebra, si fuera oy viva, à pesar de Lancesarote, y de todos aquellos, que estorvarlo quisieran. A mi muger con esso, dixo Sancho Pança (que hasta entonces avia ido callando, y escuchando) la qual no quiere, sino que cada vno case con su igual, ateniendose al refràn que dicen: Cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es, que esse buen Basilio (que yà me le voy aficionando) se casara con essa señora Quiteria, que buen siglo ay an, y buen poto (iba à dezirle al rebès) los que estorvan que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se huviesen de casar (dixo Don Quixote) quitariase la eleccion, y jurisdiccion à los padres de casar sus hijos, con quien, y quando

deben: y si à la voluntad de las hijas quedasse escoger los maridos, tal avria que escogiesse al criado de su padre, y tal, al que viò passar por la calle, à su parecer bizarro, y entonado, aunque fuesse vn desbaratado espadachin, que el amor, y la aficion, con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado: y el del matrimonio està muy à peligro de errarse, y es menester gran tiento, y particular favor de el Cielo para acertarle. Quiere hazer vno vn viage largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino, busca alguna compañía segura, y apacible con quien acompañarse. Pues porquè no harà lo mismo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte? Y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propria muger, no es mercaderia, que vna vez comprada, se buelve, ò se trueca, ò cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida. Es vn lazo, que si vna vez le echais al cuello, se buelve el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no ay desatarle. Muchas mas cosas pudiera dezir en esta materia, sino lo estorvára el deseo que tengo de saber, si le queda mas que dezir al señor Licenciado, acerca de la Historia de Basilio. A lo que respondiò el Estudiante, Bachiller, ò Licenciado, como le llamò Don Quixote, que de todo no me queda mas que dezir, sino que desde el punto que Basilio supo, que la hermosa Quiteria se casava con Camacho el rico, nunca mas le han visto reir, ni ha-

blar razon concertada , y siempre anda pensativo , y triste , hablando entre si mismo , con que dà ciertas , y claras señales de que se le ha buuelto el juyzio: come poco , y duerme poco , y lo que come son frutas , y en lo que duerme , si duerme , es en el campo sobre la dura tierra , como animal bruto. Mira de quando en quando al Cielo , y otras vezes clava los ojos en la tierra , con tal embelesamiento , que no parece si no estatua vestida , que el ayre le mueve la ropa. En fin , èl dà tales muestras de tener apasionado el coraçon , que tememos todos los que le conocemos , que el dàr el si mañana la hermosa Quiteria , ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor (dixo Sancho) que Dios que dà la llaga , dà la medicina; nadie sabe lo q̄ està por venir , de aqui à mañana muchas horas ay , y en vna , y aun en vn momento , se cae la casa: y yo he visto llover , y hazer Sol , todo à vn mismo punto; tal se acuesta sano por lo noche , y no se puede mover à otro dia. Y diganme , por ventura avrà quien se alabe que tiene echado vn clavo à la rodaja de la fortuna ? No por cierto , y entre el si , y el no de la muger , no me atreviera yo à poner vna punta de vn alfiler , porque no cabria : denme à mi que Quiteria quiera de buen coraçon , y de buena voluntad à Basilio , que yo le darè à el vn saco de buena ventura , que el amor (segun yo he oido dezir) mira con vnos antojos que hazen parecer oro al cobre , à la pobreza riqueza , y à las legañas perlas. A donde vas à parar Sancho ? que deseas maldito (dixo Don Quixote) que quando comienças à ensartar refranes , y cuen-

tos , no te puede esperar sino el mismo Judas que te lleve ? Dime animal , que sabes tu de clavos , ni de rodajas , ni de otra cosa ninguna ? O , pues , si no me entienden (respondiò Sancho) no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa , yo me entiendo , y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho , sino que vuestra merced , señor mio , siempre es friscal de mis dichos , y aun de mis hechos. Fiscal has de dezir (dixo Don Quixote) que no friscal , prevaricador de el buen language , que Dios te confunda. No se apunte vuestra merced conmigo (respondiò Sancho ,) pues sabe que no me he criado en la Corte , ni he estudiado en Salamanca , para saber si añado , ò quito alguna letra à mis vocablos. Si que valgame Dios , no ay para que obligar al Sayagues à que hable como el Toledano ; y Toledanos puede aver , que no las corten en el ayre en esto de el hablar polido. Así es (dixo el Licenciado ;) porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las tenerias , y en Zocodober , como los que se pasan casi todo el dia por el Claustro de la Iglesia Mayor , y todos son Toledanos. El language puro , el propio , el elegante , y claro , està en los discretos cortesanos , aunque ayan nacido en Majalahonda ; dixè discretos , porque ay muchos que no lo son , y la discrecion es la Gramatica del buen language , que se acompaña con el uso. Yo , señores , por mis pecados he estudiado Canones en Salamanca , y pico-me algun tanto de dezir mi razon con palabras claras , llanas , y significan-

tes. Si no os picaredes mas de saber mas menear las negras que llevais, que la lengua (dixo el otro estudiante) vos llevaredes el primero en licencias como llevastes eola. Mirad, Bachiller, (respondiò el Licenciado) vos estais en la mas errada opinion del mundo, acerca de la destreza de la espada, teniendola por vana. Para mi no es opinion, sino verdad assentada (replicò Corchuelo;) y si quereis que os lo muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad ay, yo pulsos, y fuerças tengo, que acompañadas de mi animo, que no es poco, os harán confesar, que yo no me engaño. Apeaos, y vlad de vuestro compas de pies, de vuestros círculos, y vuestros angulos, y ciencias, que yo espero de hazeros ver estrellas à medio dia con mi destreza moderna, y zafia, en quien espero despues de Dios, que esta por nacer hombre que me haga bolver las espaldas, y que no le ay en el mundo à quien yo no le haga perder tierra. En esto de bolver, ò no las espaldas, no me meto (replicò el diestro,) aunque podia ser que en la parte donde la vez primera clavassedes el pie, alli os abriessen la sepultura; quiero dezir, que alli quedassedes muerto por la despreciada destreza. Aora se verá (respondiò Corchuelo) y apeandole con gran prelteza de su jumento, tirò con furia de vna de las espadas que llevaba el Licenciado en el fuyo. No ha de ser asì (dixo à este indante Don Quixote) que yo quiero ser el Maestro de esta esgrima, y el Juez de esta muchas vezes no averiguada question; y apeandose de Rozinante, y aliendo de su lança, se puso en la mitad

del camino, à tiempo que yà el Licenciado, con gentil donayre de cuerpo, y compàs de pies se iba contra Corchuelo, que contra el se vino lançado (como dezir se suele) fuego por los ojos: Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de aspetadores en la mortal tragedia; las cuchilladas, estocadas, altribaxos, rebefes, y mandobles que tirava Corchuelo, eran sin numero, mas espesas que higado, y mas menudas que granizo, arremetia como vn leon irritado; pero saliale al encuentro vn tapaboca de la zapatilla de la espada del Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hazia besar, como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deben, y suelen besar. Finalmente, el Licenciado le contò à estocadas todos los botones de vna media foranilla que traia vestida, haziendole tirar los faldamentos, como colas de pulpo; derribò el sombrero dos vezes, y cansòle de manera, que de despecho, colera, y rabia asìò la espada por la empuñadura, y arrojòla por el ayre con tanta fuerça, que vno de los labradores asisfentes, que era Escrivano, que fuè por ella, diò despues por testimonio, que la alongò de si casi tres quartos de legua; el qual testimonio sirve, y ha servido para que se conozca, y vea con toda verdad, como la fuerça es vencida del arte. Sentòse cansado Corchuelo, y llegando à el Sancho, le dixo: Mia se, señor Bachiller, si vuestra merced toma mi consejo, de aqui adelante no ha de desafiar à nadie à esgrimir, sino à luchar, ò à tirar la barra, pues tiene

edad,

edad, y fuerças para ello, que de estos, á quien llaman diestros, he oido dezir, que meten la punta de vna espada por el ojo de vna aguja. Yo me contento, (respondiò Corchuelo) de aver caido de mi burra, y de que me aya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lexos estava; y levantandose, abraçò al Licenciado, y quedaron mas amigos que de antes; y no queriendo esperar al Escriuao, que avia ido por la espada, por parecerle que tardaria mucho: y assi determinaron seguir, por llegar temprano á la Aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltava del camino les fue contando el Licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demonstrativas, y con tantas figuras, y demonstraciones Matematicas, q̄ todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido; pero antes que llegassen, les pareció á todos, que estava delante del Pueblo vn Cielo, lleno de innumerables, y resplandecientes estrellas. Oyeron assimismo confusos, y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albugues, panderos, y sonajas; y quando llegaron cerca, vieron, que los arboles de vna enramada, que á mano avian puesto á la entrada del Pueblo, estavan todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entonces no soplava, sino tan manso, que no tenia fuerça para mover las hojas de los arboles. Los musicos eran los regozijadores de la boda, que en diversas quadrillas, por aquel agradable sitio andavan,

Part. II,

vnos baylando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. Eneeto, no parecia sino que por todo aquel prado andava corriendo la alegría, y saltando el contento: otros muchos andavan ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones, y danças que se avian de hazer en aquel lugar dedicado para solemnizar las bodas de el rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron, assi el Labrador, como el Bachiller; pero èl diò por disculpa, bastantissima, á su parecer, ser costumbre de los Cavalleros Andantes dormir por los campos, y florestas, antes que en los poblados, aunque fuesse debaxo de dorados techos; y con esto se desviò vn poco de el camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniendosele á la memoria el buen alojamiento que avia tenido en el Castillo, ò Casa de Don Diego.

CAP. XX. *Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.*

A Penas la blanca Aurora avia dado lugar á que el luziente Febo con el ardor de sus calientes rayos las liquidas perlas de sus cabellos de oro enjugasse, quando Don Quixote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie, y llamó á su escudero Sancho, que aun todavia roncava, lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertasse, le dixo: O tu

G

bien-

bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener embidia, ni ser embidiado, duermes con sossegado espíritu! Ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos. Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hazer para comer otro dia tu, y tu pequeña, y angustiada familia, ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana de el mundo te fatiga, pues los limites de tus deseos no se estíenden à mas, que à pensar en tu jumento, que el de tu persona, sobre mis ombros le tienes puesto; contrapeso, y carga, que puso la naturaleza, y la coltumbre a los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar, y hazer mercedes. La congoja de ver, que el Cielo se haze de bronce, sin acudir à la tierra con el conveniente rozio, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad, y hambre, al que sirvió en la fertilidad, y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia, ni despertara tan presto, si Don Quixote con el cuento de la dança no le hiziera bolver en sí. Despertó, en fin, soñoliento, y perezoso, y bolviendo el rostro à todas partes, dixo: De la parte de esta earamada (sino me engaño) sale vn rufio, y olor, harto mas de torreznos asados, que de juncos, y tomillos, bodas, que por tales olores comiençan, para mi santiguada, que deben de ser abundantes, y generosos. Acaba, glo-

tón (dixo Don Quixote) ven, irèmos à ver estos desposorios, por ver lo que haze el desdenado Basilio. Mas que haga lo que quisiere (respondió Sancho) no fuera el pobre, y casarase con Quiteria: no ay mas sino no tener vn quarto, y querer casarse por las nubes? A la fee, señor, yo soy de parecer, que el pobre debe contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostarè vn brazo, que puede Camacho embolver en reales à Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en deshechar las galas, y las joyas, que le debe de aver dado, y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra, y el jugar de la negra de Basilio: sobre vn buen tiro de barra, ò sobre vna gētil treta de espada, no dān vn quartillo de vino en la taberna; habilidades, y gracias, que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlos; pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida, como ellas parecen: sobre vn buen cimiento se puede levantar vn buen edificio; y el mejor cimiento, y çanja del mundo, es el dinero. Por quien Dios es, Sancho (dixo à esta sazon Don Quixote) que concluyas con tu arenga, que tengo para mi, que si te dexasse seguir en las que à cada passo comienças, no te quedara tiempo para comer, ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. Si vuestra merced tuviera buena memoria (replicó Sancho) debierase acordar de los Capítulos de nuestro concierto, antes que esta vltima vez fallièsemos de casa; vno de ellos fue, que me avia de dexar hablar todo aquello que

que quisiese, con que no fuese contra el proximo, ni contra la autoridad de vuestra merced, y hasta aora me parece que no he contravenido contra el tal capitulo. Yo no me acuerdo, Sancho, (respondió Don Quixote) del tal capitulo; y puesto que tea assi, quiero que calles, y vengas, que ya los instrumetos que à noche oímos, buelven à alegrar los valles, sin duda los desposorios se celebrarán en el fresco de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandava, y poniendo la silla à Rozinante, y la albarda al ruzio, subieron los dos, y passo entre passo se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció à la vista de Sancho, fue espetado en vn assador de vn lomo entero, vn entero novillo, y en el fuego donde se avia de assar ardia vn medio monte de leña, y seis hollas, que al rededor de la hoguera estevan, no se avian hecho en la comun turquesa de las demás hollas, porque eran seis medias tinajas, que cada vna cabia vn rastro de carne: assi embebian, y encerravan en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estavan colgadas por los arboles, para sepultarlas en las hollas, no tenian numero; los pajaros, y caça de diversos generos, eran infinitos, colgados de los arboles, para que el ayre los enfriasse. Contò Sancho mas de sesenta zaques de mas de dos arrobas cada vno, y todos llenos (segun despues pareció) de generosos vinos; assi avia rimeros de pan blanquissimo, como los suele aver de montones de trigo en las he-

Part. II.

ras; los quefos puestos como ladrillos y entejados formavan vna muralla, y dos calderas de azeyte, mayores que las de vn tinte, servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacavan fritas, y las zabullian en otra caldera de preparada miel, que alli junto estava. Los cocineros, y cocineras passavan de cinquenta, todos limpios, todos diligentes, todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estava doze tiernos, y pequeños lechones; que cosidos por encima, servia de darles sabor, y enternecerle; las especias de diversas suertes, no parecia averlas comprado por libras, sino por arrobas; todas estava de manifesto en vna grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rustico; pero tan abundante, que podia sustentar à vn exercito. Todo lo mirava Sancho Pança, y todo lo contemplava, y de todo se aficionava; primero le cautivaron, y rindieron el deseo las hollas, de quien el tomària de bonissima gana vn mediano puchero: luego le aficionaron la voluntad los zaques, y vltimamente las frutas de farten, si es que se podian llamar fartenes las tan horrendas calderas; y assi sin poderlo sufrir, ni ser en su mano otra cosa, se llegó à vno de los sollicitos cocineros, y con corteses, y hábrientas razones le rogò le dexasse mojar vn mendrugo de pan en vna de aquellas hollas. A lo que el cocinero respondió: Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre (merced al rico Camacho) apeaos, y mitad si ay por à vn cucharon, espumad vna gallina, à dos, y buen provecho os

G 2

ha.

SEGUNDA PARTE DE DON

hagan. No veo ninguno, (respondió Sancho.) Esperad, dixo el cocinero, peccador de mi, y que melindroso, y para poco deveis de ser; y diziendo esto, asió de vn caldero, y encaxandole en vna de las medias tinajas, sacò en èl tres gallinas, y dos gansos, y dixo à Sancho: Comed, amigo, y defayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora de yantar. No tengo en que echarla (respondió Sancho.) Pues llevaos, dixo el cocinero, la cuchara, y todo, que la riqueza, y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto, pues, que esto passava à Sancho, estava Don Quixote mirando, como por vna parte de la enramada entravan hasta doze labradores sobre doze hermosissimas yeguas, con ricos, y vistosos jaezes de campo, y con muchos cascabeles en los pretales, y todos vestidos de regozijo, y fiestas; los quales en concertado tropel corrieron, no vna, si no muchas carreras por el prado con regozijada algazara, y grita, diciendo: Vivan Camacho, y Quiteria, èl tan rico, como ella hermosa, y ella la mas hermosa de el mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sí: Bien parece que estos no han visto à mi Dulcinea de el Toboso, que si la huvieran visto, ellos se fueran à la mano en las alabanzas de esta su Quiteria. De allí à poco començaron à entrar por diversas partes de la enramada muchas, y diferentes danças, entre las quales venia vna de espadas de hasta veinte y quatro zagales de gallardo parecer, y brio, todos vestidos de delgado, y blanquissimo lienço, con sus paños de tocar, labrados de

varias colores de fina seda: y al que los guiava, que era vn ligero mancebo, preguntò vno de los de las yeguas, si se avia herido alguno de los dançantes. Por aora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos, y luego començò à enredarse con los demàs compañeros, con tantas bueltas, y con tanta destreza, que aunque Don Quixote estava hecho à ver semejantes danças, ninguna le avia parecido tan bien como aquella. También le pareció bien otra que entrò de donzellas hermosissimas, tan moças, que al parecer ninguna baxava de catorze, ni llegava à diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos, parte trençados, y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del Sol podian tener competencia, sobre los quales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto, y madre selva, compuestas: guiavalas vn venerable viejo, y vna anciana matrona; pero mas ligeros, y sueltos, que sus años prometian. Haziales el tòn vna gayta Zamorana, y ellas llevando en los rostros, y en los ojos à la misma honestidad, y en los pies à la ligereza, se mostravan las mejores bayladoras del mundo. Tras esto entrò otra dança de artificio, y de las que llaman habladas: era de ocho Ninfas, repartidas en dos hileras, de la vna hilera era guia el Dios Cupido, y de la otra el Interès; aquel adornado de alas, arco, aljava, y saetas; este vestido de ricas, y diversas colores de oro, y seda. Las Ninfas que al Amor seguian, traian à las espaldas en pergamino blanco, y letras grandes escritos sus nombres. Poesia era el titulo de

la primera; el de la segunda, Discrecion; el de la tercera, Buen linage; el de la quarta, Valentia. Del modo mesmo venian señaladas las que al Interès seguian: dezia Liberalidad el titulo de la primera; Dadiva el de la segunda; Teforo el de la Tercera; y el de la quarta Possession pacífica. Delante de todos venia vn Castillo de madera, à quien tiravan quatro salvages, todos vestidos de yedra, y de cañamo, teñido de verde, tan al natural, que por

poco espantàran à Sancho. En la frontera del Castillo, y en todas quatro partes de sus quadros, traia escrito: Castillo de buen recato. Hazianles el son quatro diestros tañedores de tamboril, y flauta. Començava la dança del Cupido; y aviendo hecho dos mudanças, alçava los ojos, y flechava el arco contra vna doncella, que se ponía entre las almenas del Castillo, à la qual de esta suerte dixo:

*Yo soy el Dios poderoso
En el ayre, y en la tierra,
Y en el ancho mar vndoso,
Y en quanto el abismo encierra
En su baratro espantoso.*

*Nunca conosci que es miedo,
Todo quanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible,
Y en todo lo que es posible
Mando, quito, pongo, y vedo.*

Acabò la copla, disparò vna flecha por lo alto de el Castillo, y retiròse à su puesto. Saliò luego el Interès, y hizo otras dos mudanças, callaron los tamborinos, y èl dixo:

*Soy quien puede mas que Amor,
Y es Amor el que me guia,
Soy de la estirpe mejor,
Que el Cielo en la tierra cria
Mas conocida, y mayor.*

*Soy el Interès en quien
Pocos suelen obrar bien,
Y obrar sin mi, es gran milagro,
Y qual soy te me consagro,
Por siempre jamás, Amen.*

Retiròse el Interès, y hizose adelante la Poesia, la qual despues de aver hecho sus mudanças, como los demàs, puestos los ojos en la donzella de el Castillo, dixo:

*En dulcissimos contentos
La dulcissima Poesia,
Altos, graves, y discretos,
Señora, el alma te embia
Embuelta entre mil sonetos.*

*Si acaso no te importuna
Mi porfia, tu fortuna,
De otras muchas embidiadas,
Serà por mi levantada
Sobre el cerco de la Luna.*

Desviòse la Poesia, y de la parte del Interès saliò la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanças, dixo:

*Llaman liberalidad
Al dár, que elestreño huye
De la prodigalidad,
Y del contrario que arguye,
Tibia, y floxa voluntad.*

De este modo salieron, y se retiraron todas las figuras de las dos esquadras, y cada vna hizo dos mudanças, y dixo sus versos, algunos elegantes, y algunos ridiculos; y solo tomó de memoria Don Quixote (que la tenia grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haziendo, y deshaziendo lazos con gentil donayre, y dessemboltura; y quando passava el Amor por delante del Castillo, disparava por alto sus flechas; pero el Interès quebrava en el alcancías doradas. Finalmente, despues de aver baylado vn bué espacio, el Interès sacó vn bolsón, que le formava vn pellejo de vn gran gato Romano, que parecía estar lleno de dineros; y arrojandole al Castillo, con el golpe, se desencaxaron las tablas, y se cayeron, dexando a la doncella descubierta, y sin defensa alguna: llegó el Interès con las figuras de su valia, y echandola vna gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla, y cautivarla; lo qual visto por el Amor, y sus valedores, hizieron además de quitarsela; y todas las demonstraciones que hazian, eran al son de los tamborinos, baylando, y dançando concertadamente. Pusieronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza bolvieron à armar, y à encaxar las tablas del Castillo, y la doncella se encerrò en el co-

*Mas yo por te engrandecer,
De oy mas prodigo he de ser,
Que aunque es vicio, es vicio honrado,
Y de pecho enamorado,
Que en el dár se echa de ver.*

mo de nuevo, y con esso se acabò la dança, con gran contento de los que la miravan. Preguntò Don Quixote à vna de las Ninfas, que quien la avia compuesto, y ordenado? Respondiòle, que vn Beneficiado de aquel Pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostarè (dixo Don Quixote) que debe de ser mas amigo de Camacho, que de Basilio el tal Bachiller, ò Beneficiado, y que debe de tener mas de satirico, que de visperas, bien ha encaxado en la dança las habilidades de Basilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Pança, que lo escuchava, dixo: El Rey es mi gallo, à Camacho me atengo. En fin, (dixo Don Quixote) bien se parece Sancho, que eres villano, y de aquellos que dicen: Viva quien vence. No sè de los que soy (respondiò Sancho); pero bien sè, que nunca de hollas de Basilio facarè yo tan elegante espuma, como es esta que he sacado de las de Camacho; y enseñòle el caldero lleno de ganfos, y de gallinas; y asiendo de vna, començò à comer con mucho donayre, y dixo: A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales, quanto tienes, y tanto tienes, quanto vales. Dos linages solos ay en el mundo, como dezia vna aguelamia, que son, el tener, y el no tener, aunque ella al del tener se atenia, y el

el día de oy, mi señor Don Quixote, antes se toma el pulso al aver, que al saber: vn asno cubierto de oro, parece mejor, que vn cavallo enalbardado. Así que buelvo à dezir, que à Camacho me atengo, de cuyas hollas son abundantes espumas, ganfos, y gallinas, liebres, y conejos; y de las de Basilio seràn, si viene à mano, y aunque no venga sino al piè, aguachiric. Has acabado tu arenga, Sancho? (dixo Don Quixote.) Avrela acabado (respondiò Sancho) porque veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra avia cortada para tres días. Plegue à Dios, Sancho, (replicò Don Quixote) que yo te vea mudo antes que me muera. Al passo que llevamos (respondiò Sancho) antes que vuestra merced se muera estarè yo mascando barro, y entonces podrá ser, que estè tan mudo, que no hable palabra, hasta la fin del mundo, ò por lo menos hasta el día del juicio. Aunque esto así suceda, ò Sancho, (respondiò Don Quixote) nunca llegará tu silencio à do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida, y mas, que està muy puesto en razon natural, que primero llegue el día de mi muerte, que el de la tuya; y así jamás pienso verte mudo, ni aun quando estès bebiendo, ò durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fee, señor, (respondiò Sancho) que no ay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la qual tambien come cordero, como carnero; y à nuestro Cura he oido dezir, que con igual pie pisava las altas torres de los Reyes, como las hu-

mildes choças de los pobres. Tiene esta señora mas de poder, que de melindre, no es nada asquerosa, de todo come, y à todo haze, y de toda suerte de gentes, edales; y preheminiencias hinche sus alforjas: no es segador que duerme las siestas, que à todas horas siega, y corta, así la seca, como la verde yerva, y no parece que masca, sino que engulle, y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta, y aunque no tiene barriga, dà à entender, que està hidropica, y sedienta de beber solas las vidas de quantos viven, como quien se bebe vn jarro de agua. No mas, Sancho, (dixo à este punto Don Quixote) tente en buenas, y no te dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rusticos terminos, es lo que pudiera dezir vn buen Predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural, y discrecion, pudieras tomar vn pulpito en la mano, y irte por esse mundo predicando lindizas. Bien predica quien bien vive (respondiò Sancho) y yo no sè otras Theologias. Ni las he menester (dixo Don Quixote;) pero yo no acabo de entender, ni alcançar, como siendo principio de la sabiduria el temor de Dios, tu, que temes mas à vn ligarto, que à èl, sabes tanto? Juzgue vuestra merced, señor, de sus Cavallerias (respondiò Sancho) y no se meta en juzgar de los temores, ò valentias agenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino, y dexame vuestra merced despa- vilar esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos

han de pedir cuenta en la otra vida. Y diziendo esto, començò de nuevo à dár assalto à su caldero, con tan buenos alientos, que despertò los de Don Quixote; y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerça se siga adelante.

CAP. XXI. *Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.*

Quando estavan Don Quixote, y Sancho en las razones referidas en el Capitulo antecedente, se oyeron grandes voces, y gran ruido, y davanlas, y causavanle los de las ye-guas, que con larga carrera, y grita iban à recibir à los nobios, que rodeados de mil generos de instrumentos, y de invenciones venian acompañados de el Cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas luzida de los Lugares circunvezinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho viò à la nobia, dixo: A buena fee, que no viene vestida de labradora, si no de garrida palaciega. Pardiez, que segun diviso, que las patenas que avia de traer, son ricos corales; y la pal-milla verde de cuenca, es terciopelo de treinta pelos: y montas que la guarnicion es de tiras de lienço blanca, voto à mi, que es de rafo; pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azavache, no medre yo, si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados cò perlas blancas, como vna quaxada, que cada vna debe de valer vn ojo de la cara. O hi de puta, y ç cabellos, que sino son postizos, no

los he visto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio, y en el talle, y no la compareis à vna palma que se mueve cargada de razimos de datiles, que lo mismo parecen los dices que trae pendientes de los cabellos, y de la garganta: juro en mi anima, que ella es vna chapada moza, y que puede passar por los bancos de Flandes. Riòse Don Quixote de las ruficas alabanças de Sancho Pança; pareciòle, que fuera de su señora Dulcinea de el Toboso no avia visto muger mas hermosa jamás. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y devia de ser de la mala noche, que siempre pasan las nobias en componerse para el dia venidero de sus bodas: ibanse acercando à vn teatro, que à vn lado de el prado estava, adornado de alfombras, y ramos, adonde se avian de hazer los desposorios, y de donde avia de mirar las danças, y las invenciones. Y à la sazón que llegavan al puesto, oyeron à sus espaldas grandes voces, y vna que dezia: Esperaos vn poco, gente tan inconsiderada, como presurosa; à cuyas voces, y palabras todos bolvieron la cabeça, y vieron que las dava vn hombre, vestido al parecer de vn sayo negro, gironado de carmesí à llamas; venia coronado (como se viò luego) con vna corona de funesto Ciprés; en las manos traia vn baston grande: en llegando mas cerca, fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en què avian de parar sus voces, y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazò semejante,

jante. Llegò, enfin, cansado, y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincado el baston en el suelo, que tenia el cuento de vna punta de azero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremenda, y ronca, estas razones dixo: Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme à la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tu no puedes tomar esposo: y juntamente no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo, y mi diligencia mejorassen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro que à tu honra convenia; pero tu echando à las espaldas todas las obligaciones q̄ debes à mi buen deseo, quieres hazer señor de lo que es mio à otro, cuyas riquezas le sirve, no solo de buena fortuna, sino de bonissima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dâr los Cielos) yo por mis manos desharè el imposible, ò el incòveniente que puede estorvarfela, quitandome à mi de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos, y felizes siglos, y muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortò las alas de su dicha, y se puso en la sepultura; y diziendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedandose la mitad del en la tierra, mostrò que servia de bayna à vu mediano estoque, que en èl se ocultava, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero defensado, y determinado proposito, se arrojò sobre èl, y en vn punto mostrò la punta sangrienta à las espaldas, con la mitad de la azerada cu-

chilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos à favorecerle, con dolidos de su miseria, y lastimosa desgracia; y dexando Don Quixote à Rozinante, acudiò à favorecerle, y le tomó en sus brazos, y hallò, que aun no avia espirado: quisieronle sacar el estoque; pero el Cura, que estava presente, fue de parecer, que no se le sacassen antes de confesarle; porque el sacarfele, y el espirar, seria tado à vn tiempo. Pero bolviendo vn poco en sí Basilio, con voz doliente, y desmayada, dixo: Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este vltimo, y forçoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcanço el bien de fer tuyo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atendiesse à la salud del alma, antes que à los gustos del cuerpo, y que pidiesse muy de veras à Dios perdón de sus pecados, y de su desesperada determinacion. A lo qual replicò Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le dava la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad, y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo, que Basilio pedia vna cosa muy justa, y puesta en razon; y ademas muy hazedera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado, recibiendo à la señora Quiteria, viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera de el lado de su padre. Aqui no ha de aver mas de vna si, que no tenga otro efecto que el pro-

nunciarle , pues el talamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho , y todo le tenia suspenso , y confuso , sin saber que hazer , ni que dezir ; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas , pidiendole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa , porque su alma no se perdiessse , partiendo desesperado desta vida , que le movieron , y aun forçaron à dezir , que si Quiteria queria darla , que èl se contentava , pues todo era dilatar por vn momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos à Quiteria ; y vnos con ruegos , y otros con lagrimas , y otros con eficazes razones , la persuadian que diese la mano al pobre Basilio , y ella mas dura que vn marmol , y mas fèrrea que vna estatua , mostrava , que ni sabia , ni podia , ni queria responder palabra ; ni la respondiera , si el Cura no la diera , que se determinasse presto en lo que avia de hazer , porque tenia Basilio yà el alma en los dientes , y no dava lugar à esperar inretolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria , sin responder palabra alguna , turbada , al parecer triste , y pelarosa llegó donde Basilio estava , yà los ojos bueltos , el aliento corto , y apresurado , murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria , dando muestras de morir como Gentil , y no como Cristiano. Llegò en fin Quiteria , y puesta de rodillas le pidió la mano por señas , y no por palabras. Desencaxò los ojos Basilio , y mirandola atentamente , la dixo : O Quiteria ! que has venido à ser piadosa à tiempo quando tu piedad ha de servir de cuchillo que me

acabe de quitar la vida , pues yà nõ tengo fuerças para llevar la gloria que me das en escogermè por tuyo , ni para suspender el dolor que tan apriessa me vâ cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte. Lo que te suplico es (ò fatal estrella mia) que la mano que me pides , y quieres darme , nõ sea por cumplimiento , ni para enganarme de nuevo , si no que confieses , y digas , que sin hazer fuerça à tu voluntad me la entregas , y me la dás como à tu legitimo espoto , pues nõ es razon , que en vn trance como èste me engañes , ni vses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayava , de modo , que todos los presentes pensavan , que cada desmayo se avia de llevar el alma consigo. Quiteria , toda honesta , y toda vergonzosa , asiendo con su derecha mano la de Basilio , le dixo : Ninguna fuerça fuera bastante à torcer mi voluntad ; y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legitima esposa , y recibo la tuya , si es que me la dás de tu libre alvedrio , sin que la turbe , ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha pueito. Si doy , (respondió Basilio ,) no turbado , ni confuso , si no con el claro entendimiento que el Cielo quiso darme ; y así me doy , y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa (respondió Quiteria) aora vivas largos años ; aora te lleven de mis braços à la sepultura. Para estàr tan herido este mancebo , dixo à este punto Sancho Pança , mucho habla ; haganle que se dexen de requiebros , y que atiendan à su alma , que à mi parecer,

cer; mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Estando, pues, asidos de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura tierno, y lloroso, los echò la bendicion, y pidió al Cielo diese buen poso al alma de el nuevo desposado: el qual, asì como recibì la bendicion, con presteza, y ligereza, se levantò en pie, y con no vista desemboltura, se sacò el estoque, à quiè servia de bayna su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos de ellos mas simples, que curiosos, en altas voces començaron à dezir: Milagro, milagro. Pero Basilio replicò: No milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado, y atonito, acudiò con ambas manos à tentar la herida, y hallò, que la cuchillada avia pasado, no por la carne, y coltillas de Basilio, sino por vn cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado, tenia preparada la sangre (segun despues se supo) de modo que no se elasse. Finalmente, el Cura, y Camacho, con todos los mas circunstantes, se tuvieron por burlados, y escarnecidos. La esposa no diò muestras de pesarle de la burla, antes oyendo dezir, que aquel calamiento, por aver sido engaño, no avia de ser valedero, dixo, que ella le confirmava de nuevo; de lo qual coligieron todos, que de consentimiento, y sabiduria de los dos se avia trazado aquel caso, de lo que quedò Camacho, y sus valedores tan corridos, que remitieron su vengança à las manos, y desembaynando muchas espadas, arremetieron à Basilio, en cuyo favor en vn instante se desembaynaron

casì otras tantas, y tomando la delàtera à cavallo D. Quixote, con lança sobre el braço, y biè cubierto de su escudo, se hazia dàr lugar de todos. Sancho, à quien jamàs pluguieron, ni solazaron semejantes fechorias, se acogió à las tinajas, donde avia sacado su agradable espuma, pareciendole aquel lugar como sagrado, que avia de ser tenido en respeto. D. Quixote à grandes voces dezia: Teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis vengança de los agravios, que el amor nos haze: y advertid, que el amor, y la guerra son vna misma cosa; y asì como en la guerra es cosa licita, y acostumbrada vsar de ardidès, y estratagemas para vencer al enemigo, asì en las contiendas, y competencias amorosas, se tienen por buenos los embustes, y marañas que se hazen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo, y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa, y favorable disposicion de los Cielos, Camacho es rico, y podrá comprar su gusto, quando, como, y donde quisiere. Basilio no tiene mas de esta oveja, y no se la ha de quitar ninguno, por poderoso que sea, que à los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de passar por la punta de esta lança: y en esto la blandió tan fuerte, y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian, y tan intensamente se fixò en la imaginacion de Camacho el deldèn de Quiteria, que se le borrò de la memoria en vn instante, y asì tuvieron lugar con èl las persuasiones del

Cura, que era varon prudente, y bien intencionado; con las quales quedò Camacho, y los de su parcialidad pacificos, y sossegados: en señal de lo qual bolvieron las espadas à sus lugares, culpando mas à la facilidad de Quiteria, que à l industria de Basilio. Haziendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien à Basilio donzella, tambien le quisiera casada, y que debia dar gracias al Cielo, mas por averfela quitado, que por averfela dado. Consolado, pues, y pacifico Camacho, y los de su compania, todos los de la de Basilio se sossegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimava en nada, quiso que las fiestas passasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir à ellas Basilio, ni su esposa, ni sequazes: y assi se fueron à la Aldea de Basilio, que tambien los

pobres, virtuosos, y discretos tienen quié los siga, hõre, y ampare, como los ricos tiené quié los lisongee, y acõpañe. Llevaron consigo à Don Quixote, estimandole por hombre de valor, y de pelo en pecho. A solo Sancho se le obscureciò el alma, por verse impossibilitado de aguardar la esplèdida comida, y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y assi assendreado, y triste siguiò à su señor, que con la quadrilla de Basilio iba: y assi se dexò atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya yà casi consumida, y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representava la gloria, y la abundancia de el bien que perdia: y assi acongoxado, y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del ruzio, siguiò las huellas de Rozinante.



CAP. XXII. *Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el coraçon de la Mancha, à quien dió felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.*



Grandes faeron ; y muchos los regalos que los desposados hizieron à Don Quixote, obligados de las muestras que avia dado, defendiendo su causa, y al par de la valentia le graduaron la discreciõ, teniendole por vn Cid en las armas, y por vn Ciceron en la eloquencia. El buen Sancho se refocilò tres dias à costa de los novios, de los quales se supo, que no fue traza comunicada con la hermosa Quitarra el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando de ella el mismo suceso que se avia visto;

bien es verdad, que confesò que avia dado parte de su pensamiento à alguno de sus amigos, para que al tiempo necessario favoreciesen su intencion, y abonassen su engaño. No se pueden, ni deben llamar engaños (dixo Don Quixote) los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia, advirtiendo, que el mayor contrario que el Amor tiene, es la hambre, y la continua necesidad: porque el Amor es todo alegria, y regozijo, y contento ; y mas quando el

amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos, y declarados la necesidad, y la pobreza; y que todo esto dezia con intencion de que se dexasse el señor Basilio de exercir las habilidades que sabe, que aunque le dava fama, no le davan dineros; y que atendiese à gran- gear hacienda por medios licitos, è in- dustriosos, que nunca faltan à los pru- dentes, y aplicados: el pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra, y se la matan. La muger her- mosa, y honrada, cuyo marido es po- bre, merece ser coronada con laureles, y palmas de vencimiento, y triunfo. La hermosura por si sola atrae las volun- tades de quantos la miran, y conocen; y como à señuelo gustoso se le abaten las Aguilas Reales, y los paxaros alta- neros: pero si à la tal hermosura se le junta la necesidad, y estrechez, tam- bien la embisten los cuervos, los mila- nos, y las otras aves rapinarias la que está à tantos encuentros firme, biè me- rece llamarse corona de su marido. Mirad discreto Basilio (añadiò Don Quixote:) Opinion fue de no sé qué Sabio, que no avia en todo el mundo, sino vna sola muger buena; y dava por consejo, que cada vno pensasse, y cre- yesse, que aquella sola buena era la su- ya, y assi viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta aora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreviera à dár consejo al que me lo pidiese, del modo que avia de buscar la muger con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria, que mirasse

mas à la fama, que à la hazienda; por- que la buena muger, no alcanza la bue- na fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho mas dañan à las honras de las mugeres las defem- bolturas, y libertades publicas, que las maldades secretas. Si traes buena muger à tu casa, facil cosa seria con- servarla, y aun mejorarla en aquella bondad: pero si la traes mala, en tra- bajo te pondrà el enmendarla, que no es muy hazedero passar de vn estremo à otro: yo no digo que sea imposible; pero tengolo por dificultoso. Oia todo esto Sancho, y dixo entre si: Este mi amo, quando yo hablo cosas de meo- llo, y de substancia suele dezir, que po- dria yo tomar vn pulpito en las manos, y irme por esse mando adelante predi- cando lindezas; y yo digo de èl, que quando comienza à enhilar sentencias, y à dár consejos, no solo puede tomar pulpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por essas plazas à que quieres boca: valgate el diablo por el Cavallero andante, que tantas cosas sa- bes; yo pensava en mi anima, que solo podia saber aquello, que tocava à sus cavallerias: pero no ay cosa donde no pique, y dexede meter su cucharada. Murmurava esto algo Sancho, y en- treoyòle su señor, y preguntòle: Qué murmuras, Sancho? No digo nada, ni murmuero de nada (respondiò Sancho:) solo estava diziendo entre mi, que qui- siera aver oido lo que vueitra merced aqui ha dicho, antes que me casara, que quizá dixera yo aora: El buey fuel- to bien se lame. Tan mala es tu Teresa, Sancho? dixo Don Quixote. No es muy mala (respondiò Sancho;) pero no es muy

muy buena: alomenos no es tan buena como yo quisiera. Mal hazes, Sancho, (dixo Don Quixote) en dezir mal de tu muger, que enefeto es madre de tus hijos. No nos debemos nada (respondio Sancho) q̄ tambien ella dize mal de mí quando se le antoja, especialmente quando está zelosa, que entonces sufrala el mismo Satanás. Finalmente, tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados, y servidos como cuerpo de Rey. Pidiò Don Quixote al diestro Licenciado, le diese vna guia, que le encaminasse à la cueva de Montesinos, porque tenia grandísimo deseo de entrar en ella, y ver à ojos vistas, si eran verdaderas las maravillas que de ella dezian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dixo, que le daria vn primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado à leer libros de Cavallerias, el qual con mucha voluntad le pondria à la boca de la misma cueva, y le enseñaria las Lagunas de Ruidera, famosas atsimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y dixo, que le llevaria con el gustoso entretenimiento, à causa, que era moço, que sabia hazer libros para imprimir, y para dirigirlos à Principes. Finalmente, el primo vino con vna pollina preñada, cuya albarda cubria vn gayado tapete, ò arpillara. Enfilò Sancho à Rozinante, y aderezò al ruzio, proveyò sus alforjas, à las quales acompañaron las de el primo, atsimismo bien proveídas, y encomendandose à Dios, y despidiendose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos. En el camino preguntò Don Qui-

xote al primo, de qué genero, y cañidad eran sus exercicios, su profesion, y estudios. A lo que el respondiò, que su profesion era ser Humanista, sus exercicios, y estudios, componer libros para dár à la estampa, todos de gran provecho, y no menos entretenimiento para la Republica, que el vno se intitulava el de las Libreas, donde pintava setecientas y tres libreas, con sus colores, motes, y cifras, de donde podian sacar, y tomar las que quisiessen en tiempo de fiestas, y regozijos los Cavalleros Cortesanos, sin andarlas mēdigando de nadie, ni lambicando (como dizen el cerbelo, por sacarias conformes à sus deseos, è intenciones; porque doy al zeloto, al desdēnado, al olvidado, y al ausente; las quales convienen, que les vendrian mas justas, que peccadoras. Otro libro tengo tambien, à quien he de llamar, Metamorfoseos, ò Ovidio Español, de invencion nueva, y rara; porque en el, imitando à Ovidio, à lo burlesco, pinto quien fue la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Magdalena, quien el caño de Vecin guerra de Cordova, quienes los toros de Guifando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos, y Lavapiés en Madrid, no olvidandome de la del Piojo, de la del Caño Dorado, y de la Priora; y esto con sus alegorias, metaforas, y translaciones, de modo, que alegrian, suspenden, y enseñan à vn mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo Suplemento à Virgilio Polidoro, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion, y estudio, à causa, que las cosas que se dexò dezir Polidoro de gran substancia, las averiguo

yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele à Virgilio de declararnos, quien fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las viñiones para curarse de el morbo Galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco Autores; porque vea vuestra merced si he trabajado bien, y si ha de ser vtil el tal libro à todo el mundo. Sancho, que avia estado muy atento à la narracion de el primo, le dixo: Digame señor, así Dios le de buena manderecha en la impresion de sus libros, fabriame dezir, que si tabrà, pues todo lo sabe, quien fue el primero que se rascò en la cabeça, que yo para mi tengo que devió de ser nuestro padre Adan? Si sería, (respondió el primo;) porque Adan no ay duda sino que tuvo cabeça, y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre de el mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo (respondió Sancho;) pero digame aora, quien fue el primero bolteador del mundo? En verdad, hermano, (respondió el primo,) que no me fabré determinar por aora, hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en bolviendo à donde tengo mis libros, y yo os fatistaré quando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mi señor (replicò Sancho,) no tome trabajo en esto, que aora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer bolteador del mundo fue Luzifer, quando le echaron, ò arrojaron del Cielo, que vino bolteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dixo el primo; y dixo Don Quixote: Esta pregunta, y respuesta no es

tuya Sancho, à algunos la has oído dezir. Calle señor (replicò Sancho,) que à buena fee, que si me doy à preguntar, y à responder, que no acabe de aqui à mañana. Si, que para preguntar necesidades, y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vezinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes (dixo Don Quixote,) que ay algunos, que se cansan en saber, y averiguar cosas, q̄ despues de sabidas, y averiguadas, no importa vn ardid al entendimiento, ni à la memoria. En estas, y otras gustosas platicas se les pasó aquel dia, y à la noche se albergaron en vna pequeña aldea, adonde el primo dixo à Don Quixote, que desde allí à la cueva de Montesinos no avia mas de dos leguas, y que si llavava determinado de entrar en ella, era menester proveerse de fogas, para atarse, y descolgarle en su profundidad. Don Quixote dixo, que aunque llegasse al abismo avia de ver donde parava; y así compraron casi cien brazas de foga, y otro dia à las dos de la tarde llegaron à la cueva, cuya boca es espaciosa, y ancha: pero llena de cambroneras, y cabrahigos, de çarças, y malzas, tan espesas, y intrincadas, que de todo en todo la ciegan, y encubren. En viendola se apearon el primo, Sancho, y Don Quixote, al qual los dos le ataron luego fortísimamente con las fogas, y en tanto que le fajavan, y le ceñian, le dixo Sancho: Mire vuestra merced, señor mio, lo que haze, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga donde parezca fraSCO, que le ponen à enfriar en algun poço, si que à vuestra merced no le toca, ni atañe ser el escudriñador de esta, que

que debe de ser peor que mazmorra. Ata, y calla, (respondió Don Quixote) que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mi está guardada. Y entonces dixo la guía: Suplico à vuestra merced, señor Don Quixote, que mire bien, y especule con cien ojos lo que ay allà dentro, quizá avrà cosas, que las ponga yo en el libro de mis transformaciones. En manos está el pàdero, que le sabrà bien tañer (respondió Sancho Pança.) Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quixote (que no fuè sobre el arnès, sino sobre el jubon de armas) dixo Don Quixote: Inadvertidos hemos andado en no avernos proveído de algùn esquilòn pequeño, que fuera atado junto à mi en esta misma foga, con cuyo sonido se entendiera, que todavia baxava, y estava vivo; pero pues yà no es posible, à la mano de Dios, que me guie; y luego se hincò de rodillas, y hizo vna oracion en voz baxa al Cielo, pidiendo à Dios le ayudasse, y le dièsse buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa, y nueva aventura; y en voz alta dixo luego: O señora de mis acciones, y movimiètos, y clarísima sin par Dulcinea del Tòboso, si es posible que lleguen à tus oídos las plegarias, y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras, que rogarte no me niegues tu favor, y amparo aora, que tanto le he menester! Yo voy à despeñarme, à empoçarme, y à hundirme en el abismo, que aqui se me representa, solo por que conozca el mundo, que si tu me favorezes, no avrà imposible à quien yo no acometa, y acabe. En diziendo

esto, se acercò à la sima, viò no ser posible descolgarfe, ni hazer lugar à la entrada, sino era à fuerça de braços, o à cuchilladas; y así poniendo mano à la espada, començò à derribar, y à cortar de aquellas malezas, que à la boca de la cueva estavan, por cuyo ruido, y estruendo salieron por ella vna infinidad de grandísimos cuervos, y grajos, tan espesos, y con tanta priesa, que dieron con Don Quixote en el suelo; y si èl fuera tan agorero, como Catholico Christiano, lo tuviera à mala señal, y escusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente, se levantò, y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves nocturnas, como fueron morciegalos, que asimismo entre los cuervos salieron, dandole foga el primo, Sancho, le dexò calar al fondo de la caberna espantosa; y al entrar, echandole Sancho su bendicion, y haziendo sobre èl mil cruces, dixo: Dios te guie, y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, y nata, espuma de los Cavaleros andantes. Allà vas, valenton del mundo, coraçon de azero, braços de bronce: Dios te guie, otra vez, y te baelva libre, sano, y sin cautela à la luz de esta vida que dexas, por enterrarte en esta obscuridad que buscas. Casi las mismas plegarias, y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quixote dando voces, que le diessen foga, y mas foga, y ellos se la davan poco à poco; y quando las voces, que acanaladas por la cueva salian, dexaron de oirse, yà ellos tenian descolgadas las cien braços de foga: fueron de parecer de bolyer à subir à Don Quixote, pues no

le podian dár mas cuerda, cõ todo esto se detuvieron como media hora: al cabo del qual espacio bolvieron à recoger la toga con mucha facilidad, y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar, que Don Quixote se quedavá dentro; y creyendolo así Sancho, llorava amargamente, y tirava con mucha priessa por defengañarse; pero llegando, à su parecer, à poco mas de las ochenta braças, fiatieron peso, de que en estreño se alegraron. Finalmente, à las diez vieron distintamente à Don Quixote, à quien diò voces Sancho, diciendo: Sea vuestra merced muy bien buelto, señor mio, que yá pensamos que se quedava allá para casta; pero no respondia palabra Don Quixote; y sacandole del todo, vieron, que traia cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendieronle en el suelo, y desliaronle, y con todo esto no despertava; pero tanto le bolvieron, y rebolvieron, sacudieron, y menearon, que al cabo de vn buen espacio bolvió en sí, desperezandose bien, como si de algun grave, y profundo sueño despertara; y mirando à vna, y à otra parte, como à espantado, dixo: Dios os lo perdone, amigos, que me aveis quitado de la mas sabrosa, y agradable vida, y vista, que ningun humano ha visto, ni passado. Enefeto, aora acabo de conocer, que todos los contentos de esta vida pasan como sombra, y sueño, ò se marchitan como la flor de el campo. O desdichado Montefinos! O mal ferido Durandarte! O sin ventura Belerma! O llorosa Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Raidera, que mostrais en vuestras

aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos. Escuchavan el primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las dezia, como si con dolor inmenso las sacàra de las entrañas. Suplicaronle les diese à entender lo que dezia, y les dixesse lo que en aquel infierno avia visto. Infierno le llamais? (dixo Don Quixote) pues no le llameis así, por que no lo merece, como luego vereis. Pidiò que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba; acudieron à la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor, y compañía, merendaron, y cenaron todo junto. Levanta la arpillera (dixo Don Quixote de la Mancha) no se levante nadie; y estadme hijos todos atentos.

CAP. XXIII. *De las admirables cosas, que el estremado Don Quixote contò que avia visto en la profunda cueva de Montefinos, cuya imposibilidad, y grandeza hazen, que se tenga esta aventura por apocripha.*

LAs quatro de la tarde ferian, quando el Sol, entre nubes cubierto, con luz escasa, y templados rayos, diò lugar à Don Quixote, para que sin calor, y pesadumbre contasse à sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montefinos avia visto; y començò en el modo siguiente.

A obra de doze, ò catorze estados de la profundidad de esta mazmorra, à la derecha mano se haze vna concavidad, y espacio, capaz de poder caer

ber en ella vn gran carro con sus mulas: entrale vna pequeña luz por vnos resquicios, ò agugeros, que lexos le responden abiertas en la superficie de la tierra. Está concabidad, y espacio vi yo à tiempo quando iba cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la foga, caminar por aquella obscura region abaxo, sin llevar cierto, ni determinado camino; y afsi determinè entrar en ella, y descansar vn poco: di voces, pidiendoos, que no descolgassedes mas foga, hasta que yo os lo dixesse; pero no debisteis de oirme: fui recogiendo la foga que embiavades, y haziendo de ella vna rosca, ò rimerro, me sentè sobre èl pensativo, ademàs, considerando lo que hazer debia, para calar al fondo, no teniendo quien me sustentasse; y estando en este pensamiento, y confusion, de repente, y sin procurarlo, me faltè vn sueño profundissimo, y quando menos lo pensava, sin saber como, ni como no, despertè de èl, y me hallè en la mitad de el mas bello, ameno, y deleytoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despavilè los ojos, limpièmelos, y vi, que no dormia, sino que realmente estava despierto: con todo esto me tentè la cabeça, y los pechos, por certificarme, si era yo mismo el que alli estava, ò alguna fantasma vana, y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados, que entre mi hazia, me certificaron, que yo era alli entonces, el que soy aqui aora. Oíreciò-

Part. II.

feme luego à la vista vn Real, y sumptuoso Palacio, ò Alcaçar, cuyos muros, y paredes parecian de transparente, y claro cristal fabricados; del qual, abriendose dos grandes puertas, vi, que por ellas salia, y àzia mi se venia vn venerable anciano, vestido con vn capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastrava: señale los ombros, y los pechos vna beca de Colegial, de raso verde; cubièle la cabeça vna gorra Milanesa negra, y la barba canissima, le passava de la cintura; no traia arma ninguna, si no vn Rosario de cuentas en la mano, mayores, que medianas nuezes, y los diez, assimismo, como huevos medianos de Abestruz; el continente, el passò, la gravedad, y la anchissima presencia, cada cosa de por si, y todas juntas, me suspendieron, y admiraron. Llegòse à mi; y lo primero que hizo, fue abraçarme estrechamente, y luego dezirme: Luengos tiempos ha, valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados, esperamos verte, para que dès noticia al mundo, de lo que encierra, y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos; hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible coraçon, y de tu animo estapendo. Ven conmigo, señor clarissimo, que te quiero mostrar las maravillas, que este transparente Alcaçar solapa, de quien yo soy Alcajde, y Guarda mayor perpetuo, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apenas me dixo que era Montesinos, quando le

H 2

pre-

preguntè, si fuè verdad lo q̄ en el mundo acà arriba se contava, que èl avia facado de la mitad del pecho con vna pequeña daga el coraçon de su gran amigo Durandarte, y llevadole à la señora Belerina, como èl se lo mandò al punto de su muerte. Respondiòme, que en todo dezian verdad, sino en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino vn puñal buido, mas agudo que vna lezna. Debia de ser (dixo à este punto Sancho) el tal puñal de Ramon de Hozes el Sevillano. No sè (prosiguiò Don Quixote;) pero no serà de este puñalero, porque Ramon de Hozes fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteciò esta desgracia, ha muchos años, y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad, y contestò de la historia. Así es (respondiò el primo) profiga v. m. señor Don Quixote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo (respondiò Don Quixote;) y así digo, q̄ el venerable Montefinos me metiò en el cristalino palacio, donde en vna sala baxa, fresquísima sobre modo, y toda de alabastro estava vn sepulcro de marmol con gran maestría fabricado, sobre el qual vi à vn Cavallero tendido de largo à largo, no de bronce, ni de marmol, ni de jaspe hecho, como suele aver en otros sepuleros, sino de pura carne y de puros huesos: tenia la mano derecha (que à mi parecer es algo pehida, y nervosa, señal de tener muchas fuerças su dueño) puesta sobre el lado del coraçon; y antes que preguntasse nada à Montefinos, viendome suspenso, mirando al del sepulcro, me dixo: Este es mi amigo Durandarte, flor, y

espejo de los Cavalleros enamorados, y valientes de su tiempo, tienele aqui encantado, como me tiene à mi, y à otros muchos, y muchas, Merlin, aquel Francès encantador, que dizen, que fuè hijo de el diablo; y lo que yo creo es, que no fuè hijo del diablo, sino que supo, como dizen, vn punto mas que el diablo. El como, ò para què nos encantò, nadie lo sabe, y ello dirà, andando los tiempos, que no estàn lexxos, segun imagino: lo que à mi me admira es, que se tan cierto, como aora es de dia, que Durandarte acabò los de su vida en mis braços, y que despues de muerto le saquè el coraçon con mis propias manos, y en verdad que debia de pesar dos libras, porque segun los naturales, el que tiene mayor coraçon; es dotado de mayor valentia del què le tiene pequeño: pues siendo esto así, y que realmente murió este Cavallero, como aora se quexa, y suspira de quando en quando, como si estuviese vivo? Esto dicho, el mifero Durandarte, dando vna gran voz, dixo: O mi primo Montefinos, lo postrero que yo os rogava, que quando fuere muerto, y mi anima arrancada, que llevéis mi coraçon à donde Belerina estava, sacandomele del pecho, y à con puñal, y à con daga. Oyèdo lo qual el venerable Montefinos, se puso de rodillas ante el lastimado Cavallero, y con lagrimas en los ojos, le dixo: Yà, señor Durandarte, caríssimo primo mio, yà hize lo que me mandaste en el aziago dia de nuestra perdida; yo os saquè el coraçon lo mejor que pude, sin que os dexasse vna mínima parte en el pecho, yo le limpiè con

con vn pañuelo de puntas, yo partì con èl de carrera para Francia, avièdoos primero puesto en el feno de la tierra, con tantas lagrimas, que fueron bastantes à lavarme las manos, y limpiarme con ellas la sangre que tenian de averos andado en las entrañas: y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topè, saliendo de Roncésvalles, echè vn poco de sal en vuestro coraçon, porque no oliesse mal, y fuesse, si no fresco, à lo menos amojamado à la presència de la señora Belerma, la qual con vos, y conmigo, y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera, y sus siete hijas, y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos, y amigos nos tiene aqui encantados el sabio Merlin ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera, y sus hijas, y sobrinas, las quales llorando (por compasión que debì de tener Merlin de ellas) las convirtì en otras tantas lagunas, que aora en el mundo de los vivos, y en la Provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera, las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los Cavalleros de la Orden santíssima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo assimismo vuestra desgracia, fuè convertido en vn rio, llamado de su mismo nombre, el qual quando llegò à la superficie de la tierra, y viò el Sol del otro Cielo, fuè tanto el pesar que sintì de ver que os dexava, que se sumergìo en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dexar de acudir à

Part. II,

su natural corriente, de quando en quando sale, y se muestra donde el Sol, y las gentes le vean: vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo, y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza, y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas pezes regalados, y de estima, sino burdos, y desfabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que aora os digo, ò primo mio, os lo he dicho muchas vezes, y como no me respondeis, imagino que no me dais credito, ò no me ois, de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar aora, las quales ya que no sirvan de alivio à vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aqui en vuestra presència, y abrid los ojos, y vereislo, aquel gran Cavallero, de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel Don Quixote de la Mancha digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los pasados siglos, ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante Cavalleria, por cuyo medio, y favor podria ser, q̄ nosotros fuessemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hōbres estàn guardadas. Y quando assi no sea, respondiò el lastimado Durandarte, con voz desmayada, y baxa, quãdo assi no sea, ò primo, digo, paciencia, y barajar; y bolviéndose de lado, tornò à su acostubrado silencio, sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos, y llantos, acompañados de profundos gemidos, y angustiados so-

H 3

llo-

lloços; bolvi la cabeça, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala passava vna procession de dos hileras de hermosísimas donzellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabeças, al modo Turquesco; al cabo, y fin de las hileras venia vna señora, que en la gravedad lo parecia, así mismo vestida de negro, con tocas blancas, tan tendidas, y largas, que besavan la tierra. Su turbante era mayor dos vezes que el mayor de alguna de las otras. Era cexijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostravan ter rales, y no bien puestos, aunque eran blancos como vnas peladas almendras: traia en las manos vn lienço delgado, y entre él, á lo que pude divisar, vn coraçon de carne momia, segun venia lico, y amojamado. Dixome Montefinos, como toda aquella gente de la procession eran sirvientes de Durandarte, y de Belerma, que allí con sus dos señores estavan encantados; y que la vltima, que traia el coraçon entre el lienço, y en las manos, era la señora Belerma; la qual con sus donzellas quatro dias en la semana hazian aquella procession, y cantavan, ò por mejor dezir, lloravan endechas sobre el cuerpo, y sobre el lastimado coraçon de su primo: y que si me avis parecido algo feo, ò no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches, y peores dias que en aquel encantamento passava, como lo podia ver en sus grandes ojeras, y en su color quebradiza; y no toma ocasión su amarillez, y sus ojeras de estar

con el mal mensil, ordinario en las mugeres: porque ha muchos mcses, y aun años, que no tiene, ni assoma por sus puertas, si no del dolor que siente su coraçon por el que de continuo tiene en las manos, que le renuevan, y trae á la memoria la desgracia de su mal logro amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donayre, y brio la grã Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixey entóces, señor Don Môtefinos, cuente vuestra merced su historia como debe, que yá sabe que toda comparacion es odiosa, y así no ay para que comparar á nadie con nadie; la fin par Dulcinea de el Toboso es quien es; y la señora Doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quedese aqui. A lo que él me respondió: Señor Don Quixote, perdone me vuestra merced, que yo confieso que anduve mal, y no dixey bien en dezir, que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastava á mi aver entendido, por no sé qué barruntos, que vuestra merced es su Cavallero, para que me mordiera la lengua antes de compararla, sino con el mismo Cielo. Con esta satisfacion que me dió el gran Montefinos, se quietò mi coraçon de el sobresalto que recibí en oír, que á mi señora la comparavan con Belerma. Y aun me maravillo yo, (dixo Sancho,) de como vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le moió á cozes todos los huesos, y le pelò las barbas, sin dexarle pelo en ellas. No Sancho amigo (respondió Don Quixote) no me es-

tava à mi bien haer esso , porque estamos todos obligados à tener respeto à los ancianos , aunque no sean Cavalleros , y principalmente à los que lo son , y están encantados : yo sè bien , que no nos quedamos à deber nada en otras muchas demandas , y respuestas , que entre los dos pasamos. A esta sazón , dixo el primo : Yo no sè señor Don Quixote , como vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como ha que està allà baxo , aya visto tantas cosas , y hablado , y respondido tanto. Quanto ha que baxè ? Preguntò Don Quixote. Poco mas de vna hora (respondiò Sancho.) E esso no puede ser , replicò Don Quixote ; porque allà me anocheçiò , y amaneciò , y tornò à anochezer , y à amanecer tres vezes , de modo , que à mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas , y escondidas à la vista vuestra. Verdad debe de dezir mi señor , dixo Sancho , que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento , quizá lo que à nosotros nos parece vn hora , debe de parecer allà tres dias con sus noches. Así ser à (respondiò Don Quixote.) Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo señor mio ? preguntò el primo. No me he desayunado de bocado (respondiò Don Quixote) ni aun he tenido hambre , ni por pensamiento. Y los encantados comen ? dixo el primo. No comen (respondiò Don Quixote) ni tienen esccrementos mayores , aunque es opinion , que les crecen las vñas , las barbas , y los cabellos. Y duermen por ventura los encantados , señor ? preguntò Sancho. No por cierto (ref-

Part. II.

pondiò Don Quixote :) alomenos en estos tres dias que yo he estado con ellos , ninguno ha pegado el ojo , ni yo tampoco. Aqui encaxa bien el refran , (dixo Sancho) de dime con quien andas , dezirte que quien eres : andavase vuestra merced con encantados , ayunos , vigilantes , mirad si es mucho , que ni coma , ni duerma mientras con ellos anduviere : pero perdoneme vuestra merced , señor mio , si le digo , que todo quanto aqui ha dicho , lleveme Dios , q̄ iba à dezir el diablo , si le creo cosa alguna. Como no ? dixo el primo , pues avia de mentir el señor Don Quixote , que aunque quisiera , no ha tenido lugar para componer , è imaginar tanto millon de mentiras ? Yo no creo que mi señor miente (respondiò Sancho.) Si no , què crees ? le preguntò Don Quixote. Creo (respondiò Sancho) que aquel Merlin , ò aquellos encantadores , que encantaron toda la chusma , que v.m. dize que ha visto , y comunicado allà abaxo , le encaxaron en el magin , ò la memoria toda esta maquina que nos ha contado , y todo aquello que por contar le queda. Todo esso pudiera ser , Sancho (replicò Don Quixote ;) pero no es así , porque lo que he contado , lo ví por mis propios ojos , y lo toquè con mis mismas manos ; pero què diràs quando te diga yo aora , como entre otras infinitas cosas , y maravillas , que me mostrò Montefinos , las quales de espacio , y à sus tiempos te las irè contando en el discurso de nuestro viage , por no ser todas deste lugar , me mostrò tres labradoras , que por aquellos amenísimos campos iban saltando , y brincando co-

H 4

mo

mo cabras, y apenas las huve visto, quando conocí ser la vna la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos à la salida del Toboso. Preguntè à Montefinos, si las conocia, respondiòme, que no: pero que èl imaginava que devian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias avia que en aquellos prados avian parecido, y que no me maravillasse desto; porque alli estavan otras muchas señoras de los passados, y presentes siglos, encantadas en diferentes, y estrañas figuras, entre las quales conocia èl à la Reyna Ginebra, y su dueña Quintañoa, escanciando el vino à Lançarote, quando de Bretaña vino. Quando Sancho Pança oyò dezir esto à su amo, pensò perder el juyzio, ò morirse de risa, que como èl sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien èl avia sido el encantador, y el levantador del tal testimonio, acabò de conocer indubitablemente, que su señor estava fuera de juyzio, y loco de todo punto; y asì le dixo: En mala coyuntura, y en peor sazón, y en aziago día baxò v. m. caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montefinos, que tal nos le ha buuelto. Bien se estava y. m. acà arriba con su entero juyzio, tal qual Dios se le avia dado, hablando sentencias, y dando consejos à cada passo, y no aora contando los mayores disparates que puedè imaginar. Como te conozco Sancho, respondiò Don Quixote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuestra merced (replicò Sancho)

siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, ò por las que le pienso dezir, si en las fuyas no se corrige, y enmienda. Pero digame vuestra merced aora que estamos en paz: Como, ò en què conociò à la señora nuestra ama? Y si la hablò, què dixo, y què le respondiò? Conocila (respondiò Don Quixote) en que trae los mesmos vestidos que traia quando tu me la mostraste; hablèla, pero no me respondiò palabra, antes me bolviò las espaldas, y se faè huyendo con tanta priessa, que no la alcançara vna jara; quise seguirla, y lo hiziera, si no me aconsejara Montefinos, que no me cansasse en ello, porque seria en valde, y mas porque se llegava la hora donde me convenia bolver à salir de la sima. Dixome asimismo, que andando el tiempo se me darìa aviso, como avian de ser desencantados èl, y Belerma, y Durandarte, con todos los que alli estavan; pero lo que mas pena me diò de las que alli vi, y note, faè, que estandome diziendo Montefinos estas razones, se llegò à mì por vn lado, sin que yo la viesse venir, vna de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lagrimas, con turbada, y baxa voz me dixo: Mi señora Dulcinea del Toboso besa à vuestra merced las manos, y suplica à vuestra merced se la haga de hazerla saber como està, y que por estar en vna gran necesidad, asimismo suplica à vuestra merced, quan ençarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin que aqui traygo de cotonia nuevo media dozena de

de reales, ò los que vuestra merced tuviere, que ella dà su palabra de bolverfelos con mucha brevedad. Suspendiòme, y admiròme el tal recaudo; y bolviendome al señor Montefinos, le preguntè: Es posible, señor Montefinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que èl me respondiò: Creame vuestra merced, señor Don Quixote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se vsa, y por todo se estiende, y à todos alcanza, y àun hasta los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso embia à pedir effos seis reales, y la prenda es buena, segun parece, no ay sino darfe los, que sin duda debe de estàr puesta en algun gran aprieto. Prenda no la tomarè yo (le respondi,) ni menos le darè lo que pide; porque no tengo sino solos quatro reales, los quales le di, que fueron los que tu, Sancho, me diste el otro dia para dàr limosna à los pobres que topasse por los caminos; y le dixè: Dezid, amiga mia, à vuestra señora, que à mi me pesa en el alma de sus trabajos, y quisiera ser vn Fucar para remediarlos; y que le hago saber, que yo no puedo, ni debo tener salud, careciendo de su agradable vista, y discreta conversacion; y que le suplico, quan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dexarse ver, y tratar de este su cautivo servidor, y assendereado Cavallero. Dizeisle tambien, que quando menos se le piense oirà dezir, como yo he hecho vn juramento, y voto, à modo de aquel que hizo el Marquès de Mantua de vengar à su sobrino Baldoyi-

nos, quando le hallò para espirar en mitad de la Montaña, que fue de no comer pan à manteles, con las otras zarandajas, que alli añadiò, hasta vengarle; y assi harè yo de no soffegar, y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad, que las tuvo el Infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo esto, y mas debe vuestra merced à mi señora (me respondiò la donzella;) y tomando los quatro reales, en lugar de hazarme vna reverencia, hizo vna cabriola, que se levantò dos varas de medir en el ayre. O Santo Dios! (dixo à este tiempo, dando vna gran voz, Sancho) es posible, que tal aya en el mundo, y que tengan en èl tanta fuerça los encantadores, y encantamientos, que ayantrocado el buen juicio de mi señor en vna tan disparatada locura. O señor, señor, por quien Dios es, que vuestra merced mire por sî, y buelva por su honra, y no dè credito à essas variedades, que le tienen menguado, y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas de esta manera (dixo Don Quixote) y como no estàs experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad, te parecen impossibles; pero andarà el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contarè algunas de las que allà abaxo he visto, que te haran crecer las que aqui he contado, cuya verdad, ni admite replica, ni disputa.



CAP. XXIV. *Donde se cuentan mil zarandajas, tan impertinentes, como necessarias al verdadero entendimiento de esta grande historia.*

DIze el que traduxo esta grande historia del original, de la que escriviò su primer Autor Cid Hamete Benengeli, que llegando al capitulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen de èl estavan escritas, de mano del mesmo Hamete, estas mesmas razones.

No me puedo dár à entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le passasse puntualmente todo lo que en el antecedente capitulo queda escrito; la razon es, que todas las aventuras hasta aqui sucedidas, hã sido contingibles, y verisimiles; pero esta de la cueva, no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los terminos razonables; pues pensar yo, que D. Quixote mintiesse, siendo el mas verdadero Hidalgo, y el mas noble Cavallero de sus tièpos, no es possible, que no dixera èl vna mentira si le acaetearan. Por otra parte confidero, que èl la contò, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran maquina de disparates; y si esta aventura parece apocriifa, yo no tengo la culpa; y assi, sin afirmarla por falsa, ò verdadera la escrivo. Tu letor, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto q̄ se tiene por cierto, q̄ al tiempo de su fin, y muerte, dizen, que se re-

tratò de ella, y dixo, que èl la avia inventado, por parecerle, que convenia, y quadrava bien con las aventuras, que avia leido en sus historias; y luego prosigue, diciendo:

Espantòse el primo, assi del atrevimiento de Sancho Pança, como de la paciencia de su amo, y juzgò, que del contento que tenia de aver visto à su señora Dulcinea del Toboso (aunque encantada) le nacia aquella condicion blanda que entonces mostrava; porque si assi no fuera, palabras, y razones le dixo Sancho, que merecian molerle à palos; porque realmente le pareció, que avia andado atrevidillo con su señor, à quien le dixo: Yo, señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadissima la jornada, que con vuestra merced he hecho, porq̄ en ella he gran-geado quatro cosas. La primera, aver conocido à vuestra merced, que lo tengo à gran felicidad. La segunda, aver sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las Lagunas de Ruidera, que me servirá para el Ovidio Español, que traygo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naypes, que por lo menos yã se vsavan en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras, que vuestra merced dize que dixo Durandarte, quando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con èl Montesinos, èl despertò, diciendo: Paciencia, y baraxar; y esta razon, y modo de hablar, no la pudo aprender encantado, sino quando no lo estava en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno; y este averi-

gua-

guacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es Supleméto de Virgilio Polidoro, en la invencion de las Antigüedades; y creo, que en el fuyo no se acordó de poner la de los naypes, como la pondré yo aora, que será de mucha importancia, y mas alegando Autor tan grave, y tan verdadero, como es el señor Durandarte. La quarta es, aver sabido con certidumbre el nacimiento del Rio Guadiana, hasta aora ignorado de las gentes. Vuestra merced tiene razon (dixo Don Quixote;) pero querria yo saber, yá que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir estos sus libros (que lo dudo) à quien piensa dirigirlos? Señores, y Grandes ay en España à quien pueden dirigirse (dixo el primo.) No muchos, (respondió Don Quixote) y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse à la satisfacion, que parece se debe al trabajo, y cortesia de sus Autores. Un Principe conozco yo, que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas, que si me atreviera à dezirlas, quizá despertàra la embidia en mas de quatro generosos pechos; pero quedese esto aqui para otro tiempo mas comodo, y vamos à buscar donde recogernos esta noche. No lexos de aqui, (respondió el primo) està vna Hermita, donde haze su habitacion vn Hermitaño, que dizen ha sido soldado, y està en opinion de ser vn buen Cristiano, y muy discreto, y caritativo ademàs. Junto con la Hermita tiene vna pequeña casa, que èl ha labrado à su costa; pero con todo, aunque chica,

es capáz de recibir huespedes. Tiene por ventura gallinas el tal Hermitaño, preguntò Sancho?) Pocos Hermitaños estàn sin ellas (respondió Don Quixote;) porque no son los que aora se vsan, como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian rayzes de la tierra; y no se entienda, que por dezir bien de aquellos, no lo digo de aquestos, sino que quiero dezir, que al rigor, y estrechez de entonces, no llegan las penitencias de los de aora; pero no por esto dexan de ser todos buenos, à lo menos yo por buenos los juzgo; y quando todo corra turbio, menos mal haze el hipocrita, que se finge bueno, que el publico pecador. Estando en esto, vieron, que àzia donde ellos estavan venia vn hombre à pie, caminando à priesa, y dando varazos à vn macho, que venia cargado de laças, y de albardas; quando llegó à ellos los saludò, y passò de largo: Don Quixote le dixo: Buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia, que esse macho ha menester. No me puedo detener, señor, (respondió el hombre) porque las armas que veis que aquí llevo, han de servir mañana, y así me es forçoso el no detenerme, y à Dios; pero si quisieredes saber para qué las llevo, en la venta que està mas arriba de la Hermita pienso alojar esta noche, y si es que hazeis este mismo camino, allí me hallareis, donde os contarè maravillas, y à Dios otra vez: y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle, qué maravillas eran las que pensava dezirles; y como èl era

algo curioso, siempre le fatigavan de-
feos de saber cosas nuevas, ordenò,
que al momento se partiessen, y fuessen
à passar la noche en la venta, sin tocar
en la hermita, donde quisiera el prime-
ro que se quedàran. Hizose afsi, subie-
ron à cavallo, y siguieron todos tres el
derecho camino de la venta, à la qual
llegaron vn poco antes de anohecer,
(dixo el primo à Don Quixote) que
llegassen à ella à beber vn trago. Ape-
nas oyò esto Sancho Pança, quando
encaminò el ruzio à la Hermita, y lo
mismo hizieron Don Quixote, y el pri-
mo; pero la mala suerte de Sancho pa-
rece que ordenò, que el hermitaño no
estuviesse en casa, que afsi se lo dixo
vna sota hermitaña, que en la Hermita
hallaron. Pidieron de lo caro (respon-
diò) que su señor no lo tenia; pero
que si querian agua varata, que la daría
de muy buena gana. Si yo la tuviera
de agua (respondiò Sancho) pozos ay
en el camino, donde la huviera satisfe-
cho. Hà bodas de Camacho, y abun-
dancia de la casa de D. Diego, y quan-
tas vezes os tengo de echar menos!
Con esto dexaron la Hermita, y pica-
ron àzia la venta, y à poco trecho to-
paron vn mancebito, que delante de
ellos iba caminando, no con mucha
priessa, y afsi le alcançaron: llevaba la
espada sobre el ombro, y en ella pue-
to vn bulto, y emboltorio, al parecer
de sus vestidos, que al parecer devia de
ser los calçones, ò greguescos, herre-
ruelo, y alguna camisa, porque traía
puesta vna ropilla de terciopelo, con
algunas vislumbres de raso, y la camisa
de fuera; las medias eran de seda, y los
zapatos quadrados à vso de Corte: la

edad llegaria à diez y ocho, ò diez y
nueve años, alegre de rostro, y al pa-
recer agil de su persona: iba cantando
seguidillas para entretener el trabajo
del camino: quando llegaron à el aca-
bava de cantar vna, que el primo to-
mò de memoria, que dicen que dezia:

*A la guerra me lleva mi necesidad,
Si tuviera dinero no fuera en verdad*

El primero que le habló fue Don
Quixote, diciendo: Muy à la ligera
camina vuestra merced, señor galán;
y adonde bueno, sepamos, si es que
gusta dezirlo? A lo que el mozo res-
pondiò: El caminar tan à la ligera, lo
causa el calor, y la pobreza: y el adòde
voy, es à la guerra. Como la pobreza?
(preguntò Don Quixote) que por el
calor bien puede ser. Señor (replicò
el mancebo) yo llevo en este embol-
torio vnos greguescos de terciopelo,
compañeros de esta ropilla; si los gasto
en el camino, no me podrè honrar con
ellos en la Ciudad, y no tengo con què
comprar otros; y afsi por esto, como
por orearme, voy desta manera, hasta
alcançar vnas compañías de infantetia,
que no estàn doze leguas de aqui, don-
de assentarè mi plaça, y no faltaran ba-
gajes en que caminar de alli adelante,
hàta el embarcadero, que dicen ha de
ser en Cartagena, y mas quiero tener
por amo, y por señor al Rey, y servirle
en la guerra, que no à vn pelon en la
Corte: y lleva vuestra merced alguna
ventaja por ventura (preguntò el pri-
mo?) Si yo huviera servido à algun
Grande de España, ò à algun principal
personage (respondiò el mozo) à buen
se-

eguro que yo la llevara, que esso tiene el servir à los buenos, que de el ti-nelo suelen salir à ser Alferes, ò Capitanes, ò con algun buen entretenimiento; pero yo desventurado, servi siempre à catarriberas, y à gente ad-venediza de racion, y quitacion, tan misera, y atenuada, que en pagar el almidonar vn cuello, se consumia la mitad de ella; y seria tenido à mila-gro, que vn page aventurero, alcançasse, si quiera, alguna razonable ven-tura. Y digame por su vida, amigo, preguntò Don Quixote, es posible, que en los años que firviò, no ha podi-do alcançar alguna librea? Dos me han dado (respondiò el page;) pero assi como el que sale de alguna Religion, antes de professar, le quitan el habito, y le buelven sus vestidos; assi me bol-vian à mi los mios mis amos, que aca-bados los negocios à que venian à la Corte, se bolvian à sus casas, y recogian las libreas, que por sola ostentacion avian dado. Notable espilorcheria, co-mo dize el Italiano (dixo Don Quixo-te;) pero con todo esso tenga à felice ventura el ayer salido de la Corte, con tan buena intencion como lleva; porque no ay otra cosa en la tierra mas honrada, ni de mas provecho, que servir à Dios primeramente, y luego à su Rey, y señor natural, especial-mente en el exercicio de las armas, por las quales se alcançan, si no mas riquezas, alomenos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho mu-chas vezes, que puesto que han funda-do mas mayorazgos las letras que las armas, todavia llevan vn no sè que los de las armas à los de las letras, con vn

si sè que de esplendor, que se halla en ellos, que los aventaja à todos. Y es-to que aora le quiero dezir, llevelo en la memoria, que le serà de mucho pro-vecho, y alivio en sus trabajos; y es, que aparte la imaginacion de los su-cessos adversos, que le podran venir; que el peor de todos es la muerte; y como esta sea buena, el mejor de to-dos es el morir. Preguntaronle à Julio Cesar, aquel valeroso Emperador Ro-mano, qual era la mejor muerte? Res-pondiò, que la impensada, la de re-pente, y no prevista; y aunque respon-diò como Gentil, y ageno del cono-cimiento del verdadero Dios, con to-do esso dixo bien, para ahorrarle del sentimiento humano, que puesto ca-so, que os maten en la primera fac-cion, y refriega, ò yà de vn tiro de ar-tilleria, ò bolado de vna mina, que im-porta, todo es morir, y acabòse la obra; y segun Terencio, mas bien pare-ce el soldado muerto en la batalla, que vivo, y salvo en la huida; y tanto alcan-ça de fama el buen soldado, quanto tiene de obediencia à sus Capitanes, y à los que mandarle pueden; y advertid, hijo, que al soldado, mejor le està el oler à polvora, que à algalia; y que si la vez os coge en este honroso exerci-cio, aunque sea lleno de heridas, y es-tropeado, ò coxo, à lo menos no os podrá coger sin honra, y tal, que no os la podrá menoscabar la pobreza, quan-to mas, que yà se va dando orden co-mo se entretengan, y remedien los sol-dados viejos, y estropeados; porque no es bien q se haga con ellos lo que fue-len àazer los que ahorran, y dan liber-tad à sus negros, quando ya son viejos,

y no

y no pueden servir; y echandolos de casa, con titulo de libres, los hazen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse, si no con la muerte: y por aora no os quiero dezir mas, sino que subais à las ancas de este mi cavallo, hasta la venta, y alli cenareis conmigo, y por la mañana seguireis el camino, que os le dè Dios tan bueno, como vuestros deseos merecen. El page no aceptò el combite de las ancas, aunque si el de cenar con èl en la venta; y à esta fazon dizen, que dixo Sancho entre si: Valgate Dios por señor, y es posible, que hombre que sabe dezir tales, tantas, y tan buenas cosas, como aqui ha dicho, diga, que ha visto los disparates imposibles q̄ cuenta de la cueva de Montesinos? Aora bien, ello dirà; y en esto llegaron à la venta à tiempo que anochezia, y no sin gusto de Sancho, por ver, que su señor la juzgò por verdadera venta, y no por castiulo, como solia. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntò al ventero por el hombre de las lanças, y alabardas, el qual le respondiò, que en la cavalleriza estava acomodando el macho; lo mismo hizieron de sus jumentos el sobrino, y Sancho, dando à Rozinante el mejor pefebre, y el mejor lugar de la cavalleriza.

CAP. XXV. *Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del Titerero con las memorables adivinanças del modo adivino.*

NO se le cozia el pan à Don Quixote (como suele dezirse) hasta oir, y saber las maravillas prometidas

del hombre conductor de las armas; fuele à buscar donde el ventero le avia dicho que estava, y hallòle, y dixole, que en todo caso dixesse luego lo que le avia de dezir despues acerca de lo que le avia preguntado en el camino. El hombre le respondiò: mas de espacio, y no en pie se ha de tomar el cuento de mis maravillas; dexeme vuestra merced, señor bueno, acabar de dar recado à mi bestia, que yo le dirè cosas, que le admiren. No quede por esso (respondiò Don Quixote) que yo os ayudarè à todo; y así lo hizo, ahinchandole la cevada, y limpiandole el pefebre; humildad que obligò al hombre à contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentandose en vn poyo, y Don Quixote junto à èl, teniendo por senado, y auditorio al primo, al page, à Sancho Pança, y al ventero, començò à dezir de esta manera: Sabrán vuestras mercedes, que en vn lugar, que està quatro leguas y media de esta venta, sucediò, que à vn Regidor de èl, por industria, y engaño de vna muchacha, criada suya; esto es largo de contar, le faltò vn año, y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quinze dias ferian passados, segun es publica voz, y fama, que el año faltava, quando estando en la Plaça el Regidor perdido, otro Regidor del mismo Pueblo le dixo: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre (respondiò el otro;) pero sepamos, donde ha parecido? en el monte (respondiò el hallador) le vi esta mañana, sin albarda, y sin aparejo alguno; y tan flaco, q̄

era

era vna compasion mirarle: quitele antecoger delante de mi, y traerosle; pero està ya tan montaraz, y tan vranio, que quando lleguè à èl, fuè huyendo, y se entrò en lo mas escondido del monte: si queréis que bolvamos los dos à buscarle, dexadme poner esta borrica en mi casa, que luego buelvo. Mucho plazer me hareis (dixo el del jumento,) è yo procurarè pagaroslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que estàn enterados en la verdad deste caso. En resolucion, los dos Regidores à pie; y mano à mano se fueron al monte, y llegando al lugar, y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo, pues, que no parecia, dixo el Regidor que le avia visto al otro: Mirad, compadre, vna traça me ha venido al pensamiento, con la qual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque estè metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es, que yo sè rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. Algun tanto dezis, compadre, (dixo el otro) por Dios que no dà la ventaja à nadie, ni aun à los mismos asnos. Ahora lo vcrèmos (respondió el Regidor segundo) porque tengo determinado que os vais vos por vna parte del monte, y yo por otra, de modo, que le rodeemos, y andèmos todo, y de trecho en trecho rebuznareis vos, y rebuznarè yo, y no podrá ser menos, sino que el asno nos oyga, y nos responda, si es que està en

el monte. A lo que respondió el dueño del jumento, digo compadre, que la traça es excelente, y digna de vuestro gran ingenio: y dividiendose los dos, segun el acuerdo, sucedió, que casi à vn mismo tiempo rebuznaron, y cada vno engañado del rebuzno del otro, acudieron à buscarle, pensando que ya el jumento avia parecido; y en viendose, dixo el perdido: Es posible, compadre, que no fuè mi asno el que rebuznò? No fuè sino yo (respondió el otro.) Ahora digo (dixo el dueño) que de vos à vn asno, compadre, no ay alguna diferencia, en quanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto, ni oido cosa mas propia. Estas alabanzas, y encarecimientos (respondió el de la traça) mejores os atañen, y tocan à vos, que a mi, compadre, que por el Dios que me criò, que podeis dàr dos rebuznos de ventaja al mayor, y mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz à su tiempo, y compàs, los dexos muchos, y apresurados; y en resolucion, yo me doy por vencido, y os rindo la palma, y doy la vndera desta rara habilidad. Ahora digo (respondió el dueño) que me tendrè, y estimarè en mas de aqui adelante, y pensarè, que sè alguna cosa; pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznava bien, nunca entendí, que llegava al estremo que dezis. Tambien dirè yo ahora (respondió el segundo) que ay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras (respondió el dueño) sino es en casos semejantes, como el que

traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega à Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron à dividir, y à bolver à sus rebuznos, y à cada passo se engañavan, y bolvían à juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznassen dos vezes, vna tras otra: con esto doblando à cada passo los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiesse, ni aun por señas: mas como avia de responder el pobre, y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido de el bosque comido de lobos; y en viendole dixo su dueño: Yà me maravillava yo de que èl no respondia, pues à no està muerto, èl rebuznara, si nos oyera, ò no fuera asno; pero atruenco de averos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano està, compadre (respondiò el otro,) pues si bien canta el Abad, no le vā en zaga el monacillo. Con esto desconsolados, y roncós se bolvieron à su Aldea, adonde contaron à sus amigos, vezinos, y conocidos, quanto les avia acontecido en la busca de el asno, exagerando el vno la gracia del otro en el rebuznar. Todo lo qual se supo, y estendiò por los lugares circunvezinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar, y de tramar rencillas, y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento, y grandes quimeras de no nada, ordenò, è hizo, que las gentes de los otros pueblos, en

viendo à alguno de nuestra Aldea rebuznasse, como dandoles en rostro có el rebuzno de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dār en manos, y bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de vno en otro pueblo, de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno; como son conocidos, y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado à tanto la desgracia de esta burla, que muchas vezes con mano armada, y formado esquadron, han salido contra los burladores los burlados à darse la batalla, sin poderlo remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni verguença: yo creo que mañana, ò essotro dia, han de salir en campaña los de mi pueblo, que son de el rebuzno, contra otro lugar, que està dos leguas de el nuestro, que es vno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos, llevo compradas estas lanzas, y alavardas que aveis visto. Y estas son las maravillas que dixes que os avia de contar; y si no os lo han parecido, no sè otras; y con esto diò fin à su platica el buen hombre: y en esto entrò por la puerta de la venta vn hombre todo vestido de camuza, medias, greguescos, y jubon, y con voz levantada dixo: Señor huesped, ay possada? que viene aqui el mono adivino, y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, (dixo el ventero,) que aqui està el señor Maese Pedro, buena noche se nos apareja; olvidavafeme de dezir, como el tal Maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo, y casi medio carrillo con vn

parche de tafetàn verde , señal que todo aquel lado debia de estar enfermo; y el ventero profiguiò , diziendo : Sea bien venido vuestra merced , señor Maesse Pedro, à donde està el mono , y retablo, que no los veo? Yà llegan cerca (respondiò el todo camuça) sino que yo me he adelantado à saber si ay posada; al mismo Duque de Alva se la quitara para darsela al señor Maesse Pedro (respondiò el ventero) llegue el mono , y el retablo, que gente ay esta noche en la venta , que pagará el verle , y las habilidades del mono. Sea en buen hora (respondiò el del parche) que yo moderaré el precio , y con sola la costa me daré por bien pagado; yo vuelvo à hazer que camine la carreta donde viene el mono , y el retablo , y luego se bolvió à salir de la venta. Preguntò luego Don Quixote al ventero, què Maesse Pedro era aquel , y què retablo , y què mono traia? A lo que respondiò el ventero : Este es vn famoso titerero , que ha muchos dias que anda por esta mancha de Aragon , enseñando el retablo de Melifendra , dada por el famoso Don Gayferos , que es vna de las mejores , y mas bien representadas historias , que de muchos años à esta parte en este Reyno se han visto : trae assimismo consigo vn mono de la mas rara habilidad que se viò entre monos , ni se imaginò entre hombres , porque si le preguntan algo , està atento à lo que le preguntan , y luego falta sobre los ombros de su amo , y llegando se al oïdo , le dize la respuesta de lo que le preguntan , y Maesse Pedro la declara luego , y de las cosas

passadas dize mucho mas , que de las que estàn por venir ; y aunque no todas vezes acierta en todas , en las mas no yerra ; de modo , que nos haze creer que tiene el diablo en el cuerpo; dos reales lleva por cada pregunta , si es que el mono responde ; quiero dezir , si responde el amo por el , despues de averle hablado al oïdo ; y assi se cree , que el tal Maesse Pedro està riquissimo , y es hombre galante (como dizen en Italia) bon companiò , y dase la mejor vida del mundo , habla mas que seis , y bebe mas que doze , todo à costa de su lengua , y de su mono , y de su retablo. En esto bolvió el Maesse Pedro , y en vna carreta venia el retablo , y el mono , grande , y sin cola , con las posaderas de fieltro ; pero no de mala cara ; y apenas le viò Don Quixote , quando le preguntò : Digame v. m. señor adivino , què pege pillamo? Què ha de ser de nosotros ? Vea aquí mis dos reales , y mandò à Sancho que se los diese à Maesse Pedro , el qual respondiò por el mono , y dixo : Señor , este animal no responde , ni dà noticia de las cosas que estàn por venir , de las passadas sabe algo , y de las presentes algun tanto. Voto à rus (dixo Sancho) que no de yo vn ardite por que me digan lo que por mi ha passado , porque quien lo puede saber mejor que yo mesmo , y pagar yo porque me digan lo que se , sería vna gran necedad ; pero pues sabe las cosas presentes , he aqui mis dos reales , y digame el señor monissimo , què haze aora Teresa Pança mi muger , y en què se entretiene ? No quiso tomar Maesse Pedro el dinero , diziendo:

No quiero recibir adelantados los premios, sin que ayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el ombro izquierdo, en vn brinco se le puso el mono en el, y llegando la boca al oído, dava diente con diente muy apriesa; y aviendo hecho este ademán por espacio de vn Credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandissima priesa se fue el Maestre Pedro à poner de rodillas ante Don Quixote, y abrazandole las piernas, dixo: Estas piernas abraço, bien así como si abraçara las dos columnas de Hercules. O resucitador insigne de la yá puesta en olvido andante Cavalleria! No jamás como se debe alabado Cavallero Don Quixote de la Mancha, animo de los desmayados, arrimo de los que vãn à caer, brazo de los caidos, baculo, y consuelo de todos los desdichados. Quedò pasmado Don Quixote, absorto Sancho, suspensio el primo, atonito el page, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titere-ro, el qual prosiguiò diziendo: Y tu, ò buen Sancho Pança, el mejor escudero, y de el mejor Cavallero del mundo, alegrate, que tu buena muger Teresa està buena, y esta es la hora en que ella està rastillando vna libra de lino, y por mas señas tiene à su lado izquierdo vn jarro desbocado, que cabe vn buen por què de vino, con que se entretiene ea su trabajo. Esto creo yo muy bien (respondiò Sancho) porque es ella vna bienaventurada, y à no ser zelosa, no la trocara yo por

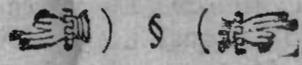
la gigante Andandona, que segun mi señor, fae vna muger muy cabal, y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dexau mal passar, aunque sea à costa de sus herederos. Aora digo (dixo à esta sazón Don Quixote) que el que lee mucho, anda mucho, vè mucho, y sabe mucho. Digo esto, porque què persuasión serà bastãte para persuadirme, que ay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto aora por mis propios ojos, porque yo soy el mesmo Don Quixote de la Mancha, que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algun tãto en mis alabaças; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al Cielo, que me dotò de vn animo blando, y compatsivo, inclinado siempre à hazer bien à todos, y mal à ninguno. Si yo tuviera dineros (dixo el page) preguntara al señor mono, que me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. A lo que respondiò Maestre Pedro (que yá se avia levantado de los pies de Don Quixote) yá he dicho, que esta bestezuela no responde à lo por venir, que si respondiera, no importãra no aver dineros, que por servicio de el señor Don Quixote, que està presente, dexara yo todos los intereses del mando; y aora porque se lo debo, por darle gusto quiero armar mi retablo, y dâr plazer à quantos están en la venta, sin paga alguna. Oyendo lo qual el ventero, alegre sobre manera, señalò el lugar donde se podia poner el retablo, que en vn punto fuè hecho. Don Quixote no estava muy contento con las adivinanças del mono, por parecerle no ser à proposito, que

que vn mono adivinasse , ni las de por venir, ni las passadas cosas; y afsi en tãto que Maesse Pedro acomodava el retablo, se retirò Don Quixote con Sancho à vn rincón de la cavalleriza, donde, sin ser oídos de nadie, le dixo : Mira Sancho , yo he considerado bien la estraña habilidad de este mono , y hallo por mi cuenta , que sin duda este Maesse Pedro su amo , debe de tener hecho pacto tacito , ò expreso con el demonio. Si el patio es expreso , y el demonio , (dixo Sancho) sin duda debe de ser muy suzio patio; pero què provecho le es al tal Maesse Pedro tener estos patios? No me entiendes Sancho ; no quiero dezir, sino que debe tener hecho algun concierto con el demonio , de que infunda essa habilidad en el mono , con que gane de comer , y despues que estè rico le darà su alma , que es lo que este universal enemigo pretende : y hazeme creer esto el ver , que el mono no responde sino à las cosas passadas , ò presentes ; y la sabiduria del diablo no se puede estender à mas , que las por venir no las sabe, si no es por congeturas, y no todas vezes, que à solo Dios està reservado conocer los tiempos , y los mementos, y para èl no ay pasado, ni por venir, que todo es presente; y siendo esto afsi, como lo es, claro està, que este mono habla con el estilo del diablo; y estoy maravillado, como no le ha acusado al Santo Oficio, y examinado-le , y sacadole de quaxo , en virtud de quien adivina : porque cierto està , que este mono no es Astrologo, ni su amo, ni èl alça , ni saben alçar estas figuras, que llaman judiciarias, que tanto aora

se vñan en España , que no ay mugercilla, ni page, ni zapatero de viejo, q̄ no presume de alçar vna figura , como si fuera vna fota de naypes de el saclo, echando à perder con sus mentiras, è ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De vna señora sè yo , que preguntò à vno destes figureros, que si vna perrilla de falda pequeña que tenia se empreñaria, y pariria, y quantos, y de què color serian los perros que pariesse ? A lo que el señor judiciario, (despues de aver alçado la figura) respondió, que la perrica se empreñaria, y paria tres perricos ; el vno verde, el otro encarnado , y el otro de mezcla: con tal condicion , que la tal perra se cubriessè entre las onze, y doze del dia, ò de la noche, y que fuesse en Lunes, ò en Sabado: y lo que sucediò fuè, que de alli à dos dias se muriò la perra de ahita, y el señor levantador quedò acreditado en el Lugar por acertadissimo judiciario, como lo quedan todos, ò los mas levantadores. Con todo esso querria (dixo Sancho) que vuestra merced dixesse à Maesse Pedro, preguntasse à su mono , si es verdad lo que à vuestra merced le passò en la cueva de Montesinos, que yo para mi tengo, con perdón de vuestra merced , que todo fuè embeleco, y mentira, ò por lo menos cosas soñadas. Todo podria ser (respondió Don Quixote ;) pero yo harè lo que me aconsejas , puesto que me ha de quedar vn no sè què de escrupulo: Estando en esto llegó Maesse Pedro à buscar à Don Quixote, y dezirle, que yà estava en orden el retablo, que su merced viniesse à verle, porque lo merecia. Don Quixote le comunicò su pensa-

miento , y le rogò preguntasse luego à su mono le dixesse , si ciertas cosas que avia passado en la cueva de Montefinos, avian sido soñadas, ò verdaderas; porque à èl le parecia , que tenian de todo. A lo que Maesse Pedro, sin responder palabra , bolviò à traer el mono ; y puesto delante de Don Quixote, y de Sancho, dixo: Mirad, señor mono, que este Cavallero quiere saber, si ciertas cosas que le passaron en vna cueva, llamada de Montefinos , si fueron falsas, ò verdaderas; y haziendole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el ombro izquierdo , y hablandole , al parecer en el oido , dixo luego Maesse Pedro : El mono dize, que parte de las cosas que vuestra merced viò, ò passò en la dicha cueva , son falsas, y parte visibiles ; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa , en quanto à esta pregunta; y que si vuestra merced quisiere saber mas, que el Viernes venidero respòderia à todo lo que se le preguntare, que por aora se le ha acabado la virtud , q̄ no le vendrà hasta el Viernes, como dicho tiene. No lo dezia yo (dixo Sancho) que no se me podia asentar , que todo lo que vuestra merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad. Los sucessos lo diràn, Sancho (respondiò Don Quixote) que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se dexa ninguna, que no la saque

à la luz del Sol, aunque estè escondida en los senos de la tierra; y por aora baste esto , y vamos à ver el retablo del buen Maesse Pedro , que para mi tengo que debe de tener alguna novedad. Como alguna (respondiò Maesse Pedro) sesenta mil encierra en si este mi retablo ; digole à vuestra merced, mi señor Don Quixote , que es vna de las cosas de mas ver, que oy tiene el mundo, y operibus credite, & non verbis, y manos à la labor, que se haze tarde, y tenemos mucho que hazer , y que dezir , y que mostrar. Obedecieronle Don Quixote, y Sancho, y vinierò donde yà estava el retablo puesto, y cubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hazian vistoso, y resplandeciente. En llegando, se metiò Maesse Pedro dentro del, que era el que avia de manejar las figuras del artificio; y fuera se puso vn muchacho, criado del Maesse Pedro, para servir de Interprete , y declarador de los misterios del retablo : tenia vna varilla en la mano , con que señalava las figuras que salian. Puestos , pues , todos quantos avia en la venta, y algunos en piè , frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el page, y el primo en los mejores lugares, el truxamàn començò à dezir lo que oirà, y verà el que leyere, ò viere el capitulo siguiente



CAP. XXVI. *Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.*



CAllaron todos Tirios, y Troyanos; quiero dezir, pendientes estavan todos los que el retablo miravan de la boca del declarador de sus maravillas, quando se oyeron sonar en el retablo cántidad de atabales, y trompetas, y dispararse mucha artilleria, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alçò la voz el muchacho, y dixo: Esta verdadera historia, que aqui à vuestras mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las Coronicas Francesas, y de los Romances Españoles, que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por este Part. II.

fas calles, trata de la libertad, que diò el señor D. Gayferos à su Esposa Melifendra, que estava cautiva en España en poder de Moros en la Ciudad de Sansueña, que assi se llamava entonces la que oy se llama Zaragoza; y vean vuestras mercedes alli, como està jugando à las tablas Don Gayferos, segun aquello que se càta: Jugando està à las tablas D. Gayferos, que yà de Melifendra està olvidado; y aquel personaje que alli assoma con corona en la cabeza, y cetro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melifendra, el qual mohino

de ver el ozio, y descuydo de su yerno, le sale à reñir, y adviertan con la vehemencia, y ahinco que le riñe, que no parece si no q̄ le quiere dár con el cetro media dozana de coscorrones; y aun ay Autores q̄ dizen, que se los dió, y muy bien dados: y despues de averle dicho muchas cosas acerca de el peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dizen que le dixo: Harto os he dicho, miradlo. Miren vuestras mercedes tambien, como el Emperador buelve las espaldas, y dexa despachado à Don Guiseros, el qual ya ven como arroja impaciente de la cola lexos de sí el tablero, y las tablas, y pide apriesa las armas, y à Don Roldan su primo pido prestada su espada Durindana, y como Don Roldan no la quiso prestar, ofraciendole su compañía en la desta empresa en q̄ se pone; pero el valeroso enojado, no lo quiere aceptar, antes dize, que el solo es bastante para facar a su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra; y con esto se entra à armar, para ponerse luego en camino. Buelvan vuestras mercedes los ojos à aquella torre que allí parece, que se preiñpone que es vna de las torres del Alcaçar de Zaragoza; que aora llaman la Aljaferia; y aquella dama, que en aquel balcon parece vestida à lo Moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas vezes se ponía à mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris, y en su esposo, se consolava en su cautiverio. Miren tambien vn nuevo caso, que aora sucede, quizá no visto jamás: No ven aquel Moro,

que callandico, y passito à passo, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la dà vn beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se dà à escupir, y à limpiarselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arinca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave Moro, que está en aquellos corredores, es el Rey Martilio de Santueña, el qual por aver visto la insolencia del Moro, puesto que era vn pariente, y gran privado suyo, le mandò luego prender, y que le dea dozientos açotes, llevandole por las calles acostambradas de la Ciudad, con chilladores delante, è envaramiento detrás; y vereis aqui donde salen à executar la sentencia, aun bien apenas no aviendo sido puesta en execucion la culpa, porque entre Moros no ay traslado à la parte, ni prueba, y este se, como entre notorios. Niño, niño, dixo con voz alta à esta fazon Don Quixote, seguid vuestra historia linea recta, y no os metais en las curvas, ò transversales, que para facar vna verdad en limpio, menester son muchas pruebas, y repruebas. Tambien dixo Maeste Pedro desde dentro: Muchacho, no te metas en dibujos, si no haz lo que este señor te manda que será lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sutiles. Yo lo harè así, (respondió el muchacho,) y prosiguió diciendo: Esta figura, que aqui parece à cavallo, cubierta con vna capa Gascona, es la mis-

ma de Don Gayferos, à quien su esposa yà vengada del atrevimiento del enamorado Moro, con mejor, y mas follegado semblante se ha puesto à los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones, y coloquios de aquel Romance, que dizen: Cavallero si à Francia ides, por Gayferos preguntad. Las quales no digo yo aora, porque de la prolixidad se fuele engendrar el fastidio, basta ver como Don Gayferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra haze, se nos dà à entender, que ella le ha conocido: y mas aora que vemos se descuelga de el valcon para ponerse en las ancas de el cavallo de su buen esposo: mas ay sin ventura, que se le ha afsido vna punta del faldellin de vno de los hierros del valcon, y està pendiente en el ayre, sin poder llegar al suelo; pero veis como el piadoso Cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gayferos, y sin mirar si se rasga, ò no el rico faldellin, ase de ella, y mal de su grado la haze baxar al suelo, y luego de vn brinco la pone sobre las ancas de su cavallo, ahorcajada como hombre, y la manda, que se tenga fuertemente, y le eche los brazos por las espaldas, de modo, que los cruze en el pecho, porque no se cayga, à causa, que no estava la señora Melisendra acostumbada à semejantes cavallerías. Veis tambien como los relinchos del cavallo dan señales, que và contento con la valiente, y hermosa carga que lleva en su señor, y en su señora. Veis como buel-

ven las espaldas, y salen de la Ciudad, y alegres, y regozijados toman de Paris la via: Vais en paz, ò por fin par de verdaderos amantes, llegueis à vuestra deseada patria, sia que la fortuna ponga estorvo en vuestro felice viage. Los ojos de vuestros amigos, y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de vida. Aqui alçò otra vez la voz Maesse Pedro, y dixo: Llaneza muchaco, no te encubras, que toda afeccion es mala. No respondiò nada el Interprete, antes prosiguiò diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo fuele ver todo, que no viesse la baxada, y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al Rey Marsilio, el qual mandò luego tocar al arma; y miren con que priessa, que yà la Ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las Torres de las Mezquitas splanan. Eso no, (dixo Don Quixote) en esto de las campanas anda muy impropio Maesse Pedro; porque entre Moros, no se vsan campanas, sino atabales, y vn genero de dulzaynas, que parecen nuestras chirimias; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda, que es vn gran disparate. Lo qual oido por Maesse Pedro, cesò el tocar, y dixo: No mire vuestra merced en niñerías, señor Don Quixote, no quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. No se representa por ài casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades, y disparates; y con todo esto corren felicissimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con

admiracion, y todo? Profigue muchacho, y dexa dezir, que como yo llene mi talego, siquiera representen mas impropiedades, que tiene atomos el Sol. Asi es la verdad (replicò Don Quixote;) y el muchacho dixo: Miren quanta, y con quan luzida cavalleria sale de la Ciudad en seguimientto de los Catolicos amantes; quantas trompetas, que suenan, quantas dulzaynas, que tocan, y quantos atabales, y atambores, que retumban, temome, que los han de alcançar, y los han de bolver atados à la cola de su mismo cavallo, que seria vn horrendo espectáculo. Viendo, y oyendo, pues, tanta Morisma, y tanto estruendo Don Quixote, parecióle ser bien dar ayuda à los que huian; y levantandose en piè, en voz alta, dixo: No consentirè yo, que en mis dias, y en mi presencia se le haga supercheria à tan famoso Cavallero, y à tan atrevido enamorado, como es Don Gayferos: deteneos maldecida canalla, no le sigais, ni perligais; si no conmigo fois en la batalla; y diziendo, y haziendo, desembaynò la espada, y de vn brinco se puso junto al retablo, y con acieerada, y nunca vista furia, començò à llover cuchilladas sobre la tierra Morisma, derrivando à vnos, y descabeçando à otros, estropeando à este, destrozando à aquel; y entre otros muchos, tirò vn altibaxo, tal, que si Maesse Pedro no se abaxa, se encoge, y agazapa, le cercenàra la cabeça con mas facilidad, que si fuera hecha de massa de mazapan. Davava vnzes Maesse Pedro, diziendo: Detengase vuestra merced, señor Don

Quixote, y advierta, que estos que derriba, destroza, y mata, no son verdaderos Moros, sino vnas figurillas de pasta: mire, pecador de mi, que me destruye, y echa à perder toda mi hacienda. Mas no por esto dexava de menudear Don Quixote cuchilladas, mandobles, tajos, y rebeses, como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos diò con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos, y desmenuzadas todas sus jarcias, y figuras; el Rey Marsilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la corona, y la cabeça en dos partes. Alborotòse el senado de los oyentes, huyòse el monno por los tejados de la venta, temiò el primo, desacobardòse el page, y hasta el mismo Sancho Pança tuvo pavòr grãdissimo; porque como el jurò, despues de passada la borrasca, jamàs avia visto à su señor con tan desatinada colera. Hecho, pues, el general destrozo de el retablo, foggèse vn poco Don Quixote, y dixo: Quisiera yo tener aqui delante en este punto todos aquellos, que no creen, ni quieren creer, de quanto provecho sean en el mundo los Cavalleros andantes, miren si no me hallàra yo aqui presente, que fuera de el buen Don Gayferos, y de la hermosa Melisendra; à buen seguro, que esta fuera yà la hora, que los huvieran alcançado estos canes, y les huvieran hecho algun defagnifado. En resolucion, viva la andante Cavalleria sobre quantas cosas oy viven en la tierra. Viva en hora buena (dixo à esta fazon con voz enternecida Maesse Pedro) y muera yo, pues foy tan desdichado, que puedo dezir con el

Rey

Rey Don Rodrigo: Ayer fuy señor de España, y oy no tengo vna almena, que pueda dezir que es mia. No ha media hora, ni aun mediano momento, que me vi señor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis cavallerizas, y mis cofres, y sacos de infinitos cavalleros, y innumerables galas, y agora me veo desolado, y abatido, pobre, y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que à fee que primero que le buelva à mi poder, me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor Cavallero, de quien se dize, que ampara pupilos, y endereza tuertos, y haze otras obras caritativas, y en mi solo ha venido à faltar su intencion generosa, que sean benditos, y alabados los Cielos, allà donde tienen mas levantados sus asientos.

En fin, el Cavallero de la triste Figura avia de ser aquel que avia de desfigurar las mias. Enterneçióse Sancho Pança con las razones de Maese Pedro, y dixole: No llores Maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el coraçon; porque te hago saber, que es mi señor Don Quixote tan Catholico, y escrupuloso Christiano, que si èl cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrà, y te lo querrà pagar, y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagasse el señor Don Quixote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced asseguraria su conciencia; porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo ref-

tituye. Afsi es (dixo Don Quixote;) pero hasta aora yo no sè que tenga nada vuestro, Maese Pedro. Como (respondió Maese Pedro;) y estas reliquias, que estàn por este duro, y estéril suelo, quien las esparció, y aniquilò, sino la fuerça invencible de ese poderoto brazo? Y cuyos eran sus cuerpos, sino míos? Y con quien me sustentava yo, sino con elios? Aora he acabado de creer (dixo à este punto Don Quixote) lo que otras muchas vezes he creído, que estos encantadores, que me persiguen, no hazen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan, y truecan en las que ellos quieren. Real, y verdaderamente os digo, señores, que me ois, que à mi me pareció todo lo que aqui ha pasado, que passava al pie de la letra, que Melisendra era Melisendra, Don Gayferos, Don Gayferos, Marfilio, Marfilio, y Carlo Magno, Carlo Magno: por esso me alterò la colera, y por cumplir con mi profission de Cavallero andante, quise dar ayuda, y favor à los que huían; y con este buen proposito hize lo que aveis visto: si me ha salido al rebès, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto de este mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condennarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco à pagarfelo luego en buena corriente moneda Castellana. Inclínósele Maese Pedro, diziendole: No esperaba yo menos de la inaudita Christiandad de el valeroso Don Quixote de la Mancha,

verdadero socorredor, y amparo de todos los necesitados, y menesterosos vagamundos, y aqui el señor ventero, y el gran Sancho serán medianeros, y apreciadores entre vuestra merced, y mi, de lo que valen, o podian valer las ya deshechas figuras. El ventero, y Sancho dixeron, que así lo harian, y luego Maese Pedro alçò del suelo con la cabeça menos al Rey Martinillo de Zaragoza, y dixo: Ya se ve quan imposible es boiver à este Rey à su ser primero; y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dè por su muerte, fin, y acabamiento, quatro reales y medio. Adelante (dixo Don Quixote.) Pues por esta abertura de arriba à abaxo (prosiguiò Maese Pedro) tomando en las manos al partido Emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiesse yo cinco reales, y vn quartillo. No es poco (dixo Sancho.) Ni mucho (replicò el ventero) me diessè la partida, y señalense cinco reales. Densèle todos cinco y quartillo (dixo Don Quixote) que no està en vn quartillo mas à menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto Maese Pedro, que se haze hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura (dixo Maese Pedro) que està sin narizes, y vn ojo menos, que es la de la hermosa Melifendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales, y doze maravedis. Aun así seria el diablo (dixo Don Quixote) si no estuviessè Melifendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia: porque el cavallo en que iban, à mi me pareciò que antes bolava que corria; y así no ay para que venderme à mi el gato por liebre, presentân-

dome aqui à Melifendra desnarigada, estando la otra, si viene à mano, aora holgandose en Francia con su esposo à pierna teadida: ayude Dios con lo suyo à cada vno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pie llano, y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro que viò que Don Quixote izquierdeava, y que bolvia à su primer rema, no quiso que se le escapassè, y así le dixo: Esta no debe de ser Melifendra, sino alguna de las donzellas que la servian, y así con sesenta maravedis que me den por ella quedarè contento, y bien pagado. De esta manera fuè poniendo precio à otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos juezes arbitros, con satisfacion de las partes, que llegaron à quarenta reales, y tres quartillos; y además de esto, que luego los desembolsò Sàcho. Pidiò Maese Pedro dos reales, por el trabajo de tomar el mono. Dase los, Sancho, (dixo Don Quixote) no para tomar el mono, sino la mona; y dozientos diera yo aora en albricias à quien me dixera con certidumbre, que la señora Melifendra, y el señor Don Gayferos estavan ya en Francia, y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá dezir mejor q̄ mi mono (dixo Maese Pedro;) pero no avrà diablo q̄ aora le tome; aunque imagino, que el cariño, y la hambre le han de forçar que me busque esta noche, y amanecerà Dios, y verèmonos. En resolucion, la borrasca del retablo se acabò, y todos cenaron en paz, y en buena compania, à costa de Don Quixote, que era liberal en todo estremo. Antes que amaneciesse se fuè el que llevaba las lanças, y

las alabardas, y ya despues de amanecido, se vinieron à despedir de Don Quixote el primo, y el page; el vno para bolverse à su tierra; y el otro à proseguir su camino, para ayuda del qual le diò Don Quixote vna dozena de reales. Maesse Pedro no quiso bolver à entrar en mas dimes, ni dirètes con Don Quixote, à quien èl conocia muy bien; y asì madrugò antes que el Sol; cogiendo las reliquias de su retablo, y à su mono, se fuè tambien à buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia à Don Quixote, tan admirado le tenian sus locuras, como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagò muy bien, por orden de su señor; y despidiendose del casi à las ocho de el dia, dexaron la venta, y se pusieron en camino, donde los dexarèmos ir, que asì conviene, para dár lugar con otras cosas pertenecientes à la declaracion de esta famosa historia.

CAP. XXVII. *Donde se dà cuenta, quienes eran Maesse Pedro, y su mono, con el mal suceso, que Don Quixote tuvo en la aventura de el rebuzno, que no la acabò como èl quisiera, y como lo tenia pensado.*

ENtra Cide Hamete, Coronista de esta grande historia, con estas palabras en este capitulo. Juro, como Catholico Christiano (à lo que su Traductor dize, que el jurar Cide Hamete, como Catholico Christiano, siendo èl Moro, coano sin duda lo era, no quiso dezir otra cosa, sino que asì como el Catholico Christiano, quando

jura, ò debe jurar verdad, y dezirla en lo que dixere; asì èl la dezìa, como si jurara como Christiano Catholico, en lo que queria escrivir de Don Quixote, especialmente en dezir quien era Maesse Pedro, y quien el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanças. Dize, pues, que bien se acordarà el que huviere leído la primera parte de esta historia de aquel Ginès de Passamonte, à quien entre otros Galeotes diò libertad Don Quixote en Sierra-Morena: beneficio, que despues le fuè mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna, y mal acostumbada. Este Ginès de Passamonte, à quien Don Quixote llamava Ginesillo de Parapilla, fuè el que hurtò à Sancho Pança el ruzio, que por no averle puesto el como, ni el quando en la primera parte, por culpa de los Impresores, ha dado en que entender à muchos, que atribuir à poca memoria de el Autor la falta de la Imprenta. Pero en resolucion, Ginès le hurtò, estando sobre èl durmiendo Sancho Pança, vsando de la traça, y modo, que vsò Brunèlo, quando estando Sacripante sobre Albraca, le sacò el cavallo de entre las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha contado. Este Ginès, pues temeroso de no ser hallado de la Justicia, que le buscava para castigarle de sus infinitas bellaquerias, y delitos, que fueron tantos, y tales, que èl mismo compuso vn gran volumen contando-los, determinò passarse al Reyno de Aragón, y cubrirse el ojo izquierdo, acomodandose al oficio de Titero, que esto, y el jugar de manos labia ha-

zer por estremo. Sucedió, pues, que de vnos Christianos ya libres, que venian de Berberia, comprò aquel mono, à quien enseñò, que en haziendole cierta señal, se le pudiesse en el ombro, y le murmurasse, ò lo pareciesse al oïdo. Hecho esto, antes que entrasse en el lugar donde entrava con su retablo, y el mono, se informava de el Lugar mas cercano, ù de quien el mejor podia, què cosas particulares huviesse sucedido en el tal Lugar, y à què personas; y llevandolas bien en la memoria, lo primero que hazia, era mostrar su retablo; el qual vnas vezes era de vna historia, y otras de otra: pero todas alegres, y regozijadas, y conocidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo, que adivinava todo lo pasado, y lo presente; pero que en lo de por venir no se dava maña: por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, de algunas hazia varato, segun tomava el pulso à los preguntantes; y como tal vez llegava à las casas de quien el sabia los sucessos de los que en ella moravã, aunque no le preguntassen nada, por no pagarle, el hazia la señal al mono, y luego dezia, que le avia dicho tal, y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido: con esto cobrava credito infalible, y andavanse todos tras el; otras vezes, como era tan discreto, respondia de manera, que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apurava, ni apretava à que dixesse como adivinava su mono, à todos hazia monas, y llevaba sus esgueros. Así como entrò en la venta conociò à Don Quixote, y à Sancho, por cuyo

conocimiento le fue facil poner en admiracion à Don Quixote, y à Sancho Pança, y à todos los que en ella estavan: pero huvierale de costar caro, si Don Quixote baxara vn poco mas la mano, quando cortò la cabeça al Rey Marsilio, y destruyò toda su cavalleria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Esto es lo que ay que dezir de Maesse Pedro, y su mono. Y bolviendo à Don Quixote de la Mancha, digo, que despues de aver salido de la venta, determinò de ver primero las riberas del Rio Ebro, y todos aquellos contornos antes de entrar en la Ciudad de Zaragoza, pues le dava tiempo para todo el mucho que faltava desde allí à las justas; con esta intencion siguiò su camino, por el qual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de vna loma, oyò vn gran rumor de atambores, de trompetas, y arcabuzes; al principio pensò, que algun Tercio de soldados passava por aquella parte; y por verlos, picò à Rozinante, y subió la loma arriba; y quando estuvo en la cumbre, viò al pie de ella, à su parecer, mas de dozientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dixessemos, lançones, ballestas, partefanas, alavardas, y picas, y algunos arcabuzes, y muchas rodelas. Baxò del recuesto, y acercòse al esquadron, tanto, que distintamente viò las vanderas; juzgò de las colores, y notò las empreñas que en ellas traian, especialmente vna, que en vn estandarte, ò giròn de raso blanco venia, en el qual estava pintado muy al vivo vn asno como vn pequeño far-

d.f.

deseo, la cabeça levantada, la boca abierta, y la lengua de fuera, en acto, y postura, como si estuviera rebuznando: al rededor del estavan escritos de letras grandes estos dos versos.

*No rebuznaron en valde
El vno, y el otro Alcalde.*

Por esta insignia sacò Don Quixote, que aquella gente debia de ser de el Pueblo del rebuzno, y assi se lo dixo à Sancho, declarandole lo que en el estandarte venia escrito. Dixole tambien, que el que les avia dado noticia de aquel caso, se avia errado en dezir, que dos Regidores avian sido los que rebuznaron; pero que segun los versos del estandarte, no avian sido sino Alcaldes. A lo que respondiò Sancho Pança: Señor, en esso no ay que reparar, que bien puede ser, que los Regidores, que entonces rebuznaron, miniesen con el tiempo à ser Alcaldes de su Pueblo, y assi se pueden llamar con entrambos titulos: quanto mas, que no haze al caso à la verdad de la Historia, ser los rebuznadores Alcaldes, ò Regidores, como ellos vna por vna ayan rebuznado; porque tan à pique està de rebuznar vn Alcalde, como vn Regidor. Finalmente, conocieron, y supieron, como el Pueblo corrido, salia à pelear con otro, que le corria mas de lo justo, y de lo que se debia à la buena vezindad. Fuese llegando à ellos Don Quixote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los de el esquadron le recogieron en me-

dio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quixote alcanzando la visera con gentil brio, y continente, llegò hasta el estandarte de el asno, y alli se le pusieron al rededor todos los mas principales de el exercito, por verle, admirados con la admiracion acostumbrada, en que caian todos aquellos, que la vez primera le miravan. Don Quixote que los viò tan atentos à mirarle, sin que ninguno le hablasse, ni le preguntasse nada, quiso aprovecharse de aquel silencio; y rompiendo el suyo, açò la voz, y dixo:

Buenos señores, quan encarecidamente puedo, os suplico, que no interrumpais vn razonamiento que quiero hazeros, hasta que veais, que os disgusta, y enfada; que si esto sucede, con la mas minima señal que me hagais, pondrè vn sello en mi boca, y echarè vna mordaza à mi lengua. Todos le dixeron, que dixesse lo que quisiese, que de buena gana le escucharian. Don Quixote con esta licencia, prosiguiò, diziendo: Yo, señores míos, soy Cavallero Andante, cuyo exercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favotecer à los necesitados de favor, y acudir à los menesterosos. Dias ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve à tomar las armas à cada passo, para vengaros de vuestros enemigos. Y avièdo discurrido vna, y muchas vezes en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar à vn pueblo entero,

tero, sino es retardole de traydor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traycion porque le reta. Exemplo de esto tenemos en Don Diego Ordoñez de Lara, que retó à todo el Pueblo Zamorano, porque ignorava, que solo Vellido Dolfos avia cometido la traycion de matar à su Rey; y así retó à todos, y à todos tocava la vengança, y la respuesta; aunque bien es verdad, que el señor Don Diego anduvo algo demafiado, y aun pasó muy adelante de los limites del reto, porque no tenia para que retar à los muertos, à las aguas, ni à los panes, ni à los que estavan por nacer, ni à las otras mendencias, que allí se declaran; pero vaya, pues, quando la colera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno, que la corrija. Siendo, pues, esto así, que vno solo no puede afrentar à Rey, Provincia, Ciudad, Republica, ni Pueblo, ò entero, queda en limpio, que no ay para que salir à la vengança de el reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque bueno seria, que se matassen à cada passo los del pueblo de la Reloxa con quien se lo llama: ni los caçoleros, verengeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres, y apellidos, que andan por ai en bocas de los muchachos, y de gente de poco mas à menos: bueno seria por cierto, que todos estos insignes pueblos se cortiesen, y vengassen, y anduiesen de continuo hechas las espadas sacabuches à qualquier pendencia, por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita, ò quiera; los varones prudentes, las Republicas bien concertadas, por quatro cosas

han de tomar las armas, y desembayar las espadas, y poner à riesgo sus personas, vidas, y haciendas. La primera, por defender la Fè Catholica. La segunda, por defender su vida, que es de ley natural, y divina. La tercera, en defensa de su honra, de su familia, y hacienda. La quarta, en servicio de su Rey en la guerra justa: y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras, que sean justas, y razonables, y que obliguen à tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas, que antes son de risa, y passatiempo, q̄ de afrenta, parece, que quien las toma, carece de todo razonable discurso; quanto mas, q̄ el tomar vengança injusta (que justa no puede aver alguna q̄ lo sea) v̄ derechamente contra la santa Ley que professamos, en la qual se nos manda, que hagamos bien à nuestros enemigos, y que amemos à los que nos aborrecen; mandamiento, que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es, sino para aquellos, que tienen menos de Dios, que de el mundo, y mas de carne, que de espíritu; porque Jesu-Christo, Dios, y Hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo, ni puede mentir, siendo Legislador nuestro, dixo, que su yugo era suave, y su carga libiana; y así no nos avia de mandar cosa, que fuese imposible el cumplirla. Así, mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas, y humanas à fofgarfe. El diablo me lleve (dixo à esta fazon Sancho entre sí) si este mi

amo no es Tologo, y si no lo es, que lo parece como vn huevo à otro. Tomò vn poco de aliento Don Quixote, y viendo que todavia le prestavan silencio, quiso passar adelante en su plastica; como passara, sino se pusiera en mediò la agudeza de Sancho, el qual viendo que su amo se detenia, tomò la mano por èl, diziendo: Mi señor Don Quixote de la Mancha, que vn tiempo se llamó el Cavallero de la triste Figura, y agora se llama el Cavallero de los Leones, es vn Hidalgo muy atestado, que sabe Latin, y Romance como vn Bachiller, y en todo quanto trata, y aconseja, procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes, y ordenanças, de lo que llaman el duelo en la vña, y así no ay mas que hazer, sino dexarse llevar por lo que èl dixere, y sobre mi si lo erraren: quanto mas que ello se està dicho, que es necedad correrse por solo oír vn rebuzno, que yo me acuerdo quando muchacho que rebuznava, cada, y quando se me antojava, sin que nadie me fuesse à la mano, y con tanta gracia, y propiedad, que en rebuznando yo, rebuznaban todos los afnos del pueblo; y no por esso dexava de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunq por esta habilidad era embidiado de mas de quatro de los esfirados de mi pueblo, no se me dava dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen, y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que vna vez aprendida, nunca se olvida: y luego puesta la mano en las narizes, començò à rebuznar tan reziamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero vno

de los que estavan junto à èl, creyendo que hazia burla de ellos, alçò vn varapalo que en la mano tenia, y diòle tal golpe con èl, que sin ser poderoso à otra cosa, diò con Sancho Pança en el suelo. Don Quixote que viò tan mal parado à Sancho, arremetiò al que le avia dado con la lança sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle, antes viendo que llovía sobre èl vn nublado de piedras, y que le amenazavan mil encaradas vallestas, y no menos cantidad de arcabuzes, bolviò las riendas à Rozinante, y à todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendandose de todo coraçon à Dios, que de aquel peligro le librasse; temiendo à cada passo no le entrasse alguna vala por las espaldas, y le saliesse al pecho, y à cada punto recogia el aliento, por ver si le faltava. Pero los de el esquadron se contentaron con verte huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas buuelto en si, y le dexarò ir tras su amo, no porque èl tuviesse sentido para regirle; pero el ruzio siguiò las huellas de Rozinante, sin el qual no se hallava vn punto: Alongado, pues, Don Quixote buen trecho, bolviò la cabeça, y viò que Sancho venia, y atendiòle viendo que ninguno le seguia. Los del esquadron se estuvieron alli hasta la noche, y por no aver salido à la batalla sus contrarios, se bolvieron à su pueblo, regozijados, y alegres, y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos, levantaran en aquel lugar, y sitio vn trofeo.

(* * *)

CAP. XXVIII. *De cosas que dize Benengeli, que las sabrà quien las leyere, si las lee con mucha atencion.*

Quando el valiente huye, la supercheria està descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificò en Don Quixote, el qual dando lugar à la furia del pueblo, y à las malas intenciones de aquel indignado esquadron, puso pies en polvorosa; y sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dexava, se apartò tanto, quanto le pareció que bastava para estar seguro. Seguiale Sancho, atravesado en su jumento, como queda referido. Llegò en fin yà buelto en su acuerdo, y al llegar, se dexò caer de el ruzio à los pies de Rozinante, todo ansioso, todo molido, y todo apaleado. Apeòse Don Quixote para catarle las heridas; pero como le hallasse sano de los pies à la cabeça, con assaz colera le dixo: Tan en hora mala supistes vos rebuznar Sancho; y donde hallastes vos ser bueno el nombrar la fogga en casa del ahorcado? A musica de rebuznos, què contrapunto se avia de llevar, si no de varapalos? Y dad gracias à Dios, Sancho, que yà que os santiguaron con vn palo, no os hizieron el perignum Crucis con va alfanje. No estoy para responder (respondiò Sancho;) porque me parece, que hablò por las espaldas: subamonos, y apartémonos de aqui, que yo pondrè silencio en mis rebuznos; pero no en dexar de dezir, que los Cavalleros andantes huyen, y dexan à sus buenos

escuderos molidos como alheña, ò como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira (respondiò Don Quixote;) porque has de saber, Sancho, que la valentia que no se funda sobre la vasa de la prudencia, se llama temeridad: de las hazañas de el temerario, mas se atribuyen à la buena fortuna, que à su animo. Y assi yo confieso, que me he retirado, pero no huïdo; y en esto he imitado à muchos valientes, q̄ se han guardado para tiempos mejores, y desto estàn las historias llenas; las quales, por no ferte à ti de provecho; ni à mi de gusto, no te las refiero aora. En esto yà estava à cavallo Sancho, ayudado de Don Quixote, el qual assimismo subió en Rozinante, y poco à poco se fueron à emboscar en vna alameda, que hasta vn quarto de legua de alli se parecia. De quando en quando dava Sancho vnos ayes profundísimos, y vnos gemidos dolorosos. Y preguntandole Don Quixote la causa de tan amargo sentimiento. Respondiò, que desde la punta de el espinazo, hasta la nuca del cerebro le dolia, de manera, que le sacava de sentido. La causa de esse dolor debe de ser sin duda (dixo Don Quixote) que como era el palo con que te dieron largo, y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas essas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios (dixo Sancho) que vuestra merced me ha sacado de vna gran duda, y que me la ha declarado por lindos terminos. Cuerpo de mi, tan encubierta estava la causa de mi dolor, que ha sido menester dezirme, q̄ me duele todo aquello que

que alcançò el palo; si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por que me dolian; pero dolerme lo q̄ me molierò, no es mucho adivinar. A la fee, señor nuestro amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendo tierra, de lo poco que puedo esperar de la compañía, que con vuestra merced tengo; porque si esta vez me ha dexado apalear, otra, y otras ciento bolveremos à los manteamientos de marras, y otras muchacherias, que si agora me han salido à las espaldas, despues me saldràn à los ojos. Harto mejor haria yo, si no que soy vn barbaro, y no harè nada que bueno sea en toda mi vida: harto mejor haria yo, buelvo à dezir, en bolverme à mi casa, y à mi muger, y à mis hijos, y sustentarla, y criarlos con lo que Dios fuere servido de dar-me, y no andarme tras vuestra merced por caminos sin camino, y por sendas, y carreras, que no las tienen, bebiendo mal, y comiendo peor: pues tomadme el dormir, contad hermano escudero siete pies de tierra, y si quisieredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano està escudillar, y tenderos à todo vuestro buen talante, que quemado vea yo, y hecho polvos al primero que diò puntada en la andante cavalleria; ò à lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como devieron ser todos los Cavalleros andantes passados; de los presentes no digo nada, que por ser vuestra merced vno de ellos, los tengo respeto, y porque sè que sabe v.m. vn punto mas que el diablo, en quãto habla, y en quanto pien-

sa. Haria yo vna buena apuesta con vos Sancho (dixo Don Quixote) que agora que vais hablando, sin que nadie os vaya à la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento, y à la boca, que arrueco de que à vos no os duela nada, tendrè yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias: y si tanto deseais bolveros à vuestra casa con vuestra muger, y hijos, no permita Dios, q̄ yo os lo impida: dineros tenéis mios, mirad quanto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo q̄ podeis, y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Quando yo servia (respondiò Sincho) à Tomè Carrasco, el padre de el Bachiller Sanfon Carrasco, que v.m. bien conoce, dos ducados ganava cada mes, à men de la comida: con v.m. no se lo que puedo ganar, puesto que se que tiene mas trabajo el escudero de el Cavallero andante, que el que sirve à vn labrador, que en resolucion, los que servimos à labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, à la noche cenamos holla, y dormimos en cama, en la qual no he dormido despues que ha que sirvo à vuestra merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de D. Diego de Miranda, y la gira q̄ tuve cò la espuma que saquè de las hollas de Camacho, y lo que comi, y bebi, y dormi en casa de Basilio, todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al Cielo abierto, fugeto à lo q̄ dizen inclemencias del Cielo, sustentandose con rajas de queso, y mèdrugos de pan, y bebiendo

do aguas, yà de arroyos, yà de fuentes, de las que encontramos por esos andurriales, donde andamos. Confesso (dixo Don Quixote) que todo lo que dizes Sancho sea verdad, quanto parece que os debo dár mas de lo que os dava Tomè Carrasco? A mi parecer (dixo Sancho) con dos reales mas que v. m. añadiesse cada mes, me tendria por bien pagado: esto es quanto al salario de mi trabajo; pero en quanto à satisfacerme à la palabra, y promessa que v. m. me tiene hecha de darme el gobierno de vna Insula, feria justo, que se añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Está muy bien (replicò Don Quixote,) y conforme al salario que vos os aveis señalado, veinte y cinco dias ha que salimos de nuestro pueblo, contad Sancho rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagáos, como os tengo dicho de vuestra mano. O cuerpo de mi (dixo Sancho) que v. m. muy errado en esta cuenta, porque en la de la promessa de la insula, se ha de contar desde el dia que v. m. me la prometió, hasta la presente hora que estamos. Pues què tanto ha, Sancho, que os lo prometí (dixo Don Quixote?) Si yo mal no me acuerdo (respondió Sancho) debe de aver mas de veinte años, tres dias mas à menos. Diòse D. Quixote una gran palmada en la frente, y comenzó à reir muy de gana, y dixo: Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, si no dos meses apenas, y dizes Sancho que ha veinte años que te prometí la Insula? Agora digo, que quieres que se consuma en tu sala-

rio el dinero que tienes mio: y si esto es así, y tu gustas de ello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga, q̄ à trueque de verme sin tan mal escudero, holgàrame de quedarme pobre, y sin blanca. Pero dime prevaricador de las ordenanças escuderiles de la andante Cavalleria, donde has viste tu, ò leido, que ningun escudero de Cavallero andante se aya puesto con su señor en quanto mas tanto me aveis de dár cada mes porque os sirva? Entrate, entrate, malandrin, follon, y vestiglo, que todo lo pareces, entrate, digo, por el mare magnum de sus historias, y si hallares que algun escudero aya dicho, ni pensado lo que aquí has dicho, quierro que me claves en la frente, y por añadidura me hagas quatro mamornos, selladas en mi rostro. Buelve las riendas, ò el cabestro al ruzio, y buelvetete à tu casa, porque vn solo passo desde aquí no has de passar mas adelante conmigo. O pan mal conocido! O promessas mal colocadas! O hombre, que tienes mas de bestia, que de persona. Agora quando yo pensava ponerte en estado, y tal, que à pesar de tu muger te llamàran señoria, y te despidies? Agora te vàs, quando yo venia con intencion firme, y valedera de hazerte señor de la mejor Insula del mundo? En fin, como tu has dicho otras vezes, no es la miel, &c. asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar, quando se te acabe el curso de la vida, que para mi tengo, que antes llegará ella à su vltimo termino, q̄ tu caygas, y dès en la cuenta de que eres bestia. Mirava Sancho à Don Quixote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le

dezia, y compungiose de manera, que le vinieron las lagrimas à los ojos, y con voz dolorida, y enferma le dixo: Señor mio, yo confieso, que para ser del todo aino, no me falta mas de la cola, si vuestra merced quiere ponerme la, yo la darè por bien puesta, y le servirè como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuestra merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sè poco; y si hablo mucho, mas procede de enfermedad, que de malicia: mas quiè yerra, y se enmienda, à Dios se encomienda. Maravillàrame yo, Sancho, sino mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Aora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aqui adelante tan amigo de tu interès, sino que procures ensanchar el coraçon, y te alientes, y animes à esperar el cumplimiento de mis promessas, que aunque se tarda, no se impossibilita. Sancho respondiò, que si haria, aunque sacasse fuerças de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quixote se acomodò al pie de vn olmo, y Sancho al de vna haya, que estos tales arboles, y otros sus semejantes, siempre tienen pies, y no manos. Sancho passò la noche penosamente, porque el varápalo se hazia mas sentir con el sereno. Don Quixote la passò en sus continuas memorias; pero con todo esto dieron los ojos al sueño, y al salir del Alva siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucediò lo que se contará en el capitulo venidero.

CAP. XXIX. *De la famosa aventura del barco encantado.*

Por sus passos contados, y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quixote, y Sancho al Rio Ebro, y el verle fue de gran gusto à Don Quixote, porque contemplò, y mirò en èl la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el fofsiego de su curso, y la abundancia de sus liquidos cristales, cuya alegre vista renovò en su memoria mil amorosos pensamientos; especialmète, fue, y vino en lo que avia visto en la cueva de Montesinos, que puesto que el mono de Maesse Pedro le avia dicho, que parte de aquellas cosas eran verdad, y parte mentira, èl se atenia mas à las verdades, que à las mentirosas, bien al rebès de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo, pues, de esta manera, se le ofreciò à la vista vn pequeño barco sin remos, ni otras jarcias algunas, que estava atado en la orilla à vn tronco de vn arbol, que en la ribera estava. Mirò Don Quixote à todas partes, y no viò persona alguna, y luego sin mas, ni mas se apeò de Rozinante, y mandò à Sancho, que lo mismo hiziesse del ruzio, y que à entrambas bestias las atasse muy bien juntas al tronco de vn alamo, ò sauce, que alli estava. Preguntòle Sancho la causa de aquel subito apeamiento, y de aquel ligamento. Respondiò Don Quixote: Has de saber, Sancho, que este barco que aqui està derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me està llamando,

do, y combidando à que entre en èl y vaya en èl à dár focorro à algun Cavallero, ò à otra necesitada, y principal persona, que debe de està puesta en alguna grande cuyta, porque este es estilo de los libros de las historias Cavallerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten, y platican, quando algun Cavallero està puesto en algun trabajo, que no puede ser librado del fino por la mano de otro Cavallero, puesto que estèn distantes el vno del otro dos, ò tres mil leguas, y aun mas, ò le arrebatan en una nube, ò le deparan vn barco donde se entre, y en menos de vn abrir, y cerrar de ojos, le llevan, ò por los ayres, ò por la mar, donde quieren, y adonde es menester su ayuda: así que, ò Sancho, este barco està puesto aquí para el mismo efecto: y esto es tan verdad, como aora es de dia, y antes que este se passe, ata juntos al ruzio, y à Rozinante, y à la mano de Dios que nos guie, que no dexara de embarcarme, si me lo pidieffen Frayles Descalços. Pues asíes (respondió Sancho) y vuestra merced quiere dár à cada passo en estos, que no sè si los llame disparates, no ay sino obedecer, y baxar la cabeça, atendiendo al refrán: Haz lo que tu amo te manda, y sientate con èl à la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi cóciencia, quiero advertir à v.m. que à mi me parece, que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores de este rio, porque en èl se pescan las mejores sabogas de el mundo. Esto decia mientras atava las bossias Sancho, dexandolas à la protec-

cion, y amparo de los encantadores, con harto dolor de su anima. Don Quixote le dixo, que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria à ellos por tan longinquos caminos, y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logiquos (dixo Sancho) ni he oído tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos (respondió Don Quixote) quiere dezir apartados, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tu obligado à saber Latin, como algunos que profumen que lo saben, y lo ignoran. Yá están atados (replicó Sancho) que hemos de hazer aora? Qué? (respondió Don Quixote) santiguarnos, y levar ferro; quiero dezir, embarcarnos, y cortar la amarraçon con que este barco està atado; y dando vn salto en èl, siguiendole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fue apartando poco à poco de la ribera; y quando Sancho se vió obra de dos varas dentro de el rio, començò à temblar, temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió mas pena, que el oír roznar al ruzio, y el ver que Rozinante pugnava por defatarse; y dixole à su señor: El ruzio rebuzna, condolido de nuestra ausencia, y Rozinante procura ponerse en libertad, para arrojarfe tras nosotros. O carísimos amigos! quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en defengaño, nos vuelva à vuestra presencia; y en esto començò à llorar tan amargamente, que Don Quixote, mohino, y colerico, le dixo: De qué temes, çobarde criatura? De qué

Uñas, corazón de mantequillas? Quien te persigue, ò quien te acosa, animo de raton cafero? O què te falta menestero en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha vàs caminando a piè, y descalço por las montañas Rifeas? Sino sentado en vna tabla, como vn Archiduque, por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado; pero yà avemos de aver salido, y caminado, por lo menos setecientas, ò ochocientas leguas; y si yo tuviera aqui vn astrolabio con que tomar la altura del Polo, yo te dixera las que hemos caminado, aunque yo sè poco, ò yà hemos passado, ò passaremos presto por la linea Equinocial, que divide, y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y quando lleguemos à essa leña, que vuestra merced dize (preguntò Sancho) quanto avremos caminado? Mucho (replicò Don Quixote) porque de trecientos y sesenta grados, que contiene el globo de el agua, y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fue el mayor Cosmografo que se sabe, la mitad avremos caminado, llegando à la linea que he dicho. Por Dios (dixo Sancho) que vuestra merced me trae por testigo de lo que dize à vna gentil persona, puro y gafó, con la añadidura de meon, ò meo, ò no sè como. Riòse Don Quixote de la interpretacion que Sancho avia dado al nombre, y al cómputo, y cuenta del Cosmografo Ptolomeo, y dixole: Sabràs, Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cadiz para ir à las Indias Orientales, vna de las señales que tienea para entender que

han passado la linea Equinocial, que te he dicho, es, que à todos los que vãn en el Navio se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el baxèl le hallaràn, si le pesan à oro; y asì puedes Sancho passear vna mano por vn muslo, y si topares cosa viva saldremos de esta duda, y si no, passado avemos. Yo no creo nada desto (respondiò Sancho;) pero con todo harè lo que vuestra merced me manda, aunque no sè para què ay necesidad de hazer essas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos avemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde estàn las alemañas dos varas, porque alli estàn Rozinante, y el ruzio en el propio lugar do los dexamos, y tomada la mira, como yo la tomo aora, voto à tal, que no nos movemos, ni andamos al passo de vna horniga. Haz Sancho la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tu no sabes que cosa sean Coluros, Lineas, Paralelos, Zodiacos, Cliticis, Polos, Solsticios, Equinocios, Planetas, Signos, puntos, medidas, de que se compone la Esfera celeste, y terrestre, que si todas estas cosas supieras, ò parte dellas, vieras claramente, què de Paralelos hemos cortado, què de Signos visto, y què de imagenes hemos dexado arràs, y vamos dexando aora. Y tornote à dezir, que te tiètes, y pesques, q̄ yo para mi tengo, que estàs mas limpio q̄ vn pliego de papel liso, y blanco. Tentòse Sancho, y llegàdo con la mano bonitamente, y cò tiento àzia la corba izquierda, alzò la cabeça, y mirò à su ama, y dixo: O la experiencia es falsa, ò no

hemos llegado á donde vuestra merced dize, ni con muchas leguas. Pues qué (preguntò Don Quixote,) has topado algo? Y aun algos (respondiò Sancho,) y sacudiendose los dedos, se lavò toda la mano en el rio, por el qual fosegadamente se deslizava el barco por mitad de la corriente, sin que le moviesse alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso de el agua, blando entonces, y suave. En esto descubrieron vnas grandes hazeñas, que en la mitad del rio estaban; y apenas las hubo visto Don Quixote, quando con voz alta dixo à Sancho: Vès allí, ò amigo, se descubre la Ciudad, Castillo, ò Fortaleza donde debe de està algun Cavallero oprimido, ò alguna Reyna, Infanta, ò Princesa mal parada, para cuyo socorro soy aqui traído. Qué diablòs de Ciudad, Fortaleza, ò Castillo dize vuestra merced, señor (dixo Sancho;) no echa de ver que aquellas son hazeñas, que están en el rio, donde se muele el trigo? Calla Sancho (dixo Don Quixote,) que aunque parecen hazeñas, no lo son, y yá te he dicho, que todas las cosas trastruecan, y mudan de su ser natural los encantos, no quiero dezir que los mudan de vno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostrò la experiencia en la transformacion de Dulcinea, vnico refugio de mis esperanças. En esto el barco entrando en la mitad de la corriente de el rio, començò à caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las hazeñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba à embocar por el raudal de las ruedas, salieron con

presteza muchos dellos con varas largas à detenerle, y como salian enharinados, y cubiertos los rostros, y los vestidos de el polvo de la harina, representavan vna mala vista, davan voces grandes, diciendo: Demonios de hombres, donde vais, venis desesperados, qué quereis ahogarnos, y hazer pedazos en estas ruedas? No te dixe yo, Sancho, dixo à esta sazón Don Quixote, que aviamos llegado donde he de mostrar à do llega el valor de mi brazo, mira que de mala rindines, y follones me salen al encuentro, mira quantos vestiglos se me oponen, mira quantas feas cataduras nos hazen cocos, pues aora lo vereis vellacos; y puesto en piè en el barco con grandes voces començò à amenazar à los molineros, diciendoles: Canalla malvada, y peor aconsejada, dexad en su libertad, y libre alvedrio à la persona, que en esta vuestra fortaleza, ò prision teneis oprimida, alta, ò baxa, de qualquiera suerte, ò calidad que sea, ç yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el Cavallero de los leones por otro nombre, à quien està reservada por ordè de los altos Cielos el dàr fin felice à esta aventura; y diciendo esto, echò mano à su espada, y començò à esgrimirla en el ayre contra los molineros, los quales oyendo, y no entendiendo aquellas sandezas, se pusieron cò sus varas à detener el barco, que yá iba entrando en el raudal, y canal de las ruedas. Pusose Sancho de rodillas, pidiendo al Cielo le librasse de tanto peligro, por la industria, y presteza de los molineros, que oponiendose con sus palos al barco, le detuvieron; pero

no de manera, que dexassen de trastornar el barco, y dár con Don Quixote, y con Sancho al través en el agua; pero vinole bien à Don Quixote, que sabia andar como vn ganso, aunq̃ el peso de las armas le llevó al fondo dos vezes; y si no fuera por los Molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso à entranbos, allí avia sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, mas mojados, que muertos de sed; Sancho puesto de rodillas, las manos juntas, y los ojos clavados al Cielo, pidió à Dios, con vna larga, y devota plegaria, le librasse de allí adelante de los atrevidos descos, y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores, dueños del barco, à quien avian hecho pedazos las ruedas de las hazeñas, y viendole roto, acometieron à desnudar à Sancho, y à pedir à Don Quixote se lo pagasse, el qual con gran sosiego, como si no huviera passado nada por él, dixo à los molineros, y pescadores, que él pagaria el barco de bonissima gana, con condicion, que le diessen libre, y sin cautela à la persona, ò personas, que en aquel su Castillo estavan oprimidas. Què personas, ò què castillo dize (respondió vno de los molineros) hombre sin juyzio, quierese llevar por ventura los que vienen à moler trigo à estas hazeñas? Basta (dixo entre sí Don Quixote) aqui será predicar en desierto, querer reducir à esta canalla à que por ruegos haga virtud alguna. Y en esta aventura se deben de aver encontrado dos valientes encantadores, y el vno estorva lo que el otro intenta; el vno me deparò el

Part.II.

barco, y el otro diò conmigo al través. Dios lo remedie, que todo este mundo es maquinaz, y trazas, contrarias vnas de otras. Yo no puedo más; y alzando la voz, prosiguió diziendo, y mirando à las hazeñas: Amigos, qualquiera que seais, que en esta prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita; para otro Cavallero debe de estar guardada, y reservada esta aventura. En diziendo esto, se concertò con los pescadores, y pagò por el barco circuenta reales, que los diò Sancho de muy mala gana, diziendo: A dos barcadas como estas, daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores, y molineros estavan admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del vso, al parecer, de los otros hombres, y no acabavan de entender à do se encaminavan las razones, y preguntas que Don Quixote les dezia; y teniendolos por locos, les dexaron, y se recogieron à sus hazeñas, y los pescadores à sus ranchos. Bolvieron à sus bestias, y à ser bestias Don Quixote, y Sancho. Y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAP. XXX. *De lo que le avino à Don Quixote con vna bella cazadora.*

A Sfaz melancolicos, y de mal talante llegaron à sus animales Cavallero, y escudero, especialmente Sancho, à quien llegava al alma llegar al caudal del dinero, pareciendole, que todo lo que del se quitava, era quitar-

K 4

lelo

felo à él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron à cavallo, y se apartaron del famoso rio. Don Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estava bien lexos de tenerle, porque aunque era tonto, bien se le alcançava, que las acciones de su amo, todas, ó las mas eran disparates, y buscavan ocasion de que sin entrar en cuentas, ni en despedimientos con su señor, vn dia se desgarrasse, y se fuesse à su casa; pero la fortuna ordenò las cosas muy al revès de lo que él temia. Succediò, pues, que otro dia al poner del Sol, y al salir de vna selva, tendiò Don Quixote la vista por vn verde prado, y en lo vltimo de él, viò gente; y llegandose cerca, conociò, que eran caçadores de Altaneria: llegòse mas, y entre ellos viò vna gallarda señora sobre vn palafren, ò hacanea blanquissima, adornada de guarniciones verdes, y con vn fillon de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra, y ricamente, que la misma bizarria venia transformada en ella. En la mano izquierda traia vn azor, señal que diò à entender, à Don Quixote ser aquella alguna gran señora, que debia de serlo de todos aquellos caçadores, como era la verdad; y así dixo à Sancho: Corre, hijo Sancho, y di à aquella señora del palafren, y de el azor, que yo el Cavallero de los Leones befo las manos à su gran hermosura, y que si su grandeza me dà licencia, se las irè à besar, y à servirla en quanto mis fuerzas pudieren, y su Alteza me mandare;

y mira Sancho como hablas, y cuenta de no encaxar algun refràn de los ruyos en tu embaxada. Hallado os le aveis el encaxador (respondiò Sancho.) A mi con esso, si, que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas à altas, y crecidas señoras en esta vida. Si no fue la que llevaste à la señora Dulcinea (replicò Don Quixote) yo no sè que ayas llevado otra, alomenos en mi poder. Así es verdad (respondiò Sancho;) pero al buen pagador no le dueleu prendas, y en casa llena, presto se guisa la cena; quiero dezir, que à mi no ay que dezirme, ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcança vn poco. Yo lo creo Sancho (dixo Don Quixote) vè en buena hora, y Dios te guie. Partiò Sancho de carrera, sacando de su passo al ruzio, y llegò donde la bella caçadora estava; y apeandose, puesto ante ella de hitos, le dixo: Hermosa señora, aquel Cavallero, que alli se parece, llamado el Cavallero de los Leones, es mi amo, y yo soy vn escudero suyo, à quien llaman en su casa Sancho Pança. Este tal Cavallero de los Leones, que no ha mucho que se llamava el de la Triste Figura, embia por mi à dezir à vuestra grandeza, sea servida de dar licencia, para que con su proposito, à beneplacito, y contentimiento, él venga à poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dize, y yo pienso, que de servir à vuestra encumbrada altaneria, y fermosura, que en darse la vuestra señoria, hará cosa que redunde en su pro, y él recibirà señaladissima merced, y contento. Por cierto, buen escudero (respondiò la señora)

vos

vos aveis dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias, que las tales embaxadas piden: levantaos del suelo, que escudero de tan gran Cavallero, como es el de la triste Figura (de quien ya tenemos aca mucha noticia) no es justo que estè de hinijos: levantaos, amigo, y dezid à vuestro señor, que venga mucho en hora buena à servirse de mi, y del Duque mi marido, en vna casa de plazer que aqui tenemos. Levantòse Sancho admirado, assi de la hermosura de la buena señora, como de su mucha criança, y cortesia, y mas de lo que le avia dicho, que tenia noticia de su señor el Cavallero de la triste Figura, y que si no le avia llamado el de los Leones, debia de ser por averse puesto tan nuevamente. Preguntòle la Duquesa (cuyo titulo aun no se sabe:) Dezidme, hermano escudero, este vuestro señor no es vno de quien anda impresa vna historia, que se llama de el Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que tiene por senora de su alma à vna tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, (respondiò Sancho) y aquel escudero soy, que anda, ò debe andar en la tal historia, à quien llaman Sancho Pança, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna: quèro dezir, que me trocaron en la estampa. De todo esso me huelgo yo mucho, dixo la Duquesa. Id, hermano Pança, y dezid à vuestro señor, que èl sea el bien llegado, y el bien venido à mis estados; y que ninguna cosa me pudiera venir, que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con gran-

dissimo gusto bolviò à su amo, à quien contò todo lo que la gran señora le avia dicho, levantando con sus rusticos terminos à los Cielos su mucha fermosura, su gran donayre, y cortesia. Don Quixote se gallardè en la silla, pasòle bien en los estrivos, acomodòse la visera, arremetiò à Rozinante, y con gentil denuedo fuè à besar las manos à la Duquesa, la qual haziendo llamar al Duque su marido, le contò, en tanto que Don Quixote llegava, toda la embaxada suya; y los dos, por aver leído la primera parte de esta historia, ò aver entendido por ella el disparatado humor de Don Quixote, con grandissimo gusto, y con deseo de conocerle, le atendian con presupuesto de seguirle el humor, y conceder con èl en quanto les dixesse, tratandole como à Cavallero andante los dias que con ellos se detuviesse, con todas las ceremonias acostumbra- das en los libros de Cavalierias que ellos avian leído, y aun les eran muy aficionadas. En esto llegò Don Quixote alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudiò Sancho à tenerle el estrivo; pero fuè tan desgraciado, que al apearse del ruzio, se le atsiò un piè en vna foga de la albarda, de tal modo, que no fuè pòssible desenredarle, antes quedò colgado de èl, con la boca, y los pechos en el suelo. Don Quixote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesse el estrivo, pensando que ya Sancho avia llegado à tenerlele, descargò de golpe el cuerpo, y llevòse tras si la silla de Rozinante, que debia de estar mal cinchado, y la silla, y èl vinieron al sue-

tuelo, no sin verguença fuya, y de muchas maldiciones que entre dientes echò al desdichado de Sancho, que aun todavia tenia el pie en la corma. El Duque mandò à sus caçadores, que acudiesen al Cavallero, y al escudero, los quales levantaron à Don Quixote maltratado de la caída, y renqueando, y como pudo fuè à hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeanòse de su cavallo, fuè à abraçar à Don Quixote, diziendole: A mi me pesa, señor Cavallero de la triste Figura, que la primera que vuestra merced ha hecho en mi tierra aya sido tan mala, como se ha visto; pero descuydos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucessos. El que yo he tenido en veros, valeroso Principe (respondió Don Quixote) es imposible ser malo, aunque mi caída no pàrara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantàra, y me facàra la gloria de averos visto. Mi escudero, q̄ Dios maldiga, mejor desata la lengua para dezir malicias, que ata, y cincha vna silla para que estè firme; pero como quiera que yo me halle caído, ò levantado, à piè, ò cavallo, siempre estarè al servicio vuestro, y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, vniversal Princesa de la cortesía. Passito, mi señor Don Quixote de la Mancha (dixo el Duque) que adonde està mi señora Doña Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estava à esta fazon libre Sancho Pança del lazo, y hallandose alli cerca, antes que su amo respondiesse, dixo: No

se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que he oido dezir, que esto que llaman naturaleza, es como vn alcaller que haze vasos de barro, y el que haze vn vaso hermoso, también puede hazer dos, y tres, y ciento: digolo, porque mi señora la Duquesa afee que no va en zaga à mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Bolviòse Don Quixote à la Duquesa, y dixo: Vuestra grandeza imagine, que no tuvo Cavallero andante en el mundo escudero mas hablador, ni mas gracioso del que yo tengo, y èl me facarà verdadero si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mi. A lo que respondiò la Duquesa: De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias, y los donayres, señor Don Quixote, como vuestra merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso, y donayroso, desde aqui le confirmo por discreto. Y hablador (añadiò Don Quixote.) Tanto que mejor (dixo el Duque) porque muchas gracias no se pueden dezir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Cavallero de la triste Figura. De los leones ha de dezir vuestra Alteza (dixo Sancho) que yà no ay triste figura. El seguro sea el de los leones. Prosiguiò el Duque: Digo, que venga el señor Cavallero de los leones à vn Castillo mio, que està aqui cerca, dòde se le harà el acogimiento, que à tan alta persona se debe justamente, y el que yo, y la Du-

Duquesa solemos hazer à todos los Cavalleros andantes que à èl llegan. Ya en esto Sancho avia aderezado, y cinchado bien la silla à Rozinante; y subiendolo en èl Don Quixote, y el Duque en vn hermoso cavallo, pusieron à la Duquesa en medio, y encaminaron al Castillo. Mandò la Duquesa à Sancho, que fuesse junto à ella, porque gustava infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretexiòse entre los tres, y hizo quatro en la conversacion, con gran gusto de la Duquesa, y del Duque, que tuvieron à gran ventura acoger en su castillo tal Cavallero andante, y tal escudero andado.

CAP. XXXI. *Que trata de muchas, y grandes cosas.*

SUMA era la alegria que llevaba consigo Sancho, viendose à su parecer en privança con la Duquesa, porque se le figurava que avia de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego, y en la de Basilio, siempre aficionado à la buena vida, y así tomava la ocasion por la melena, en esto de regalarle cada, y quando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la historia, que antes que à la casa de placer, ò castillo llegassen, se adelantò el Duque, y diò orden à todos sus criados del modo que avian de tratar à Don Quixote, el qual como llegó con la Duquesa à las puertas del Castillo, al instante salieron dèl los lacayos, ò palafreneros, vestidos hasta los pies de vnas ropas que llamã de levantar, de finissimo raso çarmesi; y cogiendo à Don Quixote en braços,

sin fer oído, ni visto, le dixeron. Vaya la vuestra grandeza à apear à mi señora la Duquesa. Don Quixote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso: pero en esto venció la porfia de la Duquesa, y no quiso descender, ò baxar del palafren, sino en los braços del Duque, diciendo, que no se hallava digna de dár à tan gran Cavallero tan inutil carga. En fin, salió el Duque à apearla; y al entrar en vn gran patio, llegaron dos hermosas donçellas, y echaron sobre los ombros à Don Quixote vn gran manton de finissima escariata, y en vn instante se coronaron todos los corredores del patio de criados, y criadas de aquellos señores, diciendo a grandes voces: Bien fea venido la flor, y la nata de los Cavalleros andantes: y todos, ò los mas, derramavan pomos de aguas olorosas sobre Don Quixote, y sobre los Duques; de todo lo qual se admirava Don Quixote, y aquel fue el primer dia, que de todo en todo conociò, y creyò ser Cavallero andante verdadero, y no fantastico, viendote tratar del mismo modo, que el avia leído se tratavan los tales Cavalleros en los siglos passados. Sancho, ò famparando al ruzio se cosió con la Duquesa, y se entrò en el castillo; y remordiendole la conciencia, de que dexava al jumento solo, se llegó à vna reverenda dueña, que con otras à recibit à la Duquesa avia salido, y con voz baxa le dixo: Señora Gonzalez, ò como es su gracia de vuestra merced. Doña Rodriguez de Grijalba me llamo) respondió la dueña) que es lo que mandais, hermano? A lo que respondió

Sancho: Querria que vuestra merced me la hiziesse de salir à la puerta de el Castillo, donde hallarà vn asno ruzio mio, vuestra merced sea servida de mandarle poner, ò ponerle en la cavalleriza, porque el pobrecito es vn poco medroso, y no se hallarà à estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo (respondiò la dueña) medradas estamos. Andad, hermano, mucho en hora mala para vos, y para quien acà os traxo, y tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas de esta casa no estamos acostumbres à semejantes hazien- das. Pues en verdad (respondiò Sancho) que he oido dezir à mi señor, que es zahori de las hitorias, contando aquella de Lançarote, quando de Bretaña vino, que damas curavan de èl, y dueñas del su rozino, y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rozin del señor Lançarote. Hermano, si fois juglar (replicò la dueña) guardad vuestras gracias para donde lo parezcan, y se os paguen, que de mi no podeis llevar sino vna higa. Aun bien (respondiò Sancho) que serà bien madura, pues no perderà vuestra merced la quinoia de sus años por punto menor. Hijo de puta (dixo la dueña) toda yà encendida en colera. Si soy vieja, ò no, à Dios darè la cuenta, que no à vos, vellaco, harto de ajos; y esto dixo en voz alta, que lo oyò la Duquesa: y bolviendo, y viendo à la dueña tan alborotada, y tan encarnizados los ojos, le preguntò con quien las avia? Aqui las he (respondiò la dueña) con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente, que vaya à poner en

la cavalleriza à vn asno suyo, que està à la puerta de el castillo, trayendome por exemplo, que así lo hizieron no sè donde, que vnas damas curaron à vn tal Lançarote, y vnas dueñas à su rozino, y sobre todo por buen termino me ha llamado vieja. Esto tuviera yo por afrenta (respondiò la Duquesa) mas que quantas pudiera dezirme; y hablando con Sancho, le dixo: Advertid Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas las trae por autoridad, y por la vfança, que por los años. Malos sean los que me quèdan por vivir (respondiò Sancho) si lo dixè por tanto; solo lo dixè, porque es tan grande el cariño que tengo à mi jumento, que me pareciò que no podia encomendarle à persona mas caritativa, que à la señora Doña Rodriguez. Don Quixote que todo lo oia, le dixo: Platicas son estas, Sancho, para este lugar? Señor (respondiò Sancho) cada vno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere. Aqui se me acordò de el ruzio, y aqui hablè de èl; y si en la cavalleriza se me acordara, alli hablara. A lo que dixo el Duque: Sancho està muy en lo cierto, y no ay que culparle en nada: al ruzio se le darà recado à pedir de boca; y descuyde Sancho, que se le tratarà como à su misma persona. Con estos razonamientos, gustosos à todos, sino à Don Quixote: llegaron à lo alto, y entraron à Don Quixote en vna sala adornada de telas riquissimas de oro, y de brocado, seis donzellas le desarmaron, y sirvieron de pages, todas industriadas, y advertidas del Duque, y de la Duquesa de lo que avian de hazer, y de como avian

avian de tratar à Don Quixote, para que imaginasse, y viesse que le tratavan como à Cavallero andante. Quedò Dó Quixote, despues de desarmado, con sus estrechos greguescos, y en su jubon de camuça, seco, alto, tendido, con las quixadas que por de dentro se besava la vna có la otra figura, que à no tener cuenta las donzellas que le servian con disimular la rifa (que fuè vna de las precisas ordenes que sus señores les avian dado) rebentàran riendo. Pidieronle, que se dexasse desnudar, para ponerle vna camisa; pero nunca lo consintió, diziendo, que la honestidad parecia tan bien en los Cavalleros andantes, como la valentía. Con todo dixo, que diessen la camisa à Sancho, y encerrandote con èl en vna quadra, donde estava vn rico lecho, se desnudò, y vistió la camisa; y viendose solo con Sancho le dixo: Dime truan moderno, y majadero antiguo, parecete bien deshorrar, y afrentar vna dueña tan venerada, y tan digna de respeto como aquella? Tiempos eran aquellos para acordarse de el ruzio? O! señores son estos para dexar mal pasar à las bestias, tratando tan elegantemente à sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caygan en la cuenta de que eres de villana, y grossera tela texido. Mira, pecador de ti, que en tanto mas es tenido el señor, quanto tiene mas honrrados, y bien nacidos criados, y que vna de las ventajas mayores, que llevan los Principes à los demás hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. No adviertes, angustiàdo de ti, y mal aventu-

rado de mi, que li ven que tu eres vna grossero villano, ò vn mentecato gracioso, pensaràn que yo soy algun echa-cuerbos, ò algun Cavallero de mohatra? No, no, Sancho amigo, huye, huye de estos inconvenientes, que quien tropieza de hablador, y gracioso, al primer puntapiè cae, y dà en truan desgraciado. Enfrena la lengua, considera, y rumia las palabras, antes que te salgan de la boca: y advierte, que hemos llegado à parte, donde con el favor de Dios, y valor de mi braço, hemos de salir mejorados en tercio, y quinto, en fama, y en hazienda. Sancho le prometió con muchas veras de conferse la boca, ò inorderse la lengua antes de hablar palabra, que no fuese muy à propósito, y bien considerada, como el se lo mandava, y que descuydasse à cerca de lo tal, que nunca por èl se descubriría quien ellos eran. Vistióse Don Quixote, puso su tahalli con su espada, echòse el manton de escarlata acuestas, puso vna montera de raso verde, que las donzellas le dieron, y con este adorno saliò à la gran sala, à donde hallò à las donzellas puestas en ala, tantas à vna parte, como à otra, y todas con aderezo de darle agua manos, la qual le dieron con muchas reverencias, y ceremonias: luego llegaron doze pages con el Maestresala, para llevarle à comer, q̄ y à los señores le aguardavan. Cogieronle en medio, lleno de pompa, y Magestad le llevaron à otra sala, donde estava puesta vna rica mesa, con solos quatro servicios: la Duquesa, y el Duque salieron à la puerta de la sala à recibirle, y con ellos vn grave Eclesiastico, de ellos que

que gobiernan las casas de los Principes, de estos que como no nacen Principes, no aciertan à enseñar como lo han de ser los que lo son: de estos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus animos: de estos, que queriendo mostrar à los que ellos gobiernan à ser limitados, les hazen ser miserables. De estos tales digo, que debia de ser el grave Religioso, que con los Duques salio à recibir à Don Quixote. Hizieronse mil cortesés comedimientos, y finalmente cogiendo à Don Quixote en medio, se fueron à sentar à la mesa. Combidò el Duque à Don Quixote con la cabecera de la mesa; y aunque el lo rehusò, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiastico se sentò frente-ro; y el Duque, y la Duquesa à los dos lados. A todo estava presente Sancho embobado, y atonito de ver la honra que à su señor aquellos Principes le hazian; y viendo las muchas ceremonias, y ruegos, que passaron entre el Duque, y Don Quixote para hazerle sentar à la cabecera de la mesa, dixo: Si sus mercedes me dan licencia les contarè vn cuento, que passò en mi Pueblo acerca de esto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, quando Don Quixote temblò, creyendo sin duda que avia de dezir alguna necesidad. Miròle Sancho, y entendiole, y dixo: No tema vuestra merced, señor mio, que yo me desmante, ni que diga cosa que no venga muy à pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuestra merced me diò sobre el hablar mucho, ò poco, ò bien, ò mal.

Yo no me acuerdo de nada, Sancho, (-respondiò Don Quixote) di lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero dezir (dixo Sancho) es tan verdad, que mi señor Don Quixote, que està presente, no me dexarà mentir. Por mi (replicò Don Quixote) miente tu, Sancho, quanto quisieres, que yo no te irè à la mano; pero mira lo q vàs à dezir. Tan mirado, y remirado lo tengo, que à buen salvo està el que repica, como se verà por la obra. Bien serà (dixo Don Quixote) que vuestras grandezas manden echar de aqui à este tonto, que dirà mil patochadas. Por vida del Duque (dixo la Duquesa) que no se ha de apartar de mi Sancho vn punto, quierole yo mucho, porque sè que es muy discreto. Discretos dias (dixo Sancho) viva vuestra santidad por el buen credito que de mi tiene, aunque en mi no lo aya; y el cuento que quiero dezir es este: Combidò à vn hidalgo de mi Pueblo muy rico, y principal, porque venia de los Alianos de Medina del Campo, que casò con Doña Mencía de Quiñones, que fuè hija de Don Alòso Maraòn, Cavallero del Abito de Santiago, que se ahogò en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que à lo que entiendo mi señor Don Quixote se hallò en ella, de donde salio herido Tomàsillo el traviesso, el hijo de Balastro el herrero. No es verdad todo esto, señor nuestro amo? Digalo por su vida, porque estos señores no me tengã por algun hablador mentiroso. Hasta aora (dixo el Eclesiastico) mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aqui adelante no sè por lo que os tendrè.

drè. Tu dás tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dexar de dezir, que debes de dezir verdad, passa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal (dixo la Duquesa) por hazerme à mi placer, antes le ha de contar de la manera, que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuessen, serian para mi los mejores, que huviesse llevado en mi vida. Digo, pues, señores míos (prosiguiò Sancho) que este tal hidalgo, que yo conozco como à mis mismas manos; (porque no ay de mi casa à la suya vn tiro de ballesta) combidò vn labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano (dixo à esta fazon el Religioso) que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido (respondiò Sancho;) y así digo, que llegando el tal labrador à casa del dicho hidalgo combidador, que buen pofo aya su anima, que ya es muerto; y por mas señas dizen, que hizo vna muerte de vn Angel, que yo no me hallè presente, que avia ido por aquel tièpo à segar à Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que bolvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo (si no quereis hazer mas exequias) acabeis vuestro cuento. Es, pues, el caso (replicò Sancho) que estando los dos para assentarse à la mesa, que parece que aora los veo mas que nunca: Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostrava tomar el buen Religioso de la dilacion, y pausas con que Sancho contava su cuento, y Don Quixote se estava consumièdo en co-

lera, y en rabia. Digo así (dixo Sancho) que estando, como le dicho, los dos para sentarse à la mesa, el Labrador porfiava con el hidalgo, que tomasse la cabeçera de la mesa, y el hidalgo porfiava tambien, que el Labrador la tomasse, porque en su casa se avia de hazer lo que el mandasse; pero el Labrador, que presumia de cortès, y bien criado, jamàs quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniendole ambas manos sobre los ombros, le hizo sentar por fuerça, diziendo: Sentaos maja grandças, que adonde quiera que yo me sienta, serà vuestra cabeçera: y este es el cuento; y en verdad que creo, q̄ no ha sido aqui traído fuera de proposito. Pufoso Don Quixote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeavan, y se le parecian: los señores dissimulavan la risa, porque Don Quixote no acabasse de correrse, aviendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plastica, y hazer que Sancho no prosiguiesse con otros tantos disparates, preguntò la Duquesa à Don Quixote, que que nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le avia embiado aquellos dias algunos presentes de Gigantes, ò malandrines, pues no podia dexar de aver vencido muchos. A lo que Don Quixote respondiò: Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones, y malandrines le he embiado; pero adonde la avian de hallar, si está encantada, y buelta en la mas fea labradora, que imaginar se puede? No sè (dixo Sancho Pança) à mi me parece la mas hermosa criatura del mundo, alomenos en la ligereza, ò en el brindar, bien

bien sè yo , que no darà ella la ventaja à vn bolteador : à buena fec, señora Duquesa, assi falta desde el suelo sobre vna borrica , como si fuera vn gato. Aveisla visto vos encantada , Sancho? (preguntò el Duque.) Y como si la he visto (respondiò Sancho,) pues quien diablos sino yo fùì el primero que cayò en el achaque del encantorio , tan encantada està como mi padre. El Eclesiastico , que oyò dezir de Gigantes, de follones, y de encantados, cayò en la cuenta de que aquel debia de ser Don Quixote de la Mancha, cuya historia leia el Duque de ordinario, y èl se lo avia reprehendido muchas vezes, diciendole , que era disparate leer tales disparates ; y enterandose ser verdad lo que sospechava , con mucha colera, hablando con el Duque, le dixo: Vuestra Excelencia , señor mio , tiene que dar cuenta à Nuestro Señor de lo que haze este buen hombre. Este Don Quixote, ò este don tonto , ò como se llama, imagino yo, que no debe de ser tan mentecato, como vuestra Excelencia quiere que sea, dandole ocasiones à la

mano para que lleve adelantè sus fazienda, y vaciedades. Y bolviendo la platica à Don Quixote, le dixo: Y à vos alma de cantaro, quien os ha encaxado en el cerebro , que sois Cavallero andante, y que venceis Gigantes, y prendeis Malandrines? Andad en hora buena , y en tal se os diga: bolveos à vuestra casa , y criad vuestros hijos , si los teneis , y curad de vuestra hazienda, y dexad de andar vagando por el mundo papando viento , y dando que reir à quantos os conocen , y no conocen. En donde, noramala, tal aveis vos hallado , que hubo , ni ay aora Cavalleros andantes? Donde ay Gigantes en España , ò Malandrines en la Mancha; ni Dulcineas encantadas, ni toda la catterva de las simplicidades , que de vos se cuentan? Atento estuvo Don Quixote à las razones de aquel venerable varon ; y viendo que yà callava, sin guardar respeto à los Duques , con semblante ayrado , y alborotado rostro, se puso en pie, y dixo. Pero esta respuesta capitulo por si merece.



CAP. XXXII: De la respuesta que dió Don Quixote á su reprehensor, con otros graves, y graciosos sucesos.



LEvantado, pues, en pié Don Quixote, temblando de los pies á la cabeça, como azogado, con presurosa, y turbada lengua dixo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve, y tengo al estado que v. m. professa, tienen, y atan las manos de mi justo enojo: y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos, que las armas de los togados, son las mismas, que las de la muger, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con v. m. de quien se debía esperar antes buenos consejos, que infames vitupe-

Part. II.

rios: las reprehensiones santas, y bien intencionadas, otras circunstancias requieren, y otros puntos piden. Alomenos el averme reprehendido en publico, y tan asperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprehension, pues las primeras mejor assientan sobre la blandura, que sobre la aspereza; y no es bien, que sin tener conocimiento de el pecado que se reprehende, llamar al pecador sin mas, ni mas mentecato, y tonto. Sino, digame vuestra merced, por qual de las mentecaterias que en mi ha visto me condena, y vitupera, y me manda, que

L

me vaya à mi casa à tener cuenta en el gobierno de ella, y de mi muger, y de mis hijos, sin saber si la tengo, ò los tengo: no ay mas sino à troche noche entrarfe por las casas ajenas à gobernar sus dueños, y aviendose criado à algunos en la estrecha de algun pupilage, sin aver visto mas mundo, que el que puede contenerfe en veiate, ò treinta leguas de distrito, meterfe de rondon à dar leyes à la Cavalleria, y à juzgar de los Cavalleros Andantes; por ventura es assunto vano, ò es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos de èl, sino las asperezas, por donde los buenos saben al aliento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los Cavalleros, los magnificos, los generosos, los altamente nacidos, tuvieran por afrenta irreparable; pero de que me tengan por tonto los estudiantes, que nunca entraron, ni passaron las fendas de la Cavalleria, no se me dà vn ardite: Cavallero foy, y Cavallero he de morir si plaze al Altisimo, vnos van por el ancho campo de la ambicion soberbia, otros por el de la adulacion servil, y baxa; otros por el de la hipocresia engañosa, y algunos por el de la verdadera Religion; pero yo inclinado de mi estrella, voy por la angosta fenda de la Cavalleria Andante, por cuyo exercicio desprecio la hazienda; pero no la honra: yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado intolerancias, vencido Gigantes, y atropellado vestiglos: yo foy enamorado, no mas de porque es forçoso que los Cavalleros andantes lo sean,

y siendolo, no foy de los enamorados viciosos, sino de los Platonicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo à buenos fines, que son de hazer bien à todos, y mal à ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que de esto trata merece ser llamado bobo, diganlo vuestras grandezas Duque, y Duquesa excelentes. Bien por Dios (dixo Sancho,) no diga mas vuestra merced, señor, y amo mio en su abono, porque no ay mas que dezir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha avido en el mundo, ni los ay Cavalleros Andantes, que mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho. Por ventura, (dixo el Eclesiastico) sois vos, hermano, aquel Sancho Pança, que dicen, à quien vuestro amo tiene prometida vna insula? Si foy (respondió Sancho) y foy quien la merece tan bien como otro qualquiera; foy quien jantate à los buenos, y seràs vno de ellos; y foy yo de aquellos, no quien naces, si no con quien pazes; y de los quien à buen arbol se arrima, buena sombra le cobija; yo me he arrimado à buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como èl, Dios queriendo, y viva èl, y viva yo, que ni à èl faltaràn Imperios que mandar, ni à mi Insulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dixo à esta sazón el Duque, que yo en nombre de el señor Don Quixote, os mando el gobierno de vna que tengo de nones, de no pequeña calidad. Hincate de rodillas Sancho, (dixo Don Quixote,) y besa

y besa los pies à su Excelencia , por la merced que te ha hecho. Hizolo así Sancho. Lo qual visto por el Eclesiastico , se levantò de la mesa mohino además , diciendo : Por el habito que tengo , que estoy por dezir , que es tan sandio vuestra Excelencia , como estos pecadores , mirad si no han de ser ellos locos , pues los cuerdos canonizan sus locuras , quedese vuestra Excelencia con ellos , que en tanto que estuvieren en casa , me estarè yo en la mia , y me escusarè de reprehender lo que no puedo remediar : y sin dezir mas , ni comer mas se fue , sin que fuesen parte à tenerle los ruegos de los Duques , aunque el Duque no le dixo mucho , impelido de la rifa que su impertinente colera le avia causado. Acabò de reir , y dixo à Don Quixote : vuestra merced , señor Cavallero de los Leones ha respondido por si tan altamente , que no le queda cosa por satisfazer de esto , que aunque parece agravio , no lo es en ninguna manera , porque así como no agravian las mugeres , no agravian los Eclesiasticos , como vuestra merced mejor sabe. Así es , (respondió Don Quixote ,) y la causa es , que el que no puede ser agraviado , no puede agraviar à nadie. Las mugeres , los niños , y los Eclesiasticos , como no pueden defenderse , aunque sean ofendidos , no pueden ser atrentados , porque entre el agravio , y la afrenta ay esta diferencia , como mejor vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hazer , y la haze , y la sustenta ; el agravio puede venir de qualquiera

Part. II.

parte , sin que afrente. Sea exemplo : Està vno en la calle descuydado , llegan diez con mano armada , y dandole de palos , pone mano à la espada , y haze su deber ; pero la machedumbre de los contrarios se le oponen , y no le dexa salir con su intencion , que es de vengarse ; este tal queda agraviado ; pero no afrentado , y lo mismo confirmará otro exemplo : Està vno buelto de espaldas , llega otro , y dale de palos , y en dandose los huye , y no espera , y el otro le sigue , y no le alcança : este que recibió los palos , recibió agravio , mas no afrenta , porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le diò los palos , aunque se los diò à hurta cordel , pusiera mano à su espada , y se estuviera quedo , haziendo rostrò à su enemigo , quedara el apeleado agraviado , y afrentado juntamente : agraviado , porque le dieron à traycion : afrentado , porque el que le diò , sustentò lo que avia hecho , sin bolver las espaldas , y à piè quedo ; y así segun las leyes de el maldito duelo , yo puedo estar agraviado , mas no afrentado , porque los niños no tienen , ni las mugeres , ni pueden huir , ni tienen para que esperar , y lo mismo constituydos en la sacra Religion , porque estos tres generos de gente carecen de armas ofensivas , y defensivas ; y así aunque naturalmente estèn obligados à defenderse , no lo estàn para ofender à nadie : y aunque poco ha dixi , que yo podia estar agraviado , aora digo , que no en ninguna manera , porque quien no puede recibir afrenta , menos la puede dar : por las quales razones yo no debo ser-

L 2

tir, ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho, solo quisiera que esperara algun poco, para darle à entender en el error en que està en pensar, y dezir, que no ha avido, ni los ay Cavalleros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ò vno de los infinitos de su linage, yo sè que no le fuera bien à su merced. Esso juro yo bien (dixo Sancho) cuchillada le huvieran dado, que se abrieran de arriba à baxo, como vna granada, ò como vn melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto, que si Reynaldos de Montalvàn huviera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le huviera dado, que no hablara mas en tres años; no fino tomárase con ellos, y viera como escapava de sus manos. Perecia de risa la Duquesa en oyendo hablar à Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso, y por mas loco, que à su amo, y muchos huvo en aquel tiempo, que fueron de este mismo parecer. Finalmente, Don Quixote se foflegò, y la comida se acabò; y en levantando los manteles, llegaron quatro donzellas, la vna con vna fuente de plata, y la otra con vn agua manil, asimismo de plata, y la otra con dos blanquissimas, y riquissimas tohallas al ombro, y la quarta descubiertos los braços hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) vna redonda pella de jabon Napolitana. Llegò la de la fuente, y con gentil donayre, y desemboltura encaxò la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, el qual sin hablar palabra, admi-

rado de semejante ceremonia, creyendo que debía ser vfança de aquella tierra, en lugar de las manos, lavar las barbas: y así tendiò la suya todo quanto pudo, y al mismo punto començò à llover el agua manil, y la donzella del jabon le manofèd las barbas con mucha priessa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro, y por los ojos del obediente Cavallero, tanto que se los hizieron cerrar por fuerça. El Duque, y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estavan esperando en que avia de parar tan extraordinario lavatorio. La donzella barbera, quando le tuvo con vn palmo de jabonadura, fingiò q se le avia acabado el agua, y mandò à la del agua manil fuesse por ella, que el señor Don Quixote esperaria. Hizolo así, y quedò Don Quixote con la mas estraña figura, y mas para hazer reir, que se pudiera imaginar. Miravanle todos los que presentes estavan, que eran muchos, y como le veian con media vara de cuello, mas que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jabon, fuè gran maravilla, y mucha discrecion poder disimular la risa; las donzellas, de la burla tenian los ojos baxos, sin osar mirar à sus señores: à ellos les retozava la colera, y la risa en el cuerpo, y no sabian à que acudir, ò à castigar el atrevimiento de las muchachas, ò darle premio por el gusto que recibian de ver à Don Quixote de aquella suerte. Finalmente la donzella del agua manil vino, y acabaron de lavar à Don Quixote, y luego la que

traía las tohallas le limpiò, y le enjugò muy repofadamente ; y haziendole todas quatro à la par vna grande , y profunda inclinacion , y reverencia, se querian ir ; pero el Duque , porque Don Quixote no cayesse en la burla, llamò à la donzella de la fuente, diziendola : Venid , y lavadme à mi , y mirad que no se os acabe el agua : la muchacha aguda , y diligente llegò, y puso la fuente al Duque como à Don Quixote , y dandose priessa, le lavaron , y jabonaron muy bien , y dexandole enjuto , y limpio , haziendo muchas reverencias se fueron ; despues se supo que avia jurado el Duque, que si à èl no le lavaran como à Don Quixote , avia de castigar su desemboltura, lo qual avian enmendado discretamente con averle à èl jabonado. Estava atento Sancho à las ceremonias de aquel lavatorio , y dixo entre si: Valame Dios , si será tambien vsança en esta tierra lavar las barbas à los escuderos como à los Cavalleros ? Por que en Dios , y en mi anima que lo he bien menester , y aunque si me las rapassen à navaja , lo teadria à mas beneficio. Què dezis entre vos , Sancho ? (preguntò la Duquesa.) Digo señora, que en las Cortes de los otros Principes , siempre he oido dezir , que en levantando los manteles dan agua à las manos ; pero no legia à las barbas , y que por esso es bien vivir mucho , por ver mucho ; aunque tambien dicen, que el que larga vida vive , mucho mal ha de passar , puesto que passar por vn lavatorio de estos, antes es gusto, que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, (dixo la Duquesa,) que yo harè que mis

donzellas os laven , y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento (respondiò Sancho,) por aora alomenos , que andando el tiempo, Dios dixo lo que tera. Mirad, Maestresala, (dixo la Duquesa,) lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al piè de la letra. El Maestresala respondiò, que en todo seria servido el señor Sancho ; y con esto se fuè à comer, y llevò consigo à Sancho, quedandose à la mesa los Duques, y Don Quixote, hablando en muchas , y diversas cosas ; pero todas tocantes al exercicio de las armas , y de la andante Cavalleria. La Duquesa rogò à Don Quixote, que le delineasse , y describiesse , pues parecia tener feliz memoria, la hermosura , y faciones de la señora Dulcinea de el Toboso , que segun lo que la famaregonava de su belleza, tenia por entendido , que debia de ser la mas bella criatura del Orbe, y aun de toda la Mancha. Suspirò Don Quixote oyendo lo que la Duquesa le mandava , y dixo: Si yo pudiera facar mi coraçon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aqui sobre esta mesa , y en vn plato , quitara el trabajo à mi lengua de dezir lo que apenas se puede pensar , porque V. Exc. la viera en èl toda retratada ; pero para què es ponerme yo aora à delinear , y descubrir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros ombros que de los mios ; empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla , y gravarla en tablas, en marmoles, y en bronces, y la Retorica

Ciceroniana, y Demostina, para alabarla. Què quiere dezir Demostina, señor Don Quixote? (preguntò la Duquesa) que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. Retorica Demostina (respondiò Don Quixote) es lo mismo, que dezir: Retorica de Demostenes, como Ciceriana de Ciceron, que fueron los dos mayores Retoricos del mundo. Afsi es (dixò el Duque) y aveis andado deslumbrada en la tal pregunta; pero con todo esso nos daria gran gusto el señor Don Quixote, si nos la pintasse, que à buen seguro, que aunque sea en rasguño, y bosquejo, que ella salga tal, que la tengan embidia las mas hermosas. Si hiziera por cierto (respondiò Don Quixote) si no me la huviera borrado de la idea la desgracia, que poco ha que le sucediò, que es tal, que mas estoy para llorarla, que para describirla, porque avrán de saber vuestras graudezas, yendo los dias passados à besarle las manos, y à recibir su bendicion, beneplacito, y licencia para esta tercera salida; hallè otra de la que buscava, hallèla encantada, y convertida de Princesa en labradora, de hermosa en fea, de Angel en diablo, de olorosa en pestifera, de bien hablada en rustica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en vna villana de Sayago. Valgame Dios, y dando vna gran voz, dixò à este instante el Duque: Quien ha sido el que tanto mal le ha hecho al mundo? Quien ha quitado de èl la belleza, que le alegrava, el donayre, que le entretenia, y la honestidad, que le acreditava? Quien? (res-

pondiò Don Quixote) quien puede ser, sino algun maligno encantador de los muchos embidiosos que me persiguen. Esta raza maldita, nacida en el mundo para obscurecer, y aniquilar las hazanas de los buenos, y para dár luz, y levantar los fechos de los malos. Perseguidome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán, hasta dár conmigo, y con mis altas Cavallerias en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan, y hieren, donde ven que mas lo siento; porque quitarle à vn Cavallero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el Sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas vezes lo he dicho, y aora lo vuelvo à dezir, que el Cavallero andante sin dama, es como el arbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No ay mas que dezir (dixò la Duquesa); pero si con todo esso hemos de dar credito à la historia que del señor Don Quixote de pocos dias à esta parte ha salido à la luz del mundo, con general aplauso de las gentes dellas, se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuestra merced ha visto à la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el Mundo, sino que es dama fantastica, que vuestra merced engendrò, y patiò en su entendimiento, y la pintò con todas aquellas gracias, y perfecciones que quisiò. En esto ay mucho que dezir (respondiò Don Quixote) Dios sabe si ay Dulcinea, ò no en el mundo, ò si es fantastica, ò no es fantastica: y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta

al cabo. Ni yo engendrè, ni parì à mi señora, puesto que la contemplo como conviene, que sea vna dama que contenga en sí las partes que puedan hazetla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin sobervia, amorosa con honestidad, agradecida por cortès, cortès por bien criada, y finalmente alta por linage, à causa, que sobre la buena sangre resplandece, y campea la hermolura con mas grados de perfeccion, que en las hermosas humildemente nacidas. Así es (dixo el Duque) pero hame de dár licencia el señor Don Quixote, para que diga lo que me fuerça à dezir la historia, que de sus hazañas he leído: de donde se infiere, que puesto que se conceda, que ay Dulcinea en el Toboso, ò fuera del, y que sea hermosa en el sumo grado que vuestra merced nos la pinta; en lo de la alteza de el linage no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajeras, cõ las Madafimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias, que vuestra merced bien sabe. A esto puedo dezir (respondió Don Quixote) q̄ Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adovan la sangre, y que en mas se ha de estimar, y tener vn humilde virtuoso, q̄ vn vicio solewantado: quanto mas, que Dulcinea tiene vn girón, que la puede llevar à ser Reyna de corona, y cetro, que el merecimiento de vna muger hermosa, y virtuosa, à hazer mayores milagros se estiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor Don Quixote, (dixo la Duquesa) que en todo quãto vuestra mer-

Part. II.

ced dize va con piè de plomo, y como fuele dezirse, con la fonda en la mano, y que yo desde aqui adelante creerè, y harè creer à todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, que ay Dulcinea en el Toboso, y que vive oy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora, que vn tal Cavallero, como es el señor Don Quixote, la sirva, que es lo mas que puedo, ni sè encarecer. Pero no puedo dexar de formar vn escrupulo, y tener algun no sè què de ogeriza contra Sancho Pança: el escrupulo es, que dize la historia referida, que el tal Sancho Pança hallò à la tal señora Dulcinea, quando de parte de vuestra merced le llevò vna epistola, ahechando vn costal de trigo; y por mas señas dize, que era rubion, cosa que me haze dudar en la alteza de su linage. A lo que respondió Don Quixote: Señora mia, sabrà la vuestra grandeza, que todas, ò las mas cosas que à mi me suceden, van fuera de los terminos ordinarios de las que à los otros Cavalleros andantes acontecen, ò yà sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ò yà vengan encaminadas por la malicia de algun encantador embidiõso: y como es cosa yà averiguada, que todos, ò los mas Cavalleros andantes, y famosos, vno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impentrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fuè el famoso Roldan, vno de los doze Pares de Francia, de quien se cuenta, que no podia ser ferido, sino por la planta del piè izquierdo, y que esto ayia de ser con la punta de vn al-

L4

filer

fler gordo, y no con otra suerte de ar-
ma alguna; y así quando Bernardo de
el Culpio le matò en Roncesvalles,
viendo que no le podía llegar con fier-
ro, le levantò del suelo entre los bra-
ços, y le ahogò, acordandose entonces
de la muerte que diò Hercules à An-
teon, aquel feroz Gigante, que de-
zian ser hijo de la tierra. Quiero infer-
rir de lo dicho, que podría ser que yo
tuviesse alguna gracia de estas, no del
no poder ser ferido; porque muchas
vezes la experiencia me ha mostrado,
que soy de carnes blandas, y no nada
impenetrables, ni la de no poder ser
encantado, que yà me he visto metido
en vna jaula, donde todo el mun-
do no fuera poderoso à encerrarme,
fino fuera à fuerças de encantamen-
tos; pero pues de aquel me librè,
quiero creer, que no ha de aver otro
alguno que me empezca: y así vien-
do estos encantadores, que con mi
persona no pueden vsar de sus malas
mañas, venganse en las cosas que mas
quiero, y quieren quitarme la vida,
maltratando la de Dulcinea, por quien
yo vivo; y así creo, que quando mi es-
cudero llevò mi embaxada, se la con-
virtieron en villana, y ocupada en tan
baxo exercicio, como es el de ahechar
trigo; pero yà tengo yo dicho, q̄ aquel
trigo no era rubion, ni trigo, sino gra-
nos de perlas Orientales; y para prue-
ba de esta verdad, quiero dezir à vues-
tras magnitudes, como viniendo poco
ha por el Toboso, jamás pude hallar
los Palacios de Dulcinea; y que otro
dia, aviendola visto Sancho mi escude-
ro en su mesma figura, que es la mas
bella del Orbe, à mi me pareció vna

labradora tosca, y fea, y no nada bien
razonada, siendo la discrecion de el
mundo; y pues yo no estoy encanta-
do, ni lo puedo estar, segun buen dis-
curso, ella es la encantada, la ofendida,
y la mudada, trocada, y trastrocada,
y en ella se han vengado mis enemi-
gos, y por ella vivirè yo en perpe-
tuas lagrimas, hasta verla en su pristi-
no estado. Todo esto he dicho, para
que nadie repare en lo que Sancho di-
xo del cernido, ni del ahecho de Dul-
cinea, que pues à mi me la mudaron, no
es maravilla, que à él se la cambiasen.
Dulcinea es principal, y bien nacida,
y de los hidalgos linages que ay en el
Toboso, que son muchos, antiguos,
y muy buenos, à buen seguro, que no
le cabe poca parte à la fin par Dul-
cinea, por quien su Lugar será famo-
so, y nombrado en los venideros si-
glos, como lo ha sido Troya por Ele-
na, y España por la Caba, aunque con
mejor titulo, y fama. Por otra parte
quiero que entiendan vuestras Seño-
rias, que Sancho Pança es vno de los
mas graciosos escuderos, que jamás
sirviò à Cavallero Andante: tiene à
vezes vnas simplicidades tan agudas,
que el pensar si es simple, ò agudo,
causa no pequeño contento: tiene ma-
licias, que le condenan por vellaco, des-
cuydos, que le confirman por bobo;
duda de todo, y creelo todo; quando
pienso que se vâ à despeñar de todo,
sale con vnas discreciones, que le le-
vantán al Cielo. Finalmente, yo no le
trocaria con otro escudero, aunque
me diessen de añadidura vna Ciudad;
y así estoy en duda, si será bien em-
biarle al Gobierno de quien vues-
tra

tra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él vna cierta aptitud para esto de gobernar, que atufándole tantico el entendimiento, se fallará con qualquiera gobierno, como el Rey con sus alcavalas; y mas, que ya por muchas experiencias sabemos, que no es menester, ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser vno Governador, pues ay por ai ciento, que apenas saben leer, y gobiernan como vnos girifaltes, el toque está en que tengan buena intencion, y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje, y encamine en lo que han de hazer, como los Governadores Cavalieros, y no Letrados, que sentencian con assessor. Aconsejariale yo, que ni tome cobhecho, ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estomago, que fallarán á su tiempo, para vtilidad de Sancho, y provecho de la Infula que gobernaré. A este punto llegava de su coloquio el Duque, y la Duquesa, y Don Quixote, quando oyeron muchas voces, y gran rumor de gente en el Palacio, y á deshora: entrò Sancho en la sala, todo asustado, con vn cernadero por babador, y tras él muchos moços, ò por mejor dezir, picaros de cocina, y otra gente menuda, y vno venia con vn artefonicillo de agua, que en la color, poca limpieza mostrava ser de fregar; seguiale, y perseguale el de la artesa, y procurava con toda sollicitud ponerfela, y encaxarfela debaxo de las barbas, y otro picaro mostrava quererfelas labar. Què es esto, hermano? (preguntò la Duquesa,) què es esto? Què quereis

à esse buen hombre? Como, y no considerais, que está electo Governador? A lo que respondió el picaro barbero: No quiere este señor dexarse labar como es vsança, y como se labò el Duque mi señor, y el señor su amo. Si quiero (respondió Sancho con mucha colera;) pero querria que fuesse con tohallas mas limpias, con legia mas clara, y con manos no tan sucias, que no ay tanta diferencia de mi á mi amo, que á él le labavan con agua de Angeles, y á mi con legia de diablos: las vsanças de las tierras, y de los Palacios de los Principes, tanto son buenas, quanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del laboratorio que aqui se vsa, peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios, y el que llegare á labarme, ni tocarme á vn pelo de la cabeça (digo de la barba) hablando con el debido acatamiento, le dare tal puñada, que le dexé el puño engastado en los cascos, que tales ceremonias, y jabonaduras, mas parecen burlas, que gafajas de huespedes. Percida de risa estava la Duquesa, viendo la colera, y oyendo las razones de Sancho; pero no diò mucho gusto á Don Quixote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entrenidos de cocina; y así haziendo vna profunda reverencia á los Duques, como q̄ les pedia licencia para hablar, con voz reposada dixo á la capalla: Oia, señores Cavalieros, vuestras mercedes dexen al mancebo, buelvanse por donde vinieron, ò por otra parte, si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como

otro, y estas artessillas son para el estrechas, y penantes bucaros, tomen mi consejo, y dexale, porque ni el, ni yo fabemos de achaque de burlas. Cogíele la razon de la boca Sancho, y profugió diciendo: No sino lleguense à hazer burla del mostrenco, que así lo sufriré, como aora es de noche. Traygan aqui vn peyne, ò lo que quisieren, y almoacennme estas barbas, y si sacaren de ellas cosa que ofenda à la limpieza, que me trasquilen à cruces. A esta fazon, sin dexar la rita, dixo la Duquesa: Sancho Pança tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrá en todo quanto dixere, èl es limpio, y como èl dize, no tiene necesidad de lavarse, y si nuestra vñança no le contenta, su alma en su palma: quanto mas que vosotros, ministros de la limpieza, aveis andado demasadamente remissos, y descuydados, y no sè si diga atrevidos à traer tal personage, y à tales barbas, en lugar de fuentes, y aguamaniles de oro puro, y de Alemanas tohallas, artessillas, y dornajos de palo, y rodillas de aparadores; pero en fin sois malos, y mal nacidos, y no podeis dexar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza q̄ teneis con los escuderos de los andantes Cavalleros. Creyerò los apicarados ministros, y aun el Maestresala que venia con ellos, que la Duquesa hablava de veras; y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos, y casi corridos se fueron, y le dexaron: el qual, viendose fuera de aquel, à su parecer, fumo peligro, se fue à hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo: de grandes señoras, grandes mercedes se esperan, esta que

la vuestra merced oy me ha fecho, no puede pagarse con menos, sino es con desear verme armado Cavallero andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir à tan alta señora. Labrador soy, Sancho Pança me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo, si con algunas de estas cosas puedo servir à vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer, que vuestra Señoria en mandar. Bien parece Sancho (respondió la Duquesa) que aveis apreñido à ser cortès en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero dezir, que os avreis criado à los pechos del señor Don Quixote, que debe de ser la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ò cirimonias, como vos dezis; bien ay a tal señor, y tal criado, el vno por norte de la Andante Cavalleria, y el otro por estrella de la escuderial fidelidad: Levantaos Sancho amigo, que yo satisfarè vuestras cortesias, con hazer que el Duque mi señor, lo mas presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del Gobierno. Con esto cesò la platica, y Don Quixote se fue à reposar la siesta, y la Duquesa pidió à Sancho, que si no tenia mucha gana de dormir, viniessè à passar la tarde con ella, y con sus donzellas en vna muy fresca sala. Sancho respondiò, que aunque era verdad, que tenia por costumbre dormir quatro, ò cinco horas las siestas del Verano, que por servir à su bondad, èl procuraria con todas sus fuerças no dormir aquel dia ninguna, y venga obediente à su mandado, y fuessè. El Duque diò nuevas ordenes como se tratassè à Don Quixote, co-

mo à Cavallero andante, sin salir vn punto de el estilo, como cuentan que se tratavan los antiguos Cavalleros.

CAP. XXXIII. *De la sabrosa platica, que la Duquesa, y sus donzellas passaron con Sancho Pança, digna de que se lea, y de que se note.*

Cuenta, pues, la historia, que Sancho no durmiò aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo à ver la Duquesa, la qual con el gusto que tenia de oírle, le hizo sentar junto à sí en vna silla baxa, aunque Sancho de puro buen criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dixo, que se sentasse como Governador, y hablasse como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los ombros, obedeciò, y sentòse, y todas las donzellas, y dueñas de la Duquesa le rodearon, atentas con grandísimo silencio à escuchar lo que diria; pero la Duquesa faè la que habló primero, diziendo: Aora que estamos solos, y que no nos oye nadie, querria yo que el señor Governador me absolviesse ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia, que del gran Don Quixore anda impresa; vna de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca viò à Dulcinea, digo à la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevò la carta del señor Don Quixote, porque se quedò en el libro de memoria en Sierra Morena, como se atrevió à fingir la respuesta; y aquella de que la hallò ahechando trigo, siendo todo burla, y mentira, y tan en daño de

la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos escuderos. A estas razones, sin responder con alguna, se levantò Sancho de la silla, y con passos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los dofeles, y luego esto hecho, se bolvió à sentar, y dixo: Aora, señora mia, que he visto, que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor, ni sobresalto responderè à lo que se me ha preguntado, y à todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo à mi señor Don Quixote por loco rematado, puesto que algunas vezes dize cosas, que à mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas, y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanàs no las podrá dezir mejores; pero con todo esto, verdaderamente, y sin escrupulo, à mi se me ha asentado, que es vn mentecato, pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo à hazerle creer, lo que no lleva pies, ni cabeça, como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de avrà seis, ò ocho dias, que aun no està en historia; conviene à saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, q̄ le he dado à entnder, que està encantada, no siendo mas verdad, que por los cerros de Ubeda. Rogòle la Duquesa, que le contasse aquel encantamiento, ò burla, y Sancho se lo contò todo del mismo modo que avia passado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su platica, dixo la Duquesa: De lo que el buen Sancho me

me ha contado me anda brincando vn escrupulo en el alma, y vn cierto susurro llega à mis oidos, que me dize: Pues Don Quixote de la Mancha es loco, menguado, y mentecato, y Sancho Pança su escudero lo conoce, y cõ todo esto le sirve, y le sigue, y và atenido à las vanas promessas suyas, sin duda alguna debe de ser el mas loco, y tonto, que su amo: y siendo esto assi, como lo es, mal contado te será señora Duquesa, si al tal Sancho Pança le dás Insula que gobierne; porque el que no sabe gobernar se à si, como sabrà gobernar à otros? Par Dios, señora, (dixo Sancho) que esse escrupulo viene con parto derecho; pero digale vuestra merced, que hable claro, ò como quisiere, que yo conozco que dize verdad, que si yo fuera discreto, dias ha que avia de aver dexado à mi amo; pero esta fuè mi fuerte, y esta mi mal andança, no puedo mas, seguir le tengo, somos de vn mismo Lugar, he comido su pan, quierole bien, es agradecido, diòme sus pollinos; y sobre todo, yo soy fiel, y assi es imposible, que nos pueda apartar otro suceso, que el de la pala, y azadon; y si vuestra altanería no quisiere, que se me de el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podria ser, que el no darmele, redundasse eu pro de mi conciencia, que maguer à tonto se me entiende aquel refràn, de por su mal le nacieron à la hormiga, y aun podria ser, que fuesse mas ahina Sancho escudero al Cielo, que no Sancho Governador. Tan buen pan hazen aqui, como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos: y assaz deidichada es la persona, que

à las dos de la tarde no se ha desayunado, y no ay estomago, que sea vn palmo mayor que otro, el qual se puede llenar, como suele dezirse, de paja, ò de heno: y las avezitas del campo tienen à Dios por su Proveedor, y despenfero; y mas calientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limiste de Segovia; y al dexar este mundo, y meternos la tierra adentro; por tan estrecha fenda và el Principe, como el jornalero: y no ocupa mas pies de la tierra el cuerpo del Papa, que el de el Sacristan, aunque sea mas alto el vno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos, y encogemos, ò nos hazen ajustar, y encoger, mal que nos pese, y à buenas noches: y torno à dezir, que si vuestra Señoría no me quisiere dár la Insula por tonto, yo sabrè no darmeme nada por discreto: y yo he oido dezir, que detrás de la Cruz està el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, harados, y coyundas, sacaron al Labrador Bamba, para ser Rey de España: y de entre los brocados, passatiempos, y riquezas, sacaron à Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trobas de los Romances antiguos no mienten.) Y como que no mienten, dixo à esta fazon Doña Rodriguez la dueña, que era vna de las escuchantes, que vn Romance ay que dize, que metieron al Rey Rodrigo vivo en vna tumba, llena de sapos, culebras, y lagartos; y que de alli à dos dias dixo el Rey desde dentro de la tumba, con voz doliente, y baxa: Yà me comen: yà me comen por do mas pecado avia; y segun esto, mucha razon tiene este señor

en dezir , que quiere ser mas Labrador que Rey , si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa, oyendo la simplicidad de su dueña , ni dexò de admirarse en oir las razones, y refranes de Sancho , à quien dixo : Yà sabe el buen Sancho, que lo que vna vez promete vn Cavallero , procura cumplirlo , aunque le cueste la vida. El Duque mi señor , y marido , aunque no es de los andantes , no por esso dexa de ser Cavallero , y así cumplirá la palabra de la prometida Infula , à pesar de la embidia , y de la malicia del mundo. Estè Sancho de buen animo , que quando menos lo piense se verá sentado en la silla de su Infula , y en la de su Estado , y empuñará su Gobierno , que con otro de brocado de tres altos lo defeche. Lo que yo le encargo es, que mire como gobierna sus vassallos , advirtiendole , que todos son leales , y bien nacidos. Esso de gobernarlos bien (respondió Sancho) no ay para que encargarmelo , porque yo soy caritativo de mio , y tengo compasión de los pobres ; y à quien cueze , y amasa no hurtes hogaza : y para mi santiaguada , que no me han de echar dado falso , soy perro viejo , y entiendo todos tus , tus , y sè despavilarme à sus tiempos , y no consiento que me anden musarañas ante los ojos , porque sè donde me aprieta el zapato : digolo , porque los buenos tendrán conmigo mano , y concabidad , y los malos , ni piè , ni entrada: Y pareceme à mi , que en esto de los gobiernos todo es comenzar , y podria ser que à quinze dias de Governador me comiese las manos tras el oficio , y supiese mas del,

que de la labor del campo en que me he criado. Vos teneis razon , Sancho, (dixo la Duquesa) que nadie nació enseñado , y de los hombres se hazen los Obispos , que no de las piedras ; pero bolviendo à la practica , que poco ha travamos , del encanto de la señora Dulcinea , tengo por cosa cierta , y mas que averiguada , que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar à su señor , y darle à entender , que la labradora era Dulcinea , y que si su señor no la conocia , debia de ser por estar encantada , toda fuè invencion de alguno de los encantadores , que al señor Don Quixote le persiguen , porque real , y verdaderamente , yo sè de buena parte , que la villana que diò el brinco sobre la pollina , era , y es Dulcinea del Toboso , y que el buen Sancho pensando ser el engañador , es el engañado , y no ay poner mas duda en esta verdad , que en las cosas que nunca vimos : y sepa el señor Sancho Pança , que tambien tenemos acá encantadores , que nos quieren bien , y nos dicen lo que passa por el mundo pura , y sencillamente , sin enredos , ni maquinasy y creamos Sancho , que la villana brincadora era , y es Dulcinea de el Toboso , que esta encantada como la madre que la pariò , y quando menos nos pensèmos , la avemos de ver en su propia figura , y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo esso (dixo Sancho Pança ,) y agora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que viò en la cueva de Montesinos , donde dize que viò à la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje , y habito que yo dixè que

la avia visto quando la encantè por fo-
 lo mi gusto, y todo debió de ser al re-
 vès, como vuestra merced, señora mia,
 dize, porque de mi ruin ingenio no se
 püede, ni debe presumir, que fabricasse
 en vn instante tan agudo embuste, ni
 creo yo que mi año no es tan loco,
 que con tan flaca, y magra persuasion
 como la mia, creyese vna cosa tan
 fuera de todo termino; pero señora, no
 por esto será bien que vuestra bondad
 me tenga por malevolo, pues no está
 obligado vn porro como yo à taladrar
 los pensamientos, y malicias de los
 pésimos encantadores: yo fingí aque-
 llos, por escaparme de las riñas de mi
 señor Don Quixote, y no con inten-
 cion de ofenderle; y si ha sido al revès,
 Dios está en el Cielo, que juzga los co-
 razones. Así es la verdad (dixola Du-
 quesa:) pero dígame aora Sancho, que
 es esto que dize de la cueva de Monte-
 finos, que gustaria saberlo? Entonces
 Sancho Pança le contó punto por
 punto lo que queda dicho acerca de la
 tal aventura. Oyendo lo qual la Du-
 quesa, dixo: De este suceso se puede
 inferir, que pues el gran Don Quixote
 dize, que vió alli à la misma labradora
 que Sancho dize que vió à la salida de
 el Toboso, sin duda es Dulcinea, y que
 andan por aqui los encantadores muy
 listos, y demasadamente curiosos. Eso
 digo yo (dixo Sancho Pança) que si mi
 señora Dulcinea del Toboso está encan-
 tada, su daño será, que yo no me
 tengo de tomar con los enemigos de
 mi año, que deben de ser muchos, y
 malos: verdad sea, que la que yo vi fue
 vna labradora, y por labradora la tu-
 ve, y por tal labradora la juzguè; y si

aquella era Dulcinea, no ha de estar à
 mi cuenta, ni ha de correr por mi, ò so-
 bre ello morena. No sino andense à ca-
 da trinquete conmigo à dime, y dirè:;
 Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, San-
 cho tornò, y Sancho bolviò, como si
 Sancho fuese algun quien quiera, y no
 fuese el mismo Sancho Pança, el que
 anda yà en libros por esse mundo ade-
 lante, segun me dixo Sanson Carrasco,
 que por lo menos es persona Bachille-
 rada por Salamanca, y los tales no
 pueden mentir, sino es quando se les
 antoja, ò los viene muy à cuento: así,
 que no ay para que nadie se tome
 conmigo; y pues que tengo buena fa-
 ma, y segun oí dezir à mi señor, que
 mas vale el buen nombre, que las mu-
 chas riquezas, encaxenme esse gobier-
 no, y veràn maravillas, que quien ha si-
 do buen escudero, será buen Governador.
 Todo quanto aqui ha dicho el
 buen Sancho (dixo la Duquesa) son sen-
 tencias Catonianas, ò por lo menos fa-
 cadas de las mismas entrañas del mis-
 mo Micael Verino, florentibus occidit
 annis. En fin, en fin, hablando à su mo-
 do, debaxo de vna mala capa, fuele
 aver buen bebedor. En verdad, señora,
 (respondiò Sancho) que en mi vida he
 bebido de malicia, con sed bien podria
 ser, porque no tengo nada de hipocri-
 ta; bebo quando tengo gana, y quan-
 do no la tengo, y quando me lo dan,
 por no parecer, ò melindroso, ò mal
 criado, que à vn brindis de vn amigo,
 que coraçon ha de aver tan de mar-
 mol, que no haga la razon? Pero aun-
 que las calzo, no las enfucio: quanto
 mas, que los escuderos de los Cavalle-
 ros andantes casí de ordinario beben
 agua,

agua, porque siempre andan por las florestas, selvas, y prados, montañas, y riscos, sin hallar vna misericordia de vino, si dan por ella vn ojo. Yo lo creo assi (respondió la Duquesa) y por aora vayase Sancho à repofar, que despues hablarèmos mas largo, y darèmos orden como vaya presto à encaxarse, como èl dize, aquel gobierno. De nuevo le besò las manos Sancho à la Duquesa, y le suplicò le hiziesse merced de q se tuviesse buena cuenta con su ruzio, porque era la lumbrè de sus ojos. Què ruzio es este? (preguntò la Duquesa.) Mi afno (respondió Sancho) que por no nombrarle con este nombre, le fue-lo llamar el ruzio: y à esta señora dueña le roguè, quando entrè en este Castillo, tuviesse cuenta con èl, y azoròse de manera, como si la huviera dicho que era vieja, ò fea, debiendo ser mas propio, y natural de las dueñas pensar jumentos, que autorizar las salas. O valgame Dios, y quan mal estava con estas señoras vn hidalgo de mi Lugar! Seria algun villano (dixo Doña Rodriguez la dueña) que si èl fuera hidalgo, y bien nacido, èl las pusiera sobre el cuerno de la Luna. Aora bien (dixo la Duquesa) no aya mas, calle Doña Rodriguez, y fofsieguese el señor Pança, y quedese à mi cargo el regalo del ruzio, que por ser alhaja de Sancho, le pòdrè yo sobre las niñas de mis ojos. En la cavalleriza basta que estè (respondió Sancho) que sobre las niñas de los ojos de vüestra grandeza, ni èl, ni yo somos dignos de estär vn solo momento; y assi lo consintiria yo, como darme de puñaladas, que aunque dize mi señor, que en las cortesias antes fe

ha de perder por carta de mas, que de menos, en las jumentiles, y asinas se ha de ir con el compàs en la mano, con medido termino. Lllevele (dixo la Duquesa) Sancho al gobierno, y allà le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vüestra merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho (dixo Sancho) que yo he visto ir mas de dos afnos à los Gobiernos, y que llevasse yo el mio, no seria cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa, y el contento; y embiandole à repofar, ella fue à dár cuenta al Duque de lo que con èl avia passado, y entre los dos dieron traza, y orden de hazer vna burla à Don Quixote, que fuesse famosa, y vniessè bien con el estilo Cavalleresco, en el qual le hizieron muchas, tan propias, y discretas, que son las mejores aventuras, que en esta tan grande historia se contienen.

CAP. XXXIV. *Que cuenta de la noticia que se tuvo, de como se avia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es vna de las aventuras mas famosas de este Libro.*

GRande era el gusto que recibian el Duque, y la Duquesa de la conversacion de Don Quixote, y de la de Sancho Pança, y confirmandose en la intencion que tenian de hazerle algunas burlas, que llevassen vislumbres, ^{los} y apariencias de aventuras. Tomaron motivo de la que Don Quixote y à le s avia contado de la cueva de Montefinos, para hazerle vna q fuesse famosa; pero de lo que mas la Duquesa se

ad-

admirava, era, que la simplicidad de Sancho fuesse tanta, que huviesse venido à creer ser verdad infalible, que Dulcinea del Toboso estaviesse encantada, aviendo sido el mismo el encantador, y el embuftero de aquel negocio: y así aviendo dado orden à sus criados de todo lo que avian de hazer, de allí à seis dias le llevaron à caza de montería con tanto aparato de monteros, y cazadores, como pudiera llevar vn Rey coronado. Dieronle à Don Quixote vn vestido de monte, y à Sancho otro verde de finissimo paño; pero Don Quixote no se le quiso poner, diciendo, que otro dia avia de bolver al duro exercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardarropas, ni reposterias. Sancho si tomò el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiesse. Llegado, pues, el esperado dia, armòse Don Quixote, vistiose Sancho, y encima de su ruzio, que no le quiso dexar, aunque le daban vn cavallo, se metiò entre la tropa de los monteros: la Duquesa salìo bizarramente aderezada, y Don Quixote de puro cortès, y comedido tomò la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente llegaron à vn bosque, que entre dos altísimas montañas estava, donde tomàdo los puestos, paranças, y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se començò la caza con grande estruendo, grita, y vozeria; de manera, que vnos à otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las vozinas. Apeòse la Duquesa, y con vn agudo venablo en las manos se puso en vn puesto por

donde ella sabia que solian venir algunos jabalies. Apeòse assimismo el Duque, y Don Quixote, y pusieronse à sus lados: Sancho se puso detrás de todos, sin apearse de el ruzio, à quien no offava defamparar, porque no le sucediesse algun desmán; y apenas avian sentado el piè, y puesto en ala con otros muchos criados suyos, quando acofado de los perros, y seguido de los cazadores, vieron que àzia ellos venia vn desinesurado jabali, cruxiendo dientes, y colmillos, y arrojando espuma por la boca; y en viendole, embraçando su escudo, y puesta mano à su espada, se adelantò à recibirle Don Quixote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero à todos se adelantàra la Duquesa, si el Duque no se lo estorvára. Solo Sancho en viendo al valiente animal, defamparò al ruzio, y diò à correr quanto pudo, y procurando subirse sobre vna alta encina, no fuè posible; antes estando yà à la mitad del, asido de vna rama, pugnando subir à la cima, fuè tan corto de ventura, y tan desgraciado, que se desgajò la rama, y al venir al suelo se quedò en el ayre, asido de vn gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viendose así, y que el fayo verde se le rasgava, y pareciendole, que si aquel fiero animal allí llegava, le podia alcançar, començò à dár tantos gritos, y à pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oian, y no le veian, creyeron que estava entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabali quedò atravesado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante, y bolviendo la cabeça Don Quixote à los gritos de

Sancho, que yá por ellos le avia conocido; vióle pendiente de la encina, y la cabeça abaxo, y al ruzio junto à él, que no le defamparò en su calamidad. Dize Cide Hamete, que pocas vezes viò à Sancho Pança sin ver al ruzio, al ruzio sin ver à Sancho: tal era la amistad, y buena fee que entre los dos se guardavan. Llegò Don Quixote, y descolgò à Sancho, el qual viendo libre, y en el suelo, mirò lo desgarrado del sayo de monte, y pèssole ea el alma, que pensò que tenia en el vestido vn mayorazgo. En esto atravesaron al jabali poderoso sobre vn azemila, y cubriendole con matas de romero, y con ramas de mirto lo llevaron como en señal de victoriosos despojos à vnas grandes tiendas de campaña, que en mitad del bosque estavan puestas, donde hallaron las mesas en la orden, y en la comida adereçada tan sumptuoso, y grande, que se echava bié de ver en ella la grandeza, y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas à la Duquesa de su roto vestido, dixo: Si esta caça fuera de liebres, ù de paxarillos, teguro estuviera mi sayo de verse en este estremo. Yo no sè que gusto se recibe de esperar à vn animal, que si os alcança con vn colmillo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo aver oido cantar vn romance antiguo, que dize: De los ossos seas comido, como Fabila el nombrado. Esse fue vn Rey Godo (dixo Don Quixote,) que yendo à caça de môtoria le comiò vn osso. Esso es lo que yo digo (respondiò Sancho) que no querria yo que los Principes, y los Reyes se pusiessen en semejantes peligros, à trucco de vn

gusto, que parece que no lo avia de ser, pues consiste en matar à vn animal, que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais Sancho (respondiò el Duque,) porque el exercicio de la caça de montes es el mas conveniente, y necesario para los Reyes, y Principes, q̄ otro alguno. La caça es vna imagen de la guerra; ay en ella estratagema, astucias, insidias, para vencer à su salvo al enemigo; padecense en ella frios grandísimos, y calores intolerables, menoscabase el ocio, y el sueño; corrobóranse las fuerças, agilitanse los mieëbros del que la vïa; y en resolucion, es exercicio que se puede hazer sin perjuizio de nadie, con gusto de muchos: y lo mejor que tiene es, que no es para todos, como lo es de los otros generos de caça, excepto el de la bolateria, que tambien es solo para Reyes, y grandes señores. Así que, ò Sancho, mudad de opinion, y quando seais Governador, ocupaos en la caça, y vereis como os vale vn pan por ciento. Esso no, (respondiò Sancho) el buen Governador, la pierna quebrada, y en casa: bueno seria que viniessen los negociantes à buscarle fatigados, y èl estuviessè en el monte holgandose, así en hora mala andaria el Gobierno. Mia fee, señor, la caça, y los passatiempos mas han de ser para los holgaçanes, que para los Governadores; en lo que yo pienso entretenerme, es en jugar al triunfo embidado las Pasquas, y à los bolos los Domingos, y Fiestas, que essas caças, ni caços no dizen con mi condicion, ni hazen con mi conciencia. Plega à Dios Sancho, que así sea; porque de el dicho al hecho ay gran trecho.

70
SEGUNDA PARTE DE DON

Aya lo que haviere, (replicò Sancho) que al buen pagador no le duelen prendas , y mas vale al que Dios ayuda , que al que mucho madruga , y tripas llevan pies , que no pies à tripas ; quiero dezir , que si Dios me ayuda , y yo hago lo que debo con buena intencion , sin duda que gobernarè mejor que vn gerifalte : no si no pongame el dedo en la boca , y veran si aprieto , ò no. Maldito seas de Dios , y de todos sus Santos , Sancho maldito (dixo Don Quixote ,) y quando serà el dia , como otras muchas vezes he dicho , donde yo te vea hablar sin refranes vna razon corriente , y concertada ? Vuestras grandezas dexen à este tonto , señores mios , que les molerà las almas , no solo puestas entre dos , si no entre dos mil refranes , traydos tan à fazon , y tan à tiempo , quanto le dà Dios à el la salud , ò à mí , si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Pança ,) dixo la Duquesa ,) puestos que son mas que los del Comendador Griego , no por esto son menos de estimar , por la brevedad de las sentencias. De mí sé dezir , que me dàn mas gusto que otros , aunque sean mejor traídos , y con mas razon acomodados. Con estos , y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque , y en requerir algunas paranças , presto se les pasó el dia , y se les vino la noche , y no tan clara , ni tan séfca , como la razon de el tiempo pedia , que era en la mitad de el Verano : pero vn cierto claro escuro , que axo consigo , ayudò mucho à la intencion de los Duques. Así como comenzó à anochecer , vn poco mas adelante de el crepúsculo , à deshora ,

pareció que todo el bosque por todas quatro partes se ardia , y luego se oyeron por aquí , y por allí , por acá , y por acullà infinitas cornetas , y otros instrumentos de guerra , como de muchas tropas de cavalleria , que por el bosque passava. La luz de el fuego , el son de los belicos instrumentos casi cegaron , y atronaron los ojos , y los oídos de los circunstantes , yaun de todos los que en el bosque estavan. Luego se oyeron infinitos lelilles al uso de Moros , quando entran en las batallas ; sonaron trompetas ; y clarines , retumbarò tambores , resonaron pifanos , casi todos à vn tiempo , tan continuo , y tan apriessa , que no tuviera sentido el que no quedara sin el al son cófuso de tantos instrumentos. Pasmòse el Duque , suspendiòse la Duquesa , admiròse Don Quixote , temblò Sancho Pança : y finalmente , aun hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron , con el temor les cogió el silencio , y vn posillon que en traje de demonio les pasó por delante , tocando en vez de corneta , vn buco , y definesurado cuerno , que vn ronco , y espantoso son despedia. Ola , hermano correo (dixo el Duque ,) quien sois ? adonde vais ? y què gente de guerra es la que por este bosque parece que atravieffa ? A lo que respondió el correo con voz horripsona , y defensadada : Yo soy el diablo , voy à buscar à Don Quixote de la Mancha , la gente que por aqui viene son seis tropas de encantadores , q̄ sobre vn carro triunfante traen a la fin par Dulcinea del Tob. so , encantada viene con el gallardo Francès Montellinos , à dàr ordè à Dō Quixote de como ha

ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuéades diablo como dezis, y como vuestra figura muestra, ya huvierades conocido al tal Cavallero Don Quixote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios, y en mi conciencia, (respondió el diablo) que no mirava en ello, porque traygo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal à que venia se me olvidava. Sin duda (dixo Sancho) que este demonio debe de ser hombre de bien, y buen Christiano; porque à no serlo, no juràra en Dios, y en mi conciencia. Aora yo tengo para mi, que aun en el mismo infierno debe de aver buena gente. Luego el demonio, sin apearse, eacaminando la vista à Don Quixote, dixo: A ti el Cavallero de los Leones (que entre las garras de ellos te vea yo) me embia el desgraciado, pero valiente Cavallero Montefinos, mandandome, que de su parte te diga, que le esperes en el mismo lugar que te topare, à causa que trae consigo à la que llaman Dulcinea de el Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla, y por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estada: los demonios, como yà queden contigo, y los Angeles buenos con estos señores; y en diciendo esto tocò el desafortado cuerno, y bolvió las espaldas, y fuesse sin esperar respuesta de ninguna. Renovòse la admiracion en todos, y especialmente en Sancho, y Don Quixote: en Sancho en ver que à despecho de la verdad querian que estuviesse encantada Dulcinea: en Don Quixote, por no poder asegurarse, si era verdad, ò no lo que le avia passado en la

Part II.

cueva de Montefinos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dixo: Piensa v.m. esperar, señor Don Quixote? Pues no? respondió el, aqui esperarè intrepido, y fuerte, si me viniesse à embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo, y oigo otro cuerno como el pasado, así esperarè yo aqui, como en Flandes, (dixo Sancho.) En esto se cerrò mas la noche, y començaron à discurrir muchas luzes por el bosque, bien así como discurren por el Cielo las exhalaciones fecas de la tierra, que parecen à nuestra vista estrellas que corren. Oyòse así mismo vn espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrido aspero, y continuado se dize, que huyen los lobos, y los ossos, si los ay por donde passan. Añadiòse à toda esta tempestad otra, que las aumentò todas, que fuè, que parecia verdaderamente que à las quatro partes del bosque se estavan dando à vn mismo tiempo quatro reencuentros, ò batallas, porque alli sonava el duro estruendo de espantosa artilleria, acullà se disparavan infinitas escopetas; cerca casi sonavan las voces de los combatientes: lexos se reysteravan los lelilles Agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bolinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuzes, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formavan todos juntos vn son tan confuso, y tan horrendo, que fue menester que Don Quixote se valiesse de todo su coraçon para sufrirle; pero el de Sancho vino à

M 2

tic-

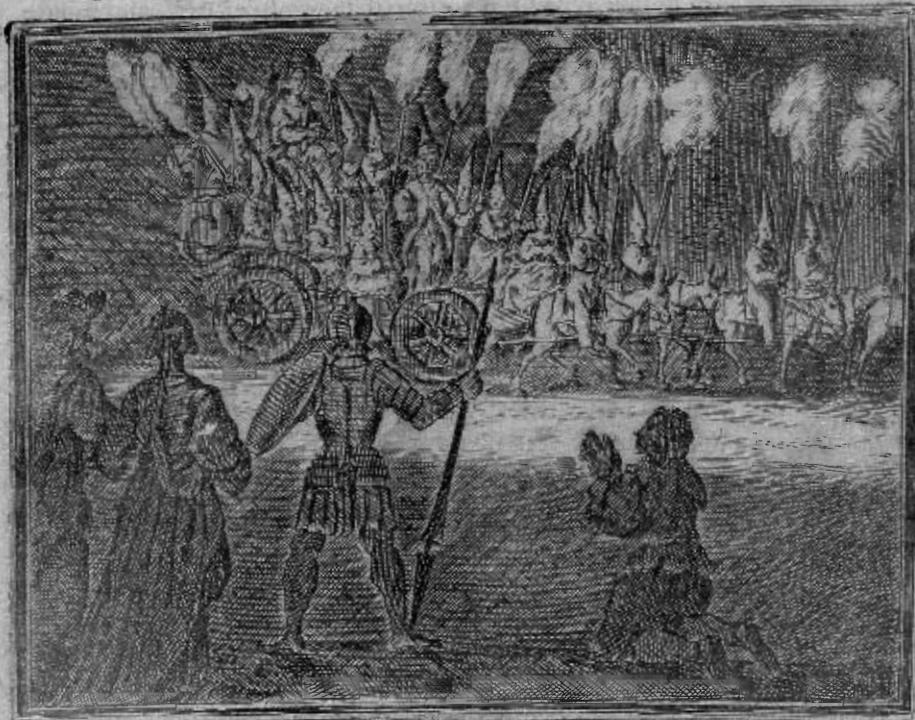
tierra, y diò con el desmayado en las faldas de la Duquesa, la qual le recibió en ellas, y à gran priessa mandò, que le echassen agua en el rostro. Hizose así, y el bolvió en su acnerdo à tiempo que yà vn carro de las rechinantes ruedas llegava à aquel puesto: tiravante quatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traian atada, y encendida vna grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho vn asiento alto, sobre el qual venia sentado vn venerable viejo, con vna barba mas blanca, que la misma nieve, y tan luenga, que le passava de la cintura: su vestidura era vna ropa larga de negro vocazi, que por venir el carro lleno de infinitas luzes, se podia bien divisar, y discernir todo lo que en el venia. Guiavante dos feos de arquios, vestidos del mismo vocazi, con tan feos rostros, q̄ Sancho, aviendo los visto vna vez, cerrò los ojos, por no verlos otra. Llegando, pues, el carro à igualar al puesto, se levantò de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando vna gran voz, dixo: Yo soy el sabio Ligandeo, y passò el carro adelante, sin hablar mas palabra. Tras este passò otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el qual haziendo que el carro se detuviesse, con voz no menos grave que el

otro, dixo: Yo soy el diablo Alquife, el grande amigo de Urganda la ceticónocida, y passò adelante. Luego por el mismo continente llegò otro carro; pero el que venia sentado en el trono, no era viejo como los demás, sino hombre robusto, y de mala catadura, el qual al llegar, levantandose en pie, como los otros, dixo con voz mas ronca, y mas endiablada: Yo soy Arcalaus, el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula, y de toda su parentela, y passò adelante. Poco desviados de allí hizieron alto estos tres carros, y cesò el entadoño ruido de sus ruedas, y luego no se oyò otro ruido, sino vn fon de vna suave, y concertada musica formado, con que Sancho se alegrò, y lo tuvo à buena señal; y así dixo à la Duquesa, de quien vn punto, ni vn passo se apartava: Señora, donde ay musica, no puede aver cosa mala. Tampoco donde ay luzes, y claridad (respondió la Duquesa.) A lo que replicò Sancho: Luz dà el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrañasen; pero la musica siempre es indicio de regozijos, y de fiestas. Ello dirà (dixò Don Quixote) que todo lo escuchava, y dixo bien, como se mues-

tra en el Capitulo siguiente.



CAP. XXXV. *Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.*



AL compàs de la agradable musica, vieron que azia ellos venia vn carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas, empero, de lienço blanco, y sobre cada vna venia vn diciplinante de luz, afsimismo vestido de blanco, con vna hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos vezes, y aun tres, mayor que los passados; y los lados, y encima de el ocupavan otros doze diciplinantes, alvos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista, que admirava, y espantava juntamente, y en levantando

Part.II.

trono venia sentada vna Ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hazian, si no rica, alomenos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con vn transparente, y delicado cendal, de modo, que sia impedirlo sus rizos, por entre ellos se descubria vn hermosisimo rostro de donzella, y las muchas luzes davan lugar para distinguir la belleza, y los años, que al parecer no llegavan à veinte, ni baxavan de diez y siete: junto à ella venia vna figura vestida de vna ropa de la

M 3

que

que llaman rozagantes, hasta los piés,
cubierta la cabeça con vn velo negro;
pero al punto que llegó el carro à estar
frente à frente de los Duques, y de Don
Quixote, cesò la musica de las chirri-
mias, y luego la de las harpas, y landes,
que en el carro sonavan; y levantando-
se en pie la figura de la ropa, la apartò
à entrambos lados; y quitandose el ve-

lo del rostro, descubrió patentemente
ser la misma figura de la muerte, def-
carnada, y fea, de que Don Quixote re-
cibió pesadumbre, y Sancho miedo, y
los Duques hizieron algun sentimiento
temeroso. Alçada, y puesta en pie esta
muerte viva, con voz algo dormida, y
con lengua no muy despierta, comen-
çò à dezir desta manera.

Yo foy Merlin, aquel que en las historias
Dizen, que tuve por padre al diablo,
Mentira autorizada de los tiempos,
Príncipe de la Magica, y Monarca,
Y Archivo de la ciencia Zoroastrica,
Emulo à las edades, y à los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos Cavalleros,
A quien yo tuve, y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,
De los Magos, ò Magicos continuo,
Dura la condicion, alpera, y fuerte,
La mia es tierna, blanda, y amorosa,
Y amiga de hazer bien à todas gentes.

En las cabernas lobregas de Dire,
Donde estava mi alma entretenida,
En formar ciertos rumbos, y caracteres,
Llegò la voz doliente de la bella,
Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamiento, y su desgracia,
Y su transformacion, de gentil dama
En rustica Aldeana, condolime,
Y encerrando mi espiritu en el hueco
De esta espantosa, y fiera notomia,
Después de aver rebuelto cien mil Libros
De esta mi ciencia endemoniada, y torpe,
Vengo à dár el remedio que conviene
A tamaño dolor, à mal tamaño.

O tu gloria, y honor de quantos visten
 Las tunicas de azero, y de diamante,
 Luz, y farol, sendero, norte, y guia,
 De aquellos que dexando el torpe sueño,
 Y las ociosas plumas se acomodan
 A vsar el exercicio intolerable
 De las sangrientas, y pesadas armas!
 A ti digo, ó varon, como se debe,
 Por jamás alabado, à ti valiente.

Juntamente, y discreto Don Quixote;
 De la Mancha esplendor, de España estrella;
 Que para cobrar su estado primo
 La sin par Dulcinea del Toboso,
 Es menester que Sancho tu escudero
 Se dè tres mil açotes, y trecientos,
 En ambas sus valientes posaderas,
 Al ayre descubiertas, y de modo,
 Que le escuezan, le amarguen, y le enfaden;
 Y en esto se resuelven todos quantos
 De su desgracia han sido los Autores,
 Y à esto es mi venida mis señores.

Voto à tal (dixo à esta fazon Sancho) no digo tres mil açotes; pero así me darè yo tres, como tres puñaladas: valate el diablo por modo de defencantar? Yo no sè que tienen que ver mis posas con los encantos? Par Dios que si el señor Merlia no ha hallado otra manera como defencantar à la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir à la sepultura. Tomaros he yo (dixo Don Quixote) don villano harto de ajos, y amarraros he à vn árbol desnudo, como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos açotes os darè, tan bien pegados, que no se os caygan à tres mil y trecientos

Part. II.

tirones, y no me repliqueis palabra; que os arrancarè el alma. Oyendo lo qual Merlin, dixo: No ha de ser así, porque los açotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerça, y en el tiempo que èl quisiere, que no se le pone termino señalado; pero permitisele, que si èl quisiere redimir su vexacion por la mitad de este vapulamiento, puede dexar que se los dè agena mano, aunque tenga algo de pesada. Ni agena, ni propia, ni pesada, ni por pesar (replicò Sancho) à mi no me ha de tocar alguna mano: parì yo por ventura à la señora Dulcinea del Toboso, para que pagaen mis posas lo que pecaron sus

M 4

ajos?

ojos? El señor mi amo si, que es parte fuya, pues la llama à cada passo mi vida, mi alma, sustento, y arrimo suyo, se puede, y debe açotar por ella, y hazer todas las diligencias necessarias para su defencanto. Pero açotarme yo, abernuncio. Apenas acabò de dezir esto Sancho, quando levantandose en piè la argentada Niufa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitandose el sutil velo de el rostro, le descubrió tal, que à todos pareció mas que demasadamente hermoso, y con vn defenfado varonil, y con vna voz muy adamada, hablando derechamente con Sancho Pança, dixo: O mal aventurado escudero, alma de castaño, coraçon de alcornoque, de entrañas guigenas, y apedernaladas, si te mandaran, ladron, desuella caras, que te arrojaras de vna alta torre al suelo: si te pidieran, enemigo del genero humano, que te comieras vna dozena de fapos, dos de lagartos, y tres de culebrás: si te persuadieran à que mataras à tu muger, y à tus hijos con algun truculento, y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostraras melindroso, y esquivo; pero hazer caso de tres mil y treientos açotes, que no ay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta à todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren à saber con el discurso del tiempo; por miserable, y endurecido animal, por digo, esos tus ojos de mochuelo etpancadizo en las niñas destes mios, comparados à rutilantes estrellas, y verasios llorar hilo à hilo, y madeja

à madeja, haziendo surcos, carreras, y fendas por los hermosos campos de mis mexillas. Muevate, focarron, y mal intencionado moltruo, que la edad tan florida mia, que aun se està todavia en el diez, y de los años, pues tengo diez y nueve, yno llego à veinte, se consume, y marchita debaxo de la corteza de vna rustica labradora, y si aora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que està presente, solo porque te enternezca mi belleza, que las lagrimas de vna affigida hermosura, buelven en algodòn los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bescion indomito, y faca de haren esse brio, que à solo comer, y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz: y si por mi no queres ablandarte, ni reducirte à algun razonable termino, hazlo por esse pobre Cavallero, que à tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rigida, ò blanda respuesta, ò para salirle por la boca, ò para bolverse al estomago.

Tentòse, oyendo esto, la garganta Don Quixote, y dixo, bolviendose al Duque: Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aqui tengo el alma atravesada en la garganta, como vna nuez de ballesia. Què dezis vos à esto, Sancho? (preguntò la Duquesa.) Digo, señora, (respondió Sancho) lo que tengo dicho, que de los açotes abrenuncio.

Aber-

Abernuncio aveis de dezir, Sancho, y no como dezis (dixo el Duque.) Dexeme vuestra grandeza (respondiò Sancho) que no estoy aora para mirar en fortalezas, ni en letras mas à menos, porque me tienen tan turbado estos açotes, que me han de dar, ò me tengo de dar, que no sè lo que me digo, ni lo que me hago; pero querria yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinea de el Toboso, adonde aprendiò el modo de rogar que tiene, viene à pedirme que me abra las carnes à açotes, y llaname alma de cantaro, y bestion indomito, con vna tira mira de malos nombres, que el diablo los sufra. Por ventura son mis carnes de bronce? ò vame à mi algo en que se defeneante, ò no? Que canasta de ropa blanca, de camitas, de tocadores, y de escarpines (aunque no los gasto) trae delante de si para ablandarme, ò no vn vituperio, y otro, sabiendo aquel refràn que dicen por ai, que vn alno cargado de oro, sube ligero por vna môtana, y que dadivas quebrantan peñas: y à Dios rogando, y con el mazo dando, y que mas vale vn toma, que dos te darè? Pues el señor mi amo, que avia de traerme la mano por el cerro, y halagarme, para que yo me hiziesse de lana, y de algodondardado, dize, que si me coge, me amarrarà desnudo à vn arbol, y me doblarà la parada de los açotes: y avian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se açote vn escudero, sino vn Governador, como quiendize, bebe con guindas, apréndan, aprendan mucho en hora mala à saber rogar, y à saber pedir, y à tener

criança, que no son todos los tiempos vnos, ni eitan los hombres siempre de vn buen humor: estoy yo aora reben-tando de pena, por ver mi sayo verde roto, y vienen à pedirme, que me açote de mi voluntad, estando ella tan agena dello, como de bolverme Cazique. Pues en verdad, amigo Sancho, (dixo el Duque) que si no os ablandais mas q vna breva madura, que no aveis de empuñar el gobierno. Bueno seria, que yo embiasse à mis Insulanos vn Governador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se dobiega a las lagrimas de las affigidas donzeilas, ni à los ruegos de discretos, imperiosos, y antiguos encantaderos, y sabios. En resolucion, Sancho, ò vos aveis de ser açotado, ò os han de açotar, ò no aveis de ser Governador. Señor (respondiò Sancho) no se me darian dos dias de termino, para pensar lo que me està mejor? No, en ninguna manera (dixo Merlin) aqui en este instante, y en este lugar ha de quedar assentado lo que ha de ser deste negocio, ò Dulcinea bolverà à la cueva de Montesinos, y à su pristino estado de labradora, ò yà en el ser que està serà llevada à los Eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el numero del vapulo. Ea, buen Sancho (dixo la Duquesa) buen animo, y buena correspondiencia al pan que aveis comido del señor Don Quixote, à quien todos debemos servir, y agradar por su buena condition, y por sus altas Cavallerias. Dad el si, hijo, de esta açotayna, y vayase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que vn buen coraçon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis.

A estas razones , respondió con estas disparatadas Sancho , que hablando con Merlin , le preguntò . Digame vuestra merced , señor Merlin , quando llegó aqui el diablo correo , y dió à mi amo vn recado del señor Montesinos , mandandole de su parte , que le esperasse aqui , porque venia à dar orden que la señora Dulcinea de el Toboso se desencantasse , y hasta aora no hemos visto à Montesinos , ni à sus semejadas ? A lo qual respondió Merlin : El diablo , amigo Sancho , es vn ignorante , y vn grandísimo vellaco , yo le embié en bulca de vuestro amo ; pero no con recado de Montesinos , sino mio , porque Montesinos se está en su cueva , entendiendo , ò por mejor dezir , esperando su desencanto , que aun le falta la cola por defollar ; si os debe algo , ò teneis alguna cosa que negociar con él , yo os lo traeré , y pondré donde vos mas quisieredes ; y por aora acabad de dar el sí de esta disciplina , y creedme , que os será de mucho provecho , así para el alma , como para el cuerpo : para el alma , por la caridad con que la hareis : para el cuerpo , porque yo sé que sois de complexion sanguinea , y no os podrá hazer daño sacaros vn poco de sangre . Muchos Medicos ay en el mundo , hasta los encantadores son Medicos (replicó Sancho ;) pero pues todos me lo dicen , aunque yo me lo veo , digo , que soy contento de darme los tres mil y trecientos açotes , con condicion , que me lo tégó de dar cada y quando que yo quisiere , sin que se me ponga tasa en los dias , ni tiempo , y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea

posible , porque goze el mundo de la hermosura de la señora Dulcinea de el Toboso ; pues segun parece , al rebès de lo que yo pensava , en efecto es hermosa . Ha de ser tambien condicion , que no he de estar obligado à sacarme sangre con la disciplina , y que si algunos açotes fueren de mosqueo , se me han de tomar en cuenta . Iten , que si me errare en el numero , el señor Merlin , pues lo sabe todo , ha de tener cuidado de contarlos , y de avisarme los que me faltan , ò los que me sobran . De los sobrados no avrá que avisar (respondió Merlin ,) porque llegando al cabal numero , luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea , y vendrá à buscar , como agradecida , al buen Sancho , y à darle gracias , y aun premios por la buena obra . Así , que no ay de que tener escrupulo de las sobras , ni de las faltas , ni el Cielo permita , que yo engañe à nadie , aunque sea en vn pelo de la cabeça . Ea , pues , à la mano de Dios (dixo Sancho) yo consiento en mi malaventura , digo , que yo acepto la penitencia cõ las condiciones apuntadas . Apenas dixo estas ultimas palabras Sancho , quando bolvió à sonar la musica de las chirimias , y se bolvieron à disparar infinitos arcabuzes , y Don Quixote se colgó del cuello de Sancho , dandole mil belos en la frente , y en las mexillas . La Duquesa , y el Duque , y todos los circuntantes dieron muestras de aver recibido grandísimo contento , y el carro començò à caminar , y al passar , la hermosa Dulcinea inclinò la cabeça à los Duques , y hizo vna gran reverencia à Sancho : y ya en esto se venia à mas andar el Alva alegre , y ri-

suc-

sueña, las florecillas de los campos se descollavan, y erguian, y los liquidos cristales de los arroyos, murmurando por entre blancas, y pardas guijas, iban à dár tributo à los Rios que las esperavan, la tierra alegre, el Cielo claro, el ayre limpio, la luz serena, cada vno por sí, y todos juntos davan manifestas señales, que el dia que al Aurora venia pisando las faldas, avia de ser sereno, y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de aver conseguido su intencion discreta, y felizmente, se bolvieron à su Castillo, con presupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no avia veras, que mas gusto les diessen.

CAP. XXXVI. *Donde se cuenta la estrecha, y jamás imaginada aventura de la dueña dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, con vna carta que Sancho Pança escribió à su muger Teresa Pança.*

TEnia vn Mayordomo el Duque, de muy burlesco, y desenfadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlin, y acomodò todo el aparato de la aventura passada, computò los versos, y hizo que vn page hiziesse à Dulcinea. Finalmente, con intervencion de sus señores, ordenò otra del mas gracioso, y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntò la Duquesa à Sancho otro dia, si avia començado la tarea de la penitencia, que avia de hazer por el desécanto de Dulcinea, dixo que sí, y que aquella noche se avia dado cinco azotes. Preguntòle la Duquesa, que con que se los avia dado?

respondiò, q̄ con la mano. E esso, replicò la Duquesa, mas es darse de palmadas, que de azotes: yo tengo para mi, que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura, menester será, que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos, ù de las de canelones, que se dexen sentir; porque la letra con sangre entra, y no se ha de dár tan varata la libertad de vna tan gran señora, como lo es Dulcinea, por tan poco precio. A lo que respondiò Sancho: Dethé vuestra señoria alguna disciplina, ò ramal conveniente, que yo me daré con èl, como no me duela de masiado; porque hago saber à vuestra merced, que aunque soy rustico, mis carnes tienen mas de algodón, que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ageno. Sea en buena hora, (respondiò la Duquesa) yo os daré mañana vna disciplina, q̄ os venga muy al gusto, y se acomode cò la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dixo Sancho: sepa vuestra alteza, señora mia, que yo tengo escrita vna carta à mi muger Teresa Pança, dandòle cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me apartè de ella; aqui la tengo en el seno, que no le falta mas de ponerle el sobre escrito: querria que vuestra discrecion la leyesse, porque me parece, que vò conforme à lo Governador, digo al modo que deben de escribir los Governadores. Y quien la notò? preguntò la Duquesa. Quien la avia de notar si no yo, pecador de mi (respondiò Sancho. Y escrivisteisla vos? (dixo la Duquesa.) Ni por pienso (respondiò Sancho) porque yo no se leer, ni escri-

vir, puesto que se firmar. Veámosla, (dixo la Duquesa) que à buen seguro, que vos mostreis en ella la calidad, y suficiencia de vuestro ingenio. Sacò Sancho vna carta abierta de el feno, y tomandola la Duquesa, viò que dezia de esta fuerte.

*Carta de Sancho Pança à Teresa
Pança su muger.*

SI buenos azotes me daban, bien cavallero me iba; si buen Govierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no entenderàs tu Teresa mia por aora, otra vez lo fabràs: has de saber Teresa, que tengo determinado, que andes en coche, que es lo que haze al caso; porque todo otro andar, es andar à gatas. Muger de vn Governador eres, mira ñ te roerà nadie los zancajos: ài te embio vn vestido verde de caçador, que me diò mi señora la Duquesa, acomodale en modo, que sirva de faya, y cuerpos à nuestra hija. Don Quixote mi amo, segun he oïdo dezir en esta tierra, es vn loco cuerdo, y vn mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlin ha echado mano de mi para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allà se llama Aldonça Lorenço, con tres mil y quinientos azotes, menos cinco, que me he de dàr, quedará desencantada, como la madre que la parió. No diras de esto nada à nadie; porque pon lo tuyo en Concejo, y ynòs diràn, que es blanco, y otros que es negro. De aquí à pocos dias me partirè al Govierno, adonde voy con grandísimo

deseo de hazer dineros, porque me han dicho, que todos los Governadores nuevos vãn con este mesmo deseo: tomarè el pulso, y avisarète, si has de venir à estàr conmigo, ò no. El ruzio està bueno, y se te encomienda mucho, y no le pienso dexar, aunque me llevaràn à ser gran Turco. La Duquesa mi señora te besa mil vezes las manos, buelvele el retorno con dos mil, que no ay cosa, que menos cueste, ni valga mas varata, segun dize mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra mala con otros cien escudos, como la de marras; pero no te dè pena Teresa mia, que en salvo està el que repica, y todo saldrà en la colada de el govierno, sino que me ha dado gran pena, que me dizen, que si vna vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras èl, y si así fuesse, no me estaria muy varato, aunque los estropeados, y mancos yà se tienen su Canongia en la limosna que piden: así que por vna via, ò por otra, tu has de ser rica, y de buena ventura. Dios te la dè, como puede, y à mi me guarde para servirte. Deste Castillo valiente de Julio de 1614.

*Tu marido el Governador Sancho
Pança.*

En acabando la Duquesa de leer la carta, dixo à Sancho: En dos cosas anda vn poco descaminado el buen Governador: la vna, en dezir ò dàr à entender, que esse Govierno se le ha dado por los azotes que se ha de dàr, sabiendo èl, que no lo puede negar, que quando el Duque mi señor se le

pro

prometiò , no se soñava aver açotes en el mundo : la otra es , que se muestra en ella muy codicioso , y no queria que oregano fuesse ; porque la codicia rompe el saco , y el Governador codicioso , haze la justicia delgovernada. Yo no lo digo por tanto , señora , (respondiò Sancho) y si à vuestra merced le parece que la tal carta no va como ha de ir , no ay sino rasgarla , y hazer otra nueva , y podria ser , que fuesse peor , si me lo dexa à mi caletre. No , no , (replicò la Duquesa) buena està esta , y quiero que el Duque la vea. Con esto se fueron à vn jardin , donde avian de comer aquel dia : mostrò la Duquesa la carta de Sancho al Duque , de que recibìò grandissimo contento. Comieron , y despues de aver alçado los manteles , y despues de averle entretenido vn buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho , à deshora se oyò el son tristissimo de vn pifano , y el de vn ronco , y destemplado tambor ; todos mostraron alborotarse con la confusa , marcial , y triste armonia ; especialmente Don Quixote , que no cabia en su asiento de puro alborotado : de Sancho no ay que dezir , sino que el miedo le llevò a su acostumbreado refugio , que era el lado , ò faldas de la Duquesa ; porque real , y verdaderamente el son que se escuchava era tristissimo , y melancolico. Y estando todos assi suspensos , vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto , tan luengo , y tendido , que les arrastrava por el suelo : estos venian tocando dos grandes tambores , asimismo cubiertos de negro ; à su lado

venia el pifano negro , y pizmiento como los demás : seguia à los tres vn personage de cuerpo agigantado , amantado , no que vestido con vna negrissima loba , cuya falda era asimismo desafortada de grande ; por encima de la loba le ceñia , y atravesava vn ancho tahali , tambien negro , de quien pendia vn desmesurado alfange , de guarniciones , y bayna negra. Venia cubierto el rostro con vn transparente yelo negro , por quien se entreparecia vna longuissima barba , blanca como la nieve. Movia el passo al son de los tambores , con mucha gravedad , y reposo. En fin , su grandeza , su contoneo , su negrura , y su acompañamiento pudiera , y pudo suspender à todos aquellos , que sin conocerle le miraron. Llegò , pues , con el espacio , y prelopeya referida à hincarse de rodillas ante el Duque , que en piè , con los demás que alli estavan le atendia. Pero el Duque en ninguna manera le consintìò hablar , hasta que se levantasse. Hizolo asi el espantajo prodigioso , y puesto en piè , alçò el antifaz del rostro , y hizo patente la mas horrenda , la mas larga , la mas blanca , y mas poblada barba , que hasta entonces humanos ojos avian visto , y luego defencaxò , y arrancò del ancho , y dilatado pecho vna voz grave , y sonora , y poniendo los ojos en el Duque , dixo : Altissimo , y poderoso señor , à mi me llaman Trifaldin , el de la barba blanca , soy escudero de la Condesa Trifaldin , por otro nombre llamada la duquesa Dolorida , de parte de la qual traygo à vuestra grandeza vna embajada , y es , q la vuestra magnificencia sea servida de

de dárle la facultad, y licencia para entrar à dezirle su cuyta, que es vna de las mas nuevas, y mas admirables, que el mas cuytado pensamiento del Orbe pueda aver pèlado: y primero quiere saber si està en este vuestro Castillo el valeroso, y jamàs vécido Cavallero Dó Quixote de la Mancha, en cuya busca viene, à piè, y sin desayunarse desde el Reyno de Candaya, hasta este vuestro Estado, cosa que se puede, y debe tener à milagro, ò à fuerça de encantamiento: ella queda à la puerta de esta fortaleza, ò casa de campo, y no aguarda para entrar, sino vuestro beneplacito: dixè, y tosiò luego, y manoseòse la barba de arriba à baxo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo à la respuesta del Duque, que fuè: Ya buen escudero Trifaldin de la blanca barba, ha muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldí, à quien los encantadores la hazen llamar la Dueña Dolorida; bien podeis escupendo escudero, dezirle que entre, y que aqui està el valiente Cavallero Don Quixote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo, y toda ayuda: y asimismo le podreis dezir de mi parte, que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado à darle el Cavallero, à quien es anexo, y concerniente favorecer à toda fuerte de mugeres, en especial à las dueñas vindas menoscabadas, y doloridas, qual lo debia de estàr su señora. Oyendo lo qual Trifaldin, inclinò la rodilla hasta el suelo, y haziendo al pifano, y tambores señal que tocassen,

al mismo son, y al mismo passo que avia entrado, se bolviò à salir del jardin, dexando à todos admirados de su presencia, y compostura. Y bolviendose el Duque à Don Quixote, le dixo: En fin, famoso Cavallero, no pueden las tinieblas de la malicia, ni de la ignorancia encubrir, y obscurecer la luz del valor, y de la virtud. Digo esto, por que apenas ha seis dias que la vuestra bondad està en este Castillo, quando yà os vienen à buscar de lueñas, y apartadas tierras, y no en carroças, ni en dromedarios, sino à piè, y en ayunas, los tristes, los afligidos, con fiados que han de hallar en este fortissimo brazo el remedio de sus cuytas, y trabajos, merced à vuestras grandes hazañas, que corren, y rodean todo lo descubierro de la tierra. Quisiera yo, señor Duque, (respondiò Don Quixote) que estuviera aqui presente aquel bendito Religioso, que à la mesa el otro dia mostrò tener tan mal talante, y tan mala ogeriza contra los Cavalleros andantes, para que viera por vista de ojos, si los tales Cavalleros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos, y desconsolados, en catos grandes, y en desdichas inormes, no van à buscar su remedio à las casas de los Letrados, ni à la de los Sacristanes de las Aldeas, ni al Cavallero que nunca ha acertado à salir de los terminos de su lugar, ni al perezoso Cortesano, que antes busca nuevas para referirlas, y contarlas, que procurar hazer obras, y hazañas, para que otros las cuenten, y las escrivan. El remedio de las coitas, el socorro de las necesidades, el amparo

paro de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor, que en los Cavallos andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al Cielo, y doy por muy bien empleado qualquier desmán, y trabajo, que en este tan honroso exercicio puede sucederme. Venga esta dueña, y pidá lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerça de mi brazo, y en la intrepida resolucion de mi animoso espíritu.

CAP. XXXVII. *Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña dolorida.*

EN estremo se holgaron el Duque, y la Duquesa de ver quan bien iba respondiendole á su intencion Don Quixote; y á esta sazón dixo Sancho: No querría yo que esta señora dueña pudiesse algun tropiezo á la promesa de mi Gobierno: porque yo he oído dezir á vn Boticario Toledano, que hablava como vn silguero, que donde interviniessen dueñas, no podia suceder cosa buena. Valgame Dios, y quan mal estava con ellas el tal Boticario! De lo que yo faco, que pues todas las dueñas son enfadosas, è impertinentes, de qualquiera calidad, y condicion que sean, que serán las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa Tres faldas, ò Tres colas? Que en mi tierra faldas, y colas, colas, y faldas, todo es vno. Calla Sancho, amigo, (dixo Don Quixote) que pues esta señora dueña de tan buenas tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el Boticario tenia en su numero; quan-

to mas, esta es Condesa, y quando las Condesas sirven de dueñas, será sirviendo á Reynas, y Emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió Doña Rodriguez, que se hallò presente: Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser Condesas, si la fortuna quisiera; pero allá van leyes, do quieren Reyes, y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas, y donzellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza, y se me trasluze la ventaja que haze vna dueña donzella á vna dueña viuda, y quien á nosotras trasquilo, las tixeraras le quedaron en la mano. Con todo esso (replicò Sancho) ay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi Barbero, quanto será mejor no menear el arroz, aunque se pegue. Siempre los esconderos (respondió Doña Rodriguez) son enemigos nuestros, que como son duendes de las antelalas, y nos ven á cada passo, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mandoles yo á los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo, y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con vn negro mongil nuestras delicadas, ò no delicadas carnes, como quien cubre, ò tapa vn asuladar con vn tapiz en dia de procesion. Á tre que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no solo á los presentes, sino á todo el mundo, como no ay virtud que no se encierre en vna dueña. Yo creo (dixo la Duquesa) que

mi buena Doña Rodriguez tiene razon, y muy grande; pero conviene, que aguarde tiempo para bolver por sí, y por las demás dueñas, para confundir la mala opinión de aquel mal Boticario, y desfarragar la que tiene en su pecho el gran Sancho Pança. A lo que Sancho respondió: Después que tengo humos de Governador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me dà por quantas dueñas ay en vn cabrahigo. Adelante pasáran con el coloquio dueñesco, sino oyeran, que el pífano, y los tambores bolvian à sonar, por donde entendieron, que la dueña dolorida entrava. Preguntò la Duquesa al Duque, si seria bien ir à recibirla, pues era Condesa, y persona principal. Por lo que tiene de Condesa, (respondió Sancho antes que el Duque respondiesse) bien estoy en que vuestras grandezas salgan à recibirla; pero por lo de dueña, soy de parecer, que no se muevan vn passo. Quien te mete à ti en esto Sancho (dixo Don Quixote?) Quien, señor? (respondió Sancho) yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los terminos de la cortesía en la escuela de vuestra merced, que es el mas cortès, y bien criado Cavallero, que ay en toda la cortesania; y en estas cosas, segun he oido dezir à vuestra merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de menos, y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dize (dixo el Duque) verèmos el talle de la Condesa, y por èl tantearemos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores, y el pífano, como la vez primera. Y aqui

con este breve capitulo diò fin el Autor, y començò el otro, siguiendo la mesma aventura, que es vna de las mas notables de la historia.

CAP. XXXVIII. *Donde se cuenta la que diò de su mala andança la dueña dolorida.*

Detràs de los tristes músicos començaron à entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doze dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de vnos mongiles anchos, al parecer, de anascote batonado, cò vnas tocas blancas de delgado canequi, tan luengas, que solo el ribete del mongil descubrian. Tras ellas venia la Condesa Trifaldi, à quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, y vestida de finíssima, y negra vayeta por frisar, que à venir frisada, descubriera cada grano del grandor de vn garbanço de los buenos de Martos; la cola, ò talda (ò como llamarla quisieren) era de tres puntas, las quales se sustentavan en las manos de tres pages, asimismo vestidos de luto, haziendo vna vistosa, y matematica figura, con aquellos tres angulos acutos, que las tres puntas formavan; por lo qual cayeron todos los que la falda puntiaguada miraron, que por ella se debía llamar la Condesa Trifaldi, como si dixessemos, la Condesa de las tres faldas; y así dixe Benengeli, que fue verdad, y que de su propio apellido se llama la Condesa Lobuna, à causa que se criavan en su Condado muchos lobos; y que si como eran lobos, fueran zorras, la llamaran la Condesa Zorrana, por fer

fer costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa, ò cosas en que mas sus Estados abundan: empero esta Condesa por favorecer la novedad de su falda dexò la Lobuna, y tomò la Trifaldi. Venian las doze dueñas, y la señora à passo de procession, cubiertos los rostros con vnos velos negros, y no transparentes, como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna se trasluzia. Asì como acabò de parecer el dueñesco esquadron, el Duque, la Duquesa, y Don Quixote se pusieron en piè, y todos aquellos que la espaciosa procession miravan. Pararon las doze dueñas, y hizieron calle, por medio de la qual la Dolorida se adelantò, sin dexarla de la mano Trifaldin. Viendo lo qual el Duque, la Duquesa, y Don Quixote se adelantaron obra de doze pessos à recibirla. Ella puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta, y ronca, que sutil, y delicada, dixo: Vuestras grandezas sean servidas de no hazer tanta cortesía a este su criado, digo à esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertarè à responder à lo que debo, à causa que mi estraña, y jamas vista defdicha me ha llevado el entendimiento no sè adòde, y debe de ser muy lexos, pues quanto mas le busco, menos le hallo. Sin èl estaria (respondiò el Duque) señora Condesa, el que no descubriessè por vuestra persona vuestro valor, el qual sin mas ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias; y levantadola de la mano, la llevò à assentar en vna silla junto à la Duque-

Part. II.

sa, la qual la recibìo asimismo con mucho comedimiento. Don Quixote callava, y Sancho andava muerto por ver el rostro de la Trifaldi, y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fue possible, hasta que ellas de su grado, y voluntad se descubrieron: Sosegados todos, y puestos en silencio, estavan esperando quien la avia de romper, y fue la dueña dolorida con estas palabras. Confiada estoy, señor poderoso, hermosissima señora, y discretissimos circunstantes, que ha de hallar mi cuytissima en vuestros valerosissimos pechos acogimiento, no menos placido, que generoso, y doloroso, porque ella es tal, que es bastante a enternecer los marmoles, y ablandar los diamantes, y à mollicar los azeros de los mas endurecidos coraçones de el mundo: pero antes que salga à las plaça de vuestros oïdos (por no dezir orejas) quisiera que me hizieran sabidora si està en este gremio, corro, y compañía el acendradissimo Cavallero Don Quixote de la Manchissima, y su escuderissimo Pança El Pança, antes que otro respondiesse, dixo: Sancho, aquí està, y el Don Quixotissimo asimismo, y asì podreis, dolorissima dueñissima, dezir lo que quisieredissimis, que todos estàn prompts, y aparejadissimos à ser vuestros servidorissimos: En esto se levantò Don Quixote, y encaminando sus razones à la dolorida dueña, dixo: Si vuestras cuytas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperança de remedio por algun valor, ò fuerças de algun andante Cavallero, aquí estàn las mias, que aunque flacas, y

N

bre-

breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quixote de la Mancha, cuyo assumpto es acudir à toda suerte de menesterosos: y siendo esto así, como lo es, no aveis menester, señora, captar beneficiencias, ni buscar preambulos, sino à la llana, y sin rodeos dezir vuestros males, que oídos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse de ellos. Oyendo lo qual la dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarle à los pies de Don Quixote, y aun se arrojò; y pugnando por abraçarselos, dezir: Ante estos pies, y piernas me arrojò, ò Cavallero invicto, por ser los que son bías, y columnas de la Andante Cavalleria: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende, y cuelga todo el remedio de mi desgracia. O valeroso Andante, cuyas verdaderas fazañas dexan atrás, y obscurecen las fabulosas de los Amadisés, Esplandianes, y Belianises! Y dexando à Don Quixote, se volvió à Sancho Pança, y asiendole de las manos, le dixo: O tu el mas leal escudero que jamás sirvió à Cavallero Andante, en los presentes, ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad, que la barba de Trifaldi mi acompañador, que está presente, bien puedes preciarte, que en servir al gran Don Quixote, sirves en cifra à toda la caterva de Cavalleros que han tratado las armas en el mundo: conjurote, por lo que debes à tu bondad fidelissima me seas buen intercessor con tu dueño, para que luego favorezca à esta humilissima, y delicadissima Condesa. A lo que respondió Sancho, de que sea mi bondad, señora mia, tan larga, y

grande, como la barba de vuestro escudero, à mi me haze may poco al caso: barbada, y con vigotes tenga yo mi alma quando de esta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá, poco, ò nada me curo; pero sin estas focaliñas, ni plegarias, yo rogarè à mi amo (que se me quiere bien, y mas aora, q̄ me ha menester para cierto negocio) que favorezca, y ayude à vuestra merced en todo lo que pudiere; vuestra merced desentabule su cuyta, y cuentenosla, y dexehazer, que todos nos entenderèmos. Reventavan de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que avian tomado el pulso à la tal aventura, y alabavan entre si la agudeza, y disimulacion de la Trifaldi, la qual bolviendo à sentar, dixo, de el famoso Reyno de Candaya, que cae entre la gran Trapobana, y el mar del Sur, dos leguas mas allá de el Cabo Comorin, fue señora la Reyna Doña Maguncia, viuda de el Rey Archipela, tu señor, y marido; de cuyo matrimonio tuvieron, y procrearon à la Infanta Antonomafia, heredera de el Reyno, la qual dicha Infanta Antonomafia se criò, y creció debaxo de mi tutela, y doctrina, por ser yo la mas antigua, y la mas principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo dias, y viniendo dias, la niña Antonomafia llegó à edad de catorze años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos aora, que la discrecion era mocosa, así era discreta, como bella, y era la mas bella de el mundo, y lo es, si y à los hados embi-

diosos, y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no avrán, que no han de permitir los Cielos, se haga tanto mal à la tierra, como sería llevarse en agraz el razimo del mas hermoso veduño del suelo: de esta hermosura (y no como se debe encarecida de mi torpe lengua) se enamorò vn número infinito de Principes, así naturales, como estrangeros, entre los quales osò levantar los pensamientos al Cielo de tanta belleza vn Cavallero particular, que en la Corte estava, confiado en su mocedad, y en su bizzarria, y en sus muchas habilidades, y gracias, y facilidad, y felicidad de ingenio; porque hago saber à vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocava vna guitarra que la hazia hablar, y mas que era Poeta, y gran baylarin, y sabia hazer vna jaula de paxaros, que solamente à hazerlas pudiera ganar la vida quando se viera en estrema necesidad, que todas estas partes, y gracias son bastantes à derribar vna montaña, no que vna delicada donzella; pero toda su gentileza, y buen donayre, y todas sus gracias, y habilidades fueran poca, ò ninguna para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron, desuella caras no usara de el remedio de rendirme à mi primero. Primero quiso el malandrin, y desalmado vagamundo grangearme la voluntad, y cocharme el gusto, para que yo mal Alcayde le entregasse las llaves de la fortaleza, que guardava. En resolucion, èl me adulò el entendimiento, y me rindiò la voluntad con no sè que diges, y brincos que me diò; pero lo que mas me

Part. II.

hizo postrar, y dár conmigo en el suelo, fueron vnas coplas que le oí cantar vna noche desde vna reja, que caía à vna callejuela donde èl estava, que si mal no me acuerdo, dezian:

*De la dulce mi enemiga
Nace vn mal, que al alma hiere,
Y por mas tormento quiere.
Que la sienta, y no se diga.*

Pareciòme la troba de perlas, y su voz de amibar, y despues acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí, por estos, y otros semejantes versos, he considerado, que de las buenas, y concertadas Republicas se avian de desterrar los Poetas, como aconsejava Platon, alonienos los lascibos, porq̄ escriven vnas coplas, no como las del Marquès de Mantua, que entretienen, y hazen llorar los niños, y à las mugeres, sino vnas agudezas, que à modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dexando sano el vestido; y otra vez cantò:

*Vèn muerte tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el plazer del morir
No me torne à dár la vida.*

Y de este jaez otras coplitas, y estrambotes, que cantados, encantan, y escritos suspenden; pues què quando se humillan à componer vn genero de verso, que en Candaya se usava entonces, à quien ellos llamavan seguidillas, alli era el brincar de las almas, el retozo de la risa, el desalfosiego de los

cue: pos; y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores míos, que los tales trovadores, con justo título los debían desterrar à las Islas de los lagartos; pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debía, no me avían de mover sus trastrocados conceptos, ni avía de creer ser verdad aquel dezir: Vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperança, partome, y quedome, con otros imposibles de esta ralea, de que están sus escritos llenos. Pues qué quando promete el Fenix de Arabia la corona de Aridiana, los cavallos del Sol, del Sur las perlas, de Tibar el oro, y de Pancaya el bálamo? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan, ni pueden cumplir; pero donde me divierto, ay de mi desdichada! qué locura, y desatino me lleva à contar las agenas faltas, teniendo que dezir de las mías? Ay de mí! otra vez sin ventura, que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad; no me abandonaron las músicas, sino mi liviandad, mi mucha ignorancia, y mi poco advertimiento, abrieron el camino, y desembarazaron la senda à los pasos de Don Clavijo, que este es el nombre del referido Cavallero: y así, siendo yo la mediana, él se hallò vna, y muchas vezes en la estancia de la por mí, y no por él engañada Antonomafia, debajo del título de verdadero espoto, que aunque pecadora, no consentiria, que sin ser su marido, la llegara à la y-

ra de sus çapatillas. No, no, esto no, el matrimonio ha de ir adelante en qualquiera negocio de estos, que por mí se trate: solamente hubo un daño en este negocio, que fuè el de la desigualdad, por ser Don Clavijo un Cavallero particular, y la Infanta Antonomafia heredera (como ya he dicho) del Reyno. Algunos dias estuvo encubierta, y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció, que la iba descubriendo à mas andar no sé que hinchazon del vientre de Antonomafia, cuyo temor nos hizo entrar en buceo à los tres, y salió del, que antes que saliese à luz el mal recado, Don Clavijo pidiese ante el Vicario por su muger à Antonomafia, en fee de vna cedula, que de ser su esposa la Infanta le avia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerça, que las de Sanson no pudieran romperla. Hízieronse las diligencias, viò el Vicario la cedula, tomò el tal Vicario la confesion à la señora, confesò de plano, mandòla depositar en casa de un Alguazil de Corte muy honrado. A esta fazon dixo Sancho: Tambien en Candaya ay Alguaziles de Corte, Poetas, y Seguidillas? Por lo que puedo jurar, que imagino, que todo el mundo es vno; pero dese vuestra merced priessa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin de esta tan larga historia. Si harè, respondió la Condesa.

CAP. XXXIX. *Donde Trifaldi prosigue su estupezada, y memorable historia.*

DE qualquiera palabra que Sancho dezia, la Duquesa gustava tanto, como se desesperava Don Quixote, y mandandole que callasse, la dolorida prosiguiò diziendo: En fin, al cabo de muchas demandas, y respuestas, como la Infanta se estava siempre en sus treze, sin salir, ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenciò en favor de Don Clavijo, y se la entregò por su legitima esposa, de lo que recibìò tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos. Debìò de morir sin duda (dixo Sancho.) Claro està (respondiò la Trifaldi) que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Yà se ha visto, señor escudero, (replicò Sancho) enterrar vn desmayado, creyendo ser muerto, y pareciame à mi, que estava la Reyna Maguncia obligada à desmayarse antes que à morirse, que con la vida muchas cosas se remedian; y no fue tan grande el disparate de la Infanta, que obligasse à sentirle tanto. Quando se huviera casado esta señora con algun page suyo, ò con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido dezir, fuera el daño sin remedio; pero el averse casado con vn Cavallero tan gentilhombre, y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fue necedad,

no fue tan grande como se piensa, porque segun las reglas de mi señor, que està presente, y no me dexará mentir, así como se hazen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hazer de los Cavalleros (y mas si son Andantes) los Reyes, y los Emperadores, Razon tienes Sancho (dixo Don Quixote) porque vn Cavallero Andante, como tenga dos dedos de ventura, està en potencia propinqua de ser el mayor señor del mundo. Pero pãse adelante la señora dolorida, que à mi se me trasluze, que le falta por contar lo amargo de esta hasta aqui dulce historia. Y como si queda lo amargo (respondiò la Condesa) y tan amargo, que en su comparacion son dulces las ruedas, y sabrosas las adelfas. Muerta; pues, la Reyna, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el ultimo vase, quando Quis talia fando temperer à lacrymis? Puesto sobre vn cavallo de madera, pareciò encima de la sepultura de la Reyna el Gigante Malabrano, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel, era encantador, el qual con sus artes, en vengança de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de Don Clavijo, y por despecho de la demasia de Antonomasia, los dexò encantados sobre la misma sepultura; à ella convertida en vna ximia de bronce, y à el en vn espantoso cocodrilo, de vn metal no conocido; y entre los dos està vn padron, asimismo de metal, y en el escritas en lengua Siriaca vnas letras, que aviendose declarado en la Candayesca, y aora en la Caste-

llana, encierran esta sentencia: No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo a las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura. Hecho esto, sacó de la bayna un ancho, y desmenuado al fange; y asiendo a mi por los cabellos, hizo finca de querer segar me la gola, y cortarme a cercen la cabeza. Turbeme, pegóseme la voz a la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora, y doliente le dixé tantas, y tales cosas, que le hizieron suspender la execucion de tan riguroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes; y despues de aver exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas, y peores trazas; y cargando a todas la culpa que yo sola tenia, dixo, que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil, y continua; y en aquel mismo momento, y punto que acabó de dezir esto, sentimos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punçaván como con puntas de agujas, acudimos luego con las manos a los rostros, y hallamos de la manera que aora vereis; y luego la dolorida, y las demás dueñas, alzaron los antifazes con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros, todos poblados de barbas, quales rubias, quales negras, quales blancas, y quales albarraçadas, de cuya vista mostraron

quedar admirados el Duque, y la Duquesa, pasmados Don Quixote, y Sancho, y atonitos todos los presentes, y Trifaldi prosiguió: Desta manera nos castigó aquel mal intencionado Malabruno, cubriendo la blandura de nuestros rostros con la aspereza de estas cerdas, que pluguiera al Cielo, que antes con su desmesurado alfange nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre; porque si entramos en cuenta, señores míos, (y esto que voy a dezir aora, lo quisiera dezir hechos mis ojos fuentes) pero la consideracion de nuestra desgracia, y los males que hasta aqui han llovido, los tienen sin humor, y secos como aristas; y así lo diré sin lagrimas. Digo, pues, que adonde podrá ir una dueña con barbas? Qué padre, ó qué madre se dolerá de ella? Quien la dará ayuda? Pues aun quando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil fuertes de menjunges, y mudas, apenas halla quien bien la quiera, que hará quando descubra hecho un bosque su rostro? O dueñas, y compañeras mias! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto dió muestras de desmayarse.

CAP. XL. *De cosas que atañen, y tocan a esta aventura, y a esta memorable historia.*

Réal, y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias, como esta, deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete su

Autor primero , por la curiosidad que tuvo en contarnos las feminimas della, sin dexar cosa por menuda que fuese , que no la sacasse à luz distintamente. Pinta los pensamientos , descubre las imaginaciones , responde à las tacitas , aclara las dudas , resuelve los argumentos : finalmente, los atomos de el mas curioso deseo manifesta. O *Autor* celeberrimo ! ò Don Quixote dichoso ! ò Dulcinea famosa ! ò Saicho Pança gracioso ! todos juntos , y cada vno de por sí, vivais siglos infinitos, para gusto , y general passatiempo de los vivientes.

Dize, pues, la historia, que assi como Sancho viò desmayada à la Dolorida , dixo : Por la Fè de hombre de bien juro , y por el siglo de todos mis passados los Panças , que jamàs he oido, ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Valgate mil Satanases , por no maldezirte, por encantador, y gigante Malambruno, y no hallaste otro genero de castigo que dar à estas pecadoras, sino el de barbarlas? Como , y no fuera mejor , y à ellas les estuvièra mas à cuento, quitarles la mitad de las narizes de medio arriba, àunque hablaran gangosa , que no ponerlas barbas? Apostarè yo, que no tienen hacienda para pagar à quien las rape. Assi es la verdad, señor (respondiò vna de las doze ,) que no tenemos hacienda para mondarnos ; y assi he mos tomado alguna de nosotras por remedio ahorrativo de vsar de vnos pegotes , ò parches pegajosos, y aplicandolos à los rostros , y tirando de golpe, quedamos rasas , y lisas , como fondo

Part. II.

de mortero de piedra , que puesto que ay en Candaya mugeres que andan de casa en casa à quitar el bello , y à pulir las cejas , y hazer otros menjunges tocantes à mugeres , nosotras las dueñas de mi señora por jamàs quisimos admitirlas , porque las mas oliscan à terceras , aviendo dexado de ser primas ; y si por el señor Don Quixote no somos remediadas, con barbas nos llevaràn à la sepultura. Yo me pelaria las mias , dixo Don Quixote , en tierra de Moros , sino remediase las vuestras. A este punto bolviò de su desmayo la Trifalda , y dixo : El retintin de essa promessa , valeroso Cavallero , en medio de mi desmayo llegò à mis oidos , y ha sido parte para que yo de èl buelva, y cobre todos mis sentidos; y assi de nuevo os suplico, andante inclito , y señor indomable , vuestra graciosa promessa se convierta en obra. Por mi no quedará (respondiò Don Quixote ;) ved señora que es lo que tengo de hazer , que el animo està muy prompto para serviros. Es el caso , (respondiò la Dolorida,) que desde aqui al Reyno de Candaya , si se và por tierra , ay cinco mil leguas, dos mas à menos ; pero si se và por el ayre , y por la linea recta , ay tres mil y dozientas y veinte y siete. Estambien de saber , que Malambruno me dixo , que quando la fuerce me desparasse al Cavallero nuestro libertador , que èl le embiaria vna cavalgadura harto mejor , y con menos malicias que las que son de retorno; porque ha de ser aquel mismo cavallo de madera , sobre quien llevò el valeroso Pierres robada ò la linda Magalona,

N 4

na,

na, el qual cavallo se rige por vna clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y buela por el ayre con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal cavallo, segun es condicion antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlin; prestósele à Pierres, que era su amigo, con el qual hizo grandes viages, y robò, como se ha dicho, à la linda Magalona, llevandola à las ancas por el ayre, dexando embobados à quantos desde la tierra los miravan: y no le prestava, si no à quien él queria, ò mejor se lo pagava, y desde el gran Pierres hasta aora no sabemos que aya subido en él: de allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve de él en sus viages, que los haze por momentos por diversas partes de el mundo, y oy està aquí, y mañana en Francia, y otro día en el Potosí; y es lo bueno, que tal cavallo, ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva vn portante por los ayres, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar vna taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, segun camina llano, y reposado: por lo qual la linda Magalona se holgava mucho de andar cavallera en él. A esto dixo Sancho: Para andar reposado, y llanò mi ruzio, puesto que no anda por los ayres, pero por la tierra yo le curtirè con quantos portantes ay en el mundo. Rieronse todos, y la dolorida prosiguiò: Y este tal cavallo (si es que Malambruno quiere dár fin à nuestra desgracia) antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significa, que la

señal que me daría por donde yo entendiese que avia hallado el Cavallero que buscava, sería embiar me el cavallo donde fuesse con comodidad, y presteza. Y quantos caben en este cavallo? preguntò Sancho. La dolorida respondiò: Dos personas; la vna en la silla, y la otra en las ancas; y por la mayor parte estas tales dos personas son Cavallero, y escudero, quando falta alguna robada donzella. Querria yo saber, señora Dolorida, (dixo Sancho) que nombre tiene este cavallo? El nombre (respondiò la Dolorida) no es como el cavallo de Belerofonte, que se llamava Pegaso, ni como el de el Magno Alexandro, llamado Buzefalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reynaldos de Montalván, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los de el Sol, ni tampoco se llama Orelia, como el cavallo en que el desdichado Rodrigo último Rey de los Godos, entrò en la batalla donde perdiò la vida, y el Reyno. Yo apostarè (dixo Sancho) que pues no le han dado ninguno de estos famosos nombres de cavallos tan conocidos, que tampoco le avrán dado el de mi amo Rozinante, que en ser propio excede à todos los que se han nombrado. Así es (respondiò la barbada Condesa;) pero todavia le quadra mucho, porque se llama Clavileño el Aligero, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina; así en quanto al nombre, bien puede

cont-

competir con el famoso Rozinante. No me descontenta el nombre (replicò Sancho ;) pero con què freno , ò con què jaquima te gobierna ? Yà he dicho (respondiò la Trifaldi) que con la clavija , que bolviendola à vna parte , ò à otra el Cavallero que và encima , le haze caminar como quiere , ò yà por los ayres , ò yà raltreando , y casi barriendo la tierra , ò por el medio , que es el que se busca , y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Yà lo querria ver (respondiò Sancho ;) pero pensar que tengo de subir en èl , ni en la silla , ni en las ancas , es pedir peras al olmo. Bueno es , que apenas puedo tenerme en mi ruzio , y sobre vna albarda mas blanda que la misma seda , y querian agora que me tuviesse en vnas ancas de tabla , sin coxín , ni almohada alguna : pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas à nadie , cada qual se rape como mas le viniere à cuento , que yo no pienso acompañar à mi señor à tan largo viage ; quanto mas , que yo no debo de hazer al caso para el rapamiento de estas barbas , como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Si fois , amigo , (respondiò la Trifaldi) y tanto , que sin vuestra presencia entiendo que no ha èmos nada. Aqui del Rey (dixo Sancho) què tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores ? Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban , y hemos de llevar nosotros el trabajo ? Cuerpo de mi , aun si dixessen los historiadores , el tal Cavallero acabò la tal , y tal aventura ; pero con ayuda de suano su escudero , sin el qual fuera imposible el

acabarla ; pero que escrivan à secas Don Paralipomenon de las tres estrellas acabò la aventura de los seis vestiglos , sin nombrar la persona de su escudero , que se hallò presente à todo , como si no fuera en el mundo. Agora , señores , buelvo à dezir , que mi señor se puede ir solo , y buen provecho le haga , que yo me quedarè aqui en còpañia de la Duquesa mi señora , y podria ser que quãdo bolviessè , hallasse mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio , y quinto , porque pienso en los ratos ociosos , y desocupados darme vna tanda de açotes , que no me la cubra pelo. Con todo esto le aveis de acompañar , si fuere necessario , buen Sancho , porque os lo rogaràn buenos , que no han de quedar por vuestro inutil temor tan poblados los rostros de estas señoras , que cierto seria mal caso. Aqui del Rey otra vez (replicò Sancho) quando esta caridad se hiziera por algunas dözellas recogidas , ò por algunas niñas de la doctrina , pudiera el hombre aventurarse à qualquiera trabajo ; pero que lo sufra por quitar las barbas à dueñas , mal año , mas q̄ las viesse yo con barbas , desde la mayor , hasta la menor , y de la mas melindrosa , hasta la mas repugada. Mal estais cò las dueñas , Sancho amigo , (dixo la Duquesa) mucho os vais tras la opiniò del Boticario Toledano , pues à fee que no teneis razon , q̄ dueñas ay en mi casa , q̄ pueden ser exemplo de dueñas , que aqui està mi Doña Rodriguez , q̄ no me dexa à dezir otra cosa. Mas que la diga vuestra Excelencia (dixo Rodriguez) que Dios sabe la verdad de todo , y buenas , ò malas ,

barbadas, ò lampiñas, que seamos las dueñas, tambien nos pariò nuestras madres, como à las otras mugeres; y pues Dios nos echò en el mundo, èl sabe para què, y à su misericordia me atengo, y no à las barbas de nadie. Aora bien, señora Rodríguez (dixo Don Quixote) y señora Trifaldi, y compañía, yo espero en el Cielo, que mirará con buenos ojos vuestras cuytas, que Sancho hará lo que yo le mandare, yà vinièsse Clavileño, y yà me viesse con Malambruno, que yo sè que no avria navaja, que con mas facilidad rapasse à vuestras mercedes, como mi espada raparia de los ombros la cabeça de Malambruno, que Dios sufre à los malos, pero no para siempre. Ay! (dixo à esta fazon la dolorida) con benignos ojos miren à vuestra grandeza, valeroso Cavallero, todas las estrellas de las regiones celestes, è infundan por vuestro animo toda prosperidad, y valentia, para ser escudo, y amparo del vituperoso, y abatido genero dueñesco,

abominado de Boticarios, murmurado de escuderos, y focalinado de pages, que mal aya la bellaca, que en la flor de su edad no se metiò primero à ser Monja, que à dueña. Desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque ven-gamos por linea recta de varon en varon del mismo Hector el Troyano, no dexarán de echarnos en vos nuestras señoras, si pensassen por ello ser Reynas. O Gigante Malambruno, que pues eres encantador, eres certissimo en tus promessas, embianos yà al fin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura. Dixo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacò las lagrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasò los de Sancho, y propuso en su coraçon de acompañar à su senor hasta las vltimas partes del mundo, si es que en ello consistièsse quitar la lana de aquellos venerables rostros.



CAP. XLI. *De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura.*



Legò en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso Cavallero Clavileño viniese, cuya tardança fatigava yà à Don Quixote, pareciendole, que pues Malambruno se detenía en embiarle, ò que èl no era el Cavallero para quien estava guardada aquella aventura, ò que Malambruno no oßlava venir con èl à singular batalla; pero veis aqui quando à deshora entraron por el jardin quatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus ombros traian vn gran cavallo de madera: pusieronle de pies en el suelo; y vno de los salva-

ges dixo: Suba sobre esta maquina el que tuviere animo para ello. Aqui (dixo Sancho) yo no subo, porque ni tengo animo, ni soy Cavallero; y el salvage prosiguiò diziendo: Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que sino fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia serà ofendido; y no ay mas que torcer essa clavija, que sobre el cuello trae puesta, que èl los llevar, por los ayres, adonde los aliente Malambruno; pero porque la alteza, y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos, hasta que

que el cavallo relinche, que será señal de aver dado fin à su viage. Esto dicho, dexando à Clavileño con gentil continente, se bolvieron por donde avian venido. La Dolorida, así como vió al cavallo, casi con lagrimas dixo à Don Quixote: Valeroso Cavallero, las promessas de Malabrano han sido ciertas, el cavallo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada vna de nosotras, y con cada pelo de ellas te suplicamos nos rapes, y tundas, pues no está en mas, sino en que subas en él con tu escudero, y dès felice principio à vuestro nuevo viage. Esto haré, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado, y de mejor talante, sin ponerme à tomar coxin, ni calçar espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros à vos, señora, y à todas estas dueñas rasas, y módas. Esto no haré yo (dixo Sancho) ni de malo, ni de buen talante en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hazer sin que yo suba à las áncas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alifarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los ayres: y que dirán los mis insulanos quando sepan, que su Governador se anda passeando por los vientos? y otra cosa mas, que aviendo tres mil y tantas leguás de aquí à Candaya, si el cavallo se cansa, ò el gigante se enoja, tardaremos en dar la buelta media dozeña de años, y ya ni avrà insula, ni insulos en el mundo, que me conozcan; y pues se dize comunmente, que en la tardança va el peligro, y que quando te dieron la vaquilla, acudas con la so-

guilla: perdonenme las barbas de estas señoras, que bien se está San Pedro en Roma, quiero dezir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me haze, y de cuyo dueño tan gran bien espero, como es verme Governador. A lo que el Duque dixo: Sancho amigo, la Insula que yo os he prometido, no es movable, ni fugitiva, raizes tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancaran, ni mudaràn de donde está à tres tirones: y pues vos sabeis que sè yo, que no ay ningun genero de officio de estos de mayor quantia, que no se grangee con alguna suerte de cohecho, qual mas qual menos, el que yo quiero llevar por este Gobierno, es que vais con vuestro señor Don Quixote à dar cima, y cabo à esta memorable aventura, que aora bolvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, aora la contraria fortuna ostrayga, y buelva à pie hecho romero, de meson en meson, y de venta en venta, siempre q̄ bolvieredes hallareis vuestra Insula donde la dexais, y à vuestros Insulanos con el mismo deseo de recibiros por su Governador, que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma: y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hazer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. No mas señor (dixo Sancho) yo soy vn pobre escudero, y no puedo llevar à cuestras tantas cortesias, suba mi amo, rapenme estos ojos, y encomiendenme à Dios, y avisenme, si quando vamos por estas altanerias podré enconrendarme à nuestro Señor, ò invocar los Angeles que me favorezcan,

can. A o que respondiò Trifaldù Sancho, bien podeis encomendaros à Dios, ò à quien quisiere des, que Malabrano, aunque es encantador, es Christiano, y haze sus encantamientos con mucha sagacidad, y con mucho tiento, sia meterse con nadie. En pues, (dixo Sancho) Dios me aynde, y la Santissima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes (dixo Don Quixote) nunca he visto à Sancho con tanto temor como agora: si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiziera algunas cosquillas en el animo; pero llegaos aqui Sancho, que con licencia de estos señores os quiero hablar aparte dos palabras; y apartando à Sancho entre vnos arboles del jardin, y asiendole ambas las manos, le dixo: Ya vès Sanchito hermano el largo viage que nos espera, y que sabe Dios quando bolveremos del, ni la comodidad, y espacio que nos daràn los negocios; y así querria que agora te retirasses en tu aposento, como que vàs à buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en vn daga las pajas te diesses à buena cuenta de los tres mil y trecientos açotes, à que estas obligado, si quiera quinientos, que dados te los tendràs, que el començar las cosas, es tenerlas medio acabadas. Par Dios, (dixo Sancho,) que vuestra merced debe de ser menguado, esto es como aquello que dizen, en priessa me vès, y donzella me demandas, agora que tengo de ir sentado en vna tablarasa, quiere vuestra merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene vuestra merced razon: vamos agora à rapar estas due-

ñas, que à la buelta yo le prometo à vuestra merced, como quien soy, de daros tanta priessa à falla de mi obligacion, que vuestra merced se contente, y no le digo mas. Y Don Quixote respondiò: pues con esta promessa buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumpliràs, porque enefeto, aunque tonto, eres hombre veridico. No soy verde, si no moreno, (dixo Sancho;) pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra: y cò esto se bolvieron à subir en Clavileño; y al subir (dixo Don Quixote) tapaos Sancho, y subid Sancho, que quien de tan lueñas tierras embia por nosotros, no serà para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar à quien del se fia: y puesto que todo sucediesse al rebès de lo que imagino, la gloria de aver emprendido esta hazaña, no la podrá obscurecer malicia alguna. Vamos señor, (dixo Sancho,) que las barbas, y lagrimas destas señoras las tengo clavadas en el coraçon, y no comerè bocado que bien me sepa; hasta verlas en su primera lisura. Suba vuestra merced, y tapese primero, que si yo tengo de ir à las ancas, claro està que primero sube el de la silla. Así es la verdad (replicò Don Quixote) y sacando vn pañuelo de la taldriguera, pidió à la dolorida que cubriese muy bien los ojos, y aviendoselos cubierto, se bolvió à descubrir, y dixo: si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fue vn cavallo de madera, que los Griegos presentaron à la Diota Palas, el qual iba pruçado de Cavalleros armados, que despues fueron la to-

tal ruina de Troya: y así sera bien ver primero lo que Clavileño trae en tu escotomago. No ay para qué (dixo la Dolorida) que yo le fio, y sé que Malambuno no tiene nada de mal ocioso, ni traydor: vuestra merced, señor Don Quixote, *saba sin pavor* alguno, y à mi daño, si algo le sucediere. Parece à Don Quixote, que qualquiera cosa que replicasse à cerca de su seguridad, seria poner en detrimento su valentia, y así sin mas altercar subió sobre Clavileño, y le tentò la clavija, que facilmente se rodeava, y como no tenia estrivos, y le colgavan las piernas, no parecia sino figura de tapiz Flamenco, pintada, ò texida en algun Romano rriunfo. De mal talante, y poco à poco llegó à subir Sancho, y acomodandose lo mejor que pudo en las ancas, las hallò algo duras, y no nada blandas, y pidió al Duque, que si fuesse posible le acomodassen de algun coxin, ò de alguna almohada, aunque fuesse del estrado de su señora la Duquesa, ò del lecho de algun page, porque las ancas de aquel cavallo, mas parecian de marmol, que de leño. A esto dixo la Trifaldi, que ningun jaez, ni ningun genero de adorno sufría sobre sí Clavileño, que lo que podia hazer, era ponerse à mugeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza. Hizolo así Sancho, y diziendo: A Dios, se dexò vendar los ojos, y yà despues de vendados, se bolvió à descubrir, y mirando à todos los del jardín tiernamente, y con lagrimas, dixo, que le ayudassen en aquel trance con sendos Pater nostres, y sendas Ave Marias, porque Dios deparasse

quien por ellos los dixesse, quando en semejantes trances se viesse. A lo que dixa Don Quixote: Ladron, estás puesto en la horca por ventura, ò en el ultimo termino de la vida, para vsar de semejantes plegarias? No estás, desalmado, y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupò la linda Magalona, de el qual descendió, no à la sepultura, si no à ser Reyna de Francia, sino mienten las historias; y yo que voy à tu lado, no puedo ponerme al del vale: oso Pierres, que opriniò este mismo lugar, que yo aora oprimo? Cubrete, animal descoraçonado, y no te salga à la boca el temor que tienes, à lo menos en presencia mia. Tapenme (respondió Sancho,) y pues no quieren q̄ me encomiende à Dios, ni que sea encomendado, que mucho que tema no ande por aqui alguna region de diablos, que den con nosotros en Peralvillo? Cubrieronse, y sintiendo Don Quixote, que estava como avia de estar, tentò la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, quando todas las dueñas, y quantos estavan presentes, levantaron las voces, diziendo: Dios te guie valeroso Cavallero. Dios sea contigo escudero intrepido, yà vais por estos ayres rompiendolos con mas velocidad que vna saeta, yà començais à suspender, y admirar à quantos desde la tierra os están mirado. Tente valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no te caygas, que será peor tu cayda, que la de el atrevido moço, que quiso regir el carro del Sol su padre. Oyò Sancho las voces, apretandose con su amo, y ciñendole con los braços, le dixo: Señor, como dizen estos que vamos tan
al.

altos, si alcançan acà sus voces, y no parece si no que estàn aqui hablando junto à nosotros. No repares en esso Sancho, que como estas cosas, y estas volaterias vãn fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas veràs, y oiràs lo que quisieres, y no me aprietes tanto que me derribas, y en verdad que no sè de què te turbas, ni te espantas, que offarè jurar, que en todos los dias de mi vida he subido en cavalgadura de passo mas llano, no parece sino que no nos movemos de vn lugar. Destierra, amigo, el miedo, que enefeto la cosa vâ como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad (respondiò Sancho) que por este lado me dà vn viento tan rezió, que parece que con mil fuelles me estàn soplando: y así era ello, que vnos grandes fuelles le estavã haziendo ayre. Tan bien trazada estava la tal aventura por el Duque, y la Duquesa, y su Mayordomo, que no le faltò requisito que la dexasse de hazer perfecta. Sintiendose, pues, soplar Don Quixote, dixo: Sin duda alguna Sancho que ya debemos de llegar à la segunda region del ayre, adonde se engendra el granizo, las nieves, los truenos, los relampagos, y los rayos engendran en la tercera region: si y es que de esta manera vamos subiendo, presto darèmos en la region del fuego, y no sè yo como templar esta clavija, para que no subamos donde nos abrafemos. En esto con vnas etopas ligeras de encenderse, y apagarse, desde lexos, pendientes de vna caña, les calentavan los rostros. Sancho, que sintiò el calor, dixo: Que me maten, sino estamos ya en el lugar del fuego, ò bien cerca, porque

vna gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme, y ver en que parte estamos. No hagas tal (respondiò Don Quixote) y acuerdate del verdadero cuento de el Licenciado Torralva, à quien llevaron los diablos en bolandas por el ayre, cavallero en vna caña, cerrados los ojos, y en doze horas llegò à Roma, y se apeò en Torre de Nona, que es vna calle de la Ciudad, y viò todo el fracaso, y asfalto, y muerte de Borbòn, y por la mañana ya estavan de buelta en Madrid, donde diò cuenta de todo lo que avia visto: el qual alsimilmo dixo, que quando iba por el ayre le mandò el diablo, que abriessè los ojos, y los abriò, y se viò tan cerca, à su parecer, del cuerpo de la Luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osò mirar à la tierra, por no desvanecerse; así que Sancho, no ay para què descubrirnos, que el que nos lleva à cargo, èl darà cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas, y subiendo en alto, para dexarnos caer de vna sobre el Reyno de Candaya, como haze el sacre, ò nebli sobre la garça, para cogerla, por mas que se remonte; y aun que nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardin, creeme, que debemos de aver hecho gran camino. No sè lo que es (respondiò Sancho Pança) solo sè dezir, que si la señora Magallanes, ò Magalona se contentò de estas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas plasticas de los dos valientes oian el Duque, y la Duquesa, y los del jardin, de que recibian extraordinario contento: y queriendo darrenate à la estraña, y

bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño, le pegaron fuego con vnas estopas, y al punto, por estar el cavallo lleno de cohetes tronadores, bolò por los ayres con extraño ruido, y diò con Don Quixote, y con Sancho Pança en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se avia desaparecido del jardin todo el barbado escuadron de las dueñas, y la Trifaldi, y todo, y los del jardin quedaron como desmayados tendidos por el suelo. Don Quixote, y Sancho se levantaron maltrechos, y mirando à todas partes, quedaron atonitos de verse en el mismo jardin de donde avian partido, y de ver tendido por tierra tanto numero de gente; y creció mas su admiracion, quando à vn lado del jardin vieron hincada vna gran lanza en el suelo, y pendiente de ella, y de dos cordones de seda verde vn pergamino liso, y blanco, en el qual con grandes letras de oro estava escrito lo siguiente.

El inclito Cavallero Don Quixote de la Mancha feneciò, y acabò la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañía, con solo intentarla.

Malambruno se dà por contento, y satisfecho à toda su voluntad, y las barbas de las dueñas yà quedan lisas, y mondas, y los Reyes Don Clavijo, y Antonomafia en su pristino estado; y quando se cumpliere el escuderil vapalo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la perliguen, y en braços de su querido arrullador, que así està ordenado por el fabio Merlin, protoencantador de los encantadores.

Aviendo, pues, Don Quixote leído las letras de el pergamino, claro entendió, que del desencanto de Dulcinea hablayan; y dando muchas gracias al Cielo de que con tan poco peligro huviesse acabado tan gran fecho, reduciendo à su pasado tez los rostros de las venerables dueñas, que yà no parecian, se fuè à donde el Duque, y la Duquesa, aun no avian buuelto en sí, y travando de la mano al Duque, le dixo: Ea, buen señor, buen animo, buen animo, q̄ todo es nada, la aventura es yà acabada, sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron està puesto. El Duque poco à poco, y como quien de vn pesado sueño recuerda, fuè bolviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa, y todos los que por el jardin estavan caidos, con tales muestras de maravilla, y espanto, que casi se podian dàr à entender averles acontecido de veras, lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyò el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los braços abiertos fuè à abraçar à Don Quixote, diciendole, ser el mas buen Cavallero, que en ningun siglo se huviesse visto. Sancho andava mirando por la dolorida, por ver que rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposicion prometia; pero dixerõle, que así como Clavileño baxò ardiendo por los ayres, y diò en el suelo, todo el escuadron de las dueñas con la Trifaldi avia desaparecido, y que yà iban rapadas, y sin cañones. Preguntò la Duquesa à Sancho, que como le avia ido en aquel largo viaje? A lo qual Sancho respondió:

Yo,

Yo, señora, senti quẽ ibamos, segun mi señor me dixo, bolando por la region del fuego, y quise descubrirme vn poco los ojos; pero mi amo (à quien pedi licencia para descubrirme) no lo consintió: mas yo que tengo no sè que briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorva, y impide, bonitamente, y sin que nadie lo viesse, por junto à las narizes apartè tanto quanto el pañuelo, que me tapava los ojos, y por allí mirè àzia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que vn grano de mostaza, y los hombres, que andavan sobre ella, poco mayores que avellanas, por que se vea quan altos debiamos de ir entonces. A esto dixo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que dezis, que à lo que parece vos no visteis la tierra, sino los hombres que andavan sobre ella: y està claro, que si la tierra os pareció como vn grano de mostaza, y cada hombre como vna avellana, vn hombre solo avia de cubrir toda la tierra. Así es verdad (respondió Sancho); pero con todo esto la descubri por vn ladito, y la ví toda. Mirad, Sancho, (dixo la Duquesa) que por vn ladito no se vè el todo de lo que se mira. Yo no sè essas miradas (replicò Sancho) solo sè que seria bien que vuestra Señoria entienda, que pues bolamos por encantamiento, por encantamiento podia yo ver toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirara: y si esto no se me cree, tampoco creerà vuestra merced, como descubriendome por junto las cejass me ví tan junto al Cielo, que no avia de mí à èl palmo y medio; y por lo

Part. II,

que puedo jurar, señora mia, que es muy grande además, y sucedió, que ibamos por parte donde estaa las siete cabrillas: y en Dios, y en mi anima, que como yo en mi niñez fuy en mi tierra cabrerizo, que así como las ví, me diò vna gana de entretenerme con ellas vn rato, y sino la cumpiera, me parece que rebentara. Vengo, pues, y tomo, y que hago, sin dezir nada à nadie, ni à mi señor tampoco, bonita, y passivamente me apeè de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como vnos alhelies, y como vnas flores, casi tres quartos de hora, y Clavileño no se movió de vn lugar, ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras (preguntò el Duque) en què se entretenia el señor Don Quixote? A lo que Don Quixote respondió: Como todas estas cosas, y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dize: de mí sè dezir, que ni me descubri por alto, ni por baxo, ni ví el Cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad, que senti que passava por la region del ayre, y aun que tocava a la del fuego; pero q̄ passassemos de allí no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el Cielo, y la Luna, y la vltima región del ayre, no podiamos llegar al Cielo, dõde estàn las siete cabrillas q̄ Sãcho dize, sin abrafarnos; y pues no nos asuramos, ò Sãcho miète, ò Sãcho sueña. Ni miète, ni sueño (respondió Sancho) sino preguntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verà si digo verdad, ò no. Digalas, pues, Sancho,

O

(dixo)

(dixo la Duquesa.) Son (respondió Sancho) las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la vna de mezcla. Navea manera de cabras es esta (dixo el Duque) y por esta nuestra region del suelo no se vsan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien claro está esto (dixo Sancho) si, que diferencia ha de aver de las cabras del Cielo à las del suelo. Dezidme, Sancho, (preguntò el Duque) vistas allà entre estas cabras algun cabron? No señor, (respondió Sancho) pero oí dezir, que ninguno passava de los cuernos de la Luna. No quisieron preguntarle mas de su viage, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de passarse por los Cielos, y dár nuevas de quanto allà passava, sin averse movido del jardin. En resolucion, este fuè el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que diò que reir à los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar à Sancho siglos, si los viviera: y llegando se Don Quixote à Sancho al oído, le dixo: Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que aveis visto en el Cielo, yo quiero que vos me creais à mi lo que vi en la cueva de Montefinos, y no os digo mas.

CAP. XLII. *De los consejos que diò Don Quixote à Sancho Pança antes que fuesse à gobernar la Infula, con otras cosas bien consideradas.*

CON el feliz, y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida, quedaron tan contentos los Duques, que determinaron passar con las burlas adelante, viendo el acomodado

lugero que tenían, para que se tuviesen por veras: y así aviendo dado la traça, y ordenes, que sus criados, y sus vassallos avian de guardar con Sancho en el Gobierno de la Infula promerida, otro dia, que fuè el que sucedió al buelo de Clavileño, dixo el Duque à Sancho, que se adelinasse, y compusiesse para ir à ser Governador, que ya sus Insulanos le estavam esperando, como el agua de Mayo. Sancho se le humillò, y le dixo: Despues que baxè del Cielo, y despues que desde su alta cumbre mirè la tierra, y la vi tan pequeña, se templò en parte en mi la gana que tenía tan grande de ser Governador, porque que grandeza es mandar en vn grano de mostaza? ò que dignidad, ò imperio el gobernar à media dozena de hombres, tamaños como avellanas, que à mi parecer no avia mas en toda la tierra? Si vuestra Señoría fuesse servido de darme vna tantica partz del Cielo, aunque no fuesse de media legua, la tomaria de mejor gana, que la mayor Infula del mundo. Mirad, amigo Sancho (respondió el Duque) yo no puedo dár parte de el Cielo à nadie, aunque no sea mayor que vna vna, que à solo Dios están reservadas estas mercedes, y gracias. Lo que puedo dár os doy, que es vna Infula hecha, y derecha, redonda, y bien proporcionada, y sobre manera fertil, y abundosa, donde si vos os sabeis dár maña, podeis con las riquezas de la tierra, grangear las del Cielo. Aora bien (respondió Sancho) venga esta Infula, que yo pugnarè por ser tal Governador, que à pesar de bellacos

me vaya al Cielo, y esto no es por codicia, que yo tengo de salir de mis castillas, ni de levantarme à mayores, sino por el deseo que tengo de probar à que sabe el ser Governador. Si vna vez la probais, Sancho, (dixo el Duque) comeros heis las manos tras el Gobierno, por ser dulcissima cosa el mandar, y ser obedecido. A buen seguro, que quando vuestro dueño llegue à ser Emperador, que lo serà sin duda (segun van encaminadas sus cosas) que no se le atranquen como quiera, y que le duela, y le pese en la mitad del alma del tiempo que huviere dexado de serlo. Señor (replicò Sancho Pança) yo imagino, que es bueno mandar, aunque sea vn hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho Pança, que sabeis de todo (respondió el Duque) y yo espero, que fereis tal Governador, como vuestro juyzio promete, y quedese esto aqui; y advertid, que mañana en esse mesmo dia aveis de ir al Gobierno de la Infula, y esta tarde os acomodaran del traje conveniente que aveis de llevar, y de todas las cosas necessarias à vuestra partida. Vistanme (dixo Sancho) como quisieren, que de qualquiera manera que vaya vestido ferè Sancho Pança. Assi es verdad (dixo el Duque;) pero los trages se han de acomodar con el officio, ò dignidad que se professa, que no seria bien, que vn jurisperito se vistiese como soldado, ni vn soldado como vn Sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido parte de Letrado, y parte de Capitán à porque en la Infula que os doy, tanto son menester las ar-

Part. II.

mas, como las letras, y las letras, como las armas. Letras (respondió Sancho) pocas tengo, porque aun no se el A.B.C. pero bastame tener el Christus en la memoria, para ser buen Governador. De las armas manejarè las que me dieren, hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria (dixo el Duque) no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó Don Quixote, y sabiendo lo que passava, y la celeridad con que Sancho se avia de partir à su Gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fuè con él à su estancia, con intencion de aconsejarle como se avia de aver en su officio. Entrados, pues, en su aposento, cerrò tras sí la puerta, y hizo casi por fuerça que Sancho se sentasse junto à él, y con reposada voz le dixo:

Infinitas gracias doy al Cielo, Sancho amigo, de que antes, y primero que yo aya encontrado con alguna buena dicha, te aya salido à ti à recibir, y à encontrar la buena avètura: yo que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tu antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te vès premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcançan lo que pretenden, y llega otro, y sin saber como, ni como no, se halla con el cargo, y officio, que otros muchos pretendieron; y aqui encaxa, y entra bien el dezir, que ay buena, y mala fortuna en las pretensiones. Tu, que para mí sin duda alguna eres vn porro, sin madrugar, ni trañochar, y sin hazer diligencia alguna, con fo-

lo el aliento que te ha tocado de la andante Cavalleria, sin mas, ni mas te vés Governador de vna Infula, como quien no dize nada. Todo esto digo, ò Sancho, para que no atribuyas à tus merecimientos la merced recibida, fino que dès gracias al Cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las daràs à la grandeza que en si encierra la profesión de la Cavalleria Andante. Dispuesto, pues, el coraçon à creer lo que te he dicho, està, ò hijo, atento à este tu Caton, que quiere aconsejarte, y ser norte, y guia, que te encamine, y saque à seguro puerto de este mar proceloso, donde vàs à engolfarte, que los officios, y grandes cargos no son otra cosa, sino vn golfo profundo de confusiones.

Primamente, ò hijo, has de temer à Dios, porque en el temerle està la sabiduria; y siendo sabio, no podrá errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte à ti mismo, que es el mas difícil conocimiento, que puede imaginarse: del conocimiento saldrà el no hincharse como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto hazes, vendrà à ser feos pies de la rueda de tu locura la consideracion de aver guardado puerocos en tu tierra. Así es la verdad (respondió Sancho;) pero fué quando muchacho; pero despues algo hombrecillo, gantos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto pareçeme à mi que no haze al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de Reyes. Así es verdad (replicó Don Quixote.) por lo qual los no de prin-

cipios nobles deben acompañar la gravedad de el cargo que exercitan con vna blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuracion maliciosa, de que no ay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de dezir, que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrà à correrte: y preciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos, que de baxa estirpe nacidos, han subido à la suma dignidad Pontificia, è Imperatoria: y de esta verdad te pudiera traer tantos exemplos, que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por medio à la virtud, y te precias de hazer hechos virtuosos, no ay para què tener envidia à los que los tienen Principes, y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista; y la virtud vale por si sola, lo qual la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere à verte quando estès en tu Infula alguno de tus parientes, no le deseches, ni le afrentes, antes le has de acoger, agassajar, y regalar, que con esto satisfaras al Cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderàs à lo que debes à la naturaleza bien concertada.

Si traxeres à tu muger contigo (porque no es bien, que los que asisten à Governos de mucho tiempo estèn sin las propias) ensénala, doctrinala, y desbastala su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir vn Governador discreto, suele perder,

y de-

y derramar vna muger rustica, y ton-
ta.

Si acaso embiudares (cosa que puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de ançuelo, y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla, porque en verdad te digo, que todo aquello que la muger del Juez recibiere, ha de dár cuenta el marido en la residencia vniversal, donde pagará con el quatro tanto en la muerte las partidas, de que no se huviere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaxe, que suele tener mucha cabida con los ignorantes, que presumen de agudos.

Hallen en tí mas compasión las lagrimas del pobre; pero no mas justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promessas, y dadivas del rico, como por entre los follozos, è importunidades del pobre.

Quando pudiere, y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delinquente, que no es mejor la fama del Juez riguroso, que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dadiva, sino con el de la misericordia.

Quando te sucediere juzgar algun pleyto de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlo en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa agena, que los yerros que en ella hizieres, las mas vezes serán sin remedio; y si le tuvierén, será à

Part. II.

costa de tu credito, y aun de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere à pedirte justicia, quita los ojos de sus lagrimas, y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la substancia de lo que pide, sino quieres que se anegue tu razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debaxo de tu jurisdicción, considere el hombre miserable, sugeto à condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo quanto fuere de tu parte, sin hazer agravio à la contraria, muestrale piadoso, y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece, y campea à nuestro ver el de la misericordia, que el de la justicia.

Si estos preceptos, y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, titulos tendrán ellos, y tus nietos; vivirás en paz, y beneplacito de las gentes, y en los vitimos passos de la vida te alcãçará el de la muerte en vejez suave, y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas, y delicadas manos de tus terceros neteguelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos, que han de adornar tu alma. Escucha aora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAP. XLIII. *De los consejos segundos que dió Don Quixote à Sancho Pança.*

Quien oyera el passado razonamiento de Don Quixote, que no le tuviera por persona muy cuerda, y mejor intencionada? pero como muchas vezes en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente dispartava en tocandole en la Cavalleria, y en los demás discursos mostrava tener claro, y desenfadado entendimiento, de manera, que à cada passo desacreditavan sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta de estos segundos documentos que dió à Sancho, mostrò tener gran donayre, y puso su discrecion, y su locura en vn levantado punto. Atentísimamente le escuchava Sancho, y procurava conservar en la memoria sus consejos, como quiè pensava guardarlos, y salir por ellos à buen parto de la preñez de su Gobierno. Prosiguiò, pues, Don Quixote, y dixo:

En lo que toca à como has de gobernar tu persona, y casa, Sancho; lo primero que te encargo, es, que seas limpio, y que te cortes las vñas, sin dexarlas crecer, como algunos hazen, à quien su ignorancia les ha dado à entender, que las vñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento, y añadidura que se dexan de costar, fuesse vña, siendo antes garras de carnicalo lagartigero, puerco, y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido, y floxo, que el vestido descompuesto dà in-

dicios de animo desmaçalado, si yà la descompostura, y floxedad no cae debaxo de socarroneria, como se juzgò en la de Julio Cesar.

Toma con discrecion el pulso à lo que pudiere valer tu oficio; y si suffriere que dès librea à tus criados, dásela honesta, y provechosa, mas que vistosa, y bizarra, y repartela entre tus criados, y los pobres: quiero dezir, que si has de vestir seis pages, vista tres, y tres pobres; y así tendrás pages para el Cielo, y para el suelo; y este nuevo modo de dàr librea, no la alcançan los vanagloriosos.

No comas ajos, ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villaneria: anda de espacio, y habla con reposo; pero no de manera, que parezca que te escuchas à ti mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estomago.

Sè templado en el beber, considerando, que el vino demasiado, ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Tèn cuenta, Sancho, de no mascar à dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. E esso de erutar no entiendo (dixo Sancho;) y Don Quixote le dixo: Erutar; Sancho, quiere dezir, regoldar; y este es vno de los torpes vocablos que tiene la lengua Castellana, aunque es muy significativo; y así la gente curiosa se ha acogido al Latin, y al regoldar, dize erutar; y los regueldos, erutaciones: y quando algunos no entiendan estos terminos, importa poco, que el uso los ira introduciendo con el tiempo, que con facilidad se

entiendan: y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo, y el uso. En verdad, señor, (dixo Sancho) que vno de los consejos, y avisos que pienso llevar en la memoria, ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hazer muy à menudo: Erutar, Sancho, que no regoldar (dixo Don Quixote.) Erutar dire de aqui adelante (respondiò Sancho) y à fue que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus platicas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas vezes las traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates, que sentencias. Eflo Dios lo puede remediar (respondiò Sancho) porque sè mas refranes que vn libro, y vieneseme tantos juntos à la boca quando hablo, que riñen por salir vnos con otros; pero la lengua vâ arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan à pelo; mas yo tendrè cuenta de aqui adelante de dezir los que convengaa à la gravedad de mi cargo, que en casa llena, presto se guisa la cena, y quien destaja, no baraja, y à buen salvo està el que repica, y el dâr, y el tener, se lo ha menester. Eflo si, Sancho, (dixo Don Quixote) encaxa, enfarta, y engila refranes, que nadie te vâ à la mano: castigame mi madre, y yo trompogelas. Estoyte diziendo, que escuses refranes, y en vn instante has echado aqui vna letania de ellos, que asì quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Vbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal vn refran traïdo à proposi-

Part. II.

to; pero cargar, y enfartar refranes à troche moche, haze la platica desmayada, y baxa.

Quando subieres à cavallo, no vayas echando el cuerpo sobre el arco postero, ni lleses las piernas tiesas, y tiradas, y desviadas de la barriga del cavallo; ni tampoco vayas tan floxo, que parezca que vas sobre el ruzio, que el andar à cavallo à vnos haze Cavalleros, à otros cavalterizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga cò el Sol, no goza del dia: y advierte, o Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria, jamàs llegò al termino que pide vn buen deseo.

Este vltimo consejo que aora darte quiero (puesto que no sirva para adornar el cuerpo) quiero q̄ le lleses muy en la memoria, que creo que no te serà de menos provecho, que los que hasta aqui te he dado, y es:

Que jamàs te pongas à disputar de linages, alomenos comparandolos entre si, pues por fuerça en los que se comparan, vno ha de ser el mejor, y del que abatieres seràs aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido serà calça entera, ropilla larga, herreruelo vn poco mas largo, greguescos ni por pienso, que no les està bien, ni à los Cavalleros, ni à los Governadores.

Por aora esto se me ha ofrecido que aconsejarte, andarà el tiempo; y segun las ocasiones, asì seràn mis documentos, como tu tengas cuydado de avisarme el estado en que te hallares. Señor (respondiò Sancho) bien veo que

SEGUNDA PARTE DE DON

Todo quanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas, santas, y provechosas; pero de que han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea, que aquello de no dexarme crecer las uñas, y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me passará del magin; pero essotros badulaques, y enredos, y reboltillos, no se me acuerda, ni acordará mas de ellos, que de las nubes de antaño; y así será menester que se me den por escrito, que puesto que no se leer, ni escribir, yo se los daré à mi Confessor, para que me los encaxe, y recapacite quando fuere menester. Ha pecador de mi! (respondió Don Quixote) y que mal parece en los Governadores el no saber leer, ni escribir: porque has de saber, ó Sancho, que no saber vn hombre leer, ó ser zurdo, arguye vna de dos cosas, ó que fué hijo de padres demasiado de humildes, y baxos, ó èl tan travieso, y malo, que no pudo entrar en el buen uso, ni en la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querria que aprendieses à firmar si quiera. Bien se firmar mi nombre (respondió Sancho) que quando fuy Prioste en mi Lugar aprendi à hazer vnás letras como de marca de fardo, que dezian que dezia mi nombre, quanto mas, que fingiré que tengo tñhida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo ay remedio, sino es para la muerte, y teniendo yo el mando, y el palo, haré lo que quisiere; quanto mas que el que tiene el padre Alcalde, y siendo yo Governador, que es mas que ser Alcalde, llegaos que la dexan ver, no sino

popen, y calonenme, que venlrán por lana, y bo!verán tratquilados, y à quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necesidades del rico por senténcias passan en el mundo, y siendolo yo, siendo Governador, y juntamente liberal, como lo pienso ser, no avrá falta que se me parezca. No sino hazeos miel, y paparos han moscas; tanto vales, quanto tienes, dezia vna mi aguela; y del hombre arraygado no te verás vengado. O maldito seas de Dios, Sancho, (dixo à esta fazon Don Quixote:) sesenta mil Satanases te lleven à ti, y à tus refranes, vna hora ha que los estas enartando, y dandome con cada vno tragos de tormento. Yo te aseguro, que estos refranes te han de llevar vn dia à la horca; por ellos te han de quitar el Gobierno tus vassallos, ó ha de aver entre ellos Comunidades. Dime, dōde los hallas, ignorante? O como los aplicas, mentecato? Que para dezir yo vno, y aplicarle bié, fudo, y trabajo, como si cabasse. Por Dios, señor nuestro amo, (replicó Sancho) que vuestra merced se queixa de bié pocas cosas. A que diablos se pudre de que yo me sirva de mi hazienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes, y aora se me ofrecen quatro, que venian aqui pintiparados, ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho. Esse Sancho no eres tu (respondió Don Quixote) porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar, y mal porfiar; y con todo esso querria saber, que quatro refranes te ocurrian aora à la memoria, que venian aqui à proposito, que yo ando corriendo la mia, que la tengo buena, y

ninguno se me ofrece. Què mejores, (dixo Sancho) que entre dos muelas cordales, nunca pongas tus pulgares. Y à idos de mi casa, y què quereis con mi muger, no ay responder. Y si dà el cantaro en la piedra, ò la piedra en el cantaro, mal para el cantaro: todos los quales vienen à pelo. Que nadie se tome con su Governador, ni cò el que le manda, porque saldrà lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales (y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa) y à lo que dixere el Governador no ay que replicar, como al saltos de mi casa, y què quereis con mi muger: pues lo de la piedra en el cantaro, vn ciego lo verà. Así que es menester, que el que vè la mota en el ojo ageno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por el: Espantòse la muerta de la degullada; y vuestra merced sabe bien, que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la agena. Esto no, Sancho (respondiò Don Quixote) que el necio en su casa, ni en la agena sabe nada, à causa, que sobre el aumento de la necesidad, no asienta ningun discreto edificio: y dexèmos esto aqui, Sancho, que si mal governares, tuya ferà la culpa, y mia la verguença, mas consuelome, que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras, y con la discrecion à mi posible; con esto salgo de mi obligacion, y de mi promessa: Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu Gobierno, y à mi me faque del escrupulo que me queda, que has de dàr con toda la Insula patas arriba, cosa que pudiera yo escusar con descubrir al Duque quien eres, di-

ziendole, que toda essa gordura, y essa personilla que tienes, no es otra cosa, que vn costal lleno de refranes, y de malicias. Señor (replicò Sancho) si à vuestra merced le parece, que no soy de pro para este Gobierno, desde aqui le fuelto, que mas quiero vn solo negro de la vna de mi alma, que à todo mi cuerpo; y así me sustentare Sancho à fecas con pan, y cebolla, como Governador con perdizes, y capones; y mas, que mientras se duerme, todos son iguales, los grandes, y los menores, los pobres, y los ricos; y si vuestra merced mira en ello, verà, q̄ solo vuestra merced me ha puestò en esto de gobernar, que yo no sè mas de gobiernos de Insulas, que vn buytre; y si se imagina, que por ser Governador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al Cielo, que Governador al infierno. Por Dios, Sancho, (dixo Don Quixote) que por solas estas vltimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser Governador de mil Insulas: buen natural tienes, sin el qual no ay ciencia que valga: encomiendate à Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero dezir, que siempre tengas intencion, y firme proposito de acertar en quantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el Cielo los buenos deseos; y vamosos à comer, que creo, que yà estos señores nos aguardan.

* * * * *

C A P. X LIV. *Como Sancho Pança fue llevado al Gobierno, y de la estraña aventura que en el Castillo sucedió à Don Quixote.*

Dizen, que en el propio original de esta Historia se lee, que llegando Cide Hamete à escribir este capitulo, no le traduxo su interprete como èl le avia escrito, que fuè vn modo de quexa que tuvo el Moro de si mismo, por aver tomado entre manos vna Historia tan seca, y tan limitada como esta de Don Quixote, por parecerle, que siempre avia de hablar dèl, y de Sancho, sin oflar estenderse à otras digresiones, y episodios mas graves, y mas entretenidos, y dezia, que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano, y la pluma à escribir de vn solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era vn trabajo incomparable, cuyo fruto no redundava en el de su Autor, y que por huir deste inconveniente avia usado en la primera parte del artificio de algunas Novelas, como fueron la de el Curioso impertinente, y la del Capitan cautivo, que estan como separadas de la historia, puesto que las demàs que alli se cuentan son casos sucedidos al mismo Don Quixote, que no podian dexar de escribirse. Tambien pensò, como èl dize, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quixote, no la darian à las Novelas, y passarian por ellas, ò con prìessa, ò con enfado, sin advertir la gala, y artificio que en si contienen; el qual se mostrà bien al descubierto, quando por si

solas, sin artimarse à las locuras de Don Quixote, ni à las fandezes de Sancho, salieran à luz; y assi en esta segunda parte no quiso ingerir Novelas sueltas, ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos successos q̄ la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan à declararlos; y pues se contiene, y cierta en los estrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia, y entendimiento para tratar del vniverso todo: pide no se desprecie su trabajo, y se le dèn alabanças, no por lo que escribe, sino por lo que ha dexado de escribir; y luego prosigue la Historia, diziendo, que en acabando de comer Don Quixote el dia que diò los consejos à Sancho, aquella tarde se los diò escritos, para que èl buscasse quien se los leyese; pero apenas se los huvò dado, quando se le cayeron, y vinieron à manos del Duque, que los comunicò con la Duquesa; y los dos se admiraron de nuevo de la locura, y del ingenio de Don Quixote; y assi llevando adelante sus burlas, aquella tarde embiaron à Sancho con mucho acompañamiento al Lugar, que para èl avia de ser Insula. Acaeciò, pues, que el que le llevaba à cargo era vn Mayordomo del Duque, muy discreto, y muy gracioso, que no puede aver gracia donde no ay discrecion, el qual avia hecho la persona de la Condesa Trifaldi, con el donayre que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de como se avia de aver cò Sancho, salìo con su intento maravillosamente. Digo, pues, que

acae-

acaeciò , que así como Sancho viò al tal Mayordomo se le figurò en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y bolviendose à su señor, le dixo : Señor, ò à mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo, ò en creyente, ò vuestra merced me ha de confesar, que el rostro de este Mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Mirò Don Quixote atentamente al Mayordomo, y aviendole mirado, dixo à Sancho : No ay para que te lleve el diablo, Sancho, ni es justo, ni en creyente (que no sé lo que quieres dezir.) que el rostro de la Dolorida es el de el Mayordomo : pero no por esso el Mayordomo es la Dolorida, que à serlo, implicaria contradición muy grande, y no es tiempo agora de hazer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados laberintos: creme, amigo, que es menester rogar à nuestro Señor muy de veras, que nos libre à los dos de malos hechizeros, y de malos encantadores. No es burla, señor (replicò Sancho) sino que denantes le oí hablar, y no pareció si no que la voz de la Trifaldi me sonava en los oídos. Agora bien, yo callaré; pero no dexaré de andar advertido de aquí adelante, à ver si descubro otra señal, que confirme, ò deshaga mi sospecha. Así lo has de hazer Sancho; (dixò Don Quixote) y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el Gobierno te fuere. Saliò enfia Sancho acompañado de mucha gente, vestido à lo Letrado, y encima vn gavan muy ancho de chamelote de aguas leonadas, con vna montera de lo mismo

mo, sobre vn macho à la gineta, y detrás del, por orden del Duque, iba el ruzio con jaezes, y ornamentos juveniles de feda, y flamantes : bolvia Sancho la cabeça de quando en quando à mirar à su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocará con el Emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques les besò las manos, y tomò la bendición de su señor, que se la diò con lagrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Dexa, Lector amable, ir en paz, y en hora buena al buen Sancho, y esperados fanegas de risa que te ha de causar el saber como se portò en su cargo; y en tanto atiende à saber lo que pasó à su amo aquella noche, que si con ello no rières, por lo menos desplegarás los labios con risa de ximia; porque los sucesos de Don Quixote, ò se han de celebrar con admiracion, ò con risa. Cuéntase, pues, que apenas se huvò partido Sancho, quando Don Quixote sintiò su soledad; y si le fuera posible revocarle la comission, y quitarle el Gobierno, lo hiziera. Conociò la Duquesa su melancolia, y preguntòle, que de qué estava triste? que ti era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas, y donzellas avia en su casa, que le servirian muy à satisfacion de su deseo. Verdad es señora mia (respondiò Don Quixote) que siento la ausencia de Sancho; pero no es esta la causa principal que me haze parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos que vuestra Excelencia me haze, solamente acepto, y escojo el de la voluntad con que se me hazen; y en lo demás suplico à vuestra Excelencia, que

que dentro de mi aposento consienta, y permita, que yo solo sea el que me sirva. En verdad (dixo la Duquesa) señor Don Quixote, que no ha de ser así, que le han de servir quatro donzellas de las mias, hermosas como vnas flores. Para mi (respondió Don Quixote) no serán ellas como flores, sino como espinas, que me punçen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hazerme merced, sin yo merecerla, dexeme que yo me las aya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga vna muralla en medio de mis deseos, y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra Alteza quiere mostrar conmigo. Y en resolución, antes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas, señor Don Quixote, (replicó la Duquesa;) por mi digo, que daré orden, que ni aun vna mosca entre en su estancia, no que vna donzella: no soy yo persona que por mi se ha de descabalar la decencia de el señor Don Quixote, que segun se me ha trasluzido, la que mas campea entre sus muchas virtudes, es la de la honestidad. Desaudefe vuestra merced, y vistase à sus solas, y à su modo, como, y quando quisiere, que no avrà quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester de el que duerme à puerta cerrada: porque ninguna natural necesidad le obligue à que la abra. Viva mil siglos la gran

Dulcinea del Toboso, y sea su nombre estendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente, y tan honesto Cavallero, y los benignos Cielos infundan en el coraçon de Sancho Pança nuestro Governador vn deseo de acabar presto sus diciplinas, para que buelva à gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo qual dixo Don Quixote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de aver ninguna que sea mala, y mas venturosa; y mas conocida será en el mundo Dulcinea, por averla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanças que pueden darle los mas eloquentes de la tierra. Ahora bien, señor Don Quixote (replicó la Duquesa) la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar, venga vuestra merced, y cenemos, y acostarase temprano, que el viage que ayer hizo de Candaya, no fue tan corto, que no aya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora; (respondió Don Quixote) porque osaré jurar à vuestra Excelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor passo que Clavileño, y no sè yo que le pudo mover à Malambruno para deshazerse de tan ligera, y tan gentil calgadura, y abrafarla así sin mas, ni mas. A esso se puede imaginar (respondió la Duquesa) que arrepentido del mal que avia hecho à la Trifaldi, y compañía, y à otras personas, y de las maldades, que como hechizero, y encantador debia de aver cometido,

qui-

quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como à principal, y que mas le traia defassollegado, vagando de tierra en tierra, abrasò à Clavileño, que con sus abrasadas eeniças, y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran Don Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias diò Don Quixote à la Duquesa; y en cenando Don Quixote se retirò en su aposento solo, sin consentir que nadie entrasse con èl à servirle; tanto se temia de encontrar ocaiones que le moviesen, ò forçassen à perder el honesto decoro, que à su señora Dulcinea guardava, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor, y espejo de los andantes Cavalleros. Cerrò tras si la puerta, y à la luz de dos velas de cera, se desnudò, y al descalçarse (ò desgracia digna de tal persona!) se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa, que defacreditasse la limpieza de su policia, sino hasta dos dozenas de puntos de vna media, que quedò hecha zelosia: affligiòse en estremo el buen señor, y dierra èl por tener alli vn adarme de seda verde, vna onça de plata, digo seda verde; porque las medias eran verdes. Aqui exclamò Benengeli; y escribiendo, dixo: O pobreza, pobreza! No sè yo que razon le moviò à aquel gran Poeta Cordovès à llamarte dadiva santa desigradecida; yo, aunque Moro, bien sè por la comunicacion que he tenido con Christianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fee, obediencia, y pobreza; pero con todo esso digo, que

ha de tener mucho de Dios el que te viniere à contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza, de quien dize vno de sus mayores Santos: Tened todas las cosas como sino las tuviesseis, y à esto llaman pobreza de espiritu; pero tu segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) porque quieres estrellarte con los hidalgos, y bien nacidos, mas que con la otra gente? Porquè los obligas à darpantalla à los çapatos, y à que los botones de sus ropillas, vnos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidrio? Porquè sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? (y en esto se echarà de ver, que es antiguo el uso del almidòn, y de los cuellos abiertos;) y profiguiò: Miserable del bien nacido; que và dando pistos à su honra, comiendo mal, y à puerta cerrada, haciendo hipocrita al palillo de dientes, con que sale à la calle despues de no aver comido cosa que le obligue à limpiarcelos! Miserable de aquel digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde vna lengua se le descubre el remiendo del çapato, el trasudor del sombrero, la bilaza del herrero, y la hambre de su estomago! Todo esto se le renovò à Don Quixote en la soltura de sus puntos; pero consolòse con ver, que Sancho le avia dexado vnas votas de camino, que pensò ponerle otro dia. Finalmente, èl se recofiò pensativo, y pesaroso, asi de la falta que Sancho le hazia, como de la irreparable desgracia de sus medias, à quien tomara los

los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que es vna de las mayores señales de miseria, que vn hidalgo puede dár en el discurso de su prolixa estrechez. Matò las velas, hazia calor, y no podia dormir; levantòse del lecho, y abrió vn poco la ventana de vna reja, que dava sobre vn hermoso jardin; y al abrirla, sintiò, y oyò, que andava, y hablava gente en el jardin: púsole à escuchar atentamente; levantaron la voz los de abaxo, tanto, que pudo oír estas razones.

No me porfies, ò Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entrò en este Castillo, y mis ojos le miraron, yo no sè cantar, sino llorar: quanto mas, que el sueño de mi señora, tiene mas de ligero, que de pesado, y no querria que nos hallasse aqui por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiesse, y no despertasse, en vano sería mi canto, si duermes, y no despierta para oírle este nuevo Eneas, que ha llegado à mis regiones para dexarme escarnecida. No des en esto Altisidora, amiga, (respondieron) que sin duda la Duquesa, y quantos ay en esta casa duermen, sino es el señor de tu coraçon, y el despertador de tu alma, porque aora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta lastimada mia en tono baxo, y suave al son de tu harpa: y quando la Duquesa nos sienta, le echaremos la culpa al calor que haze. No està en esto el punto, ò Emerencia (respondiò la Altisidora) sino en que no querria que mi canto descubriessse mi coraçon, y fuesse juzgada de los que no tienen noticia

de las fuerças poderosas de amor, por donzella antojadiza, y liviana; pero venga lo que viuiere, que mas vale verguença en cara, que mancilla en coraçon; y en esto sintiò tocar vna harpa suavísimamente. Oyendo lo qual Don quixote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron à la memoria las infinitas aventuras, semejantes à aquella da ventanas, rejas, y jardines, musicas, requiebros, y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de Cavallerias avia leído: luego imaginò, que alguna donzella de la Duquesa estava de èl enamorada, y que la honestidad la forçava à tener secreta su voluntad, temiò no le riadiesse, y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer, y encomendandose de todo buen animo, y buen talante à su señora Dulcinea del Toboso, determinò de escuchar la musica, y para dár à entender q̄ allí estava, diò vn fingido estornudo, de que no poco se alegraron las donzellas, que otra cosa no deseavan, sino que Don Quixote las oyessse. Recorrida, pues, y afinada la harpa, Altisidora diò principio à este Romance.

O Tu, que estás en tu lecho,
entre sabanas de olanda,
durmiendo à pierna tendida
de la noche à la mañana.

Cavallero el mas valiente,
que ha producido la Mancha;
mas honesto, y mas bendito,
que el oro fino de Arabia.

Oye à vna triste donzella,
bien crecida, y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se sienta abrafar el alma.

Tu buscas tus aventuras,
y agenas desdichas hallas,
dás las heridas, y niegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia,
ò en las Montañas de Jaca?

Si sierpes te dieron leche?
Si à dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas,
y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
Donzella rolliza, y sana
preciarse de que ha vencido
à vna tigre, y fiera brava.

Por esto será famosa,
desde Henares à Xarama,
desde el Tajo à Mançanares,
desde Pisuerga, hasta Arlança.

Trocaráme yo por ella,
y diera encima vna saya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.

O quien se viera en tus braços,
ò fino junto à tu cama,
rascandote la cabeza,
y matandote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada,
lospies quisiera traerle,
que à vna humilde esto le basta.

O que de cosas te diera,
que de escarpines de plata,
que de calças de damasco,
que de herreruelos de òlanda!

Que de finissimas perlas,
cada qual como vna agalla,
que à no tener compañeras,
las solas fuerán llamadas.

No mires de tu Tarpeya

este incendio que me abraza,
Neron Manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.

Niña soy pulcela tierna,
mi edad de quinze no passa,
catorze tengo, y tres meses;
te juro en Dios, y en mi alma:

No soy renca, ni soy coxa,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lirios,
que en piè por el suelo arrastran:

Y aunque mi boca aguileña,
y la nariz algo chaata,
fer mis dientes de topacios,
mi belleza al Cielo ensalza.

Mi voz yà ves, si me escuchas,
que à la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo menos que mediana:

Estas, y otras gracias mias
son despojos de tu aljava,
desta casa soy donzella,
y Altisidora me llaman.

Aqui diò fin el canto de la mal
fendida Altisidora, y començò el assom-
bro de el requerido Don Quixote,
el qual dando vn grau suspiro, dixò
entre si:

Que tengo de ser tan desdichado
andante, que no ha de aver donzella
que me mire, que de mi no se enamo-
re? Que tenga de ser tan certa de ven-
tura la sin par Dulcinea del Toboso,
que no la han de dexar à solas gozar
de la incomparable firmeza mia: Que
la quereis, Reynas? A que la perseguis,
Emperattrizes? Para que la acobais,
donzellas de à catorze à quinze años?
Dexad, dexad à la miserable que trium-
fe, se goze, y vsane con la fuerre que
amor

amor quiso darle en rendirle mi coraçon, y entregarle mi alma. Mirad, catterva enamorada, que par sola Dulcinea foy de masa, y de alfeñique, y para todas las demás foy de pedernal: para ella foy miel, y para vosotras azibar: para mi sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda, y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las livianas, y las de peor linage: para ser yo suyo, y no de otra alguna me arroj la naturaleza al mundo: lllore,  cante Alciudora,

detespere Madama, por quien me arrearon en el Castillo del Moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea, cozido,  asado, limpio, bien criado, y honesto, á pesar de todas las potestades hechizeras de la tierra: y con esto cerr de golpe la ventana, y despechdo, y pesaroso, como si le huviera acontecido alguna gran desgracia, se acost en su lecho, donde le dexarèmos por aora, porque nos está llamando el gran Sancho Pança, que quiere dar principio  su famoso gobierno.

CAP. XLV. *De como el gran Sancho Pança tom la posesión de su Insula, y del modo que començ  gobernar.*



O Perpetuo descubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo del Cielo, menco dulce de las can-

timploras! Trimbrio aqui, Febo alli, tirador ac, Medico acull, padre de la Poesia, inventor de la Musica,

Tu, que siempre sales (y aunque lo parece) nunca te pones. A ti digo, ò Sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre; à ti digo, que me favorezcas, y alumbres la obscuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del Gobierno del gran Sancho Pança, que sin ti yo me siento tibio, desfazalado, y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho à un Lugar de hasta mil vezinos, que era de los mejores que el Duque tenia: dieronle à entender, que se llamava la Infula Barataria, ò yà porque el Lugar se llamava Baratario, ò yà por el barato con que se le avia dado el Gobierno. Al llegar à las puertas de la Villa, que era cercada, salió el Regimiento de el Pueblo à recibirle, tocaron las campanas, y todos los vezinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron à la Iglesia Mayor à dar gracias à Dios, y luego con algunas ridiculas ceremonias le entregaron las llaves de el Pueblo, y le admitieron por perpetuo Governador de la Infula Barataria. El traje, las barbas, la gordura, y pequeñez del nuevo Governador tenia admirada à toda la gente, que el bufilís de el cuento no sabia, y aun à todos los que los sabian, que eran muchos. Finalmente, en sacandole de la Iglesia, le llevarò à la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el Mayordomo del Duque le dixo: Es costumbre antigua en esta Infula, señor Governador, que el que viene à tomar possession de esta famosa Infula, està obli-

gado à responder à una pregunta que se le hiziere, que sea algo intrincada, y dificultosa, de cuya respuesta el Pueblo toma, y toca el pulso del ingenio de su nuevo Governador; y así, ò se alegra, ò se entristece con su venida. En tanto que el Moyordomo dezia esto à Sancho, estava èl mirando unas grandes, y muchas letras, que en la pared frontera de su silla estava escritas, y como èl no sabia leer, preguntò, què eran aquellas pinturas, que en aquella pared estava? Fuele respondido: Señor, allí està escrito, y notado el dia en que V. S. tomò possession de esta Infula, y dize el Epitafio: Oy dia à tantos de mes, y de tal año, tomò la possession desta Infula el señor Don Sancho Pança, que muchos años la gozò. Y à quien llaman Don Sancho Pança (preguntò Sancho?) A V. S. (respondiò el Mayordomo) que en esta Infula no ha entrado otro Pança, sino el que està sentado en esta silla. Pues advertid, hermano, (dixo Sanchito) que yo no tengo don, ni en todo mi linage le ha avido, Sancho Pança me llaman à fecas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panças sin añadiduras de dones, ni donas, y yo imagino, que en esta Infula debe de aver mas dones que piedras; pero basta, Dios me entienda, y podrá ser que si el Gobierno me dura quatro dias, yo escardare estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pásse adelante con su pregunta el señor Mayordomo, que yo responderè lo mejor que supiere, aora se entristezca, ò no se entrestezca

el pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el vno vestido de labrador, y el otro de fastre, porque traia vnas tixeras en la mano, y el fastre dixo: Señor Governador, yo, y este hombre labrador venimos ante v. m. en razon que este buen hombre llegó à mi tienda ayer, que yo, con perdon de los presentes, soy fastre examinado, que Dios sea bendito, y poniendome vn pedazo de paño en las manos, me preguntò: Señor, avria en este paño harto para hazerme vna caperuza? Yo tanteando el paño, le respondí, que sí: èl debióse de imaginar, à lo que yo imagino, è imaginè bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundandose en su malicia, y en la mala opinion de los fastres: y replicòme, que mirasse si avria para dos: adivinèle el pensamiento, y dixele, que sí, y el Cavallero en su dañada, y primera intencion, fuè añadiendo caperuzas, y yo añadiendo, si es, hasta que llegamos à cinco caperuzas, y aora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague, ò buelva su paño. Estodo esto así, hermano? (preguntò Sancho.) Si señor (respondió el hombre); pero hagale v.m. que muestre las cinco caperuzas, que me ha hecho. De buena gana (respondió el fastre) y sacando de continente la mano debaxo del herreruelo, mostrò en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dixo: He aqui las cinco caperuzas, que este buen hombre me pide, y en Dios, y en mi conciencia, que no

me ha quedado nada del paño, y yo dare la obra à vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas, y del nuevo pleyto. Sancho se puso à considerar vn poco, y dixo: Pareceme, que en este pleyto no ha de aver largas dilaciones; sino juzgar luego, y juyzio de buen varon; y así yo doy por sentencia, que el fastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven à los presos de la carcel, y no aya mas. Si la sentencia passada de la bolsa del ganadero movió à admiracion à los circunstaates, esta les provocò à risa; pero en fin se hizo lo que mandò el Governador, ante el qual se presentaron dos hombres ancianos, el vno traia vna cañaheja por vaculo, y el fin vaculo, dixo: Señor, à esse buen hombre le prestè dias ha diez escudos de oro en oro, por hazerle plazer, y buena obra, con condicion, que me los bolvièsse quando se los pidieffe: passaronse muchos dias sin pedirselos, por no ponerle en mayor necesidad de bolvermelos, que la que èl tenia quando se los prestè; pero por parecerme que se descuydava en la paga, se los he pedido vna, y muchas vezes, y no solamente no me los buelve; pero me los niega, y dize, que nunca tales diez escudos le prestè, y que si se los prestè, que yà me los ha bueltos; yo no tègo testigos, ni del prestado, ni de la buelta, porque no me los ha bueltos: querria que vuestra merced le tomasse juramento, y si jurare que me los ha buuelto, yo se los perdono para aquí, y para delante de Dios. Que dezis vos à esto, buen viejo

jo del vaculo (dixo Sancho?) A lo que dixo el viejo: Yo, señor, confieso que me los prestò, y baxe vuestra merced essa vara, y pues èl lo dexa en mi juramento, yo jurarè como se los he buelto, y pagado real, y verdaderamente. Baxò el Governador la vara, y en tanto el viejo del vaculo diò el vaculo al otro viejo que se le tuviesse en tanto que jurava, como si le embarrasara mucho, y luego puso la mano en la Cruz de la vara, diciendo, que era verdad que se le avian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que èl se los avia buelto de su mano à la suya, y que por no caer en esto se los bolvia à pedir por momentos. Viendo lo qual el gran Governador, preguntò al acreedor, què respondia à lo que dezia su contrario? Y dixo, que sin duda alguna su deudor debia de dezir verdad, porque le tenia por hombre de bien, y buen Christiano, y que à èl se le debia de aver olvidado el como, y quando se los avia buelto, y que desde alli en adelante jamàs le pidiria nada. Tornò à tomar su vaculo el deudor, y baxàdo la cabeça, se saliò del juzgado. Visto lo qual Sancho, y que sin mas, ni mas se iba, y viendo tàbien la paciencia de el demandante, inclinò la cabeça sobre el pecho, y poniendose el indice de la mano derecha sobre las cejas, y las narizes, estuvo como pensativo vn pequeño espacio, y luego alçò la cabeça, y mandò, que le llamasen al viejo del vaculo, que yà se avia ido: traxeronsele, y en viendole Sancho, le dixo: Dadme, buen hombre, esse vaculo, que le he menester. De muy buena gana (respondiò el viejo) he

aquí, señor, y pútofele en la mano: tomòle Sancho, y dandole al otro viejo, le dixo: Andad con Dios, que yà aveis pagado. Yo, señor, (respondiò el viejo) pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Si (dixo el Governador, ò sino, yo soy el mayor porro del mundo, y aora se verà si tengo caestre para gobernar todo vn Reyno, y mandò, que alli delante de todos se rompiesse, y abriesse la caña. Hizose afsi; y en el coraçon de ella hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron à su Governador por vn nuevo Salomon. Preguntaron, de donde avia colegido, que en aquella cañaheja estavan aquellos diez escudos? Y respondiò, que de averle visto dar al viejo que jurava à su contrario aquel vaculo en tanto que dezia el juramento, y jurar que se los avia dado real, y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornò à pedir el vaculo, me vino à la imaginacion, que dentro de èl estava la paga de lo que pedian: de donde se podia colegir, que los que gobiernan, aunque sean vnos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juzizios; y mas, que èl avia oido contar otro caso como aquel al Cura de su Lugar, y que èl tenia gran memoria, que à no olvidarsele, todo aquello que querria acordarse, no huviera tal memoria en toda la Insula. Finalmente, el vn viejo corrido, y el otro pagado, se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escrivia las palabras, hechos, y movimientos de Sancho, no acabava de determinarse, si le tendria, ò pondria por tonto, ò

por discreto. Luego acabado este pleyto, entrò en el juzgado vna muger, afsida fuertemente de vn hombre, vestido de ganadero rico, la qual venia dando grandes voces, diciendo: Justicia, señor Governador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la irè à buscar al Cielo. Señor Governador de mi anima, este mal hombre me ha cogido en la mitad de esse campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal labado, y desdichada de mi me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años ha, defendiendolo de Moros, y Christianos, de naturales, y estrangeros, y yo siempre dura como vn alcornoque, conservandome entera, como la salamanquesa en el fuego, ò como la lana entre las garcas, para que este buen hombre llegasse aora con sus manos limpias à manosearme. Aun esso està por averiguar, si tiene limpias, ò no las manos este galàn (dixo Sancho) y bolviendose al hombre, le dixo, que què dezias, y respondia à la querrela de aquella muger? el qual todo turbado, respondió: Señores, yo soy vn pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste Lugar de vender, con perdon sea dicho, quatro puercos, que me llevaron de alcavala, y focaliñas poco menos de lo que ellos valian: bovliame à mi Aldea, topè en el camino à esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca, y todo lo cueze, hizo que yogassemos juntos, paguèle lo sofficiente, y ella mal contenta; afsiò de mi, y no me ha dexado hasta traerme à este pueſto: dize la forçè, y miente para el juramento

que hago, ò pienso hazer; y esta es toda la verdad, sin saltar meaja. Entonces el Governador le preguntò, si traia consigo algun dinero en plata? el dixo, que hasta veinte ducados tenia en el feno en vna bolsa de cuero, mandò que la sacasse, y se la entregasse afsi como estava à la querellante, el lo hizo temblando: tomòla la muger, y haziendo mil çalemas à todos, y rogando à Dios por la vida, y salud del señor Governador, que afsi mirava las huerfanas menesterosas, y donzellas: y con esto se saliò del juzgado, llevando la bolsa afsida con emtrambas manos, aunque primero mirò si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas saliò quando Sancho dixo al ganadero, que yà se le saltavan las lagrimas, y los ojos, y el coraçon se iban tras su bolsa. Buen hombre, id tras aquella muger, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y bolved aqui con ella, y no lo dixo à tonto, ni à fordo, porque luego partiò como vn rayo, y fuè à lo que se le mandava. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleyto, y de allí à poco bolvieron el hombre, y la muger, mas afsidos, y aforrados, que la vez primera; ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnandò por quitarfela, mas no era possible, segun la muger la defendia, la qual dava voces, diciendo: Justicia de Dios, y del mundo, mire vuestra merced, señor Governador, la poca verguença, y el poco temor de este defalmado, que en mitad de poblado, y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa, que vuestra

merced mandò daríue. Y haosla quitado (preguntò el Governador?) Como quitar? (respondió la muger) antes me dexàra yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar à las barbas, que no este desventurado, y afuero: tenazas, y martillos, mazos, y escoplos, no seràn bastantes à sacarmela de las viñas, ni aun garras de Leones, antes el anima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon (dixo el hombre) y yo me doy por rendido, y sin fuerças, y confieso, que las mias no son bastantes para quitarfela, y dexòla. Entonces el Governador dixo à la muger: Mostrad honrada, y valiente essa bolsa. Ella se la diò luego; y el Governador se la bolvió al hombre, y dixo à la esforçada, y no forçada: Hermana mia, si el mismo aliento, y valor que aveis mostrado para defender esta bolsa, le mostraredes, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerças de Hercules no os hizieran fuerça: andad con Dios, y mucho de en hora mala, y no pareis en toda esta Infula, ni en seis leguas à la redonda, sopena de dozientos açotes: andad, digo, churrilera, desvergongada, y embaydora. Espantòse la muger, y fuesse cabizbaxa, y mal contenta; y el Governador dixo al hombre: Buen hombre, andad con Dios à vuestro Lugar con vuestro dinero: y de aqui adelante, sino le quereis perder, procurad, que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le diò las gracias lo peor que supo, y fuesse, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo

Part. II.

de los juyzios, y sentencias de su nuevo Governador. Todo lo qual notado de su Coronista, fuè luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estava esperando; y quedese aqui el buen Sancho, que es mucha la priessa que nos dà su amo, alborozado con la musica de Altisidora.

CAP. XLVI. *De el temeroso espanto de un cervil, y gatuno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.*

DExamos al gran Don Quixote embuelto en los pensamientos que le avian causado la musica de la enamorada donzella Altisidora: acostòse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dexaron dormir, ni sossegar vn punto, y juntavanse los que le faltavan de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no ay barranco que le detenga, corrió cavallero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo qual visto por Don Quixote, dexò las blandas plumas, y no nada perezoso, se vistió su acamuçado vestido, y se açò sus botas de camino, por encubrir la dagaçia de sus medias: arrojòse encima su manton de escarlata, y puso en la cabeça vna montera de terciopelo verde, guarnecida de passamanos de plata: colgò el tahali de sus ombros, con su buena, y rajadora espada; afiò vn gran Rosario, que consigo continuo traia, y con gran prolopopoya, y contento, salió à la antefala, donde el Duque, y la Duquesa estavan yà vestidos, y como esperandole: y

P 3

al passar por vna galeria estavan apof-
ta esperandole Altifidora, y la otra
donzella su amiga; y asì como al-
tifidora viò à Don Quixote, fingiò
desmayarse, y su amiga la recogió en
sus faldas, y con gran presteza la iba
à defabrochar el pecho. Don Quixo-
te que lo viò, llegando se à ellas, di-
xo: Yà yo sè de que proceden estos
accidentes. No sè yo de què (respon-
diò la amiga) porque Altifidora es la
donzella mas sana de toda esta casa,
y yo nunca la he sentido vn ay, en
quanto ha que la conozco, que mal
aya quantos Cavalleros Andantes ay
en el mundo, si es que todos son defa-
gradecidos: vayase vuestra merced se-
ñor Don Quixote, que no bolverà en
si esta pobre niña en tanto que vues-
tra merced aquí estuviere. A lo que
respondiò Don Quixote: Haga vues-
tra merced, señora, que se me ponga vn
laud esta noche en mi aposento, que
yo consolarè, lo mejor que pudiere, à
esta lastimada donzella, que en los
principios amorosos, los defengaños
presto suelen ser remedios calificados:
y con esto se fuè, porque no fuesse
notado de los que allí le viesse: no
se huvo bien apartado, quando bol-
viendo en si la desmayada Altifidora,
dixo à su compañera: Menester serà,
que se le ponga el laud, que sin du-
da Don Quixote quiere darnos mu-
fica, y no serà mala, siendo suya.
Fueron luego à dár cuenta à la Du-
quesa de lo que passava, y del laud
que pedia Don Quixote, y ella ale-
gre sobre modo, concertò con el Du-
que, y con sus donzellas de hazerle vna
burla, que fuesse mas ritueña, que da-

ñosa, y con mucho contento espera-
van la noche, que se vino tan apries-
ta, como se avia venido el dia, el qual
passaron los Duques en sabrosas pla-
ticas con Don Quixote: y la Duque-
sa aquel dia, real, y verdaderamente
despackò à vn page suyo, que avia
hecho en la selva la figura de la en-
cantada Dulcinea, à Teresa Pança,
con la carta de su marido Sancho
Pança, y con el lio de ropa que avia
dexado, para que se le embiasse, en-
cargandole le traxesse buena relacion
de todo lo que con ella le passasse. He-
cho esto, y llegadas las onze horas de
la noche, hallò Don Quixote vna vi-
huela en su aposento, templòla, abrió
la reja, y sintiò que andava gente en
el jardin; y aviendo recorrido los
trafies de la vihuela, y afinandola lo
mejor que supo, escupiò, y reme-
ndòse el pecho, y luego con voz ron-
quilla, aunque entonada, cantò el fi-
guiente Romance, que el mesmo aquel
dia avia compuesto.

Suelen las fuerças de amor
Sacar de quicio à las almas,
Tomar do por instrumento
La ociosidad descuydada.

Suele el cofer, y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las donzellas recogidas,
Que aspiran à ser casadas,
La honestidad es la dote,
Y yoz de sus alabanças,

Los Andantes Cavalleros,
Y los que en la Corte andan,
Requiebranse con las liebres,
Con las honestas se casan.

Ay amores de levante,
Que entre huespedes se tratan,
Que llegan presto al Poniente,
Porque en el partir se acaban.

El amor recién venido,
Que oy llegò, y se va mañana,
Los imagenes no dexa
Bien impressas en el alma.

Pintura sobre pintura,
Ni se muestra, ni señala,
Y do ay primera belleza,
La segunda no haze baza.

Dulcinea del Toboso
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien haze amor milagros,
Y à si mismo los levanta.

Aqui llegava Don Quixote de su canto, à quien estavan escuchando el Duque, y la Duquesa, Altifidora, y casi toda la gente del Castillo, quando de improviso desde encima de vn corredor, que sobre la reja de Don Quixote à plomo caia, descolgaron vn cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron vn gran saco de gatos,

Part.II,

que asimismo traian cencerros menores, atados à las colas. Fue tan grande el ruydo de los cencerros, y el mayar de los gatos, que aunque los Duques avian sido inventores de la burla, todavia les sobrefaltò; y temeroso Don Quixote, quedò pasmado: y quiso la suerte, que dos, ò tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de vna parte à otra, parecia, que vna region de diablos andava en ella; apagaron las velas que en el aposento ardian, y andavan buscando por do escaparse. El descolgar, y subir de el cordel de los grandes cencerros no cessava: la mayor parte de la gente del Castillo, que no sabia la verdad de el caso, estava suspenfa, y admirada. Levantòse Don Quixote en piè, y poniendo mano à la espada, començò à tirar estocadas por la reja, y à dezir à grandes voces: A fuera malignos encantadores, à fuera canalla hechizeresa, que yo soy Don Quixote de la Mancha, contra quien no valen, ni rieñen fuerza vuestras malas intenciones: y bolviendose à los gatos, que andavan por el aposento, les tirò muchas cuchilladas; ellos acudieron à la reja, y por alli se salieron, aunque vno viendose tan acosado de las cuchilladas de Don Quixote, le saltò al rostro, y le asió de las narizes con las viñas, y los dientes, por cuyo dolor D. Quixote començò à dár los mayores gritos que pudo. Oyendo lo qual el Duque, y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron à su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre Ca-

P 4

va-

vallero pygnando con todas sus fuerças, por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luzes, y vieron la desigual pelea: acudò el Duque à despartirla; y Don Quixote dixo à voces: No me le quite nadie: dexenme mano à mano con este demonio, con este hechizero, con este encantador, que yo le darè à entender de mi à el quien es Don Quixote de la Mancha. Pero el gato, no curandose de estas amenazas, gruñia, y apretava. Mas en fin el Duque se le desfarraygò, y le echò por la reja. Quedò Don Quixote acrivado el rostro, y no muy sanas las narizes, aunqua muy despechado, porque no le avian dexado fenecer la batalla, que tan travada tenia con aquel malandrin encantador. Hizieron traer azeite de Aparicio, y la misma Altrifidora con sus blanquissimas manos le puso vnas vendas por todo lo herido; y al ponerlas, con voz baxa le dixo: Todas estas mal andanças te suceden, empedernido Cavallero, por el pecado de tu dureza, y pertinacia, y plegue à Dios, que se le olvide à Sancho tu escudero el açotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tu la gozes, ni llegues à talamo con ella, alomenos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondiò Don Quixote otra palabra, sino fuè dar vn profundo suspiro, y luego se tendiò en el lecho, agradeciendo à los Duques la merced, no porque el tenia temor de aquella canalla gata, encantadora, y cencerruna, sino porque avia conocido la buena intencion con que avian venido à socorrerle. Los Duques le dexaron

sollegar, y se fueron pesafosos del mal sucesso de la burla, que no creyeron que tan pesada, y tan costosa le saliera à Don Quixote aquella aventura, que le costò cinco dias de encerramiento; y de cama, donde le sucediò otra aventura mas gustosa que la passada, la qual no quiere su Historiador contar agora, por acudir à Sancho Pança, que andava muy sollicito, y muy gracioso en su Gobierno.

CAP. XLVII. *Donde se prosigue como se portava Sancho Pança en su Gobierno.*

Cuenta la historia, que desde el juzgado llevaron à Sancho Pança à vn sumptuoso Palacio, à donde en vna gran sala estava puesta vna real, y limpißima mesa; y assi como Sancho entrò en la sala, sonaron chirimias, y salieron quatro pages à darle agua manos, que Sancho recibìo con mucha gravedad: cesò la musica, sentòse Sancho à la cabeçera de la mesa, porque no avia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Pasose à su lado en piè vn personaje, que despues mostrò ser Medico, con vna varilla de vallenga en la mano: levantaron vna riquissima, y blanca tohalla, con que estavan cubiertas las frutas, y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echò la bendicion, y vn page puso vn babador randado à Sancho: otro, que hazia el oficio de Maestretala llegò vn plato de fruta delante; pero apenas huvo comido vn bocado, quando el de la varilla, tocando con ella

ella en el plato, se le quitaron de delante con grande celeridad; pero el Maestrefala, llegó otro de otro manjar, iba à probarle Sancho; pero antes que llegasse à èl, ni le gustasse, y à la varilla avia tocado en èl, y vn page alçadole con tanta presteza, como el de la fruta. Visto lo qual por Sancho, quedò suspenso, y mirando à todos, preguntò si se avia de comer aquella comida como juego de Maestre Corral? A lo qual respondió el de la varilla: No se ha de comer, señor Governador, sino como es uso, y costumbre en las otras Insulas donde ay Governadores. Yo, señor, soy Medico, y estoy assalariado en esta Insula para serlo de los Governadores de ella, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche, y de dia, y tanteando la complexion del Governador, para acertar à curarle, quando cayere enfermo; y lo principal que hago es, assislar à sus comidas, y cenas, y dexarle comer de lo que me parece que le conviene, y à quitarle lo que imagino que le ha de hazer daño, y ser nocivo al estomago; y assi mandè quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente humeda: y el plato del otro manjar tambien le mandè quitar, por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed, y el que mucho bebe, mata, y consume el humedo radical, donde consiste la vida. De essa manera aquel plato de perdizes, que estàn alli assadas, y à mi parecer bien sazoadas, no me harán algun daño. A lo que el Medico respondió: Essas no comerà el señor Governador en tanto que yo tuviere vida.

Pues por què? (dixo Sancho.) Y el Medico respondió: Porque nuestro Maestro Hipocrates, norte, y luz de la medicina, en vn aforismo suyo dize: *Omnis salutatis mala perdidit autem pessima.* Quiere dezir, toda hartazga es mala; pero la de las perdizes malissima. Si esso es assi (dixo Sancho) vea señor Doctor de quantos manjares ay en esta mesa, qual me hará provecho, y qual menos daño, y dexeme comer de èl, sin que me le apalee: porque por vida del Governador, y assi Dios me le dexe gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor Doctor, y èl mas me diga, antes serà quitarme la vida, que aumentarmela. Vuestra merced tiene razón, señor Governador (respondió el Medico) y assi es mi parecer, que vuestra merced no coma de aquellos conejos guisados, que alli estan, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, si no fuera assada, y en adobo, aun se pudiera probar; pero no ay para què. Y Sâcho dixo: Aquel platanazo, que està mas adelàte vahando, me parece que es holla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales hollas podridas ay, no podrè dexar de topar con alguna que me sea de gusto, y de provecho. Absit (dixo el Medico) vaya lexos de nosotros tan mal pensamiento; no ay cosa en el mundo de peor mantenimiento que vna holla podrida: allà las hollas podridas para los Canonigos, ò para los Retores de Colegios, ò para las bodas labradorefcas, y dexennos libres las mesas de los Governadores, donde ha de assislar todo primor, toda atildadura: y

la razón es, porque siempre, y á doquiera, y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples, que las compuestas; porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor Governador aora, para conservar su salud, y corroborarla, es vn ciento de cañutillos de suplicaciones, y vnas rajadicas de carne de membrillo, que le asienten el estomago, y le ayuden á la digestion. Oyendo esto Sancho, se arrimò sobre el espaldar de la filla, y mirò de hito en hito al tal Medico, y con voz grave le preguntò, como se llamava, y adonde avia estudiado? A lo que èl respondió: Yo, señor Governador, me llamo el Doctor Pedro Rezio de Agüero, y soy natural de vn Lugar, llamado Tirteafuera, que està entre Caraquèl, y Almodobar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de Doctor por la Univerfidad de Oífuna. A lo que respondió Sancho, todo encendido en colera: Pues señor Doctor Pedro Rezio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, Lugar que està á lo mano derecha, como vamos de Caraquèl á Almodobar del Campo, graduado en Oífuna, quíteteme luego de delante, si no quieres que te mate. Sol, que tome vn garrote, y que á garrotazos, comenzando por èl, no me ha de quedar Medico en toda la Infala, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que á los Medicos sabios, prudentes, y discretos, los pondré sobre mi cabeça, y los honraré como á personas divinas: y buelvo á dezir,

que se me vaya Pedro Rezio de aquí, si no tomaré esta filla en que estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeça, y pidanmelo en residencia, que yo me descargaré con dezir, que hize servicio á Dios en matar á vn mal Medico, verdugo de la Republica, y denme de comer, ò sino tomenfe tu Gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño, no vale dos habas. Alborotòfe el Doctor, viendo tan colérico al Governador, y quiso hazer tierra fuera de la sala, fino que en aquef-te instante fonò vna corneta de pofta en la calle; y affomandose el Maestresala á la ventana, bolviò diziendo: Correo viene de el Duque mi señor, algun despacho debe de traer de importancia. Entrò el Correo sudando, y affustado; y sacando vn pliego del feno, le puso en las manos de el Governador, y Sancho le puso en las del Mayordomo, á quien mandò leyefse el fobrefcrito, que dezia afsi: A Don Sancho Pança, Governador de la Infala Barataria, en su propia mano, ò en las de su Secretario. Oyendo lo qual Sancho, dixo: Quien es aquí mi Secretario? Y vno de los que presentes estavan, respondió: Yo, señor, porque sé leer, y efcribir, y soy Vizcayno. Con efa añadidura (dixo Sancho) bien podeis fer Secretario del mismo Emperador; abrid esse pliego, y mirad lo que dize. Hizolo afsi el recién nacido Secretario; y aviendo leído lo que dezia, dixo, que era negocio para tratarle á folas. Mandò Sancho despejar la sala, y que no quedaffen en ella fino el Mayordomo, y el Maestresala, y los demás, y el Medico se fueron, y luego el Secre-

tario leyò la carta , que afsi dezia:

A mi noticia ha llegado, señor Don Sancho Pança, que vnos enemigos mios, y de esta Infula han de dár vn affalto furioso, no sè que noche, còviene velar, y estár alerta, porque no le tomen desapercebido: Sè tambien por espías verdaderas, que han entrado en esse Lugar quatro personas disfraçadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio, abrid el ojo, y mirad quien llega à hablaros, y no comais de cosa q̄ os presentaré, yo tendré cuydado de socorremos, si os vieredes en trabajo, y en todo hareis como se espera de vuestro entendimiento. Deste Lugar à 16. de Agosto, à las 4. de la mañana. Vuestro amigo el Duque. Quedò atonito Sancho, y mostraron quedarlo afsimèsmo los circustantes; y bolviendose al mayordomo, le dixo: Lo que aora se ha de hazer, y ha de ser luego, es meter en vn calabozo al Doctor Rezio, porque si alguno me ha de matar, ha de ser el, y de muerte admínicula y pésima, como es la de hambre. Tambien dixo el Maestresala: Me parece à mi, que vuestra merced no coma de todo lo que està en esta mesa, porque lo han presentado vnas Monjas: y como suele dezirse, detrás de la Cruz esta el diablo. No lo niego (respondiò Sancho) y por aora denme vn pedazo de pan, y obra de quatro libras de vbas, que en ellas no podrá venir veneno, porque enefeto no puedo passar sin comer; y si es que hemos de estar prompts para estas batallas que nos amenazan, menester serà estar bien mantenidos, porque tripas llevan coraçon, que no coraçon tri-

pas. Y vos, Secretario, responded al Duque mi señor, y dezidle, que se cumplirá lo que manda, como lo manda, sin faltar punto; y dareis de mi parte vn besamanos à mi señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de embiar con vn propio mi carta, y mi lio à mi muger Teresa Pança, que en ello recibirè mucha merced, y tendrè cuydado de escribirla con todo lo que mis fuerças alcançaren: y de camino podeis encaxar vn besamanos à mi señor Don Quixote de la Mancha, porque vea que foy pan agracido; y vos como buen Secretario, y como buen Vizcayno podeis añadir todo lo que quisieredes, y mas viniere à cuento: y alçense estos manteles, y denme à mi de comer, que yo me avendrè con quantas espías, y matadores, y encantadores vinieren sobre mi, y sobre mi Infula. En esto entrò vn page, y dixo: Aquí està vn labrador negociante, que quiere hablar à vuestra Señoria en vn negocio, segun èl dize, de mucha importancia. Extraño caso es este (dixo Sancho) de estos negociantes; es posible que sean tan necios, que no echen de ver, que semejantes horas como estas no son en las que han de venir à negociar; por ventura los que governamos, los que somos Juezes, no somos hombres de carne, y de hueso, y que es menester que nos dexen descansar el tiempo q̄ la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra marmol? Por Dios, y en mi conciencia, que si me dura el Gobierno (que no durarà, que segun se me trasluzze) que yo ponga en pretina à mas

de vn negociante. Aora dezid à esse buen hombre que entre ; pero adviertase primero no sea alguno de los espías , ò matador mio. No señor (respondió el page) porque parece vna alma de cantaro , y yo sè poco , ò è es tan bueno , como el buen pan : no ay que temer (dixo el Mayordomo) que aqui estamos todos. Seria posible (dixo Sancho) Maestresala , que aora que no està aqui el Doctor Pedro Rezio , que comièssè yo alguna cosa de peso , y de substancia , aunque fuesse vn pedazo de pan , y cebolla. Esta noche à la cena satisfarà la falta de la comida , y quedarà V. S. satisfecho , y pagado (dixo el Maestresala .) Dios lo haga (respondió Sancho) y en esto entrò el labrador , que era de muy buena presençia , y de mil leguas se le echava de vèr , que era bueno , y de buena alma. Lo primero que dixo fuè : *Quien es aqui el señor Governador ? Quien ha de ser* (respondió el Secretario) si no el que està sentado en la silla. Humillome , pues , à su presençia (dixo el labrador) y poniendose de rodillas , le pidió la mano para besarla : negòsela Sancho , y mandò , que se levantasse , y dixesse lo que quisièssè. Hizolo así el labrador , y luego dixo : Yo , señor , soy labrador , , natural de Miguel Turra , vn Lugar que que està dos leguas de Ciudad Real. Otro Tirta fuera tenemos (dixo Sancho) dezid , hermano , que lo que yo sè dezir que sè muy bien à Miguel Turra , y que no està muy lexos de mi pueblo. Es , pues , el caso , señor , prosiguiò el labrador , que yo por la misericordia de Dios soy casado , en paz , y en haz

de la Santa Iglesia Catholica Romana , tengo dos hijos estudiantes , que el menor estudia para Bachiller , y el mayor para Licenciado ; soy viudo , porque se murió mi muger , ò por mejor dezir , me la matò vn mal Medico , que la purgò estando preñada , y si Dios fuera servido que saliera à luz el parto , y fuera hijo , yo le pusiera à estudiar para Doctor , porque no tuviera embidia à sus hermanos el Bachiller , y el Licenciado. De modo (dixo Sancho) que si vuestra muger no huviera muerto , ò la huvieran uuerto , vos no fuerades aora viudo ? No , señor , en ninguna manera (respondió el labrador .) Medrados estamos (replicò Sancho ;) adelante , hermano , que es hora de dormir , mas que de negociar. Digo , pues , (dixo el labrador) que este mi hijo , que ha de ser Bachiller , se enamorò en el mismo pueblo de vna donzella , llamada Clara Perlerina , hija de Andrés Perlerino , labrador riquissimo , y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo , ni otra alcurnia , sino porque todos los de este linage son perlaticos , y por mejorar el nombre los llaman Perlerines , aunque si vâ à dezir la verdad , la donzella es como vna perla Oriental , mirada por el lado derecho , parece vna flor del campo ; por el izquierdo no tanto , porque la falta aquel ojo , q̄ se le saltò de viruelas ; y aunque los hoyos del rostro son muchos , y grandes , dicen los que la quieren bien , que aquellos no son hoyos , sino sepulturas , donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia , que por no ensuciar la cara , trae las narizes , como dicen ;

arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca; y con todo esto parece bien por estremo: porque tiene la boca grande, y à no faltale diez, ò doze dientes, y muelas, pudiera passar, y echar à raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que dezir, porque son tan fútiles, y delicados, que si se vsaran aspar labios, pudieran hazer de ellos vna madexa, pero como tiene diferente color de la que en los labios se vsa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul, y verde, y averengenado. Y perdoneme el señor Governador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin, al fin ha de ser mi hija, q̄ la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo q̄ quisieredes (dixo Sancho) que yo me voy recreando en la pintura; y si huviera comido, no huviera mejor postre para mi, que vuestro retrato. Esto tengo yo por servir (respondiò el Labrador;) pero tiempo vendrà en que seamos, si aora no somòs; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza, y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, à causa de que ella està goviada, y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo esto se echa bien de ver, que si se pudiera levantar, diera con la cabeça en el techo, y yà ella huviera dado la mano de esposa à mi Bachiller, sino que no la puede estender, que està añudada; y con todo en las viñas largas, y acanaladas se muestra su bondad, y buena hechura. Està bien (dixo Sancho) y hazed cuenta, hermano, que yà la

aveis pintado de los pies à la cabeça; què es lo que quereis aora, y venid al punto, sin rodeos, ni callejuelas, ni retazos, ni añadiduras? Querria, señor (respondiò el Labrador) que vuestra merced me hiziese merced de darme vna carta de favor para mi consuegro, suplicandole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de naturaleza; porque para dezir la verdad, señor Governador, mi hijo es endemoniado, y no ay dia, que tres, ò quatro vezes no le atormenten los malignos espiritus: y de aver caído vna vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos, y manantiales; pero tiene vna condicion de vn Angel, y sino es que se aporrea, y se da de puñadas èl mesmo à si mismo, fuera vn bendito. Quereis otra cosa, buen hombre? (replicò Sancho.) Otra cosa querria (dixo el Labrador) sino que no me atrevo à dezirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de pudrir en el pecho, pegue, ò no pegue. Digo, señor, que querria, que vuestra merced me diese trecientos, y seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi Bachiller, digo para ayuda de poner su casa; porque en fin han de vivir por si, sin estar sujetos à las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa (dixo Sancho) y no la dexeis de dezir por empacho, ni por verguença. No por cierto (respondiò el Labrador;) y apenas dixo esto, quando levantandose en piè el Governador, asió de la silla en que estava sentado, y dixo:

Voto

Voto à tal don patán , rustico , y mal mirado , que si no os apartais , y escondéis luego de mi presencia , que con esta silla os rompa , y abra la cabeça ; hi de puta vellaco , pintor del mismo demonio , y à estas horas te vienes à pedirme seiscientos ducados , y donde los tengo yo hediódo , y porqué te los avia de dar , aunque los tuviera , focarron , y mentecato ? Y qué se me dá à mi de Miguel Turra , ni de todo el linage de los Perlerines ? Vá de mi , digo , sino por vida del Duque mi señor , que haga lo que tengo dicho . Tu no debes de ser Miguel de Turra , siuo algun focarron , que para tentarme te ha embiado aqui el infierno . Dime , desalmado , aun no ha dia y medio que

tengo el Gobierno , y yá queres que tenga seiscientos ducados ? Hizole señas el Maestresala al labrador , que se saliesse de la sala , el qual lo hizo cabizbaxo , y al parecer temeroso de que el Governador no executasse su colera , que el vellacon supo hazer muy bien su officio ; pero dexemos con su colera à Sancho , y andese la paz en el coro , y bolvamos à Don Quixote , que le dexamos vendado el rostro , y curado de las gatefcas heridas , de las quales no sanó en ocho dias ; en vno de los quales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad , y brevedad , que suele contar las cosas desta historia , por minimas que sean .



CAP. XLVIII. *De lo que sucedió à Don Quixote con Doña Rodriguez, la Dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos, dignos de escritura, y de memoria eterna.*



A Demàs estava mohino, y melancolico el mal ferido Don Quixote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las vñas de vn gato, desdichas anexas à la Andante Cavalleria. Seis dias estuvo sin salir en publico; en vna noche de las quales, estando despierto, y desvelado, pensando en sus desgracias, y en el perseguimiento de Altisidora, sintió, que con vna llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginò, que la enamorada donzella venia para sobrefaltar su honestidad, y ponerle en

condicion de saltar à la feè que guardar debia à su señora Dulcinea del Toboso, no (dixo creyendo à su imaginacion, y esto con voz que pudiera ser oida) no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo dexé de adorarla, que tengo gravada, y estampada en la mitad de mi coraçon, y en lo mas escondido de mis entrañas: aora estès, señora mia, transformada en cebolluda Labradorà, como en Ninfa del dorado Tajo, texièdo telas de oro, y sirgo compuestas, aora te tnga Merlin, ò Montefinos, donde ellos

ellos quisieren , que adonde quiera eres mía, y a do quiera he sido yo, y he de ser tuyo. El acabar estas razones, y el abrir de la puerta fue todo vno. Pufose en piè sobre la cama, embuelto de arriba abaxo en vna colcha de raso amarillo , vna galocha en la cabeça, y el rostro , y los vigotes vendados ; el rostro, por los aruños; los vigotes, porque no se le desmayassen, y cayessen, en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantasma, que se pudiera pensar. Clavò los ojos en la puerta, y quando esperaba ver entrar por ella à la rendida, y lastimada Altisidora, viò entrar à vna reverendissima dueña cõ vnas tocas blancas, repulgadas, y lincagas, tanto que la cubrian, y enmantavan desde los pies à la cabeça. Entre los dedos de la mano izquierda traia vna media vela encendida, y con la derecha se hazia sombra, porque no le dieffe la luz en los ojos, à quien cubriã vnos muy grandes anteojos : venia pisando quedito , y movia los pies blandamente. Miròla Don Quixote desde su atalaya, y quando viò su adeliño , y notò su silencio, pensò que alguna bruxa, ò maga venia en aquel trage à hazer en èl alguna mala fechoria, y començò à fantiguarle con mucha priessa. Fuese llegando la vision, y quando llegò à la mitad del aposento, alçò los ojos , y viò la priessa con que se estava haziendo cruces Don Quixote; y si èl quedò medroso en ver tal figura , ella quedè espantada en ver la fuya ; porque assi como le viò tan alto, y tan amarillo con la colcha , y con las vendas, que le disfiguravan , diò vna gran voz, diziendo: Jesus, què es lo que veo?

y con el sobrefalto se le cayò la vela de las manos: viendose à ecuras, bolviò las espaldas para irse, y con el miedo tropezò en sus faldas, y diò consigo vna gran caída. Don Quixote temeroso, començò à dezir : Conjurote fantasma, ò lo que eres, q̄ me digas quien eres, y que me digas, què es lo que de mi quieres ? Si eres alma en pena, dime lo, que yo harè por ti todo quanto mis fuerças alcanzaren , porque soy Catolico Christiano, y amigo de hazer bien à todo el mundo, que para esto tomè la Orden de la Cavalleria andante que professo (cuyo officio aun hasta hazer bien à las animas del Purgatorio se estiende.) La bramada dueña, que oyò conjurarse , por su temor colligiò el de Don Quixote, y con voz affligida, y baxa , le respondiò : Señor Don Quixote (si es que acafo vuestra merced es Don Quixote) yo no soy fantasma , ni vision , ni anima de Purgatorio, como vuestra merced debe de aver pensado, sino Doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa , que con vna necesidad de aquellas que v. m. suele remediar, à v. m. vengo. Digame señora Doña Rodriguez (dixo Don Quixote) por ventura viene vuestra merced à hazer alguna terceria ? Porque le hago saber, que no soy de provecho para nadie, merced à la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, enñã, señora Doña Rodriguez , que como vuestra merced salve, y dexè à vna parte todo recado amoroso, puede bolver à encender su vela, y buelva, y despartirèmos de todo lo que mas mandare, y mas en gusto le viniere, salvado, como

digo , todo incitativo melindre. Yo recado de nadie ? señor mio (respondió la dueña ,) mal conoce vuestra merced , si que aun no estoy en edad tan prolongada , que me acoja à semejantes niñerías , pues Dios loado mi alma me tengo en las carnes , y todos mis dientes , y muelas en la boca , amen de vnos pocos que me han vsurpado vnos catarros , que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios : pero espere me vuestra merced vn poco , saldrè à encender mi vela , y bolverè en vn instante à contar mis cuytas , como à remediador de todas las de el mundo ; y sin esperar respuesta se salió del aposento , donde quedò Don Quixote sossegado , y pensativo esperandola ; pero luego le sobrevinieron mil pèsamientos acerca de aquella nueva aventura , y pareciale ser mal hecho , y peor pensado , ponerse en peligro de romper à su señora la fee prometida ; y deziafe à si mismo : quien sabe si el diablo , que es sutil , y mañoso , querrà engañarme agora con vna dueña , lo que no ha podido con Emperatrizes , Reynas , Duquesas , Marquesas , ni Condesas , que yo he oïdo dezir muchas vezes , y à muchos discretos ; que si èl puede , antes os la darà roma , que aguileña ? y quien sabe si esta soledad , esta ocasion , y este silencio despertará mis deseos que duermen , y harán que al cabo de mis años venga à caer donde nunca he tropezado , y en casos semejantes , mejor es huir que esperar la batalla : pero yo no devo de estar en mi juyzio , pues tales disparates digo , y pienso , que no es posible que vna dueña toquiblanca , larga , y auto-

Part. II.

juna , puede mover , ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho de el mundo : por ventura ay dueña en la tierra , que tenga buenas carnes ? Por ventura ay dueña en el Orbe , que dexè de ser impertinente , funcida , y melindrosa ? A fuera , pues , caterba dueñesca , invtil para ningun humano regalo . O quan bien hazia aquella señora , de quien se dizè , que tenia dos dueñas de bulto con sus anteojos , y almohadillas al cabo de su estrado , como que estavan labrando , y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas , como las dueñas verdaderas ! y diziendo esto se arrojò de el lecho , con intencion de cerrar la puerta , y no dexar entrar à la señora Rodriguez ; mas quando la llegò à cerrar , yà la señora Rodriguez bolvia , encendida vna vela de cera blanca , y quando ella viò à Don Quixote de mas cerca embuelto en la colcha , con las vendas , galochas , ò becoquin , temió de nuevo , y retirandose atrás como dos pasos , dixo : Estamos seguras , señor Cavallero ? porque no tengo à muy honesta señal averse vuestra merced levantado de su lecho . Esto mismo es bien que yo pregunte (respondió Don Quixote ;) y assi pregunto , si estarè yo seguro de ser acometido , y forçado . De quien , ò à quien pedis , señor Cavallero , essa seguridad ? respondió la dueña . A vos , y de vos la pido (replicò Don Quixote ,) porque , ni soy de marmol , ni vos de bronce , ni aora son las diez del dia , si no media noche , y aun va poco mas , segun imagino , y en vna estancia mas cerrada , y

Q

fe-

secreta, que lo devió de ser la cueva donde el traïdor, y atrevido Eneas gozò à la hermosa, y piadosa Dido; pero dadme seïera la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor, que la de mi continencia, y recato, y la que ofrecen estas reverendísimas tocas; y diciendo esto, besò su derecha mano, y le asió de la fuya, que ella le diò con las mismas ceremonias. Aqui haze Cide Hamete vn parentís, y dize, que por Mahoma, que diera por ver ir à los dos así asidos, y travados desde la puerta al lecho la mejor almalfaca de dos que tenia. Entròse en fin Don Quixote en su lecho, y quedòse Doña Rodriguez sentada en vna silla, algo desviada de la cama, no quitandòse los anteojos, ni la vela. Don Quixote se acorruçò, y se cubriò todo, no dexando mas del rostro descubierto; y aviendòse los dos sefegado, el primero que rompiò el silencio fue Don Quixote, diciendo: Puede v.m. aorami señora Doña Rodriguez descoferse, y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado coraçon, y lastimadas entrañas, que sera de mi escuchada con castos oïdos, y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo, respondiò la dueña, que de la gétil, y agradable preféncia de v.m. no se podia esperar sino tan Christiana respuesta. Es, pues, el caso, señor Don Quixote, que aunque vuestra merced me ve sentada en esta silla, y en la mitad del Reyno de Aragon, y en habito de dueña aniquilada, y assendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage que atraviesan por èl muchos de los mejores de aquella Provincia;

pero mi poca suerte, y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber como, ni como no, me traxeron à la Corte à Madrid, donde por bien de paz, y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron à servir de donçella de labor à vna principal señora, y quiero hazerle sabidor à vuestra merced, que en hazer bainillas, y labor blanca, ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dexaron sirviendo, y se bolvieron à su tierra, y de allí à pocos años se devieron de ir al Cielo, porque eran además buenos, y Catolicos Christianos: quedè huerfana, y atendida al miserable salario, y à las angustiadas mercedes que à las tales criadas se suelen dàr en Palacio, y en este tiempo, sin que dièse yo ocasion à ello, se enamorò de mi vn escudero de casa, hombre yà en dias, barbado, y aperfonado, y sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era Montañès. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen à noticia de mi señora, la qual por escusar dimes, y diretes, nos casò en paz, y en haz de la Santa Madre Iglesia Católica Romana, de cuyo matrimonio nació vna hija, para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriesse del parto, que le tuve derecho, y en sazón, sino porque desde allí à poco muriò mi esposo de vn cierto espanto que tuvo, que à tener aora lugar para contarle, yo sè que vuestra merced se admirara; y en esto començò à llorar tiernamente, y dixo: Perdoneme vuestra merced, señor Don Quixote, que

no và más en mi mano; porque todas las vezes que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de las lagrimas. Valgame Dios, y con qué autoridad llevava à mi señora à las ancas de vna poderosa mula negra como el mismo azabache, que entonces no se vsavan coches, ni sillas, como aora dizen que se vsan; y las señoras iban à las ancas de sus escuderos: esto à lo menos no puedo dexar de contar, porque se note la criança, y puntualidad de mi buen marido. Al entrar en la calle de Santiago, en Madrid, que es algo estrecha, venia à salir por ella vn Alcalde de Corte, con dos Alguaciles delante; y así como mi buen escudero le viò, bolviò las riendas à la mula, dando señal de bolver à acompañarle; mi señora, que iba à las ancas, con voz baxa le dezia: *Què hazeis desventurado, no veis que voy aqui?* El Alcalde de comedido detuvo las riendas al cavallo, y dixole: *Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que devo acompañar à mi señora Doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiava mi marido con la gorra en la mano à querer ir acompañando al Alcalde. Viendo lo qual mi señora, llena de colera, y enojo, sacò vn alfiler gordo, ò creo que vn punçon del estuche, y clavòsele por los lomos, de manera, que mi marido diò vna grau voz, y torciò el caerpò de suerte, que diò con su señora en el suelo. Acudierò dos lacayos a levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde, y los Alguaciles. Alborotòse la puerta de Guadalaxara, digo la gente valdia que en ella estava. Niñose à pie mi ama, y mi marido*

Part. II.

acudiò en casa de vn barbero, diziendo, que llevava passadas de parte à parte las entrañas. Divulgòse la cortesia de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrían por las calles, y por esto, y porque èl era algun tanto corto de vista, mi señora la Duquesa le despidiò; de cuyo pesar sin duda tengo para mi que se le causò el mal de la muerte. Quedè yo viuda, y desamparada, con hija à cuestras, que iba creciendo en hermosura, como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviesse fama de gran labradora, mi señora la Duquesa, que estava recién casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo à este Reyno de Aragon, y à mi hija, ni mas, ni menos, adonde yendo dias, y viniendo dias, creciò mi hija, y con ella todo el donayre de el mundo; canta como vna calandria, dança como el pensamiento, bayla como vna perdida: lee, y escribe como vn Maestro de escuela, y cuenta como vn avariento: de su limpieça no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y deve de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses, y tres dias, vno mas à menos. En resolucion, de esta mi muchacha se enamorò vn hijo de vn labrador riquissimo, que està en vna Aldea del Duque mi señor, no muy lexos de aqui. Enefeto, no se como, ni como no, ellos se juntaron, y debaxo de la palabra de fer su esposo burlo à mi hija, y no se la quiere cumplir. Y aun que el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado à èl, no vna, sino mu-

Q 2

chas

chas vezes , y pedidole mande , que el tal labrador se case con mi hija , haze orejas de mercader , y apenas quiere oirme , y es la causa , que como el padre del burlador es tan rico , y le presta dineros , y le sale por fiador de sus trampas por momentos , no le quiere descontentar , ni dar pesadumbres en ningun modo. Querria , pues , señor mio , que vuestra merced tomase à cargo el deshazer este agravio , ò yà por ruegos , ò yà por armas ; pues segun todo el mundo dize , vuestra merced nació en el para deshazerlos , y para enderezar los tuertos , y amparar los miserables , y pongasele à vuestra merced por delante la horfandad de mi hija , su gentileza , su mocedad , con todas las buenas partes que he dicho que tiene , que en Dios , y en mi conciencia , que de quantas doncellas tiene mi señora , que no ay ninguna que llegue à la suela de su zapato : y que vna que llaman Altisidora , que es la que tienen por mas desembuelta , y gallarda , puesta en comparacion de mi hija , no la llega con dos leguas ; porque quiero que sepa vuestra merced señor mio , que no es todo oro lo que reluze , porque esta Altisidorrilla tiene mas de presumpcion , que de hermosura ; y mas de desembuelta , que de recogida : además , que no està muy sana , que tiene vn cierto aliento causado , que no ay sufrir el estar junto à ella vn momento , y aun mi señora la Duquesa , quiero callar , que se suele dezir , que las paredes tienen oidos. Que tiene mi señora la Duquesa por vida mia , señora Doña Rodriguez ? preguntò Don Quixote.

Con esse conjuro , respondiò la dueña ; no puedo dexar de responder à lo que se me preguuta con toda verdad. Vè vuestra merced , señor Don Quixote , la hermosura de mi señora la Duquesa , aquella tez de rostro , que no parece sino de vna espada acicalada , y tersa , aquellas dos mexillas de leche ; y de carmin ; que en la vna tiene el Sol , y en la otra la Luna ; y aquella gallardia con que và pisando , y aun despreciando el suelo , que no parece sino que và derramando salud donde passa. Pues sepa vuestra merced , que lo puede agradecer primero à Dios , y luego à dos fuentes que tiene en las dos piernas , por donde se desagua todo el mal humor , de quien dicen los Medicos que està llena. Santa Maria , dixo Don Quixote , y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos ? No lo creyera si me lo dixeran frayles Descalços ; pero pues la señora Doña Rodriguez lo dize , deve de ser así : pero tales fuentes , y en tales lugares no deven de manar humor , sino ambar liquido. Verdaderamente que aora acabo de creer , que esto de hazerse fuentes deve de ser cosa importante para la salud. Apenas acabò Don Quixote de dezir estas razones , quando con vn gran golpe abrieron las puertas del aposento , y del sobresalto del golpe se le cayò à Doña Rodriguez la vela de la mano , y quedò la estancia como boca de lobo , como suele dezirse , y luego finitiò la pobre dueña ; que la atian de la garganta con dos manos tan fuertemente , que no la dexavan ganir , y que otra persona con mucha pres-

teza, sin hablar palabra le alçava las faldas, y con vna, al parecer, chinela le començò à dâr tantos açotes, que era vna compafsion; y aunque Don Quixote se la tenia, no se meneava del lecho, y no sabia que podia ser aquello, y citavase quedo, y callando, y aun temiendo no viniesse por el la tunda, y tunda açotesca: y no fuè vano su temor, porque en dexando molida à la dueña los callados verdugos (la qual no offava quejarse (acudieron à Don Quixote, y defembolviendole de la sabana, y de la colcha, le pellizcaban tan à menudo, y tan reciamente, que no pudo dexar de defenderse à puñadas; y todo esto en silencio admirable: durò la batalla casi media hora, salieronse las fantasmas, recogió Doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se faliò por la puerta à fuera, sin dezir palabra à Don Quixote, el qual doloroso, y pellizcado, confuso, y pensativo, se quedò solo, donde le dexaremos deseoso de saber quien avia sido el perverso encantador que tal le avia puesto; pero ello se dirà à su tiempo, que Sancho Pança nos llama, y el buen concierto de la hitoria lo pide.

CAP. XLIX. *De lo que le sucedió à Sancho Pança rondando su Infula.*

DExamos al gran Governador enojado, y mohino con el labrador pintor, y focarron, el qual industriado del Mayordomo, y el Mayordomo del Duque, se burlavan de Sancho; pero el se las tenia tieffas à todas, ma-

Part. II.

guera tonto, bronco, y rollizò, y dixo à los que con el estavan, y al Doctor Pedro Rezio, que como se acabò el secreto de la carta del Duque avia buuelto à entrar en la sala: Aora verdaderamente que entiendo, que los Juezes, y Governadores deben de ser, ò han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que à todas horas, à todos tiempos quieren que los escuchen, y despachen, atendiendo solo à su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del Juez no los escucha, y despacha, ò porque no puede, ò porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego les maldizen, y marmuran, y les roen los huesos, y aun deslindan los linages. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazón, y coyuntura para negociar; no vengas à la hora de el comer, ni à la de el dormir, que los Juezes son de carne, y hueso, y han de dâr à la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo que no le doy de comer à la mia, merced al señor Doctor Pedro Rezio Tirteafuera, que està delante, que quiere que muera de hambre, y afirma, que esta muerte es vida, que afsi se la dè Dios à el, y à todos los de su ralea, digo à la de los malos Medicos, que la de los buenos, palmas, y lauros merecen. Todos los que conocian à Sancho Pança se admiravan, oyendole hablar tan elegantemente, y no sabian à què atribuirlo, sino à que los officios, y cargos graves, ò adoban, ò entorpecen los entendimientos. Finalmente, el Doctor Pedro Rezio Agnero de Tirteafuera

Q3.

pro-

prometiò de darle de cenar aquella noche, aunque excediesse de todos los Aforismos de Hipocrates. Con esto quedò contento el Governador, y esperaba con grande ansia llegasse la noche, y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estava quedo, sin moverse de vn lugar, todavia se llegó por èl tanto deseado, donde le dieron de cenar vn salpicon de vaca cõ cebolla, y vnas manos cozidas de ternera, algo entrada en dias: entregòse en todo con mas gusto, que si le huvieran dado francolines de Milàn, fayfanes de Roma, ternera de Sorrento, perdizes de Moròn, ò ganfos de Lavajos: y entre la cena, bolviendose al Doctor, le dixo: Mirad, señor Doctor, de aquí adelante no os cureis de darne à comer cosas regaladas, ni manjares exquisitos, porque serà facar à mi estomago de sus quicios, el qual està acostumbraido à cabra, ò vaca, à tozito, à cecina, à nabos, y à cebollas; y si acaso le dãn otros manjares de Palacio, los recibe con melindre, y algunas vezes con afco: lo que el Maestresala puede hazer, es, traerme estas que llaman hollas podridas, que mientras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular, y encerrar todo lo que èl quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradecerè, y se lo pagarè algun dias: y no se burle nadie conmigo, porque, ò somos, ò no somos: vivamos todos, y comamos en buena paz compañia, pues quando Dios amanece, para todos manece: yo gobernarè esta Insula sin perdonar derecho, ni llevar cohecho, y todo el mundo trayga el ojo alerta, y mire por el vigote: porque les hago

haber, que el diablo està en Cantillana, y que si me dãn ocasion, han de ver maravillas, ò sino hazeos de miel, y comeroshan moscas. Por cierto, señor Governador (dixo el Maestresala) que vuestra merced tiene mucha razon en quanto ha dicho, y que yo ofrezco, en nombre de todos los Insulanos de esta Insula, que han de servir à vuestra merced con toda puntualidad, amor, y benevolencia; porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuestra merced ha dado, no les dà lugar de hazer, ni de pensar cosa, que en deservicio de vuestra merced redunde. Yo lo creo (respondiò Sancho) y serian ellos vnos necios, si otra cosa hiziesen, ò pensassen; y vuelvo à dezir, que se tenga cuydado con mi sustento, y con el de mi ruzio, que es lo que en este negocio importa, y haze mas al caso; y en siendo hora, vamos à rondar, que es mi intencion limpiar esta Insula de todo genero de inmundicia, y de gente vagamunda, holgaçana, y mal entretenida: porque quiero que sepais, amigos, que la gente valdia, y perezosa es en la Republica lo mismo que los zanganos en las colmenas, que se comen la miel, que las trabajadoras abejas hazen: pienso favorecer à los labradores, guardar sus preeminencias à los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto à la Religion, y à la honra de los Religiosos. Què os parece de esto amigos? Digo algo, ò quiebro me la cabeça? Dize tanto vuestra merced, señor Governador, (dixo el Maestresala) que estoy admirado de ver, que vn hombre tan sin letras, como vuestra merced, que à lo que creo, no

tiera.

tiene ninguna, diga tales, y tantas cosas llenas de sentencias, y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuestra merced esperavan los que nos embiaron, y los que aqui venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo, las burlas se buelen en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegò la noche, y cenò el Governador, con licencia del señor Doctor Rezio. Aderezaronse de ronda, saliò con el Mayordomo, Secretario, y Maestresala, y el Coronista que tenia cuydado de poner en memoria sus hechos, y Alguaciles, y Escrivanos, tantos, que podian formar vn mediano esquadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no avia mas que ver; y pocas calles andadas del Lugar, sintieron ruydo de cuchilladas, acudieron allà, y hallaron, que eran solos dos hombres los que reñian, los quales viendo venir la Justicia, se estuvieron quedos, y el vno de ellos dixo: Aqui de Dios, y del Rey, como, y que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salgan à saltar en la mitad de las calles? Sofregaos, hombre de bien (dixo Sancho) y contadme, què es la causa desta pendencia, que yo soy el Governador. El otro còtrario dixo: Señor Governador yo la dirè con toda brevedad: V. m. sabrà que este gentilhombre acaba de ganar aora en esta casa de juego, que està aqui frontero, mas de mil reales, y sabe Dios como, y hallandome yo presente, juzguè mas de vna suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictava la conciencia; alçòse con la ganàcia, y quando esperaba que me avia de dar algun escudo por lo

Part. II.

menos de barato, como es vso, y costumbre darle à los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien, y mal passar, para apoyar sinrazones, y evitar pendencias. El embolsò su dinero, y se saliò de la casa, yo vine despechado tras èl, y con buenas, y corteses palabras le he pedido, que me diese si quiera ocho reales, pues sabe q̄ yo soy hombre hórado, y no tengo oficio, ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron, ni me le dexaron; y el focarron, que no es mas ladron que Caco, ni mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de quatro reales, porque vea v. m. señor Governador, que poca verguença, y que poca conciencia; pero afee que si v. m. no llegàra, que yo le hiziera bomitar la ganancia, y que avia de saber con quantas entrava la Romana. Què dezis vos à esto? (preguntò Sancho.) Y el otro respondiò, que era verdad quanto su contrario dezia, y no avia querido darle mas de quatro reales, porque se los dava muchas vezes, y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si yà no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado, y que para señal que era hombre de bien, y no ladron, como dezia, ninguna avia mayor, que el no averle querido dàr nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Así es (dixo el Mayordomo) vea vuestra merced, señor Governador, que es lo que se ha de hazer de estos hombres. Lo que se ha de hazer es esto (respon-

dio Sancho: Vos ganancioso, bueno, ò malo, ò diferente, dad luego à este vuestro acuchillador cien reales, y mas aveis de desembolsar treinta para los pobres de la carcel, y vos que no tenéis oficio, ni beneficio, y andáis de nones en esta Infula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid de esta Infula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantaredes, los cumplais en la otra vida, colgandoos yo de vna picota, ò à lo menos de verdugo por mi mandado, y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsò el vno, recibió el otro; este salió de la Infula, ya quel se fue à su casa, y el Governador quedò diciendo: Ahora yo podrè poco, ò quitarè estas casas de juego, que à mi se me trasluze que son muy perjudiciales. Esta à lo menos (dixo el Escrivano) no la podrà vuestra merced quitar, porque la tiene vn gran personage, y mas es sin comparacion lo que èl pierde al año, que lo que saca de los naypes: contra otros gariteros de menor quantia podrà vuestra merced mostrar su poder, que son los que mas daño hazen, y mas insoléncias encubren, que en las casas de los Cavalleros principales, y de los señores, no se atreven los famosos fulleros à vsar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha buuelto en exercicio comun, mejor es que juegen en casas principales, q̄ no en la de algun oficial, donde cogen à vn desdichado de mediã noche abaxo, y le desnellan vivo. Ahora, Escrivano, (dixo Sãcho) yo sè que ay mucho que dezir en esto. Y en esto llego vn corchete, que traia afsido à vn moço, y dixo: Señor Governador,

este mancebo venia àzia nosotros, y así como columbrò la justicia, bolviò las espaldas, y començò à correr como vn gamo, señal que debe de ser algun delinquente. Yo partì tras èl, y sino fuera porque tropezò, y cayò, no le alcançara jamás. Porquè huías, hóbte? (preguntò Sancho.) A lo que el moço respondió: Señor, por escusar de respóder à las muchas preguntas que las justicias hazen: que oficio tienes? Tenedor. Y que texes? Hierros de lanças, con licencia buena de vuestra merced. Gracioso me fois, de chocarrero os picais, està bien. Y adonde ibades agora? Señor, à tomar el ayre. Y adonde se toma el ayre en esta Infula? Adonde sopla. Bueno, respondeis muy à proposito, discreto fois, mancebo; pero hazed cuenta que yo soy el ayre, y que os soplo en popa, y os encamino à la carcel. Afidle, ola, y llevadle, que yo harè que duerma alli sin ayre esta noche. Par Dios (dixo el moço) así me harà v.m. dormir en la carcel, como hazerme Rey. Pues porquè no te harè dormir en la carcel (respondiò Sancho?) no tengo yo poder para prenderte, y soltarte cada, y quando que quisiere? Por mas poder que v.m. tenga (dixo el moço) no serà bastante para hazerme dormir en la carcel. Como que no? (repliquò Sancho:) llevadle luego, donde verà por sus ojos el defengaño, aunque mas el Alcayde quiera vsar con èl de su interesal libertad, que yo le pondrè pena de dos mil ducados, si te dexa salir vn passo de la carcel. Todo esto es cosa de risa (respondiò el moço;) el caso es, que no me haràn dormir en la carcel quantos oy viven. Dime, demonio (dixo

Sancho, tienes algun Angel que te fa- que , y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? Aora, señor Go- vernador (respondió el moço con muy buen donayre) estèmos à razon, y ven- gamos al punto. Presuponga v.m. que me manda llevar à la carcel , y que en ella me echas grillos, y cadenas, y que me meten en vn calabozo , y se le po- nen al Alcayde graves penas, si me dexa salir , y que èl lo cumple como se le manda ; con todo esso si yo no quiero dormir, y estarme dispierto to- da la noche, sin pegar pestaña , ferà vuestra merced bastante con todo su poder para hazerme dormir , si yo no quiero? No por cierto (dixo el Secre- tario) y el hombre ha salido con su in- tento. De modo (dixo Sancho) que no dexareis de dormir por otra cosa, que por vuestra voluntad, y no por contraveoir à la mia? No, señor, (dixo el moço) ni por pienso. Pues andad con Dios (dixo Sancho) idos à dormir à vuestra casa, y Dios os dè buen sueño, que yo no quiero quitarosle; pero acò- sejos, que de aqui adelante no os burleis con la Justicia, porque topareis con alguna que os dè con la burla en los calcos. Fuesse el moço, y el Go- vernador prosiguiò con su ronda, y de alli à poco vinieron dos corchetes, que traian à vn hombre asido , y dixeron: Señor Governador, este que parece hombre, no lo es; sino muger, y no sea, que viene vestida en habito de hom- bre. Llegaronle à los ojos dos, ò tres lanternas, à cuyas luzes descubrieron vn rostro de vna muger, al parecer de diez y seis, ò pocos mas años, re- cogidos los cabellos con vna redecilla

de oro, y seda verde, hermosa como mil perlas: miraronla de arriba aba- xo, y vieron que venia con vnas medias de seda encarnada, con ligas de tafetàn blanco, y rapacejos de oro, y al- jofar, los greguescos eran verdes, de tela de oro, y vna salta en barca, ò ro- pilla de lo mismo, suelta, debaxo de la qual traia vn jubon de tela finissima de oro, y blanco, y los çapatos eran blan- cos, y de hombre: no traia espada ce- ñida, sino vna riquissima daga, y en los dedos muchos, y muy buenos ani- llos. Finalmente, la moça parecia bien à todos, y ninguno la conociò de quantos la vieron, y los naturales de el lugar dixeron, que no podian pensar quien fuesse, y los confabido- res de las burlas que se avian de hazer à Sancho, fueron los que mas se admi- raron, porque aquel suceso, y ha- llazgo no venia ordenado por ellos, y afsi estavan dudosos, esperando en que pararia el caso. Sancho quedò pasma- do de la hermosura de la moça, y preguntòla quien era, adonde iba, y què ocasion la avia movido para ves- tirse en aquel habito? Ella prestò los ojos en tierra, con honestissima ver- guença, respondió: No puedo, señor, de- zir tau en publico lo que tanto me im- portava fuera secreto; vna cosa quie- ro que se entienda, que no soy ladrona, ni persona facinerosa, sino vna don- zella desdichada, à quien la fuerça de vnos zelos ha hecho romper el deco- ro, que à la honestidad se debe. Oyen- do esto el Mayordomo, dixo à Sancho: Haga, señor Governador, apartar la gente, porque esta señora con me- nos empacho pueda dezir lo que qui-
ere

siere: mandòlo así el Governador, apartandose todos, sino fueron el Mayordomo, Maestresala, y el Secretario. Viendose, pues, solos, la donzella profinguiò, diciendo: Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, Arrendador de las lanas de este Lugar, el qual fuele muchas vezes ir en casa de mi padre. Eflo no lleva camino (dixo el Mayordomo) señora, porque yo conozco muy bien à Pedro Perez, y sè que no tiene hijo ninguno varon, ni hembra: y mas, que dezis q̄ es vuestro padre, y luego añadis, què fuele ir machas vezes en casa de vuestro padre. Yà yo avia dado en ello (dixo Sancho.) Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sè lo que me digo (respondiò la donzella;) pero la verdad es, que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuestras mercedes deben de conocer. Aun effo lleva camino (respondiò el Mayordomo) que yo conozco à Diego de la Llana, y sè q̄ es vn hidalgo principal, y rico, y que tiene vn hijo, y vna hija, y que despues que embiudò, no ha avido nadie en todo este Lugar, que pueda dezir que a visto el rostro de su hija, que la tiene encerrada, que no dà lugar al Sol que la vea, y con todo esto la fama dice, que es en extremo hermosa. Así es la verdad (respondiò la donzella) y esta hija soy yo; si la fama miente, ò no en mi hermosura, ya os avreis, señores, defengañado, pues me aveis visto; y en esto començò à llorar tiernamente. Viendo lo qual el Secretario, se llegó al oido del Maestresala, y le dixo muy al oido: Sin duda alguna que à esta pobre donzella le debe de aver sucedido algo de importancia, pues en tal trage,

y à tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No ay dudar en effo (respondiò el Maestresala) y mas que essa sospecha la confirman sus lagrimas. Sancho la consolò con las mejores razones que èl supo, y le pidiò, que sin temor alguno les dixesse lo que le avia sucedido, que todos procurariã remediarlo con muchas veras, y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, (respondiò ella) que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que à mi madre come la tierra; en casa dizen Misa en vn rico Oratorio; y yo en todo este tiempo no he visto el Sol del Cielo de dia, y la Luna, y las Estrellas de noche, ni sè que son calles, plaças, ni Templos, ni aun hombre, fuera de mi padre, y de vn hermano mio, y de Pedro Perez el arrendador, q̄ por entrar de ordinario en mi casa, se me antojò dezir, que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento, y este negarme el salir de casa, siquiera à la Iglesia, ha muchos dias, y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, ò à lo menos el pueblo donde naciè pareciendome, que este deseo no iba cõtra el buen decoro que las donzellas principales deben guardar à sí mismas: quando oia dezir, que corriã toros, y jugavan cañas, y se representavan comedias, preguntava à mi hermano, que es vn año menor que yo, que me dixesse, què cosas eran aquellas, y otras muchas, que yo no he visto, èl me lo declarava por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi-

perdicion, digo, que yo roguè, y pedi à mi hermano, que nunca tal pidiera, ni tal rogara, y tornò à renovar el llanto. El Mayordomo la dixo: Profiga vuestra merced, señora, y acabe de dezirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen à todos suspensos sus palabras, y sus lagrimas. Pocas me quedan por dezir (respondiò la donzella) aunque muchas lagrimas si que llorar, porque los mal colocados defeos, no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Aviate sentado en el alma del Maestresala la belleza de la donzella, y llegò otra vez su lanterna para verla de nuevo, y pareciòle que no eran lagrimas las que llorava, sino aljofar, ò rozio de los prados, y aun las subia de punto, y las llegava à perlas Orientales, y estava deseando que su desgracia no fuesse tanta como davan à entender los indicios de su llanto, y de sus suspiros. Desesperavase el Governador de la tardança que tenia la moça en dilatar su historia, y dixola, que acabasse de no tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltava mucho que andar del pueblo. Ella entre rotos follozos, y mal formados suspiros, dixo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo roguè à mi hermano, que me vistiese en habito de hombre con vno de sus vestidos, y que me sacasse vna noche à ver todo el pueblo, quando nuestro padre durmiese, èl importunado de mis ruegos, condescendiò con mi deseo, y poniendome este vestido, y èl vistiendose otro mio, que le està como nacido, porque èl no tiene pelo de barba, y no parece sino vna dòzella hermosíssima. Esta no-

che debe de aver vna hora, poco mas, ò menos, nos salimos de casa, y guiados de nuestro moço, y desbaratado discurso hemos rodeado todo el pueblo, y quando queriamos bolver à casa, vimos venir vn gran tropèl de gente, y mi hermano me dixo: Hermana, esta debe de ser la ronda, aligera los pies, y pon alas en ellos, y vente tras mi corriendo, porque no nos conozcan, que nos ferà mal contado; y diziendo esto bolviò las espaldas, y començò, no digo à correr, sino à bolar: yo à menos de seis passos caì con el sobresalto, y entonces llegò el ministro de la justicia, que me traxo ante vuestras mercedes, à donde por mala, y antojadiza me veo avergonçada ante tanta gente. Enefeto, señora, (dixo Sancho) no os ha sucedido otro desmán alguno, ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dixisteis? No os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se estendia à mas que à ver las calles de este lugar, y acabò de confirmar ser verdad lo que la donzella dezia, llegar los corchetes con su hermano preso, à quien alcançò vno de ellos, quando se huyò de su hermana: no traia sino vn faldellin rico, y vna mantellina de damasco azul, con passamanos de oro fino; la cabeça sin toca, ni con otra cosa adornada, que con sus mismos cabellos, que eran fortijas de oro, segun eran rubios, y enrizados. Apartaronse con el Governador, Mayordomo, y Maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron como venia en aquel traje? Y èl, con no menos verguença, y empacho,

contò lo mesmo que su hermana avia contado, de que recibió gran gusto el enamorado Maestresala; pero el Governador les dixo: Por cierto, señores, que esta ha sido vna gran rapaceria, y para contar esta necesidad, y atrevimiento, no eran menester tantas largas, ni tantas lagrimas, y suspiros, que con dezir, somos fulano, y fulana, que nos salimos à espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos, y lleramicos, y darle. Así es la verdad (respondió la donzella;) pero sepan vuestras mercedes, que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dexado guardar el termino que debia. No se ha perdido nada (respondió Sancho:) vamos, y dexaremos à vuestras mercedes en casa de su padre, quizá no los avrà echado menos: y de aquí adelante no se muestren tan niños, ni tan deseosos de ver mundo, que la donzella honrada, la pierna quebrada, y en casa; y la muger, y la gallina, por andar se pierden aina; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas. El mancebo agradeciò al Governador la merced que queria hazerles de bolverlos à su casa; y así se encaminaron àzia ella, que no estava muy lexos de allí. Llegaron, pues, y tirando el hermano vna china à vna reja, al momento baxò vna criada, que los estava esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dexando à todos admirados, así de su gentileza, y hermosura, como del deseo que tenia, de ver mundo de noche, y sin salir del Lugar; pero todo

lo atribuyeron à su poca edad. Quedò el Maestresala traspassado su coraçon, y propuso de luego otro dia pedirlela por muger à su padre, teniendo por cierto, que no se la negaria, por ser el criado del Duque; y aun à Sancho le vinieron deseos, y barruntos de casar al moço con Sanchica su hija, y determinò de ponerlo en platica à su tiempo, dandose à entender, que à vna hija de vn Governador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabò la ròda de aquella noche, y de allí à dos dias el Gobierno, con que se desfroncaron, y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAP. L. Donde se declara quien fueron los encantadores, y verdugos que açotaron à la dueña, y pellizcaron, y arañaron à Don Quixote, con el suceso que tuvo el page que llevó la carta à Teresa Sancha, muger de Sancho Pança.

DIze Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los atomos de esta verdadera historia, que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su aposento para ir à la estancia de Don Quixote, otra dueña que con ella dormia lo sintió, y q̄ como todas las dueñas s̄o amigas de saber, entender, y oler, se fuè tras ella, con tanto silencio, que la buena Doña Rodriguez no lo echò de ver; y así como la dueña la viò entrar en la estancia de Don Quixote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fuè à poner en pico à su señora la Duquesa, de como
Do-

Doña Rodriguez quedava en el aposento de Don Quixote, la Duquesa se lo dixo al Duque, y le pidió licencia para que ella, y Altisidora viniesen à ver lo que aquella dueña, queria con Don Quixote; el Duque se la dió, y las dos con gran tieno, y folsiego passo ante passo llegaron à ponerse junto à la puerta de el aposento, y tan cerca, que oían todo lo que dentro hablaban, y quando oyò la Duquesa que Rodriguez avia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora: y así llenas de colera, y deseosas de vengança, entraron de golpe en el aposento, y acrivillaron à Don Quixote, y vapularon à la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que vàn derechas contra la hermosura, y presumpcion de las mugeres, despierta en ellas en gran manera la ira, y enciende el deseo de vengarse. Contò la Duquesa al Duque lo que le avia pasado, de lo que se holgò mucho, y la Duquesa proliguendo con su intencion de burlarse, y recibir passatiempo con Don Quixote, despachò al page que avia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenia bien olvidado Sancho con la ocupacion de su Gobierno, à Teresa Pança su muger, con la carta de su marido, y con otra suya, y con vna gran sarta de corales ricos presentados. Dize, pues, la historia, que el page era muy discreto, y agudo, y con deseo de servir à sus señores, partiò de muy buena gana al Lugar de Sancho, y antes de entrar en èl viò en vn arroyo estar lavando cantidad de mugeres, à quien preguntò, si

le sabrian dezir, si en aquel Lugar vivia vna muger, llamada Teresa Pança, muger de vn cierto Sancho Pança, escudero de vn Cavallero, llamado Don Quixote de la Mancha; à cuya pregunta se levantò en pie vna mozucla, que estava lavando, y dixo: Essa Teresa Pança es mi madre, y esse tal Sancho mi señor padre, y el tal Cavallero nuestro amo. Pues venid, donçella, dixo el page, y mostradme à vuestra madre, porque le traigo vna carta, y vn presente del tal vuestro padre. Esto harè yo de muy buena gana, señor mio, respondiò la moça, que mostrava fer de edad de catorze años, poco mas à menos, y dexando la ropa que lavava à otra compañera, sin tocarse, ni calçarse, que estava en piernas, y desgreñada, saltò delante de la cavalgadura del page, y dixo: Venga vuestra merced, que à la entrada del pueblo està nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena, por no aver sabido muchos dias ha de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dixo el page, que tiene que dàr bien gracias à Dios por ellas. Finalmente, saltando, corriendo, y brincando llegò al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa, dixo à voces desde la puerta: Salga madre Teresa, salga, salga, que viene aqui vn señor, que trae cartas, y otras cosas de mi buen padre, à cuyas voces saliò Teresa Pànça su madre, hilàdo vn poco de estopa, cò vna saya parda, parecia segù era de corta, q̄ se la avia cortado por vergòzoso lugar, con vn corpeçuelo asimismo pardo, y vna camisa de pechos: no era muy vieja, aunq̄ mostrava passar de los quarenta: pero fuerte, tiesa,

bebada, y aveñanada, la qual vieno lo á su hija, y al page á cavallo, le dixo: Què es esto niña, que señor es este? Es vn fervidor de mi señora Doña Teresa Pança (respondió el page,) y diziendo, y haziendo se arrojò del cavallo, y se fue con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diziendo: Deme vuestra merced sus manos mi señora Doña Teresa, bien así como muger legitima, y particular del señor Don Sancho Pança, Governador proprio de la Infula Barataria. Ay señor mio! quitese de ai, no haga esso (respondió Teresa) q̄ yo no soy nada palaciega, si no vna pobre labradora, hija de vn estripa terrones, y muger de vn escudero andante, y no de Governador alguno. Vuestra merced (respondió el page,) es muger digníssima de vn Governador archidigníssimo, y para prueba desta verdad reciba vuestra merced esta carta, y este presente, y sacò al instante de la faltriquera vna farta de corales con estremos de oro, y se la echò al cuello, y dixo: esta carta es del señor Governador, y otra que traigo, y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuestra merced me embia. Quedò pasmada Teresa, y su hija; ni mas, ni menos, y la muchacha dixo: q̄ me maten si no anda por aqui nuestro señor amo Don Quixote, que debe de aver dado á padre el Gobierno, ò Condado, que tantas vezes le avia prometido. Así es la verdad (respondió el page,) que por respeto de el señor Don Quixote, es aora el señor Sancho Governador de la Infula Barataria, como se verá por esta carta. Leamela vuestra merced, señor gentil hombre,

(dixo Teresa,) porque aunque yo sè hilar, no sè leer migaja, ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero esperenme aqui, que yo irè á llamar quien la lea, ora sea el Cura mesmo, ò el Bachiller Sanfon Carrasco, que vendrán de muy buena gana, por saber nuevas de mi padre. No ay para que se llame á nadie, que yo no sè hilar, pero sè leer, y la leerè, y así se la leyò toda, que por quedar yá referida, no se pone aqui: y luego sacò otra de la Duquesa, que dezia desta manera.

Amiga Teresa, las buenas partes de la bondad, y del ingenio de vuestro marido Sancho, me movieron, y obligaron á pedir á mi marido el Duque le diese vn Gobierno de vna Infula, de muchas que tiene: tengo noticia, que gobierna como vn girifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el Duque mi señor por el configuiente, por lo que doy muchas gracias al Cielo de no averme engañado en averle escogido para el tal Gobierno, porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla vn buen Governador en el mundo, y tal me haga á mi Dios, como Sancho gobierna: ai le embio, querida mia, vna farta de corales cõ estremos de oro: yo me holgàra, que fuera de perlas Orientales; pero quien te dá el huevo, no te querria ver muerta, tièpo vendrà en que nos conozcamos, y nos comuniquemos, y Dios sabe lo q̄ ferà. Encomiendeme á Sanchica su hija, y digala de mi parte, que se apareje, que la tengo de casar altamente, quando menos lo piense. Dizenme que en este Lugar ay bellotas gordas, embiame hasta dos dozenas, que las estimarè

en

en mucho , por ser de su mano , y escri-
vame largo , avisandome de su salud , y
de su biẽ estar ; y si huviere menester al-
guna cosa , no tiene que hazer mas que
boquear , que su boca serà medida : y
Dios me la guarde. De este Lugar , su
amiga que bien la quiere.

La Duquesa.

Ay ! dixo Teresa en oyendo la car-
ta , y quẽ buena , y quẽ llana , y quẽ hu-
milde seõora , con estas tales seõoras
me entierren à mi , y no las Hidalgas
que en este pueblo se vsan , que pien-
san que por ser hidalgas no las ha de
tocar el viento , y van à la Iglesia con
tanta fantasia , como si fuesen las mis-
mas Reynas , que no parecen , si no que
tienen à deshonra el mirar à vna la-
bradora , y veis aqui donde esta buena
seõora , con ser Duquesa , me llama
amiga , y me trata como si fuera su
igual , que igual la vea yo con el mas
alto campanario que ay en la Mancha :
y en lo que toca à las bellotas , seõor
mio , yo la embiarẽ à su Seõora vn cele-
min , que por gordas las pueden venir
à ver à la mira , y à la maravilla : y por
aora Sanchica , atiende à que se regale
este seõor , pon en orden este cavallo , y
faca de la cavalleriza huevos , y corta-
tozino adunia , y demosle de comer
como à vn Principe , que las buenas
nueyas que nos ha traïdo , y la buena
cara que el tiene lo merece todo , y en
tanto saldre yo à dar à mis vezinas las
nuevas de nuestro contento , al Padre
Cura , y à Maeste Nicolàs el barbero ,
que tan amigos son , y han sido de tu
padre. Si harẽ madre (respondiõ San-

chica ;) pero mire que me ha de dar la
mitad dessa sarta , que no tengo yo por
tan beba à mi seõora la Duquesa , que
se la avia de embiar à ella toda. Todo
es para ti hija (respondiõ Teresa ,) pe-
ro dexamela traer algunos dias al cue-
llo , que verdaderamente parece que
me alegra el coraçon. Tambien se ale-
graràn (dixo el page ,) quando vean el
lio que viene en este portamanteo , que
es vn vestido de paño finissimo , que el
governador solo vn dia llevò à caça , el
qual todo le embia para la seõora Saa-
chica : que me viva el mil años (respon-
diõ Sancha ,) y el que lo trae , ni mas ,
ni menos , y aun dos mil si fuere neces-
sidad. Saliõse en esto Teresa fuera de
casa con las cartas , y con la sarta al
cuello , y iba tañendo en las cartas , co-
mo si fuera en vn pandero , y encon-
trandose acaso con el Cura , y Sanson
Carrasco , començò à baylar , y dezir :
à fee , que aora que no ay pariente po-
bre , Governito tenemos , no si no to-
mese conmigo la mas pintada Hidal-
ga , que yo la pondrẽ como nueva. Quẽ
es esto Teresa Pança ? quẽ locuras son
estas , y quẽ papeles son estos ? No es
otra locura , si no que estas son cartas
de Duquesas , y de Governadores , y
estos que traygo al cuello son corales
finos , las Ave Marias , y los Padres
nuestros son de oro de martillo , y yo
soy Governadora. De Dios en ayusso
no os entendemos Teresa , ni sabemos
lo que os dezis. Ai lo podran ver ellos ,
(respondiõ Teresa ,) y diõles las car-
tas. Leyõlas el Cura de modo , que las
oyò Sanson Carrasco , y Sanson , y el
Cura se miraron el vno al otro , como
admirados de lo q' avia leydo. Y pre-
guntò.

guntò el Bachiller, quien avia traydo aquellas cartas? (respondiò Teresa,) que se vinièsse con ella à su casa, y verian al mensagero, que era vn mancebo como vn pino de oro, y que le traia otro presente, que valia mas de tanto. Quitòle el Cura los corales del cuello, y miròlos, y remiròlos, y certificandose, que eran finos, tornò à admirarse de nuevo, y dixo: Por el habito que tengo, que no sè que me diga, ni que mepiense destas cartas, y de estos presentes: por vna parte veo, y toco la fineza destes corales, y por otra leo, que vna Duquesa embia à pedir dos dozenas de bellotas. Aderecenme estas medidas, dixo entonces Carrasco: Aora bien, vamos à ver al portador deste pliego, que del nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hizieronlo asì, y bolviòse Teresa con ellos: hallaron al page crivando vn poco de cebada para su cavalgadura, y à Sàchica cortàdo vn torrezno para empedrarle con huevos, y dár de comer al page, cuya presencia, y buen adorno contentò mucho à los dos, y despues de averle saludado cortesmente, y èl à ellos, le preguntò Sancho, les dixesse nuevas, asì de Don Quixote, como de Sancho Pança, que puesto que avian leydo las cartas de Sancho, y de la señora Duquesa, todavia estavan confusos, y no acabavan de atinar, que seria aquello del Gobierno de Sancho, y mas de vna Insula, siendo todas, ò las mas que ay en el mar Mediterraneo de su Magestad. A lo que el page respondiò. De que el señor Sancho Pança sea Gobernador, no ay que dudar en ello, de que sea Insula, ò no la que gobier-

na, en esto no me entrometo; pero basta que sea vn lugar demàs de mil vezinos: y en quanto à lo de las bellotas, digo q̄ mi señora la Duquesa estan llana, y tan humilde, q̄ no digo el embiar à pedir bellotas à vna labradora; pero q̄ le acontecia embiar à pedir vn peyne prestado à vna vezina fuya; porque quiero que sepan vuestras mercedes, que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas, y levantadas como las señoras Castellanas, con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas plasticas, saltò Sanchica con vn halda de huevos, y preguntò al page: Digame señor, mi señor padre trae por ventura calças atacadas, despues que es Gobernador? No he mirado en ello (respondiò el page;) pero si debe de traer. Ay Dios mio (replicò Sanchica) y que será de ver à mi padre con pedorreras: no es bueno, si no que desde que naci tengo desseo de ver à mi padre con calças atacadas. Como con estas cosas le verá v. m. si vive (respondiò el page.) Par Dios, terminos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el Cura, y el Bachiller, que el page habiava focarronamente; pero la fineza de los corales, y el vestido de caça que Sancho embiava lo deshazia todo, que yà Teresa les avia mostrado el vestido, y no dexaron de reirse del desseo de Sanchica, y mas quando Teresa dixo, señor Cura, eche cara por ai, si ay alguien que vaya à Madrid, ò à Toledo, para que compre vn verdagado redondo, hecho, y derecho, y sea al vfo, y de los mejores que huviere, que en

verdad, en verdad, que tengo de honrar el Gobierno de mi marido en quanto yo pudiere, y aunque si me enojo me tengo de ir à esta Corte, y echar vn coche, como todas, que la que tiene marido Gobernador, muy bien le puede traer, y sustentar. Y como, madre, dixo Sanchica, pluguiesse à Dios que fuesse antes oy que mañana, aunque dixessen los que me viesse ir sentada con mi señora madre en aquel coche: mirad la tal por qual, hija de aquel harto de ajos, y como và sentada, y tendida en el coche, como si fuera vna Papeta; pero pisen ellos los lodos, y andeme yo en mi coche, levantados los pies de el suelo, mal año, y mal mes para quantos murmuradores ay en el mundo; y ande ne yo caliente, y ríase la gente. Digo bien, madre mia? Dizes bien hija, respondió, todas estas venturas, y aun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho, y verás tu hija como no para hasta hazerme Condesa, que todo es començar à ser venturosas, (y como yo he oido dezir muchas vezes à tu buen padre, que assi como lo es tuyo, lo es de refranes) quando te dieren la vaquilla, corre con tu foguilla, quando te dieren vn Gobierno, cogele, quando te dieren vn Condado, agarrale, y quando te hizieren tus, tus con alguna buena dadiva, embasala: no si no dormios, y no respondais à las venturas, y buenas dichas que están llamando à la puerra de vuestra casa. Y que se me dà à mi (respondió Sanchica,) que diga el que quisiere, quando me vea entonada, y fantosiosa. vióse el perro en bragas de cer-

ro, y lo demás? Oyendo lo qual el Cura dixo: Yo no puedo creer, sino que todos los de este linage de los Panças, nacieron cada vno con vn costal de refranes en el cuerpo, ninguno de ellos he visto que no los derrame à todas horas, y en todas las platicas que tienen, Assi es la verdad, (dixo el page,) que el señor Gobernador Sancho, à cada passo las dize; y aunque muchos no vienen à proposito, todavia dan gusto, y mi señora la Duquesa, y el Duque los celebran mucho. Que todavia se afirma v. m. señor mio (dixo el Bachiller,) ser verdad esto de el gobierno de Sancho, y de que aya Duquesa en el mundo, que la embie presente, y la escriba, porque nosotros, aunque tocamos los presétes, y hemos leydo las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es vna de las cosas de Don Quixote nuestro compatriota, que todas pienso que son hechas por encantamento: y assi estoy por dezir, que quiero tocar, y palpar à v. m. por vér si es embaxador fantastico, ò hombre de carne, y hueso. Señores, no se mas de mi (respondió el page,) si no que soy embaxador verdadero, y que el señor Sancho Pança es gobernador efectivo: y que mis señores Duque, y Duquesa pueden dàr, y handado el tal gobierno, y que he oido dezir, que en èl se porta valentissimamente el tal Sancho Pança: si en esto ay encantamento, ò no, vuestras mercedes lo disputen alla entre ellos, que yo no sè otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo, y los quiero mucho. Bien podrá ello ser assi, (replicò

el Bachiller; pero dubitat Angustianus. Dade quien dudare (respondió el page) la verdad es la que he dicho, y esta que ha de andar siempre sobre la mentira, como el azeite sobre el agua; y si no, operibus credite, & non verbis: Vengase alguno de vuestras mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oídos. Esta idea à mi toca, dixo Sanchica, lleveme v.m. señor, à las ancas de su rozin, que yo irè de muy buena gana à ver à mi señor padre. Las hijas de los Gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carroças, y literas, y de gran numero de sirvientes. Par Dios (respondió Sanchica) tambien me vaya yo sobre vna pollina, como sobre vn coche: hallado la aveis la melindrosa. Calla muchacha, dixo Teresa, que no sabes lo que te dizes, y este señor està en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: quando Sancho, Sancha; y quando Gobernador, señora; y no sè si diga algo. Mas dize la señora Teresa de lo que piensa (dixo el page) y denme de comer, y despachenme luego, porque pienso volverme esta tarde; à lo que dixo el Cura: vuestra merced se vendrà à hazer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir à tan buen huesped. Reusòlo el page; pero enefeto lo huvo de conceder por su mejora, y el Cura le llevò consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quixote, y sus hazanas. Al Bachiller se ofreció de escribir las cartas à Teresa de la respuesta; pero ella no quito, que el Bachiller se

metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon; y así diò vn bollo, y dos huevos à vn Monazillo que sabia escribir, el qual la escrivió dos cartas, vna para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de vn mismo caltre, que no son las peores, que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAP. LI. *Del progreso del Gobierno de Sancho Pança, con otros successos tales, como buenos.*

A Maneciò el dia, que se siguiò à la noche de la ronda de el Gobernador, la qual el Maestrefala passò sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio, y belleza de la disfraçada donzella; y el Mayordomo ocupò lo que della faltava en escribir à sus señores lo que Sancho hazia, y dezia, tan admirado de fue hechos, como de sus dichos: porque andavan mezcladas sus palabras, y sus acciones con asomos discretos, y tontos. Levantòse en fin el señor Gobernador, y por orden de el Doctor Pedro Rezio le hizieron desayunar con vn poco de conserva, y quatro tragos de agua fria, cosa que la trocarà Sancho con vn pedazo de pan, y vn razimo de vbas; pero viendo que aquello era mas fuerça que voluntad, passò por ello con harto dolor de su alma, y fatiga de su estomago, haziendole creer Pedro Rezio, que los manjares pocos, y delicados, avivavan el ingenio, que era lo que mas convenia à las personas constituydas en mandos, y en officios graves, donde

de se han de aprovechar, no tanto de las fuerças corporales, como de las de el entendimiento. Con esta sofisteria padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia el Gobierno, y aun à quien se le avia dado: pero con su hambre, y su conserva, se puso à juzgar aquel dia; y lo primero que se le ofreció, fue vna pregunta, que vn forastero le hizo, estando presentes a todo el Mayordomo, y los demás acolitos, que fue, señor: Un caudaloso Rio dividia à dos terminos de vn mismo señorío, (y esté vuestra merced atento, porque el caso es de importancia, y algo dificultoso) digo, pues, que sobre este Rio estava vna puente, y al cabo de ella vna horca, y vna como casa de Audiencia, en la qual de ordinario avia quatro Juezes, que juzgavan la ley que puso el dueño del Rio, de la puente, y de el Señorío, que era en esta forma: Si alguno passare por esta puente de vna parte à otra, ha de jurar primero, adonde, y à què vâ; y si jurare verdad, dexenle passar; y si jurare mentira, muera por ello ahorcado en la horca, que alli se muestra, sin remission alguna. Sabida esta ley, y la rigurosa condicion de ella, passavan muchos, y luego en lo que juravan se echava de ver que dezian verdad, y los Juezes los dexavan passar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento à vn hombre, jurò, y dixo, que para el juramento que hazia, que iba à morir en aquella horca que alli estava, y no à otra cosa. Repararon los juezes en el juramento, y dixeron: Si à este hombre le dexamos passar libremente, mintió en su juramento,

Part.II.

y conforme à la ley, debe morir; y si le ahorcamos, èl jurò, que iba à morir en aquella horca; y aviendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídesse à vuestra merced, señor Governador, què haràn los Juezes del tal hombre, que aun hasta aora estan dadosos, y suspensos: y aviendo tenido noticia de el agudo, y elevado entendimiento de vuestra merced, me embiaron à mi à que suplicasse à vuestra merced de su parte, diessè su parecer en tan intrincado, y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: Por cierto que estos señores Juezes que à mi os embian, lo pudieran aver escusado; porque yo soy hombre, que tengo mas de mostrenco, que de agudo; pero con todo esto, repetidme otra vez el negocio, de modo, que yo le entienda, quizá podria ser que diessè en el hito. Bolvió otra, y otra vez el preguntador à referir lo que primero avia dicho. Sancho dixo: A mi parecer esse negocio en dos paletas lo declararè yo; y es así: El tal hombre jura que vâ à morir en la horca, y si muere en ella jurò verdad; y por la ley puesta merece ser libre, y que passe la puente, y si no le ahorcau jurò mentira; y por la misma ley merece que le ahorquen. Así es, como el señor Governador dize, dixo el mensagero; y quanto à la entereza, y entendimiento de el caso, no ay mas que pedir, ni que dudar. Digo yo, pues aora, repicò Sancho, q̄ deste hombre, aquella parte q̄ jurò verdad, la dexè passar, y la q̄ dixo mètira, la ahorquen; y desta manera se cumplirà el pie de la letra la condicion del passage. Pues señor Governador,

R 2

dor,

der (replicò el preguntador) serà necesario, que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa, y verdadera, y si se divide, por fuerza ha de morir: y assi no se consigue cosa alguna de lo q̄ la ley pide, y es de necesidad expresa, que se cumpla con ella. Venid acá, señor buen hombre (respondió Sancho) este passagero que dezis, ò yo soy vn porro, ò èl tiene la misma razon para morir, q̄ para vivir, y passar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto assi, como lo es, soy de parecer, que digais à estos señores, que a mi os embiaron, que pues están en vn fil las razones de condenarle, ò absolverle, que le dexen passar libremente, pues siempre es alabado mas el hazer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar: y yo en este caso no he hallado de mio, si no que se me vino à la memoria vn precepto, entre otros muchos, que me diò mi amo Don Quixote la noche antes, que viniessè à ser Governador de esta Infula, que fue, que quando la justicia estuviessè en duda, me defendiessè, y acogiesse à la misericordia; y ha querido Dios, que aora se me acordasse, por venir en este caso como de molde. Assi es (respondió el Mayordomo) y tengo para mi, que el mismo Licurgo, que diò las leyes à los Lacedemonios, no pudiera dár mejor sententia, que la que el gran Pança ha dado; y acabese con esto la Audiencia de esta mañana, y yo darè orden como el señor Governador comamoya lo gusto. Esto pido, y barras derechas (dixo Sancho) denme de co-

mier, lluevan casos, y dudas sobre mi, que yo las despavilarè en el ayre. Cumpliò su palabra el Mayordomo, pareciendole ser cargo de conciencia matar de hambre à tan discreto Governador; y mas que pensava concluir con èl aquella misma noche, haziendole la burla vltima, que traia en comission de hazerle. Sucediò, pues, que aviendo comido aquel dia contra las reglas, y aforismos de el Dotor Tirteafuera: al levantar de los manteles entrò vn correo con vna carta de Don Quixote para el Governador; mandò Sancho al Secretario que la leyessè para si, y que si no viniessè en ella alguna cosa digna de secreto, la leyessè en voz alta: hizolo assi el Secretario, y repafandola primero, dixo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor Don Quixote escribe à vuestra merced merece estàr estampado, y escrito con letras de oro; y dize assi.

*Carta de Don Quixote de la Mancha
à Sancho Pança, Governador de
la Infula Barataria.*

QUANDO Esperava oir nuevas de tus descuydos, è impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que doy por ello gracias particulares al Cielo, el qual de el estiercol sabe levantar los pobres, y de los tontos hazer discretos. Dizenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre, como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas, y quiero advertirte, Sancho, que muchas vezes

con-

conviené, y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del coraçon, porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme à lo que ellos piden, y no à la medida de lo que su humilde condició le inclina. Vístete bien, que vn palo compuesto no parece palo: no digo que traygas dices, ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, si no que te adornes con el habito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio, y bien compuesto. Para ganar la voluntad de el pueblo que gobiernes, entre otras has de hazer dos cosas: la vna, ser bien criado con todos, aunque esto yà otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no ay cosa que mas fatigue el coraçon de los pobres, que la hambre, y la carestia.

No hagas muchas prematicas, y si las hizieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden, y cumplan, que las prematicas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen, antes dan à entender, que el Principe que tuvo discrecion, y autoridad para hazerlas, no tuvo valor para hazer que se guardassen: y las leyes que te atemorizan, y no se executan, vienen à ser como la viga, Rey de las ranas, que al principio las espantò, y con el tiempo la menofpreciaron, y se subieron sobre ella. Sed padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y eseoge el medio entre estos dos extremos, que en esto es el punto de la discrecion

Vísita las carceles, las carnicerías, y las plaças, que la presencia de los Governadores en lugares tales, es de mucha importancia. Consuela à los presos que esperan la brevedad de su despacho. Es coco à los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo à las plaçarras, por la misma razon. No te muestres; (aunque por ventura lo seas, lo qual yo no creo,) codicioso, mugeriego ni gloton, porque en sabiendo el pueblo, y los que te tratan tu inclinacion determinada, por alli te daràn bateria, hasta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira, y remira, passa, y repassa los consejos, y documentos que te di por escrito antes que de aqui partieses à tu Gobierno, y veràs como hallas en ellos, si los guardas, vna ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos, y dificultades, que à cada passo à los Governadores se les ofrecen. Escribe à tus señores, y muéstrales agradecido, que la ingratitud es hija de la sobervia, y vno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agradecida à los que bien le han hecho, da indicio, que tambien lo será à Dios, que tantos bienes le hizo, y de continuo le haze. La señora Duquesa despachò vn proprio con tu vestido, y otro presente à tu muger Teresa Pança, por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado vn poco mal dispuesto de vn cierto gateamiento, que me sucediò, no muy à cuento de mis narizes; pero no fue nada, que si ay encantadores que me maltraten, tam-

bien los ay que me defiendan. Avísame si el Mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trialdí, como tu sospechaste, y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino, quanto mas que yo pienso dexar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Vn negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia de estos señores. Pero aunque se me dà mucho, no se me dà nada, pues en fin, en fin tengo de cumplir antes con mi profesion, que con su gusto, conforme à lo que suele dezirse: Amicus Plato, sed magis amica veritas: digote este Latin, porque me doy à entender, que despues que eres Governador lo avrás aprendido. Y à Dios, el qual te guarde de que ninguno te tenga lastima.

*Tu amigo
Don Quixote de la Mancha.*

Oyò Sancho la carta con mucha atencion, y fue celebrada, y tenida por discreta de los que la oyeron: y luego Sancho se levantò de la mesa, y llamando al Secretario, se encerrò con èl en su estancia, y sin dilatarlo mas, quiso responder luego à su señor Don Quixote: y dixo al Secretario, que sin añadir, ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que èl le dixesse, y así lo hizo, y la carta de la respuesta, fue de el tenor siguiente.

(?) (?) (?)

Carta de Sancho Pança, à Don Quixote de la Mancha.

LA ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeça, ni aun para cortarme las vñas, y así las traigo tan crecidas, qual Dios lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuestra merced no se espante, si hasta aora no he dado aviso de mi bien, ò mal estar en este Gobierno, en el qual tengo mas hambre que quando andavamos los dos por las selvas, y por los despoblados.

Escriviòme el Duque mi señor el otro dia, dandome aviso, avian entrado en esta Infula ciertas espías para matarme, y hasta aora yo no he descubierto otra que vn cierto Dotor, q̄ está en este lugar assalariado, para matar à quantos Governadores aqui viniessen; llamase el Dotor Pedro Rocio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuestra merced, que nombre para no temer, que he de morir à sus manos. Este tal Dotor dize èl mismo de sí mismo, que èl no cura las enfermedades quando las ay, si no que las previene para que no vengán, y las medicinas que vsa son, dieta, y mas dieta, hasta poner la persona en los huesos mundos, como si no fuese mayor mal la flaqueza, que la calentura. Finalmente, èl me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pues quando pensè venia à este Gobierno à comer caliente, y à beber frio, y à recrear el cuerpo entre sabanas de olanda, sobre colchones de
plu.

pluma, he venido à hazer penitencia, como si fuera hermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo, me ha de llevar el diablo.

Hasta aora no he tocado derecho, ni llevado cohecho, y no puedo pensar en què vâ esto; porque aquí me han dicho, que los Governadores que à esta Infula suelen venir, antes de entrar en ella, ò les han dado, ò les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria vfança en los demás que vâ à Governos, no solamente en este.

Anoche andando de ronda, topè vna hermosa donzella en trage de varon, y vn hermano suyo en habito de muger: de la moça se enamorò mi Maestresala, y la escogió en su imaginacion para su muger, segun èl ha dicho; yo escogi al moço para mi yerno: oy los dos pondrèmos en platica nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es vn tal Diego de la Llana, Hidalgo, y Christiano viejo quanto se pide.

Yo visito las plaças, como vuestra merced me lo aconseja, y ayer hallè vna tendera, que vendia avellanas nuevas, y averiguèla que avia mezclado con vna hanega de avellanas nuevas, otra de viejas, y podridas: apliquèlas todas para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir, y sentencièla que por quinze dias no entrasse en la plaça: hanme dicho, que lo hize valerosamente; lo que sè dezir à v.m.es, que es fama en este pueblo, que no ay gente mas mala que las placeras, porque todas son desvergôçadas, desalmadas,

Part. II.

y atrevidas; y yo así lo creo, por las que he visto en otros pueblos.

De que mi señora la Duquesa aya escrito à mi muger Teresa Pança, y embiadola el presente que vueitra merced dize, estoy muy satisfecho, y procurarè de mostrarime agradecido à su tiempo: besele vuestra merced las manos de mi parte, diciendo, que digo yo que no lo ha echado en faco roto, como lo verà por la obra. No queria que v. m. tuviese travacuentas de disgustos con esos mis señores, porque si vuestra merced se enoja con ellos, claro està que ha de redundar en mi daño, y no serà bien, que pues se me dà à mi por consejo, que sea agradecido, que v. m. no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

Aquello de el gateado no entiendo, porque imagino, que deve de ser alguna de las malas fechorias que con vuestras mercedes suelè usar los malos encantadores, yo lo sabrè quando nos veamos. Quisiera embiarle à vuestra merced alguna cosa; pero no sè que embiar, si no es algunos cañutos de geringas, que para con begigas los hazen en esta Infula muy curiosos, aunque si me dura el oficio, yo buscarè que embiar de haldas, y de mangas. Si me escriviere ni muger Teresa Pança, pague vuestra merced el porte, y embiemi la carta, que tengo grandissimo deseo de saber de el estado de mi casa, de mi muger, y de mis hijos. Y con esto Dios libre à vuestra merced de mal intencionados encantadores, y à mi me saque con bien, y en paz de este Gobierno, que lo dudo,

R 4

por-

porque lo pienso dexar con la vida, segun me trata el Dotor Pedro Rezio.

*Criado de V. m. Sancho Pança,
el Governador.*

Cerrò la carta el Secretario, y despachò luego al correo, y juntandose los burladores de Sancho, dieron orden entre si como despacharle de el gobierno, y aquella tarde la passò Sancho en hazer algunas ordenanças tocantes al huen Gobierno de la que èl imaginava ser Infula, y ordenò, que no huviesse regatones de los bastimientos en la Republica; y que no pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarassen el lugar de donde era, para ponerle el precio, segun su estimacion, bondad, y fama, y el que lo aguafese, ò le mudasse el nombre perdiessse la vida por ello; moderò el precio de todo calçado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia. Puso tassa en los salarios de los criados que caminavan à rienda suelta por el camino de el interese. Puso gravísimas penas à los que cantassen cantares lascivos, y descompuestos, ni de noche, ni de dia. Ordenò, que ningun ciego cantasse milagro en coplas, si no traxesse testimonio autentico de ser verdadero, por parecerle, que los mas que los ciegos cantan son fingidos, en perjuizio de los verdaderos.

Hizo, y creò vn Aguazil de pobres, no para que los persiguiesse, si no para que los examinasse, si lo eran; por que à la sombra de la manquedad

fingida, y de la llaga falsa, andan los bravos ladrones, y la salud borracha. En resolucion, èl ordenò cosas tan buenas, que hàlta oy se guardan en aquel lugar, y se nombran: Las constituciones del Governador gran Saücho Pança.

CAP. LII. Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ò Angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.

Cventa Cide Hamete, que estando Don Quixote ya sano de sus aruños, le pareció, que la vida que en aquel castillo tenia, era contra toda la orden de Cavalleria que professava; así determinò de pedir licencia à los Duques para partirse à Zaragoza, cuyas fiestas llegavan cerca, adonde pensava ganar el arnés, que en las tales fiestas se conquista. Y estando vn dia à la mesa con el Duque, y la Duquesa, y comenzando à poner en obra su intencion, y pedir la licècia, veis aqui à deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mugeres (como despues pareció) cubiertas de luto de los pies à la cabeça, y la vna de ellas llegandose à Don Quixote de la Mancha, se le echò à los pies, tendida de largo à largo, la boca cosida con los pies de Don Quixote de la Mancha, y dava vnos gemidos tan tristes, tan profundos, y tan dolorosos, que puso en confusion à todos los que la oian, y miravan; aunque el Duque, y la Duquesa pensaron que seria alguna burla que sus criados querian hazer à Don Quixote

xote de la Mancha, todavia viendo con el ahinco que la muger suspirava, gemia, y llorava, los tuvo dudosos, y suspensos, hasta que Don Quixote de la Mancha, compasivo, y admirado la levanto de el suelo, y hizo que se descubriese, y quitasse el manto de sobre la faz llorosa: ella lo hizo assi, y mostro ser (lo que jamàs se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de Doña Rodriguez) la dueña de casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada de el hijo de el Labrador rico: Admiraronse todos aquellos que la conocian, y mas el Duque, y la Duquesa, que ninguno, puesto que la tenian por boba, y de buena pasta, no por tanto, que viniese à hazer locuras tales: Finalmente, Doña Rodriguez, bolviendose à los señores Duques, les dixo: Vuestras Excelencias sean servidos de darme licencia, que yo departa vn poco con este Cavallero, porque assi conviene para salir con bien de el negocio en que me ha puesto el arrevimiento de vn mal intencionado villano. El Duque dixo, que el se la dava, y que departiesse con el señor Don Quixote de la Mancha, quanto le viniese en deseo. Ella, enderezando la voz, y el rostro à Don Quixote de la Mancha, dixo: Dias ha, y meses, valeroso Cavallero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon, y alevosia que vn mal labrador tiene fecha à mi muy querida, y amada hija, que es esta desdichada, y sin ventura, que aqui està presente, y vos me aveades prometido de bolver por ella, enderezandole el tuerto que le tie-

nen fecho, y aora ha llegado à mi noticia, que os quereis partir de este castillo, en busca de las buenas venturas que Dios os deparare; y assi querria, que antes que os escurriessedes por estos caminos, desafiassedes à este rustico indomito, y le hiziesse des que se casasse con mi hija, en cumplimiento de la palabra que la diò de ser su esposo, antes, y primero que yogasse con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hazer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya à vuestra merced en puridad tengo declarada; con esto, nuestro Señor dè à vuestra merced mucha salud, y à nosotros no nos desampare. A cuyas razones, respondió Don Quixote de la Mancha, con mucha gravedad, y prosopopeya: Buena Dueña, templad vuestras lagrimas, ò por mejor dezir, enjugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo à mi cargo el remedio de vuestra hija, à la qual la hubiera estado mejor no aver sido tan facil en creer promessas de enamorados, las quales por la mayor parte son ligeras de prometer, y muy pesadas de cumplir; y assi, con licencia de el Duque mi señor, yo me partiré luego en busca de esse desalmado mancebo, y le hallare, le desafiare, y le matare cada, y quando que se escusare de cumplir la prometida palabra; que el principal assumpto de mi profesion, es perdonar à los humildes, y castigar à los sobervios: quiero dezir, à socorrer à los miserables, y destruir à los rigurosos. No es menester, respondió

el Duque, que vuestra merced se ponga en trabajo de buscar al rustico, de quien esta buena dueña se queixa, ni es menester tampoco que vuestra merced me pida à mi licencia para desafiarme, que yo le doy por desafiado, y tomo à mi cargo de hazerle saber este desafio, y que le acete, y venga à responder por sí a este mi castillo, donde à entrambos darè campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen, y deven guardarse, guardando igualmènte su justicia à cada vno, como estàn obligados à guardar todos aquellos Principes, que dan campo franco à los que se combaten en los terminos de sus señorios: Pues con esse seguro, y con buena licencia de vuestra grandeza, replicò Don Quixote, desde aqui digo, que por esta vez renuncio mi hidalguia, y me allano, y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con èl, habilitandole para poder combatir conmigo, y así, aunque ausente, le desafío, y repto en razon de que hizo mal en defraudar à este pobre, que fue donzella, y yà por su culpa no lo es, y que la ha de camplir la palabra que la diò de ser su legitimo esposo, ò morir en la demanda. Y luego descalçandose vn guante, le arrojò en mitad de la sala, y el Duque le atçò, diciendo, que como yà avia dicho; èl acetava el tal desafio en nombre de su vassallo, y señalava el plaço de alli à seis dias, y el campo en la plaça de aquel castillo, y las armas las acolumbradas de los Cavalleros, lança, y escudo, y arnès traçado, con todas las demás pieças, sin engaño, supercheria, ò supersticion alguna, examinadas, y vistas por los juezes del

campo; pero ante todas cosas, es menester que esta buena dueña, y esta mala donzella pongan el derecho de su justicia en manos del señor Don Quixote de la Mancha, que de otra manera no se harà nada, ni llegarà à devida execucion el tal desafio. Yo si pongo, respondiò la dueña: y yo tambien, añaadiò la hija, toda llorosa, y toda vergonzosa, y de mal talante. Tomando, pues, este apuntamiento, y aviendo imaginado el Duque lo que avia de hazer en el caso, las entutadas se fueron; y ordenò la Duquesa, que de alli adelante no las tratasse como à sus criadas, sino como à señoras aventureras, que veniã à pedir justicia à su casa; y así las dieron quarto aparte, y las sirvieron como à forasteras, no sin espanto de las demás criadas, que no sabian en què avia de parar la fâdez, y defemboltura de Doña Rodriguez, y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regozijar la fiesta, y dar buen fin à la comida: veis aqui donde entrò por la sala el page que llevò las cartas, y presentes à Teresa Pança, muger del Governador Sancho Pança, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deteosos de saber lo que le avia sucedido en su viage, y preguntandose lo, respondiò el page, que no lo podia dezir tan en publico, ni con breves palabras, que sus Excelencias fuesen servidos de dexarlo para à solas, que entretanto se entretuviesen con aquellas cartas, y sacando dos cartas las puso en manos de la Duquesa, la vna dezia en el sobre escrito: Carta para mi señora la Duquesa tal, de no sè donde; y la otra: A mi marido Sancho Pança, Govern-

vernador de la Infula Barataria , que Dios prospere mas años que à mi. No se le cozia el pan , como fuele dezirse , à la Duquesa hasta leer su carta , y abriendola , y leyendo para si , y viendo que la podia leer en voz alta , para que el Duque , y los circunstantes la oyessen , leyò de esta manera ;

Carta de Teresa Pança à la Duquesa.

Mucho contento me diò , señora mia , la carta que vuestra grandeza me escrivìò , que en verdad que la tenia bien deseada : la farta de corales es muy buena , y el vestido de caça de mi marido no le và en zaga. De que V. Señoría aya hecho Governador à Sancho mi consorte , ha recibido mucho gusto todo el Lugar , puestas que no ay quien lo crea , principalmente el Cuta , y Maesse Nicolás el Barbero , y Sanson Carrasco el Bachiller ; pero à mi no se me dà nada , que como ello sea asì , como lo es , diga cada vno lo que quisiere , aunque si và à dezir verdad , à no venir los corales , y el vestido , tampoco yo lo creyera ; porque en este pueblo todos tienen à mi marido por vn porro , y que facado de gobernar vn hatò de cabras , no pueden imaginar para què gobierno pueda ser bueno. Dios lo haga , y lo encamine como vè que lo han menester sus hijos. Yo señora de mi alma , estoy determinada , con licencia de vuestra merced , de meter este buen dia en mi casa , yendome à la Corte à tenderme en vn coche , para quebrar los ojos à mil embidiosos que yà tengo. Y así suplico à V. Excelencia , mande à mi marido

me embie algun dinerillo , y que tra algo , que por que en la Corte son los gastos grandes , que el pan vale à real , y la carne , la libra à treinta maravedis , que es vn juyzio ; y si quisiere que no vaya , que me lo avise con tiempo , porque me estàn bullendo los pies por ponerme en camino , que me dizen mis amigas , y mis vezinas , que si yo , y mi hija andamos orondas , y pompotas en la Corte , vendrà à ser conocido mi marido por mi , mas que yo por èl , siendo forçoso que pregunten muchos : Quien son estas señoras deste coche ? y vn criado mio responder : La muger y la hija de Sancho Pança , Governador de la Infula Barataria , y desta manera serà conocido Sancho , y yo serè estimada , y à Roma por todo. Pesame , quanto pesarme puede , que este año no se han cogido bellotas en este pueblo , con todo esto embio à V. Alteza hasta medio celemin , que vna à vna las fuy yo à coger , y à escoger al monte , y no las hallè mas mayores , yo quisiera que fueran como huevos de abeftruz.

No se le olvide à vuestra pomposidad de escrivirme , que yo tendrè cuidado de la respuesta , avisando de mi salud , y de todo lo que huviere que avisar de este Lugar , donde quedo rogando à nuestro Señor , guarde à vuestra grandeza , y à mi no me olvide. Sancha mi hija , y mi hijo besan à vuestra merced las manos

*La que tiene mas deseo de ver
à V. S. que de escrivirla,
Su criada Teresa Pança.*

Grande fue el gusto que todos recibieron de oír la carta de Tercía Pãça, principalmente los Duques, y la Duquesa pidió parecer à Don Quixote, si sería bien abrir la carta que venia para el Governador, que imaginava devia de ser boníssima. Don Quixote dixo, que èl la abriria, por darles gusto, y así lo hizo, y vió que dezia desta manera.

Carta de Teresa Pança, à Sancho Pança su marido.

TU carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo, y juro, como Católica Christiana, que no faltaron dos dedos para bolverme loca de contento. Mira hermano, quando lleguè à oír que eras Governador, me pensè allí caer muerta de puro gozo, que yá sabes tu, que dizen, que así mata la alegría subita, como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueró las aguas sin sentirlo de puro contento. El vestido que me embiaste tenia delante, y los corales que me embió mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador de ellas allí presente; y có todo ello creia, y pensava, que era todo sueño lo que veia, y lo que tocaba; porque quien podía pèsar, que vn pastor de cabras avia de venir à ser Governador de Insulas? Yá sabes tu amigo, que dezia mi madre, que era menester vivir mucho para ver mucho; digolo, porque pienso ver mas, si vivo mas, porque no pienso parar, hasta verte Arrendador, ò Alcaualero, que son oficios, que aunque lleva el diablo à quien mal los vsa, en fin,

en fin, siempre tienen, y manejan dineros. Mi señora la Duquesa te dirà el deseo que tengo de ir à la Corte: Mira te en ello, y avísame de tu gusto, que procurarè honrarte en ella, andando en coche.

El Cura, el Barbero, el Bachiller, y aun el Sacristan, no pueden creer que eres Governador, y dizen, que todo es embeleco, ò cosas de encantamiento, como son todas las de Don Quixote tu amo; y dize Sancho, que ha de ir à buscarte, y à facarte el Gobierno de la cabeça, y à Don Quixote la locura de los cascos: yo no hago si no reirame, y mirar mi farta, y dar traza del vestido que tengo de hazer del tuyo à nuestra hija. Unas bellotas embiè à mi señora la Duquesa, yo quisiera que fueran de oro. Embiame tu alguna farta de perlas, si se vsan en esta Insula. Las nuevas de este Lugar son, que la Berrueca casò à su hija con vn Pintor de mala mano, que llegò à este pueblo à pintar lo que saliesse: mandole el Concejo pintar las armas de su Magestad sobre las puertas de Ayuntamiento, pidió dos ducados, dieronse los adelantados, trabajò ocho dias; al cabo de los quales no pintò nada, y dixo, que no acertava à pintar tantas varatijas; bolvió el dinero, y con todo esso se casò con ruculo de buen oficial; verdad es, que yá ha dexado el pincel, y tomado el azada, y và al campo como gentil-hombre. El hijo de Pedro Lobo se ha ordenado de grados, y corona, con intencion de hazerse Clerigo; supolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y hale puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento: malas

len-

lenguas quieren dezir, que ha estado en cinta de él: pero él lo niega à pies juntillas. Ogaño no ay azeytunas, ni se halla vna gota de vinagre en todo este pueblo. Por aqui pasó vna compañía de soldados, llevaronse de camino tres moças deste pueblo; no te quiero dezir quien son, quizá bolverán, y no sécará quien las tome por mugeres, con sus tachas buenas, ó malas. Sanchica haze puntas de randas, gana cada dia ocho maravedis horros, que los va echando en vna alcancia; para ayuda de su ajuar; pero aora que es hija de vn Governador, tu le daras la dote, sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaça se secò, vn rayo cayò en la picota, y allí me las den todas. Espero respuesta desta, y la resolucion de mi ida à la Corte: y con esto Dios te me guarde mas años que à mi, ó tantos, porque no querria dexarte sin mi en este mundo.

Tu muger Teresa Pança.

Las cartas fueron solemnizadas, reidas, estimadas, y amiradas, y para acabar de echar el fello, llegó el correo, el que traía la que Sancho embiava à Don Quixote, que asimismo se levò publicamente, la qual puso en duda la sanchez del Governador. Retiròse la Duquesa para saber del page lo que le avia sucedido en el Lugar de Sancho, el qual se lo contò muy por extenso, sin dexar circunstancia que no refiriesse; diòle las bellotas, y mas vn queso, que Teresa le diò por ser muy bueno, que se aventajava à los de Tronchon: recibìolo la Duquesa con grandísimo gusto, con el qual la dexaremos, por contar el fin que tuvo el Gobierno de el gran Sancho Pança, flor, y espejo de todos los

Insulanos Governadores.

*** (S) ***



CAP. LIII. *De el fatigado fin, y remate, que tuvo el Gobierno de Sancho Pança.*

Pensar que en esta vida las cosas de ella han de estar siempre en vn estado, es pensar en lo escusado; antes parece, que ella anda toda en redondo, digo à la redonda. La Primavera sigue al Verano; el Verano, al Estio; el Estio, al Otoño; y el Otoño, al Invierno; y el Invierno, à la Primavera: y asì torna à andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre à su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene terminos que la limiten. Esto dize Cide Hamete, Filosofo Mahometico; porque esto de en-

tender la ligereza, è instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna, que se espera, muchos sin lumbre de Fè, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aqui nuestro Autor lo dize por la presteza con que se acabò, se consumiò, se deshizo, se fue como en sombra, y humo el Gobierno de Sancho; el qual estando la septima noche de los dias de su Gobierno en su cama, no harto de pan, ni de vino, sino de juzgar, y dár pareceres, y de hazer estatutos, y pre-maticas, quando el sueño, à despecho, y pesar de la hambre, le comenzava à cer-

cerrar los párpados, oyò tan gran ruido de campanas, y de voces, que no parecia sino que toda la Infula se hundia. Sentòse en la cama, y estuvo atento, y escuchando, por ver si dava en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, pero añadiendose al ruido de voces, y campanas el de infinitas trompetas, y atambores, quedò mas confuso, y lleno de temor, y espanto; y levantandose en pie, se puso vnas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobre ropa de levantar, ni cosa que se pareciese, saliò à la puerta de su aposento à tiempo, quando viò venir por vnos corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desembainadas, gritando todos à grandes voces: Arma, arma, señor Governador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la Infula, y somos perdidos, si vuestra industria, y valor no nos socorre. Con este ruido, furia, y alboroto llegaron donde Sancho estava atonito, y embelesado de lo que oia, y veia, y quando llegaron à el, vno le dixo: Armese luego V. Señoria, si no quiere perderse, y que toda esta Infula se pierda. Què me tengo de armar? respondiò Sancho, ni què sè yo de armas, ni de socorros? Estas cosas mejor serà dexarlas para mi amo Don Quixote, que en dos paletas las despacharà, y pondrà en cobro; que yo pecador soy à Dios, no se me entiende nada de estas ppiessas. Ha señor Governador, dixo otro, què relente es este, armese vuestra merced, que aqui le traemos armas ofensivas, y defensivas, y salga à esta plaça, y sea nuestra

guia, y nuestro Capitan, pues de derecho le roca el serlo, siendo nuestro Governador. Armenme norabuena, replicò Sancho, y al momento le traxeron dos paveses que venian proveidos dellos, le pusieron encima de la camisa, sin dexarle tomar otro vestido, vn pavès delante, y otro detras, y por vnas concabidades que traian hechas, le sacaron los braços, y le liaron muy bien con vnos cordeles, de modo, que quedò empaderado, y entablado, derecho como vn hufo, sin poder doblar las rodillas, ni menearse vn solo passo. Pusieronle en las manos vna lança, à la qual se arrimò para poderse tener en pie. Quando assi le tuvieron, le dixerón, que caminasse, y los guiasse, y animasse à todos, que siendo el su norte, su lanterna, y su luzero, tendrian buen fin sus negocios. Como tégò de caminar, desventurado yo, respondiò Sancho, que no puedo jugar las choqueuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cosidas tengo con mis carnes: lo que han de hazer es llevarme en braços, y ponerme atravesado, ò en pie en algun postigo, que yo le guardarè, ò con esta lança, ò con mi cuerpo. Ande señor Governador, dixo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el passo. Acabe, y meneese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga, por cuyas persuasiones, y vituperios probò el pobre Governador à moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensò que se avia hecho pedaços, quedò como galapago, encerrado, y cubierto con sus conchas, ò como medio tozino, metido

entre dos artefas, ò bien así como barca, que dà al través en la arena, y no por verle caído aquella gente burladora le tuvieron compasión alguna; antes apagando las antorchas tornaron à reforçar las voces, y à reiterar el arma, con tan gran priessa, passando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si èl no se recogiera, y encogiera, metiendo la cabeça entre los paveses, lo passàra muy mal el pobre Governador, el qual en aquella estrecheza recogido, sudava, y trasudava, y de todo coraçon se encomendava à Dios, que de aquel peligro le sacasse; vnos tropezavan en èl, otros caían, y tal huvo, que se puso encima un buen espacio, y desde allí como desde atalaya, governava los exercitos, y à grandes voces dezia: Aquí de los nuestrros, que por esta parte cargan los enemigos. Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, vengan alcancias, pez, y resina en calderas de azeyte ardiendo, trinchense las calles con colchones. En fin èl nombrava con todo ahinco todas las varatijas, è instrumentos, y pertrechos de guerra, con que suele defenderse el asalto de vna Ciudad, y el molido Sancho que lo escuchava, y sufría todo. Dezia entre sí: O si mi Señor fuesse servido que se acabasse yà de perder esta Infula, y me viesse yo, ò muerto, ò fuera desta grande angustia! Oyò el Cielo su peticion, y quando menos lo pensava, oyò voces que dezian: Vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida: ea señor Governador, levante se vuestra merced, y venga à go-

zar del vencimiento, y à repartir los despojos que se han tomado à los enemigos por el valor de este invencible braço. Levantenme, dixo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudaronle à levantar, y puesto en pie dixo: El enemigo, que yo huviere vencido, quiero que me le claven en la frente, yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir, y suplicar à algun amigo, si es que le tengo, que me de un trago de vino, que me seco, y me enjague este sudor, que me hago agua. Limpiaronle, traxeronle el vino, desliaronle los paveses, sentòse sobre su lecho, y desmayòse de el temor del sobresalto, y del trabajo: yà les pesava à los de la burla de aversele hecho tan pesada; pero el aver buuelto en sí Sancho, les templò la pena que les avia dado su desmayo. Preguntò, que hora era? respondieronle, que yà amanecía. Callò, y sin dezir otra cosa, començò à vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miravan, y esperavan en que avia de paràr la priessa con que se vestía. Vistiòse en fin, y poco à poco, porque estava molido, y no podia ir mucho à mucho se fue à la cavalleriza, siguiendole todos los que allí se hallavan, y llegando al ruzio, le abraçò, y le diò un beso de paz en la frente, y no sin lagrimas en los ojos le dixo: Venid vos acá, compañero mio, y amigo mio, y conlevador de mis trabajos, y miserias, quando yo me avenia con vos, y no tenia otras pensamientos que los que me davan los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpeçuelo, dichasas eran mis horas, mis dias, y mis años; pero des-

pues

pues que os dexè , y me subi sobre las torres de la ambicion, y de la sobervia, se me hà entrado por el alma à dentro mil miserias, mil trabajos, y quatro mil desaffosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalvardando al asno , sin que nadie nada le dixesse. Enalvardado , pues, el ruzio, con gran pena , y pesar subiò sobre èl, y encaminando sus palabras , y razones al Mayordomo , al Secretario , al Maestresala, y à Pedro el Doctor, y à otros muchos que alli presentes estavan , dixo : Abrid camino, señores mios , y dexadme bolver à mi antigua libertad : dexadme que vaya à buscar la vida passada , para que me refucite de esta muerte presente : yo no naci para ser Governador , ni para defender Insulas , ni Ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas, mejor se me entiende à mi arar , y cabar, podar , y sarmentar las viñas , que de dar leyes , ni defender Provincias , ni Reynos : bien se està San Pedro en Roma , quiero dezir , que bien se està cada vno vsando el oficio para que fue nacido ; mejor me està à mi vna hoz en la mano, q̄ vn cetro de Governador : mas quiero hartarme de gatzachos , que estàr sugeto à la miseria de vn Medico impertinente , que me mate de hambre ; y mas quiero recostarme à la sombra de vna encina en el Verano , y arroparme con vn zamarro de dos pelos en el Invierno en mi libertad , que acostarme con la sujecion de el Gobierno entre sabanas de olanda, y vestirme de martas cebollinas; vuestras mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor , que

Part. II.

de snudo naci , desnudo me hallo , ni pierdo , ni gano; quiero dezir , que sin blanca entrè en este Gobierno, y sin ella salgo , bien al rebès de como suelen salir los Governadores de otras Insulas; y apartense, dexenme ir, que me voy à vizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced à los enemigos que esta noche se han passeado sobre mi. No ha de ser asì , señor Governador (dixo el Doctor Rezio,) q̄ yo le darè à vuestra merced vnabebida contra caídas, y molimientos, que luego le buelva en su pristina entereza , y vigor. Y en lo de la comida yo prometo à vèstra merced de enmendarme, dexandole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, (respondiò Sancho ,) asì dexarè de irme , como bolverme Turco. No son estas burlas, no son para dos vezes. Por Dios que asì me quede en este, ni admita otro Gobierno , aunque me le dieffen entre dos platos, como volar al Cielo sin alas: Yo soy del linage de los Panças , que todos son testarudos, y si vna vez dizen nones, nones han de ser, aunque sean pares , à pesar de todo el mundo. Quedense en esta cavalleriza las alas de la hormiga , que me levantaron en el aire , para que me comiesen vencejos, y otros paxaros, y bolvamonos à andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordoyàn , no le faltarán alpargatas toscas de cuerdas, cada oveja cò su pareja; y nadie tienda mas la pierna , de quanto fuere larga la sabana: y dexenme passar, que se me haze tarde. A lo q̄ el Mayordomo dixo: Señor Governador , de muy buena gana dexa-

S

remos

rénos ir à vuestra merced, puesto que nos pejarà mucho de perderle, que su ingenio, y su Christiano proceder obligan à desearle; pero ya se sabe, q̄ todo Governador està obligado, antes que se ausente de la parte donde ha governado, dár primero residencia de la vuestra merced de los diez dias que ha que tiene el Gobierno, y vayase à la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, (respondiò Sancho) si no es quien ordenare el Duque mi señor; yo voy à verme con èl, y à èl se la darè de molde; quanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dár à entender que he governado como vn Angel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, (dixo el Doctor Recio,) y que foy de parecer, que le dexemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dexaron ir, ofreciendole primero compañía, y todo aquello que quisiere para el regalo de su persona, y para la comodidad de su viage. Sancho dixo que no queria mas de vn poco de cebada para el ruzio, y medio queso, y medio pan para èl, que pues el camino era tan corto, no avia menester mayor, ni mejor reposteria. Abraçaronle todos, èl llorando abraçò à todos, y los dexò admirados, asì de sus razones, como de su determinacion tan resuelta, y tan discreta.

* * * * *

CAP. LIV. *Que trata de las cosas tocantes à esta historia, y no otra alguna.*

Resolvieronse el Duque, y la Duquesa, de que el desafio que Don Quixote hizo à su vassallo por la causa ya referida passasse adelante, y puesto que el moço estava en Flandes, adonde avia ido huyendo, por no tener por fuegra à Doña Rodriguez; ordenaron de poner en su lugar à vn lacayo Gafcon, que se llamava Tosilos, industriandole primero muy bien de todo lo que avia de hazer. De allí à dos dias (dixo el Duque à Don Quixote,) como desde allí à quatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como Cavallero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmava que èl le huviesse dado palabra de casamiento. Don Quixote recibìo mucho gusto con las tales nuevas, y se prometìo afsinismo de hazer maravillas en el caso, y tuvo à gran ventura aversele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesse ver hasta donde se estendia el valor de su poderoso braço; y asì con alborozo, y contento esperaba los quatro dias, que se le iban haziendo à la cuenta de su deseo quatrocientos figlos. Dexemolos passar nosotros (como dexamos passar otras cosas,) y vamos à acompañar à Sancho, que entre alegre, y triste venia caminando sobre el ruzio à butcar à su amo, cuya compañía le agradava mas, que ser Governador de todas las Islas del mundo.

do. Sucedió, pues, que no aviendose alongado mucho de la Infula de el su Gobierno (que èl nunca se puso à averiguar si era Infula, Ciudad, Villa, ò Lugar la que governava) viò, que por el camino por donde èl iba venian seis peregrinos con sus bordones, de estos estrangeros que piden la limosna cantando, los quales en llegando à èl se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, començaron à cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fue vna palabra, que claramente pronunciava limosna, por donde entendió, que era limosna lo que en su canto pedian, y como èl (segun dize Cide Hamete) era caritativo, además, sacò de sus alforjas medio pan, y medio queso, de que venia proveido, y dioselo, diziendoles por señas, que no tenia otra cosa que darles: ellos lo recibieron de muy buena gana, y dixeron: Guelte, guelte. No entiendo, (respondió Sancho;) què es lo que me pedis, buena gente? Entonces vno de ellos sacò vna bolsa de el feno, y mostròsela à Sancho, por donde entendió, que le pedian dineros, y èl poniendose el dedo pulgar en la garganta, y estendiendo la mano arriba les diò à entender, que no tenia ostugo de moneda, y picando al ruzio rompiò por ellos; y al passar, y avièdo estado mirando vno de ellos con mucha atencion arremetiò à èl, echandole los braços por la cintura, en voz alta, y muy Castellana, dixo: Valame Dios! què es lo que veo? es posible que tengo en mis braços à mi caro amigo, al mi buen Sancho Pànça? Si tengo sin duda, porque yo, ni duermo, ni estoy aora borracho. Ad-

Part. II.

miròse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abraçar del estrangero peregrino, y despues de averle estado mirando, sin hablar palabra, có mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension, el peregrino le dixo: Como, y es posible Sancho Pança hermano, que no conoces à tu vezino Ricote el Morisco, tendero de tu Lugar? Entonces Sancho le mirò con mas atencion, y començò à refigurarle, y finalmente le vino à conocer de todo punto, y sin apearse del jumento, le echò los braços al cuello, y le dixo: Quien diablos te avia de conocer Ricote en este traje de moharracho que traes? dime, quien te ha hecho Franchote, y como tienes atrevimiento de bolver à España, donde si te cogen, y conocen, tendràs harta mala ventura? Si tu no me descubres Sancho, (respondió el peregrino,) seguro estoy, que en este traje no avrà nadie que me conozca, y apartemonos de el camino à aquella alameda que alli parece, donde quieren comer, y reposa: mis compañeros, y alli comeras con ellos, que son muy apacible gentes; yo tendrè lugar de contarte lo que me ha sucedido, despues que me parti de nuestro Lugar, por obedecer el vando de su Magestad, que con tanto rigor à los desdichados de mi Nacion amenaçava, segun oiste. Hizolo asì Sancho, y hablando Ricote à los demàs peregrinos, se apartaron à la alameda que se parecia, bien desviados de el camino Real. Arrojaron los bordones, quitaronse las muzetas, ò esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran moços, y muy gentiles hombres,

S 2

except-

excepto Ricote, que yà era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveídas, alomenos de cosas incitativas, y que llaman à la sed de dos lenguas. Tendieronse en el suelo, y haziendo manteles de las yervas pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nuezes, rajas de queso, huevos mundos de jamon, que si no se dexavan mascar, no defendian ser chupados. Pusieron asimismo vn manjar negro, que dizen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre; no faltaron azeytunas, aunque secas, y sin adovo alguno; pero sabrosas, y entretenidas: pero lo que mas campeò en el campo de aquel banquete, fueron seis votas de vino, que cada vno sacò la fuya de su alforja, hasta el buen Ricote, que se avia transformado de Morisco en Alemàn, ò en Tudesco, sacò la fuya, que en grandeza podia competir con las cinco. Començaron à comer con grandísimo gusto, y muy despacio, saboreandose con cada bocado, que le tomavan con la punta del enchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos à vna levãtaron los braços, y las votas en el ayre, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el Cielo, no parecia, si no que ponian en èl la punteria, y de esta manera meneando las cabeças à vn lado, y à otro, señales que acreditavan el gusto que recibian, se estuvieron vn buen espacio, trassegando en sus estomagos las entrañas de las vasijas. Todo lo mirava Sancho, y de ninguna cosa se dolia, antes por cumplir con el refràn que èl muy bien sabia, de

quando à Roma fueres haz como vieres; pidiò à Ricote la vota, y tomò su punteria como los demàs, y no con menos gusto que ellos; quatro vezes dieron lugar las votas para ser empinadas, pero la quinta no fuè posible, porque yà estavan mas enjutas, y secas que vn esparto, cosa que puso mustia la alegria que hasta alli avian mostrado: de quando en quando juntava alguno su mano derecha con la de Sancho, y dezia: Español, y Tudescuitato vno bon compaño, y Sancho respondia: Bon compaño jura Di, y disparava con vna risa, que le durava vna hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le avia sucedido en su Gobierno; porque sobre el rato, y tiempo quando se come, y bebe, poca jurisdiccion suelen tener los caydados. Finalmente, el acabarse el vino, fue principio de vn sueño que diò à todos, quedandose dormidos sobre las mismas mesas, y manteles: solo Ricote, y Sancho quedaron alerta, porque aviã comido mas, y bebido menos, y apartando Ricote à Sancho, se sentaron al pie de vna haya, dexando à los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropeçar nada en su lengua Morisca, en la pura Castellana le dixo las siguientes razones.

Bien sabes, ò Sancho Pança, vezino, y amigo mio, como el pregon, y vando que su Magestad mandò publicar contra los de mi Nacion, puso terror, y espanto en todos nosotros, alomenos en mi le puso, desuerte, que me parece que antes de el tiempo que se nos concedia, para que hiziessemos ausencia de España, yà tenia el rigor de la pena

pena executado en mi persona, y en la de mis hijos. Ordenè, pues, à mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse) ordenè, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir à buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priessa con que los demás salieron, porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos dezian, si no verdaderas leyes, que se avian de poner en execucion a su determinado tiempo, y forçavame à crear esta verdad, saber yo los ruines, y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fue inspiracion divina la que movió à su Magestad à poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuèsemos culpados, que algunos avia Christianos firmes, y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer à los que no lo eran, y no era bien criar sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda, y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dar: do quiera que estamos, lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berberia, y en todas las partes de Africa, donde esperamos ser recibidos, acogidos, y regalados, allí es donde mas nos ofenden, y maltratan: no hemos conocido el bien,

Part. II.

hasta que le hemos perdido, y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de bolver à España, que los mas de aquellos (y son muchos) que saben la lengua como yo, se buelven à ella, y dexan allà sus mugeres, y sus hijos de tan parados: tanto es el amor que la tienè, y agora conozco, y experimento lo que suele dezirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entrè en Francia, y aunque allí nos hazian buen acogimiento, quise verio todo: pasè à Italia, y llegué à Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas, cada vno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dexè tomada casa en vn pueblo junto à Augusta, juntamente con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir à España, muchos de ellos cada año à visitar los Santuarios della, que los tienen por sus Indias, y por certíssima grangeria, y conocida ganancia, andanla casi toda, y no ay pueblo ninguno de donde no salgan comidos, y bebidos, como suele dezirse, y con vn real por lo menos, en dinero, y al cabo de su viage salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ò yà en el hueco de los bordones, ò entre los remiendos de las esclavinas, ò con la industria que ellos pueden los sacan del Reyno, y los pasan à sus tierras à pesar de las guardas de los Puertos, y puertas dõde se registrã. Ahora es mi intenciõ, Sancho, sacar el tesoro que dexè enterrado, q̄ por estår fuera del pueblo lo podrè hazer sin peligro, y escribir,

S 3

ò pas.

ò passar desde Valencia à mi hija , y à mi muger , que sè que està en Argèl , y dár traza como traerlas à algùn Puerto de Francia , y desde allí llevarlas à Alemania , donde esperarèmos lo que Dios quisiere hazer de nosotros. Que en resolucion Sancho , yo sè cierto q̄ la Ricota mi hija , y Francisca Ricota mi muger , sò Catholicas Christianas , y aunque yo no lo foy tanto , todavia tengo mas de Christiano , que de Moro : y ruego siempre à Dios me abra los ojos de el entendimiento , y me dè à conocer como le tengo de servir. Y lo que me tiene admirado es , no saber , porque se fue mi muger , y mi hija antes à Berberia que à Francia , adonde podia vivir como Christiana. A lo que respondió Sancho : Mira Ricote , esso no devió de estar en su mano , porq̄ las llevó Juan Tiopeyo el hermano de tu muger , y como debe de ser fino Moro , fuesse à lo mas bien parado , y fete dezir otra cosa , que creo que vàs en valde à buscar lo que dexaste enterrado , porque tuvimos nuevas que avian quitado à tu cuñado , y tu muger muchas perlas , y mucho dinero en oro que llevavan por registrar. Bien puede ser esso (respondió Ricote) pero yo sè , Sancho , que no tocaron à mi entierro , porque yo no les descubri donde estava , temeroso de algùn desmán : y así , si tu , Sancho , quieres venir conmigo , y ayudarme à sacarlo , y à encubrirlo , yo te darè dozientos escudos , con que podràs remediar tus necesidades , que yà sabes que sè yo que las tienes muchas. Yo lo hiziera (respondió Sancho) pero no foy nada codicioso , que à serlo , vn oficio dexè de entre las manos , don-

de pudiera hazer las paredes de mi casa de oro , y comer antes de seis meses en platos de plata : y así por esto , como por parecerme haria traicion à mi Rey en dár favor à sus enemigos , no fuera contigo , si como me prometes dozientos escudos me dieras aqui de contado quatrocientos. Y què oficio es el que has dexado , Sancho ? preguntò Ricote. He dexado de ser Governador de vna Infula (respondió Sancho) y tal , que en buena fee que no hallen otra como ella à tres tirones. Y donde està essa Infula ? preguntò Ricote. Adonde ? (respondió Sancho) dos leguas de aqui , y se llama , la Infula Barataria. Calla Sancho (dixo Ricote) que las Infulas estàn allà dentro de la mar , que no ay Infulas en la tierra firme. Como no ? (replicò Sancho) digote Ricote amigo , que esta mañana me parti de ella , y ayer estuve en ella gobernando à mi placer , como vn Sagitario ; pero con todo esso la he dexado , por parecerme oficio peligroso el de los Governadores. Y què has ganado en el Gobierno ? preguntò Ricote. He ganado , respondió Sancho , el aver conocido , que no soy bueno para gobernar , si no es vn ható de ganado , y que las riquezas q̄ se ganan en los tales Governos , son à costa de perder el descanso , y el sueño , y aun el sustento ; porque en las Infulas deben poco los Governadores , especialmente si tienen medicos que miren por su salud. Yo no te entiendo Sancho , dixo Ricote ; pero pareceme , que todo lo que dizes es disparate ; què quien te avia de dár à ti Infulas que governasses ? faltavan hombres en el mundo mas habiles para

Governadores que tu eres? Calla Sancho, y buelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, à ayudarme à sacar el tesoro que dexè escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te darè con que vivas, como te he dicho. Ya te he dicho, Ricote, (replicò Sancho,) que no quiero, contentate, que por mi no seràs descubierto, y profigue en buena hora tu camino, y dexame seguir el mio, que yo sè que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello, y su dueño. No quiero porfiar Sancho, (dixo Ricote;) pero dime, hallastere en nuestro Lugar, quando se partiò del mi muger, mi hija, y mi cuñado? Si hallè; (respondiò Sancho,) y sè te dezir, que salìo tu hija tan hermosa, que salieron à verla quantos avia en el pueblo, y todos dezian, que era la mas bella criatura de el mundo: iba llorando, y abraçava à todas sus amigas, y conocidas, y à quantos llegavan à verla, y à todos pedia la encomendassen à Dios, y à Nuestra Señora su Madre: y esto con tanto sentimiento, que à mi me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron; y à fee que muchos tuvieron deseo de esconderla, y salir à quitarsela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandato de el Rey los detuvo, principalmente se mostrò mas apasionado Don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tu conoces; que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partiò, nunca mas èl ha parecido en nuestro Lugar, y todòs pensamos que iba tras ella para robarla: pero hasta aora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo

Part. II.

mala sospecha, (dixo Ricote,) de que este Cavallero adamava à mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me diò pesadumbre el saber que la queria bien, que yà avràs oïdo dezir, Sancho, que las Moriscas, pocas, ò ninguna vez se mezclaron por amores con Christianos viejos, y mi hija, que à lo que yo creo atendia à ser mas Christiana, que enamorada, no se curaria de las solicitudes de esse señor mayorazgo. Dios lo haga (replicò Sancho,) que à entrambos les estaria mal, y dexame partir de aqui Ricote amigo, que quiero llegar esta noche à donde està mi señor Don Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que yà mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino, y luego se abraçaron los dos, y Sancho sabiò en su ruzio; y Ricote se arriò à su bordon, y se apartaron.

C A P. L V. *De cosas sucedidas à Sancho en el camino, y otros, que no ay mas que ver.*

EL averse detenido Sancho con Ricote, no le diò lugar à que aquel dia llegasse al Castillo del Duque, puesto que llegò media legua del, donde le tomò la noche algo obicura, y cerrada; pero como era Verano, no le diò mucha pesadumbre; y asì se apartò del camino, con intècion de esperar la mañana, y quiso tu corta, y desventurada fuerte, que buscando vn lugar donde mejor acomodarse, cayeron el, y el ruzio en vna honda, y escurissima fima, que entre vnos edificios muy antiguos estava, y al tiempo de el caer,

te encomendò à Dios de todo corazón, pensando que no avia de parar, hasta el profundo de los abismos; y no fue así, porque à poco mas de tres estados diò fondo el ruzio, y èl se hallò encima del, sin aver recibido leñion, ni daño alguna. Tentòse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estava sano, ò agujerado por alguna parte: y viendose bueno, entero, y catolico de salud, no se hartava de dar gracias à Dios nuestro Señor de la merced que le avia hecho, porque sin duda pensò que estava hecho mil pedaços: tentò asimismo con las manos por las paredes de la cima, por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las hallò rasas, y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente quando oyò que el ruzio se quexava tierna, y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentava de vicio, que à la verdad no estava muy bien parado. Ay, (dixo entonces Sancho Pança,) y quan no pensados sucesos suelen suceder à cada passo à los que viven en este miserable mundo, quien dixera, que el que ayer se viò entronizado Governador de vna Infula mandando à sus sirvientes, y à sus vassallos, oy se avia de ver sepultado en vna cima, sin aver persona alguna que le remedie, ni criado, ni vassallo que acuda à su focorro. Aqui avrèmos de perecer de hambre yo, y mi jumento, si yà no nos morimos antes, èl de molido, y quebrantado, y yo de pesaroso, alomenos no serè yo tan venturoso como lo fuè mi señor Don Quixote de la Mancha, quando decendiò, y baxò à la cueva de aquel encantado

Montesinos, donde hallò quien le regalasse mejor que en su casa, que no parece si no que se fue à mesa puesta, y à cama hecha, allí viò èl visiones hermofas, y apacibles, y yo verè aqui, à lo que creo, sapos, y culebras: desdichado de mi, y en que han parado mis locuras, y fantasias? de aqui sacarán mis huesos (quando el Cielo sea servido que me descubran) mundos, blancos, y raiados, y los de mi buena ruzio con ellos, por donde quizà se echarà de ver que somos, à lo menos, de los que tavieren noticia, que nunca Sancho Pança se apartò de su asao, ni fu asno de Sancho Pança. Otra vez digo, miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte, que muriessemos en nuestra patria, y entre los nuestros, donde yà que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien dellos se doliera, y en la hora vltima de nuestro passamiento nos cerrara los ojos.

O compañero, y amigo mio! que mal pago te he dado de tus buenos servicios! perdoname, y pide à la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte vna corona de laurel en la cabeça, que no parezcas si no vn laureado Poeta, y de darte los pienso doblados. Desta manera se lamentava Sancho Pança, y su jumento le escuchava sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto, y angustia en que aquel pobre se hallava. Finalmente, aviendo passado toda aquella noche en miserables quejas, y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad, y resplandor, viò Sancho que era imposible de

de toda imposibilidad salir de aquel pozo, sin ser ayudado, y comenzó à lamentarse, y dár voces, por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no avia persona, que pudiesse escucharle, y entonces se acabò de dár por muerto, estava el ruzio boca arriba, y Sancho Pança le acomodò, de modo que le puso en pie, que apenas se podia tener, y sacando de las alforjas, que tambien avian corrido la misma fortuna de la cayda, vn pedaço de pan, lo diò à su jumento, que no le supo mal, y dixole Sancho, como si lo entendiera, todos los duelos con pan son buenos. En esto descubriò à vn lado de la sima vn agujero, capaz de caber por èl vna persona, si se agoviava, y encogia, acudiò à èl Sancho Pança, y agaçapandose se entrò por èl, viò que por de dentro, era espacioso, y largo, y pudole ver, porque por lo que se podrá llamar techo, entrava vn rayo de Sol, que lo descubria todo: viò tambien que se dilatava, y alargava por otra concavidad espaciosa, viendo lo qual, bolviò à salir adonde estava el jumeto, y có vna piedra comenzó à desmoronar la tierra de el agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar, donde con facilidad pudiesse entrar el asno, como lo hizo, y cogiendole del cabestro comenzó à caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallava alguna salida por otra parte, à vezes iba à obscuras, y à vezes sin luz; pero ninguna vez sin miedo. Valame Dios todo poderoso! dezia entre sí, esta que para mi es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo

Don Quixote, èl si que tuviera estas profundidades, y mazmoras por jardines floridos, y por Palacios de Galiana, y esperàra salir de esta obscuridad, y estrechez à algun florido prado; pero yo sin ventura, salto de consejo, y menoscabado de animo, à cada passo pienso que debaxo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas mal, si vienes solo. Desta manera, y con estos pensamientos le pareciò, que avria caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual descubriò vna confusa claridad, que pareciò ser yà de dia, y que por alguna parte entrava, que dava indicio de tener fin abierto aquel para el camino de la otra vida. Aquí le dexa Cide Hamete Benengeli, y buelve à tratar de Don Quixote, que alborozado, y contento esperaba el plazo de la batalla que avia de hazer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, à quien pensava endereçar el tuerto, y desaguifado, que inalmente le tenian fecho. Sucediò, pues, que saliendo vna mañana à imponerse, y enfayarse en lo que avia de hazer en el trance en que otro dia pensava verse, dando vn repelon, ò arremetida à Rozinante, llegó à poner los pies tan junto à vna cueva, que à no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayò, y llegando algo mas cerca, sin apearse mirò aquella hondura, y estandola mirando oyò grâdes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percibir, y entender, que el que las dava, dezia: Há de arriba,

ay algún Christiano que me escuche? ò algún Cavallero caritativo que se due-
la de vn pecador enterrado en vida? de
vn desdichado desgobernado Gover-
nador? Pareciòle à Don Quixote, que
oïa la voz de Sancho Pança, de que
quedò suspenso, y assombrado; y le-
vantando la voz todo lo que pudo, di-
xo: Quien està allà abaxo? quien se que-
xa? Quien puede està aqui, ò quien se
ha de quejar, respondieron, sino el
assendereado de Sancho Pança, Gover-
nador por suspecados, y por su mala
andança de la Infula Barataria, escu-
dero que fue de el famoso Cavallero
Don Quixote de la Mancha? Oyendo
lo qual Don Quixote, se le doblò la ad-
miracion, y se le acrecentò el pismo,
viniendosele al pensamiento, que San-
cho Pança devia de ser muerto, y que
estava allí penando su alma, y llevado
desta imaginacion, dixo: Conjurote por
todo aquello que puedo conjurarte,
como Catolico Christiano, que me di-
gas quien eres, y si eres alma en pena,
dime què quieres que haga por ti, que
pues es mi profesion favorecer, y acor-
rer à los necesitados deste mundo,
tambien lo ferè para acorrer, y ayudar
à los menesterosos del otro mundo,
que no pueden ayudarse por si pro-
pios. Desta manera, respondieron, vuest-
ra merced que me habla deve de fer
mi señor Don Quixote de la Mancha,
y aun en el organo de la voz no es
otro sin duda. Don Quixote foy, repli-
cò Don Quixote, el que professo so-
correr, y ayudar en sus necesidades à
los vivos, y à los muertos. Por esso di-
me, quien eres, que me tienes atonito?
porque si eres mi escudero Sancho

Pança, y te has muerto, como no te
ayan llevado los diablos, y por la mi-
sericordia de Dios estès en el Purgato-
rio: sufragios tiene nuestra Santa Madre
la Iglesia Catolica Romana bastantes à
facarte de las penas en que estàs, y yo
que lo sollicitarè con ella por mi parte
con quanto mi hacienda alcançare: por
esso acaba de declararte, y dime quien
eres. Voto à tal, respondieron, y por el
nacimiento de quien vuestra merced
quisiere, juro, señor Don Quixote de la
Mancha, que yo soy su escudero San-
cho Pança, y que nunca me he muerto
en todos los dias de mi vida, sino que
aviendo dexado mi Gobierno por co-
sas, y causas, que es menester mas espa-
cio para dezirlas: anoche cay en esta si-
ma, donde cayò el ruzio conmigo, que
no me dexarà mentir, pues por mas se-
ñas està aqui conmigo: y ay mas, que
no parece, sino que el jamento enten-
diò lo que Sancho dixo, porque al mo-
mento començò à rebuznar tan recio,
que toda la cueva retumbava. Famoso
testigo, dixo Don Quixote; el rebuzno
conozco, como si le pariera, y tu voz
oygo, Sancho mio, esperame irè al Cas-
tulo del Duque, que està aqui cerca, y
traerè quien te saque desta sima donde
tus pecados te deven de aver puesto.
Vaya vuestra merced, dixo Sancho, y
buelva presto, por vn solo Dios, que ya
no lo puedo llevar el estàr aqui sepul-
tado en vida, y me estoy muriendo de
miedo. Dexole Don Quixote, y fue al
Castillo à contar à los Duques el su-
cesso de Sancho Pança, de que no poco
se maravillaron, aunque bien enten-
dieron que devia de aver caido por la
correspondencia de aquella gruta, que
de

de tiempos inmemorables estava alli hecha; pero no podian pensar como avia dexado el Gobierno, sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dizen, llevaron fogas, y maromas, y à costa de mucha gente, y de mucho trabajo sacaron al ruzio, y à Sancho Pança de aquellas tinieblas à la luz del Sol. Viòle vn estudiante, y dixo: De esta manera avian de salir de sus Governos todos los malos Governadores, como sale este pecador de el profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca, à lo que yo creo. Oyòlo Sancho, y dixo: Ocho dias, ò diez ha, hermano murmurador, que entrè à gobernar la Insula que me dieron, en los quales no me vi harto de pan siquiera vna hora, en ellos me han perseguido medicos, y enemigos me han bramado los hueffos, ni he tenido lugar de hazer cohechos, ni de cobrar derechos: y siendo esto afsi, como lo es, no merecia yo, à mi parecer, salir desta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor, y lo que le està bien à cada vno, y qual el tiempo, tal el tiempo, y nadie diga desta agua no beberè, que adonde se piensa que ay tozinos, no ay estacas, y Dios me entiende, y basta, y no digo mas, aunque pudiera. No te enojas Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyes, que serà nunca acabar; ven tu con segura conciencia, y digan lo que dixeren, y es querer atar las lenguas de los maldizientes, lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el Governador sale rico de su Gobierno, dizen del, que ha sido vn ladron; y si sale pobre, que ha sido vn para poco, y vn

mentecato. A buen seguro, respondò Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto, que por ladron. En estas platicas llegaron rodeados de muchachos, y de otra mucha gente al Castillo, adonde en vnos corredores estavan yà el Duque, y la Duquesa esperando à Don Quixote, y à Sancho, el qual no quiso subir à ver al Duque, sin que primero no huviesse acomodado al ruzio en la cavalleriza; porque dezia, que avia pasado muy mala noche en la posada, y luego subió à ver à sus señores, ante los quales puesto de rodillas, dixo: Yo, señores, porque lo quisò afsi vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio, soy à gobernar vuestra Insula Baratania, en la qual entrè desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: si he gobernado bien, ò mal, testigos he tenido delante, que diràn lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleytos, y siempre muerto de hambre, por averlo querido afsi el Doctor Pedro Rezio, natural de Tirteafuera, medico Insulano, y Governador. Acometieronnos enemigos de noche, y aviendonos puesto en grande aprieto, dizen los de la Insula, que salieron libres, y con vitoria por el valor de mi brazo, que tal salud les de Dios, como ellos dizen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta, que no las podrán llevar mis ombros, ni son peso de mis cottillas, ni flechas de mi aljava; y ansi antes que diese conmigo al través el Gobierno, he querido yo dar con el Gobierno al través, y ayer demañana dexè la In-

fula como la hallè , con las mismas calles, casas , y tejados que tenia quando entrè en ella. No he pedido prestado à nadie , ni metidome en grangerias; y aunque pensava hazer algunas ordenanças provechosas, no hize ninguna, temeroso que no se avian de guardar, que es lo mesmo hazerlas , que no hazerlas. Salì, como digo de la Infuia, sin otro acompañamiento que el de mi ruzio; caì en vna sima, vineme por ella adelante , hasta q̄ esta mañana con la luz del Sol vi la salida; pero no tan facil , que à no depararme el Cielo à mi señor Don Quixote , alli me quedara hasta la fin del mundo. Así que mis señores Duque , y Duquesa , aqui està vuestro Governador Sancho Pança , que ha grangeado en solos diez dias que ha tenido el Gobierno , à conocer que no se le ha de dar nada por ser Governador, no que de vna Infuia, sino de todo el mundo , y con este presupuesto, besàdo à vuestras mercedes los pies , imitando al juego de los muchachos, que dicen, taita tu, y damela tu, doy vn salto del Gobierno, y me passo al servicio de mi señor Don Quixote, que en fin en èl , aunque como el pan con sobrefalto, hartome à lo menos ; y para mi , como yo estè harto , esto me haze que sea de zanahorias , ò de perdizes. Con esto diò fin su larga platica Sancho , temiendo siempre Don Quixote, que avia de dezir en ella millares de disparates , y quando le viò acabar con tan pocos, diò en su coraçon gracias al Cielo, y el Duque abraçò à Sancho, y le dixo que le pesava en el alma de que huviesse dexado tan presto el Gobierno: pero que èl haria de fuerte,

que le dieffe en su Estado otro officio de menos carga , y de mas provecho: abraçòle la Duquesa asimismo , y mandò, que le regalassen, porque dava señales de venir mal molido , y peor parado.

CAP. LVI. De la descomunal, y nunca vista batalla que passò entre Don Quixote de la Mancha, y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña Rodriguez.

NO quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha à Sãcho Pança del Gobierno q̄ le dieron, y mas , que aquel mismo dia vino su Mayordomo , y les contò punto por punto casi todas las palabras, y acciones que Sancho avia dicho , y hecho en aquellos dias; y finalmente les encareciò el assalto de la Infuia, y el miedo de Sancho , y su salida , de que no pequeño gusto recibieron. Despues de esto cuenta la historia, que se llegò el dia de la batalla aplaçada , y aviendo el Duque vna , y muy muchas vezes advertido à su lacayo Tosilos como se avia de avenir con Don Quixote para vencerle, sin matarle, ni herirle, ordenò, que se quitassen los hierros à las lanças, diziendo à Don Quixote , que no permitia la Christiandad , de que èl se preciava, que aquella batalla fuesse con tanto riesgo , y peligro de las vidas, y que se contentasse con que le dava campo franco en su tierra , puesto que iba contra el decreto del Santo Concilio , que prohibe los tales desafios, y no quisiessè llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quixote dixo,

que

que su Excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que èl le obedeceria en todo. Llegado, pues, el temeroso dia, y aviendo mandado el Duque, que delante de la plaça del castillo se hiziese vn espacioso cadahalfo, donde estuviesen los juezes del Campo, y las dueñas, madre, y hija, demandantes. Avia acudido de todos los Lugares, y Aldeas circunvezinas infinita gente à ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal avian visto, ni oïdo dezir en aquella tierra los que vivian, ni los que avian muerto: el primero que entrò en el Campo, y estacada fue el Maestro de las ceremonias, que tantò el Campo, y le passò todo, porque en èl no huviesse algun engaño, ni cosa encubierta, donde se tropeçasse, y cayesse: luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quixote en la estacada. De allí à poco, acompañado de muchas trompetas, assomò por vna parte de la plaça, sobre vn poderoso cavallo, huadiendola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encábronado cò vnas fuertes, y luzientes armas; el cavallo mostrava ser frison, ancho, y de color Fordillo, de cada mano, y pie le pendia vna arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor, de como se avia de portar con el valeroso Don Quixote de la Mancha; advertido, que en ninguna manera le mataste, sino que procuraste huir en el primer

enquentro, por escusar el peligro de su muerte, que estava cierto, si de lleno en lleno le encontrasse. Passò la plaça, y llegando donde las dueñas estavan, se puso algun tanto à mirar à la que por esposo le pedia, llamò el Maeste de Campo à Don Quixote, que yá se avia presentado en la plaça, y junto con Tosilos habló à las dueñas, preguntandolas, si consentian que boviessse por su derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiziesse, lo davan por bien hecho, por firme, y por valedero. Yá en este tiempo estavan el Duque, y la Duquesa, puestos en vna galeria, que caia sobre la estacada, toda la qual estava coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance, nunca visto. Fue condicion de los combatientes, que si Don Quixote vencia su contrario, se avia de casar con la hija de Doña Rodriguez, y si èl fuesse vencido, quedava libre su contendor de la palabra que se le pedia sin dar otra satisfacion alguna. Partiòles el Maestro de las ceremonias el sol, y puso à los dos, cada vno en el puesto donde avian de estar. Sonaron los atambores, llevò el ayre el son de las trompetas, temblava debaxo de los pies la tierra; estavan suspensos los coraçones de la mirante turba, temiendo vnos, y esperando otros el bueno, ò mal successo de aquel caso. Finalmente, Don Quixote, encomendandose de todo su coraçon à Dios Nuestro Señor, y à señora Dulcinea del Toboso, estava aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo

tenia diferentes pensamientos: no pensava èl, sino en lo que agora dirè. Parece fer, que quando estuvo mirando à su enemiga, le pareció la mas hermosa muger, que avia visto en toda su vida, y el niño cegueçuelo, à quien suelen llamar de ordinario amor por estas calles; no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de vna alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así llegando à èl bonitamente, sin que nadie le viesse, le embasò al pobre lacayo vna flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el coraçon de parte à parte: y pudolo hazer bien al seguro, porque el amor es inevitable, y entra, y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo, pues, que quando dieron la señal de la arremetida estava nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que yà avia hecho señora de su libertad, y así no atendió al son de la trompeta, como lo hizo Don Quixote, que apenas la huvo oído, quando arremetió à todo el correr que permitia Rozinante, partiò contra su enemigo, y viendo partir su buen escudero Sancho, dixo à grandes voces: Dios te guie, nata, y flor de los Andantes Cavalleros: Dios te dè la victoria, pues llevas razon de tu parte. Y aunque Tosilos viò venir contra sî à Don Quixote, no se movió vn passo de su puesto, antes con grandes voces llamó al Maesse de Campo, el qual venido à ver lo que queria, le dixo: Señor esta batalla no se haze, porque yo me case, ò no me case con aquella señora? Así es le fue respondido. Pues yo, dixo el lacayo, soy temeroso de mi concien-

cia, y pondriala en gran cargo, si passasse adelante en esta batalla; y así digo, que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedò admirado el Maesse de Campo de las razones de Tosilos, y como era vno de los sabidores de la maquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detuvose Don Quixote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion por que no se passava adelante en la batalla; pero el Maesse de Campo le fue à declarar lo que Tosilos dezia, de lo que quedò suspenso, y colerico en estremo. En tanto que esto passava, Tosilos se llegó à donde Doña Rodriguez estava, y dixo à grandes voces: Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos, ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz, y sin peligro de la muerte. Oyò esto el valeroso Don Quixote, y dixo: Pues esto así es, yo quedo libre, y suelto de mi promesa; casense en hora buena, y pues Dios Nuestro Señor se la diò, San Pedro se la bendiga. El Duque avia baxado à la plaça del Castillo, y llegando à Tosilos, le dixo: Es verdad, Cavallero, que os dais por vencido, y que infligado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta donçella? Si señor, respondió Tosilos. El haze muy bien, dixo à esta fazon Sancho Pança; porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenflando la celada, y rogava que apriesa le ayudassen, porque le iban faltando los espiritus del aliento, y no podia verfe encerrado tanto
 tiem-

tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitaronsela apricssa, y quedò descubierto, y patente su rostro del lacayo. Viendo lo qual Doña Rodriguez, y su hija, dando grandes voces, dixerón: Este es engaño, engaño es este; à Tosilos el lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo. Justicia de Dios, y del Rey de tanta malicia, por no dezir vellaqueria! No vos acuiteis, señoras, dixo Don Quixote, que ni esta es malicia, ni es vellaqueria; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los quales embidiosos de que yo alcáçasse la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que dezis que es lacayo del Duque; tomad mi consejo, y à pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque que esto oyò, estuvo por romper en risa toda su colera, y dixo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quixote, que estoy por creer, que este mi lacayo no lo es; pero vsemos deste ardid, y maña, dilatemos el casamiento quinze dias, si quieren, y tengamos encerrado à este personage, que nos tiene dudosos, en los quales podria ser que bolviessè à su pristina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor Don Quixote, y mas yendoles tan poco en vsar estos emblecos, y transformaciones. O señor! dixo Sancho, que yà tienen estos malandrines por vso, y costumbre de mudar las cosas de vnas en otras, que tocan à mi amo: yn Cavallero que yé-

ciò los dias passados, llamado el de los Espejos, le bolvieron en la figura del Bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo, y grande amigo nuestro, y à mi señora Dulcinea del Toboso la han buuelto en vna rustica labradora, y assi imagino, que este lacayo ha de morir, y vivir lacayo todos los dias de su vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez: Sease quien fuere este que me pide por esposa (que yo se lo agradezco) que mas quiero ser muger legitima de vn lacayo, que no amiga, y burlada de vn Cavallero, papo, que el que à mi me burlò no lo es. En resolucion, todos estos quentos, y sucessos pararon, en que Tosilos se recogiesse, hasta ver en que parava su transformacion; aciaron todos la vitoria por Don Quixote, y los mas quedaron tristes, y melancolicos de ver que no se avian hecho pedaços los tan esperados combatientes, bien assi como los muchachos quedan tristes, quando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, ò la parte, ò la justicia. Fuese la gente, bolvieronse el Duque, y Don Quixote al Castillo; encerraron à Tosilos, quedaron Doña Rodriguez, y su hija contentissimas de ver, que por vna via, ò por otra aquel caso avia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

CAP. LVII. *Que trata de como Don Quixote se despidiò del Duque, y de lo que le sucediò con la discreta, y dessembuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.*

YA le pareciò à Don Quixote, que era bien salir de tanta ociosidad

como la que en aquel castillo tenia , q̄ se imaginava ser grande la falta que su persona hazia en dexarse està encerrado, y perezoso entre los infinitos regalos , y deleytes, que como Cavallero andante aquellos señores le hazian , y pareciale, que avia de dár cuenta estrecha al Cielo de aquella ociosidad, y encerramiento, y así pidió vn dia licencia á los Duques para partirse: dieron-sela con muestras de que en gran manera les pesava de que los dexasse. Dió la Duquesa las cartas de su muger á Sancho Pança, el qual llorò con ellas, y dixo: Quien pensara , que esperanças tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Pança engendraron las nuevas de mi Gobierno, avian de parar en bolverme yo aora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quixote de la Mancha? Con todo esto me còtento de ver, que mi Teresa correspondiò á ser quié es, embiando las bellotas á la Duquesa , que á no aver-selas embiado , quedando yo pesaroso se mostrara ella desagradecida: lo que me consuela es, que á esta dadiya no se le puede dar nombre de cohecho, porque yá tenia yo el Gobierno quando

ella las embiò: y està puesto en razón, que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. Enefcto, yo entrè desnudo en el Gobierno, y salgo desnudo de él; y así podrè dezir cò segura còciencia, que no es poco: desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Esto passava entre si Sancho el dia de la partida , y saliendo Don Quixote, aviendose despedido la noche antes de los Duques , vna mañana se presentò armado en la plaza del Castillo ; miravante de los corredores toda la gente del Castillo , y asimismo los Duques salieron á verle. Estava Sancho sobre su ruzio con sus alforjas , maleta , y re-puesto contentissimo ; porque el Mayordomo de el Duque , el que fue de la Trifaldi, le avia dado vn bol-fico con dozientos escudos de oro, para suplir los menesteres de el camino, y esto aun no lo sabia Don Quixote. Estando, como queda dicho, mirando le todos, á deshora entre las otras due-ñas, y donçellas de la Duquesa, que le miravan, alçò la voz la desembuelta, y discreta Altisidora , y en son lastimero dixo.

Escucha mal Cavallero,
 Deten vn poco las riendas,
 No fatigues las hijadas
 De tu mal regida bestia.
 Mira falso que no huyes
 De alguna serpiente fiera,
 Sino de vna corderilla,
 Que està muy lexos de oveja.
 Tu has borrado , monstruo horrendo;
 La mas hermosa donzella,
 Que Diana viò en sus montes,

Que

Que Venus mirò en sus selvas,
 Cruel Vireno, fugitivo Enas,
 Barrabàs te aconpañe, allà te avengas;

Tu llevas (llevar impio)
 En las garras de tus cerrras
 Las entrañas de vna humilde,
 Como enamorada tierna.

Llevaste tres tocadores,
 Y vnas ligas de vnas piernas;
 Que al marmol puro se igualan
 En lisas , blancas , y negras.

Llevaste dos mil suspiros,
 Que à fer de fuego , pudieran
 Abrafar à dos mil Troyas,
 Si dos mil Troyas huviera.

Cruel Vireno , fugitivo Enas,
 Barrabàs te aconpañe, allà te avengas;

De esse Sancho tu escudero,
 Las entrañas sean tan tercas,
 Y tan duras, que no salga
 De su encanto Dulcinea.

De la culpa que tu tienes,
 Lleve la triste la pena,
 Que justos por pecadores,
 Tal vez pagan en mi tierra.

Tus mas finas aventuras
 En desventuras se buelven,
 En sueños tus passatiempos,
 En olvido tus firmezas.

Cruel Vireno, fugitivo Enas,
 Barrabàs te aconpañe, allà te avengas;

Seas tenido por falso,
 Desde Sevilla à Marchena,
 Desde Granada hasta Loja,
 De Londres à Inglaterra.

Si jugares al Reynado,
 Los cientos , ò la primera;
 Los Reyes hnyan de ti,
 Afes, ni sientes no veas.

Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quedente los raygones,
Si te sacares las muelas.

Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barravás te acompañe, allá te avengas.

En tanto, que de la fuerte que se ha dicho se quebrava la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quixote, y sin responderla palabra, bolviendo el rostro à Sancho, le dixo: Por el figlo de tus passados, Sancho mio, te conjuro que me digas vna verdad: dime, llevas por ventura los tres tocadores, y las ligas que esta enamorada doncella dize? A lo que Sancho respondió: Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Vbeda. Quedò la Duquesa admirada de la desemboltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa, y desembuelta, no en grado que se atreviera à semejantes desembolturas: y como no estava advertida de esta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforçar el donaire, y dixo: No me parece bien, señor Cavallero, que aviendo recibido en este mi Castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os ayais atrevido à llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi donzella, indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden à vuestra fama; bolvedle las ligas, si no yo os desafio à mortal batalla, sin tener temor, que malandrines encantadores me buelvan, ni muden el rostro, como han hecho en el de Nofilos mi lacayo.

el que entrò con vos en batalla: no quiera Dios (respondió Don Quixote,) que yo desembayne mi espada contra vuestra ilustrissima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores bolberè por que dize Sàcho, que lostiene: las ligas es imposible; por que, ni yo las he recibido, ni èl tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, à buen seguro que las halle: yo, señor Duque, jamas he sido ladròn, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no medexe de su mano. Esta doncella habla (como ella dize) como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa; y así no tengo de que pedirle perdon, ni à ella ni à vuestra Escelencia, à quien suplicò me tenga en mejor opinion, y me dè de nuevo licencia para seguir mi camino. Deosle Dios tan bueno, (dixo la Duquesa,) señor Don Quixote, que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechuras, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumetais el fuego en los pechos de las donzellas q̄ os miran, y à la mia yo la castigarè de modo, que de aqui adelante no se desmande con la vista, ni cò las palabras. Vna no mas quiero que me escuches, ò valeroso Don Quixote, dixo entonces Altisidoro, y es que le pido perdon del la-

trócinio de las ligas, porque en Dios, y en mi anima que las tengo puestas, y he caydo en el descuydo del que yendo sobre el asno, le buscava. No lo dixeyo, dixo Sancho, bonico foy yo para encubrir hurtos, pues à quererlos hazer, de paleta me avia venido la ocasió en mi Gobierno. Abaxò la cabeça Don Quixote, y hizo reverencia à los Duques, y a todos los circunstantes, y bolviendo las riendas à Rozinãte, signiendole Sancho sobre el ruzio, se saliò de el castillo, endereçando su camino à Zaragoza.

CAP. LVIII. *Que trata de como mendearon sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se davan vagar vnas à otras.*

Quando Don Quixote se viò en la campaña rasa, libre, y desembaraçado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estava en su centro, y que los espiritus se le renovavan para profeguir de nuevo el asunto de sus Cavallerias, y bolviendose à Sancho, le dixo: La libertad, Sancho, es vno de los mas preciosos dones que à los hombres dieron los Cielos: con ella no pueden igualarse tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede, y deve aventurar la vida, y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir à los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dexamos hemos tenido, pues en mitad de aquellos banquetes fazonados,

Part. II.

y de aquellas bebidas de nieve, me parecia à mi que estava metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozava con la libertad que lo gozàra si fueran mios, que las obligaciones de las recompensas de los beneficios, y mercedes recibidas, son ataduras que no dexan campear al animo libre. Venturoso aquel à quien el Cielo diò vn pedazo de pan, sin que le quede obligació de agradecerlo à otro que al mismo Cielo. Con todo esto, (dixo Sancho,) que vuestra merced, me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte; dozientos escudos de oro, que en vna bolsilla me diò el Mayordomo de el Duque, que como píctima, y confortativo la llevo puesta sobre el coraçon, para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que talvez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos, y otros razonamientos iban los andantes Cavallero, y escudero, quando vieron, aviendo andado poco mas de vna lengua, que encima de la yerva de vn pradillo verde, encima de sus capas estavã comiendo hasta vna dozena de hombres, vestidos de labradores: junto à si tenían vnas como sabanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debaxo estava; estavan empinadas, y tendidas, y de trecho à trecho puestas. Llegò Don Quixote à los que comian, y saludandoles primero cortésmente, les preguntò, que què era lo que aquellos lienços cubria? vno de ellos le respondió: Señor, debaxo destes lienços estàn vnas imagenes de relieve, y entablada-

T2

ra,

ra, q̄ han de servir en vn retablo q̄ hazemos en nuestra Aldea, llevamos las cubiertas, porque no se desfloren, y en ombros, porque no se quiebren. Si fois fervidos, respondiò Don Quixote, holgaria de verlas, pues imagenes que con tanto recato se llevan, sin duda deven de ser buenas. Y como que lo son, dixo otro, sino digalo lo que cuestan, que en verdad que no ay ninguna que no estè en mas de cinquenta ducados; y porque vea vuestra merced esta verdad, espere vuestra merced, y verlahá por vista de ojos, y levantandose dexò de comer, y fue à quitar la cubierta de la primera imagen, que mostrò ser la de San Jorge, puestò à cavallo, con vna serpiente enroscada à los pies, y la lança atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse: toda la imagen parecia vna asqua de oro, como fuele dezirle. Viendola Don Quixote, dixo: Este Cavallero fue vno de los mejores Andátes que tuvo la milicia divina: llamòse Don San Jorge, y fue además defensor de donzellas. Veamos esta otra; descubriòla el hombre, y pareciò ser la de San Martín, puestò à cavallo, que partia la capa con el pobre, y apenas la huvo visto Don Quixote, quando dixo: Este Cavallero tambien fue de los aventureros Christianos, y creo q̄ fue mas liberal, que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que està partiendo la capa con el pobre, y le dà la mitad, y sin duda devia de ser entonces Invierno, que si no èl se la diera toda, segun era de caritativo. No deviò de ser esto, dixo Sancho, sino que se deviò de atener al refràn que dizen: Que para dar, y tener, seso es

menester. Riòse Don Quixote, y pidiò, que quitassen otro lienço, debaxo de el qual se descubriò la imagen del Patron de las Españas à cavallo, la espada ensangrentada, atropellando Moros, y pisando cabeças; y en viendola, dixo Don Quixote: Este si que es Cavallero, y de las esquadras de Christo, este se llama, Don san Diego, mata Moros, vno de los mas valientes Santos, y Cavalleros que tuvo el mundo, y tiene agora el Cielo. Luego descubrieron otro lienço, y pareciò que encubria la caída de San Pablo del cavallo abaxo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse: quando le vido tan al vivo, que dixeran, que Christo le hablava, y Pablo respondia: Este (dixo Don Quixote) fue el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrà jamás, Cavallero andante por la vida, y santo à pie quando por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, Doctor de las gentes, à quien sirvieron de escuelas los Cielos, y de Catedratico, y Maestro que le enseñasse el mismo Jesu Christo. No ayia mas imagenes, y así mandò Don Quixote, que las bolviessen à cubrir, y dixo à los que las llevaban: Por buen aguero he tenido, hermanos, aver visto lo que he visto, porque estos Santos, y Cavalleros professaron lo que yo professo, que es el exercicio de las armas, si no que la diferencia que ay entre mi, y ellos es, que ellos fueron Santos, y pelearon à lo divino, y yo soy peccador, y peleo à lo humano. Estos conquista-

foh el Cielo à fuerça de braços (porque el Cielo padece fuerça) y yo hasta agora no sè lo que conquistó à fuerça de mis trabajos ; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorandose mi ventura, y adobandoseme el juicio , podia ser que encaminasse mis passos por mejor camino del que llevo : Dios lo oiga , y el pecado sea sordo , dixo Sancho à esta ocasion. Admiraronse los hombres , assi de la figura , como de las razones de Don Quixote , sin entender la mitad de lo que en ellas dezir queria. Acabaron de comer , cargaron con sus imagenes , y despidiendose de Doa Quixote ; figuieron su viage. Quedò Sancho de nuevo , como si jamás huviera conocido à su señor , admirado de lo que sabia , pareciendole , que no devia de aver historia en el mundo, ni sucesso , que no lo tuviesse cifrado en la vña, y clavado en la memoria, y dixole: En verdad, señor nuelstramo, que si esto nos ha sucedido oy, se puede llamar aventura , ella ha sido de las mas suaves, y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinació nos ha sucedido: della avemos salido sin palos , y sobrefalto alguno, ni hemos echado menos à las espadas , ni hemos batido la tierra con los cuerpos , ni quedamos hambrientos , bendito sea Dios que tal me ha dexado ver con mis propios ojos. Tu dizes bien , Sancho , dixo Don Quixote ; pero has de advertir, que no todos los tiempos son vnos, ni corren de vna misma fuerça : y esto que el vulgo suele llamar comunmente agujeros, que no se fundan sobre natural razon alguna : del que es dif-

creto, han de ser tenidos, y juzgar por buenos acontecimientos. Levantase vno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encueatrase con vn Frayle de la Orden del Bienaventurado San Francisco, y como si huviera encontrado con vn grifo buelve las espaldas , y buelvese à su casa. Derramasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa , y derramasele à èl la melancolia por el coraçon , como si estuviesse obligada la naturaleza à dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto , y Christiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hazer el Cielo. Llega Cipion à Africa, tropieça en saltando en tierra , tienendolo por mal agujero sus soldados; pero èl abraçandose con el suelo , dixo; No te me podràs huir à Africa, porque te tēgo afida , y entre mis braços. Assi que , Sancho , el aver encontrado con estas imagenes, ha sido para mí felicissimo acontecimiento. Yo assi lo creo, respondió Sancho, y querria que vuestra merced me dixesse , què es la causa porque dicen los Españoles , quando quieren dar alguna batalla , invocando aquel San Diego mata Moros, Santiago, y cierra España? Esta por ventura España abierta, y de modo que es menester cerrarla, ò què ceremonia es esta? Simplicissimo eres, Sancho, respondió Don Quixote , y mira, que este gran Cavallero de la Cruz bermeja , haselo dado Dios à España por Patron , y amparo suyo , especialmente en los rigurosos trances que con los Moros los Españoles han tenido, y assi le invocá, y llaman, como à defen-

for fuyo en todas las batallas que acometé, y muchas vezes le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo, y matando los Agarenos esquadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos exemplos, que en las verdaderas historias Españolas se cuentan. Mudò Sancho platica, y dixo à su amo: Maravillado estoy, señor, de la desemboltura de Altisidora, la donzella de la Duquesa; bravamente la deve de tener herida, y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es vn rapaz cegueçuelo, que con estar lagañoso, ò por mejor dezir sin vista, si toma por blanco vn coraçon, por pequeño que sea, le acierta, y traspasfa de parte a parte con sus flechas. He oïdo dezir tambien, que en la verguença, y recato de las donzellas, se despuntan, y embotan las amorosas factas; pero en esta Altisidora mas parece que se aguçan, que despuntan. Advierte Sancho, (dixo Don Quixote,) que el amor, ni mira respetos, ni guarda terminos de la razon en sus discursos; y tiene la misma condicion que la muerte, que assi acomete los altos Alcaçares de los Reyes, como las humildes chozas de los pastores, y quando toma entera possession de vna alma, lo primero que haze es quitarle el temor, y la verguença, y assi sin ella declarò Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusion, que lastima. Crueldad notoria, (dixo Sancho,) desagracedimiento inaudito; yo de mi sè dezir, que me rindiera, y avassallara la mas minima razon amorosa fuya: hideputa, y que coraçon de marmol, que entrañas de brô-

ce, y que alma de argamassa; però nõ puedo pensar què es lo que viò esta donzella en v.m. que assi la rindieffe, y avassallasse, que gala, que brio, que donayre, que rostro, que cada cosa de por si destas, ò todas juntas le enamoraron? que en verdad, en verdad, que muchas vezes me paro à mirar à v. m. desde la punta del pie, hasta el ultimo cabello de la cabeça, y que veo mas cosas para espantar, q̄ para enamorar: y aviendo yo tambien oïdo dezir, que la hermosura es la primera, y principal parte que enamora, no teniendo v.m. ninguna, no sè yo de què se enamorò la pobre. Advierte Sancho, (respondiò Don Quixote,) que ay dos maneras de hermosura, vna del alma, y otra de el cuerpo: la del alma campea, y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad, y en la buena criança, y todas estas partes caben, y pueden estar en vn hombre feo, y quando se pone la mira en esta hermosura, y no en la de el cuerpo, suelen hazer al amor con impeta, y con ventajas: yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme; y bastale à vn hombre de bien no ser monstuo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma, que te he dicho. En estas razones, y platicas se iban entrando por vna selva que fuera de el camino estava, y à deshora, sin pensar en ello, se hallò Don Quixote enredado entre vnas redes de hilo verde, que desde vnos arboles à otros estavan tendidas, y sin poder imaginar que pudiesse ser aquello, dixo à Sancho: Pareceme, Sancho, que esto destas re-

des

des deve de ser vna de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar, que me maten si los Encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en vengança de la riguridad que con Altifidora he tenido: pues mandoles yo, que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, ò mas fuertes que aquella con que el zeloso Dios de los herreros enredò à Venus, y à Marte, asì la rompiera como si fueran de juncos marinos, ò de hilachas de algodon: y queriendo passar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre vnos arboles, dos hermosísimas pastoras, à lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos, y sayas eran de fino brocado: digo, que las sayas eran riquísimos faldellines de tabi de oro, traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo Sol; los quales se coronavan cò dos guirnaldas de verde laurel, y de rojo amaranto texidas: la edad, al parecer, ni baxava de los quinze, ni passava de los diez y ocho: vista fuè esta que admirò à Sancho, suspendiò à Don Quixote, hizo parar al Sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio à Don Quixote: en fin quien primero habló fue vna de las dos çagalas, que dixo à Don Quixote: Detened señor Cavallero el passo; y no ròpays las redes, que no para daño nuestro, si no para nuestro passatiempo à estas tendidas: y porque se que nos aveis de preguntar, para q̄ se han puesto, y quien somos, os lo quiero dezir en

Part. II.

breves palabras: En vna Aldea que està hasta dos leguas de aqui, donde ay mucha gente principal, y muchos hidalgos, y ricos, entre muchos amigos, y parientes se concertò con que sus hijos, mugeres, y hijas, vezines, amigos, y parientes, nos vinièsemos à holgar à este sitio, q̄ es vno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos vna nueva, y pastoril Arcadia, vistiendonos las donzellas de çagalas, y los mancebos de pastores; traemos estudiadas dos Eglogas, vna del famoso Poeta Garcilaso; y otra del Excelentísimo Camoes, en su misma lengua Portuguesa; las quales hasta aora no hemos representado, ayer fue el primero dia que aqui llegamos, tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dizen se llaman de campaña, en el margen de vn abundoso arroyo, que todos estos prados fertiliza, tendimos la noche passada estas redes de estos arboles, para engañar los simples paxarillos, que ojeado con nuestro ruido vinièren à dar en ellas: si gustais, señor, de ser nuestro huésped, seréis hagaçajado liberal, y corèimente, porque por aora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre, ni la melàcolia; callò, y no dixo mas. A lo que respondiò D. Quixote. Por cierto hermosísima señora que no deviò de quedar mas suspenso, ni admirado Anteon quando viò al improviso bañarfe en las aguas à Diana, como yo he quedado atonito en ver vuestra belleza: alabo el assunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco, y si os puedo servir con seguridad de ser obedida, me lo podeis mandar; porque

T 4

no

no es esta la profesion mia , si no de mostrarne agradecido, y buen hechor con todo genero de gente: en especial con la principal que vuestras perionas representa; y si como estas redes, que deven de ocupar algun pequeño espacio , ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevós mundos por do passar, sin romperlas. Y porque deis algun credito à esta exageracion, ved que os lo promete por lo menos Don Quixote de la Mancha , si es que ha llegado à vuestros oídos este nombre. Ay amiga de mi alma (dixo entonces la otra çagala,) y què ventura tan grande nos ha sucedido. Vès este señor que teneinos delante; pues hagote saber que es el mas valiète, y el mas enamorado, y el mas comedido que tiene el mundo, si no que nos mienta, y nos engañe vna historia que de sus hazañas anda impressa, y yo he leydo; yo apostarè que este buen hombre que viene consigo es vn tal Sancho Pança su escudero, à cuyas gracias no ay ningunas que se le igualen. Así es la verdad dixo Sancho, que yo soy esse gracioso, y esse escudero que v.m. dize: y esse señor es mi amo, el mismo Don Quixote de la Mancha, historiado, y referido. Ai, dixo la otra, supliquemosle amiga, que se quede, que nuestros padres, y nuestros hermanos gustaràn infinito dello, que tambien he oído yo dezir de su valor, y de sus gracias, es lo mismo que tu me has dicho, y sobre todo dizen de èl, que es el mas firme, y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es vna tal Dulcinea de el Toboso, à quien en toda España la dàn la palma de la hermosura. Con razon se

la dàn, (dixo D. Quixote,) si yà no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canseis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profcsion no me dexan reposar en ningun cabo. Llegò en esto à donde los quatro estavan vn hermano de vna de las dos pastoras, vestido afsimismo de pastor, con las riquezas, y galas que à las de las çagalas correspondia, contaronle ellas, que el que con ellas estava era el valeroso D. Quixote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia èl yà noticia, por aver leydo su historia. Ofreciòsele el gallardo pastor, pidiòle que se vinieste con èl à sus tiendas: huvolo de conceder Don Quixote, y así lo hizo. Llegò en esto el ojeo, llenaronse las redes de paxarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caian en el peligro de que iban huyendo, juntaronse en aquel sitio mas de treinta perfonas, todas bizarramète de pastores, y pastoras vestidas, y en vn instante quedaron enteradas de quienes eran Don Quixote, y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque yà tenian de èl noticia por su historia. Acudieron à las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes, y limpias, honraron à Don Quixote dandole el primer lugar en ellas, miravanle todos, y admiravãse de verle. Finalmente alçados los manteles, con gran reposo alçò Don Quixote la voz, y dixo: Entre los pecados mayores que los hombres cometen (aunque algunos dizen, que es la soberbia) yo digo, que es el desagradecimiento, ateniendome à lo que suele dezirse; que de los desagradecidos està lleno el

infierno. Este pecado, en quanto me ha sido posible, he procurado yo huir de el instante que tuve uso de razon, y si no puedo pagar las buenas obras que me hazen, con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hazerlas, y quando estos no bastan, las publico, porque quien dize, y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara, si pudiera, porque por la mayor parte, los que reciben son interiores à los que dan; y assi es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dadas de el hombre à las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrechez, y cortedad, en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido à la merced que aqui se me ha hecho, no pudiendo corresponder à la misma medida, conteniendome en los estrechos limites de mi poderio, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha, y assi digo, que sustentare dos dias naturales en mitad de esse camino Real que va à Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que à mi estàn, son las mas hermosas donzellas, y mas corteses que ay en el mundo, exceptada solo à la sin par Dulcinea de el Toboso, vnica señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de quantos, y quantas me escuchan. Oyendo lo qual Sancho, que con grande atencion le avia estado escuchando, dando vna gran voz, dixo: Es posible que aya en el mundo personas que se atrevan à dezir, y à jurar, que este mi señor es loco: digan vuestras mercedes, señores pastores, ay Cura de Aldea, por dis-

creto, y por estudiante que sea, que pueda dezir lo que mi amo ha dicho, ni ay Cavallero Andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aqui ha ofrecido? Bolvióse Don Quixote à Sancho, y encendido el rostro, y colerico, le dixo: Es posible, ò Sancho, que aya en todo el Orbe alguna persona que diga, que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sè que ribetes de malicioso, y de bellaco? Quien te mete à ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto, ò majadero? Calla, y no me repliques, si no ensilla, si està desensillado Rozinante, vamos à poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos à todos quantos quisieren contradecirla: y con gran furia, y muestras de enojo, se levantò de la silla dexando admirados à los circunstantes, haziendoles dudar si le podìa tener por loco, ò por cuerdo: finalmente aviendole persuadido, que no se pudiesse en tal demanda, que ellos davan por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su animo valeroso, pues bastavan las que en la historia de sus hechos se referian. Con todo esto salió Don Quixote con su intencion, y puesto sobre Rozinante, embraçando su escudo, y tomando su lanza se puso en mitad de vn real camino, que no lexos de el verde prado estava; siguióle Sancho sobre su ruzio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en què parava su arrogante, y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues, Don Quixote en mitad del cami-

no (como os he dicho) hirió el ayre con semejantes palabras: O vosotros pasajeros, y viandantes Cavalleros, escuderos, géte de à pie, y de à cavallo, que por este camino passais, ò aveis de passar en estos dias siguientes, sabed, que Don Quixote de la Mancha, Cavallero Andante, està aqui puesto para defender, que à todas las hermosuras, y cortesias del mundo exceden las que se encierran en las ninfas, habitadoras destes prados, y bosques, dexando à vn lado à la señora de mi alma Dulcinea del Toboso; por esso, el que fuere de parecer contrario, acuda, que aqui le espero: dos vezes repitiò estas mismas razones, y dos vezes no fueron oídas de ningun Aventurero; pero la suerte que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenò que de alli à poco se descubriessè por el camino muchedumbre de hombres de à cavallo, y muchos de ellos con lanças en las manos, caminãdo todos apiñados de tropel, y à gran priessa: no los huvieron bien visto los que cõ Don Quixote estavan, quãdo bolviendo las espaldas se apartaron bien lexos del camino, porque conocieron, que si esperavan, les podia suceder algun peligro: solo Don Quixote con intrepido coraçon se estubo quedo, y Sancho Pança se escudò con las anças de Rozinante. Llegò el tropel de los lanceros, y vno dellos que venia mas adelante, à grandes voces començò à dezir à Don Quixote: Apartate hombre del diablo del camino, que te harã pedazos estos toros. Ea canalla, respondiò Don Quixote, para mi no ay toros que valgan, aunque sean los mas bravos que cria Xara-

ma en sus riberas; confessad, malandrines, asì à carga cerrada, que es verdad lo que yo aqui he publicado, sino conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el baquero, ni Don Quixote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y asì el tropel de los toros bravos, y el de los mañosos cabestros, con la multitud de los baqueros, y otras gentes que à encerrar los llevavan à vn Lugar, donde otro dia avian de correrse, pasaron sobre Don Quixote, y sobre Sancho, Rozinante, y el ruzio, dando con todos ellos en tierra, echandole arrojar por el suelo. Quedò molido Sancho, espantado Don Quixote, aporreando el ruzio, y no muy catolico Rozinante; pero en fin se levantaron todos, y Don Quixote à gran priessa, tropezando aqui, y cayendo alli, començò à correr tras la bacada, diziendo à voces: Deteneos, esperad canalla malandrina, que vn solo Cavallero os espera, el qual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen, que al enemigo que huye hazerle la puente de plata, pero no por esso se detuvieron los aprefurados corredores, ni hizieron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de antaño. Detuvole el cansaõcio à Don Quixote, y mas enojado que vengado, se sentò en el camino, esperando à que Sancho, Rozinante, y el ruzio llegassen: llegaron, bolvièrò à subir, amo, y moço, sin bolver à despedirse de la Arcadia fingida, ò contrahecha, y con mas verguença que gusto siguièron su camino.

C A P. LIX. *Donde se cuenta el extraordinario suceso que se puede tener por aventura, que le sucedió à Don Quixote.*

AL Polvo, y al cansancio que Don Quixote, y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, fociorrió vna fuente clara, y limpia, que entre vna fresca arboleda hallaron, en el margen de la qual, dexando libres, sin xaquima, y freno al ruzio, y à Rozinante, los dos assenderados, amo, y moço, se sentaron; acudiò Sancho à la reposteria de sus alforjas, y dellas sacò de lo que solia llamar condumio: enjuagòse la boca, lavòse Don Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia Don Quixote de puro pesaroso, ni Sancho no osava tocar à los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba à que su señor hiziesse la salva: però viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordava de llevar el pan à la boca no abrió la suya, y atropellando por todo genero de criança, començò à embaular en el estomago el pan, y queso que se le ofrecia. Come Sancho amigo, dixo Don Quixote, sustenta la vida, que mas que à mi te importa, y dexame morir à mi à manos de mis pensamientos, y à fuerça de mis desgracias: yo Sancho naci para vivir muriendo, y tu para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considerame impresso en Historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Principes, solicitado de doncellas; al cabo, al cabo,

quando esperaba palmas, triunfos, y coronas, grangeadas, y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, y acoceado, y molido de los pies de animales inmundos, y foèdes; esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entumece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: demanera, que pienso dexarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. D. esta manera, dixo Sancho (sin dexar de mascar apriessa) no aprobarà v. m. aquel refran que dizen, muera Marta, y muera harta; yo à lo menos no pienso hazer como à mi mismo; antes pienso hazer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes, hasta que le haze llegar donde èi quiere; yo tirarè mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el Cielo; y sepa señor, que no ay mayor locura, que la que toca en querer desesperarse, coma v. m. y creame, y despues de comido echese à dormir vn poco sobre los colchones verdes destas yervas, y verà como quando despierte se halla mas aliviado. Hizolo assi Don Quixote, pareciendole, que las razones de Sancho mas eran de Filosofo, que de mantecato, y dixole; Si tu, ò Sancho quisieses hazer por mi lo que yo aora te dirè, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tu te desviases vn poco lexos de aqui, y con las riendas de Rozinante, echando al ayre tus carnes, te dieses trecientos, ò quatrocientos açotes à buena cuenta de los tres mil y tantos açotes que te has de dar por el de-

descuento de Dulcinea, que es lastima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido, y negligencia. Ay mucho que dezir en esto, dixo, Sancho: durmamos por aora entrambos, y despues Dios dixo lo que fera. Sepa v.m. que esto de açotarse vn hombre à sangre fria, es cosa recia, y mas si caen los açotes sobre vn cuerpo mal sustentado, y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que quando menos se cate me verá hecho vna criva de açotes, y hasta la muerte todo es vida; quiero dezir, que aun yo la tengo junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciendofelo Don Quixote, comió algo, y Sancho mucho; y echaronse à dormir entrambos, dexando à su alvedrio, y sin orden alguna pacer de abundosa yerua, de que aquel prado estava lleno, à los dos continuos compañeros, y amigos, Rozinante, y el ruzio. Despertaron algo tarde, bolvieron à subir, y à seguir su camino, dandose priessa para llegar à vna veta, que al parecer vna legua de allí se descubria: digo, que era vna venta, porque Don Quixote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar à todas las ventas castillo. Llegaron, pues, à ella: preguntaron al huésped, si avia posada? Fuesle respondido, que si, con toda la comodidad, y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apearonse, y recogió Sancho su reposteria en vn aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevò las bestias à la cavalleriza, echòles sus pienfos, salió à ver lo que Don Quixote (que estava sentado sobre vn poyo) le mandava, dando particulares gracias al Cielo de que à su

amo no le huviesse parecido castillo aquella venta. Llegòse la hora del cenar, recogieronse à su estancia. Preguntò Sancho al huésped, que que tenia para darles de cenar? A lo que el huésped respondió, que su boca seria medida, y así que pidiesse lo que quisiesse, que de las pajaricas del ayre, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar estava proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con vn par de pollos que nos asientendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado, y come poco, y yo no soy traganton en demasia. Respondiòle el huésped, que no tenia pollos, porque los milanos los tenían assolados. Pues mande el señor huésped, dixo Sancho, asar vna polla que sea tierna. Polla mi padre, respondió, en verdad que embiè ayer à la Ciudad à vender mas de 50. pero fuera de pollas, pida v.m. lo que quisiere. Dessa manera, dixo Sancho, no faltará ternera, ò cabrito. En casa por aora, respondió, no lo ay, porque se ha acabado, pero la semana que viene lo avrà de sobra. Medrados estamos con esto, respondió Sancho; yo pondré que se vienè à resumir todas estas faltas en las sobras que deve de aver de tozino, y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene; pues hele dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas, y quiere que tenga huevos? discurra, si quisiera, por otras delicadezas, y dexese de pedir gallinas. Resolvamonos, cuerpo de mi dixo Sancho, y digame finalmente lo que tiene, y dexese de discurrimientos, señor huésped. Dixo el ventero; Lo que real, y verdaderamente tengo, son dos
vñas

vñas de baca, que parecen manos de ternera, ù dos manos de ternera, que parecen vñas de baca, estàn cozidas con sus garvanços, cebollas, y rozino, y la hora de aora estàn diziendo, comeme, comeme. Por mias las marco desde aquí (dixo Sancho,) y nadie las toque, que yo las pagarè mejor que otro, porque para mi ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuessea vñas. Nadie las tocarà, dixo el ventero, porque otros huespedes que tengo, de puro principales traen consigo cozinero, despensero, y reposteria. Si por principales vâ (dixo Sancho,) ninguno mas que mi amo; pero el oficio que èl trae, no permite despensas, ni botillerias; ài nos tendemos en mitad de vn prado, y nos hartamos de bellotas, ù de nisperos. Esta fue la platica que Sancho tuvo con el ventero sin querer Sancho passar adelante en responderle, que yà le avia preguntado, què oficio, ò què exercicio era el de su amo. Llegòse, pues, la hora de el cenar, recogióse à su estancia Don Quixote, traxo el huesped la holla así como estava, y sentòse à cenar muy de proposito: parece ser, que en otro aposento que junto al de Don Quixote estava, que no le dividia mas que vn sutil tabique, oyò dezir Don Quixote: Por vida de v.m. señor Don Geronimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capitulo de la segunda parte de Don Quixote de la Mancha. Apenas oyò su nombre Don Quixote, quando se puso en pie, y con oido alerta escuchò lo q̄ del tratavan, y oyò que el tal Don Geronimo referido, respondió: para què

quiere v.m. señor D. Juan que leamos estos disparates; y el que huviere leydo la primera parte de la historia de Don Quixote de la Mancha, no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda. Con todo esto, dixo el Don Juan, serà bien leerla, pues no ay libro tan malo, q̄ no tenga alguna cosa buena. Lo que à mi en este mas desplace, es que pinta à Dó Quixote yà desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo qual Don Quixote, lleno de ira, y de despecho, algò la voz, y dixo: Quien quiera que dixere que Don Quixote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar à Dulcinea del Toboso, yo le harè entender cò armas iguales, que vâ muy lexos de la verdad, porq̄ la sin par Dulcinea del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en Don Quixote puede caber olvidado; su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad, y sin hazerse fuerça alguna. Quien es el que nos responde? respondieron del otro aposento. Quien ha de ser, (respondió Sancho, si no el mismo Don Quixote de la Mancha, que harà bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixere, que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas huvo dicho esto Sancho, quando entrarò por la puerta de su aposento dos Cavalleros, que tales lo parecían, y vno dellos echando los braços al cuello de Don Quixote le dixo: Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nòbre, ni vuestro nòbre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos señor sois el verdadero D. Quixote de la Mancha, norte, y luzero de la andante Cavalleria, à despecho, y pesar de el que ha querido vsar por vuestro nombre,

bre, y aniquilar vuestras hazañas, como la ha hecho el Autor deste libro que aquí os entrego, y poniendole vn libro en las manos, que traia su compañero, le tomó Don Quixote, y sin responder palabra comenzó à hojearle, y de allí à vn poco se le bolvió, diciendo: En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este Autor dignas de reprehension. La primera es, algunas palabras que he leído en el prologo. La otra, que èl es language Aragonés; porque tal vez escribe sin articulos. Y la tercera, que mas la confirma por ignorate es, que yerra, y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia; porque aquí dize, que la muger de Sancho Pança mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, si no Teresa Pança; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerre en todas las demás de la historia. A esto dixo Sancho: Donosa cosa del Historiador, por cierto bié de estar en el cuento de nuestros sucessos, pues llama à Teresa Pança mi muger Mari-Gutierrez; torne à tomar el libro señor, y mire si ando yo por aì, y si me ha mudado el nombre. Por lo que he oido hablar, amigo, dixo Don Geronimo; sin duda deveis de ser Sancho Pança, el escudero del señor Don Quixote. Si soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues à fee, dixo el Cavallero, que no os tratá este Autor con la limpieça que en vuestra persona se muestra: pintaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dixo Sancho, dexarame en mi rincon, sin

acordarse de mi, porque quien las sabe las tañe, y bien se està San Pedro en Roma. Los dos Cavalleros pidieron à Don Quixote, se passasse à su estancia à cenar con ellos, que bien sabian, que en aquella venta no avia cosas pertenecientes para su persona. Don Quixote que sienpre fue comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedòse Sancho con la olla con mero mixto imperio, sentòse en cabeçera de mesa, y con el ventero, que no menos que Sancho estava de sus manos, y de sus vnas aficionado. En el discurso de la cena preguntò Don Juan à Don Quixote, que nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se avia casado, si estando en su entereza, se acordava (guardando su honestidad, y buen decoro) de los amorosos pensamientos del señor Don Quixote. A lo que respondió: Dulcinea se està entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca; las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de vna foez labradora transformada, y luego les fue contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le avia sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlin le avia dado, para desencantarla, que fue la de los açotes de Sancho. Sumo fue el contento que los dos Cavalleros recibieron de oir contar à Don Quixote los estraños sucessos de su Historia, y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegãte modo con que los contava: aquí le tenian por discreto allí se les deslizava por meurecato, sin saber determinarse, qué grado le darian entre la discrecion, y la locura. Acabò

de cenar Sancho, y dexando hecho equis al ventero, se pasó à la estancia de su amo, y en entrando dixo: Que me maten, señores, si el Autor deste libro que vuestras mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos, yo querría, que yá que me llaman còmilon, como vuestras mercedes dicen, no me llamasse tambien borracho. Si llama, dixo Don Geronimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque se que son mal sonantes las razones, y además mentirosas, segun yo echo de ver en la filosofìa del buen Sancho, que està presente. Creame vuestras mercedes, dixo Sancho, que el Sancho, y el Don Quixote dessa historia, deven de ser otros, que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros, mi amo valiente, discreto, y enamorado, y yo simple gracioso, y no comedor, ni borracho. Yo así lo creo, dixo Don Juan, y si fuera posible, se avia de mandar, que ninguno fuera ofiçado à tratar de las cosas del gran Don Quixote, sino fuesse Cide Hamete su primer Autor: bien así como mandò Alexandro, que ninguno fuesse ofiçado à retratarle sino Apeles. Retratame el que quisiere, dixo Don Quixote; pero no me maltrate, que muchas vezes fuele caerle la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, se le puede hazer al señor Don Quixote, de quien èl no se pueda vengar, sino la repara en el escudo de su paciencia, que à mi parecer es fuerte, y grande: en estas, y otras platicas se pasó gran parte de la noche, y aunque Don Juan quisiera que Don Quixote leyera mas del libro, por

ver lo que discantava, no lo pudieron acabar con èl, diciendo, que èl lo dava por leído, y lo cófirmava por todo necio, y que no queria, si acaso llegasse à la noticia de su Autor, que le avia tenido en sus manos, se alegrasse con pensar que le avia leído, pues de las cosas obscenas, y torpes, los pensamientos se han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntáronle, que donde llevava determinado su viage? Respondió, que à Zaragoza à hallarse en las justas del arnés, que en aquella Ciudad suelen hazerse todos los años. Dixo Don Juan, que aquella nueva historia contava como Don Quixote, sea quien se quisiere, se avia hallado en ella en vna forja, falta de invencion, pobre de letras, pobrissima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió Don Quixote, no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré à la plaza del mundo la mètra desse Historiador moderno, y echarán de ver las genres como yo no soy el Don Quixote q' èl dize. Harà muy bien, dixo Don Geronimo, y otras justas ay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quixote mostrar su valor. Así lo pienso hazer, dixo Don Quixote, y vuestras mercedes me den licencia (pues yá es hora) para irme al lecho, y me tengan, y pongan en el numero de sus mayores amigos, y servidores. Y à mi tambien, dixo Sancho, quiza serè bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quixote, y Sancho se retiraron à su aposento, dexando à Don Juan, y à Don Geronimo admirados de ver la mezcla que avia hecho en su discrecion, y de su locura, y verdaderamente creyeron, q'

estos eran los verdaderos Don Quixote, y Sancho, y no los que descubria su Autor Aragonès. Madrugò Don Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus

huespedes: pagò Sancho al ventero magnificamente, y aconsejóle, que alabasse menos la provisión de su venta, ò la tuviese mas proveída.

CAP. LX. *De lo que sucedió à Don Quixote, yendo à Barcelona.*



ERa fresca la mañana, y dava muestras de serlo asimismo el dia en que Don Quixote salió de la venta, informado primero, qual era el mas derecho camino para ir à Barcelona, sin tocar en Zaragoza; tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo Historiador que tanto dezian que le vituperava. Sucedió, pues, q̄ en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo

de los cuales, yendo fuera de camino; le tomó la noche entre vnas espesas encinas, ò alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Aparearonse de sus bestias amo, y moço, y acomodandose à los troncos de los arboles, Sancho, que avia merendado aquel dia, se dexò entrar de redondo por las puertas del sueño; pero Don Quixote, à quien desvelavan sus imaginaciones mu-

muchò màs que la hambre , no podia pegar sus ojos, antes iba, y venia con el pen samiento por mil generos de lugares : yà le parecia hallarse en la cueva de Montefinos, yà ver brincar , y subir sobre su pollina à la convertida en labradora Dulcinea, yà que le sonavan en los oidos las palabras del sabio Merlin , que le referian las condiciones , y diligencias, que se avian de hazer, y tener en el desencanto de Dulcinea : desesperavase de ver la floxedad, y caridad poca de Sancho su escudero , pues à lo que creia solos cinco azotes se avia dado , numero desigual , y pequeño , para los infinitos que le faltavan : y de esto recibìò tanta pesadumbre , y enojo , que hizo este discurso : Si nudo Gordiano cortò el Magno Alexandro , diziendo : Tanto monta cortar , como desatar, y no por esso dexò de ser vniversal señor de toda la Asia , ni mas , ni menos podria suceder aora en el desencanto de Dulcinea , si yo azotasse à Sancho à pesar suyo , que si la condicion de este remedio està que Sancho reciba los tres mil, y tantos azotes, que se los de èl, ò que se los de otro , pues la substancia està en que se me dà à mi que èl los reciba , lleguen por do llegaren : con esta imaginacion se llegò à Sancho, avièdo primero tomado las riendas de Rozinante , y acomodandolas en modo que pudiesse azotarle con ellas; començòle à quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera , en que se sustentavan los greguescos : pero apenas huvò llegado , quando Sancho despertò en todo su acuerdo , y dixo : Què es esto , quien me toca , y

desencinta ? Yo soy (respondiò Don Quixote) que vengo à suplir tus falras, y à remediar mis trabajos , vengote à azotar Sancho , y à descargan en parte la deuda à que te obligaste. Dulcinea parece, tu vives en descuydo, yò muero deseando , y assi desatacate por tu voluntad , que la mia es de darte en esta soledad , por lo menos dos mil azotes. Esso no (dixo Sancho) vuestra merced se està quedo ; si no, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos ; los azotes à que yo me obliguè , han de ser voluntarios , y no por fuerza , y aora no tengo gana de azotarme , basta que doy à vuestra merced mi palabra de vapularme, y mosquearme , quando en voluntad me viniere. No ay dexarlo à tu cortesia , Sancho (dixo Don Quixote) porque eres duro de corazon , y aunque villano , blando de carnes ; y assi procurava , y pugnava por desenlazarle. Viendo lo qual Sancho Pança , se puso en pie, y arremetiendo à su amo , se abrazò con èl à brazo partido , y echandole vna zancadilla diò con èl en el suelo bocarriba : pusole la rodilla derecha sobre el pecho , y con las manos le tenia las manos de modo, que ni le dexava rodear , ni aleantar. Don Quixote le dezia: como traidor, con tu amo, y señor natural te desmandas ? con quien te dà su pan te atreves ? Ni quito Rey, ni pongo Rey (respondiò Sancho) sino ayudome à mi , que soy mi señor, vuestra merced me prometa, que se estàtarà quedo , y no tratarà de azotarme por aora, q̄ yo le dexarè libre, y desembarazado, donde no, aqui moriràs traidor enemigo de Doña Sàcha. Prometiò.

felo Don Quixote, y jurò por vidã de sus pensamientos, no tocarle en el pelo de la ropa, y de dexarle en toda su voluntad, y alvedrío el azotarse quando quisiessse. Levantòse Sancho, y desviòse de aquèl lugar vn buen espacio, y yendo à arrimarse à otro arbol, sintiò que le tocavan en la cabeça, y alçando las manos, topò con dos pies de persona, con zapatos, y calças, y tembiò de miedo, acudiò à otro arbol, y sucediòle lo mismo, diò voces llamando à Don Quixote, que le favoreciesse. Hizolo así Don Quixote, y preguntandole, que le avia sucedido, y de que tenia miedo? le respondiò Sancho, que todos aquellos arboles estavan llenos de pies, y de piernas humanas. Tentòlos Don Quixote, y cayò luego en la cuenta de lo que podia ser; y dixole à Sancho: No tienes de que tener miedo, porque estos pies, y piernas que tientas, y no vès, sin duda son de algunos foragidos, y vandoleros, que en estos arboles estan ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia, quando los coge de veinte en veinte, y de treinta en treinta, por donde me doy à entender, que debo de estar cerca de Barcelona; y así era la verdad, como el lo avia imaginado. Al parecer alçaron los ojos, y vieron los ramos de aquellos arboles, que eran cuerpos de vandoleros: ya en esto amanecia, y si los muertos los avian espantado, no menos los atribularon mas de quarenta vandoleros vivos, que de improvisò les rodearon, diziendoles en lengua Catalana, que estuviessen quedos, y se detuviessen, hasta que lle-

gasse su Capitan: Hallòse Don Quixote à pie, su cavallo sin freno, su lança arriada à vn arbol, y finalmente sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, è inclinar la cabeça, guardandose para mejor fazon, y coyuntura. Acudieron los vandoleros à espulgar al ruzio, y à no dexarle ninguna cosa de quantas en las alforjas, y la maleta traia, y avinole bien à Sancho, que en vna ventiera que tenia ceñida, venian los escudos del Duque, y los que avian sacado de su tierra; y con todo esto aquella buena gente le escardara, y le mirara, hasta lo que entre el cuero, y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su Capitan, el qual mostrò ser de hasta edad de treinta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporción, de mirar grave, y color morena, venia en vn poderoso cavallo, vestida la acerada cota, y con quatro pistoletes (que en aquella tierra se llaman pedreñales) à los lados, viò que sus escuderos, que así se llaman à los que andan en aquel exercicio, iban à despojar à Sancho Pança: mandòles que no lo hiziesen, y fue luego obedecido: y así se escapò la ventiera, admiròle ver lança arrimada al arbol, escudo en el suelo, y à Don Quixote armado, y pentativo, con la mas triste, y melancolica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegòse à el, diziendole: No esteis tan triste buen hombre, porque no aveis caido en las manos de algun cruel Osiris, si no en las de Roque Guinart, que tienen mas de con passivas, que de rigurosas. No es mi tristeza (respondiò Don Quixote) aver caido en tu poder, ò

valeroso Roque (cuya fama no ay límites en la tierra que la encierran) si no por aver sido tal mi descuydo, que me ayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la orden de Andante Cavalleria que professo, à vivir continuo alerta, siendo à todas horas centinela de mi mismo, porque te hago saber (ò gran Roque) que si me hallaran sobre mi cavallo con mi lança, y con mi escudo, no les fuera muy facil rendirme, porque yo soy Don Quixote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el Orbe. Luego Roque Guinart conociò, que la enfermedad de Don Quixote, tocava mas en locura, que en valentia, y aunque algunas vezes le avia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir, à que semejante humor reinasse en corazon de hombre, y holgose en estremo de averle encontrado, para tocar de cerca lo que de lexos de el avia oido, y así le dixo: Valeroso Cavallero, no os despecheis, ni tengais à siniestra fortuna esta en que os hallais, que podia ser, que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezasse, que el Cielo por estraños, y nunca vistos rodeos (de los hombres no imaginados) suele levantar los caídos, y enriquecer los pobres. Ya le iba à dar las gracias Don Quixote, quando sintieron à sus espaldas, vn ruido como de tropel de cavallos, y no era si no vno solo, sobre el qual venia à toda furia vn mancebo, al parecer hasta de veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, greguescos, y Santa embarca, con sombrero terciado à

la balona, botas enceradas, y juttas, espuelas, daga, y espada doradas, vna escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas à los lados: al ruido bolviò Roque la cabeça, y viò esta hermosa figura, la qual en llegando à el, dixo: En tu busca venia, ò valeroso Roque, para hallar en ti, sino remedio, à lo menos alivio en mi desdicha, y por no tenerte suspenso, porque sè, que no me has conocido, quiero dezirte quié soy, y soy Claudia Geronima, hija de Simon Forte, tu singular enemigo, y enemigo particular de Clauquer Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser vno de los de tu contrario vando, y yá sabes que este Torrellas tiene vn hijo, que Don Vicente Torrellas se llama, ò à lo menos se llamava no ha dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te dirè en breves palabras la que me ha causado. Viòme, requiebromè, escuchè, enamoremè, à hurto de mi padre, porque no ay muger, por retirada que estè, y recatada que sea, à quien no le sobre tiempo para poner en execucion, y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, el me prometì de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras passassemos adelante. Supe ayer, que olvidado de lo que me devia, se casava con otra, y que esta mañana iba à desposarse, nueva que me turbò el sentido, y acabò la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que vès, y apresurando el passo à este cavallo, alcancè à Don Vicente, obra de vna legua de aqui, y sin ponerme à dar quejas, ni à oír dis-

culpas, le disparè esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y à lo que creo le devì de encerrar mas de dos valas en el cuerpo, abriendole puertas por donde embuelta en su sangre falliesse mi honra: alli lo dexo entre sus criados, que no osaron, ni pudieron ponerse en su defensa, vengo à buscarle, para que me pases à Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimismo à rogarte defensas à mi padre, porque los muchos de Don Vicente, no se atreven à tomar en èl desaforada vengança. Roque admirado de la gallardia, bizarría, buen talle, y suceso de la hermosa Claudia, la dixo: Ven, señora, y vamos à ver si es muerto tu enemigo, que despues verèmos lo que mas te importare. Don Quixote que estava escuchando atentamente lo que Claudia avía dicho, y lo que Roque Guíñart respondió, dixo: No tiene nadie para que tomar trabajo en defender à esta señora, que lo tomo yo à mi cargo, denme mi cavallo, y mis armas, y esperenme aqui, que yo irè à buscar à esse Cavallero, y muerto, ò vivo, le harè cumplir la palabra prometida à tanta belleza. Nadie dude esto (dixo Sancho) porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias que hizo casar à otro que tambien negava à otra doncella su palabra, y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de vn lacayo, esta fuera la hora que yá la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas à pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que

en las razones de amo, y mozo, nõ las entendió, y mandando à sus escuderos, que bolviesse à Sancho todo quanto le avian quitado de el ruzio, mandandoles asimismo, que se retirassen à la parte donde aquella noche avian estado alojados, y luego se partió con Claudia à toda prisa à buscar al herido, ò muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontrò Claudia, y no hallaron en èl, sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por vn recuesto arriba alguna gente, y dieronse à entender, como era la verdad que devia de ser Don Vicente à quien sus criados, ò muerto, ò vivo llevaban, ò para curarle, ò para enterrarle; dieronse prisa à alcançarlos, que como iban despacio, con facilidad lo hizieron. Hallaron à Don Vicente en los brazos de sus criados, à quien con cansada, y debilitada voz rogava, que le dexassen alli morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante passasse. Arrojaronse de los Cavallos Claudia, y Roque, llegaron à èl, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbò en ver la de Don Vicente: y así entre enternecida, y rigurosa, se llegó à èl, y asiendole de las manos, le dixo: Si tu me dieras estas conforme à nuestro concierto, nunca tu te vieras en este passo. Abrió los casi cerrados ojos el herido Cavallero, y conociendo à Claudia, le dixo: Bien veo, hermosa, y engañada señora, que tu has sido la que me has muerto, pena no merecida, ni devida a mis

deseos, con los quales, ni con mis obras no quise, ni supe ofenderte. Luego no es verdad, dixo Claudia, que ibas esta mañana à desposarte con Leonora, la hija del rico Balbastro? No por cierto, respondió Don Vicente, mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas, para que zelosa me quitasses la vida, la qual pues la dexo en tus manos, y en tus braços, tengo mi fuerte por venturosa: y para asegurarte de esta verdad, aprieta la mano, y recíbeme por esposo, si quieres, que no tengo otra mayor satisfacion que darte de el agravio que piéfas que de mi has recibido. Apretòle la mano Claudia, y apretòsele à ella el coraçon, de manera, que sobre la sangre, y pecho de Don Vicente se quedó desmayada, y à èl le tomò vn mortal parasismo. Confuso estava Roque, y no sabia que hazerse. Acudieron los criados à buscar agua que echarles en los rostros, y traxeronla, con que se los bañaron. Bolvió de su desmayo Claudia; pero no de su parasismo Don Vicente, porque se le acabò la vida. Visto lo qual de Claudia, aviendose enterado, que yà su dulce esposo no vivia, rompiò los ayres con suspiros, hiriò los Cielos con quejas, maltratò sus cabellos, entregandolos al viento, afeò su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor, y sentimiento, que de vn lastimado pecho pudieran imaginarse. O cruel! ò inconsiderada muger! (dezia) con què facilidad te moviste à poner en execucion tan mal pensamiento! O fuerça rabiosa de los zelos, à que desesperado sin conducis à quien os dà

acogida en su pecho! O esposo mio, cuya desdichada fuerte, por ser prenda mia, te ha llevado del talamo à la sepultura! Tales, y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lagrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados à verterlas en ninguna ocasion. Lloravan los criados, desmayavase à cada passo Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza, y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guinart ordenò à los criados de Don Vicente, que llevassen su cuerpo al lugar de su padre, que estava alli cerca, para que le diessen sepultura. Claudia dixo à Roque, que queria irse à vn Monasterio, donde era Abadesa vna tia suya, en la qual pensava acabar la vida, de otro mejor esposo, y mas eterno acòpañada. Alabòle Roq̃ su buen proposito, ofreciòsele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender à su padre de los parientes, y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañia Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidiò de èl llorando. Los criados de Don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se bolvió à los suyos. Y este fin tuvieron los amores de Claudia Geronima; pero què mucho, si texieron la trama de su lamentable historia las fuerças invencibles, y rigurosas de los zelos. Hallò Roque Guinart à sus escuderos en la parte donde les avia ordenado, y à Don Quixote entre ellos sobre Roziante, haziendoles vna platica, en que les persuadia dexassen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el

alma, como para el cuerpo, pero como los mas eran Gascones, gente rustica, y desbaratada, no les entrava bien la platica de Don Quixote. Llegado que fue Roque, (preguntò à Sancho Pança,) si le avian buuelto, y restituydo las alhajas, y preseas que los suyos de el ruzio le avian quitado. Sancho respondió, que si; si no que le faltavan tres tocadores, que valian tres Ciudades. Què es lo que dizes, hombre, dixo vno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Afsi es, (dixo Don Quixote;) pero estimalos mi escudero en lo que ha dicho, por avermelos dado quien me los diò. Mandòselos bolver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala, mandò traer alli delante de todos los vestidos, joyas, y dineros, y todo aquello que desde la vltima reparticion avian robado, y haziendo brevemente el tanteo, bolviendo lo no repartible, y reduciendolo à dineros, lo repartì por toda su compañía, con tanta legalidad, y prudencia, que no passò vn punto, ni defraudò nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos, y pagados, dixo Roque à Don Quixote: Si no se guardasse esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. A lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se vfe aun entre los mismos ladrones. Oyòlo vn escudero, y arbolando el mocho de vn arcabuz, con el qual, sin duda le abriera la cabeza à Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuyesse. Pasmò,

se Sancho, y propusò de no descofet los labios en tanto que entre aquella gente estuyesse. Llegò en esto vno, o algunos de aquellos escuderos, que estavan puestos por centinelas por los caminos, para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso à su mayor de lo que passava; y este dixo: Señor, no lexos de aqui, por el camino que va à Barcelona, viene vn gran tropel de gente. A lo que respondió Roque: Has hechado de ver si son de los que nos buscan, ù de los que nosotros buscamos? No si no de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, (replicò Roque,) y traedmelos aqui luego, sin que se os escape ninguno. Hizieronlo afsi, y quedandose solos Don Quixote, Sancho, y Roque aguardaron à ver lo que los escuderos traian, y en este entretanto dixo Roque à Don Quixote: Nueva manera de vida le deve de parecer al señor Don Quixote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que afsi le parezca: porque realmente le confieso, que no ay modo de vivir mas inquieto, ni mas sobrefaltado, que el nuestro: à mi me han puesto en el no sè què deseos de vengança, que tienen fuerça de turbar los mas sobrefegados coraçones: yo de mi natural soy compassivo, y bien intencionado; pero (como tengo dicho) el querer vengarme de vn agravio, que se me hizo, afsi dà con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que perseviero en este estado, à despecho, y pesar de lo que entiendo, y como vn abismo llama à otro, y vn pecado à otro

otro pecado , hanse eslabonado las venganças de manera , que no solo las mias , pero las agenas tomo à mi cargo ; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad de el laberinto de mis confusiones , no pierdo la esperança de salir del à puerto seguro. Admirado quedò Don Quixote de oir hablar à Roque tan buenas , y concertadas razones ; porque èl se pensava , que entre los de officios semejantes de robar , matar , y saltar no podia aver alguno que tuviesse buen discurso , y respondiòle: Señor Roque, el principio de la salud està en conocer la enfermedad , y en querer tomar el enfermo las medicinas que el Medico le ordena; v. m. està enfermo, conoce su dolencia, y el Cielo , ò Dios (por mejor dezir) que es nuestro Medico, le aplicará medicinas que le sanen ; las quales suelen sanar poco à poco, y no de repente, y por milagro; y mas que los pecadores discretos estàn mas cerca de enmendarse, que los simples, y pues v. m. ha mostrado en sus razones su prudencia , no ay si no tener buen animo , y esperar mejoría de la enfermedad de su còciencia : y si v. m. quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, vengase conmigo, que yo le enseñaré à ser Cavallero andante , donde se passan tantos trabajos, y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el Cielo. Riése Roque del consejo de Don Quixote, à quien mudando pláticas contó el tragico suceso de Claudia Geronima, de que le pesò en estremo à Sancho , que no le avia parecido mal la belleza, desemboltura, y brio de la mo-

Part. II.

ça. Llegaron en esto los escuderos de la presa , trayendo contigo dos Cavalleros à cavallo , y dos peregrinos à pie , y vn coche de mugeres con hasta seis criados , que à pie , y à cavallo las acompañavan , con otros dos moços de mulas que los Cavalleros traian. Cogieròlos los escuderos en medio, guardando vencidos, y vencedores gran silencio, esperando à que el gran Roque Guinart hablasse ; el qual preguntò à los Cavalleros , que quien eran, y donde iban, y que dinero llevavan. Vno de ellos le respondiò: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infanteria Española , tenemos nuestras compañías en Napoles , y vamos à embarcarnos en quatro Galeras , que dizen estàn en Barcelona , con orden de passar à Sicilia : llevamos hasta docientos , ò trecientos escudos , con que à nuestro parecer vamos ricos, y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados, no permite mayores tesoros. Preguntò Roque à los peregrinos lo mismo que à los Capitanes , fuele respondido , que iban à embarcarse para passar à Roma , y que entre entrambos podian llavar hasta sesenta reales: quiso saber tambien , quien iba en el coche , y adonde, y el dinero que llevavan: y vno de los de à cavallo dixo: Mi señora Doña Guiomar de Quiñones, muger de el Regent de la Vicaria de Napoles , con vna hija pequeña, vna donzella , y vna dueña son las que vãn en el coche ; acompañamosla seis criados , y los dineros son seisientos escudos. De modo, (dixo Roque Guinart,) que yà tenemos aqui novecientos escudos, y setenta

V 4

rea-

reales, mis soldados deben de ser hasta sesenta, mirese à como le cabe à cada vno, porque yo soy mal contador. Oyendo dezir esto los salteadores, levantaron la voz, diziendo: Viva Roque Guinart muchos años, à pesar de los lladres, que su perdicion procuran. Mostraron asfignarse los Capitanes, entristecerse la señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Tuvo los asfi vn rato suspensos Roque; pero no quiso que passasse adelante su tristeza, que yà se podrá conocer à tiro de arcabuz; y bolviendose à los Capitanes, dixo: Vuestras mercedes, señores Capitanes, por cortesia sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta esquadra que me acompaña: porque el Abad de lo que canta, yanta, y luego pueden ir su camino libre, y desembarazadamente, con vn salvoconduto que yo les darè, para que si toparen otras de algunas esquadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar à soldado, ni muger alguna, especialmente à las que son principales. Infinitas, y bien dichas fueron las razones con que los Capitanes agradecieron à Roque su cortesia, y liberalidad, que por tal la tuvieron en dexarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche, para besar los pies, y las manos del gran Roque; pero èl no lo consentió en ninguna manera; antes le pidió perdon de el agrayio, que le avia forçado de cum-

plir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandò la Regenta à vn criado suyo diese luego los ochenta escudos que le avian repartido: y yà los Capitanes avian desembolsado los sesenta: iban los peregrinos à dár toda su miseria; pero Roque dixo, que se estoviesen quedos; y bolviendose à los suyos, les dixo: De estos escudos dos tocan à cada vno, y tobran veinte, los diez se dan à estos peregrinos, y los otros diez à este buen escudero, porque pueda dezir bien de esta aventura; y trayendole aderezo de escribir, de que siempre andava proveido, Roque les diò por escrito vn salvoconduto, para los mayores de sus esquadras, y despidiendose de ellos, les dexò ir libres, y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion, y estraño proceder, teniendole mas por Alexandro Magno, que por ladron conocido. Vno de los escuderos dixo en su lengua Gascona, y Catalana: Este nuestro Capitan, mas es para Frade, que para Vandolero. Si de aqui adelante quisiere mostrarse liberal, sea lo con su hazienda, y no con la nuestra. No lo dixo tan passo el desventurado, que dexasse de oirlo Roque, el qual echando mano à la espada, le abrió la cabeça casi en dos partes, diziendole: De esta manera castigo yo à los deslenguados, y atrevidos. Palmaronse todos, y ninguno le osò dezir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartòse Roque à vna parte, y escribió vna carta à vn su amigo à Barcelona, dandole aviso como estava

configo el famoso Don Quixote de la Mancha, aquel Cavallero Andante de quien tantas cosas se dezian; y que le hazia saber, que era el mas gracioso, y el mas entendido hombre del mundo, y que de allí à quatro dias, que era el de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la Ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rozinante su cavallo, y à su escudero Sancho, sobre vn asno, y que diese noticia de esto à sus amigos los Niarros, para que con él se sologassen, que él quisiera que careciesen de este gusto los Cadells sus contrarios; pero que esto era imposible, à causa que las locuras, à discreciones de Don Quixote, y los donayres de su escudero Sancho Pança, no podian dexar de dar gusto general à todo el mundo. Despachò estas cartas con vno de sus escuderos, que mudando el trage de Vandolero en el de vn Labrador, entrò en Barcelona, y la diò à quien iba.

CAP. LXI. De lo que sucedió à Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras que tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto.

TRes dias, y tres noches estuvo Don Quixote con Roque, y si estuviera trecientos años, no le faltara que mirar, y admirar, en el modo de su vida: aqui amanecio, acullà comian: vnas vezes buian sin saber de quien: y otras esperavan, sin saber à quien. Dormian en piè, interrumpiendo el sueño, mudandose de vn lugar à otro. Todo era poner espías,

escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuzes, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedrenales. Roque passava las noches apartado de los suyos, en partes, y lugares donde ellos no pudiesen saber donde estava: porque los muchos vandos, que el Visorrey de Barcelona avia echado sobre su vida, le traian inquieto, y temeroso, y no se offava fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ò le avian de matar, ò entregar à la justicia: vida por cierto miserable, y enfadosa. En fin, por caminos desviados, por atajos, y sendas encubiertas, partieron Roque, Don Quixote, y Sancho, con otros seis escuderos, à Barcelona. Llegaron à su playa vispera de San Juan en la noche, y abraçando Roque à Don Quixote, y à Sancho, à quien diò los diez escudos promeridos, que hasta entonces no se les avia dado, los dexo, con mil ofrecimientos, que de la vna à la otra parte se hizieron. Bolióse Roque, quedòse Don Quixote esperando el dia así à cavallo como estava, y no tardò mucho, quando començò à descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca Aurora, alegrando las yervas, las flores, en lugar de alegrar el oído: aunque al mismo instante alegraron tambien al oído el son de muchas chirimias, y atabalillos, ruydo de cascaveles, trapa, trapa, aparta aparta, de corredores, que al parecer de la Ciudad salian, diò lugar la Aurora al Sol, que vn rostro mayor que el de vna rodela por el mas baxo Orizonte, poco à poco se iba levantando. Tendie-

ron Don Quixote , y Sancho la vista por todas partes , vieron el mar , hasta entonces de ellos no visto ; parecióles espaciofísimo ; y largo , harto mas que las lagunas de Ruidera , que , en la Mancha avian visto . Vieron las galeras que estavan en la playa , las quales abatiendo las tiendas , se descubrierõ llenas de famulas , y gallardetes , que tremolavan al viento , y besavan , y barrían el agua : dentro sonavan clarines , trompetas , y chirimías , que cerca , y lexos llenavan el ayre de suaves , y belicosos acentos , començaron à moverse , y à hazer modo de escaramuza por las sossegadas aguas , correspondiendoles casi al mismo modo infinitos Cavalleros , que de la Ciudad sobre hermosos cavallos , y con vistosas libreas salian . Los soldados de las galeras disparavan infinita artilleria , à quien respondian los que estavan en las murallas , y fuertes de la Ciudad . La artilleria gruesa , con espantoso estruendo rompía los vientos , à quien respondian los cañones de cruçia de las galeras . El mar alegre , la tierra jocunda , el ayre claro , solo tal vez turbio del humo de la artilleria , parece que iba fundiendo , y engendrando gusto subito en todas las gentes . No podia imaginar Sancho Pança , como pudiesen tener tantos pies à aquellos bultos , que por el mar se movian . En esto llegaron corriendo con grita , lillies , y algazara los de las libreas , adonde Don Quixote de la Mancha , suspenso , y atonito estava , y vno de ellos , que era el avisado de Roque , dixo en alta voz à Don Quixote : Bien sea venido à nuestra

Ciudad el espejo , el farol , la estrella ; y el norte de toda la Cavalleria andante , donde mas largamente se contiene . Bien sea venido (dixo) el valeroso Don Quixote de la Mancha : no el falso , no el ficticio , no el apocriose , que en las falsas historias estos dias nos han mostrado , sino el verdadero , el legal , y el fiel , que nos describió Cide Hamets Benengeli , flor de los Historiadores . No respondió Don Quixote palabra , ni los Cavalleros esperaron à que la respondiesse , sino bolviendose , y rebolviendose con los demàs que los seguian , començaron à hazer vn rebuelto caracol al derredor de Don Quixote ; el qual bolviendose à Sancho , dixo : Eitos bien nos han conocido ; yo apostarè , que han leído nuestra historia , y aun la del Aragonès recién impresa . Bolvió otra vez el Cavallero que habló à Don Quixote , y dixole : Vuestra merced , señor Don Quixote , se venga con nosotros , que todos somos sus servidores , y grandes Amigos de Roque Guisart . A lo que Don Quixote respondió : Si cortesias engendran cortesias , la vuestra , señor Cavallero , es hija , ò parienta muy cercana de las de el gran Roque : llevadme do quisiereis , que yo no tendré otra voluntad , que la vuestra , y mas si la quisiereis ocupar en vuestro servicio . Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el Cavallero , y encerrandole todos en medio , al sol de las chirimías , y de los atabales , se encaminaron con èl à la Ciudad ; al entrar de la qual , el malo , que todo

lo malo ordena , y los machachos, que son mas malos que el malo , dos dellos travieffos , y atrevidos se entraron por toda la gente , y alçando el vno de la cola del ruzio , y el otro la de Rocinante , les pusieron , y encaxaron sendos manojos de aliagas; sintieron los pobres animales las nuevas espuelas , y apretando las colas aumentaron su disgusto , de manera , que dando mil corcobos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quixote , corrido , y afrentado , acudió à quitar el plumage de la cola

de su matalote , y Sancho el de su ruzio . Quisieron los que guiavan à Don Quixote castigar el atrevimiento de los muchachos , y no fue posible , porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian; bolvieron à subir Don Quixote , y Sancho con el mismo aplauso , y musica llegaron à la casa de su guia , que era grande , y principal , en fin como de Cavallero rico , donde le dexaremos por aora , porque asì lo quiere Cide Hamete.

CAP. LXII. *Que trata de la aventura de la cabeça encantada , con otras niñerías , que no pueden dexar de contarse.*



DOn Antonio Moreno se llamava el huestede de Don Quixote, Cavallero rico, y discreto, y amigo de holgarse à lo honesto, y asable, el qual
 vien

viendo en su casa à Don Quixote , andava buscando modo como sin su perjuizio facasse à plaça sus locuras, porque no son burlas las que duelen , ni ay passatiempos que valgan, si son con daño de tercero : lo primero que hizo, fue , hazer desarmar à Don Quixote, y facarle à vistas con aquel su estrecho, y muzado vestido (como yà otras vezes le hemos escrito, y pintado) à vn valcõ, que salia à vna calle de las mas principales de la Ciudad, à vista de las gentes, y de los muchachos, que como à mona le miravan : corriendo de nuevo delante del los de las libreas, como si para el solo (no para alegrar aquel festivo dia) se las huvieran puesto , y Sancho estava contentissimo, por parecerle, que se avia hallado , sin saber como, ni como no, otras bodas de Camacho ; otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con Don Antonio algunos de sus amigos , honrando todos, y tratando à Don Quixote como à Cavallero andante , de lo qual hueco , y pomposo no cabia en si de contento : los donayres de Sancho fueron tantos, que de su boca andavan como colgados todos los criados de su casa, y todos quantos le oian. Estandõ à la mesa, dixo Don Antonio à Sancho: Acà tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco, y de albõdiguillas, que si os sobran las guardais en el seno para otro dia No, señor, no es así, respondió Sancho, engañado le han à v. m. porque tengo mas de limpio, que de goloso, y mi señor D. Quixote , que està delante, sabe bien, que con vn puño de bellotas , ù de nuzes,

nos solemos passar entrambos ocho dias : verdad es, que si tal vez me sucede, que me den la baquilla , corro con la fogailla (quiero dezir) que como lo que me dan, y vso de los tiempos como los hallo: y quien quiera que huviere dicho, que yo soy comedor aventajado, y no limpio, tengase por dicho, q̄ no acierta : y de otra manera dixera esto, si no mirara à las barbas honradas, que están à la mesa. Por cierto, dixo Don Quixote, que la parsimonia, y limpieça, con que Sancho come, se puede escribir, y gravar en laminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros: verdad es, que quando el tiene hambre, parece algo tragon, porque come aprieça, y malca à dos carrillos; pero la limpieça siẽpre la tiene en su punto, y en el tiempo que fue Governador aprendiõ à comer à lo melindroso, tanto, que comia con tenedor las vbas , y aun los granos de la granada. Como, dixo Don Antonio, Governador ha sido Sancho? Si, respondió Sancho, y de vna Insula llamada la Baratana, diez dias la governè, à pedir de boca , en ellos perdi el fosiẽgo , y aprendi à despreciar todos los gobiernos del mundo; sali huyendo della, caen vna cueba dõde me tuve por muerto, de la qual sali vivo por milagro. Cõtò Don Quixote por menudo todo el suceso del Gobierno de Sancho , con que diõ gran gusto à los oyentes. Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano à Don Quixote, se entrò con el en vn apartado aposento , en el qual no avia otra cosa de adorno que vna mesa , al parecer de jaspe , que sobre vn pie de lo mismo se

sostenia, sobre la qual estava puesta al modo de las cabeças de los Emperadores Romanos, de los pechos arriba, vna que semejava ser de bronce. Passòse Don Antonio con D. Quixote por todo el aposéto, rodeando muchas vezes la mesa; despues de lo qual dixo: Aora señor Don Quixote que estoy enterado, que no nos oye, y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar à vuestra merced vna de las mas raras aventuras, ò por mejor dezir novedades que imaginarse pueden, con condicion, que lo que à vuestra merced dixere, lo ha de depositar en los vltimos retretes del secreto. Así lo juro (respondió Don Quixote) y aun le hecharé vna losa encima para mas seguridad: porq̄ quiero que sepa vuestra merced, señor Don Antonio (que yá sabia su nombre) que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene léngua para hablar, así que con seguridad puede vuestra merced trasladar lo q̄ tiene en su pecho en el mio, y hazer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fee de esta promessa (respondió Don Antonio) quiero poner à vuestra merced en admiracion có lo que viere, y oyere, y darne à mi algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estava Don Quixote, esperando en qué avian de parar tantas prevenciones; en esto, tomandole la mano Don Antonio, se la passò por la cabeça de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe, sobre que se sostenia, y luego dixo: Esta cabeça señor Don Quixote, ha sido hecha, y fabricada

por vno de los mayores encantadores, y hechizeros, que han tenido el mundo, que creo era Polaco de nacion, y discipulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el qual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos, que le di, labrò esta cabeça, que tiene propiedad, y virtud de responder à quantas cosas al oído le preguntaten: guardò rumbos, pintò caracteres, observò astros, mirò puntos, y finalmente, la sacò con la perfeccion que verèmos mañana, porque los Viernes está muda, y oy que lo es nos ha de hazer esperar hasta mañana: en este tiempo, podrá vuestra merced prevenirse de lo que querrà preguntar, que por experiencia sè que dije verdad en quanto responde. Admirado quedò Don Quixote de la virtud, y propiedad de la cabeça, y estuvo por no creer à Don Antonio; pero por ver quan poco tiempo avia para hazer la experiencia, no quiso dezirle otra cosa, sino que le agradecia el averle descubierto tan gran secreto: salieron del aposento, cerrò la puerta Don Antonio con llave, y fueronse à la sala, donde los demás Cavalleros estavan: en este tiempo les avia contado Sancho muchas de las aventuras, y sucesos que a su amo avian acòrecido. Aquella tarde sacaron à passar à D. Quixote, no armado, sino de rua, vestido vn valandran de paño leonado, q̄ pudiera hazer sudar en aquel tiempo al mismo yelo; ordenarò có sus criados que entretuviesen à Sanchito, de modo, q̄ no le dexassen salir de casa: iba D. Quixote, no sobre Rozinante, sino sobre vn gran macho de passo

llano, y muy bien adereçado; pusieronle el balandran, y en las espaldas, sin que lo viese, le colieron vn pergamino, donde le escrivieron cõ letras grandes: Este es Don Quixote de la Mancha: en començando el paseo, llevaba el rotulo los ojos de quantos venian à verle, y como leian: Este es Don Quixote de la Mancha; admiravase Don Quixote de ver, q̄ quantos le miravan le nombra-
van, y conocian; y bolviendose à Don Antonio, q̄ iba à su lado, le dixo: Grande es la prerrogativa que encierra en si la andante Cavalleria, pues haze conocido, y famoso al que la professa por todos los terminos de la tierra; tino mire vuestra merced, señor D. Antonio, q̄ hasta los muchachos de esta Ciudad, sin nunca averme visto me conocē. Así es señor Don Quixote (respondiò Don Antonio) que así como el fuego no puede estar escondido, y encerrado, la virtud no puede dexar de ser conocida, y la que se alcança por la professiõ de las armas, resplandece, y campea sobre todas las otras. Acaeciò, pues, que yendo Don Quixote con el aplauso que se ha dicho, vn Castellano, que leyò el rotulo de las espaldas, alçò la voz, diciendo: Valgate el diablo por Don Quixote de la Mancha, como que hasta aqui has llegado sin averme muerto los infinitos palos que tienes à cuestras? Tu eres loco, y si lo fueras à solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal, pero tienes propiedad de bolver locos, y mentecatos à quantos te tratã, y comunican; sino mirento por estos señores q̄ te acõpañan. Buelvete, mentecato, à tu casa, y mira por tu hazienda, por tu muger, y tus hijos, y dexate des-

tas variedades, q̄ te carcõmen el seso, y te deturran el entendimiẽto. Her nano (dixo Don Antonio) seguid vuestro camino, y no deis consejos à quien no os lo pide. El señor Don Quixote de la Mancha, es muy cuerdo, y nosotros, q̄ le acompaõamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera q̄ se hallare, y andad en hora mala, y no os metais donde no os llaman. Par diez vuestra merced tiene razon (respondiò el Castellano) que aconsejar à este buẽ hombre, es dar cõzes eontra el agujon; pero con todo esto me dà muy gran lastima, que el buen ingenio que dizen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desague por la canal de su andante Cavalleria; y la en hora mala que vuestra merced dixo (sea para mi) y para todos mis descèdiẽtes, si de oy mas, aunq̄ viviese mas años que Matufalen, diere consejo à nadie, aunque me lo pida. Apartòse el consejero, siguiò adelante el paseo; pero fue tanta la priesa que los muchachos, y toda la gente tenia leyendo el rotulo, que se le hubo de quitar Don Antonio, como que le quitava otra cosa. Llegò la noche, bolviéronse à casa, hubo sarao de damas: porque la muger de D. Antonio, q̄ era vna señora principal, y alegre, hermosa, y discreta, combidò à otras sus amigas à que viniesen à honrar à su huesped, y à gustar de sus nũca vistas locuras. Vinieron algunas, cenòse esplendidamente, y començòse el sarao casi à las diez de la noche: entre las damas avia dos de gusto picaro, y burlonas; y con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dár lugar que las burlas alegrasen sin enfado, Estas dixerõ tanta priesa en sa-

car à dançar à D. Quixote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el anima. Era cosa de ver la figura de D. Quixote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo, no nada ligero: requebravale como à hurto las damiselas; èl tambien como à hurto las desdeñava; pero viense apretar de requiebros, alzò la voz, y dixo: (Fugite partes adversæ) dexadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos, allà os advenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es Reyna de los mios, es la sin par Dulcinea del Toboso; no consiente que ningunos otros, que los suyos me avassallen, y riandan, y diziendo esto se sentò en mitad de la sala en el suelo, molido, y quebrantado de tan bailador exercicio. Hizo Don Antonio, q̄ le llevassen en peso à su lecho, y el primero que asìò del, fue Sancho, diziendo: Nora en tal, señor nuestro amo, lo aveis bailado; pétais que todos los valientes sò dançadores, y todos los andantes Cavalleros baylatines (Digo, que si lo pensais, que estais engañado, hombre à que se atreverà à matar à vn Gigante, antes que hazer vna cabriòla: si huvierades de çapatear, yo supliera vuestra falta que çapateo como vn girifalte, pero en lo del dançar no doy puntada. Con estas, y otras razones, diò que reir Sancho à los del farao, y diò con su amo en la cama, arropàdole para que sudasse la frialdad de su baile. Otro dia le pareció à Don Antonio ser bien hazer la experiencia de la cabeça encantada, y con Don Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos señoras que avian molido à D. Quixote en el baile, que aquella noche se avian

quedado cò la muger de Don Antonio, se encerrò en la estancia dòde estava la cabeça: contòles la propiedad q̄ tenia, encargòles el secreto, y dixòles, que aquel era el primero dia, adonde se avia de probar la virtud de la tal cabeça encantada, y sinò eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el busilis del encàto, y aun si Don Antonio no se lo huviera descubierto primero à sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiraciò en que los demàs cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traça, y tal ordẽ estava fabricada. El primero, que se llegó al oïdo de la cabeça, fue el mismo Don Antonio, y dixole en voz sumissa, pero no tanto, que de todos no fue entendida: Dime, cabeça, por la virtud que en ti se encierra, que pensamientos tengo yo aora? Y la cabeça le respondiò, sin mover los labios, con voz clara, y distinta, de modo que fue de todos entendida esta razon: Yo no juzgo de pensamientos, oyendo lo qual todos quedaron atonitos, y mas viendo, que en todo el aposento, ni alderrador de la mesa, no avia persona humana que respòder pudiesse. Quantos estamos aqui (tornò à preguntar D. Antonio?) y fuele respondido por el propio tenor passo. Estais, tu, y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y vn Cavallero famoso, llamado D. Quixote de la Mancha, y vn escudero, que Sancho Pança tiene por nõbre. Aqui si que fue el admirarse de nuevo: aqui si que fue el erizarle los cabellos à todos de puro espanto. Y apartandote D. Antonio de la cabeça, dixo: Esto me basta para dar me à entender, que no fue engaño del que te me

vendiò, cabeça sabia, cabeça habladora, cabeça respondona, y admirable cabeça. Llegue otro, y preguntela lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas, y amigas de saber, la primera que se llegó, fue vna de las dos amigas de la muger de Don Antonio, y lo que le preguntò, fue: Dime, cabeça, que harè yo para ser muy hermosa; y fue la respondido; sè muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntanta. Llegò luego la còpañera, y dixo: Querria saber, cabeça, si mi marido me quiere bien, ò no. Y respondieronla: Mira las obras que te haze, y echarlo has de ver. Apartòse la casada, diziendo: Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta; porque enefeto, las obras que se hazen, declaran la voluntad que tiene el que las haze. Luego llegó vno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntòle: Quien soy yo? Y fuele respondido: Tu lo sabes. No te pregunto esto, respondió el Cavallero, sino que me digas, si me conoces tu? Si conozco, respondieron, que eres Don Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ò cabeça, que lo sabes todo. Y apartandose, llegó el otro amigo, y preguntòle: Dime, cabeça, què defeos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo le dicho (le respondieron) que yo no juzgo de defeos; pero con todo esto te sè dezir, que los que tu hijo tiene, son de enterrarte. Eflo es, dixo el Cavallero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegòse la muger de Don Antonio, y dixo; Yo no sè cabeça que preguntarte, solo querria saber de ti, si gozarè muchos años de buen marido? Y respondieronla; Si go-

zaràs, porque su salud, y su templança en el vivir prometè muchos años de vida, la qual muchos fueren à cortar por su destemplança: Llegòse luego Don Quixote, y dixo: Dime tu el què respondes; fue verdad, ò fue sueño lo que yo cuento q̄ me passò en la cueva de Montesinos, seràn ciertos los açotes de Sàcho mi escudero, tédrà efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la cueva, respondieron, ay mucho que dezir, de todo tiene: los açotes de Sàcho iràn de espacio, el desencanto de Dulcinea llegará à devida execucion. No quiero saber mas, dixo Don Quixote, que como yo vea à Dulcinea desencantada, harè cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare à desear. El vltimo preguntante fue Sancho, y lo q̄ preguntò fue: Por ventura, cabeça, tendré otro Gobierno, saldè de la estrechez de escudero, bolverè à ver à mi muger, y à mis hijos? A lo que le respondió: Governaràs en tu casa, y si buelves à ella, veràs à tu muger, y à tus hijos y dexàdo de servir dexaràs de ser escudero. Bueno par Dios, dixo Sancho Pança, esto yo me lo dixera, no dixera mas el Profeta Perogrullo. Bestia (dixo Don Quixote) què quieres que te respondan? No basta que las respuestas que esta cabeça ha dado, correspondan à lo q̄ se le preguntan? Si basta (respondiò Sancho) pero quisiera yo q̄ se declarara mas y me dexera mas. Con esto se acabaron las preguntas, y respuestas, pero no se acabò la admiraciò en q̄ todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabian. El qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo,

cre-

creyendo que algun hechizero , y extraordinario misterio en la tal cabeça se encerrava : y assi dize , que Don Antonio Moreno , à imitacion de otra cabeça que viò en Madrid , fabricada por vn estampero , hizo esta en su casa , para entretenerse , y suspender à los ignorantes ; y la fabrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo , pintada , y barnizada como jaspe ; y el pie sobre que se sostenia , era de lo mismo , con quatro garras de Aguila , que de èl salian para mayor firmeza del peso. La cabeça , que parecia medalla , y figura de Emperador Romano , y de color de bronce , estava toda hueca , y ni mas , ni menos la tabla de la mesa , en que se encaxava tan justamente , que ninguna señal de juntura se parecia : el pie de la tabla era asimismo hueco , que respondia à la garganta , y pechos de la cabeça : y todo esto venia à responder a otro aposento , que debaxo de la estancia de la cabeça estava. Por todo este hueco de pie , mesa , garganta , y pechos de la medalla , y figura referida , se encaminava vn cañon de hoja de lata muy justo , que de nadie podia ser visto. En el aposento de abaxo , correspondiente al de arriba , se ponía el que avia de responder , pegada la boca con el mismo cañon , de modo , que à modo de cerbatana iba la voz de arriba abaxo , y de abaxo arriba en palabras articuladas , y claras ; y de esta manera no era posible conocer el embuste. Vn sobrino de Don Antonio , estudianto agudo , discreto , fue el respondiente ; el qual estando avisado de su señor tio de los que avian de entrar con èl en aquel

dia en el aposento de la cabeça , le fue facil responder con presteza , y puntualidad à la primera pregunta , à las demás respondia por conjeturas , y como discreto discretamente. Y dize mas Cide Hamete , que hasta diez , ò doze dias durò esta maravillosa maquina ; pero que divulgandose por la Ciudad que Don Antonio tenia en su casa vna cabeça encantada , que à quantos le preguntavan respondia : temiendo no llegasse à los oídos de las despiertas centinelas de nuestra Fè , aviendo declarado el caso à los señores Inquisidores , le mandaron , que lo deshiziesse , y no passasse mas adelante , porque el vulgo ignorante no se escandalizasse. Pero en la opinion de Don Quixote , y de Sancho Pança , la cabeça quedó por encantada , y por respondona , mas à satisfacion de Don Quixote , que de Sancho. Los Cavalleros de la Ciudad , por complacer à Don Antonio , y por agafajar à Don Quixote , y dar lugar à que descubriessse sus sandezes , ordenaron de correr sortija de alli à seis dias , que no tuvo efecto , por la ocasion que se dirà adelante. Diòle gana à Don Quixote de passar la Ciudad à la llana , y à pie , temiendo que si iba à cavallo , le avian de perseguir los muchachos ; y assi èl , y Sancho con otros dos criados q̄ D. A. tonio le diò , salieron à passarse. Sucediò , pues , que yendo por vna calle , alzò los ojos D. Quixote , y viò escrito sobre vna puerta , con letras muy grandes : Aqui se imprimen libros , de lo q̄ se contentò mucho , porq̄ hasta entonces no avia visto Imprèta alguna , y deseava saber como fuesse. Entrò detrás cò todo su acompa-

namiento, y viò tirar en vna parte, corrigir en otra, componer en esta, enmendar en aquella; y finalmente toda aquella maquina, que en las Imprentas grandes se muestra. Llegavase Don Quixote à vn caxon, y preguntava, que era aquello que alli se hazia, davanle cuenta los oficiales, admiravase, y pasava adelante. Llegò en otras à vno, y preguntòle, què era lo que hazia? El oficial (le respondió:) Señor, este Cavallero que aqui està, y enseñòle à vn hombre de muy buen talle, y parecer, y de alguna gravedad, ha traducido vn libro Toscano en nuestra lengua Castellana, y estoyle yo compuniendo para darle à la estampa. Què titulo tiene el libro? preguntò Don Quixote. A lo que el Autor (respondió:) Señor, el libro en Toscano se llama, Lebagatele. Y què responde Lebagatele en nuestro Castellano? (preguntò Don Quixote.) Lebagatele, dixo el Autor, es como si en Castellano dixesemos los juguetes; y aunque este libro es en el nòbre humilde, contiene, y encierra en si cosas muy buenas, y substanciales. Yo, dixo Don Quixote, sè algun tanto del Toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto; pero digame vuestra merced, señor mio (y no digo esto, porque quiero examinar el ingenio de vuestra merced, sino por curiosidad no mas) ha hallado en su escritura alguna vez nombrar piñata? Si, muchas vezes, respondió el Autor. Y como la traduce vuestra merced en Castellano? (preguntò D. Quixote.) Como la avia de traducir, replicò el Autor, sino diciendo holla. Cuerpo de tal (dixo Don Quixote) y que adelante està v. md. en

el Toscano idioma: yo apostarè vna buena apuesta, que adonde diga en el Toscano piache, dize vuestra merced en el Castellano place, y adonde diga piu, dize mas, y èl se declara con arriba, y el piu con abaxo. Si declaro por cierto (dixo el Autor) porque essas son sus propias correspondencias. Ostarè yo jurar (dixo Don Quixote) que no es vuestra merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos, què de habilidades ay perdidas por ai, què de ingenios arrinconados, què de virtudes menospreciadas; pero con todo esto me parece, que el traducir de vna lengua en otra, como no sea de las Reynas de las lenguas, Griega, y Latina, es como quien mira los tapices Flamencos, por el rebès, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escnrecen, y no se ven con la lisura, y tez de la haz, y el traducir de lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no se arguye el que traslada, ni el que copia vn papel de otro papel, y no por esto quiere inferir, que no sea loable este exercicio del traducir; porque en otras cosas peores se podia ocupar el hombre, y que menos provecho le traxessen. Fuera de esta cuenta van los famosos traductores, el vno el famoso Doctor Christoval de Figueroa, en su Pastor Fido; y el otro Don Juan de Xauregol, en su Aminta, donde felizmente ponen en duda qual es la traduccion, ò qual el original. Pero digame vuestra merced, este libro imprimefe por su cuenta, ò tiene yà vendido el privilegio à algun Librero? Por mi cuenta lo imprimo (respondió el

Autor) y pienso ganar mil ducados por lo menos en esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar à seis reales cada vno en daca las pajas. Bien està v. m. en la cuenta (respondiò Don Quixote:) Bien parece que no sabe las entradas, y salidas de los Impresores, y las correspondencias que av de ~~vna~~ ~~à~~ ~~otra~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~que~~ ~~se~~ ~~prometo~~, que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espâte, y mas si el libro es vn poco abiefo, y no nada picante. Pues què (dixo el Autor) quiere v. m. que se lo dè à vn Librero, que me dè por el Privilegio tres maravedis, y aun piéfa que me haze merced en darmelos? Yo no imprimo mis libros para alcançar fama en el mûdo, que y à en èl soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin èl no vale vn quattrin la buena fama. Dios le dè à vuestra merced buena manderecha (respondiò Don Quixote) y passò adelante à otro caxon, donde viò, que estavan corrigiendo vn pliego de vn libro, que se intitulava: Luz del alma, y en viendole, dixo: Estos tales libros, aunque ay muchos de este genero, son los que se deven imprimir: porque son muchos los pecadores que se vsan, y son menester infinitas luzes para tantos desalumbra- dos. Passò adelante, y viò que asimismo estavan corrigiendo otro libro, y preguntando su titulo, le respondieron, que se llamava la segunda parte del ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, compuesto por vn tal vezino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia de este libro (dixo Don Quixote) y en ver- dad, y en mi conciencia, que pensè que

Part. II.

yà estava quemado, y hecho pìivos por impertinente; pero su San Martin se le llegarà, como à cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas, y deleitables, quanto se llegan à la verdad, ò la semejança de ella: y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas; y dizen- do esto con muestras de algun despe- cho, se saliò de la Imprenta, y aquel mismo dia ordenò D. Antonio de lle- varle à ver las galeras, que en la playa estavan, de que Sancho se regozijò mucho, à causa que en su vida las avia visto. Avisò Don Antonio al Quatral- vo de las galeras, como aquella tarde avia de llevar à verlas à su huesped el famoso Don Quixote de la Mancha, de quien yà el Quatralvo, y todos los ve- zinos de la Ciudad tenian noticia, y lo que le sucediò en ellas, se dirà en el si- guiente Capitulo.

CAP. LXIII. *De lo mal que le avino à Sancho Pança, con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.*

GRandes eran los discursos que D. Quixote hazia, sobre la respuesta de la encantada cabeça, sin que ninguno dellos dieffe en el embuste, y todos paravan con la promessa, que èl tuvo por cierto, del desécanto de Dulcinea, allí iba, y venia, y se alegrava entre si mismo, creyendo que avia de ver pres- to su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser Governador, como queda dicho, todavia deseava bolver à mandar, y à ser obedecido, que esta mala aventura trae consigo el mando,

X 2

aun-

aunque sea de burlas. En resolución, aquella tarde Don Antonio Moreno, su huésped, y sus dos amigos, con Don Quixote, y Sancho, fueron á las galeras; el Quatralvo que estava avisado de su buena venida, por ver á los dos famosos Quixote, y Sâcho, apenas llegaron á la marina, quando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirrimias, arrojó luego el esquisfe al agua cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en el D. Quixote, disparó la Capitana el cañon de cruzia, y las otras galeras hizieron lo mismo, y al subir Don Quixote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es vfança, quando vna persona principal entra en la galera, diciendo: Hu, hu, hu, tres vezes; dióle la mano el General, que con este nombre le llamaremos, que era vn principal Cavallero Valenciano, abrazó á Don Quixote, diciendole: Este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser vno de los mejores que pienso llevar en mi vida, aviendo visto al señor Don Quixote de la Mancha: tiempo, y señal que nos muestra, que en él se encierra, y cifra todo el valor de la Andante Cavalleria. Con otras no menos corteses razones le respondió Don Quixote, alegre sobre manera de verse tratar tan á lo señor. Entraró todos en la popa, que estava muy bien aderezada, y sentaronse por los bandines, paísóle el Comitre en cruzia, y dió señal con el pito, que la chusma hiziesse fuera ropa, que se hizo en vn instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas quando vió hazer tienda

con tanta priesa, que á él le pareció, que todos los diablos andavan allí trabajando; pero esto todo fueron tortas, y pan pintado, para lo que agora diré. Estava Sancho tentado sobre el estanterol, junto al respaldar de la mano derecha; el qual ya avisado de lo que avia de hazer, asíó de Sancho, y levantandole en los brazos, toda la chusma puesta en pie, y alerta, començando de la derecha vanda, le fue dando, y bolteando sobre los brazos de la chusma, de vanco en vanco, con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó, que los mismos demonios le llevavan, y no parará con él, hasta bolverle por la siniestra vanda á ponerle en la popa. Quedó el pobre molido, y jadeando, y trasudando, sin poder imaginar qué fuesse lo que sucedido le avia. Don Quixote que vió el buelo sin alas de Sancho, preguntó al General, que si eran ceremonias aquellas que se vsavan con los primeros que entravan en las galeras: porque si acaso lo fuesse, el que no tenia intencion de professar en ellas, no querria hazer semejantes ejercicios, y que votava á Dios, que si alguno llegava á asirle para boltearle, que le avia de facar el alma á puntillazos, y diciendo esto, se levantó en pie, y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dexaron caer la entena de alto abaxo; pensó Sancho, que el Cielo se descucaxava de sus quicios, y venia á dar sobre su cabeça, y agoviandola llena de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quixote, que tambien se estremeció, y encogió de ombros,

y per-

Y perdió la color del rostro. La chufma hizo la entena con la misma priesa, y ruido que le avian amainado; y todo esto callando, como si no tuvieran voz, ni aliento; hizo señal el Comitre que zarpassen el ferro, y saltando en mitad de la cruxia con el corvacho, ò rebenque, començò à mosquear las espaldas de la chufma, y alargarse poco à poco à la mar. Quando Sancho viò à vna moverse tantos pies colorados, que tales pensò el que eran los remos, dixo entre si: Estas si que son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dize: Què han hecho estos desdichados, que así los azotan, y como este hombre solo, que anda por aquí silvando, tiene atrevimiento para azotar à tanta gente? Aora yo digo, este es el infierno, ò por lo menos el Purgatorio. Don Quixote que viò la atencion con que Sancho mirava lo que passava, le dixo: A Sancho amigo, y con que brevedad, y quan à poca costa os podiades vos, si quisièdes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea, pues con la miseria, y penas de tantos no sintierades vos mucho la vuestra: y mas, que podria ser, que el sabio Merlin tomasse en cuenta cada azote de estos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os aviades de dar. Preguntar querria el General, que azotes eran aquellos, ò que desencanto de Dulcinea, quando dixo el marinero: Señal haze Mòjui de que ay baxel de remos en la Costa, por la vanda del Poniente. Esto oido, saltò el General en la cruxia, y dixo: Ea hijos, no se nos vaya, algun vergantin de Cosarios

de Argel debe de ser este, q̄ la atalaya nos señala. Llegaronte luego las otras tres galeras à la Capitana à saber lo q̄ se les ordenava: mandò el General, que las dos saliesen à la mar, y el con la otra iria tierra à tierra, porque así el baxel no se les escaparia. Apretò la chufma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que bolavan. Las que salieron à la Mar, à obra de dos millas descubrieron vn baxel, que con la vista le marcaron por de hasta catorze, ò quinze vâcos, y así era la verdad; el qual baxel, quando descubriò las galeras, se puso en caza, con intencion, y esperança de escaparse por su ligereza; pero avinole mal, porque la galera Capitana, era de los mas ligeros baxeles que en la mar navegavan, y así le fue entrando, que claramente los del vergantin conocieran que no podian escaparle; y así el Arraez quitiera que dexaran los remos, y se entregaran, por no irritar à enojo al Capitán que nuestras galeras regia; pero la fuerte, que de otra manera lo guiava, ordenò, que yà que la Capitana llegava tan cerca, que podian los del baxel oir las voces que desde ella les dezian, que se rindiesen: dos Torquis, que es como dezir, dos Turcos, borrachos, que en el vergantin venian con estos doze, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte à dos soldados, que sobre nuestras arribadas venian. Viendo lo qual, juro el General de no dexar con vida à todos quantos en el baxel tomasse, y llegando à embestir con toda furia, se le escapò por debaxo de la palamenta, passò la galera adelante vn buen tre-

cho, los del Baxel se vieron perdidos, hizieron vela, en tanto que la galera bolvia, y de nuevo à vela, y remo se pusieron en caça; pero no les aprovechò su diligencia, tanto como les dañò su atrevimiento: porque alcançandoles la Capitana à poco mas de media milla, les hechò la palamenta encima, y los cogiò vivos à todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas quatro con la presa bolvieron à la playa, donde infinita gente los estava esperàdo, deseosos de ver lo que traian. Diò fondo el General cerca de tierra, y conociò, q̄ estava en la marina el Virrey de la Ciudad; mandò hechar el esquife para traerle, y mandò amainar la entena, para ahorcar luego, luego al Arraez, y à los demás Turcos, que en el baxel avia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros Turcos. Preguntò el General quien era el Arraez del vergantín, y fuele respondido por vno de los cautivos en lengua Castellana (que despues pareciò ser renegado Español) este mancebo, señor, que aquí vès, es nuestro Arraez, y mostròle vno de los mas bellos, y gallardos moços que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegava à veinte años. Preguntòle el General: Dime mal aconiejado perro, quien te moviò à matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte; este respeto se guarda à las Capitanas? No sabes tu, que no es valentia la temeridad? Las esperanças dudosas han de hazer à los hōbres atrevidos; pero no temerarios: Responder querria el Arraez; pero no

pudo el General por entonces oír la respuesta, por acudir à recibir al Virrey que ya entrava en la galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas de el pueblo. Buena ha estado la caça, señor General (dixo el Virrey.) Y tan buena, respondiò el General, qual la vera V. Exc. agora colgada desta entena. Como ansí, replicò el Virrey? Porque me han muerto (respondiò el General) contra toda ley, y cōtra toda razò, y vsàça de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar à quantos he cautivado, principalmente à este moço, que es el Arraez del vergantín, y enseñòle al q̄ ya tenia atadas las manos, y hechado el cordel à la garganta, esperando la muerte. Miròle el Virrey, y viendole tan hermoso, y tã gallardo, y tan humilde, dandole en aquel instante vna carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escusar su muerte, y así le preguntò: Dime Arraez, eres Turco de naciò, ò Moro, ò renegado? A lo que el moço respondiò: en lengua afsimifmo Castellana: Ni soy Turco de naciò, ni Moro, ni renegado. Pues què eres? replicò el Virrey. Muger Christiana (respondiò el mancebo.) Muger Christiana, y è tal trage, y tales pasos, mas es cosa para admirada, q̄ para creerla. Suspended, dixo el moço, ò señores, la execucion de mi muerte, q̄ no se perderà mucho en q̄ se dilate vuestra vengança en tanto q̄ yo os cuète mi vida. Quien fuera el de coraçõ tan duro que con estas razones no se ablandara, ò à lo menos hasta oír las que el triste, y lastimado mancebo, dezir querria? El General le dixo, que dixese

se lo que quisiese; pero que no esperaba alcançar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia, el moço comenzó à dezir desta manera. De aquella nacion mas desdichada, que prudente, sobre quien ha llovido estos dias vn mar de desgracias, nací yo de Moriscos padres engendrada, en la coriente de su desventura fuy yo por dos tios míos llevada à Berberia, sin que me aprovechasse dezir, que era Christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas, ni aparentes, si no de las verdaderas, y Catholicas: no me valió con los que tenían à cargo nuestro miserable destierro dezir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde avia nacido, y assi por fuerça mas que por grado, me traxeron consigo. Tuve vna madre Christiana, vn padre discreto, y Christiano, ni mas, ni menos: mamè la Fè Catolica en la leche, crieme con buenas costumbres, ni en la lengua, ni en ellas jamás, à mi parecer, di señales de ser Morisca: al par, y al passo destas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura, si es que tengo alguna, y aunque mi recato, y mi encerramiento fue mucho, no devió de ser tanto, que no tuviesse lugar de verme vn mancebo Cavallero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de vn Cavallero, que junto à nuestro lugar otro fuyo tiene: como me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mí, y como yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo, que entre la lengua,

Part. II.

y la garganta se ha de arravesar el riguroso cordel, que me amenaza; y assi solo dirè, como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio: mezclòse con los Moriscos, que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tios míos, que consigo me traian, porque mi padre prudente, y prevenido, assi como oyó el primer vando de nuestro destierro se salió de el lugar, y se fue à buscar alguno en los Reynos estranos, que nos acogiesse; dexò encerradas, y enterradas en vna parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas, y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro: mandòme, que no tocasse al tesoro que dexava en ninguna manera, si ocafo antes que èl bolviesse nos desterravan. Hizelo assi, y con mis tios (como tengo dicho) y otros parientes, y allegados passamos à Berberia, y el lugar donde hizimos asiento, fue en Argel, como si le hizieramos en el mismo inferno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas que en parte fue ventura mia. Llamòme ante sí, preguntòme, de que parte de España era, y que dinero, y que joyas traía? dixele el lugar, y que las joyas, y dineros quedavan en èl enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma bolviesse por ellos: Todo esto le dixè temerosa de que no le cegasse mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas platicas, le llegaron à dezir, como venia conmigo vno de los mas gallardos, y hermosos mance-

X4

bos

hos que se podía imaginar : luego entendí, que lo dezía por D. Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atrás las mayores que encarecerse pueden. Turbeme, considerando el peligro que Dó Gregorio corría, porque entre aquellos Barbaros Turcos, en mas se tiene, y estima vn muchacho, ò mancebo hermoso, que vna muger por bellísima q̄ sea. Mandò luego el Rey, que se le traxessen allí delante para verle, y preguntò me, si era verdad lo que de aquel mozo le dezian, entonces yo, casi como prevenida del Cielo, le dixi, que si era; pero que le hazia saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicava me la dexasse ir à vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrasse su belleza, y cò menos empacho pareciesse ante su presència. Dixome, que fuesse en buena hora, y q̄ otro dia hablaríamos en el modo q̄ se podía tener para que yo bolviessse à España à sacar el escondido tesoro. Hablé con D. Gaspar, conzèle el peligro que corría el mostrar ser hombre: vestile de Mora, y aquella misma tarde le traxe à la presència del Rey, el qual en viendole, quedò admirado, y hizo de signio de guardarla, para hazer presente della al Grã Señor, y por huir del peligro que en el ferrallo de sus mugeres podía tener, y temer de sí mismo, la mandò poner en casa de vnas principales Moras, que la guardassen, y la sirviesse: à donde le llevaron luego; lo que los dos sentimos (que no puedo negar que no le quiero) se dexi à la consideració de los q̄ se apartan, si bien se quieren, diò luego traza el Rey de que yo bolviessse à España en este vergantín, y que me acompañassen dos Turcos de

nació, q̄ fueron los que mataron nuestros soldados : vino tambien conmigo este renegado Español, señalando al q̄ avia hablado primero, del qual sè yo bien que es Christiano encubierto, y q̄ viene con mas deseo de quedarse en España, que de volverse à Berberia: la demas chusma del vergatín son Moros, y Turcos, que no sirven de mas, que de vogar al remo: los dos Turcos codiciosos, è insolentes, sin guardar el ordé que traíamos, de que à mí, y à este renegado en la primer parte de España, en habito de Christianos (de q̄ venimos proveídos) nos echassen en tierra, primero quisieron barrer esta Costa, y hazer alguna presa si pudiessen; temiendo que si primero nos echavan en tierra, por algun accidente que à los dos nos sucediesse, podríamos descubrir que quedava el vergantín en la mar, y si acaso huviesse galeras por esta Costa, los tomarían: anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas quatro galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que aveis visto. En resolucion D. Gregorio queda en habito de muger entre mugeres, cò manifesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos esperádo, ò por mejor dezir, temiendo perder la vida que yá me cansa. Este, señor, es el fin de mi lamentable historia; tan verdadera, como desdichada: lo que os ruego es, que me dexeis morir como Christiana (pues como yá he dicho) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caído; y luego callò, preñados los ojos de tiernas lagrimas, à quien acompañaron muchos de los que presentes estaban. El Virrey, tierno, y compasivo,

fin

sin hablarle palabra se llegó à ella , y la quitò con sus manos el cordel , que las hermosas de la Mora ligava. En tanto , pues , que la Morisca Christiana su peregrina historia tratava , tuvo clavados los ojos en ella , vn anciano peregrino , que entrò en la galera , quãdo entro el Virrey , y apenas diò fin à su platica la Morisca , quando èl se arrojò à sus pies , y abraçado dellos , con interrumpidas palabras de mñ folloços , y suspiros , la dixo : O Ana Felix , desdichada hija mia , yo soy tu padre Ricote , que bolvia à buscarte , por no poder vivir sin ti , que eres mi alma , à cuyas palabras abrió los ojos Sancho , y alçò la cabeça (que inclinada tenia , pensando en la desgracia de su passeio) y mirando al peregrino , nonociò ser el mismo Ricote , que topò el dia que falliò de su Gobierno , y confirmòse , que aquella era su hija , la qual ya desatada abrazò à su padre , mezclando sus lagrimas con las suyas : el qual dixo al General , y Virrey , esta señores , es mi hija , mas desdichada en sus sucesos , que en su nombre. Ana Felix se llama , con el sobrenombre de Ricote , famosa tanto por su hermosura , como por mi riqueza ; yo salí de mi patria à buscar en Reynos estraños quien nos albergasse , y recogiesse , y aviendole hallado en Alemania , bolvi en este habito de peregrino , en compañía de otros Alemanes à buscar mi hija , y à desenterrar muchas riquezas que dexè escondidas , no hallè à mi hija , hallè el tesoro que conmigo traigo , y agora por el estraño rodeo que aveis visto , he hallado el tesoro que mas me enriquece , que es à mi

querida hija , si nuestra poca culpa , y sus lagrimas , y las mias , por la integridad de vuestra justicia , pueden abrir puertas à la misericordia , vvalda con nosotros , que jamàs tuvieron pensamiento de ofenderos , ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros , que injustamente han sido desterrados. Entoces (dixo Sancho) bien conozco à Ricote , y sè que es verdad lo que dize en quanto à ser Ana Felix su hija , que essotras zarandajas de ir , y venir , tener buena , ò mala intencion , no me entrometo. Admirados del estraño caso todos los presentes , el General dixo , vna orp vna , vuestras lagrimas no me dexarán cumplir mi juramento , vivid hermosa Ana Felix los años de la vida , que os tiene determinado el Cielo , y lleven la pena de su culpa los insolentes , y atrevidos que la cometieron , y mandò luego ahorcar de la entena à los dos Turcos , que à sus dos soldados avian muerto ; pero el Virrey le pidió encarecidamente no los ahorcasse , pues mas locura , que valentia avia sido la suya. Hizo el General lo que el Virrey le pedia , porque no se executan bien las venganças à sangre elada : procuraron luego dar traza de sacar à Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedava. Ofreciò Ricote para ellos mas de dos mil ducados , que en perlas , y en joyas tenia : dieròse muchos medios ; pero ninguno fue tal , como el que diò el renegado Español , que se ha dicho , el qual se ofreciò de bolver à Argel en algun barco pequeño , de haita seis vâcos , armado de reinos Christianos , porque el sabia don-

donde, como, y quando podia, y devia desembarcar: y assi mismo no ignorava la casa donde Don Galpar quedava.

Dudaron el General, y el Virrey el fiarse del Renegado, ni confiar de los Christianos que avian de vogar el remo. Fióle Ana Felix, y Ricote su padre dixo, que salia à dar el rescate de los Christianos, si acaso se perdiessen. Firmados, pues, en este parecer, se desem-

barcò el Virrey, y Don Antonio Moreno se llevò consigo à la Morisca, y à su padre, encargandole el Virrey que los regalasse, y acariciasse quanto le fuesse possible; que de su parte le ofrecia lo que en su casa huviesse para su regalo. Tanta fue la benevolencia, y

caridad que la hermosura de

Ana Felix infundiò en su pecho.

CAP. LXIV. *Que trata de la aventura que mas pesadumbre diò à D. Quixote, de quantas hasta entonces le avian sucedido.*



LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver à Ana Felix en su casa; recibíola con mucho agrado, así enamorada de su belleza,

como de su discrecion, porque en lo vno, y en lo otro era estremada la Morisca: y toda la gente de la Ciudad, como à campana tañida, venian à verla. Dixo Don Quixote à Don Antonio, que

que el parecer que avian tomado en la liberalidad de Don Gregorio, no era bueno, porque tenia mas de peligroso, que de conveniente: y que seria mejor que le pusiessen a el en Berberia con sus armas, y cavallo, que el le sacaria à pe- far de toda la Morisma, como avia he- cho Don Gaiteros à su esposa Melisen- dra. Advierta vuestra merced (dixo Sã- cho) oyendo esto, que el señor Don Gaiteros sacò à su esposa de tierra fir- me, y la llevò à Francia por tierra fir- me; pero aqui, si acaso sacamos à Don Gregorio, no tenemos por dôde traer- le à España, pues està la mar en medio. Para todo ay remedio, si no para la muerte (respondiò Don Quixote) pues llegando el barco à la marina, nos po- drems embarcar en el, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pin- ta, y facilita vuestra merced (dixo San- cho); pero del dicho al hecho ay gran trecho: y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien, y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo, que si el Renegado no saliese bien del caso, se tomara el expediente de que el gran Don Quixote passase à Berberia: de allí à dos dias partiò el re- negado en vn ligero barco de seis re- mos por vanda, armado de valētissima chusma; y de allí à otros se partierò las Galeras à Levante, aviendo pedido el General al Visorrey, fuesse servido de avisarle de lo que sucediesse en la liber- tad de Don Gregorio, y en el caso de Ana Felix: quedò el Visorrey de hazer- lo asì, como se lo pedia. Y vna maña- na, saliendo Don Quixote à passarse por la playa, armado de todas sus ar- mas, porque como muchas vezes dezia

ellas eran sus arreos, y descanso el pe- lear, y no se hallava sin ellas vn punto: viò venir àzia el vn Cavallero, armado asìsimìmo de punta en blanco, que en el escudo traia pintada vna Luna res- plandeciente, el qual llegando à tre- cho que podia ser oïdo, en altas voces, encaminando sus razones à Don Qui- xote, dixo: Insigne Cavallero, y jamàs, como se deve, alabado Dò Quixote de la Mancha; yo soy el Cavallero de la blanca Luna, cuyas inauditas hazañas, quizá te le avrán traïdo à la memoria, vengo à contender contigo, y à probar la fuerça de tus brazos, en razon de ha- zerte conocer, y confessar, que mi dama sea quien fuere, es sin comparacion mas hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la qual verdad si tu la confessas de llano en llano, excusaràs tu muerte, y el trabajo que yo he de tomar en darte la; y si tu pelearas, y yo te venciere, no quiero otra satisfacion, sino que dexan- do las armas, y absteniendore de buscar aventuras, te recojas, y retires à tu Lu- gar, por tiempo de vn año, donde has de vivir sin echar mano à la espada, en paz tranquila, y en provechoso sosie- go, porque asì conviene al aumento de tu hazienda, y à la salvacion de tu alma y si tu me vencieres, quedará à tu dis- crecion mi cabeça, y seràn tuyos los despojos de mis armas, y cavallo, y pas- fara à la tuya la fama de mis hazañas; mira lo que te està mejor, y responde- me luego: porque oy todo el dia tengo de termino para despachar este nego- cio. Don Quixote quedò suspenso, y atonito, asì de la arrogancia del Cava- llero de la blanca Luna, como de la causa, porque le desafiava: y con repo- so,

fo, y ademan fevero (le respondiò:) Cavallero de la blanca Luna, cuyas hazañas hasta aora no han llegado à mi noticia, yo os harè jurar, que jamàs aveis visto à la ilustre Dulcinea, que si visto la huvicrades, yo sè que procurarades no poner os en essa demanda, porque su vista os defengañara, de q̄ no ha avido, ni puede aver belleza que con la fuya comparar se pueda: y así no diziendo os que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que aveis referido aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pafse el dia que traeis determinado, y solo excepto de las condiciones, la de q̄ se pafse à mi la fama de vuestras hazañas, porque no sè quales, ni que tales sean, con las mias me contento, tales quales ellas son: tomad pues, la parte del campo que quisiereis, que yo harè lo mismo, y à quien Dios se la diere, S. Pedro se la bendiga. Avian descubierta de la Ciudad al Cavallero de a blanca Luna, y dicho se lo al Visorrey que estava hablando con Don Quixote de là Mancha. El Visorrey creyendo feria alguna nueva aventura, fabricada por Don Antonio Moreno, ò por otro algun Cavallero de la Ciudad; falliò luego à la playa con Don Antonio, y con otros muchos Cavalleros, que le acompañavan, à tiempo, quando Don Quixote bolvia las riendas à Rozinante para tomar del campo lo necessario: viendo, pues, el Visorrey que davan los dos señales de bolverse à encontrar se puso en medio, preguntandoles, que era la causa, que les movia à hazer tan de improviso batalla. El Cavallero de la blanca Luna respondiò, que era pre-

cedencia de hermosura; y en breves razones le dixo las mismas que avia dicho à Don Quixote, con la aceptación del desafío, hechas por entrambas partes. Llegòse el Visorrey à Don Antonio, y preguntòle passo: Si sabia quien era el tal Cavallero de la blanca Luna, ò si era alguna burla que querian hazer à Don Quixote? Don Antonio (le respondiò:) Que ni sabia quien era, ni si era de burlas, ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplexo al Visorrey, y en si les dexaria, ò no passar adelante en la batalla: pero no pudiendose persuadir à q̄ fuesse si no burla, se apartò (diziendo:) señores Cavalleros, si aqui no ay otro remedio, sino còfessar, ò morir, y el señor Don Quixote està en sus treze, y vuestra merced el de la blanca Luna en sus catorze, à la mano de Dios, y dense. Agradeciò el de la blanca Luna con corteses, y discretas razones al Visorrey, la licencia que se les dava, y Don Quixote hizo lo mismo, el qual encomendandose al Cielo de todo coraçon, y à su Dulcinea (como tenia de costumbre al començar de las batallas que se le ofrecian) tornò à tomar otro poco mas del campo, porque viò que su contrario hazia lo mismo; y sin tocar trompa, ni otro instrumento belico, que les diese señal de arremeter, bolvieron entrambos à un mismo punto las riendas à sus cavallos, y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegò à Don Quixote à dos tercios andados de la carrera, y allí le encontrò con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lança, que la levantò (al parecer) de proposito, que diò con Rozinante, y con Don Quixote,

te por el suelo vna peligrósa caída; fue luego sobre él, y poniendole la lança sobre la visera, le dixo: Vencido fois, Cavallero, y aun muerto, fino confesais las condiciones de nuestro desafio. Don Quixote molido, y aturdido, sin alçarfe la visera, como si hablara dentro de vna tumba, con voz debilitada, y entrecana, urxo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado Cavallero de la tierra, y no es bien q̄ mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, Cavallero, la lança, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Eſso no harè yo por cierto, dixo el de la blanca Luna; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quixote se retire à su Lugar vn año, ò hasta el tiempo que por mi le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorrey, y Don Antonio, con otros muchos que alli estavan, y oyeron así mismo, que Don Quixote (respondiò) que como no le pidiesse cosa que fuesse en perjuizio de Dulcinea, todo lo demás cumpliria, como Cavallero puntual, y verdadero. Hecha esta confesion bolviò las riendas el de la blanca Luna, y haziendo mesura con la cabeza al Visorrey, à medio galope se entrò en la Ciudad. Mandò el Visorrey à Don Antonio, que fuesse tràs él, y que en todas maneras supiesse quien era. Levantaron à Don Quixote, descubrieronle el rostro, y hallaronle sin color, y trasudado. Rozinante de puro mal parado no se pudo mover por en-

tonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia què dezirse, ni què hazerse; pareciale, que todo aquel suceso passava en sueños, y que toda aquella maquina era cosa de encantamento. Veia à su señor rendido, y obligado à no tomar armas en vn año, imaginava la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanças de sus nuevas promessas, deshechas, como se deshaze el humo con el viento, temia se quedaria, ò no contrecto Rozinante, ò deslocado su amo, que no fuera poca ventura, si deslocado quedara: finalmente, con vna silla de manos, que mandò traer el Visorrey, le llevaron à la Ciudad, y el Visorrey, se bolviò también à ella con deseo de saber quien fuesse el Cavallero de la blanca Luna, que de tan mal talante avia dexado à Don Quixote.

CAP. LXV. *Donde se dà noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos.*

Siguìò Don Antonio Moreno al Cavallero de la blâca Luna, y siguiéronle tambien, y aun persiguieronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en vn meson detrás de la Ciudad; entrò en él Don Antonio con deseo de conocerle, saliò vn escudero à recibirle y à desarmar, se encerrò en vna sala baxa, y cò el D. Antonio, q̄ no se le cozia el pã, hasta saber quié fuesse. Vièdo, pues, el de la blâca Luna, q̄ aquel Cavallero no le dexava, le dixo: Bié se, señor à lo q̄ venis, que es à saber quien soy, y porque no ay para que negaroslo,

en tanto que este mi criado me desarma, os lo dirè, sin faltar vn punto à la verdad de el caso: Sabed, señor, que à mi me llaman el Bachiller Sâson Carrasco, soy de el mismo Lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura, y fandez mueve à que le tengamos lastima todos quantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido, he sido yo, y creyendo, que està su salud en su reposo, y en que se estè en su tierra, y en su casa, di traza para hazerle estàr en ella, y así avrà tres meses que le sali al camino como Cavallero andante, lla mandome el Cavallero de los Espejos, cõ intencion de pelear con èl, y vencerle, sin hazerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea, que el vencido quedasse à discrecion del vencedor, y lo que yo pensava pedirle (por que ya le juzgava por vencido) era, q̄ se bolviessè à su Lugar, y que no saliesse del en todo vn año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la fuerte lo ordenò de otra manera, porque èl me venció à mi, y me derribò del cavallo, y así no tuvo efecto mi pensamiento; èl prosiguiò su camino, y yo me bolvi vencido, corrido, y molido de la caída, que fue además peligrosa; pero no por esto se me quitò el deseo de volver à buscarle, y à vencerle, como oy se ha visto. Y como èl es tan pùtual en guardar las ordenes de la andante Cavalleria, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que passa, sin q̄ tenga que deziros otra cosa alguna, suplicoos no me descubrais, ni le digais à Don Quixote quien soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos

mios, y bulva à cobrar su juicio vn hombre que le tiene bonifissimo, como le dexen las fendezes de la Cavalleria. O señor, dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que aveis hecho à todo el mundo, en querer volver à cuerdo al mas gracioso loco que ay en èl. No veia señor, que no podrá llegar el provecho que acufe la cordura de D. Quixote, à lo que llega el gusto que dà cõ sus desvarios; pero yo imagino, que toda la industria del señor Bachiller, no ha de ser parte para volver cuerdo à vn hombre tan rematadamente loco, y si no fuesse contra caridad diria, q̄ nunca fane Don Quixote, porque con salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Pança su escudero, que qualquier dellas puede volver à alegrar à la misma melancolia: cõ todo esto callarè, y no le dirè nada, por ver si salgo verdadero en sospechar q̄ no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El qual (respondiò) que yà vna por vna estava en buen punto aquel negocio, de quien esperava feliz suceso; y avièdose ofrecido D. Antonio de hazer lo que mas le mandasse, se despidiò del. Y hecho liar sus armas sobre vn macho, luego al mismo punto sobre el cavallo con que entrò en la batalla, se saliò de la Ciudad aquel mismo dia, y se bolviò à su patria, sin sucederle cosa que obligue à contraria toda esta verdadera historia. Contò D. Antonio al Visorrey, todo lo que Carrasco le avia contado, de lo que el Visorrey no recibì mucho gusto, porq̄ en el recogimiento de Don Quixote, se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus

locuras tuviessen noticia. Seis dias estuvo Don Quixote en el lecho, marrido, triste, pensativo, y mal acondicionado, yendo, y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento; consolavale Sancho, y entre otras razones le dixo: Señor mio, alçe vuestra merced la cabeça, y alegrese si puede, y dè gracias al Cielo, que yà que le derribò en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada, y pues sabe, que donde las dan las toman, y que no siempre ay tozinos, donde ay estacas; dè vna higa al medico, pues nõ le ha menester para que le cure en esta enfermedad: bolvamonos à nuestra casa, y dexemonos de andar bulcãdo aventuras, por tierras, y lugares que no sabemos, y si bien se considera, yo soy aqui el mas perdido, aunque es vuestra merced el mas mal parado. Yo que dexè con el Gobierno los deseos de ser mas Governador, no dexè la gana de ser Conde, que jamàs tendrà efecto, si vuestra merced dexa de ser Rey, dexando el exercicio de su Cavalleria, y asì vienen à bolverse en humo mis esperanças. Calla Sancho, pues vès, que mi reclusion, y retirada no ha de passar de vn año, que luego bolverè à mis hórados exercicios, y no me ha de faltar Reyno que gane, y algun Còdado que darte. Dios lo oiga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido dezir, que mas vale buena esperança, que ruìn possession. En esto estavan, quando entrò Don Antonio, diciendo, con muestras de grandísimo contento: Albricias, señor Don Quixote, que Don Gregorio, y el renegado que fue por èl, està en la playa: què digo en la

playa? yà està en casa del Visorrey, y ferà aqui al momento. Alegrosè algun tanto Don Quixote, y dixo: En verdad que estoy por dezir, que me holgara q̄ huviera sucedido todo al rebès, porque me obligara à passar en Berberia, donde con la fuerça de mi braço diera libertad, no solo à Don Gregorio, sino à quantos Christianos cautivos ay en Berberia; pero què digo, miserable, nõ soy yo el vencido? No soy yo el derribado? No soy yo el que no puedo tomar armas en vn año? Pues q̄ prometo? De què me alabo, si antes me conviene vsar de la rueca, que de la espada? Dexese de esso, señor, dixo Sancho, viva la gallina, aunque con su pepita: que oy por ti, y mañana por mi; y en estas cosas de encuentros, y porraços, no ay tomarles tiento alguno, pues el que oy caì, puede levantarse mañana, sino es que se quiera estàr en la cama; quiero dezir, que se dexè desmayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias: y levantesè vuestra merced aora para recibir à Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya deve de estar en casa; y asì era la verdad, porque aviendo ya dado cuenta à Don Gregorio, y el renegado al Visorrey, y de su ida, y buelta, deseoso Don Gregorio de ver à Ana Felix, vino con el renegado à casa de Don Antonio; y aunque Don Gregorio, quando le sacaron de Argel fue cò habitos de muger, en el barco los trocò por los de vn cautivo que salió còsigo; pero en qualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, erguida, y estimada: porque era hermeso sobre manera, y la edad, al

parecer, de diez y siete, ò diez y ocho años. Ricote, y su hija salieron à recibirle, el padre con lagrimas, y la hija con honestidad. No se abraçaron vnos à otros, porque dõde ay mucho amor, no suele aver demasiada desemboltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio, y Ana Felix admiraron en particular à todos juntos los que presentes estavan. El silencio fue alli el que habló por los amantes, y los ojos fueron las lenguas, que descubrieron sus alegres, y honestos pensamientos; contò el reuagado la industria, y medio que tuvo para facer à Don Gregorio: contò Don Gregorio los peligros, y aprietos en que se avia visto cõ las mugeres cõ quien avia quedado, no cõ largo razonamiento, sino con breues palabras, donde mostrò, que su discrecion se adelantava à sus años. Finalmente, Ricote pagò, y satisfizo liberalmente, así al renegado, como à los que avian bogado al remo. Reincorporòse, y reduxòse el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido bolviò limpio, y sano con la penitencia, y el arrepentimiento. De alli à dos dias tratò el Visorrey con Don Antonio, què modo tendrían para que Ana Felix, y su padre quedassen en España, pareciendoles no ser de inconveniente alguno que quedassen en ella hija tan Christiana, y padre al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio se ofreciò venir à la Corte à negociarlo, donde avia de venir forçosamente à otros negocios, dãdo à entender, que en ella, por medio de el favor, y de las dadivas, muchas cosas dificultosas se acaban. No dixo Ricote, que se hallò presente à esta

platica, ay que esperar en favores, ni en dadivas; porque con el gran Don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, à quien diò su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, ni promessas, no dadivas, no lastimas: porque aunque es verdad que èl mezcla la misericordia con la justicia, como èl vè que todo el cuerpo de nuestra nacion està contaminado, y podrido, vsa con èl antes del cauterio que abraza, que del vnguento que molifica; y así con prudencia, con sagacidad, con diligècia, y con medios que pone, ha llevado sobre sus fuertes ombros à devida execucion el peso desta gran maquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, sollicitudes, y fraudes ayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede, ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, que con el tiempo venga despues à brotar, y hechar frutos venenosos en España, ya limpia, y à desembaraçada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia, heroica resolucion de el gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en averla encargado al tal Don Bernardino de Velasco. Vna por vna, yo harè, puesto allà las diligencias posibles, y haga el Cielo lo que mas fuere servido, (dixo Don Antonio:) Don Gregorio se irá conmigo à consolar la pena que sus padres deven tener por su ausencia. Ana Felix se quedará con mi muger en mi casa, ò en vn Monasterio, y yo sè que el señor Visorrey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver como yo negocio. El Visorrey consintió en
todo

todo lo propuesto ; pero Don Gregorio, sabiendo lo que passava, dixo: Que en ninguna manera podia, ni queria dexar à Doña Ana Felix; pero tenièdo intencion de ver à sus padres, y de dar traça de bolver por ella, vino en el decretado concierto. Quedòse Ana Felix con la muger de Don Antonio, y Ricote en casa del Visorrey. Llegòse el dia de la partida de Don Antonio, y el de D. Quixote, y Sancho, que fue de alli à otros dos, que la caida no le concediò que mas presto se pudiese en camino: hubo lagrimas, hubo suspiros, desmayos, y toiloços al despedirse D. Gregorio de Ana Felix: ofreciòle Ricote à Don Gregorio mil escudos, si los queria; pero èl no tomò ninguno, sino solos cinco, que le prestò Don Antonio, prometièdo la paga dellos en la Corte. Con esto se partieron los dos, y D. Quixote, y Sancho, despues (como se ha dicho) Don Quixote desarmado, y de camino: Sancho a pie, por it ebruzio cargado con las armas.

CAP. LXVI. *Que trata de lo que verá el que lo leyere, ò lo oirà el que lo escuchare leer.*

AL salir de Barcelona, bolviò D. Quixote à mirar el sitio donde avia caido, y dixo: Aqui fue Troya, aqui mi desdicha, y no mi cobardia, se llevò mis alcançadas glorias; aqui vsò la fortuna cò conmigo de sus bueltas, y rebueltas; aqui se escurecieron mis hazañas: aqui finalmente cayò mi ventura, para jamàs levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: Tan de valientes coraçones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegria

Part. II.

en las prosperidades; y esto lo juzgo por mi mismo, que si quando era Governador estava alegre, aora que soy escudero de à pie, no estoy triste: porque he oido dezir, que esta que llaman por à fortuna, es vna muger borracha, y antojadiza, y sobre todo ciega; y así no ve lo que haze; ni sabe à quien derriba, ni à quien ensalça. Muy Filosofo estás, Sancho (respondiò D. Quixote) muy à lo discreto hablas, no se quien te lo enseña. Lo que te se dezir es, que no ay fortuna en el mundo, ni las cosas que en èl suceden, buenas, ò malas que sean, vienen acaño, sino por particular providencia de ios Cielos, y de aqui viene lo que suele dezirse, que cada yho es artifice de su ventura: yo lo he sido de la mia; pero no con la providencia necesaria, y así me han salido al gallarin mis presumpciones; pues deviera pensar que al poderoso grandor del cavallo del de la blanca Luna, no podia resistir la flaqueza de Rozinante: atrevime en fia, hize lo q pude; derribaronme, y aunque perdi la honra, no perdi, ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Quando era Cavallero Andante, atrevido, y valiète, con mis obras, y con mis manos acreditava mis hechos, y agora quãdo soy escudero pedestre, acreditarè mis palabras, cùplièdo la q di de mi promessa. Camina, pues, amigo Sãcho, y vamos à tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobrarèmos virtud nueva para bolver al nunca de mi olvidado exercicio de las armas. Señor (respondiò Sancho) no es cosa tan gustosa el caminar à pie, que me mueva, è incite à

Y

hazer

hazer grandes jornadas. Dexemos estas armas colgadas de vn arbol en lugar de vn ahorcado, y ocupando yo las espaldas del ruzio, levantando los pies de el suelo harèmos las jornadas como v.m. las pidiere, y midiere, que pensar que tengo de caminar à pie, y hazerlas grandes, es pensar en lo escusado. Bien has dicho, Sancho (respondiò D. Quixote) cuelguense mis armas por trofeos, y al pie de ellas, ò al rededor de ellas gravarèmos en los arboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estava escrito.

Nadie las mueva,
 Que estàr no pueda
 Con Roldan à prueba.

Todo esto me parece de perlas (respondiò Sancho) y si no fuera por la falta que para el camino nos avia de hazer Rozinante, tambien fuera bien dexarle colgado. Pues ni èl, ni las armas (replicò Don Quixote) quiero que se ahorquen; porque no se diga, que à buen servicio, mal galardón. Muy bien dize v.m. (respondiò Sancho) porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar à la alvarda: y pues deste suceso v. m. tiene la culpa, castiguese à sí mismo, y no rebienten sus iras por las ya rotas, y sangrientas armas, ni por las manedumbres de Rozinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones, y platicas se les pasó todo aquel dia, y aun otros quatro, sin sucederles cosa que estorvassè su camino: y al quinto dia à la

entrada de vn lugar, hallaron à la puerta de vn meson mucha gente, que por ser fiesta se estava allí solazando, quando llegava à ellos Don Quixote, vn labrador alzò la voz, diziendo: Alguno de estos dos señores que aqui vienen, que no conocen las partes, dirà lo que se ha de hazer en nuestra apuesta. Si dirè (respondiò Don Quixote) con toda rectitud, si es que alcanço à entenderla. Es, pues, el caso, dixo el labrador, señor bueno, que vn vezino de este lugar, tan gordo, que pesa onze arrobas, desafiò a correr à otro su vezino, que no pesa mas que cinco; fue la condicion, q̄ avia de correr vna carrera de cien pasos con pesos iguales; y aviendole preguntado al desafiador, como se avia de igualar el peso, dixo, que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro à cueftas, y asì se igualarian las onze arrobas del flaco, con las onze del gordo. Esto no, dixo à esta razon Sancho, antes q̄ D. Quixote respondiese, q̄ à mi, que ha pocos dias que sali de ser Governador, y Juez, como todo el mūdo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleyto. Respòde en buena hora (dixo Don Quixote) Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas à vn gato, segun traigo alborotado, y traltornado el juizio. Con esta licencia (dixo Sancho à los labradores) que estavan muchos al rededor del, la boca abierta, esperando la sentencia de la fuya. Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dize, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que esten las escoja, tales, que le impidan,

ni eflorven el falir vencedor, y afsi es mi parecer, que el gordo defafiador fe escamonde, monde, entrefaque, pula, y atilde, y faqueis seis arrobas de fus carnes, de aqui, ù de alli de fu cuerpo como mejor le pareciere, y estuviere: y de esta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualarà, y ajustarà cõ las cinco de fu contrario: y afsi podrán correr igualmente. Voto à tal, dixo vn labrador que escuchò la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como vn bendito, y sentenciado como vn Canonigo; pero à buen seguro, que no ha de querer quitarse el gordo vna onza de fus carnes, quanto mas seis arrobas. Lo mejor es, que no corran, respondió otro, porque el flaco no se mue-la con el peso, ni el gordo se descarne, y ehese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores à la taberna de lo caro, y sobre mi la capa quando llueva. Yo, señores (respondió D. Quixote) os lo agradezco; pero no puedo detenerme vn punto, porque pensamientos, y sucesos tristes me hazen parecer descortès, y caminar mas que de passo; y afsi dando de espuelas à Rozinante passò adelante, dexandoles admirados de aver visto, y notado, afsi su estraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron à Sancho; y otro de los labradores dixo: Si el criado es tan discreto, qual debe de ser el amo? Yo apostarè, que si vàn à estudiar à Salamanca, que à vn tris han de venir à fer Alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar, y mas estudiar, y tener favor, y ventura, y quando menos se piensa el hõbre, se halla cõ vna vara en la mano, ò con vna mitra

Part. II.

en la cabeça. Aquella noche la passò amo, y moço en mitad del campo, al cielo raso, y descubierto, y otro dia siguiendo su camino vi.ò que àzia ellos venia vn hombre de à pie, con vnas alforjas al cuello, y vna azcona, ò chuzo en la mano, propio talle de correo de à pie, el qual como llegò junto à Don Quixote, adelatò el passo, y como corriendo llegò à el, y abraçandole por el muslo derecho, que no alcançava à mas, le dixo, con mueltras de mucha alegria: O mi señor Don Quixote de la Mancha, y que gran contento ha de llegar al coraçon de mi señor el Duque, quando sepa, que vuestra merced buelve à su castillo, que todavia se està en el con mi señora la Duquesa. No os conozco amigo (respondió Don Quixote) ni sè quien fois, si vos no me lo dezis. Yo, señor Don Quixote (respondió el correo) soy Tosilos, el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con v. m. sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. Valame Dios (dixo D. Quixote) es potsible que fois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en esse lacayo que dezis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle señor bueno (replicò el cartero) que no hubo encanto alguno, ni mudança de rostro ninguna; tan lacayo Tosilos entrè en la estacada, como Tosilos lacayo sali della: yo pensè casarme sin pelear, por averme parecido bien la moça; pero sucedióme al rebès mi pensamiento, pues afsi como vuestra merced se partiò de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos, por aver contravenido à les ordenanças que me tenia

Y 2

da-

dadas antes de entrar en la batalla; y todo ha parado en que la muchacha es ya Monja, y Doña Rodriguez se ha buuelto à Castilla, y yo voy aora à Barcelona à llevar vn pliego de cartas al Virrey, que le embia mi amo. Si v.m. quiere vn traguito, aunque caliète, puro, aqui llevo vna calabaza llena de lo caro, con no sè quantas ragitas de queso de tronchon, que servirán de llamativo, y despertador de la sed, si acafo està durmiendo. Quiero el combite (dixo Sancho) y heche el rostro de la cortesia, y escancie el buen Tosilos à despecho, y pesar de quantos encantadores ay en las Indias. En fin (dixo D. Quixote) tu eres Sancho el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades q̄ este correo es encantado, y este Tosilos cõtrahecho, quedate con èl, y hartate, que yo me irè adelante poco à poco, esperando à que vengas. Riõse el lacayo, desembainò su calabaza, defalforjò sus rajas, y sacando vn panecillo, èl, y Sãcho se sentaron sobre la yerua verde, y en buena paz compaña despavilaron, y dieron fondo con todo el respuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olia à queso. Dixo Tosilos à Sancho: Sin duda este tu amo, Sancho amigo, deve de ser va loco. Como deve (respondiò Sancho) no debe nada à nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura, bien lo veo yo, y bien se lo digo à èl; pero que aprovecha, y mas agora que vã rematado, porque vã vencido de el Cavallero de la blanca Luna. Rogole Tosilos le contasse lo que avia sucedido; pero Sancho le

respondiò, que era descortesia dexar que su amo le esperasse, que à otro dia, si se encontrassen, avria lugar para ello; y levantandose despues de averse sacudido el fayo, y las migajas de las barbas, antecogiò al ruzio, y diziendo, à Dios, dexò à Tosilos, y alcançò à su amo, que à la sombra de vn arbol le estava esperando.

CAP. LXVII. *De la resolacion que tomò D. Quixote de hazerse pastor, y seguir la vida de el campo en tanto que se passava el año de su promesa, con otros sucessos, en verdad gustosos, y buenos.*

SI muchos pensamientos fatigavan à D. Quixote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra de el arbol estava (como se ha dicho) y alli como moscas à la miel le acudian, y picavan pensamientos, vnos iban al desencanto de Dulcinea, y otros à la vida que avia de hazer en su forçosa retirada. Llegò Sãcho, y alabòle la liberal condicion del lacayo Tosilos. Es posible, le (dixo D. Quixote) que todavia, ò Sancho pienses, que aquel sea verdadero lacayo? parece que se te ha ido de la mente aver visto à Dulcinea convertida, y transformada en labradora, y al Cavallero de los Espejos en el Bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores, q̄ me presiguẽ; pero dime aora, preguntaste à esse Tosilos, q̄ dicen q̄ ha hecho Dios de Altrifidora, si ha llorado mi ausencia, ò si ha dexado ya en manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigavan? No eran (respondiò Sancho) los que yo

tenia

tenia tales, que me diessen lugar à preguntar boberias. cuerpo de mi señor, esta vuestra merced aora en terminos de inquirir pensamientos agenos especialmente anorosos. Mira Sancho, (dixo Don Quixote) mucha diferencia ay de las obras que se hazen por amor, à las que se hazen por agradecimiento: bien puede ser q vn Cavallero sea defamorado, pero no puede ser hablando en todo rigor, que sea defagradecido: quísome bien (al parecer) Alcifidora, dióme los tres tocadores q sabes, lloró en mi partida, maldixome, vituperóme, q xofe à despecho de la verguença publicamente, señales todas de que me adorava, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones: yo no tuve esperanças que darle, ni tesoros q ofrecerte, porque las mias las tengo entregadas à Dulcinea, y los tesoros de los Cavalleros andantes, son como los de los duendes, aparentes, y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuizio; pero de los que tengo de Dulcinea, à quien tu agravias con la remission que tienes en açotarte, y en castigar essas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora: Señor, (respondió Sancho) si va à dezir la verdad, yo no me puedo persuadir, que los açotes de mis posaderas tengan que ver con los defencantos de los encantados, que es como si dixessemos, si os duele la cabeça, vntaos las rodillas, à lo menos yo osfarè jurar que en quantas historias vuestra merced ha leydo, que trataa de la andante Cavalleria, no ha visto algun defencanto por açotes; pero

por sí, ò por no, yo me los darè quando tenga gana; el tiempo me dè comodidad para castigar me. Dios lo haga, (respondió Don Quixote,) y los Cielos te den gracia para q caigas en la cuenta, y en la obligacion q te corre de ayudar à mi señora, que lo es tuya, pues tu eres mio. En estas platicas iban siguiendo su camino, quando llegaron al mismo sitio, y lugar donde fueró atropellados de los toros, reconociendole Don Quixote, dixo à Sancho: Este es el prado donde topamos à las bizarras pastoras, y gallardos pastores, que en él querian renovar, è imitar à la pastora Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, à cuya imitacion, si es que à ti te parece bien, querria, ò Sancho, que nos convirtiessemos en pastores, si quiera el tiempo q tengo de estar recogido, yo comprarè algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastor al exercicio son necessarias; y llamandome yo el pastor Quixotiz, y tu el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ò ya de los limpios arroyuelos, ò de los caudatos rios: darannos con abundantissima mano de su dulcissimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durissimos alcornoques, sombra los sances, olor las tosas, alfombras de mil colores maltizadas los estendidos prados, aliento el ayre, claro, y puro, luz la Luna, y las Estrellas, à pesar de la obscuridad de la noche, gusto el canto, alegria el lloro, Apolo versos: el amor conceptos, con que podremos hazernos eternos, y famosos, no solo en los presétes,

sino en los venideros siglos. Par diez (dixo Sancho) que me ha quadrado, y aun esquinado tal genero de vida, y mas q̄ no la ha de aver aun bien visto el Bachiller Sanfon Carrasco, y Maesse Nicolàs el barbero, quando la han de querer seguir, y hazerse pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre, y amigo de holgarle: Tu has dicho muy bien (dixo Don Quixote) y podrá llamarse el Bachiller Sanfon Carrasco, si entra en el pastoral gremio (como entrará sin duda) el pastor Sanfonino, ò ya el pastor Carrasco: el barbero Nicolàs se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al Cura no sè que nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nòbre, llamandole el pastor Curiambro: las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podrèmos escoget sus nombres, y pues el de mi señora quadra, así al de pastora, como al de Princesa, no ay para que cansarme en buscar otro que mejor le véga: tu Sancho pondrás à la tuya el que quisieres. No pienso (respondiò Sancho, ponerle otro alguno, sino el de Teresona, que le vendrà bien con su gordura, y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas que celebrandola yo en mis versos, vengo à descubrir mis castos deseos, pues no ando à buscar pan de rastro por las casas ajenas; el Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen exemplo y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma. Valame Dios (dixo D. Quixote) y que vida nos hemos de dar,

Sancho amigo, que de churumbelas há de llegar à nuestros oídos, que de gaytas Zamoranas, que de tamborines, y que de fonajas, y que de rabeles, pues que si destas diferencias de musica refuena la de los albogues, alli se verán casi todos los instrumentos pastorales. Què son albogues (preguntò Sancho) que ni los he oido nombrar, ni los he visto en toda mi vida? Albogues son (respondiò D. Quixote) vnas chapas à modo de candeleros de açofar, q̄ dando vna con otra por lo vacio, y hueco, haze vn son, sino muy agradable, ni armonico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gayta, y de el tamborin, y este nombre Albogues es Morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua Castellana comiençan con al; conviene à saber, Almohaçar, Almorçar, Alhombra, Alguacil, Alucema, Almacèn, Alcancia, y otros semejantes, que deben ser pocos mas, y solos tres tiene nuestra lengua; que son Moriscos, y acaban en, i, y son, Borcegui, Zaquiçami, y marayedi: Alheli, y Alfaqui, tanto por èl al primero, como por el, i, en que acaban, son conocidos por Arabigos. Esto te he dicho de passo, por avermelo reducido à la memoria à la ocasion de aver nombrado Albogues, y hanos de ayudar mucho al parecer, en perfeccion este exercicio, el ser yo algun tanto Poeta, como tu sabes, y el serlo tambien en estremo el Bachiller Sanfon Carrasco: de el Cura no digo nada; pero yo apostarè, que deve de tener sus puntos, y collares de Poeta; y q̄ los tenga tambien Maesse Nicolàs, no dudo en ello, porque todos, ò los mas son

guicarristas, y copleros; yo me quedaré de ausencia: tu te alabarás de firme enamorado; el Pastor Carrascón, desdenado; y el Cura Curiambro, de lo que él mas puede servirse, y así andará la cosa que no aya mas que desear. A lo que respondió Sancho: Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea; qué polidas cucharas tengo de hazer quando pastor me vea, qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas, y qué de zarandajas pastoriles, que puesto que no me grangeen fama de discreto, no dexarán de grangearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al ható; pero guarda, que es de buen parecer, y ay pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana, y bolvieste trasquilada, y también fueren andar los amores, y los no buenos deseos por los campos, como por las Ciudades, y por las pastorales choças, como por los Reales Palacios, y quitada la causa, se quita el pecado, y ojos que no ven, corazón que no quiebra, y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. No mas refranes (Sancho dixo Don Quixote,) pues qualquiera de lo que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento, y muchas vezes te he aconsejado, que no seas tan prodigo de refranes, y que te vayas á la mano en dezirlos; pero pareceme que es predicar en desier-

to, y castigame mi madre, y yo trompogelas. Pareceme (respondió Sancho) que v. m. es como lo que dizen, dixo la sarten á la caldera, quitate allá ojinegra: estame reprehendiendo que no diga yo refranes, y enfartalos v. m. de dos en dos. Mira, Sancho (respondió D. Quixote) yo traygo los retranes á proposito, y vienen quando los digo, como auillo en el dedo, pero traerlos tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias; y sino me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia, y especulacion de nuestros antiguos sabios, y el refran que no viene á proposito, antes es disparate que sentencia; pero dexemonos desto, y pues ya viene la noche retiremonos de camino real algun trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiraronse, cenaron tarde, y mal, y bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representavan las estrechezas de la andante Cavalleria, usadas en las selvas, y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostrava en los castillos, y casas así de D. Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno, pero considerava no ser posible ser siempre de día, ni siempre de noche, y así pafse aquella dormiendo, y su amo velando.

(§)



CAP. LXVIII. *De la cerdosa aventura que le aconteció à Don Quixote.*

ERa la noche algo obscura ; puesto que la Luna estava en el Cielo, pero no en parte que pudiesse ser vista, que tal vez la señora Diana se vá à passar à los Antipodas, y dexa los montes negros, y los valles escuros. Cumplicò Don Quixote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dár lugar al segundo ; bien al rebès de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le durava el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostrava su buena complexion, y pocos cuydados : los de Don Quixote le desvelaron, de manera, que le despertò à

Sancho, y le dixo : Maravillado estoy ; Sancho, de la libertad de tu condicion ; yo imagino, que eres hecho de marmol, ù de duro bronce, en quien no cabe movimiento, ni sentimiento alguno : yo velo, quando tu duermes, yo lloro quando cantas, yo me desfayo de ayuno, quando tu estás perezoso, y defalentado de puro hartor, de buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer si quiera, mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos còbida à entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño ; levántate por tu vida,

da , y desviate algun trecho de aqui , y con buen animo , y denuedo agradecido date trecientos , ò quatrocientos açotes à buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea , y esto rogando te lo suplico , que no quiero venir contigo à los braços , como la otra vez , porque sè que los tienes pesados : despues que te ayas dado passarèmos lo que resta de la noche , cantando yo mi ausencia , y tu tu firmeza , dando desde aora principio al exercicio pastoral , que hemos de tener en nuestra Aldea. Señor (respondiò Sancho) no soy yo Religioso , para que desde la mitad de mi sueño me levante , y me discipline , ni menos me parece , que del tiempo del dolor de los açotes se pueda passar al de la musica , v.m. me dexé dormir , y no me apriete en lo del açotarme , que me harà hazer juramento de no tocarme jamás al pelo de el sayo , no que al de mis carnes. O alma endurecida ! ò escudero sin piedad ! ò pau mal empleado , y mercedes mal consideradas las que te he hecho , y pienso hazerte ! Por mi te has visto Governador y por mi te vès con esperanças propinquas de ser Conde , ò tener otro titulo equivalente , y no tardarà el cumplimiento dellas , mas de quanto tarde en passar este año , que yo post tenebras spero lucem. No entiendo esto (replicò Sancho) solo entiendo , que en tanto que duermo , ni tengo temor , ni esperança , ni trabajo , ni gloria , y bien aya el que inventò el sueño , capa q̄ cubre todos los humanos pensamientos , mājara que quita la hābre , agua q̄ ahuyenta la sed , fuego que calienta el frio , frio que templā el ardor : y finalmente moneda ge-

neral con que todas las cosas se compran , balança , y peso que iguala al pastor con el Rey , al simple con el discreto : solo vna cosa tiene mala el sueño , segun he oïdo dezir , y es , que se parece à la muerte , pues de vn dormido à vn muerto ay muy poca diferencia. Nunca te he oïdo hablar , Sancho (dixò Don Quixote) tan elegantemente como agora , por donde vengo à conocer ser verdad el refran que tu algunas vezes sueles dezir : No con quien naces , sino con quien pazes. A pesia tal , replicò Sancho (señor nuestro amo) no soy yo agora el que ensarta refranes , que tambien à v.m. se le caen de la boca de dos en dos , mejor que à mi , sino que deve de aver entre los mios , y los suyos esta diferencia , que los de v.m. vendran à tiempo , y los mios à deshora : pero enefeto todos son refranes. En esto estavan quando sintieron vn sordo estruendo , y vn aspero ruido , que por todos aquellos valles se estendia : levantò se en pie Don Quixote , y puso mano à la espada , y Sancho se agazopò debajo del ruzio , poniendose a los lados el lio de las armas , y la albarda de su jumento , tan temblando de miedo , como alborotado Don Quixote : de punto en punto iba creciendo el ruido , y llegando se cerca à los dos temerosos (à lo menos al vno) que al otro yà se sabe su valentia. Es , pues , el caso , que llevavan vnos hombres à vender à vna feria mas de seiscientos puercos ; cō los quales caminavan à aquellas horas , y era tanto el ruido q̄ llevavā , y el gruñir , y el bufar q̄ enfordecierò los oïdos de D. Quixote , y de Sancho , q̄ no advir tierò lo q̄ ser podia : llegò de tropel la estèdida , y gru-

SEGUNDA PARTE DE DON

344

ñidota piara , y sin tener respeto à la
 autoridad de Don Quixote , ni à la de
 Sancho passaron por cima de los dos,
 deshaziendo las trincheras de Sancho,
 y derribando , no solo à D. Quixote, si
 no llevado por añadidura à Rozinante
 el tropel, el gruñir, la presteza con que
 llegaron los animales inmundos , pufo
 en confusion, y por el suelo à la albar-
 da, à las armas, al ruzio, à Rozinante, à
 Sancho, y à D. Quixote: levantòte San-
 cho como mejor pudo , y pidió à fu-
 amo la espada , diziendole, que queria
 matar media dozena de aquellos teño-
 res, y descomedidos puercos , que ya
 avia conocido que lo eran. Don Quixo-
 te le dixo: dexalos estar amigo, que es-
 ta afrenta es pena de mi pecado, y ju-
 sto castigo del Cielo es, que vn Cavalle-
 ro andate, vencido le coman adivas, y
 le piquen abispas, y le hollen puercos.
 Tambien deve de ser castigo del Cielo,
 (respondiò Sancho) que à los escude-
 ros de los Cavalleros vencidos los pū-
 cen moscas , los coman piojos , y les
 embista la hambre; si los escuderos fue-
 ramos hijos de los Cavalleros à quien
 servimos , ò parientes suyos muy cer-

canos , no fuera mucho que nos alcan-
 çara la pena de sus culpas, hasta la quar-
 ta generacion; pero què tienen que ver
 los Panças con los Quixotes? Aora bié
 tornemonos à acomodar, y durmamos
 lo poco que queda de la noche, y ama-
 necerà Dios, y medrarèmos. Duermes
 tu Sancho (respondiò Don Quixote)
 que naciste para dormir , que yo que
 naci para velar : en el tiempo que
 falta de aqui al dia , darè rienda à mis
 pensamientos , y los desfogarè en vn
 Madrigalete , que sin que tu lo sepas, à
 noche compuse en la memoria. A mi
 me parece (respondiò Sancho) que los
 pensamiètos que dan lugar à hazer co-
 plas , ò deven de ser muchos ; v. n. co-
 plee quanto quisiere , que yo dormirè
 quanto pudiere , y luego tomando en
 el suelo quanto quiso , se acurrucò , y
 durmiò à sueño suelto , sin que fianças,
 ni deudas , ni dolor alguno, se lo estor-
 vasse. Don Quixote arrimado à vn tró-
 co de vn haya, ò de vn alcornoque (que
 Cide Hamete Benengeli , no distingue
 el arbol que era) al son de sus mis-
 mos suspiros cantò desta
 fuerte.

Amor, quando yo pienso

En el mal que me dàs terrible, y fuerte

Voy corriendo à la muerte,

Pensando asì acabar mi mal inmenso;

Mas en llegando al passo,

Que es puerto en este mar de mi tormento,

Tanta alegria siento,

Que la vida se esfuerça, y no le passo:

Asì el vivir me mata,

Que la muerte me torna à dàr la vida,

O condicion no oida,

La que conmigo muere, y vida trata!

Cada

Cada verso de estos acompañava con muchos suspiros, y no pocas lagrimas, bien como aquel cuyo coraçon tenia traspasado con el dolor del vencimiento, y con la ausencia de Dulcinea. Llegòse eu esto el dia, diò el Sol con sus rayos en los ojos à Sancho; despertò, y espereçòse, sacudiendose, y estirandose los pereçosos miembros: mirò el destroço que avian hecho los puercos en su reposteria, y mal dixo la piara, y aun mas adelante. Finalmente, bolvieron los dos à su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que àzia ellos venian hasta diez hombres de à cavallo, y quatro, ò cinco de à pie; sobrefaltòle el coraçon de Don Quixote, y açoròse el de Sancho, porque la gente que se les llegava traia lanças, y adargas; y venia muy à puto de guerra. Bolviòse Don Quixote à Sancho, y dixole: Si yo pudiera, Sancho, exercitar mis armas, y mi promessa no me huviera atado los braços, esta maquina que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas, y pan pintado; pero podria ser fuessè otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de à cavallo, y arbolando las lanças, sin hablar palabra alguna, rodearon à Don Quixote, y se las pusieron à las espaldas, y pechos, amenazandole de muerte: vno de los de à pie, puesto vn dedo en la boca, en señal de que callasse, asíò del freno de Rozinante, y le sacò del camino, y los demás de à pie, antecogiendo à Sancho, y al ruzio, guardancò todos maravilloso silencio, siguieron los passos de el que llevaba à Don Quixote, el qual dos, ò tres vezes quiso preguntar donde le llevayan, ò q̄ querian;

pero apenas comenzava à mover los labios, quando se los iban à cerrar con los hierros de las lanças, y à Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas dava muestras de hablar, quando vno de los de à pie con vn aguijon le punçavan, y al ruzio, ni mas, ni menos como si hablar quisiera. Cerrò la noche, apresuraron el passo, creciò en los dos presos el miedo, y mas quando oyeron, que de quando en quando les dezian: Caminad Trogloditas; callad Barbaros, pagad Antropofagos, no os queixeis Sitas, ni abrais los ojos Polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes à estos con que atormentavan los oidos de los miserables amo, y moço. Sancho iba diziendo entre sí: Nosotros tortolitas, nosotros barberos, ni estopajos, nosotros perritas, à quien dizen, cita, cita? No me contenta nada estos nombres; à mal vieuto vâ esta parva, todo el mal nos viene junto, como al perro los paños, y oxalâ parasse en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba Don Quixote embelesado, sin poder atinar con quantos discursos hazia, que serian aquellos nombres llenos de vituperios, que les ponian, de los quales sacava en limpio, no esperar ningû bié, y temer mucho mal. Llegaron en esto vna hora casi de la noche à vn castillo, que bien conociò D. Quixote, que era el del Duque, donde avia poco que avian estado. Valame Dios (dixo así como conociò la estancia) y que serà esto? si que en esta casa todo es cortesia, y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se buelve en mal, y el mal en peor. Entraron al

patio principal del castillo, y vieronle aderezado, y puesto de manera, que les acrecentò la admiracion, y les doblò el miedo, como se verá en el siguiente capitulo.

CAP. LXIX. *Del mas raro, y mas nuevo suceso, que en todo el discurso de esta grande historia avino à Don Quixote.*

Apearonse los de à cavallo, y junto con los de à pie, tomando en pelo, y arrebatadamente à Sancho, y à Don Quixote los entraron en el palacio, al rededor del qual ardian casi cien hachas puestas en sus blandiones, y por los corredores de el patio mas de quinientas luminarias, de modo, que à pesar de la noche (que se mostrava algo escura) no se echava de ver la falta del dia. En medio del patio se levantava vn tumulto como dos varas de el suelo, cubierto todo con vn grandissimo dosel de terciopelo negro, al rededor del qual por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata; encima del qual tumulto se mostrava vn cuerpo muerto de vna tan hermosa donzella, que hazia parecer con su hermosura hermosa à la misma muerte: tenia la cabeça sobre vna almohada de brocado, coronada con vna guirnalda de diversas, y odoríferas flores texida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas vn ramo de amarilla, y vencedora palma. A vn lado de el patio estava puesto vn teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeça, y cetros en las manos davan

señales de ser algunos Reyes (yà verdaderos, ò yà fingidos) al lado de este teatro, adonde se subia por algunas gradas, estavan otras dos sillas, sobre las quales los que traxeron los presos sentaron à Don Quixote, y à Sancho, todo esto callando, y dandoles à entender con señas à los dos, que assimismo callassen; pero sin que se lo señalaran, callaron ellos, porque la admiracion de lo que estavan mirando les tenia atadas las lenguas: subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de Don Quixote ser el Duque, y la Duquesa sus huéspedes, los quales se sentaron en dos riquísimas sillas juto à los dos que parecian Reyes: quien no se avia de admirar con esto, añadiendose à ello aver conocido Don Quixote, que el cuerpo muerto que estava sobre el tumulto, era el de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque, y la Duquesa en el teatro, se levantaron Don Quixote, y Sancho, y les hizieron vna profunda humilacion, y los Duques hizieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabeças: salió en esto de través vn ministro, y llegando a Sancho le echò vna ropa de botacà negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitandole la caperuça, le puso en la cabeça vna corona, al modo de las que sacan los penitenciadados por el Santo Oficio, y dixole al oido, que no descosiese los labios, porque le echarian vna mordaza, ò le quitarian la vida. Miravase Sancho de arriba abaxo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemavan no las estimava en dos ardites: quitòse

la coroga, vióla pintada de diablos, bolviófela a poner, diciendo entre sí: Aun bien, que ni ellas me abrafan, ni ellos no llevan. Miravale tambien Don Quixote, y aunque el temor le tenia suspentos los sentidos, no dexò de reirse de ver la figura de Sancho: començò en esto à salir, al parecer, debaxo de el tumulto vn son sumiso, y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna hu-

mana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardava silencio, asimismo se mostrava blando, y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto à la almohada del, al parecer, cadaver, vn hermoso mancebo, vestido à lo Romano, que al son de vna harpa, que él mismo tocava, cantò con suavissima, y clara voz estas dos estancias.

En tanto que en sí buelve Alcifidora,
 Muerta por la crueldad de Don Quixote,
 Y en tanto que en la Corte encantadora
 Se vistieren las damas de picote,
 Y en tanto que à sus dueñas mi señora
 Vistiere de vayeta, y de anascote,
 Cantaré su belleza, y su desgracia,
 Con mejor plector, que el Cantor de Tracia:
 Y aun no se me figura, que me toca
 Aqueste officio solamente en vida,
 Mas con la lengua muerta, y fria en la boca
 Pienso mover la voz à ti devida,
 Libre mi alma de su estrecha roca,
 Por el Estio lago conducido,
 Celebrando te irá, y aquel sonido
 Hará paràr las aguas del olvido.

No mas, dixo à esta fazon vno de los que parecian Reyes, no mas, cantor divino, que seria proceder en infinito; representanos aora la muerte, y las gracias de la fin par Alcifidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, si no viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para bolverla à la perdida luz ha de passar Sâcho Pança, que està presente, y así, ò tu Radamento, que conmigo juzgas en las cabernas lobregas de Leto, pues sabes todo aquello q̄ en los inescrutables hados està detezmi-

nado, acerca de bolver en sí esta donzella, y dilo, y declaralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva buelta esperamos. Apenas huvo dicho esto Minos, juez, y compañero de Radamento, quando levantandose en pie Radamento, dixo: Ea, ministros desta casa, altos, y baxos, grandes, y chicos, acudid vnos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y quatro mamonas, y doze pellizcos, y seis alfilerazos, braços, y lomos, que en esta ceremonia cõsulte la salud de Alcifidora,

dora. Oyendo lo qual Sancho Pança, rompió el silencio, y dixo: Voto à tal, así me dexé yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como bolverme Moro. Cuerpo de mi, que tiene que ver manosearme el rostro, con la resurrección de esta donçella? Regostóse la vieja à los bledos, encantaron à Dulcinea, y açotanme para que se defencâte: muere se Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de refucitar; hazerme à mi veinte y quatro mamonas, y acabarme el cuerpo à alfilerazos, y acardenalarme los braços con pellizcos: essas burlas à vn cuñado, que yo soy perro viejo, y no ay conmigo tus, tus. Morirás, dixo en alta voz Radamante; ablandate Tigre, humillate Nembrot soberbio, y sufre, y calla, pues no te piden impossibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio; mamonado has de ser, acrevillado te has de ver, pellizcado has de gemir: Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fee de hombre de bien, que aveis de ver para lo q̄ nacisteis. Parecieron en esto, que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion, y nas otras, las quatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hazer las manos mas largas (como aora se vta) No las hubo visto Sancho, quando bramando como vn toro, dixo: Biē podrè yo dexarme manosear de todo el mundo; pero cōsentir que me toquen dueñas, esso no: gaiteenme el rostro, como hizieron à mi amo en este mesmo castillo: traspassenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenezanme los braços con tena-

zas de fuego, que yo lo llevarè en paciencia, ò servirè à estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentirè, si me llevassè el diablo. Rompió tambien el silencio Don Quixote, diciendo à Sancho: Tèn paciencia hijo, y dà gusto à estos señores, y muchas gracias al Cielo, por aver puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della defencantes los encantados, y refucites los muertos. Yà estavan las dueñas cerca de Sancho, quãdo èl mas blando, y mas persuadido, poniendose bien en la silla, dió rostro, y barba à la primera, la qual le hizo vna mamona muy bien sellada: y luego vna gran reverencia. Menos cortelia, menos muda, señora dueña (dixo Sancho) que por Dios que teneis las manos oliendo à vinagrillo. Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le peilizaron; pero lo que èl no pudo sufrir, fue el punçamiento de los alfileres, y así se levantò de la silla al parecer mohino, y asído de vna hacha encendida, que junto à èl estava, dió tras las dueñas, y tras todos sus verdugos, diciendo: A fuera ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios meritos. En esto Altisidora, que devia de estar cansada, por aver estado tanto tiempo supina, se bolvió de vn lado; visto lo qual por los circunstantes, casi todos à vna voz dixerón: Viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandò Radamante à Sancho, que depusiesse la ira, pues yà se avia alcançado el intento que se procurava. Así como Don Quixote vió rebullir à Altisidora, se fue à poner de rodillas delante de Sancho, diciendole:

Aora

Aora es tiempo , hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te dè algunos de los açotes, que estàs obligado à dár por el defencanto de Dulcinea. Aora digo, que es el tiempo donde tienes façonada la virtud , y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. A lo qual respondió Sancho: Esto me parece Argado sobre Argado , y no miel sobre ojuelas: bueno ferà, que tras pellizcos, mamonas, y alfilerazos viniessen àora los açotes , no tiene mas que hazer, si no tomar vna gran piedra, y atarmela al cuello , y dar conmigo en vn poço, de lo que à mi no pefaria mucho, si es que para curar los males agenos tengo yo de fer la baca de ia boda. Dexenme , si no por Dios que lo arroje, y lo eche todo à treze, aunque no se venda. Yà en esto se avia tentado en el tumulto Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimias, a quien acompañarò las flautas, y las voces de todos, que aclamavan: Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantaronsè los Duques , y los Reyes Minos , y Radamento , y todos juntos con Don Quixote , y Sancho fueron à recibir à Altisidora, y à baxarla del tumulto ; la qual haziendo de la desmayada se inclinò à los Duques, y à los Reyes , y mirando de travès à Don Quixote , se dixo: Dios te lo perdone, defamontado Cavallero , pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, à mi parecer , mas de mil años : à ti, ò el mas compasivo escudero que contiene el Orbe, te agradezco la vida que poseo ; dispon desde oy mas , amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando , para que hagas otras seis para ti, y sino son todas sanas, alomenos son

todas limpias. Besòle por ello las manos Sancho con la coroga en la mano, y las rodillas en el suelo. Mandò el Duque, que se la quitassen, y le bolviessen su caperuça , y le pusiessen el sayo, y le quitassen la ropa de las llamas. Suplicò Sancho al Duque, que le dexasse la ropa , y mitra , que las queria llevar à su tierra , por señal, y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió, que si le dexarian, que yà sabia quan grande amiga fuya era. Mandò el Duque despejar el patio , y que todos se recogiessen a sus estancias , y que à Don Quixote, y à Sancho los llevassen à las que ellos yà se sabian.

CAP. LXX. *Que sigue al de sesenta y nueve , y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia.*

DVrmiò Sancho aquella noche en vna carriola en el mesmo aposento de Don Quixote, cosa que el quisiera escusarla , si pudiera; porque bien sabia , que su amo no le avia de dexar dormir a preguntas , y respuestas, y no se hallava en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios passados , los tenia presentes, y no le dexavan libre la lengua , y vinierale mas à cuento dormir en vna çoza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Saliòle su temor tan verdadero, y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, quando dixo: Qué te parece, Sancho, del suceso de esta noche? Grande, y poderosa es la fuerça de el desdèn desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta à Altisidora, no con otras fa-

tas, ni contra espada, ni con otro instrumento belico, ni con venenos mortíferos, si no con la consideracion de el rigor, y el desdén con que yo siempre la he tratado. Murierase ella en hora buena, quando quisiera, y como quisiera. (respondió Sancho,) y dexarame à mi en mi casa, pues ni yo la enamore, ni la desdenè en mi vida: yo no sè, ni puedo pensar como sea, que la salud de Altisidora, donzella mas antojadiza, que discreta, tenga que ver (como otra vez he dicho) con los martirios de Sancho Pança. Aora si que vengo à conocer clara, y distintamente, que ay encantadores, y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sè librar: con todo esto suplico à vuestra merced, me dexè dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por vna ventana abaxo. Duerme Sancho amigo, (respondió Don Quixote) si es que te dan lugar los alfilerazos, y pellizcos recibidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor (replicò Sancho,) llegò à la afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que por avermelas hecho dueñas, que confundidas sean, y torno à suplicar à vuestra merced me dexè dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea así (dixo Don Quixote) Dios te acompañe: durmieronse los dos, y en este tiempo quiso escribir, y dar cuenta Cide Hamete, Autor de esta grande Historia, que les movió à los Duques à levantar el edificio de la maquina referida, y dize, que no aviendosele olvidado al Bachiller Sanfon Carrasco, quando el Cavallero de los Espejos fue vencido, y derribado por Don Quixo-

te, cuyo vencimiento, y caída borrò, y deshizo todos los designios, quiso bolver à probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y así, informado de el paje que llevó la carta, y presente à Teresa Pança, muger de Sàcho, adonde Don Quixote quedava, buscò nuevas armas, y cavallo, y puso en el escudo la blanca Luna, llevandolo todo sobre vn macho, à quien guiava vn labrador, y no Tomè Cecial, su antiguo escudero, porque no fuesse conocido de Sancho, ni de D. Quixote. Llegò, pues, al castillo de el Duque, que le informó el camino, y derrota que Don Quixote llevaba con intento de hallarse en las justas de Zaragoza: dixole así mismo las burlas que le avia hecho con la traça de el desencanto de Dulcinea, que avia de ser à costa de las posaderas de su amo, dandole à entender, que Dulcinea estava encantada, y transformada en labradora, y como la Duquesa su muger avia dado à entender à Sancho, que él era el que se engañava porque verdaderamente estava encantada Dulcinea, de que no poco le rió, y admirò el Bachiller, considerando la agudeza, y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de D. Quixote. Pidiòle el Duque, que si le hallasse, y le venciesse, ò no, se bolviesse por allí à darle cuenta del suceso. Hizolo así el Bachiller; partiòse en su busca, no le hallò en Zaragoza, passò adelante, y sucediòle lo q̄ queda referido. Bolviòse por el castillo del Duque, y contósele todo con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quixote bolvia à cumplir, como buen Cavallero andante, la palabra de retirarse vn año en la

Aldea; en el qual tiempo podia ser (dixo el Bachiller) que sanasie de su locura, que esta era la intencion que le avia movido à hazer aquellas transformaciones, por ser cosa de lastima, que vn Hidalgo tan bien entendido como D. Quixote fuesse loco. Con esto se despidió del Duque, y se bolvió à su Lugar, esperando en él à Don Quixote, que tras él venia. De aqui tomó ocasion el Duque de hazerle aquella burla; tanto era lo que gustava de las cosas de Sancho, y de Don Quixote: y haziendo tomar los caminos cerca, y lexos de el castillo, por todas las partes que imaginò que podia bolver Don Quixote, con muchos criados suyos de à pie, y de à cavallo, para que por fuerza, ù de grado le traxessen al castillo, si le hallassen. Hallaronle, dieron aviso al Duque, el qual ya prevenido de todo lo q̄ avia de hazer. Así como tuvo noticia de su llegada, mandò encender las hachas, y las luminarias del patio, y poner à Altifidora sobre el tumulto, con todos los aparatos q̄ se han cõtado, tan al vivo, y tan bié hechos, q̄ de la verdad à ellos avia bien poca diferencia: y dize más Cide Hamete, q̄ tiene para si, ser tan locos los burladores, como los burlados, y q̄ no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tãto ahinco ponian en burlarse de dos tontos; los quales el vno durmiendo à sueño suelto, y el otro velando à pensamientos desatados, les tomó el dia, y la gana de levantarse, que las ociosas plumas, ni vencido, ni vencedor jamàs dieron gusto à Don Quixote. Altifidora (en la opinion de Don Quixote buelta de muerte à vida) si-

guiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el tumulto tenia; y vestida vna tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de aro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada à vn vaculo de negro, y finitísimo evano entrò en el aposento de Don Quixote, con cuya presencia turbado, y confuso se encogió, y cubrió casi todo con las sabanas, y colchas de la cama, muda la lengua, siti que acertasse à hazerle cortesia ninguna. Sentòse Altifidora en vna silla junto à su cabeçera, y despues de aver dado vn gran suspiro, con voz tierna, y debilitada, le dixo: Quando las mugeres principales, y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia à la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en publico de los decretos q̄ su coraçon encierra, en estrecho termino se hallan: yo (señor D. Quixote de la Mancha) soy vna destas, apretada, vécida, y enamorada: pero con todo esto sufrida, y honesta, tanto, q̄ por serlo tãto rebètò mi alma por mi silencio, y perdí la vida; dos dias ha q̄ la cõsideraciõ del rigor con q̄ me has tratado, ò mas duro q̄ marmol, mis queexas empedernido Cavallero, he estado muerta, ò alomenos juzgada por tal de los que me han visto; y fino fuera porq̄ el amor, cõdoliédose de mi, depositò mi remedio en los martirios de este bué escudero, allà me quedara en el otro mûdo. Bien pudiera el amor, dixo Sãcho, depositarlos en los de mi año, q̄ yo se lo agradeciera; pero digame, señora, así el Cielo la acomode cõ otro mas blãdo amãte q̄ mi amo, q̄ es lo q̄ viò en el otro mûdo? q̄ ay en el infierno? porq̄

quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero? La verdad que os diga, (respondió Altifidora,) yo no devi de morir de el todo, pues no entré en el infierno, que si allá entrara, vna por vna no pudiera salir de él, aunque quisiera; la verdad es, que llegué à la puerta, adonde estavan jugando hasta vna dozena de diablos à la pelota, todos en calças, y en jubon, con balonas guarnecidas con puntas de randas Flamencas, y con vnas bueltas de lo mismo, que les servian de puños, con quatro dedos de brazo de fuera: porque pareciesen las manos mas largas, en las quales tenian vnas palas de fuego: y lo que mas me admiró fué, que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento, y de borra, cosa maravillosa, y nueva; pero esto no me admiró tanto, como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerte los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañavan, y todos se maldecian. Esto es maravilla, (respondió Sancho:) porque los diablos juegen, ò no juegen, nunca pueden estar contentos, ganen, ò no ganen. Así debe de ser, (respondió Altifidora,) mas ay otra cosa, que tambien me admira (quiero dezir me admiró entonces,) y fue, que al primer boleo no quedava pelota en pie, ni de provecho, para servir otra vez, y así menudeavan libros nuevos, y viejos, que era vna maravilla, à vno de ellos, nuevo flamante, y bien enquadrenado, le dieron vn papirotaço, que le sacaron las tripas, y esparcieron las hojas con

gran furor por el aire. Dixo vn diablo à otro: Mirad que libro es esse, y el diablo le respondió; Esta es la segunda parte de la Historia de Don Quixote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer Autor; si no por vn Aragonés, que él dize ser natural de Tordefillas. Quitadme de ahí, (respondió el otro diablo,) y metedle en los abismos de el infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo? Respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de proposito yo mismo me pusiera à hazerle peor, no acertàra. Prosiguieron su juego, peleoteando otros libros, y yo por aver oido nombrar à Don Quixote, à quien tanto adamo, y quiero, procuré, que se me quedasse en la memoria esta vision. Vision devió de ser sin duda, dixo Don Quixote, porque no ay otro yo en el mundo, y ya en esta Historia anda por acá de mano en mano; pero no para en ninguna: porque todos la dan de el pie: yo no me he alterado en oír, que anda como cuerpo fantastico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esta Historia trata: si ella fue buena, fiel, y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto à la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altifidora à proseguir en quejarse de Don Quixote, quando le dixo Don Quixote: Muchas vezes os he dicho, señora, que à mi me pesa de que ayais colocado en mi vuestros pensamientos, pues de los mios antes pueden ser agradecidos, que remedidos, yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados (si los huviera) me dedicaron para ella, y pensar que

que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible: suficiente desengaño es este, para que os retireis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar à lo imposible. Oyendo lo qual Altifidora, mostrando enojarse, y alterarse, le dixo: Vive el señor don Vacaliao alma de almirez cuefco de datil, mas terco, y duro que villano rogado, quando tiene la fuya sobre el hito, que si arremeto à vos, que os tengo de facar los ojos; pensais por ventura, don vencido, y don molido à palos, que yo me he muerto por vos? todo lo q̄ aveis visto en esta noche ha sido fingido, que no soy yo muger, que por semejantes camellos avia de dexar que me doliese vn negro de la vña, quãto mas morirme. Esto creo yo muy bien, (dixo Sancho,) que esso del morirse los enamorados, es cosa de rifa, bien lo puedé ellos dezir; pero hazer, crealo Judas. Estando en estas platicas entrò el musico, cantor, y Poeta, que avia cantado las dos yã referidas estancias, el qual haziendo vna gran reverencia à Don Quixote, dixo: v.m. señor Cavallero, me cuente, y tenga en el numero d: sus mayores servidores, porque ha muchos dias, que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. Don Quixote le respondiò: Vuestra merced me diga quien es, porque mi cortesía responda à sus merecimientos. El moço respondiò, que era el musico, y panegirico de la noche antes. Por cierto, (replicò Don Quixote,) vuestra merced tiene estremada voz; pero lo que cantò no me parece que fue muy a proposito;

porque que tienen que ver las estancias de Garcilasso con la muerte de esta señora? No se maraville vuestra merced de esto, respondiò el musico, que yã entre los intensos Poetas de nuestra edad se vsa, que cada vno escriva como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga, y no venga à pelo de su intento, y yã no ay necesidad, que canten, ò escriban, que no se atribuya à licencia poetica. Responder quisiera Don Quixote; pero estorvaronle el Duque, y la Duquesa, que entraron à verle, entre los quales passaron vna larga, y dulce platica, en la qual dixo Sancho tantos donayres, y tantas malicias, que dexaron de nuevo admirados à los Duques, así con su simplicidad, como con su agudeza. Don Quixote les suplicò le diesse licencia para partirse aquel mismo dia, pues à los vencidos Cavalleros como èl, mas le convenia habitar vna çahurda, que no Reales Palacios; dieronfela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntò, si quedava en su gracia Altifidora. El respondiò: Señora mia, sepã V. S. que todo el mal de esta donzella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta, y continua; ella me ha dicho aqui que se vsan randas en el infierno, y pues ella las deve de saber hazer, no las dexé de la mano, que ocupada en menear los palillos, no se menearàn en su imaginacion la imagen, ò imagenes de lo que bien quiere: y esta es la verdad, este mi parecer, y este mi consejo. Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randerã que por amor se aya muerto, que las doncellas ocupadas, mas ponen sus pensa-

mientos en acabar sus tareas, que en pensa ren sus amores, por mi lo digo, pues mientras estoy acabando, no me acuerdo de mi, oislo, digo de mi Teresa Pança, à quien quiero mas que à las pestañas de mis ojos. Vos dezis muy bien, Sancho, dixo la Duquesa, y yo harè; que mi Alcifidora es ocupe de aqui adelante en hazer alguna labor blanca, que la sabe hazer por estremo. No ay para que, señora, respondiò Alcifidora, ysar de esse remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha ysado este malandrin mostrenco me lo borraràn de la memoria, sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aqui, por no vèr delante de

mis ojos, yà no su triste figura, si no su fea, y abominable caradura. Esto me parece, dixo el Duque, à lo que suele dezirse; porque aquel que dize injurias, cerca esta de perdonar. Hizo Alcifidora muestra de limpiarle las lagrimas con vn pañuelo, y haziendo reverencia à sus señores, se salio de el aposento: Mandote yo, dixo Sancho, pobre donceila, mandote (digo) mala ventura, pues las has avido con vn alma de esparto, y con vn coraçon de encina: à fee, que si las huvieras conmigo, que otro gallo te cantàra Acabòse la plastica, vistiòse Don Quixote, comiò con los Duques; y partiòse aquella tarde.

* * *



CAP. LXXI. *De lo que à Don Quixote le sucedió con su escudero Sancho, yendo à su Aldea.*



IBA el vencido, y fíndereado Don Quixote pensativo además por vna parte, y muy alegre por otra: causava su tríteza el vencimiento, y alegría, el cõsiderar en la virtud de Sancho, como lo avia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrupulo se persuadia à que la enamorada dõzella fuesse muerta de veras. No iba nada Sancho alegre, porque le entristecia ver, que Altisidora no le avia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo, y viniendo en esto, dixo à su amo: En verdad, señor, que soy

Part. II.

el mas desgraciado medico, que se debe de hallar en el mundo, en el qual ay Físicos, que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro, sino firmar vna cedula de algunas medicinas, que no las haze èl, sino el boticario, y catalo cantufado; y à mi, que la salud agena me cuesta gotas de sãgre, mamonas, pellizcos, alfilerazos, y açotes, no me dãn vu ardite: pues yo les voto à tal, que si me traen à las manos otro algun enfermo, que antes q̄ le cure, me ha de vntar las mias, que el Abad de donde canta yan-

Z;

ra,

ta, y no quiero creer, que me aya dado el Cielo la virtud que tengo, para q̄ yo la comunique con otros de bobilis, bobilis. Tu tienes razon, Sancho amigo (respondiò Don Quixote,) y halo hecho muy mal Altifidora, en no averte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es gratis data, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona, de mi te sè dezir, que si quisieras paga por los açotes del defencanto de Dalcinea, yà te la huviera dado tal como buena; pero no sè si vendrà bien con la cura la paga, y no querrìa que impidieffe el premio à la medicina: con todo esso me parece, que no se perderà nada en provarlo, mira Sancho el que quieres, y açotate luego, y pagate de contado, y de tu propia mano, pues tienes dineros, mios: à cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos, y las orejas de vn palmo, y diò consentimiento en su coraçon à açotarse de buena gana, y dixo à su amo. Aora bien, señor, yo quiero disponerme à dár gusto à vuestra merced en lo que desea, con provecho mio, que el amor de mis hijos, y de mi muger, me haze que me muestre interesado: digame vuestra merced quanto me darà por cada açote que me diere? Si yo te huviera de pagar, Sancho, (respondiò Don Quixote,) conforme lo que merece la grandeza, y caridad de este remedio, el tesoro de Venecia, las minas de el Potosi fueran poco para pagarte: toma tu el ciento à lo que llevas mio, y pon el precio à cada açote. Ellos, (respondiò Sancho) son tres mil trecientos, y tantos, de

estos me he dado hasta cinco, quedan los demás, entren entre los tantos estos cinco, y vengamos à los tres mil y trecientos, que à quartillo cada vno (que no llevarè menos si todo el mundo me lo mandasse) montan tres mil y trecientos quartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hazen setecientos y cinquenta reales, y los trecientos, hazen ciento y cinquenta medios reales, que vienen à hazer setenta y cinco reales, que jnn-tandose a los setecientos y cinquenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcare yo de los que tengo de vuestra merced, y entrare en mi casa rico, y contento, aunque bien açotado, porque no se toman truchas, y no digo mas. O Sancho bendito! ò Sancho amable, (respondiò Don Quixote!) y quan obligados hemos de quedar Dalcinea, y yo à servirte todos los dias que el Cielo nos diere de vida, si ella buelve al ser perdido (que no es posible sino que buelva) su desdicha avrà sido dicha, y mi vencimiento felicissimo triunfo, y mira Sancho, quando quieres començar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. Quando? replicò Sancho, esta noche, sin falta, procure vuestra merced que la tengamos en el campo al Cielo, abierto, que yo me abrirè mis carnes. Llegò la noche esperada de Don Quixote con la mayor ansia de el mundo, pareciendole, que las ruedas de el carro de Apolo se avian quebrado, y que el dia se alargava mas de lo acostumbrado, bien asì como acontece à los enamorados, que jamán ajustan la

cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre vnos amenos arboles, que poco desviados de el camino estavan, donde dexando vacias la silla, y albarda de Rozinante, y el ruzio, se tendieron sobre la verde yerva, y cenaron de el repuesto de Sancho, el qual haziendo de el cabestro, y de la xaquima de el ruzio vn poderoso, y flexible açote, se retirò hasta veinte passos de su amo entre vnas hayas. Don Quixote que le viò ir con denuedo, y con brio, le dixo: Mira amigo, que no te hagas pedaços, dà lugar, que vnos açotes aguarden à otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad de ella te falte el aliento, quiero dezir, que no te dès tan recio, que te falte la vida antes de llegar al numero deseado; y porque no pierdas por carta de mas, ni de menos, yo estare desde a parte contando por este mi rosario los açotes, que te dieres, favorezcate el Cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, (respondiò Sancho,) yo pienso darime de manera, que sin matarme, me duela; que en esto deve de consistir la sustancia de este milagro. Desnudòse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, començò à darse, y començò Don Quixote à contar los açotes. Hasta seis, ò ocho se avria dado Sancho, quando le pareciò ser pesada la burla, y muy barato el precio de ella, y deteniendose vn poco, dixo à su amo, que se llamava engaño, porque merecia cada açote de aquellos ser pagado à medio real, no à quartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desfayes, le dixo Don

Part. II.

Quixote, que yo doblo la parada de el preciò. De esse modo, (dixo Sancho) à la mano de Dios, y lluevan açotes, pero el focarron dexò de darfe los en las espaldas, y dava en los arboles, con vnos suspiros de quando en quando, que parecia, que con cada vno dellos se le arrancava el alma. Tierna la de Don Quixote, temeroso de que no se le acabasse la vida, y no consiguiessse su deseo por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por tu vida amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy aspera esta medicina, y será bien dàr tiempo al tiempo, que no se ganò Zamora en vna hora: mas de mil açotes, si yo no he contado mal, te has dado, basten por aora, que el año (hablando à lo grossero) sobre la carga, mas no la sobre carga. No, no, señor (respondiò Sancho,) no se ha de dezir por mi, à dineros pagados brazos quebrados, apartese vuestra m. reced otro poco, y dexeme dar otros mil açotes, si quiera, que à dos levadas de estas avrèmos cumplido con esta partida, y aun nos sobrarà ropa. Pues tu te hallas con tan buena disposicion, dixo Don Quixote, el Cielo te ayude, y pegate, q̄ yo me aparto. Bolviò Sancho à su tarea, contando de nuevo, y que yà avia quitado las corteças à muchos arboles: tal era la riguridad con que se açotava y alçando vna vez la voz, y dando vn defavorado açote en vna haya, dixo: Aquí moriràs Sancho, y quantos con el son. Acudiò Don Quixote luego al son de la lastimada voz, y de el golpe de el riguroso açote, y asiendo de el torzido cabestro, que le servia de corvacho à Sancho, le dixo: No permita la suerte,

Sancho amigo , que por el gusto mio pierdas tu la vida , q̄ ha de servir para sustentarse a tu muger , y a tus hijos : e ipe-re Dulcinea mejor coyuntura , que yo me contendrè en los limites de la esperança propinqua , y esperarè que cobres fuerças nuevas , para que concluya este negocio a gusto de todos . Pues vuestra merced , señor mio lo quiere assi , (respondiò Sancho) sea en buena hora , y echeme su ferreruelo sobre estas espaldas que estoy sudando , y no querria refriarme , que los nuevos disciplinantes corren este peligro . Hizolo assi Don Quixote , y quedandose en pelota , abrigò a Sancho , el qual se durmiò hasta q̄ le despertò el Sol , y luego bolvierò a profeguir su camino , a quien dieron fin por entonces en vn lugar q̄ tres leguas de alli estava : apearonse en vn meson , que por tal le reconociò D. Quixote , y no por castillo de caba honda , torres , rastrillos , puente lebadiza , que despues que le vencieron , con mas joyzio en todas las cosas discurria , como agora se dirà , alojaronle en vna sala baxa , a quien servian de guadañaciles vnas largas viejas pintadas , como se vsavan en las Aldeas , en vna de ellas estava pintado de malissima mano el robo de Elena , quando el huesped atrevido se la llevava ; y en otra citava la Historia de Dido , y Eneas , ella sobre vna alta torre , como que hazia de señas con vna media sabana al fugitivo huesped , que por el mar sobre vna fragata , ò vergantia se iba huyendo . Notò en las dos historias , que Elena no iba de muy mala gana , porque se reia a focapa , y a lo focarron , pero la hermosa Dido mostrava venterlagri-

mas del tamaño de nuezes por los ojos : Viendo lo qual Don Quixote , dixo : Estas dos señoras fuerò desdichadissimas por no aver nacido en esta edad , y yo sobre todos desdichado , en no aver nacido en la suya , encontràra aquestos señores , ni fuera abrasada Troya , ni Cartago destruyda , pues con solo que yo matàra a Paris , se escusaran tantas desgracias . Yo apostarè , (dixo Sancho) que antes de mucho tiempo no ha de aver bodegon , venta , ni meson , ò tienda de Barbero , donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas ; pero querria yo , que la pintassen manos de otro mejor pintor , que el que ha pintado a estas . Tienes razon , Sancho , (dixo Don Quixote) porque este pintor es como Organeja , vn pintor que estava en Vbeda , quando le preguntavan , què pintava , respondia , lo que saliere ; y si por vètura pintava vn gallo , escriuia debaxo : Este es gallo , porque no pensassen , que era çorra . De esta manera me parece a mi , Sancho , que deve de fer el pintor , ò escritor , que todo es vno que facò a luz la historia de este nuevo Don Quixote que ha salido , que pintò , ò escriviò lo que saliere , ò avrà sido como vn Poeta , que andava los años passados en la Corte , llamado Mauleon , el qual respondia de repente a quanto le preguntavã , y preguntandole vno , q̄ queria dezir Deum de Deo ? respondiò , dè donde diere . Pero dexando esto a parte , dime si piensas , Sancho , darte otra tanda esta noche , y si quieres que sea debaxo de techado , ò al Cielo abierto ? Pardiez , señor , (respondiò Sancho ,) que para lo que yo pienso darme , esso se me dà

en casa , que en el campo; pero con todo esso querria que fuesse entre arboles que parece que me acompañan, y me ayudan à llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser asì, Sancho amigo , (respondiò Don Quixote;) si no que para que tomes fuerças lo hemos de guardar para nuestra Aldea , que à lo mastarde llegarèmos allà despues de mañana. Sancho respondiò , que hiziesse su gusto ; pero que èl quisiera concluir con brevedad aquel negocio à sangre caliente , y quando estava picado el molino , porque en la tardança suele estàr muchas vezes el peligro , y à Dios rogando , y con el maço dando , y que mas valia vn toma , que dos te darè , y el paxaro en la mano , que el buitre bolando. No mas refranes, Sancho, por vn solo Dios, dixo Don Quixote , que parece que te buelves al sicut erat, habla à lo llano , à lo liso , à lo intrincado , como muchas vezes te he dicho , y veràs como te vale vn pan por ciento. No sè que mala ventura es esta mia (respondiò Sancho) que no sè dezir razon sin refran, ni refràn que nõ me parezca razon; pero yo me enmendare , si pudiere , y con esto cesò por entonces su platica.

CAP. LXXII. *De como Don Quixote, y Sancho llegaron à su Aldea.*

Todo aquel dia , esperando la noche , estuvieron en aquel lugar, y meson Don Quixote, y Sancho; el vno, para acabar en la campañia rasa la tanda de su disciplina; y el otro, para ver el fin della, en el qual consistia el de su desseo. Llegò en esto al mesò vn caminan-

te à cavallo, con tres, ò quatro criados; vno de los quales dixo, al que el señor dellos parecia: Aquí puede vuestra merced, señor Don Alvaro Tarfe, passar oy la siesta; la posada parece limpia, y fresca. Oyendo esto Don Quixote, le dixo à Sancho : Mira Sancho , quando yo hojee aquel libro de la segunda parte de mi historia , me parece q̄ de passada topè alli este nombre de Don Alvaro Tarfe. Bien podrà ser, respondiò Sancho ; dexemosle apear, que despues se lo preguntaremos. El Cavallero se apeò, y frótero del aposento de Don Quixote, la huespeda le diò vna sala baxa, enjaezada con otras pintadas fargas, como las que tenia la estancia de D. Quixote. Pasose el recien venido Cavallero à lo de Verano, saliendo al portal del meson , que era espacioso, y fresco, por el qual se passeava Don Quixote, le preguntò : Adonde bueno camina vuestra merced, señor gentil-hombre? Y D. Quixote le respondiò : A vna Aldea que està aqui cerca , de donde soy natural. Y vuestra merced donde camina? Yo, señor, respondiò el Cavallero, voy à Granada , es mi patria. Y buena patria, replicò D. Quixote ; pero digame vuestra merced por cortesia su nombre; porque me parece, que me ha de importar saberlo, mas de lo que buenamente podrè dezir. Mi nombre es Don Alvaro Tarfe, respondiò el huesped. A lo que replicò Don Quixote: Sin duda alguna pienso que vuestra merced deve de ser aquel D. Alvaro Tarfe que anda impresso en la segunda parte de la historia de D. Quixote de la Mancha, recien impressa, y dada à la luz del mudo por vn autor moderno

El mismo soy (replicó el Cavallero) y el tal D. Quixote , fugeto principal de la tal historia , fue grandísimo amigo mio , y yo fuy el que le sacó de su tierra ò à lo menos le movia que viniessè à vnas justas à Zaragoza , adonde yo iba , y en verdad , en verdad , que le hize muchas amistades , y que le quité de que no le palmeasse las espaldas el verdugo , por ser demasíadamente atrevido . Y digame v. m. señor D. Alvaro , parezco yo en algo à esse tal D. Quixote que v. m. dize ? No por cierto (respondió el huesped) en ninguna manera . Y esse Don Quixote , dixo el nuestro , traía consigo à vn escudero llamado Sancho Pança ? Si traía (respondió D. Alvaro) y aunque tenia fama de m. y gracioso , nunca le oí dezir gracia q̄ la tuviesse . Esto creo yo muy bien , dixo à esta fazon Sancho , porque el dezir gracias , no es para todos , y esse Sancho que v. m. dize (señor gentilhombre) deve de ser algun grandísimo vellaco , frion , y ladron juntamente , que el verdadero Sancho Pança soy yo , que tengo mas gracias que llovidas , y sino haga v. m. la experiencia , y andese trás de mí , por lo menos vn año , y verá q̄ se me caen à cada passo , y tales , y tantas , que sin saber yo las mas vezes lo q̄ me digo , hago reir à quantos me escuchan : y el verdadero Don Quixote de la Mancha , el famoso , el valiente , y el discreto , el enamorado , el desfazedor de agravios , el tutor de pupilos , y huérfanos , el amparo de las viudas , el matador de las doncellas , el que tiene por vnica señora à la sin par Dulcinea del Toboso , es este señor que está presente , q̄ es mi amo : todo

qualquier otro Don Quixote , y qualquier otro Sancho Pança , es burleria , y cosa de sueño . Por Dios que lo creo (respondió Don Alvaro) porque mas gracias aveis dicho vos amigo en quatro razones que aveis hablado , que el otro Sancho Pança en quantas yo le he oído hablar , que fueron muchas : mas tenia de comilon , que de bien hablado , y mas de tonto , que de gracioso y tengo por sin duda , que los encantadores que persiguen à Don Quixote el bueno , han querido perseguirme à mí con Don Quixote el malo ; pero no sé que me diga , que osaré yo jurar que le dexo metido en la casa de el Nuncio de Toledo , para que le curen , y agora permanece aqui otro D. Quixote , aunque bien diferente , de el mio . Yo (dixo D. Quixote) no sé si soy bueno ; pero sé dezir , que no soy el malo : para prueba de lo qual quiero que sepa v. m. mi señor D. Alvaro Tarfe , que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza , antes por averme dicho , que esse D. Quixote fantastico se avia hallado en las justas de essa Ciudad , no quise yo entrar en ella , por sacar à las barbas del mundo su mentira , y así me pasé de claro à Barcelona , archivo de la cortesia , alvergue de los estrangeros , hospital de los pobres , patria de los valientes , vengança de los ofendidos , y correspondencia grata de firmes amistades , y en sitio , y en belleza vnica : y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto , sino de mucha pesadumbre , los llevo sin ella , solo por averla visto : finalmente , señor Don Alvaro Tarfe , yo soy D. Quixote de la Mancha , el mismo que dize la ta-

ma,

ma, y no esse desventurado, q̄ ha querido vsurpar mi nombre, y honrarle con mis penfamiétos: à v. m. suplico, por lo q̄ debe à fer Cavallero, sea servido de hazer vna declaraciou ante el Alcalde deste Lugar, de que v. m. no me ha visto en todos los dias de su vida hasta aora, y de q̄ yo no soy el Don Quixote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Pança mi escudero es aquel que v. m. conocio. Esto harè yo de muy buena gana (respondiò Don Alvaro) puesto que cause admiracion ver dos D. Quixotes, y dos Sanchos à vn mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones; y buelvo à dezir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mi lo que ha pasado. Sin duda (dizo Sancho) que v. m. deve de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Teboso; y pluguiera al Cielo que estuviera su defencanto de v. m. en darne otros tres mil y tantos açotes como me doy por ella, que yo me los dieta sin interes alguno. No entiendo esto de açotes, dixo Don Alvaro, y Sancho le respondiò, que era largo de contar; por que èl se lo contaria, si acaso iban vn mismo camino. Llegòse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quixote, y D. Alvaro; entrò en esto el Alcalde del pueblo en el meson con el Escrivano, ante el qual Alcalde pidido D. Quixote por vna peticiou, de que à su derecho convenia, de que D. Alvaro Tarfe, aquel Cavallero que alli estava presente, declarasse ante su merced, como no conocia à Don Quixote de la Mancha, que asimismo estava alli presente, y que no era aquel que andava impres-

so en vna historia, intitulada, Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha, compuesta por vn tal de Anallaneda, natural de Tordeillas. Finalmente el Alcalde proveyò juridicamene; la declaracion se hizo con todas las fuerças que en tales casos devian hazerse, con lo que quedaron Don Quixote, y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrara claro la diferencia de los dos Don Quixote, y la de los dos Sanchos, sus obras, y sus palabras: muchas descortesias, y ofrecimientos passaron entre Don Alvaro, y Don Quixote, en las quales mostrò el gran Manchego su discrecion, de modo, que desengañò à Don Alvaro Tarfe del error en que estava, el qual se diò à entender que devia de estar encantado, pues tocaron con la mano dos tan contrarios D. Quixotes. Llegò la tarde, partieronse de aquel Lugar, y à obra de media legua se apartavan dos caminos diferentes: el vno, que guiava à la Aldea de Don Quixote; y el otro el que avia de llevar D. Alvaro. En este poco espacio le contò D. Quixote la desgracia de su vencimiento, y el encanto, y el remedio de Dulcinea, que todo passò en nueva admiracion à Don Alvaro, el qual abraçando à Don Quixote, y à Sancho, siguiò su camino; y Don Quixote el suyo, que aquella noche le passò entre otros arboles, por dar lugar à Sancho de cùplic su penitencia, que la cumpliò del mismo modo que la passada noche à costa de las cortexas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardò tanto, que no pudieran quitar los açotes vna mosca, aunque la tuviera encima.

No perdió el engañado D. Quixote vn solo golpe de la cuenta, y hallò, que con los de la noche passada eran tres mil y veinte y nueve, parece, que avia madrugado el Sol à vèr el sacrificio, con cuya luz bolvieron à proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de D. Alvaro, y de quan bien acordado avia sido tomar su declaracion ante la justicia, y tan autèticamente. Aquel dia, y aquella noche caminaron sin fucederles cosa digna de contarse, sino fue, que en ella acabò Sancho su tarea, de que quedò Don Quixote contento sobre modo, y esperaba el dia, por vèr si en el camino topava ya desencantada à Dulcinea su señora, y siguiendo su camino, no topava muger ninguna, que no iba à reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible, no poder mentir las promessas de Merlin. Con estos pensamientos, y deseos subieron vna cuesta arriba, desde la qual descubrieron su Aldea, la qual vista de Sancho, se hincò de rodillas, y dixo: Abre los ojos deseada patria, y mira que buelve à ti Sancho Pança tu hijo, si no muy rico, muy bien açotado; abre los braços, y recibe tambien tu hijo Don Quixote, que si viene vencido de los braços agenos, bien vencedor de si mesmo, que segun èl me ha dicho, es el mayor vencimiento q̄ desearse puede; dineros llevo, porque si buenos açotes me davan, bien cavallero me iba. Dexate destas sandezes (dixo D. Quixote) y vamos con pie derecho à entrar en nuestro Lugar, donde daremos vado à nuestras imaginations, y la traça que en la pastoral vida pensamos exercitar.

Con esto baxaron de la cuesta, y se fueron à su pueblo.

LXXIII. *De los agujeros que tuvo Don Quixote al entrar de su Aldea, con otros sucesos que adornan, y acreditan esta grande historia.*

A La entrada del qual, segun dize Cide Hamete, viò D. Quixote, q̄ en las heras del lugar estavan riñendo dos muchachos, y el vno dixo al otro: No te canfes Periquillo, que no la has de vèr en todos los dias de tu vida. Oyòlo D. Quixote, y dixo à Sancho: No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho, no la has de vèr en todos los dias de tu vida? Pues biè, que importa (respondiò Sancho) que aya dicho esto el muchacho? Què? (replicò D. Quixote) no vès tu, que aplicando aquella palabra à mi intencion quiere significar, que no tengo de vèr mas à Dulcinea? Queriale responder Sancho, quando se lo estoryò vèr, que por aquella campaña venia huyendo vna liebre, seguida de muchos galgos, y caçadores: la qual temerosa se vino à acoger, y à agazapar debaxo de los pies del ruzio: cogiòla Sancho à mano salva, y presentòsela à D. Quixote, el qual estava diziendo: Malum signum, malun signum: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Estraño es v. m. dixo Sancho: presuponemos, que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en la labradora; ella huye, y yo la cojo, y la pongo en poder de v. m. que la tiene en sus

bra-

braços , y la regala , que mala señal es esta , ni que mal agujero se puede tomar de aqui? Los dos muchachos de la pendencia se llegaron à ver la liebre , y al vno dellos (preguntò Sancho) q̄ porque reñian? Y fuele respondido , por el que le avia dicho , no la veràs mas en toda tu vida , que èl avia tomado al otro muchacho vna jaula de grillos , la qual no pensava bolversela en toda su vida. Sacò Sancho quatro quartos de la faltriquera , y diòselos al muchacho por la jaula , y pusoela en las manos à Don Quixote , diziendo: E aqui , señor , rompidos , y desvaratados estos agujeros , q̄ no tienen que ver mas con nùestros sucesos , segun que yo imagino , aunque tonto , que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal , he oido dezir al Cura de nuestro pueblo , que no es de personas Christianas , ni discretas , mirar en estas niñerías , y aun v. m. mismo me lo dixo los dias passados , dandome à entender , que eran tontos todos aquellos Christianos que miravan en agujeros , y no es menester hazer hincapie en esto : sino passemos adelante , y entremos en nuestra Aldea. Llegaron los cazadores , pidieron su liebre , y diòsela D. Quixote : passarò adelante , y à la entrada del pueblo toparon en vn pradillo rezando al Cura , y al Bachiller Carrasco ; y es de saber , q̄ Sancho Pança avia hechado sobre el ruzio , y sobre el lio de las armas , para q̄ sirviesse de repostero , la tunica de bocaci pintada de llamas de fuego , q̄ le vistierò en el castillo del Duque la noche q̄ bolviò en si Altisidora , acomodòle tãbiè la coroga en la cabeça , q̄ fue la mas nueva transformacion , y adorno con q̄ se viò

jamàs jumento en el múdo: fueron luego conocidos los dos del Cura , y del Bachiller , que se vinieron à ellos cò los braços abiertos. Apeòse D. Quixote , y abraçòlos estrechamète , y los muchachos , q̄ son linceos no escusados , divisarò la coroga del jumento , y acudieron à verle , y deziã vnos à otros: Venid muchachos , y vereis el afno de Sancho Pança mas galan que Mingo , y la bestia de D. Quixote mas flaca oy que el primer dia. Finalmente , rodeados de muchachos , y acompañados del Cura , y del Bachiller entraron en el pueblo , y se fueron à casa de Don Quixote , y hallaron à la paerta della al ama , y à la sobrina , à quiè ya aviã llegado las nuevas de su venida: ni mas ni menos se las aviã dado à Teresa Pança , muger de Sancho , la qual desgreñada , y me dio desnuda , trayendo de la mano à Sanchica su hija , acudiò à ver à su marido , y vièdole no tãbiè deliñado , como ella se pètava q̄ avia de estar vn Governador , ledixo: Como venis afsi , marido mio , q̄ me parece q̄ venis à pie , y despehado , y mas traeis semejàça de desgovernado , q̄ de Governador? Calla Teresa (respòdiò Sancho) (q̄ muchas vezes dõde ay estacas , no ay tocinos , y vamonos à nuestra casa , q̄ allà oiràs maravillas ; dineros traygo , q̄ es lo q̄ importa , ganados por mi industria , y sin daño de nadie. Traed vos dinero mi buè marido , dixo Teresa , y seã ganados por aqui , ò por alli , que como quiera q̄ los ayais ganado , no aveis hecho vsança nueva en el múdo. Abraçò Sanchica à su padre , y preguntòle si traia algo , q̄ le estava esperãdo como el agua de Mayo , y asiendo de vn lado del cinto , y su muger de la mano , tiran-

do su hija al razió, se fueron à su casa, dexando à Don Quixote en la suya en poder de su sobrina, y de su ama, y en compañía del Cura, y del Bachiller. Don Quixote, sin guardar terminos, ni horas, en aquel mismo punto se apartò à solas con el Bachiller, y el Cura, y en breues razones les conto su vencimiento, y la obligacion en que avia quedado, de no salir de su Aldea en vn año, la qual pensava guardar al pie de la letra, sin traspasarla en vn atamo, bien así como Cavallero andante, obligado por la puntualidad, y orden de la andante Cavalleria, y que tenia pensado de hazerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde à rienda suelta podia dar vado à sus amorosos pensamientos, exercitandose en el pastoral, y virtuoso exercicio, y que les suplicava, si no tenían mucho que hazer, y no estavan impedidos en negocios mas importantes, quisiessen ser sus compañeros, que él compraria ovejas, y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores: y que les hazia saber, que lo mas principal de aquel negocio estava hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Dixole el Cura, q̄ los dixesse. Respondió Don Quixote, que él se avia de llamar el pastor Quixotiz, y el Bachiller, el pastor Carrasco, y el Cura el pastor Carambro, y Sancho Pança, el pastor Pancino. Pasmaronse todos de ver la nueva locura de Don Quixote; pero porque no se les fue otra vez del pueblo à sus Cavalleras, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su

nueva intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciendosele por compañeros en su exercicio: y mas dixo Sancho Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celeberrimo Poeta, y à cada passo compondré versos pastoriles, ò cortefanos, ò como mas me viniere à cuento, para que nos entretengamos por estos andurriales, donde avemos de andar: y lo que mas es menester, señores míos, es, que cada vno escoja el nombre de la pastora, que piensa celebrar en sus versos, y que no dexemos arbol, por dago que sea, donde no la retule, y grave su nombre, como es uso, y costumbre de los enamorados pastores. E esso está de molde, (respondió Don Quixote) puesto que yo estoy libre de buscar nóbre de pastora fingida, pues esta ai la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires; y finalmente, sugeto sobre quien puede assentar bien toda alabança, por hiperbole que sea. Así es verdad (dixo el Cura) pero nosotros buscaremos por ai pastoras mañeruelas, que si no nos quadraren, nos esquiven. A lo que añadió Sancho Carrasco, y quando faltare, daremosles los nombres de las estampadas, è impressas, de quien está lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Dianas, Pieridas; Galateas, y Belisardas, que pues las venden en las plaças, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras, si mi dama (ò por mejor dezir mi pastora) por ventura se llamare Ana, la celebraré debaxo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Luzia, Lucinda,

cinda, que todo se fale allà, y Sancho Pança, si es que ha de entrar en esta cofradia, podrà celebrar su muger Teresa Pança con nombre de Terefaina. Riòse Don Quixote de la aplicacion de el nombre, y el Cura le alabò infinito su honesta, y honrada resolucion, y se ofreciò de nuevo à hazerle compañia todo el tiempo que le vacasse de atender à sus forçosas obligaciones. Con esto se despidieron dèl, y le rogaron, y aconsejaron tuviesse cuenta con su salud con regalarle lo que fuesse bueno. Quiso la suerte, que su sobrina, y el ama oyeron la platica de los tres, y así como se fueron, se entraron entràbas con Don Quixote, y la sobrina le dixo, que es esto, señor tiò? aora que pensavamos nosotras, que v.m. bolvia à reducirse en su casa, y passar en ella vna vida quieta, y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haziendose pastorcillo, tu que vienes pastorcico, tu que vàs, pues en verdad, que està ya duro el alcacèr para zamponas. A lo que añadió el ama. Y podrá v.m. pasar en el campo las siestas del Verano,

los serenos del Invierno, el ahullido de los lobos? no por cierto, que este es exercicio, y oficio de hombres robustos, curtidos, y criados para tal ministerio, casi desde las fajas, y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser Cavallero andante, que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estàr harta de pan, y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tèo de edad: estèse en su casa, atienda à su hazienda, confiesse à menudo, favorezca à los pobres, y sobre mi anima si mal le fuere. Callad hijas, les respondió Don Quixote, que yo sè bien lo que me cumple; llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto, que aora sea Cavallero Andante, ò pastor por andar, no dexarè siempre de acudir à lo que huvieredes menester, como lo vereis por la obra; y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama, y sobrina, le llevaron à la cama, donde le dieron de comer, y regalaron lo posible.

(§)



CAP. LXXIV. *De como Don Quixote cayò malo, y del testamento que hizo, y su muerte.*

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios, hasta llegar à su vltimo fin , especialmente las vidas de los hombres , y como la de D. Quixote no tuviesse privilegio del Cielo, para detener el curso de la suya , llegò su fin , y acabamiento , quando èl menos lo pensava , porque , ò yà fuesse de la melancolia que le causava el verse vencido, ò yà por la disposicion del Cielo, que así lo ordenava, se le arraigò vna calentura , que le tuvo seis dias en la cama, en los quales fue visitado muchas

vezes del Cura, del Bachiller, y del Barbero sus amigos, sin quitarsele de la cabezera Sancho Pança su buen escudero. Estos (creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad, y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella fuer- te) por todas las vias posibles procuravan alegrarle, diziendole el Bachiller que se animasse , y levantasse para començar su pastoral exercicio , para el qual tenia ya compuesta vna ecloga, que mal año para quantas Sanazaro avia compuesto , y que yà tenia com-
 puef-

prados de su propio dinero doramosos perios para guardar el ganado, el vno llamado Barcino, y el otro Butrô, q̄ se los avia vèdido vn ganadero del Quintanar; pero no por esto dexava D. Quixote sus tristezas: llamarô sus amigos al medico, tomôle el pulso, y no le còcentô mucho, y dixo, q̄ por si, ò por no, atendiesse à la salud de su alma, porque la del cuerpo tenia peligro. Oyôlo Don Quixote con animo sossegado; pero no lo oyeron así su ama, y su sobrina, y su escudero, los quales començaron à llorar tan tiernamente, como si yà le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del medico, que melancolias, y defabrimientos le acabavan. Rogô Don Quixote, que le dexassen solo, porque queria dormir vn poco. Hizierôlo así, y durmiô de vn tirô (como dizen) mas de seis horas, tâto, q̄ pensaron el ama, y la sobrina q̄ se avia de quedar en el sueño. Despertô al cabo del tiêpo dicho, y dâdo vna grâ voz dixo: Bendito sea el poderoso Dios, q̄ tâto bié me ha hecho: en fin sus misericordias no tienen limite, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hõbres. Estuvo atenta la sobrina à las razones del tio, y pareciendole mas concertadas q̄ èl solia dezirlas, alomenos en aquella enfermedad, y preguntôle, què es lo que vuestra merced dize señor? tenemos algo de nuevo? què misericordias son estas, ò q̄ pecados de los hombres? Las misericordias (respondiô Don Quixote,) sobrina, son las q̄ en este instante ha vsado Dios conmigo, à quien como dixè, no las impiden mis pecados; yo tengo juicio yà libre, y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, q̄ sobre èl me pusieron mi amarga, y còtinua leyenda de los de-

Part. II.

testables libros de las Cavallerias: yà conozco sus disparates, y sus embelecos, y no me pesa, sino q̄ este defengaño ha llegado tan tarde, que no me dexa tiempo para hazer alguna recompensa, leyendo otros, q̄ sean luz del alma: yo me fièto, sobrina, à punto de muerte, queria hazerla de tal modo, q̄ diessè à entender, q̄ no avia sido mi vida tan mala, q̄ dexasse renombre de loco, q̄ puesto q̄ lo he sido, no queria confirmar esta verdad en mi muerte: llamame, amiga, à mis buenos amigos, el Cura, al Bachiller Sanson Carrasco, à Maese Nicolás el Barbero, que quiero còfessarme, y hazer mi testamêto, pero deste trabajo se escusô la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los viô Don Quixote, quando dixo: Dadme albricias buenos señores de q̄ yo yà no soy D. Quixote de la Mancha, sino Alôso Quixano, à quien mis costumbres me dieron renombre de duçño. Yà yo soy enemigo de Amadis de Gaula, y de toda la infinita caterva de su linage, y à me sô odiosas todas las historias profanas de la andante Cavalleria: Yà conozco mi necedad, y el peligro en que me pusierô averlas leydo: ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeça propia las abomino. Quando esto le oyerô dezir los tres, creyerô sin duda que alguna nueva locura le avia tomado. Y Sanson le dixo, aora señor D. Quixote, q̄ tenemos nueva, que està desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con esso, y aora q̄ estamos tan apique de ser pastores, para passar cantando la vida como vnos Príncipes, quiere vuestra merced hazer se hermitaño? Calle por su vida, buelva en sí, y dexese de cuentos. Los de hasta aqui (replicô D. Quixote,)

Aa

que

que han sido verdaderos en mi daño, los ha de bolver mi muerte con ayuda del Cielo en mi provecho. Yo señores, siento q̄ me voy muriendo à toda prisa, dexése burlas à parte, y traigãme vn Confessor q̄ me cõfiesse, y vn Escrivano, que haga mi testamento, q̄ en tales trãces como este, no se ha de burlar el hõbre con el alma: y asì suplico, q̄ en tanto que el señor Cura me confiesse, vayan por el Escrivano. Mirarõse vnos à otros, admirados de las razones de Don Quixote, y aunque en duda, le quisieron creer, y vna de las señalès, por donde conjeturaron se moria, fue el aver buuelto con tanta facilidad de loco à cuerdo: porque yã à las dichas razones añadiò otras muchas tan bien dichas, tã Christianas, y con tanto concierto, que de el todo les vino à quitar la duda, y à creer que estava cuerdo: hizo salir à la gente el Cura, y quedose solo con el, y cõfessole. El Bachiller fue por el Escrivano, y de allã poco bolviò con el, y con Sancho Pança; el qual Sãcho (q̄ yã sabia por nuevas del Bachiller en q̄ estado estava su señor, hallando à la ama, y à la sobrina llorosas) començò à hazer pucheros, y à derramar lagrimas. Acabose la confesion, y saliò el Cura diciendo, verdaderamente se muere, y verdaderamente està cuerdo. Alonso Quixano el Bueno, bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron vn terrible empujõ à los ojos preñados de ama, sobrina, y de Sãcho Pança su buen escudero, de tal manera, que los hizo rebentar las lagrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho, porque verdaderamente (como alguna vez se ha dicho) en tanto que Don Quixote fue

Alonso Quixano el Bueno à secas, y en tanto q̄ fue D. Quixote de la Mancha, fue siempre de apacible condicion, y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, si no de todos quantos le conocian. Entrò el Escrivano cõ los demàs, y despues de aver hecho la cabeça de el testamento, y ordenado su alma D. Quixote, con todas aquellas circunstancias Christianas que se requieren, llegando à las mandas, dixo: Iten es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Pança (à quien en mi locura hize mi escudero) tiene, que porque ha avido entre el, y mi ciertas cuentas, y dares, y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna, si no q̄ si sobrare alguno, despues de averse pagado de lo q̄ le devo, el restãte sea suyo, q̄ serã bien poco, y buen provecho. le haga: y si como estando yo loco fuy parte para darle el Gobierno de la Infula, pudiera aora estando cuerdo darle el de vn Reyno, se le diera, porque la sencillez de su condicion, y fidelidad de su trato lo merece, y bolviendose à Sancho, le dixo: Perdoname amigo de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haziendote caer en el error en que yo he caido, de que huvo, y ay Cavalieros andantes en el mundo. Ay! respondiò Sancho, llorando, no se muera vuestra merced, señor mio, si no tome mi consejo, y viva muchos años, porq̄ la mayor locura q̄ puede hazer vn hombre en esta vida, es dexarse morir sin mas, ni mas, sin q̄ nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolia: mire no sea perezoso, sino levante se de essa cama, y vamonos al campo, vestidos de pastores (como

(como tenemos concertado) quizá tras de alguna mata hallarèmos à la señora Doña Dulcinea desencatada , q̄ no aya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, echeme à mi la culpa, diziendo, que por aver yo cinchado mal à Rozinante, le derribaron: quanto mas, que vuestra merced avrà visto en sus libros de Cavallerias ser cosa ordinaria derribarse vnos Cavalleros à otros, y el q̄ es vencido oy, ser vencedor mañana. Así es, dixo Sancho, y el buen Sancho Pança està muy en la verdad destos casos. Señore: (dixo Don Quixote) vamos poco à poco, pues ya en los nidos de antaño, no ay paxaros agora; yo soy loco, y ya soy cuerdo, soy Don Quixote de la Mancha. y soy agora (como he dicho) Alonso Quixano el Bueno; pueda con vuestras mercedes mi arrepètimiento, y mi verdad, boolverme à la estimaciõ q̄ de mi se tenia, y prosiga adelante el señor Escrivano. Iten mãdo toda mi hacienda à puerta cerrada à Antonia Quixana mi sobrina, que està presente, avièdo sacado primero de lo mas bien parado della lo q̄ fuere menester, para cumplir las mandas q̄ dexo hechas, y la primera satisfacion que se haga, quiero q̄ sea pagar el salario que devo, del tiempo q̄ mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para vn vestido. Dexo por mis albaceas al señor Cura, y al señor Bachiller Sancho Carrasco, q̄ estàn presentes. Iten es mi voluntad, q̄ si Antonia Quixana mi sobrina quisere casarse, se case con hombre de quien primero se aya hecho informacion, que no sabe q̄ cosa sean libros de Cavallerias: y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo esso mi sobrina quisiese casarse cõ

el, y se casare, pierda todo lo q̄ la he mãdado: lo qual pueden mis albaceas distribuir en obras pias à su voluntad. Iten suplico à los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les traxere à conocer al Autor, que dicen que compuso vna historia que anda por aì, cõ el titulo de la segûda parte de las hazañas de D. Quixote de la Mancha, de mi parte le pidan, quan encarecidamente se pueda, perdone la ocasion q̄ sin yo pensarlo le di, de aver escrito tantos, y tan grandes disparates, como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de averle dado motivo para escribirlos. Cerrò cõ esto el testamento, y tomandole vn desmayo, se tendiò de largo à largo en la cama. Alborotaronse todos, y acudieron à su remedio, y en tres dias q̄ viviò despues de este donde hizo el testamento, se desmayava muy à menudo, andava la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, biendava el ama, y se regozijava Sancho Pança, q̄ esto del heredar algo, borra, ò templa en el heredero la memoria de la pena, que es razõ que dexa el muerto. Enfia llegò el ultimo de D. Quixote, despues de recibidos todos los Sacramètos, y despues de aver abominado con muchas, y eficazes razones de los libros de Cavallerias, hallòse el Escrivano presente, y dixo; q̄ nunca avia leído en ningun libro de Cavallerias, que algun Cavallero andante huviesse muerto en su lecho tan solidamente, y tan Christiano como D. Quixote, el qual entre compalsiones, y lagrimas de los que alli se hallarõ diò su etpiritu (quiero dezir, que se murió) viendo lo qual el Cura, pidiò al Escrivano le diesse por testimonio, como Aion-

670
SEGUNDA PARTE DE DON

fo Quixano el Bueno, llamado comun-
mente D. Quixote de la Mancha, avia
passado desta presente vida, y muerto
naturalmente; y q̄ el tal testimonio pe-
dia, para quitar la ocasion de algú otro
Autor que Cide Hamete Benengeli le
refucitasse falsamente, y hiziesse inaca-
bables historias de sus hazañas. Este fin
tuvo el ingenioso hidalgo de la M̄cha,
cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete
puntualmente, por dexar que todas
las Villas, y Lugares de la Mancha, cõ-
tendiesen entre si, por ahijarsele, y te-
nersele por suyo, como contendieron
las siete Ciudades de Grecia por Home-
ro. Dexanse de poner aqui los lloros
de Sancho, sobrina, y ama de D. Quixo-
te, los nuevos Epitafios de su sepultura,
aunque Sanson Carrasco le puso este.

Vaze aqui el hidalgo fuerte,
Que à tanto estremo llegó
De valiente, que se advierte,
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo todo el mundo en poco,
Fue el espantajo, y el coco
Del mundo, en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura,
Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentíssimo Cide Hamete
dixo à su pluma: Aqui quedarás colga-
da desta espetera, y deste hilo de alam-
bre, ni sé si bien cortada, ò mal tajada
peñola mia, adonde vivirás luengos si-
glos, si presuatosos, y malandrines
historiadores no te descuelgã para pro-
fanarte; pero antes que à ti lleguen, les
puedes advertir, y dezirles, en el mejor
modo que pudieres: Tate, tate, follon-

gicos, de ninguno sea tocada, porque
esta empresa, buen Rey, para mi estava
guardada.

Para mi sola nació D. Quixote, y
yo para èl, èl supo obrar, y yo escribir,
solo los dos somos para en vno, à des-
pecho, y pesar del escritor fingido, y
Tordeillesco, que se atrevió, ò se ha-
de atrevèr à escribir cõ pluma de abes-
truz grossera, y mal deliñada, las haza-
ñas de mi valeroso Cavallero, porque
no es carga de sus ombros, ni assumpto
de su restriado ingenio, à quien ad-
vertirás (si acafo llegas à conocerle)
que dexe repofar en la sepultura à los
cansados, y yã podridos huesos de D.
Quixote, y no le quiera llevar contra
todos los fueros de la muerte à Castilla
la Vieja, haziendole salir de la hueffa,
donde real, y verdaderamente yaze tẽ-
dido de largo à largo, impossibilitado
de hazer tercera jornada, y salida nue-
va, que para hazer burla de tantas co-
mo hizieron tantos andantes Cavalle-
ros, bastan las dos que èl hizo tan à
gusto, y beneplacito de las gentes, à
cuya noticia llegaron, así en estos,
como en los estraños Reynos; y con es-
to cumplirás con tu Christiana profes-
sion, aconsejando bien à quien mal
te quiere, y yo quedarè satisfecho, y
vfano de aver sido el primero que go-
zò el fruto de sus escritos enteramente,
como deseava, pues no ha sido otro
mi deseo, que poner en aborrecimiento
de los hombres las fingidas, y dispa-
radas historias de los libros de Cavalle-
rias, que por las de mi verdadero Don
Quixote vãn ya tropeçando, y han de
caer de el todo sin duda algu-
na. Vale.

TABLA DE TODOS LOS CAPITULOS de esta segunda parte de Don Quixote de la Mancha.

- C**ap. 1. De lo que el Cura, y el Barbero passaron con Don Quixote, cerca de su enfermedad, fol. 1.
- Cap. 2. Que trata de la notable pendencia que Sancho Pança tuvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros sucesos graciosos, fol. 9.
- Cap. 3. Del ridiculo razonamiento que passò entre Don Quixote, Sancho Pança, y el Bachiller Sanson Carrasco, fol. 12.
- Cap. 4. Donde Sancho Pança satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse, y contarse, fol. 17.
- Cap. 5. De la discreta, y graciosa platica que passò entre Sancho Pança, y su muger Teresa Pança, y otros sucesos dignos de felice recordacion, fol. 21.
- Cap. 6. De lo que le passò à Don Quixote con su sobrina, y con su ama, y es vno de los importantes capitulos de toda la historia, fol. 25.
- Cap. 7. De lo que passò à D. Quixote con su escudero, con otros sucesos famosissimos, fol. 29.
- Cap. 8. Donde se cuenta lo que le sucediò à Don Quixote yendo à ver à su señora Dulcinea del Toboso, fol. 34.
- Cap. 9. Donde se cuenta lo que en èl se verà, fol. 39.
- Cap. 10. Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinea, y de otros sucesos, tan ridiculos, como verdaderos, fol. 41.
- Cap. 11. De la estraña aventura que le sucediò al valeroso D. Quixote con el carro, ò carreta de las cortes de la muerte, fol. 48.
- Cap. 12. De la estraña aventura que le sucediò al valeroso D. Quixote con el bravo Cavallero de los Espejos, fol. 53.
- Cap. 13. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque, con el discreto, nuevo, y suave coloquio que passò entre los dos escuderos, fol. 57.
- Cap. 14. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque, fol. 61.
- Cap. 15. Donde se cuenta, y dà noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su escudero, fol. 69.
- Cap. 16. De lo que le sucediò à Don Quixote con vn discreto Cavallero de la Mancha, fol. 70.
- Cap. 17. De donde se declaró el vltimo punto, y estremo adonde llegò, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los leones, fol. 77.
- Cap. 18. De lo que sucediò à Don Quixote en el Castillo, ò casa del Cavallero de el verde gavan, con otras cosas extravagantes, fol. 84.

- Cap. 19. Donde se cuenta la aventura de el pastor en amorado, con otros en verdad
graciosos sucesos, fol. 90.
- Cap. 20. Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el sucesso de Basilio
el pobre, fol. 95.
- Cap. 21. Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros graciosos sucesos,
fol. 102.
- Cap. 22. Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montesinos, que està en
el coraçon de la Mancha, à quien diò felice mita el valeroso Don Quixote de la
Mancha, fol. 107.
- Cap. 23. De las admirables cosas que el estremado Don Quixote conò que avia
visto en la profunda cueva de Montesinos, euya impossibilidad, y grandeza haze
que se tenga esta aventura por apocrifa, fol. 112.
- Cap. 24. Donde se cuentan mil çarandajas, tan impertinentes, como necessarias al
verdadero entendimiento desta grande historia, fol. 120.
- Cap. 25. Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del titeretero, con
las memorables adivinanças del mono adivino, fol. 124.
- Cap. 26. Donde se prosigue la graciosa aventura de el titeretero, con otras cosas
en verdad harto buenas, fol. 131.
- Cap. 27. Donde se dà cuenta quienes eran Maeste Pedro, y su mono, con el mal su-
cesso que Don Quixote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabò como
èl quisiera, y como lo tenia pensado, fol. 137.
- Cap. 28. De cosas que dize Benengali, que las sabrà quien le leyere, si las lee con
atencion, fol. 142.
- Cap. 29. De la famosa aventura del barco encantado, fol. 154.
- Cap. 30. De lo que le avino à Don Quixote con vna vellaca cazadora, fol. 149.
- Cap. 31. Que trata de muchas, y grandes cosas, fol. 153.
- Cap. 32. De la respuesta que diò Don Quixote a su reprehensor con otros graves,
y graciosos sucesos, fol. 159.
- Cap. 33. De la sabrosa platica que la Duquesa, y sus donzellas passaron con Sancho
Pança, digna de que se lea, y de que se note, fol. 169.
- Cap. 34. Que cuenta de la noticia que se tuvo de como se avia de desencantar la
sin par Dulcinea del Toboso, que es vna de las aventuras mas famosas de este
libro. 173.
- Cap. 35. Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote de el desencanto de
Dulcinea, con otros admirables sucesos, fol. 179.
- Cap. 36. Donde se cuenta la estraña, y jamàs imaginada aventura de la dueña Do-
lorida, allàs de la Condesa Trifaldi, con vna carta que Sancho Pança escrivì
su muger Teresa Pança, fol. 185.
- Cap. 37. De donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida, fol. 189.
- Cap. 38. Donde se cuenta la q̄ diò de su mala andança la dueña Dolorida, fol. 190.
- Cap. 39. Donde la Trifaldi prosigue su estupenda, y memorable historia, fol. 195.
- Cap.

- Cap. 40. De cosas que arañen, y tocan à esta aventura, y à esta memorable historia, fol. 196.
- Cap. 41. De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura, fol. 201.
- Cap. 42. De los consejos que diò Don Quixote à Sancho Pança antes que fuesse à gobernar la Infula, con otras cosas considerables, fol. 208.
- Cap. 43. De los consejos segundos que diò Don Quixote à Sancho Pança, fol. 212.
- Cap. 44. Como Sancho Pança fue llevado al Gobierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucediò à Don Quixote, fol. 216.
- Cap. 45. De como el gran Sancho Pança tomò possession de su Infula, y del modo que començò à gobernar, fol. 222.
- Cap. 46. Del temeroso espanto cencerril, y gatuno que recibì Don Quixote en el discurso de los amòres de la enamorada Altifidora, fol. 227.
- Cap. 47. Donde se profigue como se portava Sancho Pança en el Gobierno, folio 230.
- Cap. 48. De lo que sucediò à Don Quixote con Doña Rodriguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna, fol. 237.
- Cap. 49. De lo que le sucediò à Sancho Pança rondando su Infula, fol. 243.
- Cap. 50. Donde se declara quien fueron los encantadores, y verdugos que açotaron à la dueña, pellizcaron, y arañaron à Don Quixote, con el suceso que tuvo el paje que llevò la carta à Teresa Pança, muger de Sancho Pança, fol. 250.
- Cap. 51. Del progreso del Gobierno de Sancho Pança, con otros sucesos tales como buenos, fol. 256.
- Cap. 52. Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida, ò angustiada, por otro nombre Doña Rodriguez, fol. 262.
- Cap. 53. Del fatigado fin, y remate que tuvo el Gobierno de Sancho Pança, folio 268.
- Cap. 54. Que trata de cosas tocantes à esta historia, y no à otra alguna, fol. 272.
- Cap. 55. De cosas sucedidas à Sancho en el camino, y otras, que no ay mas que ver, fol. 277.
- Cap. 56. De la descomunal, y nunca vista batalla que passò entre Don Quixote de la Mancha, y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodriguez, fol. 282.
- Cap. 57. Que trata de como Don Quixote se despidiò del Duque, y de lo que sucediò con la discreta, y desembuelta Altifidora, donzella de la Duquesa, fol. 285.
- Cap. 58. Que trata de como menudearon sobre Don Quixote aventuras, tantas, que no se davan vagar vnas à otras, fol. 289.
- Cap. 59. Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucediò à Don Quixote, fol. 297.
- Cap. 60. De lo que le sucediò à Don Quixote yendo à Barcelona, fol. 302.
- Cap. 61. De lo que sucediò à Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras.

- ... deuen mas de lo verdadero, que de lo discreto, fol. 311.
102. Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dexar de contarse, fol. 313.
- Cap. 63. De lo mal que le avino à Sancho Pança con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Merisca, fol. 321.
- Cap. 64. Que trata de la aventura que mas pesadumbre diò à D. Quixote de quantas hasta entonces le avian sucedido, fol. 328.
- Cap. 65. Donde se dà noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos, fol. 331.
- Cap. 66. Que trata de lo que verá el que lo leyere, ò lo oirà el que lo escuchare leer, fol. 335.
- Cap. 67. De la resolucion que tomò Don Quixote de hazerse pastor, y seguir la vida del campo en tanto que se passava el año de su promessa, con otros sucesos, en verdad gustosos, y buenos, fol. 338.
- Cap. 68. De la cerdosa aventura que le aconteciò à Don Quixote, fol. 342.
- Cap. 69. Del mas raro, y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino à Don Quixote, fol. 346.
- Cap. 70. Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para claridad de esta historia, fol. 349.
- Cap. 71. De lo que à Don Quixote le sucediò con su escudero Sancho yendo à su Aldea, fol. 355.
- Cap. 72. De como Don Quixote, y Sancho llegaron à su Aldea, fol. 359.
- Cap. 73. De los agüeros que tuvo Don Quixote al entrar de su Aldea, con otros sucesos, que adornan, y acreditan esta grande historia, fol. 362.
- Cap. 74. De como Don Quixote cayò malo, de el testamento que hizo, y su muerte, fol. 366.

En la Aldea de la Blanca Luna

Fin de la Tabla.